

El susurro de la acuarela

Sofía Ortega



El susurro de la acuarela

Título: El susurro de la acuarela

Copyright © 2017 Sofia Ortega
Diseño de portada: Maite Martínez Senosiain
1ª edición
Todos los derechos reservados.
ISBN: 1545217726
ISBN-13: 978-1545217726

AGRADECIMIENTOS

Mitens... Ya sabes lo que voy a decir, pero aquí escrito se quedará grabado para siempre, porque nos conocemos y se te olvida en los malos momentos. Y cuando se te olvide, ven aquí y lee esto... Tienes un don. Eres una artista, pero una artista de verdad, en mayúsculas, auténtica. Tus manos son increíbles, pero es que tu mente y, en especial, tu corazón son pura magia... No te imaginas cuánto me alegro por haberte conocido... Gracias por estar siempre ahí.

Irene... Si no me hubieras entrevistado para tu blog, esto no estaría pasando ahora... Han sido muchas las decepciones que hemos vivido juntas, y seguiremos viviendo porque este camino es así de imprevisible y de sufrido, pero para conquistar el mundo debemos caernos, aprender a levantarnos y no dejar de soñar. Y lo conquistaremos, amiga, no importa cuándo, pero lo haremos. Y cuando eso suceda, nos reiremos de nuestros comienzos y recordaremos con emoción cada paso que hemos dado con esfuerzo hasta llegar a la cima, porque llegaremos a la cima, no lo dudes. Gracias. Sencillamente,

gracias.

*A Gabi, porque es un ejemplo de fortaleza y de
superación...*

*A mi Beka, porque sí existen los finales felices,
solo tienes que creértelo...*

*A mi abuela, la señora Carmen,
porque me acompañarás siempre allá donde estés...*

*Y a todos los que confiasteis en «El misterio del cálamo»,
sin vosotros, esto no sería posible...*

CAPÍTULO 1

La furiosa tormenta ahogaba los llantos y los gemidos desconsolados de las numerosas personas que habían asistido al entierro.

Una mujer joven lloraba en silencio mientras sostenía la mano de una niña de seis años, quien apretaba la suya con solemnidad. Sin que la mujer pronunciase un solo ruido y sin mostrar expresión alguna en su rostro, sus infinitas lágrimas acompañaban la lluvia inundándole las pálidas mejillas, descendían violentas, veloces y decididas hacia su barbilla, donde se perdían una y otra vez para aterrizar en el empedrado y resbaladizo suelo.

No llevaba paraguas. Su gabardina estaba empapada, como su pelo, que se pegaba a su espalda y no paraba de chorrear. Poco la importaba, poco sentía, por no decir casi nada.

Casi.

Nadie se había acercado a auxiliarla. Tampoco lo quería. Deseaba despertar de la cruel pesadilla que estaba viviendo, porque aquello no podía ser real, aquello no estaba pasando.

Era un mal sueño.

Cuatro hombres introdujeron uno a uno los tres ataúdes en la misma tumba. La niña se abrazó a su cintura y agachó la cabeza. Ella la correspondió, protegiéndola. Daría su vida por esa pequeña, aunque fuera su sobrina por parte de su marido, aunque no fuera sangre de su sangre.

El sacerdote rezó por las almas fallecidas. Los lamentos y los sollozos aumentaron en tono y en intensidad. Echaron cemento y cerraron la lápida.

No se colocó para recibir el pésame. No podía apartar los ojos de la tumba.

La niña no la abandonó, permaneció a su lado, quieta, en silencio.

–Elena... Hija... Cariño... Vámonos a casa –dijo una suave voz a su espalda–. Olivia, tesoro, ven conmigo...

A casa.

A casa sin él.

La mujer joven, Elena, levantó el mentón. Apretó la mano de su sobrina, Olivia, y rozó el frío y húmedo mármol con la otra. De nada le servía tocar la tumba, pero lo hizo. Aquello no se lo devolvería, aquello no retrasaría el tiempo para cambiar la atroz realidad.

No era un mal sueño.

Su corazón comenzó a latir frenéticamente. La angustia creció en su interior de la manera más cruel, asfixiándola por instantes.

–Perdóname... –susurró ella con labios temblorosos–. Perdóname, mi amor... ¡Perdóname! –gritó antes de caer de rodillas.

Olivia se aferró a su cuello, asustada, y lloró. Elena apretó a la pequeña contra su pecho, que se hizo un ovillo, y la meció con ternura para calmarla, para calmarse a sí misma también. Varias personas acudieron enseguida, pero ninguna de las dos se quería separar de la otra, por lo que las dejaron solas.

Ambas estaban perdidas.

Ambas se necesitaban.

El pánico que se adueñó de su cuerpo en nada se comparaba con el agujero que había perforado su alma tres días atrás...

Su marido, Tomás, había llegado al aeropuerto de Madrid después de tres semanas en Bélgica por motivos de trabajo. Ella no había podido ir a recogerlo porque había sufrido un aborto. Estaba de ocho semanas de embarazo y por la mañana se había despertado manchando. Sus cuñados, los padres de la niña, Ángel y Teresa, a quienes había telefoneado para contarles la mala noticia, se habían ofrecido a buscar a Tomás.

Su marido la había llamado al aterrizar, justo cuando se había reunido con Ángel y con Teresa y le habían comunicado lo ocurrido. Elena se había desahogado

llorando, pues era el tercer aborto que había sufrido en los últimos dieciocho meses. Habían estado desde que se casaron, hacía dos años, buscando un bebé con resultados desastrosos. Tomás le había dicho que la amaba por encima de todo, que no se preocupara, que en un ratito la estrecharía entre sus brazos, comerían palomitas tirados en el sofá y juntos lo superarían.

Ahora que lo pensaba, quizá era una señal venida del cielo, pues había abortado el mismo día que un camión le había arrebatado la vida a su marido.

Cinco años de relación. Cinco años y en un suspiro todo se había desvanecido.

Ningún superviviente, excepto el conductor del camión, ileso... Ileso y destrozado. Sobre su conciencia pesaban tres vidas: Tomás, Ángel y Teresa.

La vida era injusta.

Elena se incorporó con Olivia en brazos. Ya no llovía. Caminó despacio hacia la salida del cementerio, donde la esperaban sus padres, Carmen y Fernando, y sus hermanos, Miguel y Álvaro, mayores que ella.

Miguel, el primogénito, el más alto y robusto, un grandullón con cara de santurrón, cogió a la pequeña.

—Vamos, cielo —le dijo su hermano mayor a Olivia, que apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Tienes hambre?

La niña asintió, seria y callada. Todavía no había abierto la boca desde hacía tres días.

Se montaron en el coche de Álvaro, pues era el único que había aparcado allí, y se dirigieron hacia la casa de

los padres de su sobrina.

Elena sacó el llavero del bolsillo de la gabardina con nerviosismo. Era la primera ocasión en que pisaba esa casa desde el accidente. Habían sido sus padres quienes se habían encargado de recoger una maleta para Olivia al enterarse de lo sucedido.

Ángel y Teresa vivían en un pueblo de Salamanca, donde habían nacido y crecido, igual que Tomás. Su marido se había marchado a Madrid a la universidad y después se había quedado en la capital a trabajar. Sus cuñados habían estudiado en Salamanca, pero luego habían permanecido en el pueblo. Habían dejado a la niña con una vecina para ir al aeropuerto aquel aciago día.

Abrió la puerta. A punto estuvo de derrumbarse. Olía a ellos.

—Voy a prepararle algo a Olivia para que coma — anunció Carmen. Se dirigió a la cocina.

Fernando y Álvaro se sentaron en un sofá del salón. Miguel, la niña y ella subieron la escalera.

Se tragó las lágrimas y soltó el bolso sobre la cama de Olivia. Abrió el armario y empezó a sacar ropa. Sin detenerse a pensar, cogió las maletas vacías de sus cuñados, que estaban guardadas en otro cuarto, y las llenó.

Su hermano mayor tumbó a su sobrina en el colchón y la cubrió con una manta fina. Se había quedado dormida. Después, tomó del brazo a Elena y la atrajo hacia su cuerpo con fuerza. Ella se aferró a su jersey mientras

rompía a llorar en silencio y se estremecía por la impotencia, por la injusticia, por la miserable realidad que era su vida ahora.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Miguel.

Elena se separó, más calmada, y prosiguió con el equipaje.

–Tengo que vaciar esta casa, ponerla en venta, ocuparme del colegio de Olivia... Tengo que...

–No –la cortó su hermano, tajante–. Primero estaréis unos días conmigo. Yo me ocuparé de todo. Tú no estás ahora en condiciones de nada, excepto de descansar.

Miguel y ella parecían gemelos, de no ser porque se llevaban once años de diferencia. Elena tenía veintisiete años y su hermano mayor, treinta y ocho. Los dos eran castaños oscuros de pelo ondulado y poseían los ojos almendrados del color del café con leche. Habían salido a su madre. Ella era un calco de Carmen y Miguel igual, pero en hombre. Y se comprendían a la perfección. Álvaro, de treinta y dos años, en cambio, se asemejaba a la familia de su padre: cabellos rubios ceniza y profundos ojos azules.

–Necesito volver a mi vida, a mi rutina –musitó Elena–. Necesito... –Se contuvo porque el nudo regresó a su garganta con violencia.

Tomás era su vida. Tomás era su rutina.

–Hagamos una cosa –señaló su hermano mayor–. Yo termino la maleta de Olivia y tú te acuestas un rato. Luego, nos vamos a Madrid. Ya me encargaré de llamar a

la escuela para comunicarles la baja de la niña. Queda un mes para empezar las vacaciones de verano, no creo que pongan pegas, y menos en su situación. Ahora vivirá contigo y eso significa encontrar un colegio en Madrid. No estás sola, Ele, cuentas con nosotros. Siempre.

–Gracias, Miguel –pronunció con la voz enrojecida.

Miguel le besó la cabeza con todo el amor que la profesaba. Ella se quitó los zapatos y la gabardina que aún llevaba puesta y se tumbó al lado de su sobrina. Cerró los ojos, pero no se durmió.

Cuatro horas más tarde entraban en Madrid. Su hermano mayor decidió quedarse con ellas. Todos vivían en esa ciudad y bastante cerca los unos de los otros. Álvaro se despidió de ellos prometiendo volver a verse al día siguiente. Carmen y Fernando decidieron acompañarlos un rato más.

En cuanto cruzó el umbral de la puerta, el olor de su marido la mareó, pero hizo acopio de sus fuerzas y parpadeó hasta enfocar la vista. Debía avanzar, o por lo menos no desfallecer, pues su sobrina dependía de ella.

Era un apartamento enorme situado en una de los mejores barrios de Madrid. Su marido había sido un abogado de prestigio, que, gracias a sus maravillosas calificaciones en la carrera, había conseguido un magnífico puesto en un bufete de renombre, donde Miguel también trabajaba. Los dos habían sido amigos desde la universidad. Elena conocía a Tomás desde entonces.

Cuando ella había terminado la licenciatura de Administración y Dirección de Empresas, el amor llamó a su puerta. Tomás se había presentado en su graduación y, después de la cena que compartieron con su familia, la había llevado a la terraza del emblemático *Círculo de Bellas Artes* y le había confesado sus sentimientos. Elena se había enamorado de él siendo una niña, en el primer momento en que su hermano lo había presentado a casa. Lo mismo le había ocurrido a Tomás, pero, como era once años mayor que ella, y encima amigo de Miguel, había esperado durante años hasta encontrar la valentía para sincerarse con ambos hermanos.

Tres años después, Tomás y Elena se habían casado.

Dos años después, un camión se lo había arrebatado de su lado.

—¿Sabes? —le dijo Miguel. Estaban los tres sentados en el sofá. Olivia dormía en su pecho. Sus padres se acababan de ir—. Sé que esto no será fácil, pero... —La miró con intensidad—. Ahora eres mamá. —Apuntó con el dedo a la pequeña.

Elena sonrió con tristeza a la vez que le acariciaba el rostro a su sobrina.

—Es preciosa, ¿verdad? —comentó ella.

Lo era. La niña tenía el pelo negro azabache, rizado, le alcanzaba los hombros y poseía un remolino al inicio de la raya lateral, los ojos marrón chocolate, grandes y muy expresivos, y los labios carnosos.

—Es igual que Tomás —convino su hermano con una

suave carcajada—. Ángel siempre decía de broma que parecía ser hija de Tomás y no suya. Teresa y él lo molestaban adrede con ello.

—Sí. —Asintió con las lágrimas desbordándose de nuevo de sus ojos.

Le parecía mentira estar hablando en pasado...

Ángel y Teresa habían muerto.

Tomás había muerto.

Un horrible desasosiego le aprisionó el corazón. Se levantó. Colocó a la niña sobre cojines y huyó al servicio. Se dejó caer al suelo. Había una sudadera vieja de su marido colgada del gancho donde descansaban los albornoces del joven matrimonio. Extendió el brazo y tiró de la prenda. Flexionó las piernas y se cubrió el rostro con la sudadera. Automáticamente, se fragmentó en mil pedazos como si estuviera hecha del cristal más fino y endeble y, ahora sí, de forma sonora, histérica, faltándole el aliento. Se tumbó y se hizo un ovillo mientras la tela amortiguaba el llanto.

Y se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos era de día. Estaba en su cama. Apoyó la mano en la colcha, en el lado correspondiente a Tomás y la tristeza la poseyó, adueñándose de cada fibra de su ser y con la intención de no abandonarla jamás.

Las semanas transcurrieron sin cambios. Dos meses.

Olivia no hablaba.

Elena no levantaba cabeza.

Trabajaba en la empresa de su padre, pero había dimitido. Bueno... Lo había intentado. Fernando no lo había aceptado, por supuesto, pero le había aconsejado que no regresara hasta que no se viera con ánimos, que él se encargaría de sus asuntos en la oficina, que no se preocupara por nada que no fueran ella y la niña.

Miguel y Álvaro se presentaron en su casa una tarde de finales de julio.

—He vendido la casa de Ángel y Teresa —le anunció Álvaro con su particular seriedad—. La quieren el mes que viene, es decir, dentro de diez días.

—Para entonces tendrá que estar vacía, Ele —concluyó Miguel en un apretón de su mano—. ¿Dónde está Olivia?

—En mi habitación. Está viendo una película —contestó Elena.

—Elena, tienes que volver al pueblo —le ordenó el mediano como si la estuviera regañando—. Nosotros te ayudaremos, pero hay que hacerlo ya. Levántate

Ella se enfadó. Se incorporó, furiosa, pues estaban sentados en las sillas del comedor, y lo encaró.

—¿Te crees que esto es sencillo, Álvaro? —inquirió.

—Vamos, Ele, tranquilízate —pronunció el mayor, acercándose—. Y tú —se dirigió a Álvaro con enojo—, utiliza otro tono, tío, que acaba de perder a su marido.

—Lo siento, Elena —contestó el mediano con el ceño fruncido—, pero tienes que continuar con tu vida, al menos por esa niña que te quiere con locura y que jamás se separaría de ti por nada del mundo. Estáis en esto juntas.

Ya han pasado dos meses, Elena, no podéis seguir así, encerradas como estáis.

—¡Yo no pedí esto! —explotó Elena—. ¡No quiero! —Estalló en llanto—. Dios mío... —Se arrodilló en el suelo—. No sé qué acabo de decir... —Se tapó la boca, incrédula ante tales horribles palabras.

Miguel la abrazó con fuerza. Álvaro cerró la puerta del salón para que Olivia no los escuchara y le tendió un paquete de clínex que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—Elena, por favor —insistió el mediano, aunque sonrió con ternura—. Es hora de empezar a cerrar heridas. Poco a poco, pero hay que empezar.

Ella se limpió la cara bañada en lágrimas y asintió en un suspiro.

—Mañana es domingo —señaló el mayor. La ayudó a ponerse en pie—. Estaré aquí a las nueve con Lorena y los niños. Recogeré las cosas de Tomás y tú y Olivia os iréis a la piscina a pasar el día, ¿de acuerdo?

Y eso mismo hicieron.

Elena y Olivia estuvieron con su cuñada y con sus sobrinos, la esposa y los hijos de Miguel, hasta última hora de la tarde.

Sin embargo, cuando regresaron a casa se encontraron con el recibidor repleto de cajas de cartón cerradas y amontonadas apoyadas en la pared. Se quedó paralizada en el acto. Una rabia inhumana la cegó. Soltó la bolsa de los bañadores y las toallas y empezó a romper las cajas y a sacar la ropa de su marido a manotazos. Su sobrina se

asustó tanto que se echó a llorar.

–¡Elena!

Su hermano mayor la agarró por las axilas y la elevó.

–Saca a Olivia de aquí, Álvaro, ¡vamos!

Escuchó una puerta cerrarse a lo lejos.

–¡No! –gritó ella entre lágrimas furiosas–. ¡No! –
Pataleó cuanto pudo. Imágenes de Tomás se adueñaron de
su mente–. Tomás... Tomás... –Cerró los ojos.

Miguel la acunó entre sus brazos.

–¿Por...? ¿Por qué? –pronunció Elena, entrecortada–.
¡¿Por qué se ha ido?!

–No lo sé... –le respondió su hermano, también
entristecido, también llorando–. No lo sé... Pero ya no
está... No puedes seguir así, por favor... Él no quería
verte así... Por favor, Elena...

Minutos más tarde, se calmó, aunque no desapareció la
frustración ni la impotencia.

–¿Dónde está Olivia? –quiso saber, preocupada por el
estado de la pequeña.

–Se ha quedado dormida –le informó Álvaro, que
surgió ante ellos en ese momento–. Está muerta de miedo.
Y todavía no ha hablado desde el accidente. ¿Por qué
no...? –Se detuvo y se frotó el mentón–. Quizá lo mejor es
que acudáis a un psicólogo las dos.

Ella respiró hondo.

Tal vez era lo mejor.

Las cajas desaparecieron esa misma tarde. Sus dos
hermanos se las llevaron.

Álvaro le entregó una tarjeta con el nombre y el número de teléfono de un médico, al que telefoneó a la mañana siguiente. Y las recibió por la tarde.

Mientras la niña se dedicaba a dibujar en una mesita en un rincón de la consulta, Elena le contaba al psicólogo lo ocurrido. Curiosamente, se sintió aliviada cuando emitió en voz alta el accidente, el aborto y el después de todo ello.

Acordaron en tratarse tres días a la semana durante un mes, luego ya se vería. Y lo primero que la recomendó fue acudir a un abogado para adoptar legalmente a Olivia, para actualizar todos los papeles necesarios.

Habló con su hermano mayor y quedaron en el bufete para tratar el asunto.

Ese sí fue un gran paso, pues había ido a buscar allí a su marido muchísimas veces en los últimos cinco años. Todos la conocían. Todos se acercaron en cuanto la vieron. Y se agobió, pero comprendió que aquello iba a suceder tarde o temprano. Lo menos que podía hacer era agradecer las muestras de cariño, por Tomás lo haría. Y por Tomás lo hizo. Se tragó la tristeza y charló un poco con los empleados.

La secretaria de Miguel se quedó con su sobrina en la cafetería de la oficina.

—Eres la única heredera legítima por parte de Tomás —le comentó su hermano en el despacho— y todo lo tuyo es tuyo, además de que te convertiste en la tutora legal de Olivia al ser su único pariente..., vivo. —Carraspeó,

nervioso—. Ya me tomé la libertad de pedir los papeles pertinentes para la adopción de Olivia cuando Tomás murió, solo tienes que firmarlos, yo me encargaré del resto. —Le tendió las hojas.

Ella las firmó enseguida y se las devolvió.

—Ahora toca lo importante, Elena —anunció Miguel. La observaba, muy serio—. Tomás contrató un seguro de vida cuando volvisteis de la luna de miel.

—No me comentó nada. —Arrugó la frente.

—La aseguradora ingresó una buena suma de dinero por el accidente en una de vuestras cuentas. Yo di la autorización porque llamaron al bufete y me lo explicaron.

—Solo he utilizado la tarjeta desde entonces para comprar comida, nada más. Ni siquiera he ido al banco. De esas cosas se encargaba Tomás, yo no... —Le tembló la voz y no pudo continuar la frase.

Su hermano le acarició la mano.

—No te preocupes, poco a poco, ¿recuerdas? —Le guiñó un ojo.

Elena asintió.

—Los que han comprado la casa de Ángel y Teresa ya han efectuado la señal —prosiguió Miguel. Se recostó en su silla de piel—. Como yo tengo vuestros datos bancarios, tal como Tomás tenía los de mi familia por si pasaba algo, me he tomado la libertad de ingresarlo también en vuestra cuenta bancaria, la misma donde está el dinero del seguro. ¿Has pensado en qué hacer con ese dinero?

–Ese dinero es de Olivia. Crearé una cuenta a su nombre para que lo utilice cuando sea mayor. Es su herencia.

–Pues la niña va a vivir muy bien, Ele. –Sonrió sin rastro de tristeza–. Como además de la casa, que por cierto es bastante grande, tus cuñados poseían tierras, Álvaro lo ha vendido todo por medio millón de euros.

A ella se le desencajó la mandíbula y se le desorbitaron los ojos.

–Dios mío...

–Sí. –Asintió su hermano, aflojándose la corbata–. Y lo mejor está todavía por llegar.

–¿Qué puede ser mejor que eso para Olivia? –exclamó, sin dar crédito aún a la noticia, pero muy contenta por su sobrina.

Esa niña se merecía todo lo bueno y más por las circunstancias que la rodeaban. Quedarse sin padre y sin madre debía de ser horrible, y tan pequeña... Ella se encargaría de que Olivia jamás los olvidase y especialmente de que esa preciosa niña saliera adelante.

–No conociste a tus suegros, Elena, pero el padre de Tomás fue un gran empresario que supo invertir. Cuando murieron, las inversiones pasaron a él y a Ángel. Ambos se repartieron entre los dos la herencia a partes iguales. Esa herencia fue dinero para Ángel y pisos para Tomás. Ángel lo utilizó para construir su casa. A pesar de quedarse en el pueblo –alzó las cejas–, Ángel y Teresa han vivido siempre muy bien, ya lo sabes.

–Creía que era porque tenían buenos sueldos. Pero, espera... ¿Tomás tiene otras casas? –preguntó, extrañada porque no sabía nada de aquello.

–Tomás vendió los pisos y guardó el dinero. –Miguel se levantó y sirvió dos vasos de agua fría, uno para cada uno–. Y como no era tonto tu marido –soltó una risita nostálgica–, siguió los pasos de su padre e invirtió el dinero en bolsa. Estuvo comprando y vendiendo acciones desde que terminó la universidad. He echado un vistazo a sus inversiones desde el accidente. –Sacó una carpeta de un cajón del escritorio y se la tendió–. Eres rica, Elena.

–¿Perdón? –susurró, incapaz de creerse que no era un sueño.

–A día de hoy, si decides vender las acciones, contarías con poco más de tres millones de euros.

Elena ahogó un grito.

–No entiendo nada, Miguel... –Negó con la cabeza repetidas veces–. ¿Por qué Tomás nunca me habló de esto?

–Tomás siempre fue muy reservado. –Se encogió de hombros, despreocupado–. Yo me enteré cuando hace años me convertí en su abogado y él, en el mío. Pensé que ya lo sabías. ¿De dónde te crees que sacó el dinero para pagar el piso que comprasteis, o sea, tu casa?

–Si te soy sincera –posó los ojos en un punto infinito–, nunca hablamos de dinero. Sé que estudié Empresas, pero me dijo que de nuestro dinero se encargaba él. Confiaba cien por cien en Tomás, Miguel. Y sabes que no me

apasiona mi profesión, lo hago por papá.

Era cierto. Fernando había intentado que su primogénito trabajara con él, pero Miguel había decidido convertirse en abogado. Después, llegó Álvaro, que se había decantado por Periodismo y luego le tocó el turno a Elena, la cual no había podido negarle tal deseo a su padre y había seguido sus pasos. No le disgustaba, pero tampoco la llenaba. Era buena en su puesto, pero siempre le había gustado la decoración de interiores, la creación de espacios únicos y originales, eso sin contar con que adoraba dibujar y pintar.

Tomás lo sabía y siempre la había animado a que hiciera realidad sus sueños, pero nunca se creyó poseedora de la valentía necesaria para decirle a Fernando que no quería trabajar más a su lado.

—Dicen que cuando se cierra una puerta se abre una ventana, Ele. Todas las cosas suceden por algo. Tal vez es hora de poner en marcha tu vida y emprender un nuevo camino. —La acompañó a la puerta—. Idos a casa. Descansad. Te llamaré mañana. Hay que vaciar la casa de Ángel y Teresa. La semana que viene ya es agosto y no debe quedar nada para entonces.

Elena lo abrazó y se fue con Olivia al apartamento.

Pidió una pizza a domicilio. Cenaron viendo *El rey león*.

Esa noche no durmió. Acostó a la pequeña en su cama, en una habitación repleta de sus peluches, contigua a la suya, y pensó en su marido y en lo que había hablado con

su hermano.

Sopesó los pros y los contras, las nuevas posibilidades. Tres millones de euros... ¡Para qué quería tanto dinero! Lo primero y principal era su sobrina. Necesitaba un colegio, pero, ¿cuál? Y luego estaba el tema de no hablar, pues la niña seguía sin pronunciar palabra.

Unos días después, se reunió a solas con el psicólogo. La secretaria se llevó a su sobrina a dar un paseo para permitirles espacio y que charlaran con tranquilidad.

—Olivia está en estado de shock, Elena —comentó el psicólogo—. Ha sufrido un trauma muy severo, un trauma que ni siquiera comprende. Tiene seis años y a esa edad no se comprende absolutamente nada. Algo dentro de ella se ha roto.

Elena inhaló aire y lo expulsó de forma sonora. Ambos estaban sentados en dos sillones, uno frente al otro, separados por una mesita circular baja, donde había una jarra de agua, dos vasos, una tetera y dos tazas llenas de té.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó ella, asustada.

—Crearle una rutina. —Hizo una pausa—. Estamos en pleno verano. ¿Por qué no os vais de vacaciones? Os vendrá bien a las dos desconectar de la realidad un tiempo. Y mejor que escojas un lugar que no le recuerde a su vida pasada.

Su vida pasada...

—¿Por qué no el extranjero? —sugirió el hombre, cuyas

cejas se arquearon.

Elena arrugó la frente. ¿Irse de vacaciones?

—Sus padres y mi marido acaban de... —Se cubrió los labios para silenciar un sollozo—. No creo que sea prudente irnos de vacaciones.

—Yo creo que por intentarlo no pierdes nada, Elena. Nadie te va a juzgar, y mucho menos a ella. Has perdido a tu marido, sí, pero el mismo día que aquello sucedió —se inclinó hacia adelante— te convertiste en madre. Es una desgracia y a la vez una bendición, y más si esa hija es Olivia, una niña que te ha adorado desde que nació, y eso que no sois familia directa. —Sonrió—. A veces la familia no la forman personas de la misma sangre.

Elena se bebió de un trago su té con la mirada perdida.

—Sé que lo que te voy a decir ya te lo habrá repetido tu familia —prosiguió el psicólogo—. Sé que no es sencillo, pero tienes veintisiete años, una vida por delante.

—Una vida que se ha truncado —musitó ella.

—Sí, pero una vida al fin y al cabo. Y tienes que vivirla por el bien de Olivia y por tu propio bien. Sin embargo, por mucho que hables conmigo, por mucha terapia que hagas —se cruzó de piernas—, debes ser tú quien se levante un día y sonría por sí sola. Debes ser tú quien camine, porque todos los pasos son tuyos, los pies son tuyos, los avances son tuyos. Los demás te podemos empujar, pero la vida es como montar en bicicleta, Elena, tu familia o yo te sostenemos al principio, pero eres tú quien tiene que pedalear y mantener el equilibrio. Y también tienes que

caerte para aprender a levantarte. Todo es aprender.

–Vacaciones... –suspiró Elena.

–Vacaciones. –Sonrió—. Y quizá las vacaciones te sirvan también para pensar en tu futuro. Es el momento de abrir otro abanico en tu vida. Y ahora más que nunca debes aferrarte a lo que en verdad te hace feliz.

–Ahora no soy feliz. –Agachó la cabeza y se limpió las lágrimas que estaban descendiendo por sus mejillas.

–La felicidad plena no existe, Elena, pero sí existen momentos de felicidad. ¿No te gustaba dibujar o pintar?

–Sí. –Asintió.

–¿Hace cuánto que no lo pruebas?

–Desde que sufrí mi primer aborto, hace casi dos años –confesó ella.

–Pues cómprate un cuaderno y empieza.

–¿Y si no puedo? –Un puño invisible le presionó el pecho.

–Inténtalo. Seguramente que al principio solo mires el papel en blanco. Un día volverás a pintar y a dibujar. No importa el tiempo que requieras. Lo harás. Te encontrarás a ti misma.

Por la tarde habló con Miguel por teléfono para contarle la reunión con el médico. Y se presentó en el piso para cenar con las dos.

–Estoy de acuerdo –convino su hermano—. Olivia –llamó a la niña, la cual estaba en el sofá ojeando un libro de cuentos. La pequeña alzó los ojos—. ¿Te gustaría irte de vacaciones?

Olivia sonrió, radiante, y asintió con efusividad. Se levantó y corrió hacia Elena, quien la sentó en su regazo.

—¿De verdad? —le dijo ella a su sobrina, que repitió el gesto, contenta por la idea.

—Déjame a mí. Mañana me ocuparé de ello —le aseguró Miguel antes de apurar la copa de vino.

—Venga, es hora de dormir —señaló Elena.

La pequeña besó a los dos y se dirigió a su habitación.

—Miguel, ¿Álvaro y tú podríais...? —Se retorció las manos con nerviosismo.

Su hermano la observó con la frente arrugada.

—No quiero regresar al pueblo —declaró ella en un hilo de voz—. No puedo...

—Nosotros nos encargaremos de todo. —Le acarició la mejilla con dulzura—. Empaquetaremos y traeremos las cajas aquí para que decidáis Olivia y tú qué queréis quedaros. ¿Qué hacemos con los muebles?

—Será mejor donarlos.

—No te preocupes, Ele. —La abrazó.

Elena se permitió consolar, lo necesitaba, aunque ello no le devolvería a su marido, pero se sintió bien durante ese instante.

—Elije tú el destino, Miguel —le pidió ella en un susurro—. Sinceramente, no creo que sea buena idea irnos de vacaciones y no me siento con ganas de decidir.

Cuando se despidieron, le entregó las llaves de la casa de Ángel y de Teresa.

Tres días después, Olivia y Elena aterrizaban en Edimburgo. La actuación de Miguel había sido espectacularmente veloz. Según las palabras de su hermano, si no hubiera reservado tan pronto, ella se podía haber arrepentido.

Escocia.

Le escribió un mensaje para avisarlo de que habían llegado y también para preguntarle por qué había escogido Edimburgo.

Miguel le respondió enseguida:

Cuando aprendiste a andar, te escapabas de casa si llovía. Salías a la calle y te ponías a saltar y a reír. Mamá se enfadaba porque te resfriabas, pero a ti te encantaba la lluvia. Pensé que una ciudad lluviosa te ayudaría a entrar en calor de nuevo.

Era cierto, pero el día del accidente llovió y la lluvia no cesó hasta que enterró a su marido. Ahora las tormentas le recordaban lo sucedido, le recordaban el presente, le recordaban que Tomás se había ido para nunca volver.

Meneó la cabeza y se concentró en Olivia, que no dejaba de brincar, exaltada.

En vez de ir a un hotel, su hermano mayor se había tomado el atrevimiento de alquilar un apartamento en pleno casco histórico de la ciudad durante dos semanas.

¡Dos semanas!

¿Qué se suponía que harían durante dos semanas en un

lugar cuya meteorología solo era comparable a su estado de ánimo?

Las recogió un chófer que las condujo al edificio en perpetuo silencio, ubicado en la zona antigua de la ciudad, un edificio que parecía un palacio antiguo en el exterior, de color gris oscuro degradado en algunas partes por el paso del tiempo y con una madreselva que cubría algunas esquinas sin entorpecer las ventanas. La recepción, inmensa, pulcra y lujosa, de mármol brillante, había sufrido una moderna restauración. Además, había un portero extremadamente educado, vestido de traje y corbata, que les saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa afable.

Lo bueno era que Elena dominaba a la perfección el idioma. Había estudiado en un prestigioso colegio inglés, con cero español, no bilingüe, aunque Edimburgo no era Londres. En Escocia, el acento era más rudo y complicado de entender. Y, aparte del inglés, también se desenvolvía con el alemán y el francés, pues se lo habían enseñado en la escuela desde niña.

Ella provenía de una familia acaudalada, pero le habían inculcado desde que nació la idea de que la vida era un continuo camino plagado de esfuerzo, de trabajo y de dedicación, donde uno se debía labrar su futuro por sí mismo, no en base al dinero, a los enchufes o a los contactos. Elena era sencilla, no gastaba mucho y prefería la hamburguesa de un bar antes que acudir a un restaurante de moda. Eso había sido lo que había

enamorado a Tomás desde el principio: su humildad.

Olivia y ella quedaron fascinadas por el piso. ¡Era precioso! De techos altos y grandes ventanas con unas vistas increíbles al fiordo del río *Forth*. El salón, de frente, y la cocina, a la izquierda, estaban separados por una barra americana. El estilo era antiguo y acogedor con toques actuales, tipo *vintage*. Había un pasillo a la derecha que conducía a tres puertas: el baño, al fondo, y dos habitaciones, una a cada lado del mismo. Y la decoración era estupenda, muy hogareña. El lugar le arrancó una risita infantil.

La niña eligió su cuarto, el de la derecha, se tiró a la cama y pataleó, dichosa. Elena se la unió. Se abrazaron.

—Oli, cariño, tengo que decirte algo.

Se sentaron sobre la colcha.

—¿Te gustaría que fuera tu mamá? —le preguntó en voz muy baja, temerosa. A lo mejor no era el momento, pero tarde o temprano tenía que decírselo.

Olivia se lanzó a su cuello como respuesta, provocando que perdiera el equilibrio y cayera de espaldas con la pequeña entre sus brazos. Entonces, su sobrina se separó un poco y la miró con sus profundos ojos crispados por la emoción.

La que era ya su hija asintió despacio.

Ella fue incapaz de añadir más. Un nudo en la garganta se lo impidió.

Olivia se levantó y tiró de su mano para guiarla hacia la cocina. Señaló el frigorífico y arrugó su pequeña frente en

un mohín cómico.

—¿Salimos a comprar? —sugirió.

La niña la condujo hasta la puerta principal. Salieron al pasillo y cerraron con llave.

En la calle, respiró hondo. Pensó en Tomás y su estómago se contrajo. Olivia se percató y sonrió con dulzura. Elena le devolvió el gesto y emprendieron el camino.

Tomás no estaba, pero sí Olivia. Ella era viuda, pero también madre.

Decidió, pues, montarse en su nueva *bicicleta*. Y el resultado tras apoyarse en el pedal fue descubrir un nuevo mundo: Edimburgo.

A pesar del cielo repleto de nubes de diversas tonalidades del gris, la ciudad poseía un color propio, una realidad única. Las casas, las calles, el suelo, los letreros, los edificios, las gentes... Era todo tan diferente... ¡Hasta el aire que se respiraba olía y se sentía de otra manera! Era como si la propia Edimburgo le ofreciera el alivio que anhelaba su ser, aunque todavía no estuviera preparada para aceptarlo, ni siquiera para pensar en tal posibilidad.

En ese instante, el pánico se adueñó de su interior nuevamente y apretó la mano de la niña de forma inconsciente: ¿conseguiría salir de la oscuridad?, ¿hallaría el final del túnel?, ¿encontraría la luz? Y lo más importante... ¿Deseaba ser feliz sin Tomás?

Encontraron un supermercado a un par de manzanas a la derecha. Y se sorprendieron mucho, pues ocupaba dos

plantas gigantes. El espacio se distribuía a la perfección según los tipos de alimentos. En el piso superior, además, había una parte dedicada a comida preparada. Como era tarde, decidieron comprar la cena hecha.

Olivia le indicó con señas que estaría en la sección de los postres, pues le encantaba el dulce.

–Vale. Yo cogeré algo italiano, ¿de acuerdo?

Cuando Elena terminó, buscó a su sobrina.

–¿Qué te apetece? –le preguntó.

Olivia señaló la tarta de galletas oreo.

Ella se echó a reír y se la pidió al empleado de esa sección.

Al salir a la calle, la pequeña corrió hacia un puesto de helados que había en la esquina.

–Espera –le pidió Elena, haciendo malabarismos con las bolsas. Alcanzó a la niña–. ¿De chocolate? Entonces la tarta es para mañana.

Olivia hizo unos pucheros, muy traviesa.

Ella sonrió y asintió. No podía negarle nada, por lo menos de momento. No tenía idea de educar a un hijo, de ser madre, mucho menos sabía regañar o decir *no* a un niño, por lo que le compró el cucurucho.

Poco a poco..., se repitió a sí misma.

Y tuvo tan mala suerte que al girarse se chocó con alguien y perdió el equilibrio. La comida, el helado y la propia Elena aterrizaron en el suelo sin remedio.

–Mierda... –masculló ella.

El característico olor a regaliz rojo le inundó las fosas

nasales y de repente sintió el impulso de comerse uno. A gatas como estaba, gimió y cerró los ojos, abstraída por completo de la realidad. Hacía tanto que no los probaba... Tomás odiaba los regalices rojos, una de las grandes pasiones de Elena, por lo que había dejado de comerlos, pero...

–Disculpe –dijo una voz masculina en inglés, despertándola del trance–. ¿Se ha hecho daño? Permítame, por favor. –La ayudó a incorporarse.

Ella alzó la mirada.

Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, de pelo oscuro, ondulado y peinado con la raya lateral. Los ojos del desconocido poseían un verde tan apagado que rasgaba el marrón, como un prado al inicio del otoño, enmarcados por densas y larguísimas pestañas que se rizaban en las puntas. Una fina cicatriz le partía en dos partes desiguales la ceja derecha. Su mandíbula cuadrada y marcada estaba sombreada por una cortísima barba perfectamente cuidada. Su nariz era recta y elegante y sus labios, que se habían entreabierto, no muy gruesos.

Elena encogió la nariz. ¿Y ese olor que desprendía?

Regaliz... Olía a regaliz rojo...

¿Desde cuándo analizaba tan exhaustivamente a alguien?, ¿a un hombre, nada menos?!

Se soltó de inmediato. Arrugó la frente.

–¿Está usted bien? –se interesó él.

Ella asintió con brusquedad y se agachó para recoger el estropicio.

–Espere, déjeme a mí –insistió el desconocido escocés–. Tírelo. Compre otra vez, se lo pagaré yo, ha sido mi culpa.

–Mierda... –repitió Elena en español al contemplar la cena perdida.

–Es española –afirmó el hombre, de pronto, en perfecto español y en un tono entre asombrado y divertido.

–Sí.

Él, pues, sonrió.

Y ella desorbitó los ojos y se incorporó.

Era una sonrisa demasiado bonita. La invadieron los nervios. Sus mejillas ardieron sobremanera. Inclino la cabeza buscando un maldito escondite donde enterrar su propia vergüenza. ¿Qué demonios le pasaba?

Echo de menos comer regaliz rojo, es eso, pensó, convencida.

–No se preocupe, me giré muy rápido –le aseguró Elena–. Vamos, cariño. –Le tendió la mano a Olivia, que se había entristecido por haberse quedado sin el cucurucho–. Mañana te compro otro, tenemos que irnos.

–No, por favor –rogó el escocés–. Es lo menos que puedo hacer. –Posó la mano en su hombro con amabilidad y ligera dominación de la situación, como si le pidiera, que no exigiera, que le permitiera resolver el problema.

Ella observó a la pequeña y respiró hondo. Al fin, asintió.

Asintió porque era una estúpida, porque sintió confianza y protección. ¿Confianza y protección?

¡Menuda absurdez!

El desconocido se arrodilló en el suelo sin titubear, sin importar mancharse su elegante traje oscuro y sonrió a la niña.

Y Elena, por segunda vez, creyó que se le detenía el corazón.

—¿Me dejas regalarte un helado? —le preguntó él a Olivia—. Siento mucho habértelo tirado. ¿Me perdonas?

La niña movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Dime de qué sabor lo quieres. —Le ofreció la mano y su sobrina aceptó, encantada.

—De chocolate —respondió ella por Olivia.

Lo último que necesitaba era explicarle a un completo extraño por qué su sobrina, ahora su hija adoptiva, no hablaba con palabras y sí con gestos.

El hombre la contempló con el ceño fruncido un instante. Compró el helado y se lo entregó a Olivia, la cual, como agradecimiento, tiró de su chaqueta para que se agachara y le besó la mejilla. El desconocido le guiñó un ojo de forma pícara.

—De nada —convino él—. ¿Cómo te llamas?

Pero la niña se retiró y se concentró en el cucurucho.

—Olivia —dijo Elena—. Se llama Olivia.

—Tiene una hija preciosa —le obsequió, introduciendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Aquello le causó un débil aleteo en el estómago.

—Gracias —convino ella, educada y cortés—. Y también gracias por el helado. —Se dio la vuelta para marcharse—.

Oli, vámonos.

El corazón de Elena comenzó a latir a una velocidad alarmante. La culpabilidad creció y creció. Necesitaba salir de allí, necesitaba alejarse de ese desconocido, necesitaba a Tomás... ¿Qué demonios hacían en Edimburgo? ¡Hacía solo tres meses que Tomás se había muerto!

La pequeña enlazó la mano a la suya y regresaron al apartamento.

Dejó a su sobrina en el sofá con el cucurucho. Ella se tumbó en la cama. En silencio, sin emitir ruido, permitió que las lágrimas resbalaran por su rostro hasta perderse en las sábanas mientras aferraba un cojín contra el pecho como si este fuera su marido.

Se tocó la alianza que aún llevaba en la mano derecha. La giró sobre el dedo anular y pensó en Tomás.

Un par de horas después, Olivia la despertó, pues se había quedado dormida. Ambas salieron a la calle para buscar algo de cenar. Las tiendas estaban abiertas, incluido el supermercado, por lo que fueron allí y compraron una pizza congelada para hacerla al horno y unas palomitas por si acaso les apetecía ver una película en la televisión.

Entraron en el portal y, antes de cerrar, un perro golpeó la puerta, provocando que Elena se cayera sobre su trasero en una pose bastante ridícula.

—¡Ay! —se quejó por el golpe.

La niña soltó una risita divertida y se lanzó al animal,

que movía el rabo, pletórico de felicidad. Lo abrazó como si fuera un peluche gigante. Era un *golden* de color tan claro que parecía blanco.

–A mí no me hace ninguna...

–¡*Bruno!* –profirió un hombre al irrumpir en el edificio en ese momento.

El perro se puso a saltar alrededor de su dueño.

Ella se incorporó y comenzó a farfullar una serie de incoherencias. Dolía y mucho.

–Lo siento –se disculpó el desconocido en inglés.

Olivia tiró de su brazo.

–¿Qué pasa? –murmuró Elena, enfadada y con los puños apoyados en la cintura.

La pequeña le indicó que mirara hacia atrás.

Ella obedeció. Y se quedó paralizada.

–Vaya –sonrió él, hablando en español–, volvemos a encontrarnos y en las mismas circunstancias.

–Sí. –Se mordió la lengua antes de continuar–. Parece que le encanta tirar a mujeres al suelo. No es agradable, ¿sabe?

El desconocido escocés del puesto de helados, cuya vestimenta ya no era un traje, sino unas zapatillas *converse*, unos vaqueros gastados, una camiseta blanca y un jersey de pico de color gris claro, adoptó una actitud grave. Sus cabellos estaban revueltos y le hacían parecer más joven. Era muy atractivo, reconoció para sus adentros, no guapo en el sentido clásico de la belleza, pero tenía algo, quizá la confianza que transmitía su

mirada, confianza y seguridad, exactamente como lo que había sentido por la tarde.

–Disculpe, tiene razón –acordó el extraño.

La niña se acercó al animal y lo acarició. El perro le chupó la cara en respuesta y Olivia sonrió de manera deslumbrante.

–Se llama *Bruno* –le comentó el hombre–. Le has caído muy bien, Olivia.

–Nos tenemos que ir –anunció Elena, recogiendo la bolsa con la cena del suelo.

–Claro –asintió él–. Qué coincidencia que vivamos en el mismo edificio.

–Estamos de vacaciones, en realidad –masculló, molesta consigo misma. ¿Desde cuándo le daba explicaciones a un extraño, por el amor de Dios?

Los cuatro se encaminaron al amplio ascensor. Automáticamente, un olor sutil a regaliz rojo la alertó y tuvo que parpadear varias veces hasta enfocar la vista, pues se había cegado un instante.

–¿A qué piso van? –preguntó el escocés, ya no tan desconocido...

La pequeña levantó las dos manos mostrándole el número ocho sin dejar de sonreír.

–Muy bien –accedió él al tiempo que pulsaba la tecla correspondiente.

Las puertas se abrieron al alcanzar su destino.

–Ha sido un placer –pronunció el hombre antes de que salieran.

Olivia acarició a *Bruno* y seguidamente dio un tirón a los pantalones del escocés. Él se agachó y la niña lo besó en la mejilla. Ambos compartieron una sonrisa.

Elena se quedó boquiabierta.

–Buenas noches, vecina temporal –se despidió el desconocido y el elevador se cerró.

Ella suspiró, asombrada y enfadada a la par: asombrada por la actitud de su sobrina y enfadada consigo misma por no poder controlar sus emociones.

Quería comer regaliz rojo.

Durante el resto de su estancia en Edimburgo, Elena y Olivia pasearon, pasearon y pasearon hasta hartarse. Aquella ciudad era especial. Las dos se habían enamorado de cada rincón, de cada parque, que había unos cuantos, de cada canción que escuchaban gracias a músicos callejeros que entonaban *jazz* con trompetas, de la educación agradable de las gentes, de los monumentos, de los mercados de antigüedades, de los retratos y de los paisajes que diversos pintores ofrecían a la venta en las aceras...

Finalmente, tomaron el vuelo de regreso a Madrid.

Sin embargo, en lugar de estar tristes por volver a la realidad que las esperaba en su ciudad, estaban tristes, sí, pero por marcharse de Edimburgo. Su sobrina había sido otra en esas dos semanas en Escocia. No había parado de sonreír, ni de disfrutar de las vacaciones.

Entonces, una idea hizo mella en ella mientras

aterrizaban en Barajas.

No, se dijo a sí misma, es una locura.

Recordó las palabras del psicólogo: un nuevo camino...

Descendieron del avión, recogieron las maletas y se reunieron con Miguel y con Álvaro, que habían ido a buscarlas.

La niña se lanzó a los brazos del mayor, que la elevó haciéndola reír.

—Bueno, ¿vas a soltar prenda ya o qué, Elenita? —la instó su hermano mediano cuando entraron en casa—. No has dejado de suspirar.

—No me pasa nada.

Y, como si fuera una señal venida del cielo, el correo postal en la mesita del recibidor llamó su atención. Agarró un papel de color naranja con las letras en negro que decía:

Edimburgo, la ciudad de la esperanza donde todos los sueños se hacen realidad. Aprende inglés con nosotros y si pasas el examen te regalamos dos billetes de avión a Edimburgo.

Automáticamente, el rostro de un desconocido escocés surgió en su mente con nitidez.

Soltó el papel como si se hubiese quemado.

—¿Qué pasa, Elena? —se preocupó Miguel.

Olivia, que ya sabía leer, aunque lo hacía despacio todavía, cogió la hoja y la observó unos segundos interminables con una expresión indescifrable. Después,

alzó su preciosa carita, implorando algo que las dos ya sabían.

–Elena –insistió Álvaro–, ¿qué ocurre? ¡Habla!

Ella inhaló aire y lo expulsó lentamente. Dibujó una sonrisa en su rostro a la vez que negaba con la cabeza sin creerse lo que estaba a punto de hacer.

Su hermano mayor emitió una carcajada muy sonora.

–No entiendo nada –protestó el mediano–, ¿me lo podéis explicar?

–Nada –contestó Miguel, tomando a la pequeña entre sus brazos–, que tenemos que organizar una fiesta de despedida, ¿no, chicas?

Elena se rió, incrédula, emocionada y aterrada. Tres sentimientos opuestos, pero con un gran peso en su corazón. Olivia se colgó de su cuello con fuerza.

Edimburgo, la ciudad de la esperanza donde todos los sueños se hacían realidad, ¿sería verdad?

CAPÍTULO 2

El treinta de octubre, Olivia y Elena partieron rumbo a Edimburgo con una meta en común: emprender un nuevo comienzo.

Los dos meses y medio desde la vuelta de las vacaciones habían sido confusos y habían transcurrido tan rápido que no se habían enterado ninguna de las dos. Habían vendido los coches: el de Ángel, el de Teresa, el de Tomás y el de ella. Y las acciones también. Tres millones y medio de euros descansaban cómodamente en la cuenta bancaria, ahora solo a su nombre. Había traspasado el resto del dinero de las otras cuentas y las había cancelado.

Habían visitado al psicólogo tres veces por semana, como estaba previsto desde el principio. Elena se sentía mejor, la alegría aún no había vuelto a su vida, pues sus sonrisas pesaban y la mayoría eran obligadas, falsas,

carentes de emociones cálidas, pero empezaba a aceptar el vacío que existía en su corazón. No estaba de acuerdo en que el tiempo curaba las heridas, sino que creía convencida en que el tiempo lo único que hacía era acostumbrar a un cuerpo a convivir con la tristeza, con la soledad, con la incertidumbre, con la injusticia, con la amargura, con el dolor... Pura resignación.

Que Tomás no fuera a regresar era un hecho irrefutable, dolorosamente punzante, pero lo era. Y cuando lo aceptó, las lágrimas desaparecieron, aunque no la tristeza, no el tormento. En eso influía mucho su sobrina. La niña se había convertido en su principal motor de supervivencia. Se despertaba y se acostaba cada día pensando en su marido y en la pequeña. Tomás y Olivia eran su punto de conexión, y no solo porque fuesen tío y sobrina, tampoco porque la pequeña fuese el vivo retrato de su marido, sino porque el día en que Tomás se fue, el mismo día en que había sufrido su tercer aborto, como bien le había dicho el doctor, se había convertido en madre de una niña de seis años, una dulce niña que se encontraba tan perdida como ella, una preciosa niña a la que adoraba.

Una muerte, un aborto y una adopción, tres sucesos conectados cuyo punto de inflexión era la propia Elena.

¿Cómo podía el destino arrebatarse una vida en el mismo momento en que entregaba otra?

Dos días antes de coger el avión, su familia las había sorprendido con una fiesta sorpresa de despedida, aunque ambas se lo habían imaginado. Miguel y Álvaro no eran

propensos a guardar secretos, menos si esos secretos eran divertidos o sentimentales.

Lo peor de esos dos meses y medio fue cuando se presentó en casa de sus padres para comunicarles la decisión que había tomado, una decisión en la que no cabía la marcha atrás, ni los arrepentimientos, ni los remordimientos.

—Lo dejo —soltó ella nada más sentarse en el sofá alargado del salón, frente a Carmen y a Fernando, con Olivia en su regazo.

—¿Dejas el qué? —inquirió su padre, que frunció el ceño.

—Todo, papá. Oli y yo nos marchamos a Edimburgo a emprender una nueva vida. Lo necesitamos.

—¿Que lo necesitáis? —Se levantó de un salto y montó en cólera.

La niña se asustó, aunque no lloró. Su madre se la llevó a la cocina para distraerla.

—Papá —Elena se puso en pie—, lo último que quiero ahora es discutir contigo. Entiéndeme, por favor —casi le suplicó.

—Te vas dos semanas de vacaciones a Edimburgo —su voz se volvió más fuerte y autoritaria— y regresas con la absurda idea de irte a vivir allí. En Edimburgo no hay nada. Aquí tienes tu trabajo, tu familia, tu vida. ¿Y Olivia? —Entrecerró los ojos—. ¿Te has parado a pensar en que cuentas con una hija de seis años a tu cargo que ha dejado de hablar?, ¿y te planteas alejarla de lo único que ella conoce?

–No me lo planteo. –Se puso rígida ante las crueles palabras que estaba escuchando–. He tomado una decisión. Tengo veintisiete años. Acéptalo porque nos vamos a ir, te guste o no. –Agarró el bolso, no podía continuar en esa casa.

–Por supuesto que no lo acepto porque es un grave error lo que vas a hacer. –Se colocó frente a ella. Estaba furioso–. ¿Y de qué piensas vivir? Tienes mucho dinero, sí –asintió con ímpetu–, pero tu madre y yo te hemos educado en que en la vida hay que ganarse las cosas con esfuerzo y trabajo duro.

–Voy a volver a estudiar.

–¡Pero si ya tienes una licenciatura! –Elevó los brazos al techo.

–No me gusta y lo sabes. Lo que de verdad me llena es la decoración, la restauración, la pintura, el...

–Eso no vale nada –la cortó–. Te hemos pagado una educación que piensas tirar por la borda. ¿Así es como nos lo agradeces? ¿Sabes una cosa, Elena? –La apuntó con el dedo–. Si quieres marcharte, hazlo, pero no cuentes con mi apoyo porque no estoy de acuerdo contigo. Es un error. ¡Un completo error! –Realizó un aspaviento–. Y espero que luego no vengas llorando cuando fracases, porque yo desde luego no estaré ahí para consolarte y tú desde luego vas a fracasar.

–¡Fernando! –exclamó su madre, horrorizada, irrumpiendo en el salón con Olivia en sus brazos.

–No me mandes callar, Carmen. Es una locura. Tiene

aquí todo lo que necesita.

—Tomás se ha ido, papá. —Las lágrimas explotaron al fin. Su cuerpo entero vibró por la rabia y por el dolor—. ¡Tomás se ha ido! —repitió—. Todo me recuerda a él... ¡Todo! Y lo que necesito es seguir adelante... O por lo menos intentar seguir adelante. Venir a esta casa me recuerda a él. Montarme en el coche me recuerda a él. Dormir en mi cama me recuerda a él. Ir a comprar al supermercado me recuerda a él. —Se acercó a su padre despacio—. No tienes idea de lo que estoy pasando. ¡Ni idea! ¡Un maldito camión ha destrozado mi vida! —Se golpeó el pecho, incapaz de controlar las emociones—. ¡Me dijo que me amaba y que estaba deseando abrazarme y no lo hizo! ¡No lo hizo porque un camión lo mató un segundo después de hablar conmigo!

Olivia profirió un grito desgarrador.

Elena corrió hacia su sobrina y la abrazó. La niña se colgó de su cuello, clavándole las uñas. Temblaba. Le frotó la espalda con cariño, pero ninguna de las dos se serenó.

—¿Sabes lo que me decía Tomás una y otra vez? —continuó ella, mirando la espalda de Fernando, que no se había dado la vuelta ni pretendía hacerlo—. Que persiguiera mis sueños. Que si mi sueño era la decoración, que lo hiciera, que dejara tu empresa y me lanzara de lleno en busca de mi felicidad. Siento que ahora es el momento y no pienso desaprovechar esta oportunidad. Buscaré un trabajo, cuidaré de Olivia y

estudiaré. Saldré adelante por mí misma, eso es lo que me habéis enseñado. Y eso es lo que haré.

—Claro que sí, hija —convino Carmen antes de besar su mejilla con infinito amor.

—No —negó su padre—. Es un error.

—Es una pena que lo veas de ese modo, papá. Espero que recapacites antes de que nos vayamos.

—Vas a tirar tu vida por la borda —insistió sin éxito, pero firme en su opinión—. Estarás sola a tres horas en avión de aquí. Si coges ese avión, no te molestes en regresar. —La rodeó y se fue escaleras arriba.

Instantes después, escucharon un portazo proveniente de la segunda planta.

Su madre las abrazó.

—Tranquila, cariño, se le pasará.

—No, mamá. —Se separó y caminó hacia la puerta principal—. Estudié *Administración y Dirección de Empresas* por él, sabiendo como sabíais los dos que no me gustaba, que lo hacía por papá. Luego, me metí en la oficina a trabajar con él. —Salió al exterior—. Llevo desde los dieciocho años dedicándome por entero al sueño de papá. Nueve años, mamá, ¿y así me lo agradece? —Chasqueó la lengua—. Lo siento, pero no voy a esperar a que se le pase. Esta vez no. Esta vez tendrá que ser papá quien se arrepienta y venga a pedirme perdón. —Y se fue.

La discusión mantuvo a Elena en un estado de perpetuo coraje durante días, pues era la primera ocasión en que se enfrentaba a Fernando y pensaba en sí misma primero.

Así había sido toda su vida la relación con su padre: Fernando estaba contento y orgulloso de ella si acataba sus mandatos, que se resumían en aceptar y ejecutar los sueños que tenía preparados para Elena. Estuviera o no de acuerdo, jamás había osado contradecirlo...

Hasta ahora.

Miguel y Álvaro intentaron que su padre recapacitara, pero fracasaron. Y ni siquiera acudió a la fiesta de despedida. Ni al aeropuerto.

—Cuanto te instales, iremos a verte, ¿vale, tesoro? —le indicó su madre, procurando no llorar, aunque no obtuvo éxito.

Su hermano mediano, el más serio y correcto, distante en mostrar sus verdaderos sentimientos, la contempló con tal tristeza que ella sollozó sin remedio.

—Te quiero mucho, hermanita —le susurró Álvaro al oído antes de besarle la cabeza.

Elena le sonrió y asintió, pues no podía hablar.

Cuando le tocó el turno al mayor, se tapó los labios y cerró los ojos. Miguel la apretó contra su pecho. Tampoco pronunció palabra, pero solo con ese gesto se lo dijeron todo.

Se colgó su ordenador en el hombro, junto con su bolso y la mochila de la niña. Olivia la cogió de la mano. Anduvieron decididas hasta la puerta de embarque. Ella se giró cuando le entregó los billetes a una azafata. Observó a su familia. Sonrió con el rostro mojado por las incesantes lágrimas y agitó la mano. Ellos hicieron lo

mismo.

Pensó en Tomás. Su corazón explotó. Un buen presentimiento se anidó en su interior.

Había tomado la decisión correcta.

Y se fueron.

Tres horas después, Olivia y Elena aterrizaban en Edimburgo.

Tras un riguroso interrogatorio por parte de Miguel y de Álvaro, los tres hermanos acordaron por unanimidad que el alojamiento sería el apartamento donde habían estado en vacaciones, en aquel precioso y antiguo palacete digno de admirar. Y estuvieron de acuerdo en que sería un buen punto a favor de la niña, pues, ya que decían adiós a todo lo que la pequeña conocía, si entraban a vivir en esa casa, una casa que las había enamorado a ambas, tal vez a su sobrina le resultaría más sencillo el cambio.

Como había sido Miguel quien se había encargado de los trámites la primera vez, también lo hizo en esa ocasión. Ella le pidió que solicitara la vivienda vacía, pues quería decorarla con Olivia, a gusto y placer de las dos. Sentía que hasta eso lo necesitaban.

El casero le había asegurado a su hermano que podían quedarse con los muebles del piso hasta que compraran unos nuevos, que después acudiría al apartamento en persona con un camión de mudanzas para llevarse los suyos cuando Elena se lo comunicara. En la libreta que siempre guardaba en el bolso había apuntado el teléfono y

el apellido del hombre, el señor Gayre, pues desconocían su nombre.

El mismo chófer que las había recogido en verano las condujo al edificio donde emprenderían un nuevo capítulo en sus vidas. Se habían cargado con dos maletas con lo indispensable para unos pocos días, el tiempo que requería su familia para mandarles el resto de sus pertenencias por mensajero.

Saludaron al portero.

—Nos gustaría presentarnos, señor —le dijo al hombre en el idioma correspondiente.

—Lo sé. —Asintió con una sonrisa amable—. La señora Elena Robledo y la pequeña Olivia. Yo soy Allan McCraig, a su servicio. —Se inclinó como lo haría un sirviente en el siglo diecinueve.

Ella lo contempló, desconcertada.

—Me lo comunicó ayer el dueño —le explicó el portero—. Me dijo que llegarían hoy por la mañana y que se quedarían una temporada. Tenemos un libro de registros donde he apuntado sus nombres y el número del apartamento donde se hospedan. Estaría bien que me proporcionara un teléfono de contacto por cualquier emergencia que pueda surgir.

Allan le indicó que lo siguieran a la recepción, donde le mostró el libro para que lo viera con sus propios ojos.

—Hoy mismo iré a comprar un móvil y una tarjeta para tener un número de aquí —le informó Elena—. Cuando lo consiga, se lo haré saber. Muchas gracias, señor McCraig.

El portero, a pesar de superar los sesenta años, poseía una gran agilidad y transportó todo el equipaje hasta la puerta del apartamento sin admitir una negativa, en la octava planta.

—Por las noches no estoy yo, pero sí un guardia de seguridad. Espero que disfruten de su estancia. Señora, señorita. —Se tocó la sien a modo de despedida y las dejó solas.

Ambas se echaron a reír. Parecía un buen hombre y, desde luego, educadísimo.

Y por fin abrieron la puerta.

La niña entró corriendo y se tiró al sofá, donde pataleó, loca de emoción. Ella, en cambio, se dedicó a deshacer las maletas. Después, salieron a la calle. Como ya habían paseado por esas calles tan maravillosas y conocían bien esa zona, se dirigieron en primer lugar a comprar un móvil y una tarjeta, y en segundo lugar al supermercado. En cuanto Allan las vio entrar en el edificio, las ayudó con las bolsas y apuntó su número de teléfono.

Una vez rellenaron los armarios, el frigorífico y la coqueta despensa del fondo, que consistía en baldas de madera desde el suelo hasta el techo, Olivia se dispuso a ver la televisión y Elena activó el teléfono y llamó a su hermano mayor.

—Miguel, soy yo.

—*¡Elena!* —respondió Miguel a través de la línea—. *¿Ya estáis instaladas?*

—Aunque no voy a desconectar mi móvil español,

prefiero que me escribáis y me llaméis al inglés, ¿de acuerdo?

–Claro, no hay problema –accedió su hermano–, pero avisa a Álvaro de que estáis bien, que luego es muy susceptible y ya sabes que se enfada porque dice que siempre cuentas con él como la última persona de tu vida
–bufó en un tono dramático.

Ella se echó a reír, meneando la cabeza.

–Sí, ahora le mando un mensaje, descuida.

Su hermano permaneció unos segundos callado y dijo antes de suspirar:

–Cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme, por favor, ya sea de día o de madrugada.

A Elena se le formó un nudo en la garganta.

–Os voy a echar mucho de menos, Miguel –confesó en un hilo de voz–, sobre todo a ti.

–Lo vas a hacer muy bien, Ele –añadió con voz grave–. Nosotros también te vamos a extrañar mucho y a Olivia. Es un tesoro. Te ha tocado la lotería con esa niña. Protégela. E intenta no agobiarte. Ya oíste al psicólogo. Hablará cuando necesite hablar, no importa el tiempo que transcurra hasta que lo haga.

–Sí... –Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano–. Voy a hacer la comida, que se ha hecho tarde.

–¿Has pensado en su educación?

–Primero tiene que aprender el inglés. Y pasado mañana empezamos noviembre. He pensado que voy a buscar un tutor particular que sepa español para que sea

su profesor en casa y no pierda en vano este curso.

–Tiene seis años, debería ir al colegio, pero sí es cierto que su situación no es normal. –Volvió a suspirar–. Bueno, Ele, llámame todos los días sin falta y sin excusas que valgan.

–Vale, Miguel. Dale un beso a Lorena y a los niños.

–Y tú, un achuchón a Olivia. Adiós, Ele.

Colgó y se quedó un minuto pensativa.

Había tomado la decisión correcta, se repitió en su interior.

Escribió a Álvaro desde el número inglés. A continuación, Miguel creó un grupo de *whatsapp* para los tres y le pidió a ella que mandara fotos de la vivienda. A Olivia se le ocurrió grabar un video desde la calle para que vieran también el palacio por dentro y por fuera. Y eso hicieron, saliendo las dos, saludándoles con gestos y mandándoles muchos besos con las manos y los labios. A su familia le encantó. Su madre la llamó, emocionada, tras haber visto el video, pues Álvaro estaba con Carmen y se lo había mostrado.

A la mañana siguiente, Elena y su sobrina recorrieron todas y cada una de las tiendas de muebles habidas y por haber de Edimburgo. Seleccionaron lo necesario y algún que otro capricho. A ella le encantaba la decoración y descubrió que a la niña parecía interesarle. Entonces, se le ocurrió una idea, pero antes de llevarla a cabo debía consultarla con su casero, por lo que telefoneó al señor Gayre.

–*Gayre* –respondió una voz masculina seria y autoritaria al otro lado de la línea.

–¿Se-se-señor Gayre? –tartamudeó Elena en inglés, de repente nerviosa.

–*Soy yo, ¿qué desea?* –El tono era frío.

–Hola, señor Gayre. Soy Elena Robledo, su nueva inquilina.

–*Hola, Elena.* –De pronto, la frialdad cedió a una extraña calidez—. *¿Está todo bien? ¿Necesitan algo usted o su hija?*

–Sí, sí... Estamos muy bien. En realidad, lo llamaba para preguntarle si podíamos pintar las paredes.

–*No hay problema. Esa casa ahora es su casa, puede hacer lo que quiera. No necesita pedirme permiso, aunque siempre estaré disponible para usted.*

Se le aceleró el corazón. La voz era aterciopelada. Y la inquietó, pues le resultaba vagamente familiar, como si ya la hubiera escuchado antes.

Tonterías, pensó. No había conocido a nadie en Edimburgo, ni había conversado con nadie que no fuera el portero del edificio. Y esa voz denotaba juventud, o por lo menos se trataba de un hombre más joven que Allan McCraig, incluso poseía un acento diferente, más refinado. El señor Gayre pronunciaba de forma más delicada, más elegante que el portero, seguramente porque era un hombre de intachable educación, aunque Allan también.

–*¿Sigue ahí?* –quiso saber su casero.

–Sí, sí... Perdone.

–*Ahora mismo no me encuentro en la ciudad. Estoy de viaje de negocios y hasta la semana que viene no regreso. ¿Cree usted que podrá aguantar con mis muebles hasta entonces?*

–Venimos de encargarnos los nuevos y en las tiendas nos han dicho que tienen todo lo que queremos en los almacenes, que los avisemos cuando queramos que nos los entreguen.

–*Perfecto. ¿Le parece bien que quedemos el viernes de la semana que viene a las ocho de la mañana?*

–Sí, claro, cuando usted prefiera, aunque quizá sea mejor hacerlo el sábado o el domingo por su trabajo. No desearía que malgastara su tiempo por culpa de nosotras.
–Se sentó en un taburete de la barra de la cocina y comenzó a tamborilear los dedos de la mano libre en la encimera.

–*No se preocupe por eso, Elena, para mí será un placer desconectar un día del trabajo, pues el sábado viajaré de nuevo.* –Soltó una risita que a ella se la antojó un tanto seductora, pues un leve aleteo se instaló en su estómago—. *Por cierto, a lo mejor le interesa la idea de un decorador. La empresa en la que trabajo se dedica a la arquitectura y existe un departamento que se encarga exclusivamente de la decoración de interiores. Somos buenos, se lo aseguro. Sería mi manera de darles la bienvenida. Tómelo como un regalo.*

Elena se quedó boquiabierta. ¿Otra señal del destino?

–En realidad –declaró ella–, me gusta la decoración. Le agradezco el regalo, pero creo que será bueno para Olivia que lo hagamos entre las dos. Es un nuevo país, una nueva vida y... –Se detuvo con brusquedad.

¿A santo de qué le confesaba cosas de su vida a un completo desconocido?

–Disculpe –prosiguió Elena–. Tengo que colgar. Gracias por todo. Nos veremos el viernes a la ocho. –Y terminó la llamada sin esperar una despedida.

Respiró hondo varias veces para serenarse.

Esa voz la había incomodado en exceso, pero no en el sentido negativo de la palabra. Le había gustado. Y mucho. Sobre todo, porque le había transmitido un agradable resguardo.

Se incorporó y procedió a cocinar, así se distraería y no pensaría estupideces.

Los días transcurrieron con calma y el jueves anterior a la mudanza llegaron las cajas que su familia les había enviado. Las apartó en un rincón de su habitación. Entre su sobrina y ella sacaron los libros de las cómodas y recogieron las revistas y demás enseres que contuvieran los muebles del casero.

A las ocho en punto de la mañana llamaron al telefonillo del apartamento.

–¿Sí? –preguntó Elena con manos temblorosas.

–*Señora Robledo, soy Allan. Ahora mismo está subiendo una persona a su casa que viene de parte del*

señor Gayre.

–Gracias, Allan. –Frunció el ceño y colgó.

¿Y el señor Gayre?

Segundos después, sonó el timbre.

Abrió despacio.

Frente a ella se encontraba una mujer alta y esbelta, vestida de traje de chaqueta y falda grises claros, camisa blanca y zapatos de tacón milimétricos. Sus cabellos rubios estaban peinados en un moño bajo y tirante.

En ese momento se arrepintió de la ropa que había escogido para sí misma: vaqueros ajustados y rotos en las rodillas, los más viejos que tenía, una camiseta blanca de manga larga, sus *converse* viejas, que en otros tiempos habían sido negras, y un pañuelo en la cabeza a modo de diadema, así se retiraba el pelo de la cara, pelo que le alcanzaba el inicio de las axilas. Se sentía cómoda, pero insulsa al lado de esa mujer tan distinguida y atractiva.

–¿Elena Robledo? Soy Lucy Irwing, la secretaria personal del señor Gayre –saludó en español, algo que la sorprendió, y le tendió la mano, sonriendo.

–Encantada –respondió, aceptando el gesto–. Pase, por favor.

–Disculpe que venga yo y no el señor Gayre. –Caminó decidida hacia el salón, donde se giró y observó lentamente el espacio asintiendo con la cabeza, como si lo valorara de manera positiva–. Y perdone mi acento. Hacía mucho tiempo que no hablaba en español.

–Habla usted muy bien mi idioma –la obsequió Elena,

pues la franqueza y seguridad de aquella mujer joven, menos de cuarenta años, las sintió fiables y sinceras.

–Gracias. –Mostró una perfecta y deslumbrante dentadura–. El señor Gayre ha tenido que adelantar su viaje de negocios, por eso estoy aquí. Los chicos no tardarán en venir. ¿Le importaría si bebo un vaso de agua, por favor?

–¡Claro! Perdone mi falta de educación. –Le indicó la cocina con una mano.

–Estos tacones van a matarme un día de estos –se quejó Lucy mientras se acomodaba en uno de los taburetes.

Ella le sirvió un vaso de agua fría. La mujer la miró un instante, entornando los ojos y escrutando su rostro tal cual lo haría una vieja cotilla, simple y llanamente curiosidad.

–No me la imaginaba así –comentó Lucy antes de beber.

–¿Cómo?

–Me refiero a usted. –Apoyó el vaso ahora vacío en la encimera–. Gracias.

–¿A qué se refiere, entonces?

–Mi jefe me dijo que usted vivía con su hija. Me imaginé que fuera mayor. –Se encogió de hombros con coquetería, pero sin perder su atractiva sonrisa.

–Sí, vivo con mi hija Olivia. Se está vistiendo, luego podrá conocerla.

–¿Cuántos años tiene, si me permite la pregunta?

–¿Yo? Veintisiete.

–¿A qué se dedica? El señor Gayre me comentó que le gustaba la decoración. –Se sirvió más agua y la bebió despacio, sin perder de vista a Elena.

–Pues... –Se retorció las manos en el regazo—. Ahora mismo soy madre soltera y me gustaría volver a estudiar, a ser posible *Decoración de Interiores*. Lo único, que aún no sé dónde hacerlo.

–Creía que estaba casada. –Señaló con el dedo su alianza matrimonial.

Justo en ese instante llamaron a la puerta, salvándola del interrogatorio.

Una hora después, Lucy y ella se despidieron con amabilidad.

Sin embargo, por la tarde su humor se resquebrajó. Tuvo que telefonar a las tiendas porque aún no habían llegado los muebles nuevos.

–Genial... –farfulló Elena, sentándose en el suelo al lado de su sobrina, con la espalda apoyada en la pared—. Resulta que se equivocaron. ¿Te lo puedes creer?

Olivia arrugó su pequeña frente y se cruzó de brazos, igual de enfadada que ella.

–Venga, nos vamos a cancelar el pedido ahora mismo. ¡Menudos impresentables!

La niña comenzó a mover frenéticamente los brazos. Elena la comprendió al instante, pues ya sabía lo que significaban sus gestos después de seis meses conviviendo juntas.

–Tranquila, Oli, buscaré una solución –mintió para

tranquilizarla, pues no tenía idea de cómo actuar.

Se abrigaron y salieron a la calle.

En las tiendas, los empleados se deshicieron en disculpas. Era raro que, de repente, ningún establecimiento contara con absolutamente nada en los almacenes.

Regresaron a casa.

Y, ahora, ¿qué se suponía que iban a hacer?

La niña se enfadó aún más.

¿Dónde dormirían?, ¿sobre cajas? ¡Ay, Dios!

Cogió el bolso y en un arrebato lo estrelló contra la puerta. Se desperdigaron todas sus cosas, incluida la libreta que quedó abierta en la mitad, justo donde estaban escritos el apellido y el número de su casero.

Podía hacerlo, pero no. No era sensato haber rechazado la decoradora que el señor Gayre le había ofrecido y de repente llamarlo porque había cambiado de opinión. Tampoco sería profesional ni maduro.

Respiró hondo y cogió el móvil. Marcó el número de su casero.

Se puso tan nerviosa que colgó al primer tono. ¡Era una tonta!

Y el teléfono sonó al instante, pues el señor Gayre le estaba devolviendo la llamada.

Elena quiso tirarse por la ventana, pero elevó la barbilla, brindándose apoyo, y descolgó.

—¿Sí? —dijo con una fingida altanería en inglés.

—¿Elena? ¿Me ha llamado? —preguntó su casero.

–¿Yo? No, señor Gayre. –Se retorció una manga de la camiseta–. Habrá sido mi hija que estaba con el móvil y lo marcaría sin darse cuenta. Perdona las molestias.

Menuda mentirosa...

–*No es ninguna molestia* –pronunció con un toque áspero en la voz, un toque que irguió su piel–. *Acabo de hacer un receso. ¿Qué tal, Elena? ¿Irwing se ha portado bien? Es una cotilla empedernida, no me extrañaría que la hubiera increpado con preguntas personales.* –Se rió con suavidad–. *Es una buena mujer, no lo hace con mala intención.*

Elena se contagió y sonrió.

–Ha sido muy educada, tranquilo. Cuenta usted con una secretaria impecable. Y muy guapa. Se habrá quedado sorprendida al descubrirme a mí con mis ropas viejas.

–*No será para tanto, Elena. Unos vaqueros rotos y un pañuelo en la cabeza tienen su encanto* –comentó él, incrementando esa aspereza en el tono hasta el punto de tensarla.

¿Cómo sabía su vestimenta? ¿Tan cotilla era Lucy como para contarle hasta lo que llevaba puesto la nueva inquilina?

No le molestó, pero tampoco le gustó que el señor Gayre, un completo extraño, aunque poseedor de una voz preciosa, conociera tales aspectos de su persona.

Carraspeó.

–*¿Y los muebles nuevos?* –se interesó su casero, que también carraspeó.

–Bi... Bien, señor Gayre, gracias.

–*¿De verdad, no necesita la decoradora que le ofrecí? Todavía está a tiempo.*

Ella suspiró de forma sonora sin darse cuenta de que lo hacía.

–*¿Está todo bien?* –se preocupó. Elena no respondió—. *¿Elena? ¿Ha pasado algo? Hable, por favor, puede contar conmigo. La ayudaré en todo lo que necesite.*

Sin aguantárselo más, le relató lo sucedido. Y lo curioso fue que él no pareció sorprenderse. ¿Sería algo común en Edimburgo, igual como ocurría con la perfecta educación de sus gentes?

–*Hagamos una cosa, Elena. Son más de las siete y ahora mismo no hay nadie trabajando en el estudio. Voy a llamar a Irwing para que mañana a primera hora envíe a una decoradora a su casa. Y también telefonaré al señor McCraig, para que les proporcione unas llaves y puedan dormir en una cama.*

–Pero...

–*No, Elena* –la cortó de inmediato—. *No admito una negativa. Soy el propietario del edificio y hay un apartamento libre hasta el lunes por la noche. Se quedarán allí de momento. No querrá que su hija duerma en el suelo, ¿verdad?*

–Es demasiado, señor Gayre, no... No podemos aceptarlo, más cuando ya lo rechacé la primera vez – declaró antes de suspirar otra vez.

¡Por Dios, le temblaba la voz!

—Precisamente, por eso, Elena. Usted ha sido la primera persona que he conocido en toda mi vida que me ha rechazado. Y, créame, no me gusta. Ahora la dejo, voy a hacer las llamadas. Buenas noches, Elena. —Y colgó.

Ella se quedó traspuesta y acelerada. ¿Se había enfadado? Lo que le faltaba...

Y, créame, no me gusta...

Esas palabras se repitieron en su mente. El señor Gayre no había empleado un tono seco, había sido amenazante y le había incrementado los latidos de su corazón.

Cinco minutos más tarde, Allan llamó a su puerta. Las acompañó a la última planta del palacete marcando un código de cuatro dígitos en el elevador. Había nueve pisos. Ellas vivían en el penúltimo. Allí encontraron una única puerta, frente al ascensor. Las demás plantas se distribuían en tres viviendas, menos ese.

Cuando el portero abrió y les indicó que pasaran, se quedaron boquiabiertas. La niña se abrazó a su cintura y la apretó, emocionada. Ya no quedaba ningún resquicio de enojo en Olivia, algo que agradeció Elena con alivio.

—Bonito, ¿verdad? —dijo McCraig con su amable sonrisa.

Ella soltó una risita incrédula.

—Es... Es...

Pero no halló el adjetivo exacto para definir aquel ático. Lo que sí supo fue que *bonito* no se acercaba ni por asomo a describirlo.

—Espero que disfruten de la estancia —añadió Allan—.

Hasta mañana, señora, señorita. –Se tocó la sien y las dejó solas, cerrando tras de sí.

Cogidas de la mano, Elena y su sobrina avanzaron despacio por una alfombra roja y acolchada, rectangular, paralela a la puerta principal, que separaba el discreto recibidor del grandioso salón abierto, el cual poseía cuatro columnas en dos grupos de dos que delimitaban el espacio dividiéndolo en tres partes.

En la entrada, colgaron los abrigos y el bolso en el perchero.

A la izquierda del salón, se hallaba la biblioteca. Una estantería ocupaba toda la pared y estaba repleta de libros, algunos en desorden, pero un desorden hecho adrede. Le dio la impresión de que ese desbarajuste, delicado y comedido, apenas perceptible, formaba parte de la decoración. Había una escalera de madera oscura anclada a la balda superior y con ruedas en el suelo. Y otra alfombra, verde gastado en ese caso, descansaba a los pies de la escalera y era tan ancha como la estantería.

En ese momento, recordó una escena de la película de Disney *La bella y la bestia*, cuando Bella se subía a la escalera de la biblioteca del pueblo, cogía su libro favorito y, cantando, se mecía de un lado a otro, feliz. Elena meneó la cabeza, sonriendo, y prosiguió con atención, extasiada a más no poder, el recorrido visual de la casa.

A la derecha del salón, había una mesa preciosa, artesana, de roble, ovalada, marrón oscura, el color predominante de la vivienda, y seis sillas del mismo

material a juego.

Pero lo que le robó el aliento fue toda la pared del fondo: una cristalera desde el suelo hasta el techo. A medida que se aproximaban, rozaba con los dedos los muebles antiguos, de incalculable valor, belleza y comodidad, como los sofás mullidos que le gritaban que se tumbara, que se tapara con unas mantas increíblemente suaves, dobladas a la perfección en las esquinas, y que recostara la cabeza en los numerosos cojines que los poblaban y se le antojaban maravillosos. Sin embargo, estaba todo tan bien dispuesto que tiró por tierra tal pensamiento. No osaría descolocar, desordenar, ¡incluso tocar nada!, nada de nada.

Había tres sofás dispuestos en forma de *U* y en tonos grises. El del centro era de cinco plazas, inmenso, las dos de las esquinas poseían un largo mayor que las interiores, tipo *chaise longue*. Los otros dos eran de dos plazas, sencillos pero anchos, y muy pero que muy agradables a la vista. Los tres miraban hacia la cómoda baja de cajones descubiertos, cajones que contenían un sinfín de DVDs y aparatos electrónicos de último modelo.

La niña tiró de su mano y señaló la cristalera con la otra mano.

¡Madre mía!

Un jardín, a modo de terraza, cerrado por otra cristalera, como si fuera un coqueto invernadero, esperaba ante sus ojos ser descubierto.

Giró el picaporte y entraron. No hacía frío, todo lo

contrario. Una seductora atmósfera de dulces aromas las envolvieron en una nube de ensueño. La mitad de las paredes que delimitaban el espacio, la parte inferior, estaba cubierta por ladrillos, donde se apoyaban macetas rectangulares y bajas de flores de todos los colores y tipos. Constituía una magnífica idea realizada la creación de ese lugar tan bonito y acogedor debido a la clase de ciudad en que estaba ubicada la casa, pues las constantes lluvias y la triste meteorología, apenas sin sol, hubieran imposibilitado disfrutar de ese jardín. O quizá se trataba de una restauración. Al fin y al cabo, el edificio era un palacio antiguo. No era de extrañar que el señor Gayre, hubiera remodelado el interior del palacio, siendo arquitecto como era. Él, o su predecesor. Ella nunca lo sabría.

Olivia se soltó y se sentó en una hamaca para cuatro personas, clavada al césped, un césped que ocupaba la mitad del fondo y que por cierto no era artificial, pues Elena se agachó y se humedeció los dedos con la corta hierba fresca. Atisbó unas finas mangueras de regadío casi invisibles. Su sobrina se columpió en la hamaca, alegre y dichosa, con los pies colgando. Había también una mesita circular sobre la que reposaban dos revistas de sociedad y dos sillas, todo de mimbre.

Increíble... No faltaba detalle.

–Quítate los zapatos, no sea que manches algo, Oli –le pidió a la niña antes de besarle la cabeza.

Olivia obedeció de inmediato con solemnidad. Ella

sonrió, comprensiva. Las dos sentían el mismo impacto por aquel apartamento.

Elena regresó al interior, atravesó el salón y observó el espacio.

El ático era impresionante... De techos altos y paredes de ladrillos sin cemento que las vistiera para poder pintarse, algo que no le hacía ni pizca de falta.

Enseguida, dio con la cocina, frente al comedor, separada por una barra americana como en su piso, con la diferencia de que no era en forma de *L*, sino que la vitrocerámica y la pila se disponían en una isla central y los muebles, detrás, con puertas y cajones en la parte inferior y baldas en la superior.

Viró el rostro hasta la biblioteca. Al principio de la misma existía un pasillo. Avanzó por él un par de pasos hasta toparse con tres puertas de madera vieja, una enfrente y las otras a los lados, perpendiculares a la misma.

Abrió con decisión la de la derecha, aunque continuaba temblando como una cría buscando un tesoro perdido. Era un baño muy bonito, de color naranja y marrón claros simbolizando la tierra, con una bañera de mármol y dos lavabos del mismo material.

La de la izquierda accedía a una habitación sencilla, con una cama de matrimonio y un pequeño saloncito privado. Era grande, se podrían sacar dos estancias de tamaño normal. A lo mejor así había sido al principio, pensó ella.

Y la puerta de enfrente... ¡Dios mío!

El dormitorio más bonito que jamás había visto en su vida... Parecía sacado de una revista. Se quedó quieta en el umbral, los pies no le respondieron.

La majestuosa cama baja, al fondo, estaba rodeada por un dosel de seda blanco que se hallaba descorrido y sujeto a la pared, blanco como el edredón, la manta y los cojines. Un baúl se asentaba a los pies sobre una alfombra en tonos azules. A la derecha, una chimenea de piedra y a la izquierda, separado por un biombo de tela blanca traslúcida, un despacho con un tablero inclinado debajo de una ventana rectangular, tapada por un estor de color blanco. Iluminación y mucho aire. Era moderno con un toque antiguo, un estilo original.

Cuadros de diversos tamaños estaban colgados alrededor de la ventana, la mayoría eran pequeños. Se trataba de fotografías en blanco y negro de edificios o monumentos considerados Patrimonio de la Humanidad en el mundo: la muralla china, el *Taj Mahal*, el acueducto de Segovia, la catedral de *San Basilio* de Moscú, las pirámides de *Gizeh*, el castillo *Himeji* de Japón, *Stonehenge* de Inglaterra, el museo *Guggenheim* de Bilbao, *La Sagrada Familia* de Barcelona... Las fotografías poseían una luz y una categoría dignas de un profesional.

¿El inquilino de ese apartamento habría estado en tantos lugares, varios en España, cosa que la asombró? ¿Habría recorrido el mundo como *Willy Fog* o esas

imágenes eran parte de la decoración? El apartamento de Olivia y de Elena se había entregado decorado. Quizá el inquilino solo vivía allí y no tenía nada que ver con la arquitectura o la fotografía.

Cerró los ojos un instante y respiró hondo. Olía a...

Elevó los párpados de golpe.

¡Olía a regaliz rojo!

Un momento...

No. No puede ser cierto, se dijo a sí misma con un inquietante y casi certero presentimiento rondando su cerebro.

¿Sería la casa del señor Gayre? Después de todo, ¿qué clase de persona vivía con una mesa de arquitecto en la habitación y fotos de edificios o monumentos históricos? Solo un entendido en arte. Y el apartamento estaba tan bien decorado...

Y lo que era peor aún... ¿El señor Gayre era el mismo extraño que había conocido en agosto cuando habían estado ellas de vacaciones?, ¿ese hombre que la había tirado al suelo dos veces? La voz le había resultado familiar y joven. ¿Sería él?

Se le aceleró la respiración.

Imposible... ¿O posible?

El desconocido de las vacaciones tenía un perro, ¿no? Quizá si buscaba y encontraba la comida del animal, algún juguete canino o algo relacionado con un perro hallaría respuestas a sus inquietantes preguntas.

Se dirigió a la cocina y buscó en los muebles.

Nada.

Entonces, su sobrina apareció en el salón saltando mientras lanzaba al aire una pelota amarilla de goma. Elena se la quitó.

—¿De dónde la has sacado? —quiso saber, frunciendo el ceño.

Olivia, de repente, seria por el tono que había empleado, señaló el jardín.

Ambas salieron. La niña le indicó con la mano que se fijara en una caja de madera grande, a la derecha, en una esquina.

No era una caja, sino una caseta de perro. Y había una pizarra clavada en el tejado triangular con un nombre escrito: *Bruno*.

Ella inhaló aire y lo expulsó con excesiva fuerza. Se encaminó, decidida, al recibidor y sacó el móvil del bolso. Lo llamaría, claro que sí. ¿Qué clase de broma cruel era esa? ¿Acaso se estaba riendo de ella? O a lo mejor no la recordaba y Elena se estaba montando una película en su cabeza, ahora distorsionada por lo que acababa de descubrir.

Sin embargo, justo cuando tecleó el contacto de su casero, el sonido del telefonillo la asustó. Debido a los nervios se le cayó el teléfono al suelo. Su sobrina lo cogió.

—¿Sí? —dijo Elena al descolgar el interfono.

—*Señora Robledo, soy Allan. La cena ha llegado.*

—¿Qué cena? —preguntó, extrañada.

–La que el señor Gayre me pidió que solicitara para usted y su hija, señora. Ya mismo se la subo.

Apoyó el telefonillo en su lugar y bufó, malhumorada.

–¿Me permite? –le solicitó el portero cuando le abrió la puerta.

McCraig se encaminó a la cocina y apoyó en la isla cuatro bolsas repletas.

–¿Todo eso es para nosotras? –se alarmó ella en un hilo de voz.

–Así es. –Asintió el hombre y sonrió con su característica amabilidad–. El señor Gayre no sabía qué les gustaría cenar, por lo que decidió pedir de todo. Es comida italiana y también hay postres. Espero que la disfruten. –Se tocó la sien y le guiñó un ojo a la niña.

Comida italiana... El mismo tipo de comida que el desconocido de las vacaciones le había hecho tirar por el encontronazo. El extraño que olía a regaliz rojo. ¿Era una casualidad que el señor Gayre las hubiera invitado a cenar comida italiana? ¿Y el postre?

Elena ojeó las bolsas y descubrió helado de chocolate y tarta de oreo.

Ya no había ninguna duda.

–Espere –le pidió a Allan, pero ya se había ido.

Olivia alzó los brazos y comenzó a sacar las pequeñas cajas de plástico que contenían la cena. Había lasaña, diferentes pastas, pizzas, entrantes italianos, ensaladas... ¡Había para un regimiento!

Debía llamarlo. Y lo haría, pero luego, pues el

suculento olor de la comida italiana le revolucionó el estómago. De repente, su apetito aplastó su lucha interior.

Una hora más tarde, la niña se quedó dormida en el sofá central del salón, con la cabecita sobre las piernas de Elena. Habían puesto la película *El rey león*, que habían visto por casualidad en el mueble. ¡Menuda colección de películas *Disney*! Toda su infancia estaba allí: *Pocahontas*, *La sirenita*, *Hércules*, *La cenicienta*, *La dama y el vagabundo*, *Anastasia*, *El libro de la selva*, *Tarzán*...

Y, como si hubiera vuelto a la edad de diez años, estuvo gran parte de la noche devorando esos clásicos que tan bien la habían acompañado cuando se había resfriado siendo pequeña.

Finalmente, de madrugada, el sueño la atrapó.

Esa noche fue la primera que no pensó en Tomás cuando sus pesados párpados se cerraron por el cansancio. Y ni siquiera se percató de ello.

A la mañana siguiente una luz cegadora la despertó.

Un intenso olor a regaliz rojo le inundó las fosas nasales y se levantó de golpe.

Estaba en la impresionante cama del dormitorio del señor Gayre, porque era el señor Gayre el dueño de esa casa, ¿no?

Arrugó la frente. ¿Cuándo se había levantado del sofá? No se acordaba. Se observó un instante. Estaba vestida y descalza sobre la colcha. Una fina manta de color gris muy claro le cubría las piernas y los pies. Se restregó los

ojos y se incorporó. Buscó a su sobrina, que estaba en el otro cuarto y dormía plácidamente, también vestida, aunque tapada por el edredón nórdico. Tampoco recordó haber transportado a Olivia a la cama. ¿Qué le pasaba? ¿Ahora era sonámbula?

Con cuidado, le puso el pijama y bajó la persiana. Dejó la puerta abierta y se fue a la cocina.

Su móvil sonó a lo lejos. Corrió al salón. Estaba en la mesa que había entre los sofás y la televisión, la que contenía la colección de DVDs.

–¿Sí? –pronunció en español sin darse cuenta.

–¿Señora Robledo? –contestó una mujer también en español, aunque con el acento típico de una inglesa, o una escocesa.

–¿Señorita Irwing? –adivinó Elena, sonriendo.

–*Por favor, llámeme Lucy, se lo ruego, si no, me siento más mayor de lo que soy* –bromeó Lucy.

–Claro, y usted a mí, *Elena*. –Amplió su sonrisa–. Dígame, Lucy.

–*¿Le parece bien que las recoja en dos horas para ir a comprar sus muebles? Vendrá con nosotras una decoradora. Por si no lo sabe, es un regalo del señor Gayre.*

–La decoradora, sí.

–*La decoradora y los muebles.*

–¡¿Qué?! –exclamó con el corazón disparado–. No. Ni hablar –negó en rotundo–. Solo la decoradora. Nada más.

Irwing emitió una melodiosa carcajada.

–*Parece que no me equivoqué con usted, Elena. Sabía que era diferente.*

–Disculpe, pero no la entiendo. –Frunció el ceño.

Esa mujer, además de cotilla, estaba loca.

–*No se preocupe, ya me entenderá a su debido tiempo.*

–Suspiró la secretaria de forma teatral–. *Bueno, a las diez la espero en la acera, ¿de acuerdo?* –añadió con voz cantarina. Parecía ser esa clase de personas que se despertaban de muy buen humor.

–Espere. Quería preguntarle algo, Lucy.

–*Claro. Usted dirá.*

–¿El señor Gayre tiene un perro llamado *Bruno*?

Pasaron unos segundos interminables de silencio absoluto.

–*Perdone, señora Robledo, pero no la oigo bien. Nos vemos en un rato. Buenos días.* –Y colgó.

Sí, colgó, pero ella no era ninguna estúpida. La había colgado para no responder, lo que acentuaba la certeza de sus pensamientos: el señor Gayre, su casero, era el desconocido de las vacaciones. Y, obviamente, era arquitecto y le encantaba la fotografía, sin olvidarse de *Bruno*. Eso o que uno de los inquilinos del palacete era también arquitecto.

Muchas coincidencias que ya poseían sentido para Elena.

Telefonó al señor Gayre, pero él no respondió ni le devolvió la llamada...

CAPÍTULO 3

La secretaria del señor Gayre no se presentó a la cita, por lo que no pudo interrogarla.

Un chófer las recogió. Descubrieron un asiento especial para niños en el interior del coche, cuyas lunas traseras estaban tintadas. Su casero no obviaba ningún detalle por muy pequeño que fuera. Se trataba de un *Range Rover* verde metalizado, bastante impresionante.

Recorrieron la parte vieja de Edimburgo a modo de paseo hacia la zona moderna. Se detuvieron en la puerta de un establecimiento de decoración.

Una mujer de su edad, más o menos, quizá un poco más mayor, las esperaba. Sus preciosos cabellos castaños con reflejos rojizos teñidos se ondeaban con elegancia por la suave brisa casi invernal que se respiraba en la ciudad. Poseía un cuerpo espectacular. Iba vestida a la moda, muy sofisticada. De hecho, parecía modelo. No obstante, algo

en sus ojos azules y en su postura regia, excesivamente estirada, mostrando una buena copa de sujetador, le aventuró que no serían buenas amigas...

–Buenos días –saludó Elena en español cuando se acercaron a la mujer.

Creó que también le respondería en su idioma, pero se equivocó, pues lo hizo en inglés, un inglés rápido y arisco, no complicado como el escocés. Comprendió que era irlandesa.

–No tan buenos –bufó la desconocida–. Es sábado y tengo prisa, pero, en fin. –Suspiró y alzó sus finas cejas–. Soy la señorita O'Paradise, la decoradora que el señor Gayre ha puesto a su disposición –señaló con una mueca, sin ocultar la irritación.

Sí, irlandesa, pues la *O* del apellido junto al apóstrofe procedía de Irlanda.

La señorita O'Paradise le realizó un escrutinio de la cabeza a los pies.

Ella se había arreglado con un sencillo vestido marrón de manga larga que caía suelto hasta la mitad de los muslos, unos leotardos y unas botas de borrego, muy bonitas, calentitas y perfectas para el mal tiempo, junto con una bufanda ancha, su abrigo favorito de color verde caza con capucha y un gorro de lana que la cubría hasta las orejas. No iba elegante, pero tampoco fea, aunque sí se sintió así por culpa de esa odiosa mujer.

Y cuando fue a repetir el maleducado gesto en Olivia, la interrumpió.

–¿Podemos empezar ya? –sugirió Elena, muy seria, en inglés.

¿Quién se creía que era esa decoradora para mirar tan mal a una niña de seis años, a su sobrina, ahora su hija?

La mujer giró sobre sus altísimos y lujosos tacones negros y entró en la tienda.

Tía y sobrina se observaron y rodaron los ojos antes de seguirla.

Durante dos horas, la señorita O'Paradise estuvo hablando por el móvil casi todo el rato. La muy bruja no sabía que la nueva inquilina del señor Gayre dominaba a la perfección su idioma, por lo que había escuchado y comprendido la conversación entera, en la cual la propia Elena había sido la protagonista, o, mejor dicho, su *burda* vestimenta, según sus palabras.

Entre Olivia, Elena y la dependienta del establecimiento, que resultó ser una adorable abuela simpática y cariñosa, ordenaron los muebles y los enseres que más les gustaron, sin importar el dinero. La niña estaba feliz cuando terminaron.

Pensó en Tomás y se lo agradeció, tanto el hecho de poder comprar todo aquello como el hecho de contar con su sobrina a su lado. Tras seis meses sin su marido, la desgracia ocurrida empezaba a contener un toque de bendición. No había desaparecido, ni mucho menos, pero sonrió.

Pagó con la tarjeta y se dio la vuelta para salir de la tienda.

–Oli, vámonos.

–Espera –le dijo la decoradora. Le ofreció su móvil último modelo, de malos modos, por cierto–. El señor Gayre quiere hablar contigo.

Elena se lo puso en la oreja.

–¿Señor Gayre?

–*Elena.*

La voz de aquel hombre impactó en su pecho.

Se alejó de la señorita O'Paradise para hablar con tranquilidad.

–*¿Qué tal con Amber?* –se interesó su casero.

–*¿Quién es Amber?* –quiso saber ella.

–*La dueña del teléfono, Amber O'Paradise* –le explicó un poco brusco–. *¿Las ha tratado bien?*

Vaya... ¿El señor Gayre tampoco se fiaba de su propia decoradora?

–Ya hemos acabado. Ahora mismo, Olivia y yo nos íbamos a casa. Gracias por todo.

–*Amber irá a su casa cuando lleguen los muebles, se encargará de...*

–No –lo cortó–. Perdón –añadió al darse cuenta de su propia reacción.

Escuchó cómo él respiraba profundamente.

–*Sé que Amber puede ser algo..., estirada* –pronunció, pensativo–, *pero es una de las mejores decoradoras que tenemos en la empresa.*

–Si por estirada –contempló a señorita O'Paradise con fijeza– se refiere a definir mi vestimenta como burda y a

repasarme como si fuera un dibujo animado mal hecho en vez de dedicarse a orientarme en la decoración de mi nuevo hogar, sí, es una estirada, pero, no se preocupe, no me afectan en absoluto sus insultos. La clase no se fabrica, se nace con ella.

La decoradora desorbitó sus ojos azules y sus altos pómulos ardieron de vergüenza y de rabia.

Su casero, en cambio, permaneció callado unos segundos y después soltó una carcajada que le hizo sonreír de satisfacción. La niña la observaba con infinita adoración. Ella le acarició la pequeña barbilla y le guiñó un ojo.

–Domina el inglés –señaló él a través del móvil con la diversión todavía en su voz–. Lo habla muy bien, incluso el acento, casi podría pasar perfectamente por inglesa, que no escocesa. Su pronunciación es delicada y refinada, propia de Inglaterra.

–He estudiado en un colegio inglés desde los tres años. Todos mis profesores eran nativos de Inglaterra sin saber una pizca de español. Y cuando entré en la universidad continué con mi aprendizaje dando clases particulares de inglés a diario.

–Una educación muy estricta.

–También lo fue para mis hermanos. –Se encogió de hombros y frunció el ceño. Ya estaba regalando demasiadas explicaciones sin motivo–. Debería devolverle el teléfono a la señorita O'Paradise, señor Gayre.

–Claro.

–Por cierto, lo llamé esta mañana –le recordó adrede.

–*Estaba en una reunión. Y ahora mismo llego tarde a otra. Entonces, Elena, –añadió, cambiando de tema radical–, ¿le digo a Amber que no necesita más sus penosos servicios?*

Elena sonrió pícaramente.

–Sí, por favor –convino–. Gracias de todos modos, señor Gayre. La tienda es maravillosa y ha sido recomendación de su decoradora, así que no lo ha hecho todo mal, no la juzgue, supongo que la humanidad necesita aprender lecciones de vez en cuando.

Su casero se rió.

–*De acuerdo, Elena, no la castigaré. Les deseo un buen fin de semana.*

–Igualmente. Gracias otra vez. Buenos días, señor Gayre. –Y colgó.

Le entregó el móvil a una furiosa señorita O'Paradise y tomó a su sobrina de la mano. Se despidieron de la dependienta, que ocultaba las carcajadas sin éxito, pues había presenciado la escena, y salieron a la calle.

El chófer estaba en la acera, apoyado en el lateral del coche. ¿Había estado ahí las dos horas esperándolas?

En ese momento, el hombre se incorporó del vehículo y abrió la puerta trasera y apareció otro hombre de unos sesenta años, atractivo, canoso, alto y bastante flexible para su edad, cuya oscura mirada le transmitió una profunda serenidad. Se acercó y les dedicó una radiante

sonrisa, cercana y protectora.

–Elena.

Esa voz...

Ella se quedó boquiabierta.

–¿Se-Se-Señor Gayre? –consiguió pronunciar.

Tenía la edad de su padre y no olía a regaliz rojo, sino que desprendía un aroma a... ¡Canela!

Sí, a canela. Un aroma de añoranza. Pensó en su madre, en las natillas que le preparaba de pequeña con polvos de canela y trocitos de galletas...

¿Qué demonios le ocurría a Elena que olía a las personas como si fueran comestibles?

–Encantado de conocerla al fin –anunció su casero, tendiéndole la mano, que ella estrechó, automática. Se agachó para quedar a la misma altura que la niña y añadió en español con acento muy marcado—: Y usted debe de ser la pequeña Olivia, o señorita Olivia, o señorita Robledo, como prefiera. –Le guiñó un ojo.

Olivia, que también sonreía, le besó la mejilla en un acto espontáneo que sorprendió a los presentes, incluida a Amber, a su lado.

–*Olivia* está bien –señaló Elena.

–Prefiero *pequeña Olivia* –bromeó el señor Graye, pellizcando la nariz a su sobrina con cariño—. Eres preciosa, ¿lo sabías?

Olivia, balanceándose sobre sus pies, sonrió tan coqueta que los hizo reír a los dos.

–Señor Gayre –saludó la señorita O'Paradise, algo

nerviosa.

Su casero se incorporó, adoptando una actitud autoritaria. Se irguió y miró a la decoradora.

–Amber, tómate el fin de semana libre, ya has terminado aquí –le ordenó, arrugando la frente. Retomó su idioma natal. Estaba enfadado–. Nos veremos el lunes en la oficina. A primera hora te quiero en mi despacho.

Elena se sintió mal, pues, si no se hubiera chivado, nada de eso estaría sucediendo. Aún así, Olivia también frunció el ceño en dirección a la señorita O'Paradise y se cruzó de brazos para enfatizar su enojo.

–Sí, señor Gayre. –Amber apretó la mandíbula y se fue andando, pausada y estirada, murmurando incoherencias.

–¿Las llevo a algún sitio? –solicitó el señor Gayre, que sonrió de nuevo y extendió el brazo hacia el coche en clara invitación.

–¿Usted no tenía una reunión? –inquirió ella, sin llegar a creerse que ese hombre en verdad era su casero.

La voz de las llamadas telefónicas se le parecía mucho, pero...

–Sí, Elena –asintió sin mirarla y ayudando a la niña a montarse en su asiento homologado–, pero tras nuestra última conversación la he cancelado. ¿La molesta? Y, si no le importa, me siento un poco inseguro hablando en español.

–No me importa hablar en inglés, tranquilo, aunque Olivia todavía no sabe el idioma, tendrá que disculparla porque no lo entenderá.

—No tengo que disculpar nada, en todo caso, al revés, Elena. —Sonrió, divertido—. Debería conocer su idioma como la palma de mi mano, pero no es así, por desgracia. Me siento bastante inseguro hablando en español, lo lamento.

¿Por qué debería conocer su idioma?, se cuestionó, extrañada. Era escocés, ¿para qué necesitaba el español?, ¿por su trabajo, tal vez?

—¿Adónde las llevamos? —se interesó su casero.

—Vamos a casa, pero, por favor —sintió incendiarse sus mejillas—, no es necesario, tendrá cosas que hacer.

—¿Cuándo le mandan los muebles? —le preguntó a la vez que la agarraba del brazo con suavidad y la empujaba con sutileza hacia el *Range*.

—El lunes por la mañana —aceptó al fin, pues ese hombre no conocía la palabra *no*, y se acomodó al lado de su sobrina.

El señor Gayre hizo lo propio y cerró la puerta. El chófer se incorporó a la calzada.

—Solemos trabajar con esta tienda en la mayoría de nuestros proyectos —le informó su casero—. No solo creamos o restauramos edificios, también decoramos. Y esta tienda es de gran calidad y maravillosa atención, además de que siempre cuenta con el catálogo al completo en sus almacenes de Edimburgo. Son rápidos y buenos.

—Sí, la verdad es que nos hubiéramos llevado toda la tienda. —Miró a Olivia y le tradujo al español lo que acababa de decir.

La niña le dedicó una amplia sonrisa, moviendo la cabeza en señal afirmativa.

—¿A qué se dedicaba antes? —quiso saber su casero—. Me dijo Lucy que quería estudiar *Decoración de Interiores*.

—Bueno... —titubeó ella—. Estudié *Administración y Dirección de Empresas*, no sé cómo se llama aquí esa carrera. Trabajaba en la empresa de mi padre, pero no me gustaba mucho, así que...

—Hay una escuela bastante buena de arte y de moda en el casco antiguo de la ciudad. No es una universidad, pero puesto que usted ya posee una carrera universitaria, quizá sea mejor que pruebe a hacer algún curso, semestral o anual, sobre decoración, en lugar de meterse de lleno en un grado. Con una niña a su cargo, sería demasiado esfuerzo, ¿no lo cree así? Después de todo, no es igual trabajar y cuidar de un hijo, que estudiar, trabajar y cuidar de un hijo. Aunque es solo mi opinión, discúlpeme si la he importunado o si me he entrometido donde no me llaman. —Sonrió con dulzura.

—No, por favor —agradeció Elena, muy atenta a sus explicaciones—. Usted es arquitecto, ¿no? Y trabaja en un estudio de arquitectura. Acepto de buen grado sus consejos. Además, acabamos de mudarnos, es una ciudad nueva y tenemos muchas cosas que buscar y que contratar. —Observó a su sobrina con atención.

—Elena —la contempló, asombrado, alzando las cejas—, no soy un empleado más del estudio, ¿qué le ha hecho

pensar eso? No me gusta alardear, pero, ¿usted sabe quién soy?

–Pero... Pero... Usted me dijo que trabajaba en un estudio de arquitectura, o por lo menos eso fue lo que mi inglés entendió... Discúlpeme. –Se retorció los dedos en el regazo, deseando que el trayecto en coche culminara ya.

–No lo sienta, Elena. Discúlpeme usted a mí. Fue mi culpa. –Dirigió sus ojos oscuros hacia la ventana–. Me expresé mal. Soy el dueño del estudio, *Gayre's Style*. Lo creó mi abuelo, luego perteneció a mi padre y ahora a mí, aunque no lo llevo solo, pero es de la familia.

Claro... Solo un hombre con tanto dinero, propietario de un estudio de arquitectura, era capaz de comprar un palacio antiguo y restaurarlo en pleno casco histórico de una capital europea. ¡Qué tonta había sido!

–¿Por qué no se pasa un día y lo conoce? –le sugirió el señor Gayre–. Lucy estará encantada de volver a verlas. Y ella le puede proporcionar información sobre decoración.

El coche al fin se detuvo. Su casero las ayudó a salir, ofreciéndoles una mano a las dos como buen caballero. Sonrió a la niña.

Olivia le besó la mejilla a modo de despedida y entró en el edificio. McCraig acudió a su encuentro para cuidarla mientras Elena permanecía en la acera junto al señor Gayre.

–No habla –afirmó su casero.

Ella suspiró y asintió. Se le formó un nudo en la garganta. Los recuerdos del accidente tomaron

protagonismo en su mente y le golpearon el corazón.

El señor Gayre se percató de su ansiedad y arrugó la frente, colocando una mano en su hombro, que apretó con ternura.

–Deduzco que no la ha matriculado en ningún colegio. Es noviembre y las clases empezaron en septiembre – comentó en voz baja.

–No. –Tragó saliva y se obligó a tranquilizarse–. Nece... Necesito un tutor para que le enseñe inglés porque no sabe, y que no pierda un año escolar, pero no sé... – Respiró hondo de forma sonora y se le enrojó la voz–. No sé por dónde buscar, ni adónde ir.

–Hagamos una cosa, Elena. –Sonrió, infundándole ánimos.

Elena lo miró a los ojos y la serenidad comenzó a adueñarse de ella.

–¿El qué, señor Gayre?

–Cuando amueblen su casa, vengan al estudio. Hable con Lucy y ella le dará las señas. Le buscaré un tutor para Olivia que sepa español, no se preocupe.

–Pero...

–Elena –la reprendió con suavidad–, déjese ayudar. No es malo aceptar ayuda, más cuando se necesita. Acaban de aterrizar en un país nuevo con costumbres distintas a las suyas, otro idioma, otra vida... Usted me cae bien –le guiñó un ojo– y la pequeña Olivia es un amor de niña. No es su hija, ¿verdad?

Elena lo contempló con la duda reflejada en el rostro.

Su casero lo entendió al instante.

—Es demasiado joven para ser madre de una niña de, ¿cuántos?, ¿siete, ocho años? Aunque yo no soy nadie para juzgar —se encogió de hombros con picardía—, fui padre por primera vez con dieciocho años. ¡Ya ve, un penalti! Así lo llaman ahora, ¿no?, ¿un penalti?

—Olivia tiene seis años —contestó entre risas.

Ese hombre era muy divertido, espontáneo, natural y honesto.

—¡Seis! —exclamó el señor Gayre en un silbido—. Pues parece más madura y alta de los de su edad. —Arqueó las cejas—. Será mejor que vaya con ella —añadió—. Ha sido un verdadero placer conocerlas, Elena, a usted y a Olivia, por supuesto. —Se encaminó hacia el coche—. Esperaré a que entre. ¿Sabe? Lucy estaba en lo cierto.

—¿Con qué? —se interesó ella, curiosa, mientras subía la pequeña escalinata que conducía al palacete antiguo. Se paró y se dio la vuelta para mirarlo.

—Usted es diferente —apuntó su casero, dedicándole una enigmática mirada antes de meterse en el *Range*.

Y el coche no se movió hasta que Elena no traspasó la puerta del edificio, asombrada por lo acontecido.

¡Aquel hombre era un brujo! Pero un brujo bueno, de esos que practicaban la magia blanca.

Sonriendo, saludó al portero. Su sobrina y ella fueron al ático, a su piso temporal.

Cuando se quitaron el abrigo, Elena se percató de que a Olivia, pobrecita, le quedaban un poco estrechos los

pantalones que llevaba. Entonces, después de terminarse la comida italiana que les había sobrado, recogió las maletas que contenían la ropa de su sobrina y le probó todo para comprobar lo que le valía y lo que no. Como nunca había sido madre, no había pensado en que los niños crecían cada pocos meses.

Pero eso iba a cambiar.

Al día siguiente, habló con Allan para preguntarle si había algún centro comercial que abriera los domingos. El portero le indicó que en la zona moderna de Edimburgo los establecimientos no cerraban los domingos por la mañana, por lo que se fueron de compras.

Cargadas de bolsas y más bolsas repletas de vestidos, faldas, jerseys, camisetas, camisas, vaqueros, pantalones, gorros, bufandas, guantes, leotardos, medias, zapatos, botas planas, ropa interior, incluso chaquetas y algún abrigo, tanto para la adulta como para la niña, se pararon a comer en una cafetería situada en una calle peatonal pequeña y llena de flores en cada rincón. Se sentaron en la terraza techada con agradables calefactores y admirar así el fantástico colorido del lugar.

Cuando pidió la cuenta, la felicidad que había mostrado su sobrina toda la mañana se esfumó en un segundo. Olivia vigilaba con tristeza a una familia cercana a ellas. El padre le estaba haciendo cosquillas a uno de sus hijos, que se carcajeaba con deleite.

La escena le encogió el corazón a Elena. Pagó al camarero, se levantó y le tendió una mano a la niña.

–¿Compramos unas palomitas y rayamos el *DVD* de *El rey león*? –Sonrió con ternura.

Su sobrina asintió y lentamente le devolvió el gesto, apenado, pero al menos sonrió.

La besó en la mejilla con fuerza varias veces hasta sacarle una carcajada sincera y regresaron al apartamento.

Sin embargo, el dolor las machacó a ambas el resto de la jornada. Ver así a Olivia le produjo un profundo desasosiego. Y cuando su sobrina se durmió, ella salió al jardín y se sentó en un rincón oscuro. Telefonó a Miguel.

En cuanto escuchó la voz de su hermano, se derrumbó y rompió a llorar. ¡La vida era injusta, muy injusta!

–*Cuéntame mejor tu encuentro con el señor Gayre* –le pidió su hermano con el único propósito de que al cambiar de tema consiguiera calmarse.

–Ya os lo dije en el *whatsapp* ayer –contestó Elena tras haber respirado hondo. Se limpió la cara con la manga de la camiseta vieja que usaba de pijama–. Es buena gente.

–*Lo que me extraña es la edad que le echas encima.*

–¿Cómo que la edad que yo le echo encima? –Flexionó las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas.

–*Pues que el señor Gayre tendrá treinta y pocos años, treinta y cinco a lo sumo, no sesenta, Ele. Te has equivocado de pleno.* –Chasqueó la lengua.

–A ver, Miguel –suspiró, armándose de paciencia–, que lo he visto con mis propios ojos. Tú solo has hablado con él por teléfono.

–*¿Y tú, no?*

–Sí. Y creía que era joven. Tuve la misma impresión que tú, pero nos equivocamos los dos, Miguel. Es como papá, de sesenta años.

–*Qué raro...* –musitó su hermano–. *¿Y no será que conociste al padre y el del teléfono es su hijo?*

–¿Qué clase de tonterías estás diciendo? –Se incorporó, incrédula por el planteamiento de Miguel–. ¿Te has dado un golpe en la cabeza? –le cuestionó de forma retórica.

Su hermano se carcajeó.

–*Hoy precisamente Javier me ha dado con una pelota de tenis en la sien. Todavía me duele. ¡Menudo revés tiene!*

Javier era el hijo mayor de Miguel y Lorena. El menor se llamaba Carlos.

Ella se contagió de la risa, imaginándose la escena.

–*El caso* –carraspeó su hermano– *es que no estoy diciendo ninguna tontería. ¿Sabes quién es el señor Gayre? Después de que nos dijeras cómo se llama su estudio de arquitectura, Álvaro lo investigó.*

Álvaro se dedicaba al periodismo de investigación. No contaba con pareja ni con hijos. Vivía solo y feliz, aunque no por ello le faltaban mujeres que llevarse a la cama, pues su atractivo y sus dotes de seductor tenían al mundo femenino en continuo embeleso. Elena había sido testigo de ello en más de una ocasión. Y no la sorprendía, pues los dos, Miguel y Álvaro, eran guapísimos.

–¿Y qué habéis encontrado? –dijo ella con voz cantarina, rodando los ojos–, ¿que es un mafioso que

compra hombres de treinta y pocos años, para que se hagan pasar por él para hablar con jóvenes inquilinas españolas por teléfono?

–*Ja, ja, Elenita* –ironizó Miguel–. *El señor Gayre tiene tres hijos, dos chicas y un chico. El chico es el pequeño de la familia y, sí, tiene el aspecto de la edad de Álvaro. Te aseguro que si tú eres rica, Ele, esa familia es multimillonaria y de cuna* –comentó con admiración.

–No me extrañaría, este palacio es increíble, y es todo suyo –convino. Se apoyó en la cristalera.

–*Y no son para nada tontos, aunque la gente tan poderosa posee contactos en cualquier sitio. Desde luego, el currículum de la familia entera es impresionante.*

–¿Por qué lo dices?

–*La hija mayor, casada con un director de cine independiente, un tal Rulph, muy valorado en el mundillo* –recitó de memoria–, *estudió Derecho en La Sorbona con una media de Matrícula de Honor, fue la mejor de su promoción. Es dueña de un bufete muy bueno en Edimburgo.*

–¡Madre mía! –exclamó Elena, dando un respingo.

–*La mediana vive recorriendo el mundo con «Médicos Sin Fronteras». Es enfermera y desde que terminó la carrera se ha dedicado a los más necesitados. Ha salido en varios reportajes. No está casada ni tiene hijos.*

–Jolin...

–*Y el tercero de la familia, el varón, es arquitecto como su padre, como su abuelo y como su bisabuelo. Esta*

familia está llena de arquitectos, te lo aseguro –añadió con ligereza–. *Estudió en Madrid.*

–¿En Madrid? –Se inclinó hacia adelante en un acto instintivo–. O sea, que sabrá español.

–*Supongo. Buenas calificaciones, casi tan extraordinarias como las de la abogada. Después, regresó a Edimburgo y entró a trabajar en el estudio de su padre. Elena.*

–¿Qué?

–*Se llama Ian Gayre.*

–¿Y?

–*Ian Gayre. ¿De verdad que no te suena el nombre?* – insistió Miguel.

Arrugó la frente. ¿Ian Gayre?

–Pues no, Miguel. ¿Tú crees que, si hubiera sabido quién era, no te lo hubiera dicho cuando me dijiste el nombre de mi casero: Gayre? –le contestó antes de respirar hondo.

¡Qué paciencia!, sulfuró ella.

–*Joder, ¿tú en qué mundo vives? ¡Eres una mujer adulta!* –la reprendió su hermano–, *pero si Lorena sabe quién es Ian Gayre... ¿Es que ni siquiera te metes en internet? Llevas ya unos días en Edimburgo, guapa.*

–A ver, Miguel –inquirió, perdiendo los nervios–, déjate de adivinanzas. Además, a Lorena le encantan las noticias del corazón y del cotilleo de los famosos. A mí, no. Y lo sabes.

–*No me refiero a ese tipo de famoseo, sino al serio* –

suspiró, también perdiendo los nervios—. *Céntrate, Elena. Lo digo porque Ian Gayre ha salido en revistas tipo Elle, Vogue, Esquire, Forbes...*

—Eso es moda, Miguel, no es periodismo de investigación.

—*Son revistas de gran prestigio con algún reportaje serio. La cuestión es que se lo considera uno de los hombres más atractivos e inteligentes del mundo. Está en el puesto número doce de una lista de cincuenta, por lo menos el año pasado, porque la lista que hemos visto Álvaro, Lorena y yo es del mes de enero, que fue cuando se publicó el último ranking de la revista Forbes. Ian Gayre es un cerebritito.*

Elena parpadeó ante la noticia.

—¿En serio?

—*Mi mujer* —recalcó con excesivo énfasis el artículo posesivo— *dice que también es un bombón. ¿Te lo puedes creer, Ele? ¿Y qué pasa conmigo?*

—*¡Es que, si es un bombón, es un bombón!* —gritó su cuñada de fondo entre risas.

Ella soltó una carcajada porque Miguel era muy celoso.

—*Te aseguro que Álvaro ha hecho un dossier completo sobre esa familia* —declaró, asombrado—. *¿Quieres te envíe las fotos?*

—No hace falta. Sabes que esas cosas no me interesan. Te voy a dejar. Estoy cansada.

—*Vale, Ele. Lorena y los niños te mandan muchos besos.*

–Gracias por hablar conmigo, Miguel. Y siento haber llorado al principio. Me ha dado un pequeño bajón – admitió en un hilo de voz.

Realmente estaba agradecida por contar con un hermano como él, también con Álvaro, pues, a pesar de no mantener una relación tan estrecha con el mediano, era tan bueno como el mayor. Y la adoraban los dos, un sentimiento mutuo.

–Ánimo mañana con la mudanza. Esperemos que no os pase como el otro día, que no se presentaron.

–Sí –suspiró Elena, incorporándose y entrando en el salón–, eso espero yo también. Qué raro, ¿verdad?, que me digan en las tiendas que lo tienen todo y luego me dejen plantada. –Frunció el ceño.

–Sabes que no creo en las casualidades, pero, sí, es muy raro. En fin... –Respiró hondo–. Dulces sueños, Ele. Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Al día siguiente, Lucy Irwing se presentó en el ático del palacete a las ocho en punto de la mañana. Se le había olvidado conectar la alarma del móvil, por lo que el timbre la despertó de golpe. Trastabillando por el sueño aún presente en su cuerpo, consiguió alcanzar la puerta del piso y abrió.

–¡Uy! –exclamó la secretaria–. Perdóneme, Elena. Volveré más tarde.

–No, no. –Se retiró el desordenado pelo de la cara y

parpadeó repetidas veces hasta enfocar correctamente la visión—. Disculpe mi atuendo, me he dormido. No me suele ocurrir. Por favor, pase. —Se retiró para permitirle espacio.

Lucy entró y se quitó los tacones.

—Su hija seguirá durmiendo, no deseo hacer ruido —se justificó.

Ella sonrió y le señaló la cocina.

—¿Café?

—Ya desayuné, gracias, pero, sí, me apetece otra taza de café —contestó la secretaria, sentándose en uno de los taburetes.

Elena preparó café.

—No sabía que vendría —le comentó a la mujer—. La verdad es que no hace falta, pero gracias.

—He sido yo quien se ha ofrecido y el señor Gayre ha aceptado, encantado. Le ha caído muy bien, ¿sabe? —Mostró su perfecta dentadura a la par que apoyaba los codos en la encimera de la isla—. Y se ha enamorado de la pequeña Olivia.

—Parece un buen hombre —señaló ella con sinceridad. Apagó la cafetera y sirvió el humeante líquido en dos tazas de porcelana blanca. Le tendió una, junto con una cuchara, una jarra de cristal con leche fría y el azucarero—. Y se preocupa demasiado por nosotras. Primero me ofreció una decoradora, luego esta casa —abarcó el espacio con las manos— y lo de... Lo de mi hija. —Agachó la cabeza.

Lucy Irwing bebió su café sin leche ni azúcar, observándola por encima de la taza.

—En realidad, no es mi hija, es mi sobrina por parte de mi marido —confesó Elena, derrumbándose en su asiento—. No sé por qué le cuento esto...

La secretaria, seria, le apretó una mano.

—Puedes hablar conmigo de todo lo que quieras, Elena —le susurró la mujer—. Se me da muy bien escuchar. —Le dirigió una sonrisa cariñosa—. Y ya es hora de quitarnos el formalismo, si no te importa, ¿no estás de acuerdo?

—Sí. —Asintió, con lágrimas en los ojos—. He estado un tiempo sin llorar, pero... Ayer empecé otra vez y... —Suspiró, sintiéndose impotente.

—No estás casada, pero llevas una alianza. Y creo que tampoco eres divorciada, a juzgar por tu expresión, ¿me equivoco? Cuando te conocí fue lo que más me llamó la atención. Tienes unos ojos preciosos, una mirada intensa y muy expresiva.

—Soy viuda, Lucy. —La contempló, sin esconderse.

—¿Desde cuándo, cariño? —Acercó el taburete a ella y la abrazó por los hombros.

Elena se dejó consolar por esa mujer, otra buena persona como el señor Gayre.

—Desde mayo. —Un escalofrío la estremeció—. Es la primera vez que se lo cuento a una persona ajena a mi familia, ni siquiera lo he hablado con amigos. —Se limpió las mejillas con una servilleta de papel que había al lado de la pila—. De hecho, no tengo amigos. Los compañeros

de mi anterior trabajo no me miraban bien porque era la hija del dueño, así que... –Las lágrimas le concedieron una tregua.

–¿Qué sucedió?

–Un accidente de tráfico –murmuró.

A continuación, le relató a Lucy, su nueva amiga, todo lo que ocurrió, incluidos los tres abortos y el estado de mudez de su sobrina.

–¿Cómo era? –quiso saber la secretaria cuando terminó de hablar.

Estaban en el sofá central del salón, tumbadas y recostadas en los cojines. Eran las nueve y ya se habían bebido otro café más.

–Era muy serio –respondió ella, riéndose, melancólica, al recordar a su marido–. El día que Miguel lo trajo a casa para presentárnoslo, pensé que era un idiota. Por aquel entonces, yo discutía mucho con Álvaro y Tomás se parecía mucho a él, por lo que no congeniamos. Y, si a eso le añadimos que nunca he sabido mantener la boca cerrada, lo que pensaba de él se lo decía a la cara.

Lucy soltó una carcajada, haciéndose un ovillo.

–Dice mi hermano –continuó Elena– que a Tomás no le costaba estudiar y que hacía las veces de profesor particular con algunos de sus compañeros de clase. Así era él, porque así se comportaba también conmigo y con los que lo rodeaban. Lo quería mucha gente. Eso sí –levantó una mano–, detallista no era. –Sonrió–. Era un despistado. Recordaba fechas señaladas a lo mejor el día

antes, pero, cuando esa fecha llegaba, ¡se le olvidaba! – exclamó, incorporándose—. Pero no me importaba porque siempre estaba a mi lado cuando lo necesitaba, en los verdaderos momentos, como cuando aborté.

Su amiga se acercó y la tomó de la mano.

–Tuviste mucha suerte de conocerlo, cariño –comentó Lucy–, y, aunque fue una desgracia, Tomás, Ángel y Teresa te han entregado el mayor tesoro que puede poseer una mujer: una hija.

En ese momento, Olivia surgió en la sala con los cabellos rizados, alborotados hacia arriba, los ojos entrecerrados y huellas de sueño en su preciosa carita. Alzó los brazos hacia ella, que la cogió y la colocó en el regazo. Besó su cabecita y la meció con ternura.

–Sí, Lucy –admitió Elena con el corazón desbocado–, un tesoro de incalculable valor...

Dos horas más tarde, su amiga, su sobrina y ella despedían a los de la mudanza.

–Bueno –anunció Lucy, dando una palmada en el aire–, ¿empezamos, queridas mías?

Y eso hicieron.

Entre las tres remodelaron el apartamento por completo. Y, satisfechas por el óptimo resultado obtenido, se dejaron caer en el sofá con los *chaise longue*, agotadas.

Invitaron a su amiga a comer. Aceptó. Luego, Lucy se marchó, prometiendo llamarla al día siguiente para concertar su cita con el señor Gayre.

Después, mientras Olivia veía la televisión, Elena subió

al ático para recoger sus pertenencias y limpiar el desorden y los enseres de la cocina que habían utilizado durante el fin de semana. Arrancó una hoja de su libreta y le escribió una nota en inglés al inquilino con aroma a regaliz rojo, al desconocido de las vacaciones, a no ser que hubiera dos hombres en el palacio con un perro cada uno llamado *Bruno*:

Gracias por la estancia. La casa me ha dejado sin palabras, no sabría bien cómo definirla. Decir que es preciosa es quedarme escasa. Y la colección Disney ha impactado a mi hija, espero que no le importa que nos hayamos tomado la libertad de ver «El rey león» cien veces. Si el DVD se ha rayado, le compraré uno nuevo. Hágamelo saber, por favor. Elena.

Cerró y le entregó el juego de llaves a Allan.

Al día siguiente, tras desayunar, decidieron ir al supermercado y reponer la despensa. Su sobrina abrió la puerta mientras ella se ponía el abrigo.

Olivia se acercó a Elena con una radiante sonrisa de felicidad en el rostro. Tenía una bolsa en la mano que balanceó hacia ella.

Elena arrugó la frente y se inclinó. Metió la mano y sacó...

¡El rey león!

Un DVD sin estrenar de la película, con el envoltorio de plástico y un lazo rojo pegado al mismo, junto con una

nota escrita en perfecto español:

No sabía si regalarles un DVD nuevo de «El rey león» o invitarlas a mi casa a ver la película otras cien veces. Pensé que la primera opción sería la más correcta, a pesar de que Bruno desea reencontrarse con Olivia, y le prometo que cuando eso ocurra intentaré no tirarla al suelo, ex inquilina temporal, ahora mi nueva vecina.

Elena desorbitó los ojos. Se le aceleró la respiración.

Bueno, otra duda resuelta... Aunque, ¿y su nombre? ¿Por qué no la había firmado?

Dejó la bolsa en la mesita del recibidor, a la derecha de la puerta, y a la izquierda de un coqueto armario vertical, estrecho, que habían comprado para guardar las chaquetas y los paraguas, tomó a Olivia del brazo y la arrastró hasta el ascensor.

El resto de la jornada fue un completo barullo de incoherencias que poseyeron su cerebro.

Su nueva amiga la telefoneó a última hora de la tarde para informarle de que el señor Gayre las vería a media mañana en *Grayre's Style*.

Se durmieron temprano y se despertaron también temprano. Las dos estaban un poco nerviosas, pues querían causar sensación, lo que significaba que no podían acudir a la cita con rastros de sueño. Debían estar presentables y descansadas, o por lo menos parecerlo, pues ella no había conseguido mantener los ojos cerrados

más de dos horas.

Vistió a la niña casi entera de color rosa, así lo había especificado su sobrina, que había sido quien había elegido el modelito: falda corta y tableada al estilo escocés, camiseta blanca de manga larga, jersey de lana de cuello alto rosa y unas botas de color crema con forro polar en el interior.

–Pero, ¡qué guapa es mi niña! –le dijo antes de hacerle cosquillas.

Elena se decantó por un vestido color azul marino, de seda, cuello redondo, suelto hasta la mitad de los muslos, sencillo, liso y elegante. Se colocó un fino cinturón de piel beis para realzar su pronunciada curva y proporcionar al atuendo un toque de distinción. A continuación, se puso las medias tupidas del mismo tono que el traje.

Para los pies, como no deseaba desentonar al lado de su casero y tampoco deseaba sentirse otra persona, se decantó por unos botines hasta los tobillos, de ante, del mismo tono que el cinturón y de tacón alto y grueso, muy cómodos, modernos y que estilizaban su figura. Eran preciosos. Se había enamorado de ellos en el escaparate de la tienda donde los había visto y no había podido evitar comprárselos, hasta su sobrina le había rogado con gestos que se los llevara.

A continuación, peinó a Olivia con dos horquillas rosas en forma de estrella, retirándole algunos mechones del rostro a los lados de la cabeza. Y ella se dejó los cabellos sueltos, ondulados en las terminaciones. Luego, se

maquilló de un modo natural con un poco de rimel y colorete, nada más, como siempre.

Una vez preparadas, se abrigaron con bufandas, gorros y guantes y salieron a la calle.

El mismo chófer de la última ocasión las esperaba aparcado en la acera. Les abrió la puerta trasera del *Range* verde. El asiento infantil no faltó ese día.

Tardaron poco, apenas quince minutos.

Gayre's Style era un edificio enorme que chocaba por completo con la zona donde estaba ubicado, pues se encontraba en la parte moderna y aquello era otro palacete antiguo, pero con más ventanas y más plantas que donde vivían ellas.

Su sobrina se tapó la boca y señaló la construcción dando saltitos de alegría.

—El señor Gayre tiene un estilo único, ¿verdad? Y muy bonito —le comentó a la niña, que asintió efusivamente—. ¿Preparada?

Se toparon con una verja alta dividida en dos: una parte para la entrada de automóviles y otra para las personas, que cercaba el complejo. Entraron por la que correspondía y caminaron por un sendero empedrado hasta una corta y ancha escalinata.

La recepción era lujosa y muy amplia, con un apartado, a la izquierda, donde había una mujer de mediana edad y rostro simpático, que sonrió y se levantó de su asiento en cuanto las vio.

—Bienvenidas a *Gayre's Style* —les saludó.

–Teníamos una cita con el señor Gayre. Somos Olivia y...

–¡Elena! –emitió una voz a su derecha.

Lucy Irwing acababa de salir de uno de los dos ascensores y se aproximó casi corriendo. Las abrazó.

–Venía a buscaros –les explicó en español y añadió en inglés hacia la recepcionista–: Gracias, Beth, ya me encargo yo, tranquila.

Se encaminaron hacia los elevadores.

–El señor Gayre ya está libre, ha terminado justo ahora una reunión –anunció su amiga cuando presionó el número veinte.

–¿El último? –preguntó Elena.

–No, el penúltimo. Su hijo es el que está en el último, que es donde también está la Sala de Juntas, donde se llevan a cabo las reuniones más importantes. Se necesita un código especial para acceder al ático –señaló con una sonrisa deslumbrante–, código que solo poseemos el padre, el hijo, la secretaria del hijo y yo, nadie más. Bueno, se supone que nadie más, pero siempre hay alguna listilla que lo consigue... –añadió en un gruñido.

Alcanzaron su destino de inmediato.

Tía y sobrina quedaron extasiadas. Luminosidad y belleza caracterizaban el lugar. Y el silencio, un sereno y agradable silencio roto únicamente por los suaves tacones de las empleadas, todas mujeres trajeadas. Había una recepcionista, al principio, que atendía el teléfono por medio de un auricular y de un ordenador; y cuatro

despachos, dos a cada lado, desnudos a la vista debido a que se separaban por cristaleras, hasta las puertas eran de cristal transparente. El color predominante del mobiliario era el marrón.

Lucy las guió hacia el último despacho de la izquierda, a medida que el olor a canela se intensificaba. Sentado en su imponente silla de piel oscura, estaba el señor Gayre.

–Señor Gayre –lo llamó la secretaria al tiempo que tocaba la puerta abierta.

El hombre alzó la mirada de unos papeles y sonrió.

–Buenos días, niñas.

Su casero se levantó y acudió a ellas, pero a mitad de camino se detuvo porque Olivia corrió a su encuentro y se lanzó a sus brazos, que la elevaron entre tiernas carcajadas.

Elena, como iba siendo ya una costumbre, se quedó paralizada.

–¿Qué tal, pequeña Olivia? –se interesó el hombre en español–. Estás muy guapa, cielo. –La bajó al suelo–. Ahora te vas a ir con Lucy, ¿vale? Verás como te lo pasas muy bien mientras tu mamá y yo charlamos.

La niña le cogió la mano a la secretaria y se marcharon.

–Siéntate, Elena –le indicó el señor Gayre, retomando el inglés–. ¿Te importa si aparcamos las formalidades? Nada de hablarnos de usted. Y llámame *Donald*. –Se aflojó la corbata y esperó a que ella se quitara el abrigo, el gorro y los guantes y se acomodara en una de las dos sillas que flanqueaban el escritorio, enfrente–. Me ha

contado Lucy que ya estáis en vuestra casa con los muebles nuevos. Deduzco que estáis contentas, pues.

–Sí, ahora nos queda vaciar cajas. Lo haremos a lo largo de esta semana.

–Lucy es un encanto y me ha ayudado a elegir el tutor de Olivia. –Se recostó y cruzó las manos en el regazo—. Yo hice una lista de cinco personas y ella la ha reducido a uno. Es el mejor, te lo aseguro. Sabe español y le encantan los niños. Durante un tiempo, impartió español en una escuela de idiomas infantil. Lo tuvo que dejar por asuntos profesionales.

–¿Es de fiar?

–Es de fiar –sonrió Donald–, confía en mí, Elena, o, al menos, Pruébalo unas semanas. Si no te gusta, hablaré con él y asunto resuelto.

–¿Cuándo podré conocerlo?

–Lo he citado aquí. No tardará.

–Y, ¿tiene experiencia también en lo que debería aprender Olivia a nivel académico? –Le preocupaba mucho que la niña se retrasara en cuanto a los estudios.

–En realidad, no –declaró el señor Gayre–, pero su coeficiente intelectual es superior a la media, por lo que Olivia no tendrá ningún problema en aprender el nivel que la correspondería si fuera al colegio. –La miró con atención unos segundos y pidió dos cafés por el teléfono a la recepcionista de la planta–. Por cierto, su madre es española, por lo que su pronunciación es perfecta –agregó, refiriéndose al tutor.

—¿A qué se dedica? ¿Tendrá tiempo suficiente para Olivia? Porque yo no deseo una hora diaria —negó ella, ferviente—. Le han pasado... —Carraspeó, inclinándose—. Ha pasado por algo terrible y su vida ha dado un giro completo. Lleva seis meses perdida y necesita una rutina. No puede continuar de vacaciones como lo está ahora. Y yo, tampoco, por ella.

El señor Gayre asintió, serio, comprendiéndola.

—Por supuesto, Elena. Estoy totalmente de acuerdo. Además, la educación es muy importante, sobre todo en una niña de seis años.

La recepcionista entró sin llamar en el despacho. Posó una bandeja en la mesa y sirvió dos cafés con leche y azúcar, según el gusto de cada uno, pues tanto Elena como Donald se lo comentaron previamente.

—Bueno, mientras esperamos al tutor, ¿has pensado algo sobre tu futuro? —se interesó el señor Gayre.

—Había pensado en hablar con Lucy, por lo que me dijiste el sábado de esa escuela de arte y de moda. —Dio un sorbo a su bebida.

—No hace falta. —Sonrió. Buscó algo en los cajones. Sacó una carpeta y se la entregó—. Ya se ha encargado Lucy. Hablé con ella nada más despedirme de vosotras. Cógelo. Es para ti. Léelo tranquilamente en casa y consúltalo con la almohada. Cualquier duda o cuestión que tengas, puedes acudir a mí o a Lucy.

—Muchas gracias. —Aceptó la carpeta, por un momento aturdida ante la emoción que estaba oprimiéndole el

pecho.

Aguantó las lágrimas.

Aquellas personas eran maravillosas...

Sin embargo, segundos más tarde, no lo resistió más, se incorporó y se fue al baño. Como una tonta, lloró sobre el lavabo.

Sí, lloró, pero no de tristeza, sino de consuelo, de un profundo consuelo, como cuando la abrazaba su hermano Miguel. Le duró poco, pero la reconfortó unos instantes.

Se limpió la cara sin quitarse el maquillaje y, sonriendo, salió del servicio.

Automáticamente cerró los ojos y sintió el terrible impulso de comer regaliz rojo.

Elevó los párpados y ahogó un grito.

No...

Avanzó hacia el despacho de Donald sin perder de vista sus pies, con un pánico atroz de dirigir los ojos al frente, porque la sobrevino un presentimiento a la par que el olor a regaliz rojo se hacía más penetrante. Más intenso.

Al llegar a la puerta, levantó la barbilla.

Un hombre joven, vestido con un traje negro, muy alto, de espaldas a Elena, conversaba con el señor Gayre en voz baja, murmuraban.

Reconocía esa silueta.

Para su completo horror, no la había olvidado, mucho menos el aroma...

—Ah, Elena —Donald se acercó—, ya estás aquí. Te presento al que será el tutor de Olivia, mi hijo, Ian Gayre.

Ian, esta es Elena, la madre de Olivia. Creo que ya os conocéis.

Ian Gayre se giró.

El tiempo quedó suspendido.

Ella fue a retroceder por instinto, trastabilló con sus propios pies y cayó sobre su trasero al suelo, para variar en presencia y por culpa de *él*...

CAPÍTULO 4

Es el destino, Elena –pronunció Ian en perfecto español antes de extender las manos hacia ella–. Le prometo que no la he tocado, claro que la primera vez, si mal no recuerdo, usted se giró muy deprisa, y la segunda vez, el culpable fue *Bruno*.

Elena se mordió la lengua y aceptó el gesto. Él la aupó sin esfuerzo.

–Gracias –masculló ella, en inglés, en deferencia a Donald–. Será mejor que Olivia y yo nos vayamos, si no te importa, Donald.

–Deberíamos hablar sobre Olivia antes de que se vaya, Elena –le sugirió Ian, muy serio, señalando con la cabeza una de las sillas.

–Es una gran idea –contestó el señor Gayre, caminando hacia la puerta–. Os dejo para que charléis a gusto. Yo voy a buscar a la pequeña Olivia. –Y se fue.

¡Se fue!

Elena frunció los labios y se cruzó de brazos, contemplándose los pies, uno de ellos tamborileaba sobre el suelo.

—¿He hecho algo que la haya enfadado? —se interesó él, de vuelta en el idioma español, parpadeando confuso.

—No me gustan las encerronas. —Cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—No la entiendo. —Se colocó frente a ella, a una distancia prudente.

Entonces, Elena lo observó fijamente, y, sí, muy enfadada.

—No te conozco de nada —inquirió ella, tuteándolo, arrugando cada vez más la frente—, y, de repente, eres el tutor de mi hija. ¿Esto es una broma?

—Somos vecinos. —Sonrió Ian, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

Era muy atractivo, no lo negaba, pero no la engañaba ni la acobardaba. Bueno... Quizá sí la acobardaba, aunque ignoró tal pensamiento.

—Dime una cosa, Ian. —Posó los puños en los costados y elevó el mentón, pues era un hombre muy alto, la intimidaría aún más si no fuera por su divertida expresión perpetua en el rostro—. ¿Qué hace un arquitecto impartiendo clases particulares a una niña de seis años? Tu padre me ha comentado que fuiste profesor en una escuela infantil, pero que lo dejaste por motivos profesionales. ¿Quién me asegura que no ocurrirá lo

mismo con Olivia? –Entrecerró los ojos–. Mi hija no es ningún juego al que se precie un... –sus mejillas ardieron en exceso–, un hombre aburrido con su vida. Esto es serio. Olivia no va a ir este año al colegio y...

–No habla –afirmó él con el semblante cruzado por la gravedad.

–Tu padre te habrá puesto al corriente de todo –bufó, indignada, pues le molestaba que un dichoso desconocido con aroma a regaliz rojo estuviera al tanto de su vida.

–No –musitó, agachando la cabeza–. En realidad, me cuenta la primera vez que la vi. Tú respondías por ella. Y mi padre solo me ha preguntado si me interesaría ser tutor de una niña española que es mi vecina.

Permanecieron unos segundos en silencio.

Pues, sí, aquel escocés, además de poseer una cara bonita, no era estúpido.

–Hace seis meses que no pronuncia una mísera palabra –confesó Elena–. Y tampoco sabe inglés. –Suspiró de forma sonora y se derrumbó en una silla–. Este año no va a ir al colegio porque he sido tan estúpida... –se tapó los ojos, angustiada–, ¡se me ocurrió veniros a vivir a otro país! –Las lágrimas amenazaron con explotar–. Pensé que si no hablaba, meterla en el colegio sería una mala idea. –Movi6 los brazos, gesticulando al tiempo que se levantaba de un salto y paseaba por el espacio sin rumbo fijo–. No quiero que se rían de ella. No quiero que se agobie porque no entiendan sus gestos, porque...

–Elena –la interrumpió, agarrándola del codo. Ella se

volteó y lo miró—. Tengo experiencia con niños. Y mañana a primera hora me acercaré al colegio donde estudiamos mis hermanas y yo. Todavía tengo contacto con algunos de mis profesores. Me entregarán un plan de estudios. Empezaremos por ahí.

—Pero... —Se soltó con brusquedad, como si le quemara la piel ante su contacto.

Ian retrocedió un par de pasos.

—Quiero ayudaros —expresó él, ferviente, y se encogió de hombros—. La primera vez que vi a Olivia... —Sonrió—. Supongo que la niña me robó el corazón. Es preciosa y parece tan buena.

—Escúcheme, señor Gayre. —Lo apuntó con el dedo de forma acusadora, con las lágrimas inundándole ya las mejillas sin remedio y volviendo al formalismo—. No permitiré que juegue con ella. Vendrá a casa a diario. Da igual si es por la tarde o por la mañana, no me importa, pero necesita una rutina, necesita volver a hablar, necesita...

En ese instante, Olivia entró en el despacho.

Elena se dio la vuelta y se limpió la cara para que su sobrina no la viera en ese estado.

—Hola, cariño, ¿te acuerdas de mí? —le saludó él, agachándose. Olivia le besó la mejilla y sonrió, radiante—. ¡Qué guapa estás de rosa! —Le cogió las manitas y la obligó a voltearse sobre sí misma.

La niña se rió.

—Oli, este señor se llama Ian —le explicó ella, que

también se acuclilló—. Será tu profe, ¿te parece bien?

Su sobrina asintió de manera efusiva y se lanzó al cuello de Elena, provocando que cayeran ambas hacia atrás entre carcajadas.

La tristeza se esfumó de inmediato.

Una semana después, a las seis de la tarde del lunes, Ian Gayre llamó al timbre de su casa. Fue la niña quien abrió la puerta.

—Hola, cariño. —Él se inclinó y la besó en la cabeza.

Elena estaba en la cocina, haciendo que recogía. Por una absurda tontería le habían entrado ganas de barrer, cuando ya había barrido por la mañana.

—Hola, Elena.

Ella se giró y le dedicó una inclinación de cabeza, sin mirarlo. El aroma a regaliz se filtró en el espacio.

Una buena idea sería comprar de una vez por todas el dichoso regaliz rojo y comérmelo y se acabarían las tonterías, pensó.

—Será mejor que os pongáis en el salón —le indicó Elena—. Todavía no he recogido las cajas. Hasta que la habitación de Oli no esté en condiciones, la mesa del comedor es la única opción. —Se encaminó hacia el salón. A la derecha, pegada a la cristalera, había una mesita redonda blanca, desgastada, con cuatro sillas alrededor y sobre la que descansaba un jarroncito de fino cristal con flores silvestres secas en su interior, que retiró y colocó en la barra americana—. Podéis empezar cuando queráis.

Desde la presentación oficial en *Gayre's Style* de su vecino y recién tutor de Olivia, no habían hablado ni se habían visto. Donald había sido el intermediario, quien le había comunicado que Ian estaría ese día a esa hora en su casa.

–Bueno –suspiró él, centrándose en la niña–, antes de empezar, necesitarás cuadernos, una agenda, bolígrafos y lapiceros de colores, ¿no? Creo que no se me ha olvidado nada. –Le guiñó un ojo.

Su sobrina ahogó una exclamación. Ella, pues, observó la escena desde la cocina y se fijó en que el profesor traía consigo una bolsa y una carpeta. Le entregó la bolsa a Olivia, que, loca de alegría, se sentó en el suelo y fue sacando cuadernos pequeños de color rosa, una agenda rosa y dos estuches rosas; uno contenía bolígrafos, una regla y un borrador, y el otro, ceras, rotuladores y lapiceros de colores.

No se le escapaba nada a Ian Gayre.

Elena posó una mano a la altura de su corazón, pues se le oprimió el pecho al ver a su sobrina abrazarle las piernas a su tutor a modo de agradecimiento.

–Supuse que te gustaba el rosa –comentó él entre risas al elevarla en brazos para dirigirse al comedor.

La niña movió la cabeza en gesto afirmativo.

Ambos se acomodaron en dos sillas, una al lado de la otra, y comenzaron la primera clase. Ella les permitió intimidad, se encerró en su habitación para no molestar, aunque estuvo las dos horas que duró con la oreja pegada

a la puerta, intranquila, nerviosa por si a Olivia le surgiera algún problema, o llorase, o se enojase.

Cuando terminaron, a las ocho, su sobrina la avisó de que Ian se marchaba. La niña se tumbó en el sillón a ver la televisión y Elena acompañó al profesor a la salida.

–Es muy obediente –declaró él en un susurro, sonriendo, con los ojos clavados en los suyos, que se retorció las manos en la espalda–. Y muy lista. Aprende muy deprisa. Le he dejado unos deberes para mañana.

–¿Vendrás todas las tardes? –preguntó Elena con la voz aguda antes de carraspear y fruncir el ceño.

Tuteándolo se sentía mejor y peor al mismo tiempo, pero lo prefirió así.

–Sí –le comunicó Ian–, lo único que habrá días que pueda venir antes y otros como hoy, si te parece bien así, pero por las mañanas es imposible porque es cuando tenemos las reuniones con los clientes. Poco a poco estaré más tiempo, prefiero que se vaya acostumbrando. Esto es nuevo para ella y solo tiene seis años.

–Gracias –musitó en un hilo de voz.

Él se rió con suavidad por su reacción.

–Hasta mañana, Elena. –Se inclinó y la besó en la mejilla.

Elena se sobresaltó y desorbitó los ojos.

El profesor se fue.

Mascullando una serie de incoherencias, ella se dirigió a la cocina pisando tan fuerte el suelo que la casa retumbó.

Por la noche, a oscuras en su cuarto, Elena destapó una de las cajas que había en un rincón. Un impulso la obligó a buscar algo sin saber qué exactamente debía buscar. Entonces, su respiración se aceleró al toparse con su viejo cuaderno de dibujo. Lo sostuvo en sus manos temblorosas y se sentó en la cama.

Contempló la tapa una eternidad hasta que lo abrió despacio. Estaba en blanco y le faltaban muchos lienzos, pues siempre que había dibujado los había arrancado y los había guardado en un cajón, amontonándolos en desorden.

Cuando sufrió su primer aborto, en un ataque de angustia, había roto todos en mil pedazos. Tomás, al llegar de trabajar, la había encontrado en el pasillo, hecha un ovillo en el suelo y con la mirada perdida. Su marido había corrido en su auxilio, la había acunado en su pecho hasta que ella se había desahogado por completo, luego había limpiado el desastre.

No quedó uno solo de sus bocetos, ni uno desde que empezó a dibujar siendo una cría.

No lo hizo de nuevo.

Sus dedos tocaron la textura rasposa del papel. Se recostó sobre los almohadones y cerró el cuaderno. Se quedó dormida.

Era la primera ocasión desde hacía dos años que se había atrevido a coger su viejo cuaderno de dibujo.

Al día siguiente, Lucy la telefoneó al móvil.

–Ya me ha contado Ian que Olivia es una niña muy inteligente –le expuso su amiga.

Automáticamente, Elena recordó el beso que había recibido de Ian. Y se enfureció.

–¿Elena, estás ahí?

–Sí, sí... Perdona, Lucy. –Respiró hondo para despejarse.

–Bueno, cambiando de tema, ¿ya te has decidido con la información que te entregó el señor Gayre sobre Decoración de Interiores?

–Pues... –Suspiró sonora—. Es que no sé qué hacer, si te soy sincera.

Lucy soltó una pícaro carcajada.

–Y si yo te soy sincera, deberías pedirle consejo a Ian.

Por tal opinión, su humor comenzó a oscurecerse.

–A ver, ¿y eso por qué? –inquirió ella, molesta.

–Porque si en Gayre's Style existe un departamento de «Decoración de Interiores», otro de «Restauración de Interiores» y un tercero de «Creación de Exteriores» es gracias a Ian. Se lo propuso a su padre cuando terminó la carrera. Y, créeme, el estudio, que ya de por sí era bueno y prestigioso, ha conseguido triplicar los beneficios, ampliar la clientela y expandirse a nivel internacional, pues muchos de los contratos son extranjeros –emitió aquella parrafada en un tono que desprendía orgullo y admiración.

–¿De verdad? –Se sorprendió.

–Al principio nos vimos obligados a recortar gastos

porque la creación de tres departamentos conllevó nuevos recursos materiales y físicos. Nos amoldamos, pero luego fuimos todos recompensados.

–Lo que significa –concluyó Elena mientras se servía un vaso de agua fría–, apostar sin saber si vas a ganar o a perder. –Dio un sorbo a la bebida–. Eso implica mucho dinero, es una gran inversión.

–*Exacto. Los Gayre son ricos de cuna, Elena, pero no son tontos, ni alardean. Son gente sencilla, muy inteligente y muy responsable. Todos, sin excepción, han sudado por conseguir sus logros. Cada año el estudio es mejor. Mi jefe, por ejemplo, ha ganado varios premios, como «El Mejor Empresario del Año».*

–¡Madre mía! –exclamó, sin dar crédito.

–*Ian no se queda atrás –prosiguió Lucy–. De hecho, el próximo cinco de enero, después de Navidad, habrá una gala en el hotel Scotsman para elegir al mejor empresario joven del año. Ian es uno de los posibles candidatos. Hoy ha llegado la carta. Y estamos todos invitados.*

–Pero creía que era arquitecto, no empresario.

–*Como ya te he dicho antes el estudio se expandió a nivel internacional. Hay una sede en Estocolmo y otra en Berlín –le explicó su amiga–. Son muy pequeñas: una persona por departamento, con sus respectivas secretarias. Por eso Ian viaja tanto. Es el dueño de las dos. Quiso que fuera su padre, pero el señor Gayre se negó en rotundo, alegó que aquello lo había logrado su*

hijo y que, por tanto, se había ganado el derecho de ser el único propietario de las dos sedes. Además de arquitecto, es empresario. Es un gran jefe, Elena, no sabría decirte cuál de los dos, él o su padre, es el mejor. Y si preguntas a cualquiera del estudio te contestarán lo mismo que yo.

–Deben de ser increíbles Estocolmo y Berlín... –suspiró, mordiéndose el labio inferior.

–*El señor Gayre le propuso a Ian que contratara a alguien fiable y profesional para que no viajase tanto, pero ese chico adora viajar tanto como adora la arquitectura, así que lo hace encantado. ¡Menudo es! ¡Cualquiera le dice que se quede sentadito en Edimburgo!* –Se rió.

–Yo he salido muy poco de España. –Apoyó los codos en la encimera de la cocina, de espaldas al salón–. Conozco Roma y Taormina, nada más, pero me encantaría recorrer el mundo... –Cerró los ojos y sonrió, embelesada.

–*Todo llegará, querida, todo llegará...* –le aventuró Lucy en un tono enigmático.

Fue a responder a su amiga, pero un susurro en su oído libre la asustó.

–Hola, Elena.

–¡Ay! –gritó ella, sobresaltándose.

Ian Gayre la observaba de manera divertida, mostraba una satisfactoria sonrisa que le aceleró las pulsaciones.

–*¿Elena?* –Oyó a Lucy en la lejanía.

Elena se colocó el móvil en la oreja, dirigiéndole una

mirada rabiosa al profesor de su sobrina.

–Perdona, Lucy, he de colgar. Ha entrado una mosca muy molesta a la que tengo que exterminar.

Él soltó una gran carcajada.

–*Vale* –le concedió su amiga, que lo escuchó y también se rió–. *Pídele consejo sobre tus estudios, no te arrepentirás. Adiós, querida. Dale un beso a Olivia.*

–Se lo daré. Hasta luego. –Colgó y farfulló a Ian–: Lo tuyo no es normal... ¿Te propones asustarme cada vez que nos veamos? Y estaba hablando por teléfono, ¿no te han enseñado educación?

Elena no se reconocía cuando se trataba de ese hombre. En su presencia, le cambiaba el carácter. Se consideraba una persona tranquila, simpática y cortés, pero, cuando coincidía con él, se ponía nerviosa, se tornaba antipática y sus labios se movían sin contención, sin recibir orden alguna.

Ese desconocido escocés, su vecino, ¡encima!, hacía que ella actuara o hablara sin pensar, obviando posibles consecuencias negativas, como si el control dejara de existir para nacer la espontaneidad, cosa que jamás le había ni sucedido ni experimentado. Su vida había sido planificada desde que había salido de la tripa de su madre, y no solo en relación a su familia sino también en los demás aspectos de su vida, Tomás incluido, cada paso, cada decisión, todo, hasta que se chocó literalmente con Ian Gayre.

–Disculpa, pero eres muy asustadiza –alegó él.

Elena bufó, molesta, y salió escopetada de la cocina.

—Y siempre pareces enfadada —señaló Ian a su espalda—, por lo menos conmigo, porque mi padre y Lucy cuentan maravillas sobre ti. Es una pena que yo todavía no pueda hacerlo, ¿por qué será? —ironizó.

—Quizá será porque... —Se volteó y por poco aterrizó en el suelo porque perdió el equilibrio al evitar estrellarse contra él, de no ser por el culpable, que la sujetó a tiempo—. ¿Ves? —Se separó—. Me gusta el espacio. —Retrocedió y gesticuló con los brazos—. Cada vez que apareces haces que me caiga o que casi me caiga. Y eso es porque invades *mi* espacio. —Realizó un círculo invisible con la mano a su alrededor.

—Por supuesto. —El muy tunante inclinó la cabeza—. En el futuro recordaré que no debo acercarme a ti a menos de, ¿cuántos metros? —Procuró no reírse, pero fracasó.

Elena cerró los párpados un instante, se mordió la lengua por enésima vez desde que lo conocía y apretó los puños. ¡Ese hombre era incorregible!

—¿Y se puede saber cómo has entrado? —le exigió ella, golpeando la tarima con el pie de forma insistente.

—Olivia me ha abierto la puerta. Como estabas con el móvil, no me has oído. ¿Qué era eso de que te encantaría recorrer el mundo? —Ladeó la cabeza.

Su sobrina apareció al lado de su profesor y le cogió la mano.

—Era una conversación privada —apuntó Elena con acritud—. Será mejor que empecéis la clase. —Y se dirigió

a su habitación, donde se internó de un portazo.

Ese día no saldría del dormitorio hasta que Ian no se marchase.

Diciembre convirtió a la bella ciudad de Edimburgo en un precioso manto blanco e inmaculado. Un sábado se despertaron y descubrieron, a través de la cristalera, que los picos de los edificios estaban cubiertos de nieve, al igual que los balcones de las casas, los toldos de las tiendas, los coches y las aceras. Un sol deslumbrante les rozó la cara, un sol que llevaban sin disfrutar desde que habían abandonado España.

Olivia brincó en el sofá, excitada. Era la primera vez que veía la nieve. En noviembre habían caído granizos con las tormentas de agua, pero no habían cuajado.

Las últimas semanas habían supuesto un cambio bastante importante en tía y sobrina. La niña estaba más animada. La tristeza todavía se reflejaba en sus oscuros ojos, pero se atisbaba en menor proporción a medida que transcurrían las semanas.

Por las mañanas, nada más desayunar, Olivia se quitaba el pijama y se sentaba en torno a la mesa del comedor para realizar los deberes que su tutor le mandaba o para repasar la lección del día anterior. Después de comer, se quedaba dormida en el sofá hasta que Ian Gayre acudía a casa para impartirle clases.

Ahora eran cuatro las horas que estaban su sobrina y él juntos a diario. A la niña le encantaba estudiar, tanto el

inglés como el resto de las disciplinas que debía aprender a su edad. Y se la veía más contenta, más alegre, sobre todo cuando estaba acompañada por Ian.

Aquello inculcaba pánico en Elena. ¿Qué pasaría si él se viera obligado a finiquitar las clases por motivos laborales?, ¿cómo se lo tomaría Olivia?

Cuando ampliaron el tiempo, Ian empezó a presentarse a las cuatro, siempre en traje de chaqueta. Se solía aflojar la corbata y desabrochar dos botones del cuello de la camisa en cuanto cruzaba el umbral, además de revolverse los cabellos sin importarle la imagen desaliñada que pudiera mostrar, claro que ese hombre jamás parecería un desaliñado. Y se arreglaba en cuanto terminaban, como si tuviera que regresar al trabajo. Últimamente se lo veía más serio de lo normal, más cansado, con unas diminutas manchas oscuras bajo sus ojos claros.

Ella no podía evitar recordar las palabras de Lucy, que él viajaba mucho por cuestiones laborales. Quizá necesitaba ir a Estocolmo o a Berlín y por su compromiso con Olivia permanecía en Escocia. Y tales incertidumbres le provocaban remordimientos. ¿Había sido Elena muy dura cuando le había exigido disciplina a diario? Después de todo, le había ofrecido dinero por las clases, pero Ian lo había rechazado, tajante, desde el principio.

El paso del tiempo también había hecho mella en ella, pues se encontraba mejor, a pesar de que todavía no había desembalado las cajas. Le había reconocido a su amiga que no se atrevía a hacerlo, que sentía que la vida le

estaba concediendo una tregua, una tregua de serenidad que se aplastaría en cuanto desempolvara los recuerdos. No lo sabía con certeza, pero no quería correr el riesgo. Esas cajas las habían llenado sus hermanos. No las había mirado, pero sabía qué era lo que contenían. Y no estaba preparada para enfrentarse a ello.

Pensaba mucho en Tomás, más recientemente, pues se aproximaba la Navidad y Elena llevaba dos años sin celebrarla, los mismos dos años que había estado casada. La razón era que ni su marido ni sus cuñados la habían celebrado desde hacía mucho, ni siquiera por Olivia. Sus suegros habían fallecido en esa época. Para Tomás y para Ángel, cualquier cosa relacionada con la Navidad dejó de existir. A ella, en cambio, le encantaba, siempre había sido su mes favorito del año, en especial la noche de los Reyes Magos, pero por su marido no le había importado en absoluto decir adiós a la Navidad.

Sin embargo, las dudas rondaban su mente, dudas que en los últimos días no le habían permitido dormir en condiciones: ahora que Tomás y Ángel se habían ido, ¿qué pasaba con su sobrina?, ¿deberían decorar el apartamento, preparar las cenas y las comidas y escribir la carta a Papá Noel y a los Reyes Magos? Ya no por la propia Elena, sino por la niña. ¿O lo más adecuado, por respeto a su marido y a sus cuñados, sería continuar sin esa tradición?

Si seguía sus instintos, el corazón le gritaba: *¡Célébrala a lo grande, Olivia se lo merece, Olivia se merece*

renacer! La razón, no obstante... La razón no estaba muy segura de la decisión correcta a escoger.

—¡Ho, ho, ho! —exclamó un hombre vestido de *Santa Claus*, en la calle, agitando una campanilla en el aire.

Ese sábado, tras desayunar, se ducharon, se arreglaron y salieron a disfrutar de la nieve y del sol, que les acariciaba el rostro con deleite. Caminaban despacio, de la mano, admirando la decoración navideña de las tiendas.

Olivia no dejó de sonreír hasta que se toparon con unos grandes almacenes de juguetes. A la niña se le iluminó la carita. Era un edificio enorme, repleto de padres que observaban y compraban productos. En la doble puerta abierta había dos chicas disfrazadas de elfos que repartían caramelos a los que pasaban cerca.

Su sobrina apoyó las manos enguantadas en uno de los escaparates y descubrió a Papá Noel, al fondo, sentado en un trono, recibiendo a niños que habían formado una fila para pedir los regalos del día de Navidad.

—¡Qué sorpresa! —exclamó alguien a su espalda en perfecto español.

Ella se giró.

—Hola, Ian —le saludó con seriedad.

Ian tenía la nariz ligeramente roja debido al frío, al igual que un suave rubor se dejaba entrever por encima de su corta y perfecta barba.

Vestía informal, con vaqueros claros, zapatos de ante y lazada marrones, un abrigo gris que se pegaba a su cuerpo con elegancia y despreocupación a la par, que le

alcanzaba las rodillas, y una bufanda de cuadros. Ese hombre desprendía clase, seguridad y confianza, tanto en sí mismo como de cara a los demás, como si, de forma invisible, ofreciera sus brazos para que una persona quisiera arroparse con ellos.

No habían vuelto a discutir, o por lo menos Elena no había vuelto a comportarse como una maleducada en su presencia desde que la había asustado en la cocina, cuando Lucy le había comentado por teléfono la trayectoria profesional del hijo del señor Gayre. Se había creado una atmósfera serena entre ambos.

—¿Te pasa algo? —se preocupó él, arrugando la frente.

Ella negó, cabizbaja.

—Vámonos, Oli.

Ian se fijó en la expresión de la niña mientras obedecía a Elena.

—¿No le gusta la Navidad? —le susurró en el oído para evitar que Olivia lo escuchase.

—No sabe lo que es la Navidad —confesó ella, con la tristeza poseyendo su indeciso interior—, y no sé si debería enseñársela. —Emprendieron el camino.

Él las siguió.

—Iba a comprarme un gorro —anunció Ian—. No me vendría mal opinión femenina —les sonrió—, ¿me ayudáis?

Su sobrina la contempló como si le suplicase que aceptase la invitación. Elena, pues, asintió. Olivia tenía que desconectar de la injusta realidad y parecía que Ian Gayre siempre comprendía a la perfección las necesidades

de la niña, y, empezaba a creer, las suyas también, pues ese desconocido se estaba convirtiendo en un conocido que la inquietaba.

Entraron en un establecimiento muy elegante, de techos altos, grandes espacios y atestado de gente. Había tanta que ella tuvo miedo de perder a su sobrina o que se soltaran por algún empujón y se perdiera. Él, al percatarse de su ansiedad, cogió a Olivia en brazos y seguidamente tomó de la mano a Elena, quien no pudo evitar sonrojarse por el gesto, como tampoco frenar su exaltado corazón.

Es solo por protección, intentó convencerse a sí misma para calmarse.

Alcanzaron la sección de complementos masculinos.

Un dependiente trajeado les saludó con solemnidad.

–¿Desean algo en especial?

–Me gustaría ver los gorros –respondió Ian, todavía agarrándola.

Segundos después, el hombre uniformado colocaba el pedido en uno de los mostradores.

Su sobrina señaló uno de color gris claro, de lana.

–¿Este? –le preguntó el profesor a la niña, la cual asintió con una sonrisa–. ¿Me lo pones tú? –sugirió. Soltó a Elena y le entregó el complemento a Olivia, que descendió al suelo y luego él se agachó para quedar a su misma altura.

Sin embargo, en lugar de ajustárselo bien, su sobrina se lo pensó un segundo, frunció los labios con travesura y le tapó la cara con el gorro.

Los tres adultos, incluido el dependiente, se echaron a reír.

—¡Así no! —exclamó ella entre carcajadas. Se arrodilló. Se lo quitó y se lo puso sobre la cabeza en su lugar correspondiente—. Así. —Le peinó los mechones ondulados que se le escapaban a la altura de la frente, de las orejas y de la nuca.

Estaba guapo, le sentaba muy bien.

Y cometió el craso error de fijarse en la fina cicatriz de su ceja y luego en sus ojos, verdes gastados con diminutas motas marrones, profundos e intensos, que en ese momento estaban penetrando en su piel cuales llamas de fuego.

Elena continuó el escrutinio por su recta nariz, por sus labios...

Y se quedó petrificada.

Ninguno de los dos sonreía.

Ian la contemplaba como si fuera la mujer más hermosa de la faz de la tierra, hipnotizado él e hipnotizándola a ella. ¡Qué mirada! Tomás nunca la había mirado así. Jamás. No de esa manera, no como si todo a su alrededor se hubiera desvanecido, como si solo existiera un hombre y una mujer, y no cualquiera, sino Ian y Elena. Nadie más, ni siquiera...

¡Tomás!, pensó, asustada, ante el cúmulo de sensaciones, principalmente la culpabilidad, que en ese instante le estrujaron el corazón y las entrañas.

Se incorporó de golpe y carraspeó.

Él, serio, la imitó.

–Me lo llevo –le comunicó al hombre uniformado, tendiéndole la tarjeta de crédito.

–Tiene una familia preciosa, señor –le obsequió el dependiente–. Aquí tiene. –Le entregó la bolsa una vez le hubo cobrado la compra–. Feliz Navidad.

Olivia se despidió agitando la mano en el aire.

–Gracias. Igualmente –contestó Ian, arrugando la frente y alzando a la niña de nuevo en sus brazos.

Elena precedió la marcha para evitar cualquier contacto con él. La diversión desapareció de inmediato.

Ya en la acera, le arrebató a Olivia.

–Nos veremos el lunes, señor Gayre –agregó ella con excesiva formalidad, interponiendo una barrera infranqueable entre ambos–. Buenos días. –Arrastró a su sobrina de regreso a casa sin esperar una respuesta por parte de Ian.

Se acabaron las confianzas y las tonterías.

Mejor con distancia.

Y el lunes llegó.

Por la mañana, telefoneó a Lucy.

–¿Te apetece tomar un café conmigo esta tarde? –le propuso Elena a modo de saludo.

–¡Claro! –accedió su amiga–. *Hoy saldré pronto, no hay prevista ninguna reunión, así que terminaré a las cinco y media.*

–Iré a buscarte. Te espero en la calle, ¿vale? –pronunció de carrerilla.

Ahora mismo lo que precisaba era alejarse por completo de Ian Gayre.

–Elena, ¿estás bien?

–Sí, ¿por qué?

–No sé, pareces alterada. ¿Ha ocurrido algo?

–No, ¿por qué? –Hablabas como una autómatas, con los dedos tamborileando en la barra americana de la cocina.

–Nada, no me hagas caso –murmuró Lucy–. Vale –suspiró–. *Creo que es buena idea, que desconectes un poco, que salgas.*

–No lo sé, ¿por qué?

Su amiga emitió una carcajada ante la incoherencia de sus contestaciones.

–Nos vemos luego, Elena. Dale un beso a Olivia. Por cierto, ¿te mando el coche? El señor Gayre me ha avisado de que el chófer está disponible para vosotras siempre que lo deseéis.

–No hace falta, de verdad. Caminaré. Adiós, Lucy. –Y colgó–. Oli –se aproximó a su sobrina, que estaba sentada frente al televisor–, he quedado con Lucy esta tarde mientras estás en clase –se dejó caer a su lado–, ¿te molesta quedarte sola con tu tutor un rato? No tardaré.

La niña negó con la cabeza, se incorporó, la besó en la mejilla y sonrió. Ella también sonrió y procedió a hacerle cosquillas. Olivia era extraordinaria.

Justo cuando el timbre de la puerta sonó, Elena se escabulló al baño. Se duchó y se arregló con esmero, le apetecía sentirse atractiva aunque solo fuera para tomar

un café con una amiga. En realidad, hacía mucho tiempo que no sentía impulsos de mejorar su aspecto.

Escribió a sus hermanos en el grupo de *whatsapp* para contarles su cita con la secretaria.

Miguel: *¡Qué bien, Ele! Así conoces gente nueva.*

Álvaro: *Lucy es la secretaria de su casero y creo que su única amiga. No es gente nueva.*

Miguel: *Tú siempre tan agradable...*

Álvaro: *No he sido desagradable, he sido sincero, ¿verdad, Elenita?*

Miguel: *Eres tonto, tío. Acaba de quedar con una amiga a solas, sin su hija. Es la primera vez que sale desde hace meses. ¿No podrías mostrar un poco de optimismo?*

Álvaro: *Tienes razón...*

GUAUUUUU, ELENA, FELICIDADES!!!!!!
¿Así mejor, Mickey?

Elena rompió a reír, incapaz de contenerse.

Miguel: *Voy a ignorarte, tío.*
¡Manda una foto, Ele!

Álvaro: *Que se va a tomar un café, Miguel, UN CAFÉ, no a recoger el Premio Nobel.*

Miguel: *No sé por qué se me ocurrió*

adoración. Él, en cambio, frunció el ceño y no emitió saludo ninguno.

Su estómago se envalentonó de forma satisfactoria.

–No tardaré –anunció ella mientras se abrigaba.

Le tiró un beso a su sobrina y se fue.

–¡Hola, querida! –Lucy la abrazó al encontrarse en la acera.

Se encaminaron hacia una bonita cafetería y de estilo antiguo, próxima a *Gayre's Style*.

–¿Y esa sonrisa? –murmuró su amiga, que realizó un mohín juguetón en sus labios pintados de fucsia.

Elena se sonrojó al instante.

–¿Qué tal el trabajo? –le preguntó ella al instante, decidida a ignorar su cuestión.

–Te permito cambiar de tema –apuntó Lucy antes de dar un sorbo a su café– porque me has llamado para salir sola. ¿Cómo es eso? Creía que nunca te separabas de Olivia y, déjame añadir –alzó una mano–, que te viene bien contar con algo de espacio. Eres una mujer joven y adulta.

–Es que...

En ese momento cruzó por la acera un hombre vestido de Papá Noel con un saco rojo abultado a la espalda. Hundió los hombros, abatida.

–¿Qué te pasa? –se preocupó su amiga, adoptando una actitud seria.

Ella respiró hondo.

–No sé qué hacer, Lucy... –Se colocó los mechones

detrás de las orejas. Fijó la vista en la mesa—. Los padres de Tomás murieron en diciembre, justo antes de Nochebuena, el día veintitrés —confesó en voz baja—. Él y su hermano dejaron de celebrar la Navidad. Y cuando me casé con él, yo también lo hice. Ni árbol, ni regalos, ni reuniones familiares. Nada. Mi padre se enfadó, pero mi madre lo comprendió. Oli no sabe lo que es y... —Suspiró de manera sonora y bebió de su taza.

—Y no sabes si celebrarla ahora que no están —afirmó con una triste sonrisa—, porque una parte de ti cree que Olivia se lo merece. Y tú, también. ¿Me equivoco?

—Tenías que haber visto su carita el otro día... —recordó Elena—. No sé si deberíamos hacerlo. Siento que si lo hago estoy faltando a Tomás, como si me hubiese olvidado de él... ¡Pienso a diario en él! —exclamó de pronto, angustiada—. ¡Jamás lo olvidaré! ¡Jamás dejaré de quererlo! ¡No, no, y no! ¡Me niego a que algo así suceda! ¡No se lo merece! ¡Es mi marido! ¡Solo han pasado siete meses, no es tiempo suficiente! No puedo... No puedo... —Meneó la cabeza. Se removió, inquieta, en el asiento.

Lucy entornó la mirada.

—Elena, ¿puedo serte sincera? —le pidió antes de apretarle el brazo con cariño.

Elena asintió despacio.

—Sé que no soy nadie para decirte esto —declaró su amiga en voz baja—. Sí, han pasado siete meses. Quizá pienses que es poco en comparación a los cinco años de vuestra relación, pero... —Se recostó en el respaldo de la

silla y desvió los ojos a la mesa.

–¿Pero? –Se inclinó.

–Pero no puedes medir el tiempo que necesitas de luto porque de ese modo te estás negando a vivir. –Chasqueó la lengua–. Tienes veintisiete años y una hija preciosa de seis. ¿Vas a negarte a descubrir las maravillas que aguarda la vida a la vuelta de la esquina porque tu marido se murió hace siete meses, un tiempo que crees que es corto?, ¿se lo vas a negar a Olivia? –La contempló con dureza–. Tomás, Ángel y Teresa son los que murieron, no Olivia, no tú. Pregúntate si eso hubieras querido para Tomás en el caso de que hubieras sido tú quien hubiera sufrido el accidente.

Elena se levantó de golpe.

–No puedo preguntármelo porque no puedo retroceder el tiempo, Lucy, porque hace siete meses fue Tomás quien murió en ese accidente, no yo –sentenció, furiosa y dolida. Sacó dinero de la cartera y lo tiró.

–¡Elena!

Pero ella se marchó.

Corrió hacia el apartamento mientras la vista se le nublaba presa de incesantes y rabiosas lágrimas, mientras se chocaba con unos y con otros, mientras amargos sollozos explotaban de su garganta en forma de agudos gemidos, mientras la ansiedad perforaba su interior, mientras la impotencia la consumía y la angustia la devoraba...

Entró en casa y se encerró de un portazo en su

habitación.

Y sufrió un ataque...

—¿Por qué?! —chilló Elena, derribando todo a su paso: las lámparas de las dos mesitas de noche, velas, libros, cojines, almohadas, collares, camisetas, zapatos...—. ¿Por qué?!

Llamaron, pero no lo escuchó, sino que continuó desatando su pena.

—¿Elena! —profirió una voz masculina asustada.

—Te odio, Tomás... ¡Te odio! ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste sola, maldito seas? ¡TE ODIO!

Unos minutos después, alguien la agarró desde atrás por la cintura y la elevó del suelo. Ella pataleó, frenética.

—Elena, ya basta —le ordenó la misma voz masculina de antes, pero ahora firme, ronca y tan autoritaria que se detuvo de inmediato.

Elena viró la cabeza.

—¿Ian?

Ian la observaba con una violenta y urgente turbación cruzándole el semblante.

—I... Ian... —susurró, entrecortada—. ¡Ian! —Rompió a llorar, ahora sin fuerzas—. ¿Por...? ¿Por qué, Ian? ¿Por qué..., se..., fue? ¿Por..., qué?

Él la volteó y le ofreció el consuelo que tanto necesitaba. Ella alzó los brazos y los cercó en torno a su cuello. Ian la aupó por los costados y la apresó contra su cálido cuerpo. Elena le abrazó la cintura con las piernas y escondió la cara en su clavícula. Él se dirigió a la cama y

se sentó con ella, que le arrugaba y estiraba la ropa en la espalda, clavándole la uñas y sollozando.

Aquel hombre le acarició los cabellos en silencio hasta que consiguió serenarse.

—¿Quién es Tomás? —quiso saber Ian en un susurro.

—Mi marido —respondió en un suspiro—. Murió en un accidente de coche hace siete meses. Con él iban mis cuñados, los padres de Olivia.

Él contuvo el aliento.

—Creí que esos ojos tan mágicos que tienes mostraban tristeza porque te acababas de divorciar —declaró Ian con delicadeza—, aunque he visto que llevas la alianza, pero no me imaginé que fuera porque eres...

—Viuda —lo interrumpió—. Viuda... —repitió, tomando conciencia por primera vez en siete meses del significado de la palabra.

Elena cambió de postura, se separó un poco y se movió para, a continuación, acomodarse en su regazo hecha un ovillo. Él, ya repuesto por la impresión de tal revelación, le quitó las botas de tacón con ternura, que se le antojó a ella como un gesto de lo más natural. Luego, la sostuvo por la cintura y esperó a que hablara.

—Lucy me ha dicho... —comenzó Elena. Se le formó un nudo en la garganta—. Me ha dicho que tengo que seguir adelante, pero no puedo... Siento que debo hacerlo, pero también siento que, si lo hago, estoy fallando a Tomás... Y ella no lo entiende. Nadie me entiende... Es tan fácil decirlo...

–Lucy perdió a su marido hace diez años. Murió de cáncer.

Elena se incorporó y lo miró, boquiabierta.

Ian le secó las mejillas con los dedos de una forma tan entregada y paciente que le provocó un suspiro trémulo.

–¿Sabías que de cerca tus ojos se asemejan a la miel derretida? –le dijo él, que arrugó la frente, concentrado, para examinar los claros ojos de ella.

Elena, entonces, se echó a reír.

Sí, se rió a carcajada limpia. Hacía un segundo la ansiedad la invadía y ahora la alegría la poseía como si estuviera loca.

Había algo extraño en la familia Gayre relacionado con la comida.

Ian sonrió despacio, mostrando una deslumbrante dentadura.

–¿Y tú sabías que hueles a regaliz rojo? –rebatía ella, arqueando una ceja, traviesa.

–Bueno –se encogió de hombros–, es lógico.

–No, Ian –negó con la cabeza, incrédula–, no es lógico oler a regaliz rojo. Ni a canela. Tu padre huele a canela. – Le arregló el nudo de su corbata sin darse cuenta de que lo hacía.

–Confieso que soy un adicto al regaliz rojo. –Realizó un mohín seductor a la vez que la apretaba contra sí–. Lo como siempre que puedo. Y si mi padre huele a canela...

–¡Oh, no! –Se levantó de un salto–. ¡Olivia!

–Tranquila. –Se puso también en pie y se estiró la

chaqueta del traje—. Está arriba con mi madre.

Elena frunció el ceño.

—Se asustó. Los ruidos la asustaron —se corrigió él—. Mi madre está en mi casa con *Bruno*. Pensé que allí estaría mejor hasta que tú te calmares. —Y añadió con la cabeza agachada—: Yo también me asusté. —Inhaló aire con fuerza—. Estuve tentado de telefonar a Emergencias.

Ella acertó la distancia y lo tomó de la mano.

—Gracias, Ian, de verdad. —Lo observó, suplicante—. Y siento lo del otro día en la tienda, yo...

—No pasa nada. —Sonrió, acariciándole la mejilla con dulzura. Su mirada brillaba en demasía.

A Elena se le alteró la respiración y se alejó con brusquedad. Carraspeó. Se fue al baño y se lavó la cara.

—¿Vamos a tu casa? —sugirió ella cuando creyó haberse relajado, ingenua porque refrescarse no le valió de nada.

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué?

—Nada, nada... —rechazó él, ocultando una risita—. Vámonos.

Elena entró en el impresionante ático de Ian Gayre con un único objetivo.

Olivia se hallaba en el jardín. Jugaba con el perro, que movía la cola, dichoso y feliz. Y en cuanto los oyó, miró a su tía y se cubrió la boca.

Ella detuvo sus pasos. El pánico le encogió el corazón.

Entonces, la niña entró en el salón y corrió hacia su encuentro. La aupó y la estrechó con fuerza. Las dos

lloraron.

Incorporó la cabeza sin alejarse un milímetro de su sobrina y sonrió entre lágrimas a Ian, que por un instante se paralizó, pero sin dejar de contemplarla, penetrante.

Alivio.

¡Sintió alivio!

¡Alivio!

Olivia se separó y la besó con devoción por toda la cara haciéndole cosquillas, luego alzó las manitas a su profesor.

–Ven aquí, cariño –dijo él al acoger a la niña en sus brazos.

Bruno ladró, contento, y brincó alrededor de ellos.

Elena se agachó y lo acarició.

–Gracias por cuidarla, precioso –le obsequió al animal con cariño, pues le encantaban todos los animales en general y los perros en particular.

Bruno le lamió el rostro como respuesta, tirándola hacia atrás.

–¡Ay! –exclamó ella, arrancándoles risas a los presentes.

–¿No vas a presentarme, hijo? –quiso saber una voz femenina y española, interrumpiendo la cómica escena.

Elena se levantó del suelo y se alisó las faldas del vestido, recatada, en un vano intento por no parecer el desastre personificado, aunque sin éxito, dedujo por la expresión de su sobrina.

Una mujer de unos cincuenta y muchos años,

proporcionada, un poco más alta que ella, castaña y cuya mirada rasgada y clara le recordó a la de Ian Gayre, observaba a Elena con divertida curiosidad.

Su rostro era muy, pero que muy, atractivo: cejas finas y sutilmente curvadas en la mitad exterior de las mismas, ojos verdes y sombreados por un tono más oscuro que su piel maquillada, nariz recta y elegante, pómulos altos y rosados, labios perfilados y pintados con una pizca de brillo, que los hacía parecer más voluminosos de lo que eran, ¡un efecto extraordinario!, y barbilla pequeña, pero decidida.

Se trataba de la señora Gayre, sin atisbo de dudas.

Vestía sofisticada y glamorosa. Esa mujer tenía clase, como su marido, como su hijo...

—Esta es Elena, la mamá de Olivia —anunció él—. Elena, esta es mi madre, Sofía.

—Señora Gayre, es un placer. —Le tendió la mano.

—¡Uy! —Fingió sentirse ofendida con un aspaviento. Se inclinó y le besó las mejillas con desparpajo—. Soy española, madrileña, para ser exactos. Y tutéame, por favor, que no soy tan vieja. —Le guiñó un ojo—. Para mí también es un placer, ya que se trata de la primera ocasión en que mi querido hijo me presenta a una mujer.

—¡Mamá! —la reprendió Ian, avergonzado, con un tenue rubor en la cara.

—Bueno, sí me ha presentado a mujeres —rectificó Sofía—, pero son empleadas de *Gayre's Style*.

Olivia bajó de los brazos de su profesor y salió al jardín

con el perro a jugar.

–Deberíamos irnos –anunció Elena con timidez–.
Gracias por todo, Ian.

–Sí, deberías irte, pero a calzarte, cielo –declaró la señora Gayre, señalando con las manos sus pies descalzos.

Ella se quedó petrificada al comprobar tales palabras y quiso que la tierra la tragase, pues su rostro ardió en exceso.

–Yo, yo...

¡De eso se había reído él antes de que buscaran a su sobrina, el muy tunante! ¡Cómo no se lo había dicho!

–Te esperamos aquí y os quedaréis a cenar tu hija y tú, Elena –anunció Sofía, dirigiéndose a la cocina en una vuelta tan teatrera que impidió que rebatiera y que una suave brisa acariciase el rostro de Elena.

En ese momento, cerró los ojos al aspirar el aroma de la señora Gayre.

–Huele a...

–Manzana –concluyó Ian.

Ambos se miraron al instante y automáticamente estallaron en carcajadas.

CAPÍTULO 5

Esa noche, tumbada en la cama, con la persiana subida, pues era uno de los pocos edificios en Edimburgo que poseía persianas, Elena pensó en los últimos acontecimientos mientras observaba el manto encapotado que cubría el cielo de la ciudad.

Recordó el sentimiento de alivio que se había apoderado de ella al mirar a Ian cuando había abrazado a Olivia en el ático, un sentimiento que no la había abandonado todavía.

Respiró hondo profundamente y cruzó las manos en la nuca.

Si no hubiera sido por él...

Era la segunda ocasión en que había sufrido un ataque de ansiedad. En el primero había sido Miguel quien la había consolado, o por lo menos lo había intentado porque la impotencia y la frustración habían seguido

machacándola al dejar de llorar.

Pero, esa tarde, Ian la había acogido entre sus brazos y le había regalado, sin saberlo, el alivio que tanto había anhelado desde la muerte de Tomás, como si hubiera encontrado un oasis en medio del desierto tras eternos días sedienta.

Alivio... Una extraña impresión.

Llevaba siete meses sin experimentarlo. Bueno, en realidad, desde que había dejado de dibujar.

Se incorporó del lecho y buscó su viejo cuaderno de lienzos en blanco. No lo abrió, sino que se recostó de nuevo y lo apretó contra el pecho. No tuvo miedo al tocarlo ni le temblaron los dedos.

Un aleteo se instaló en su estómago.

El atractivo rostro de un desconocido escocés se apoderó de su mente.

Cerró los ojos.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, puntual, el profesor de Olivia acudió a su cita diaria con un amigo especial: *Bruno*. Iba vestido de modo informal: vaqueros, zapatillas marrones de ante, chaqueta de piel con borrego en el interior y el gorro nuevo de lana que había comprado la semana anterior.

—Hoy daremos la clase afuera, ¿te apuntas, Elena? —Le dedicó una sonrisa pícaro.

Ella asintió. Se abrigaron y salieron a la calle.

—¿Quieres pasearlo tú, cariño? —sugirió Ian, tendiéndole la correa a la niña antes de cruzar la acera por un paso de

peatones existente a pocos metros del palacete—. Es muy obediente. No te tirará y jamás se separará de ti.

Su sobrina brincó de alegría.

Caminaron, tranquilos, hasta la entrada de un parque privado. Él sacó su llavero del bolsillo y abrió el cerrojo.

—La mayoría de los parques de Edimburgo son exclusivos de los residentes de cada zona —les explicó el profesor—. Os haré una copia de este, es el más bonito de todos, ahora veréis por qué. —Les guiñó un ojo a las dos, que se rieron, sobreexcitadas.

Y se quedaron asombradas.

No era bonito, ¡era mágico!

Anduvieron por un estrecho sendero de tierra cercado por altísimos y gruesos árboles que se curvaban en la cima ocultándolos del cielo. Un delicioso aroma a césped recién cortado provocó que Elena suspirara de forma sonora.

Al final del sendero, el camino se bifurcaba en tres recorridos. Tomaron el de la izquierda, en silencio, con *Bruno* y *Olivia* precediendo la marcha a escasa distancia.

—¿Cuánto tiempo estuviste casada? —le preguntó Ian en voz baja y suave—. Perdona —se retractó al instante—, no debí incomodarte.

—No importa. No me hace daño hablar sobre ello, ya no, aunque solo lo he hecho con Lucy. —Realizó un ademán—. Estuve casada dos años. —Inhaló aire y lo expulsó con suavidad. Por raro que le pareció, no sintió pesar al hablar de Tomás—. Era el mejor amigo de mi

hermano mayor, Miguel. Estudiaron juntos en la universidad y después encontraron trabajo en el mismo bufete. Es.. –Carraspeó–. Era once años mayor que yo.

–¡Once! –silbó, pasmado–. Eso es mucha diferencia.

–Sí. –Asintió ella, sin perder de vista la tierra a sus pies–. Ahora que lo pienso, había cosas que no hacíamos juntos. Bueno, que no hacíamos, directamente. Supongo que porque él era once años mayor. No sé, nunca me replanteé hacer otras cosas además de las que hacíamos.

–Todos tenemos un *Peter Pan* particular –comentó, serio.

–Tomás, no. A Tomás se lo arrebataron siendo un niño el día que sus padres murieron, justo antes de Nochebuena. Por eso no celebrábamos la Navidad. –Se encogió de hombros.

Alcanzaron un claro en forma circular con columpios cubiertos de nieve y bancos de piedra con trozos de hielo. Hacía mucho frío, pero iban bien calentitos.

Su sobrina corrió con el perro y se tiró a un *banker* de arena donde se dispuso a jugar. Ellos se sentaron en el césped con las piernas cruzadas debajo del trasero.

–¿No festejas la Navidad? –sondeó él, incrédulo–. Es mi época favorita del año.

–No la he celebrado los últimos dos años –le aclaró Elena, cabizbaja.

–¿Y ella? –susurró al señalar a la niña con la cabeza.

–Tomás y su hermano, Ángel, dejaron de festejarla tras el fallecimiento de sus padres, al igual que Teresa, la

mujer de Ángel. Ni siquiera a raíz de nacer Oli mis cuñados cambiaron su decisión. Ni árbol, ni decoración, ni cenas especiales, ni vestidos a estrenar, ni las uvas con las campanadas de fin de año, ni la carta a los Reyes Magos... –Negó con la cabeza para enfatizar–. Nada. Y, al casarme con él, lo apoyé. También es mi época favorita del año, pero no me importó desprenderme de ella porque lo amaba.

–¿Y qué vas a hacer ahora que tus cuñados y tu marido..., no están? –se interesó con una delicadeza que la abrumó.

Ella suspiró y lo observó sin esconder la angustia que estaba apreciando al hablar de aquello y al no saber aún qué decisión tomar.

–Siento aquí –declaró Elena, colocándose una mano enguantada en el pecho– que deberíamos comprar un árbol de Navidad, pegatinas de nieve para las ventanas, lazos dorados, caramelos en forma de bastón a rayas rojos y blancos, bolas de Papá Noel, una gran estrella... –sonrió con los ojos perdidos en un punto infinito–, incluso un gran reno de luz blanca, escuchar villancicos, escribir la carta con los regalos que queremos y dejar leche y bizcocho la noche de Papá Noel y la noche de Reyes. –Emitió una risita nostálgica.

–¿Pero? –aventuró él.

–Pero también siento que si hago todo eso es como si le fuera a dar la espalda a Tomás y a tirar a la basura los deseos de mis cuñados, a olvidarlos... –Le escoció la

garganta. Permaneció unos segundos callada—. Antes de venimos a vivir a Edimburgo, el psicólogo me aconsejó mirar hacia adelante, no permanecer atrapada en el mismo callejón, tanto por mí como por Olivia. Pero solo han pasado siete meses... Es muy pronto para rehacer mi vida. No puedo hacerle eso a Tomás. Sin embargo, tampoco le puedo negar a Olivia la Navidad, por lo menos desde mi punto de vista, no del de su familia. —Se tapó la cara con las manos—. Estoy en una encrucijada y, sinceramente, no sé qué hacer.

—Elena, tu situación es diferente, por ejemplo si la comparas con la de Lucy. Lucy se quedó completamente sola. —Le descubrió el rostro con suavidad—. Tú tienes a Olivia. Y el otro día la vi cómo miraba con tristeza al Papá Noel de la juguetería, como si quisiera disfrutar, pero sabe que no debe. ¿Y si hablas con ella y se lo preguntas, directamente? No me refiero a que le cuentes lo de sus abuelos, la razón por la cual nunca ha vivido la Navidad como una niña normal. Tal vez sus padres no se lo explicaron. Tiene seis años, a su edad no comprende el mundo. Y después de lo que ha vivido, lo que más necesita tu hija es experimentar las alegrías, ¿no estás de acuerdo conmigo? —Arqueó las cejas—. Y puedes empezar por la Navidad, la tenemos a la vuelta de la esquina. Creo que deberías hacer caso a tu corazón.

—Mi corazón me grita que celebremos la Navidad, pero, ¿qué pasa con Tomás, con Ángel y con Teresa? —exclamó con pesar.

–Elena. –Respiró hondo–. El tiempo que una persona requiere para recomponerse depende solo de uno mismo, eso creo yo –apuntó, certero y seguro en sus palabras y transmitiendo una paz que se la antojó gloriosa a Elena–. No pienses que siete meses es poco, cuando a lo mejor por pensar de esa manera te estás cerrando la posibilidad de seguir hacia adelante, como te recomendó el doctor, y como supongo que te lo habrá recomendado todo el mundo.

–Poco después del accidente, le pregunté a mi hermano Miguel que cuándo volvería a reír, y no me refiero a soltar alguna carcajada, sino a reír de verdad, a reír aliviada sin sentir este vacío que me abrasa por dentro –se estrujó el abrigo a la altura del escote–, un vacío cuyo peso ya no me molesta porque me he acostumbrado... Me dijo que cuando algo me hiciera mucha gracia. Y, ¿sabes qué, Ian?

–¿Qué? –La contempló con ojos resplandecientes.

–Ayer me reí por primera vez y de verdad desde que Tomás se fue. Ayer sentí alivio por primera vez desde que Tomás se fue. –Sonrió.

–Cuando oliste el aroma a manzana de mi madre –adivinó Ian, divertido.

–¡Sí!

Ambos rieron con suavidad.

–Y fue gracias a ti, Ian –le aseguró ella–. No te imaginas lo que hiciste ayer por mí. –Observó a su sobrina jugar–. Cuidaste y protegiste a Olivia cuando yo no pude hacerlo. –Y añadió en un susurro–: Me cuidaste a

mí cuando me perdí en la oscuridad. Ayer, la carga que arrastro conmigo sufrió una grieta. Gracias, de corazón.

Al buscar los ojos de ese hombre tan atento que la escuchaba y la animaba como si se conocieran de toda la vida, se quedó sin aliento. Él la estaba mirando como el día que compraron el gorro de lana...

Y se asustó. Ian la inquietaba de un modo que no comprendía, ni controlaba.

—¿Qué harás con Olivia y la Navidad? —quiso saber él, arrugando la frente.

—No sé... —manifestó en un hilo de voz—. Esto es nuevo para mí... Una madre normal y corriente canta con su hija los villancicos mientras decoran el árbol de Navidad. Y yo... Echo mucho de menos a mi madre. Ella sabría qué hacer.

—Eres una gran madre, Elena. —Sonrió—. Eres cariñosa, entregada, protectora, dulce, atenta, preciosa... —Se detuvo de golpe.

Ella se sobresaltó. Se levantaron, nerviosos.

—Perdona, se me escapó —se disculpó Ian con gravedad—, no quería decirte eso.

La atmósfera se tornó tensa e incómoda.

Ella no supo qué contestar, por lo que asintió, rígida.

—Será mejor que sigamos paseando —propuso aquel hombre.

Retomaron el camino en perpetuo silencio, un silencio roto únicamente por unos murmullos en la lejanía que se hacían cada vez más poderosos a medida que seguían

introduciéndose en el parque.

Entonces, se toparon con un laberinto infantil. Olivia saltó repetidas veces, emocionada. *Bruno* se exaltó y tiró de la niña, mostrándole el camino que se sabía de memoria, algo que alucinó a Elena.

Los dos adultos lo rodearon, el *Peter Pan* de cada uno estaba desaparecido en combate, y esperaron a que Olivia saliera. A continuación, y para mayor impresión de tía y sobrina, descubrieron una gran pista de hielo, cercada por setas de colores y duendes de madera, sin una verja que delimitara el espacio o sirviera de apoyo para los patinadores, aunque el césped era más alto en los bordes. Era alargada, estrecha y con curvas irregulares.

Se trataba de un lago que se había helado por las bajas temperaturas, gracias también a varios cañones que se repartían en la hierba, encendidos, y que expulsaban diminutos copos de nieve artificial.

Ian se rió ante su reacción, pues ellas andaban deprisa, maravillándose más a cada paso, encontrándose con pequeños y coquetos puentes de madera antigua que iban de una orilla a otra, en los que algunas personas, padres en su mayoría, se detenían en la parte más alta y hacían fotos a sus hijos patinando.

Olivia tiró del brazo de ella y le señaló con el dedo una carpa donde la gente hacía cola para coger prestados patines de alquiler.

—¡Vamos! —las animó el profesor—. La clase de hoy es «Deportes» —pronunció en inglés.

La niña le abrazó la pierna con fuerza a él y luego salió disparada con el perro hacia la carpa. Elena la imitó con el estómago jubiloso. Ian las alcanzó enseguida.

–Señor Gayre –le saludó uno de los dependientes del lugar, en inglés. Era un abuelito, de baja estatura y rellenito en la tripa, que se sujetaba a un bastón y cuya expresión dulce las enamoró. Parecía el verdadero *Santa Claus*, pues su pelo y su barba eran blancas y abundantes, incluso las pequeñas y redondas gafas que descansaban sobre su puntiaguda nariz completaban su atuendo de forma mágica–. ¿Tendremos la suerte hoy de verlo patinar?

–Hoy he venido a enseñar a dos alumnas, Elena Robledo y la pequeña Olivia. –Alzó a la niña.

El abuelito las analizó unos segundos sin perder un ápice la ternura de su mirada. Seleccionó tres pares de patines.

–Disfruten de sus clases, bellas damas –les deseó *Santa Claus*, acariciando la nariz de Olivia–. El señor Gayre es un excelente patinador, además de un excelente muchacho. –Le guiñó un ojo a Elena, que se sonrojó sobremanera.

Se despidieron del anciano y se sentaron en un banco de madera en el interior de la carpa, donde se quitaron las botas y los zapatos y se calzaron los patines.

–¿Te gusta, Elena? –le preguntó Ian al ayudar a su sobrina a atarse los cordones–. La pista. Todo esto. ¿Te gusta?

–Es mágico. –Le dedicó una sincera sonrisa.

–Fue mi primer proyecto como arquitecto.

–¿Has hecho tú todo esto? –Entreabrió los labios, atónita.

–El laberinto infantil y esta parte del parque. Fue una gran idea los cañones, ¿verdad?

–¡Es precioso, Ian! –le obsequió y se incorporó.

–Bueno, ¿empezamos? –les dijo en inglés, un inglés lento que Olivia entendió a la perfección.

La clase resultó un fracaso absoluto para Elena, pero también fue muy divertida, por lo menos para la niña y para su profesor, que no pararon de carcajearse por lo patosa que era ella.

Su sobrina aprendió muy deprisa y transcurrida una hora decidió descansar en el césped con el perro, el cual había permanecido tumbado y quieto todo el tiempo.

–No te muevas de aquí, ¿vale, cariño? –le pidió Ian a Olivia, quien movió la cabeza en gesto afirmativo. A continuación, le ofreció una mano a Elena, pero ella se cruzó de brazos y fingió estar enfadada—. ¿Me vas a hacer suplicar, patito?

–¿*Patito*? –repitió, incrédula, dejando caer los brazos.

–¿No es así como se dice en España, *patito mareado*? –la picó él, ocultando la risa.

–No soy ningún patito mareado –bufó Elena, indignada—. Y esa expresión se utiliza para referirse a una persona que no sabe bailar, no que no sabe patinar.

–Ah, pero es que patinar es una danza, patito.

–Si un alumno se mareaba –entornó los ojos– es por culpa del profesor, que no es capaz de mantenerlo a flote. Y no me llames *patito*. –Quiso sonreír, pero su orgullo se lo impidió. Era torpe, sí, pero jamás lo reconocería.

–Muy bien, patito –asintió Ian, ignorando su ridículo mandato–, permíteme, entonces, mantenerte a flote un rato.

–Está bien –accedió ella, contenta, aceptando su mano.

Pero a los pocos segundos, se cayó sobre su trasero en el hielo con un golpe seco y duro.

–¡Estoy harta de darme golpes! –se quejó, enfurruñada.

La gente comenzó a dispersarse, pues algunos se marchaban a comer, otros hacían un receso.

–Ven aquí, patito. –Ian la levantó sin esfuerzo por las axilas. Se posicionó enfrente, muy cerca y la tomó de las dos manos. La condujo hacia el centro de la pista–. Repite mis movimientos, ¿de acuerdo?

Elena dirigió la vista a los pies del, ahora, *su* profesor.

Él deslizó un pie hacia atrás. Ella deslizó uno hacia adelante. Luego, el otro. Y así, lentamente y con paciencia, se movieron despacio por el hielo durante un rato. Viraron en una vuelta completa y empezaron de nuevo.

Un rato más tarde, Elena llevó a cabo la práctica agarrándose a Ian con una sola mano y por último sin sujeción, libre como el patito que era. Recorrió la extensión del lago en repetidas ocasiones hasta que Olivia y él se la unieron. La niña se situó en medio de los dos y

patinaron juntos.

Santa Claus observó aquella estampa desde la carpa. Los cuatro parecían los miembros de una familia: el papá, la mamá, la hija y el perro, una preciosa familia, feliz, disfrutando del simple hecho de compartir un acto sencillo como lo era patinar unidos. Lástima que no fuera la realidad, aunque se desconocían los giros que daba la vida. Tan pronto se experimentaba la desgracia, como tan pronto se ganaba una bendición.

Al día siguiente, Elena se presentó en *Gayre's Style* a las seis de la tarde. Ian le había dicho que Lucy tenía reunión, pero que seguramente estaría desocupada sobre esa hora.

Nerviosa, caminando de un punto a otro de la verja de entrada al edificio, esperó a que la secretaria saliera de trabajar.

—Elena.

Ella levantó la cabeza y vio a su amiga. La expresión que cruzaba su semblante no era seriedad, sino tristeza.

Se aproximó despacio.

—Lo siento, Lucy —declaró Elena con un nudo en la garganta—. Me querías ayudar y yo me comporté como una tonta desagradecida. Lo siento mucho... —añadió en un hilo de voz.

Lucy acortó la distancia que las separaba y la abrazó como una hermana mayor consolaría a su hermana pequeña. Ella la correspondió y se echaron a reír. La amistad regresó a sus corazones, algo que ambas

precisaban desesperadamente.

–¿Cómo se llamaba? –quiso saber Elena antes de dar un sorbo al café.

Estaban en la misma cafetería de estilo antiguo que la ocasión anterior.

Lucy agachó la cabeza.

–Te lo ha contado Ian –afirmó su amiga. Suspiró–. Erik... –Sus refulgentes ojos se perdieron en los recuerdos–. Erik y yo nos conocimos en la boda de mi hermana. Él era amigo del novio. –Sonrió con melancolía–. ¡El más guapo! Nos enamoramos a primera vista. Y empezamos nuestro cuento de hadas particular. A los pocos meses nos casamos. Nos dio un arrebató y nos presentamos en el juzgado. Nos dijeron que esas cosas se llevaban a cabo mediante cita previa y rellenando formularios que la administración debía consultar y aprobar, pero Erik se negó a que nos marcháramos. Y nos casamos.

»Imagínate a mis padres cuando después fuimos a mi casa para contarles la noticia... –Soltó una carcajada–. ¡Puf! Nos gritaron que estábamos locos –alzó las cejas–, y no les faltaba razón, pero nos amábamos con locura... Me mudé a su apartamento esa misma tarde. –Inhaló aire y lo expulsó quedamente–. Un día íbamos paseando por la calle, relajados, riéndonos, abrazados y enamorados. De repente, se me echó encima... –Las lágrimas le inundaron las mejillas–. Se había desmayado. Tumor cerebral. Nos dijeron que había que operarlo de urgencia, que estaba

muy bien localizado, pero... –Se cubrió los labios temblorosos.

Ella la rodeó por los hombros y permitió que se desahogara.

Lucy se serenó.

–Pero se complicó –continuó su amiga–. Fueron tres años sin dejar de entrar y de salir del hospital, hasta que Erik no quiso recibir más tratamiento, pues no nos daban muchas esperanzas. –Respiró hondo–. Fue hace diez años cuando se murió. Sigue siendo el hombre más guapo del mundo... –Se separó y le mostró una foto de los dos: Erik la sostenía en su espalda, ambos miraban a la cámara y sonreían, pletóricos.

–¡Pero muy guapo! –exclamó Elena al sostener la fotografía y admirar el atractivo de aquel hombre–. Parece...

–Escandinavo, sí. –Sonrió–. Rubio, ojos azules, tez blanca como la nieve y un grandullón. Era tan atento, Elena... Cualquier cosa que me sucediera, fuera lo que fuera, paraba todo para estar conmigo y abrazarme.

Se apretaron las manos la una a la otra.

–Gracias por contármelo, Lucy.

–Creo que a parte de mi familia y de la familia de mi jefe, eres la única que lo sabe.

–¿Cómo se hace? –le preguntó ella, seria, pensando en Tomás–. ¿Cómo lucho para no olvidarlo? Quiero seguir adelante, quiero vivir... Pero me da miedo que al hacerlo olvide a Tomás... –confesó, cabizbaja.

—Nunca vas a olvidarlo, Elena. Es normal que tengas miedo, pero no debes consentir que el miedo te impida sentir de nuevo. Yo también lo tuve. —Suspiró—. Tenía veintiséis años cuando murió Erik, uno menos que tú ahora. Me quedé sola, sin mi mejor amigo. Dejé de salir, dejé de contestar llamadas, me convertí en una persona huraña, una persona que no era... Un día que no fui a trabajar, el señor Gayre se presentó en mi casa. Me gritó.

—¿Te gritó? —Desorbitó los ojos—. Me cuesta creerlo de ese hombre.

—Pues lo hizo. —Asintió con una sonrisa—. Y reaccioné. Me dijo que pensara en Erik y me preguntara si yo deseaba que él viviera como estaba viviendo yo, en el caso de que hubiese sido yo quien me hubiese ido... Y lo pensé. Y le di la razón al señor Gayre porque la tenía. Puede parecer que de golpe y porrazo reaccionara, pero lo que te dije el otro día es verdad, Elena. —La observó fijamente—. No le deseo a nadie lo que yo he pasado, a nadie... Porque te sientes ahogada, sientes que la vida no vale nada más que para sufrir, te enfadas con el mundo... Pero te equivocas. Tomás se ha ido, Elena, pero tú, no.

—El otro día sufrí un ataque de ansiedad.

—¡Dios mío! —Se cubrió la boca, horrorizada—. ¡Perdóname, por favor!

Elena se rió ante su reacción.

—No fue tu culpa, Lucy. Y no es la primera vez. Me enfadé con el mundo. —Se encogió de hombros—. Ian...

Lucy enarcó las cejas.

–¿Ian? –la incitó su amiga a hablar.

–Si no hubiera sido por Ian... –Se recostó en la silla–.
Sentí alivio, Lucy. Y me asusta, me asusta sentir alivio...

–¿Sigues aliviada? –Sonrió.

Ella afirmó con la cabeza.

–Aliviada y asustada –reconoció.

–¿De qué tienes miedo? –se atrevió a preguntar Lucy en un tono íntimo.

–Tengo miedo de fallar a Tomás. Tengo miedo de... De volver a sentirme... –Suspiró, sonora–. Viva.

–Tienes miedo de enamorarte –acertó–. El tiempo no se puede medir, querida. Siete meses a lo mejor no es poco, a lo mejor has llegado a la línea que delimita tu propia frontera. Ten paciencia y no te cierres a nada por miedo. El que no arriesga no sabe si puede ganar, ¿no?

–¿Y si me pierdo en el intento?, ¿y si avanzo y tropiezo?, ¿y si me equivoco de camino?

Su amiga la contemplaba como si acabara de descubrir el mayor tesoro oculto de la humanidad.

–¿Me permites un consejo?

–Claro –concedió Elena.

–Celebra la Navidad con Olivia. Muéstrale a tu hija lo maravillosa que puede ser la vida, y disfrútalo tú también. ¡Vuelve a nacer, vuelve a ser una niña, vuelve a vivir todo por primera vez! Y sí, Elena, equivócate, avanza, tropieza y piérdete, solo así aprenderás a levantarte, bien sola o bien acompañada. La vida está llena de señales, pero hay que estar atenta. Y de nuevas oportunidades, querida

amiga.

Nuevas oportunidades...

Cuando llegó a casa, no estaban ni Olivia ni su profesor. Llamó al portero por el telefonillo. Allan la acompañó al ático, pues desconocía el código especial para acceder al mismo en el ascensor.

Golpeó la puerta con suavidad.

—¡Hola, cielo! —le saludó la señora Gayre al abrir—. Adelante, te estábamos esperando.

Ian y su sobrina cargaban cajas de un lugar a otro por el amplio espacio.

Ella se quitó el abrigo y apoyó el bolso sobre un sofá.

Olivia sonrió cuando la vio.

—Perdona —se disculpó él, acercándose—, se me olvidó dejarte una nota. —Se revolvió el pelo con travesura. Llevaba una camiseta blanca de manga larga, remangada por debajo de los codos, que se tensó por el movimiento.

Sin darse cuenta, Elena tragó saliva.

Cuando se había ido a buscar a Lucy, el profesor iba trajeado, ahora había cambiado la vestimenta elegante por unos vaqueros rotos y unas *converse* verdes oscuras.

—¿Qué hacéis? —se interesó ella.

—Ha sido idea de mi madre, ella...

—Sí —le cortó Sofía, descalzándose—. Queda poco para Nochebuena y mi hijo es un desastre, siempre aguarda al último momento para decorar su casa, así que este año he decidido ayudarlo. Y, como sabía que estaba dando clases a Olivia, pensé que sería distraído para tu hija. Espero que

no te importe. –La contempló, expectante.

Elena miró a la niña.

El tiempo se suspendió.

Su sobrina, entonces, sacó una bola dorada de una de las cajas y se la entregó. Ella la aceptó, conteniendo el aliento. Seguidamente, Olivia la arrastró hasta el jardín, donde había un gran árbol de Navidad, no artificial, sino de verdad, en una esquina.

–Oli. –Se arrodilló–. Papá y mamá no... Ellos no... –Se le formó un nudo en la garganta que le trabó la lengua.

La niña apoyó sus manitas en la cara de Elena y sonrió. Luego, la señaló, se señaló a sí misma y levantó la bola en el aire.

–¿Te gustaría que decorásemos el árbol de Ian?

Olivia asintió despacio, cuyos ojos suplicaban, unos ojos increíblemente tristes.

–Oli, ¿te gustaría que tú y yo compráramos un árbol para casa? –quiso saber ella.

Su sobrina movió la cabeza en gesto afirmativo sin cambiar su expresión.

Un olor a regaliz rojo la envolvió.

El propietario de ese indiscutible aroma se agachó junto a Elena y posó una mano en su hombro, apretándoselo con suavidad.

Ella soltó el aire que había retenido y observó a Ian, que le sonreía con ternura.

–Podemos ir el viernes por la tarde a comprar un árbol de Navidad –sugirió él–. Conozco un invernadero genial.

¿Quién era ese hombre que siempre sabía qué hacer o qué decir para hacerlas sentirse mejor? ¿Se trataba de un ángel acaso?, ¿un ángel enviado del cielo para salvarla?, ¿para salvar también a Olivia? Desde que lo habían conocido, en el peor momento de sus vidas, el primer día de sus vacaciones hacía ya cuatro meses, tía y sobrina habían intentado comenzar a salir de la oscuridad. ¿Y si Tomás, Ángel y Teresa les habían mandado a Ian Gayre para guiarlas hacia la luz?

Ian... ¿Un ángel?

La vida está llena de señales y de segundas oportunidades, recordó las palabras de Lucy.

Elena respiró hondo y abrazó a Olivia.

—¿Empezamos, pues?

La señora Gayre permaneció en silencio y apartada. Sofía sonrió tras presenciar la escena. Pensó, acongojada, en el dolor que rodeaba a esa preciosa y joven viuda y a esa adorable niña y deseó que encontraran cuanto antes el amor que les había arrebatado la injusticia de la vida.

La tristeza cedió paso a la alegría.

Las horas transcurrieron entre carcajadas y bromas, pues la señora Gayre se dedicó a relatarles cómicas anécdotas de su hijo cuando era un niño mientras decoraban el ático.

—¡Teníais que haberlo visto cuando lo pillé sacando regalices de sus calcetines! —exclamó Sofía—. Me dijo: «Anda, mamá, en mis calcetines han crecido regalices, eso significa que tengo que comérmelos». —Gesticuló con

las manos. Los presentes estallaron en risas—. No le dejábamos comer mucho azúcar. Se atiborraba a chocolate y luego escondía los regalices para comérselos a escondidas. Y todavía lo hace. ¡Le encanta el regaliz!

Estaban terminando de colgar los adornos en el árbol.

—A mí, también —declaró Elena con una sonrisa tímida.

Ian la observó, divertido.

—El regaliz es lo mejor que puede existir en el mundo, pero lo mejor de lo mejor —comentó él, aupando a Olivia para que colocara la estrella en la cima.

—Totalmente de acuerdo —convino ella y retrocedió un par de pasos para admirar el resultado.

Los demás la imitaron. Su sobrina, abrazando a su profesor por el cuello, ahogó una exclamación de asombro.

—Muy bonito, ¿verdad? —expresó Ian.

—Bien —la señora Gayre juntó las manos en alto—, ahora el resto. Olivia, cariño. —Le ofreció los brazos a la niña, que se lanzó a ellos de inmediato—. ¡Madre mía, cuánto pesas! —La bajó al suelo, realizando un mohín cómico—. Tú y yo nos encargamos del salón y de la biblioteca. Y vosotros —los apuntó a ellos con el dedo índice—, de la chimenea. —Se llevó a Olivia.

¿La chimenea?

Elena desorbitó los ojos.

—Venga —la instó él, precediendo la marcha.

—No creo que sea buena idea —expuso ella en el umbral del dormitorio.

–Ya has estado aquí –le contestó, restando importancia–. Además, ¿no te gustaba decorar?

–Sí.

–Pues voy a por unas cajas. Piensa en cómo la vamos a adornar. –Y se fue.

Elena examinó, extasiada, la estancia. Le encantaba. Le gustaba mucho la sencillez de la habitación, una sencillez pura y luminosa que transmitía libertad y paz. Dos lamparitas, clavadas a la pared encima del cabecero de la cama, creaban una tenue y acogedora atmósfera que le provocó un agradable escalofrío.

Avanzó lentamente hacia el despacho, a la izquierda, y admiró las fotografías.

–¿Te gustan?

Ella se giró de golpe al oír la pregunta, pues se asustó, no lo había escuchado entrar.

Ian la agarró por los brazos para que no perdiera el equilibrio y sonrió con picardía. Era un hecho lo torpe y espantadiza que era en presencia de aquel hombre, el cual la soltó y retrocedió.

–Son preciosas –alegó Elena, algo acalorada de repente–. ¿Has estado en todos estos lugares?

–Sí. Y volvería a visitarlos. –Suspiró, melancólico–. Te gusta viajar, ¿no?

–Bueno –se encogió de hombros, más serena–, en realidad, solo he estado en Roma y en Taormina, pero me encantaría recorrer el mundo, sí. ¿A quién no, supongo?

–Todo es empezar. –Le clavó los ojos en los suyos con

una expresión indescifrable.

–Sí –arqueó las cejas–, así que vamos a empezar por decorar ya tu habitación porque se nos echa el tiempo encima. –Se dirigió a la chimenea y sacó unos calcetines de Papá Noel de una caja–. ¡Qué bonitos!

Los adornos de Ian eran increíbles, de estilo antiguo, en tonos rojos y dorados, sus colores favoritos de Navidad. Parecían reales, como si hubieran sido enviados directamente del Polo Norte, de parte de *Santa Claus* y fabricados por elfos.

Se acercó uno al rostro, cerró los ojos y aspiró la fragancia del pavo relleno, de las uvas, de la sopa de almendras, de los turrónes, del mazapán... Aunque hubiera estado dos años sin celebrar esa tradición, desde que había comenzado su relación con Tomás no la había disfrutado todo lo que hubiera querido, por lo que eran cinco los años que no había gozado de la Navidad. Y en ese momento se percató de cuánto la había echado de menos.

Y, sí, su corazón le gritaba que lo hiciera, que la viviera con la ilusión propia de una niña pequeña, que escribiera la carta a los Reyes Magos.

Elevó los párpados y ahogó un grito. Se le borró la sonrisa del rostro.

Ian Gayre la observaba, muy serio, tanto que se le entrecortó la respiración.

Parpadeó, inquieta, y se dedicó a la tarea asignada.

Un rato más tarde, en perpetuo silencio, pues el

ambiente estaba más que tenso, se puso de puntillas para colgar el último calcetín en lo alto de la chimenea, donde había un gancho casi invisible a primera vista. Gimió frustrada al no alcanzarlo.

De pronto, el olor a regaliz rojo la rodeó. Al instante, unas manos fuertes la elevaron por la cintura, su cuerpo se adhirió contra otro, otro por completo opuesto al de ella: duro, flexible y que irradiaba un insólito calor que disparó su corazón hacia el firmamento.

—No pesas, Elena, pero date prisa porque lo único que es de piedra en esta casa es la chimenea —susurró Ian, ronco.

Ella parpadeó y obedeció. Automáticamente, descendió al suelo, pero no la soltó, sino que aquel hombre inhaló aire y lo expulsó despacio, acariciando los cabellos de Elena a la altura de su sien.

Ella se quedó rígida.

Él se separó.

Ambos llegaron al salón mudos y agitados.

Sofía y Olivia no comprendieron qué había sucedido para que trajeran esas caras: la de él, enfadada, y la de Elena, confusa y aterrada, aunque no indagaron.

—Oli, nos vamos a casa, venga —apremió a su sobrina—. Hay que cenar.

La niña asintió, seria, besó a la señora Gayre y a su profesor y se marcharon.

El resto de la semana fue incómoda. Ian y ella no

comentaron nada respecto a lo acontecido en la chimenea del ático, pero tampoco se dedicaron una mísera palabra que no fuera un saludo o una despedida educada y cortés.

El viernes por la tarde cancelaron las clases. Habían quedado con el profesor en ir a comprar el árbol, por lo que, a la hora pactada, lo esperaron en la acera, junto a Allan.

–Ahí está –anunció el portero, señalando con la cabeza un coche que ralentizaba la velocidad hasta detenerse frente al palacete.

Tía y sobrina desencajaron la mandíbula y abrieron los ojos sobremanera.

Dios mío...

Ian Gayre, vestido con traje entallado gris oscuro, camisa de rayas finas azul claro y blanca y corbata del mismo tono azul, salió de un impresionante *Jaguar XK8* negro, de tres puertas, con los cristales traseros tintados y las llantas plateadas. Era deportivo, elegante, lujoso... ¡Imponente!

Y no fueron las únicas pasmadas, pues las personas que cruzaban la calle se cautivaban del coche con gran embeleso, algunos con envidia. Todos se paraban unos segundos por la sacudida que les causaba el *Jaguar*, y su dueño...

–Ahí no cabe un árbol de Navidad –pronunció Elena en un hilo de voz.

El profesor besó a su alumna en la frente y la cogió en brazos.

–No te preocupes, el árbol lo elegimos y lo traen mañana a casa –contestó él, frunciendo el ceño, con un ligero rubor en los pómulos.

Parecía que a Ian Gayre no le gustaban los halagos.

¡Pues que no se hubiera comprado ese coche!, pensó, molesta por la reacción de aquel hombre y también porque llevaba varios días sin recibir una sonrisa por su parte.

–¿Has visto qué padre más guapo? –dijo una voz femenina en inglés.

–Y la hija es preciosa –opinó otra.

–Pues anda que la madre... –añadió un hombre a su espalda–. A la madre no la dejaba salir de casa. –Al pasar al lado de ella le guiñó el ojo.

Elena se sobresaltó.

Ian, en cambio, le dirigió al desconocido una mirada amenazante, que el hombre entendió al instante y se alejó con las dos mujeres como si huyera de una muerte segura.

Ella sonrió, tímida, y asintió a modo de agradecimiento.

Y, debido a eso, la tensión entre ambos comenzó a desvanecerse y lo ocurrido en el ático se relegó a un segundo plano.

Dos días antes de Nochebuena, recibieron una inesperada visita...

Olivia estaba estudiando con su profesor en el comedor mientras Elena, tumbada en el sofá, descalza, ojeaba una

revista de decoración.

Llamaron al timbre.

Se levantó y abrió la puerta.

–¡Sorpresa! –exclamó su madre.

¡Su madre!

Se tapó la boca un segundo y luego gritó y saltó sobre sus pies.

–¡Mamá! –La abrazó con un indescriptible amor.

Carmen sollozó.

–¡Ay, mi niña! ¡Cuánto te he echado de menos!

–¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías la dirección? ¿Por qué no me lo dijiste? –la atiborró a preguntas.

–Si te lo hubiera dicho, no hubiera sido una sorpresa. –
Le acarició la mejilla.

Entraron en el apartamento.

Su sobrina corrió hacia la inesperada y más que bienvenida invitada.

Ian se incorporó y permaneció detrás, sonriendo, sin interrumpir.

–Pero, bueno... ¡Cuánto has crecido, tesoro! –Carmen se agachó y estrujó a la niña contra su pecho, besándola sin parar–. ¿Cómo está mi nieta preferida?

Olivia correspondió al gesto sin titubear.

–Por favor, Elena, me he dejado la maleta afuera, en el descansillo –le pidió su madre.

–Claro, mamá.

Pero, al abrir de nuevo, se petrificó.

Su sobrina ahogó grito de júbilo.

–Miguel...

Su hermano mayor, más atractivo que nunca, sonriendo, estaba frente a ella con un brazo apoyado en la pared.

–¿Así es como me recibes después de dos meses, Ele?

Elena tragó saliva, incapaz de pronunciar palabra, y se lanzó a su cuello.

Miguel la cogió en vilo y giró sobre sí mismo con ella. Olivia los detuvo, fingiendo enfadarse por haberla ignorado. Su hermano, entonces, aupó también a su sobrina y los tres se rieron por la escena tan ridícula que estaban protagonizando, pero felices por reencontrarse.

En cuanto se metieron en el piso, Elena se dirigió a Ian para presentarlo a su familia, pero lo encontró charlando animadamente con Carmen, como si se conocieran de siempre. Algo invisible pinchó su pecho ante la escena y, sin darse cuenta, se detuvo y los observó con una extraña emoción creciendo en su interior.

Su hermano le golpeó el hombro, despertándola así del trance.

–Hola, soy Miguel –le ofreció la mano al profesor–, su hermano.

–Encantado, Miguel. –Sonrió con cierto misterio y aceptó el gesto–. Me llamo Ian.

Eran casi de la misma altura, aunque Miguel parecía más grande porque era más robusto. Y se percató en ese instante de la anatomía de Ian: atlético, de músculos sutilmente definidos y cuyo traje entallado formaba parte

de su piel...

–Ian Gayre –asimiló su hermano, entornando los ojos.

–El mismo –asintió él, que desvió la mirada–. Será mejor que os deje a solas. –Recogió sus pertenencias.

Ese día no se había aflojado la corbata, ni desabrochado el cuello de la camisa y tampoco se había despeinado, sino que había permanecido impoluto.

La niña se acercó a su profesor y tiró de su chaqueta.

Ian se arrodilló y esperó el beso en la mejilla, que recibió enseguida. Se lo devolvió con mucho cariño y se puso en pie. Tanto Carmen como Miguel se asombraron.

–Lo hace desde el día que lo conoció –les informó Elena en un susurro, repleta de un inmenso orgullo por su sobrina.

¡Olivia era adorable!

Ian se encaminó hacia la puerta y abrió. En el umbral, volteó la cabeza y la miró más serio de lo habitual.

–Elena, si preferís unos días de vacaciones por tu familia... –dijo él.

–Yo... Yo... –balbuceó ella, con las mejillas ardiendo.

–Arranca, Ele –señaló Miguel, ocultando sin éxito una sonrisa–, que no es tan difícil.

Elena se dirigió al recibidor, furiosa.

–Hasta mañana, Ian. –Le dedicó una sonrisa tímida, la única que pudo mostrar.

Ian inclinó la cabeza con rigidez.

–Nos vemos mañana, Elena. –Y se fue.

Cerró lentamente.

¿Qué le pasaba a Ian?

Se dio la vuelta y alzó las cejas.

Su familia la contemplaba con ojos brillantes.

–¿Qué? –les exigió, a punto de expulsar humo por las orejas.

–Edimburgo te ha sentado bien, ¿no, hermanita? – Miguel se cruzó de brazos.

–Con hombres tan guapos, no me extraña –convino Carmen–, porque Ian Gayre es impresionante, hija. ¡Qué pena que sea tan vieja para estas cosas! –Suspiró, teatrera.

Olivia soltó una risita, pero ella, no. Los regañó, aunque no supo si también se reprendía a sí misma...

–Me parece increíble lo que estoy oyendo. –Se enfureció–. ¿Os habéis parado a pensar en por qué Olivia y yo estamos en Edimburgo? ¿Y me habláis del atractivo de un hombre que no es mi marido? ¿Ya os habéis olvidado de él?

La diversión se esfumó de la sala.

–Tranquila, Elena –le aconsejó su hermano, abrazándola–. Perdónanos, ¿vale?

Ella asintió, con la culpabilidad reconcomiéndole las entrañas, pero, ¿culpabilidad?, ¿de verdad era culpabilidad?, ¿o acaso lo que sucedía era que desde hacía unos días, en concreto desde el último ataque de ansiedad que había sufrido, su interior se sentía desorientado y no precisamente por Tomás?

Poco a poco se calmó.

–Perdonadme vosotros a mí –les rogó, arrepentida por

su actuación innecesaria—. ¿Cómo es que habéis venido?

Su madre se llevó a Olivia a deshacer las maletas, pues dormirían juntas, y Miguel en el salón, así lo decidieron. Los dos hermanos se acomodaron en el sofá.

—Nos dijiste que os quedabais aquí en Navidad y como es una época complicada para voso... —comenzó Miguel, pero no terminó la frase, sino que analizó el apartamento con evidente admiración. Se fijó en los adornos y en el árbol—. Pero... Pero... —Se levantó.

Elena sonrió y también se incorporó.

—No sabía qué hacer —le explicó ella—, pero... Dos buenos amigos me aconsejaron que... —agachó la cabeza, seria—, que viviera.

Su hermano se giró y la abrazó con fuerza.

—Claro que sí, Ele, claro que sí... —Suspiró—. Por cierto —se separó con el ceño fruncido—, ¿uno de esos amigos no será Ian Gayre? ¿Cuándo pensabas decirnos a Álvaro y a mí que Ian Gayre, el puesto número doce del ranking de la revista *Forbes* —gesticuló—, es el tutor de Olivia? ¡No es cualquier persona!

—Es un profesor, da igual cómo se llama. —masculló.

—No es *un* profesor, es *el* profesor. ¡Por Dios! ¡Ese tío es un cerebritito! ¿Sabes la suerte que tiene Olivia por tenerlo de tutor?

—No será para tanto. —Su rostro ardió a pasos agigantados. Se cruzó de brazos, a la defensiva, y sin saber por qué estaba reaccionando de ese modo tan infantil.

Miguel entornó los ojos, de nuevo escudriñándola. La inquietó más de lo que ya estaba.

—¿Y no será que sí es para tanto y que por eso te lo has guardado para ti solita, Elena? —Se irguió y sonrió con satisfacción.

¡Lo odiaba cuando sonreía de esa manera tan pretenciosa!

Elena bufó, indignada, y se encerró en su cuarto.

Al día siguiente, cuando *el* profesor acudió a las clases, serio como se había despedido la tarde anterior, ella y su hermano salieron a la calle a pasear.

—¿Hasta cuándo os quedáis? —quiso saber Elena, ajustándose el gorro en las orejas.

—Yo me voy el veinticinco temprano. Mamá, el siete de enero.

—¿El siete? —exclamó, sin dar crédito—. ¿Y papá? ¿No va a pasar con él Navidad?

—Las cosas no andan muy bien entre ellos, Ele. —Se colgó de su brazo y caminaron tranquilamente por las calles empedradas—. Discutieron. Mamá quería venir a verte y papá... —Se encogió de hombros.

—Puedes contármelo, Miguel —señaló, triste pero decidida. Desde la horrible discusión, no había hablado con su padre, ni lo había visto—. No te preocupes.

—Papá dice que lo has defraudado, que eres una cría inmadura sin conocimiento y que regresarás suplicándole perdón.

Los ojos de ella se perdieron en el suelo.

–Necesitaba salir de allí, Miguel, ya lo sabes –declaró Elena–. Y creo que me ha ayudado el hecho de mudarnos. Todo me recordaba a él, todo... Si papá no es capaz de entender eso... No digo que lo acepte, sino que se ponga en mi lugar, que comprenda mi deseo de huir, porque, sí, Miguel –se paró y observó las nubes del cielo–, huí de España. Quizá si Tomás no nos hubiera dejado tanto dinero a Olivia y a mí, no hubiera podido hacerlo, pero... –Respiró hondo–. No me arrepiento. Olivia se ríe, ¡es feliz aquí! –Elevó las manos.

–¿Y tú? –le preguntó Miguel en voz baja–. ¿Eres tú también feliz aquí?

Sí, pensó al instante.

–Solo han pasado siete meses, no puedo pasar página todavía. –Reanudó el paseo–. No puedo...

–¿No puedes volver a sentir, Elena? –inquirió su hermano a su espalda–. Lo que mamá y yo vimos ayer...

Ella se detuvo y se volteó.

Miguel sonreía con cariño.

–Hacía mucho que no te veía así –apuntó su hermano–. Relajada. Sí, hacía mucho tiempo que no te veía relajada y tímida frente a un hombre.

Elena colocó las manos en los costados.

–Perdona lo que te voy a decir ahora, Ele –continuó Miguel, cuyo semblante se cruzó–. Tomás... –Carraspeó–. Tomás era un gran hombre, una gran persona, pero... Nunca creí que fuera lo que tú necesitabas.

–¿Por qué? –rebatía ella con la respiración acelerada–,

¿porque era once años mayor que yo?, ¿por eso?

—No —negó con vehemencia. La miró, penetrante—. Porque te apagaste. Tu chispa se apagó. Dejaste de pintar.

—Dejé de pintar cuando aborté por primera vez. —Las lágrimas explotaron, bañando sus mejillas de desazón y congoja.

—No, Elena. Dejaste de dibujar cuando empezaste a salir con él.

—¡Eso no es verdad! —le gritó, furiosa.

—¿Ah, no? —Acortó la distancia que los separaba—. ¿Cuántos cuadros terminaste? Los dejabas todos a medias. No lo niegues —añadió, tajante.

—Yo... Yo... —Pero no pudo articular.

La furia desapareció.

Era cierto. Ahora que lo pensaba, llevaba más de cinco años sin terminar un dibujo o un cuadro, desde que había comenzado su relación con Tomás.

—¿Y sabes por qué lo sé? —pronunció su hermano en un tono ronco por la emoción—. Porque Tomás me lo dijo.

Aquella confesión le paralizó el corazón.

CAPÍTULO 6

La mañana de Nochebuena, los señores Gayre las visitaron en el apartamento.

–Hola –les saludó Elena en inglés mientras su sobrina abrazaba a Donald en el recibidor.

–Te he echado de menos, pequeña Olivia –dijo el señor Gayre en español.

–Te defiendes muy bien con el español, Donald –comentó ella–, aunque no te lo parezca a ti, pero así es.

–Te lo agradezco, Elena, pero ya sabes que no me siento muy seguro. No obstante, Ian nos comentó que estaba tu familia aquí, así que practicaré un poco. –
Sonrió.

–¡Hola! –exclamó Sofía, efusiva–. ¡Qué bien reencontrarme con gente de mi tierra!

Su madre y la señora Gayre congeniaron enseguida.

Los tres padres se sentaron en el único sofá. Miguel,

con la niña en las piernas, y ella se acomodaron en las sillas del comedor, enfrente.

–Veníamos a invitaros a cenar a casa hoy –anunció Sofía con una mirada enigmática–. Y no admitimos un *no*. –Fijó sus claros ojos en Elena, que se ruborizó al instante. Olivia saltó al suelo, emocionada.

–No, por favor –respondió Carmen, cohibida–. Os lo agradecemos, es un gran detalle, pero no podemos...

–Claro que sí –lo desestimó la señor Gayre, apretándole las manos–. En realidad, organizamos una pequeña fiesta con nuestros mejores amigos.

–Sí –convino Donald–. Y nos encantaría que nos acompañarais. Nos lo pasaremos muy bien. Habrá un pequeño aperitivo, la tradicional cena de Nochebuena, la entrega de regalos, el baile para los adultos y un espectáculo para los niños.

Su sobrina aplaudió, encantada, un gesto que arrancó carcajadas en los presentes.

El interior de Elena se revolucionó.

Una fiesta...

–Bueno –se incorporó el señor Gayre junto a su esposa–, os recogerá un coche a las cinco. Nuestra casa está a las afueras y se tarda casi una hora en llegar desde Edimburgo.

Los acompañaron a la puerta y se despidieron con besos en las mejillas, al estilo español.

–¡Madre mía! –exclamó su madre, cubriéndose la boca–. ¡Esa familia es impresionante! ¡Son todos

guapísimos!

La niña, su hermano y ella se rieron.

Olivia corrió hacia Elena y se tiró de la camiseta y de los pantalones repetidas veces.

—Sí —afirmó Miguel al comprender su muda petición—. Deberíamos salir de compras. Esa gente es muy sofisticada. No me he traído ningún traje.

—Tenemos el tiempo justo —señaló Carmen, observando su reloj de muñeca—. ¡Vamos, niños! —los animó, poniéndose el abrigo.

Los cuatro, sonriendo, salieron a la calle dispuestos a comerse el mundo. Se dirigieron a unos grandes almacenes lujosos y de precios exorbitados, pero, claro, la ocasión lo merecía. Era otro palacio, de estilo imperial y con numerosas ventanas en la fachada a lo largo de siete pisos.

Su hermano se separó de ellas para comprar a solas, alegó que se sentía más a gusto sin compañía femenina a la hora de escoger una corbata, pero a Elena no la engañaba. Desde aquella conversación que mantuvieron hacía dos días, se habían distanciado y apenas hablaban. La perpetua expresión de Miguel era de remordimiento y de tristeza. Ella no le reprochaba nada de lo que le dijo y le partía el corazón estar así con su hermano del alma, pero todavía no había asimilado sus palabras, mucho menos la dura franqueza que había utilizado.

Su madre se compró un precioso vestido granate de seda, con zapatos, medias y bolso a juego. Para su sobrina

eligieron entre las tres uno estampado de flores en diversos tonos de morado, leotardos finos con rayas verticales en relieve y unas manoletinas de charol del mismo color.

Olivia y Carmen entraron en una peluquería que había en una planta superior. Su madre se defendía con el inglés, por lo que Elena las dejó y descendió por unas escaleras mecánicas a la sección de mujer, pues venía de la infantil.

Cuando alcanzó su objetivo, un aroma a regaliz rojo provocó que virara la cabeza para buscar al propietario del mismo.

Y lo encontró.

Ian Gayre estaba ojeando ropa femenina, concentrado, a solo un par de metros.

—Hola, Ian —le saludó a su espalda, seria, en español, como siempre.

Él se dio la vuelta y parpadeó, sorprendido, pero no sonrió.

—Hola, Elena. —Frunció el ceño.

—¿Se puede saber cuál es tu problema? —estalló ella, colocando los puños en las caderas—. Llevas dos días enfadado solo conmigo, como lo estás ahora, y no sé qué te he hecho. Creía que éramos amigos. —Se ruborizó.

Ian, entonces, le dedicó una preciosa sonrisa. Demasiado bonita, demasiado...

—¿Qué haces aquí? —se interesó él, sin perder de vista los desazonados ojos de Elena, los cuales recorrían el

espacio para fijarse en todo menos en el profesor de Olivia.

–Pues... –Suspiró con pesadez–. Tus padres han estado en casa y nos han invitado a cenar hoy y... –Se detuvo, presa de una horrible vergüenza.

Se giró, pero Ian le sostuvo la mano y la obligó a mirarlo.

–Y, ¿no necesitarás, por casualidad, opinión masculina para comprarte un vestido? –sugirió él antes de realizar una mueca cómica que la hizo reír.

–Pero tendrás cosas que hacer.

–En realidad... –Se tocó la barbilla, pensativo–. ¿Qué te parece si nos ayudamos mutuamente? Me queda el regalo de mi madre y estoy perdido. –Se revolvió el abundante y oscuro cabello sin molestarse en arreglárselo, aunque no le hacía falta, estaba guapo tuviera el pelo como lo tuviera.

–¡Claro! –Sonrió, de pronto alegre.

–Empecemos por ti. –La soltó y anduvo hasta un apartado donde había vestidos especiales para fiesta.

Al cabo de un par de minutos, Ian le entregó seis prendas, curiosamente de su talla. Una amable dependienta los condujo al probador, que consistía en una sala cerrada, muy amplia y repleta de espejos que decoraban tres de las cuatro paredes; en la pared del fondo había una cortina. En el centro del probador existía un *chaise longue*, donde se sentó él y esperó.

–Si necesita cualquier cosa –le indicó la mujer–, que

me llame su novio y acudiré de inmediato. –La introdujo en el apartado del fondo y cerró el dosel.

–No es mi... –Pero ya se había ido.

Inhaló aire con fuerza y lo expulsó de forma sonora.

–¿Estás bien? –se preocupó Ian, al otro lado de la cortina.

–¡Sí, sí! –le contestó, acalorada.

Descartó tres vestidos nada más probárselos, pues eran muy sueltos. Solía utilizar los de ese estilo, pero le apetecía algo diferente, algo refrescante, algo sofisticado, algo que no le recordara el pasado. Era la primera fiesta a la que acudiría desde antes del accidente de Tomás y quería disfrutar. Eso era bueno, esperaba.

Se ajustó el cuarto, el único largo hasta los pies, de satén plateado, con la espalda al aire y una pequeña cola que se arremolinaba en los talones. Emitió una suave carcajada. Se quitó el sujetador y las medias que llevaba y se adaptó la exquisita tela por el cuerpo. Era maravilloso, soberbio... Pero para otro tipo de festejo.

–¡No puedo ponerme esto! –exclamó en voz alta–. ¡Es demasiado elegante!

–Yo lo decidiré –zanjó él–. Aquí afuera me aburro –se quejó.

Elena descorrió la cortina y carraspeó.

Ian estaba concentrado en su móvil y, cuando la escuchó, levantó la vista. Pausadamente, la analizó desde los brazos desnudos, el cerrado escote en el cuello a modo de barca, la curva de su cintura que se pronunciaba de

forma asombrosa debido a una ligera elasticidad de la tela, el fajín gris oscuro de lentejuelas que abrazaba sus caderas... El examen finalizó en los muslos, donde él arrugó la frente y ladeó la cabeza.

–¿Lo ves? –susurró ella, incapaz de hallar fuerza en sus cuerdas vocales–. No puedo ponérmelo esta noche.

–Espera. –Se incorporó y se aproximó–. Permíteme. – Le ofreció una mano.

Elena, seria, obedeció. Entonces, Ian le elevó el brazo y la instó a virar sobre sus talones, permitiendo que sus piernas desnudas se entrevieran de un modo provocativo, que no planeó, debido a una sensual abertura del satén, una raja que se iniciaba en la mitad de los muslos hasta el final del vestido.

Oyó cómo él contenía el aliento.

Finalmente, la soltó.

Los ojos de Ian se habían oscurecido y parecía haber entrado en trance. Ella se retorció los dedos en el regazo, atacada de los nervios. ¿Qué significaba esa mirada?

–Sí –afirmó él, que carraspeó y se sentó en el sillón, fijándose de nuevo solo en el teléfono–. Es demasiado elegante para hoy, mejor uno corto.

Elena parpadeó y se enfadó. ¿A qué venía esa actitud?

Se metió en el cubículo y deslizó el dosel para cambiarse en la intimidad. Se desprendió del vestido de malas maneras y se arregló con su propia ropa. Ni siquiera se probó el que quedaba, ya no tenía ganas, aunque le informó a la dependienta de que se lo llevaba.

Era azul y de la medida perfecta para su figura, así que lo pagó y salieron de allí.

—¿Qué has pensado para tu madre? —le preguntó ella, cruzándose de brazos, al pie de las escaleras.

—Le encantan las joyas antiguas —comentó Ian sin sonreír.

Ya estaba serio otra vez...

Elena apretó la mandíbula para silenciar una mala contestación.

—Pues, vamos. Creo que está en la entrada del edificio.

Bajaron a la planta principal, donde se hallaban las secciones correspondientes a zapatos, bolsos, joyería y ropa interior de marcas exclusivas.

Ambos se inclinaron, uno al lado del otro, para observar con minuciosidad el interior de los mostradores de cristal transparente que existían sobre las mesas donde se disponían las joyas. Ella descubrió un medallón de oro viejo, ovalado, sencillo y prendido a una fina cadena trenzada. Estaba abierto. Se trataba de un relicario con dos espacios para poner fotos.

—Interesante elección —la obsequió un hombre de mediana edad, trajeado como el resto de los dependientes—. Data del siglo XII. Cuentan que perteneció a una española que viajaba hacia Inglaterra para buscar a su amado, a quien habían desterrado y encerrado en la prisión de Edimburgo por un crimen que no había cometido, pero el barco naufragó por una horrible tormenta que se llevó la vida de todos los pasajeros.

Dicen que la española se convirtió en sirena y que él, indultado en la vejez, compró una barca y se adentró en el mar para reencontrarse con ella. Nunca dejaron de amarse... –concluyó en un suspiro teatral.

El dependiente sacó el medallón y lo colocó sobre un tapete rojo.

–Es una preciosidad... –admiró ella en español sin darse cuenta.

–¡Si es usted española! –expresó el hombre en inglés—. Deben llevárselo, les traerá suerte, así su amor siempre prevalecerá a lo largo del tiempo. ¿Se lo envuelvo?

Elena dio un respingo. ¿Por qué todo el mundo los confundía con una pareja?

–No hace falta –respondió su supuesto novio. Y añadió, dirigiéndose a ella—: ¿Cuál es tu color favorito?

–El azul, ¿por qué? –Arrugó la frente.

–Lo queremos en una bolsita de terciopelo azul, por favor –le pidió Ian al dependiente, firme, pero educado.

El hombre obedeció al instante y se lo entregó dentro de una bolsa cuando lo pagó.

–¿Ya has terminado? –quiso saber Elena, en el fondo interesada.

–Yo, sí, ¿y tú?

–Me falta el Papá Noel de Oli, pero no sé qué comprarla y, además, está con mi madre en la peluquería.

–Dejó caer los hombros—. No sé cuándo lo voy a hacer si a las cinco nos recoge el chófer de tus padres.

–Se me está ocurriendo algo... –murmuró, pensativo—.

¿Qué te parece si quedamos a las cuatro tú y yo para ir a la juguetería, luego nos cambiamos y te vienes en mi coche a casa de mis padres?

–Pero... –Carraspeó, molesta consigo misma por no poder controlar la inquietud que la invadía, inquietud porque no había quién entendiera a Ian Gayre. Tan pronto sonreía, como tan pronto se distanciaba, y vuelta a empezar–. De acuerdo –accedió–. Nos vemos a las cuatro, pero en la portería, porque, si Olivia te ve, se va a querer venir.

Él asintió, solemne.

Elena les explicó a su madre y a su hermano el plan para que cuidasen de la niña mientras ella no estuviera.

A la hora y en el lugar citados, Ian la esperaba charlando con Allan McCraig. Se despidieron del portero y se encaminaron a la juguetería de la que se había quedado prendada su sobrina el día en que su profesor se había comprado el gorro de lana.

–Voy a ir a lo seguro –señaló ella dentro del establecimiento–. Le encanta peinarse el pelo de mil maneras distintas y se viste y se desviste cien veces al día. Es una ratita presumida.

–¿Por ejemplo, esto? –le propuso él, ofreciéndole una bonita muñeca que le recordaba a...

–¡Es una *Mariquita Pérez*! –gritó sin percatarse de que lo hacía, emocionada por el descubrimiento–. ¡Me encantan! Yo las coleccionaba de pequeña... El idiota de mi hermano Álvaro me las escondía para hacerme rabiar –

recordó, irritada todavía con Álvaro, el culpable de aquella anécdota— y nunca aparecieron. ¿Sabes lo que creo? —entrecerró la mirada, agitando el dedo índice en el aire—, que en el fondo le gustaban y por eso no es que no supiese dónde las había dejado, sino que decidió quitármelas.

Su acompañante soltó una carcajada que la contagió.

—O sea que tú, en vez de tener un *Peter Pan*, posees una *Mariquita Pérez* en tu interior.

Elena movió la cabeza en gesto afirmativo entre risas.

—Para los Reyes Magos, le compraré más cosas. Una muñeca es poco, pero de momento valdrá —declaró ella minutos después, mientras una mujer envolvía el regalo.

—Ahora me toca a mí. Y creo que le compraré un peluche gigante.

—Ian, no hace falta. —Lo agarró del brazo, deteniéndolo.

—Lo sé. —Le guiñó el ojo—. Lo hago porque quiero. Además, la tradición en mi familia es repartir los regalos esta noche antes del baile y quiero que Olivia tengo uno de mi parte. —Respiró hondo. La gravedad se instaló en su semblante—. Cuando os vayáis de Edimburgo, la echaré mucho de menos. —Y agregó, apretando los dientes—: Y a ti, también, Elena. —Se alejó y buscó el peluche gigante perfecto.

Elena no se inmutó hasta que no salieron a la calle.

—Te guardo la muñeca en el coche para que no se te olvide. —Le quitó la bolsa de las manos—. Te recojo en una hora.

–Vale –contestó ella al alcanzar la octava planta del palacete, sin mirarlo.

En cuanto se metió en su apartamento, se apoyó en la madera y se deslizó lentamente hasta el suelo, pensando en las palabras de Ian con los ojos perdidos en un punto infinito.

¿Cuando se fueran de Edimburgo? Eso, de momento, no tenía cabida en su cabeza. Olivia era feliz allí. Y Elena comenzaba a querer avanzar, aunque todavía no había decidido nada sobre su futuro profesional, ni siquiera había vuelto a ojear la carpeta que le había facilitado Donald.

Respiró hondo y se arregló.

Se lavó el pelo, se lo alisó con el secador y se onduló las terminaciones del flequillo lateral. Se maquilló con esmero. Utilizó una sombra oscura, iluminador, colorete, rimel y se perfiló los labios en un tono natural, además de salpicarlos con un brillo muy sutil, brillo que guardó en su bolsito de fiesta, pequeño, ovalado y con piedras de todos los colores. Luego, se pintó las uñas del mismo color de la ropa: azul eléctrico.

A continuación, en ropa interior y medias tupidas negras, sacó el vestido de la bolsa. Le bajó la cremallera lateral y se lo puso por los pies. Era liso, de seda, de manga larga y estrecha, con dos tiras anchas, elásticas y negras cruzadas en diagonal en la espalda desnuda. Se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, desde el cerrado escote hasta unos centímetros por debajo del

trasero, resaltando cada curva.

¡Madre mía! Si se agachaba...

Le ardieron las mejillas ante tal pensamiento.

Se contempló en el espejo del armario y alucinó.

¡Estaba muy guapa!

Se calzó sus zapatos de salón negros, de ante y tacón de ocho centímetros. Llevaba mucho tiempo sin usarlos, esperaba no hacer el ridículo y convertirse en el patito mareado del baile.

Patito...

Su mente revivió la tarde en que aprendió a patinar sobre hielo con Ian y Olivia. Él la había apodado *patito* debido a su torpeza.

Y sonó el timbre.

Inhaló aire y lo expulsó despacio. Eligió el abrigo de terciopelo negro que usaba en ocasiones especiales, fruncido en la cintura y suelto hasta la mitad de los muslos, era corto y coqueto. Cogió los guantes y el fular a juego con el abrigo.

Abrió la puerta.

Elena fue a saludarlo, pero no pudo hacerlo, se le trabó la lengua.

Dios mío... Estaba guapísimo con un traje entallado y una corbata azules marino, una camisa blanca con cuello italiano y unos zapatos marrones de piel y lazada. El abrigo colgaba de su brazo izquierdo flexionado, haciendo que la chaqueta se abriera en las solapas. Una bufanda gris de cachemira le caía sobre el pecho.

Ian, a su vez, la repasó desde los pies hasta la cabeza. Le dedicó una significativa sonrisa que la atemorizó y la fascinó a partes iguales. Y se sintió atractiva... Era la primera ocasión en muchísimo tiempo que se sentía atractiva. Y ese tiempo superaba los últimos siete meses, pero la culpa no había sido de Tomás, pues el bufete le había exigido horas y horas y algunos fines de semana.

Descendieron al sótano del edificio en silencio en el ascensor.

Las luces delanteras del *Jaguar* se accionaron cuando él pulsó la tecla correspondiente del mando del coche. Le abrió la puerta del copiloto y la ayudó a sentarse.

Pensó en su marido mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Tomás nunca había hecho algo así. Había sido un dechado de cortesía y educación, pero no como lo sería un verdadero caballero, no como Ian Gayre.

Los remordimientos la pincharon cual aguja afilada y le provocaron cierta zozobra. No debía compararlos. De hecho, no debía comparar a su marido con ningún otro hombre. Jamás lo había hecho, ¿por qué ahora sí?

Tranquila, Elena, se tranquilizó a sí misma, es una fiesta. No estás haciendo nada malo. Solo disfruta. Creo que te lo mereces, aunque sea por unas horas.

Pasados cuarenta minutos de trayecto se desviaron por un sendero rodeado de árboles frondosos. Se abrazó de forma inconsciente. Aquello estaba muy oscuro, chispeaba y era noche cerrada.

Ian se rió con suavidad, los ojos fijos al volante.

–Conmigo estás a salvo, Elena –susurró él.
Ella no contestó.

Conmigo estás a salvo, Elena.

Eso era lo que ese hombre le transmitía: protección y confianza, lo que ella sentía en su presencia desde el momento en que se había cruzado en su vida en un quiosco de helados. Así la miraba. Así las trataba, tanto a Elena como a Olivia. Y se espantó. ¿Cómo podía ser posible?

Redujeron la velocidad al acercarse a una verja rectangular, una doble puerta cerrada.

Un hombre uniformado de gris salió de una caseta blanca, a la izquierda, y avanzó hacia el *Jaguar*.

Ian bajó la ventanilla del conductor.

–Buenas noches, señor Gayre, señora. –Se tocó la gorra.

–Buenas noches –correspondió Elena, seria, pues estaba atacada, no se esperaba que la familia Gayre contara con vigilante de seguridad.

–Hola, Henry. ¿Qué tal va la noche? –se interesó su acompañante.

–Bien, señor. –Sonrió, agradecido–. Según la lista que me pasó su madre esta mañana solo quedan ustedes dos. Disfruten de la velada. Feliz Navidad. –Se tocó la gorra otra vez, se aproximó a la verja y pulsó un botón en un lateral.

Avanzaron despacio a medida que la doble puerta se abría, introduciéndose en un camino de diminutas piedras

blancas con césped a ambos lados. Tomaron una curva a la derecha y de pronto...

¡Un castillo!

Un castillo gris, cubierto por madreSelva en las dos torres existentes, se erigía ante ellos de forma majestuosa. Se inclinó sobre el cristal delantero del coche y ahogó una exclamación de estupor, tapándose la boca.

–Increíble, ¿verdad? –pronunció él en un hilo de voz.

Ella asintió, embriagada por tal belleza y opulencia, sin percatarse de que miraba a la propia Elena, no a la casa.

Cercaron una bonita rotonda con flores rojas que dibujaban formas geométricas y continuaron por otro sendero, de baldosas negras gastadas, el cual conducía a la entrada techada de la vivienda, donde ralentizaron hasta parar por completo.

Un hombre trajeado de librea la ayudó a salir del *Jaguar*.

–Gracias.

–Los regalos están en el maletero –anunció Ian a otro empleado que se encargó del coche.

–Sí, señor Gayre.

–Vengo agotado, Elena –confesó él, ofreciéndole el brazo con solemnidad y sonriendo pícaramente–. Has hablado tanto en el viaje que me has agotado.

Ella asimiló la ironía y emitió una carcajada. Se colgó de su brazo, divertida y relajada.

–Pues haré lo mismo a la vuelta. –Le golpeó el hombro con la mano libre.

–¡Puf! –Rodó los ojos, travieso–. Que Dios me libre...

Y caminaron hacia el interior entre risas y bromas, disipando la tensión de aquel día.

–¡Ya era hora! –advirtió Sofía en el recibidor. Iba muy elegante con un vestido recto de color rojo intenso, como sus labios y sus uñas. Los besó en la mejilla a los dos–. ¿Cómo habéis tardado tanto? –Arrugó la frente–. Bueno, no importa. –Llamó a un mayordomo con la mano–. El abrigo y la cartera, Elena.

–Sí, claro. –Se alejó de ellos y se deshizo del abrigo para, a continuación, entregárselo al sirviente junto con el bolsito. Se giró y la alegría se le borró del rostro al segundo–. ¿Pasa algo? –Se estiró el corto vestido de forma recatada, ruborizándose.

Quizá no había sido buena idea habérselo comprado sin probárselo...

–¡Estás guapísima! –la halagó la señora Gayre con una deslumbrante sonrisa y una mirada cargada de admiración y de cariño–. ¿A que sí, Ian?

Ambas mujeres dirigieron sus ojos al aludido a la espera de la respuesta.

Ian acortó la distancia, le alzó una mano y le besó los nudillos sin dejar de contemplarla con una intensidad que la abrasó por dentro, temiendo así que las rodillas se le doblasen porque, que Tomás la perdonase, se estaba derritiendo...

–Estás preciosa –pronunció su acompañante en un susurro áspero en inglés–. Preciosa... –repitió ahora en

español y enroscó la mano de ella en su brazo, quemándola todavía más.

Obviando por completo a Sofía, Elena permitió que él la guiase hacia una magnífica estancia decorada con adornos de Navidad dorados, verdes y rojos y atestada de gente desconocida que, de pie, charlaban entre sorbos de vino, refrescos o cervezas. Un cuarteto compuesto por dos violines, una viola y un violonchelo amenizaban la atmósfera con villancicos tradicionales. Una extraordinaria lámpara de araña iluminaba el salón y ocupaba gran parte del techo.

—¿Esto es lo que tu madre llama una pequeña fiesta con los mejores amigos? —le preguntó ella, cohibida, al oído.

—Todas las fiestas que organizan mis padres son así, ya te acostumbrarás. —Le acarició la muñeca en un acto inconsciente—. A la boda de mi hermana asistieron ochocientos invitados.

—¿Ochocientos? —siseó—. Creo que es bastante complicado acostumbrarse a esto.

Un momento... *¿Ya se acostumbrará? ¿Qué había querido decir?*

Un camarero les ofreció una copa de champán, que Elena declinó, educada.

—Me gustaría ver a Olivia, Ian.

—Pues, vamos. —Le guiñó un ojo y se apartó un poco de ella, pero para entrelazarle los dedos a los suyos de un modo espontáneo y natural.

Atravesaron la estancia en diagonal hasta acceder a un

pasillo ancho con tres puertas a cada lado. En la última de la derecha, había cinco adultos disfrazados de payasos que ofrecían una alegre función a unos veinte niños, aproximadamente.

Olivia los vio y corrió a saludarles. Ian la aupó. Su sobrina los besó en la cara.

—¿Acaso eres una princesita y no me había dado cuenta hasta ahora? —le dedicó su profesor.

La niña sonrió, radiante, y lo abrazó con fuerza.

A Elena se le encogió el corazón.

Una pregunta surgió en su mente ante la escena, una pregunta que desechó, horrorizada... Horrorizada y culpable.

Estuvieron un rato en la sala infantil y después regresaron al salón.

Él la presentó a algunos amigos, jóvenes y mayores.

—¡Elena! —Lucy la sorprendió por detrás.

Ella se volteó y se abrazaron.

—¡Qué guapa! —señaló su amiga, observándola con dulzura.

—¡Tú, también!

Y era cierto. Estaba más atractiva de lo habitual, con sus rubios cabellos sueltos a modo de ondas sofisticadas que la aparentaba menos edad.

—Qué bien acompañada te veo, ¿no, querida mía? —Realizó un travieso mohín con los labios.

No le dio tiempo a responder, ni a pensar, directamente, pues Donald se aproximó para saludarlas.

–¿Qué tal están las dos mujeres más bellas de la fiesta?
–El señor Gayre levantó el vino que bebía en un brindis discreto hacia las dos amigas—. Ya vamos a pasar al comedor. Disfrutad, queridas damas.

La cena fue espectacular.

La sala donde cenaron estaba también decorada con motivos navideños, como el resto de la mansión. Las mesas se disponían una tras otra creando un amplísimo cuadrado, de tal modo que todos se veían sin necesidad de moverse. Lucy y Elena se sentaron con Carmen, con Miguel y con algunos compañeros bastante simpáticos de su amiga.

No le guardó un asiento a Ian, pues estaba muy ocupado actuando de anfitrión. Sin embargo, cuando ya estaban todos sentados, los señores Gayre ocuparon sus sillas reservadas y su hijo se acomodó en una zona donde varios hombres de su edad, dedujo que serían sus amigos, le silbaron en broma arrancándole carcajadas.

Degustaron un menú de cinco platos: marisco, crema de puerros suave y templada, ensalada de bonito, pavo relleno acompañado por verduras estofadas y sopa de almendras española. A continuación, con el café y los invitados dispersos, les sirvieron trocitos de varios tipos de turrónes y mazapán. Era evidente lo orgullosa que Sofía se sentía por sus raíces.

–Bueno –le susurró Lucy al oído–, ¿vas a explicarme qué ocurre? –Alzó sus finas cejas.

–No te entiendo. –Arrugó la frente. Se comió un trozo

de turrón de chocolate con leche y trocitos de almendras, su preferido.

–Ian no ha dejado de vigilarte en toda la cena y tú apenas te has pronunciado en la mesa. Es obvio, cariño.

Elena buscó a Ian con los ojos y lo descubrió mirándola, intenso y penetrante, tanto que se le desbocó el corazón.

Y se asustó, otra vez...

–Yo no... –No pudo seguir.

Temblorosa, se cubrió la boca, se incorporó y salió de allí.

Desorientada, tropezó con sus propios pies y a punto estuvo de caerse de no ser por su hermano, que la había seguido y la sujetó a tiempo.

–Miguel...

–Vamos a un sitio más tranquilo.

Se dirigieron a una terraza cubierta. Estaban casi a oscuras, salvo por la luz del interior de ese castillo que ofrecía cierta intimidad, cosa que agradeció, pues ya no se reconocía.

–Siento mucho lo que mis palabras te causaron – confesó Miguel, afligido–, pero no me voy a disculpar por lo que dije –añadió con dureza.

–No hace falta que lo hagas –le contestó, por completo sincera.

–Tomás estaba loco por ti –empezó su hermano, ofreciéndole el perfil de su grave semblante–. Siempre lo estuvo, pero era un hombre lleno de pesar, de amargura y

de tristeza. Era muy buena persona, leal y honesto, pero, por desgracia, la muerte de sus padres lo marcó de por vida. También era rico, sí, pero no disfrutaba de la vida, ni siquiera en lo material. El único viaje que hicisteis tú y él fue la luna de miel. –Realizó un aspaviento–. Y el trabajo no es que lo tuviera absorbido –chasqueó la lengua–, es que él absorbía el trabajo, que es bien distinto.

Permaneció unos segundos callado.

–Apenas sonreía –continuó Miguel, cuyos ojos se clavaron en el cielo estrellado–. Tampoco se divertía. Era su forma de ser, pero te arrastró con él, Elena. –La observó–. Y él lo sabía. Lo supo y no quiso remediarlo.

–¿Qué te dijo? –quiso saber ella, en un hilo de voz. Se rodeó a sí misma por culpa de un horrible escalofrío que irguió su piel.

–La noche antes de vuestra boda me llamó por teléfono. Estaba borracho. Se había bebido casi una botella de whisky él solo y a palo seco. Me dijo que iba a cometer un error casándose contigo porque te iba a hacer sufrir, pero que tú eras lo mejor que le había pasado en la vida, lo único bueno, y que no podía permitirse el lujo de perderte.

Las lágrimas se deslizaron en el rostro de Elena a modo de dos ríos silenciosos, pero abundantes.

–A los pocos meses de la boda me encerró en su despacho –le reveló su hermano en el mismo tono de voz, una voz abatida–. Me dijo que *todavía* –recalcó– no habías terminado un solo dibujo, que te pasaba algo, que

empezabas un cuadro tras otro sin acabarlos y que se había dado cuenta de que eso te ocurría desde que empezasteis la relación, que coincide también cuando entraste a trabajar en la empresa de papá. Puede que sea una casualidad, Elena, pero yo no creo en las casualidades, ya lo sabes. –Inhaló aire con fuerza y lo expulsó con pesadez. Su mente estaba hundida en los recuerdos.

»Yo le aconsejé que cambiarais la rutina, que salierais a cenar, que te llevara un fin de semana lejos para desconectar. Tomás se negó. Alegó que tenía mucho trabajo acumulado. Y me cabreeé con él. –Cerró las manos en dos puños blanquecinos de tanto como los apretaba–. Discutimos. A los pocos días nos reconciamos y me contó lo de la herencia de sus padres y lo que había hecho con ella.

Ella se aproximó, limpiándose las mejillas con dedos trémulos.

–Y empecé a fijarme más en ti –declaró Miguel–. Y me di cuenta de que Tomás tenía razón. Lo peor de todo fue ver con mis propios ojos que eras desdichada y que el culpable de tu desdicha era mi mejor amigo. Dejaste de tener amigas, Elena –elevó la voz–, dejaste de salir, dejaste de celebrar la Navidad, dejaste de dibujar, dejaste de sonreír... –La tomó de las manos–. No digo que él lo hiciera a posta. Te amaba... Te amaba con locura, pero ese amor nunca fue suficiente para derribar la muralla que construyó a su alrededor. Y me da rabia que después de

todo tú te niegues la posibilidad de amar otra vez, Elena. Sé que querrás a Tomás siempre, sé que fue injusto que se fuera, pero mereces ser feliz. Mereces ser la prioridad de alguien, porque, siento decírtelo, pero la prioridad de Tomás no eras tú, sino la tristeza y la amargura que lo acompañaban a diario. Mereces que alguien vuelva a prender tu chispa para que brilles como brillabas cuando cogías un lápiz en la universidad. No te gustaba la carrera, pero tus bocetos te hacían sonreír, sonreír de verdad.

—Odiaba la universidad —apuntó Elena con una mueca, haciendo reír a su hermano, riéndose ella también.

—A eso me refiero. —Le acarició la barbilla—. Estudiaste *Empresas* por papá, en lugar de hacer *Decoración*, que era lo que a ti te llamaba la atención. ¡Eres una artista! ¿Qué pinta una artista estudiando economía? —Desorbitó los ojos un segundo—. Trabajaste con papá, precisamente por papá. Y luego te encerraste con Tomás por el propio Tomás. —La acogió entre sus brazos y la meció con inmensa ternura—. ¿No te das cuenta de que nunca has hecho algo únicamente por y para ti desde que cumpliste dieciocho años, la edad perfecta para empezar a perseguir tus sueños, unos sueños que has aparcado siempre por los demás?

—Lo he hecho, Miguel. —Se separó y sonrió—. Nos vinimos a vivir a Edimburgo.

—Por favor, Elena, permítete disfrutar... Llevas nueve años sin ser tú misma... Y papá es el principal culpable. Eres demasiado buena, Ele, siempre anteponiendo los

demás a ti, sin importarte hacerlo y encima haciéndolo con los ojos vendados.

—Miguel... —Suspiró—. Me da miedo... —Agachó la cabeza—. Me da miedo hacerlo porque siento que si lo hago le estoy dando la espalda a Tomás...

—¿Sentiste que le dabas la espalda a papá cuando le dijiste que lo dejabas todo para venirte aquí? ¿Sientes ahora que le estás dando la espalda a papá?

—No —reconoció—. Lo que sentí fue alivio cuando por fin me atreví a decirle que no quería seguir trabajando con él en la oficina.

—¿Ves? —Sonrió su hermano—. Elena, ¿crees que por vivir, que por abrirte al mundo, le darás la espalda a Tomás? No, cariño, él no querría que te encerraras. Lo que pasa es que fue egoísta contigo. Y ahora no lo culpo. Supongo que todos nos volvemos egoístas cuando nos enamoramos. —La besó en la frente—. El destino te está concediendo una segunda oportunidad, Elena. —La sostuvo por los hombros—. Eres una mujer hermosa por dentro y por fuera que merece amar y ser amada sin reservas. Han pasado siete meses, sí, pero, ¿quién sabe? —Se encogió de hombros—. A lo mejor ya es hora de que levantes la mirada. —Señaló con la cabeza hacia el interior de la mansión—. Ya diste el primer paso al venirte a vivir a Edimburgo sola con Olivia. Eres muy valiente, Ele. ¿No lo sientes así?

Elena dirigió sus ojos hacia el salón e impactó de lleno con los de Ian Gayre, centrados por completo en ella, solo

en ella...

–Poco a poco –le advirtió Miguel, misterioso, conduciéndola hacia el interior–, y empezarás por bailar esta noche hasta que tus pies no resistan esos tacones que llevas.

Elena emitió una carcajada solazada.

–¿A qué hora sale tu vuelo? –quiso saber ella.

–A las diez de la mañana, así estoy con Lore y con los niños en la comida del día de Navidad.

–Les mandaré regalos para el día cinco, pero estate atento y que no los vean, así los abren la mañana de Reyes.

–Claro, Ele. Voy a relacionarme un poco –le avisó su hermano–, ¿estarás bien?

Asintió a modo de respuesta y Miguel se fue.

Automáticamente, un inconfundible aroma a regaliz causó un aleteo en su estómago.

–Hola –le susurró Ian al oído.

Elena se sobresaltó, pues no se lo esperaba tan cerca, demasiado...

El profesor de su sobrina le ofreció una copa de champán, que aceptó.

La conversación con su hermano había sido intensa y a la vez esclarecedora, pero también confusa.

–¿Estás bien? –se preocupó él al percibir su desasosiego.

–Sí –mintió–, es solo que... –Se contuvo y respiró hondo antes de dar un sorbo a la bebida–. Nada, tranquilo.

–Sé qué puedo hacer para levantarte el ánimo. –Sonrió como un pilluelo.

–¿El qué?

–Tenemos unos minutos hasta que los niños desenvuelvan los regalos. –Le quitó la copa y se la entregó a un camarero—. Vamos. –La cogió de la mano y la guió por el interior de la mansión, por un largo y estrecho pasillo en forma de *L* que conducía a las cocinas.

Un sinfín de sirvientes trabajaban sin descanso.

–No deberíamos estar aquí –lo reprendió ella en voz baja.

–Calla.

Se metieron en una especie de despensa, no muy grande. Se escondieron entre unas estanterías paralelas entre sí que había en el centro de la sala. Se acuclillaron al segundo porque entró alguien buscando un recipiente que se llevó consigo al salir.

–Nos van a pillar –articuló Elena en un tono apenas audible.

Ian se rió por su reacción.

–Ya nos vamos, no tardaremos, un segundo... – Introdujo el brazo debajo de una balda y sacó una cajita de cartón de rayas de colores—. *¡Voilà!* –Destapó el tesoro con una sonrisa traviesa.

–¡Regalices rojos! –pronunció ella y soltó una risita infantil.

–¡Sí! –contestó él, sentándose en el suelo como los indios.

Procedieron, como niños deseosos de recibir juguetes por Navidad, a devorar pequeños regalices rojos que sabían a gloria. Elena gimió al primer bocado, deliciosamente dulce.

—Hay que servir el chocolate caliente y las nubes de azúcar ya en las tazas —irrumpió una voz masculina proveniente de las cocinas—. Los niños van a abrir los regalos.

—¡Olivia! —dijeron Ian y ella al unísono, dando un respingo.

Guardaron la cajita en su sitio y corrieron, entre carcajadas propias de críos que acababan de hacer una trastada, hacia un salón, distinto al primero, al que accedieron por una doble puerta existente en un lateral.

Elena entreabrió los labios, extasiada ante la imagen.

A la izquierda, había un conjunto de música sobre un alto podio rectangular que ocupaba esa pared por entera. Uno de los músicos levantaba su levita para acomodarse en la banqueta de un hermoso y pulcro piano negro de cola. Un hombre y una mujer se colocaban auriculares en los oídos mientras se situaban frente a dos micrófonos de pie. Dos guitarristas, un saxofonista y un batería completaban el grupo. Se trataba de gente que alternaba entre la juventud y la madurez, vestidos adecuados para la ocasión.

A la derecha, un gigantesco y precioso árbol de Navidad, con regalos de diversos tamaños, formas y envoltorios, se erigía en el esquina de la estancia, cerca de

una chimenea de piedra que desprendía destellos por la madera que se estaba quemando. Otro árbol, exactamente igual al primero, se hallaba en otra esquina, donde estaban los veinte niños, su sobrina incluida, brincando excitados a la espera de descubrir los juguetes. Ni una sola bombilla iluminaba el lugar, sino candelabros y gruesas velas independientes se distribuían por el espacio creando sombras y fulgores embrujadores. Mágico.

–Atención, por favor –rogó Sofía en refinado inglés, como el suyo, desde el centro del salón. Golpeaba con suavidad su copa de champán gracias a una cucharita de plata que le había proporcionado un camarero.

Los invitados acallaron sus voces.

–Papá Noel ha estado aquí cuando cenábamos –anunció la señora Gayre con una gran sonrisa. Los niños chillaron y los adultos rieron–. Así que, espero que hayáis sido buenos... ¡Abran sus regalos, queridos! ¡Feliz Navidad!

Los niños se lanzaron como locos a los paquetes que portaban sus nombres escritos en ellos. Y los adultos, también, pues había presentes para unos cuantos mayores.

Entonces, el piano empezó a sonar y una limpia voz masculina semejante a la de *Michael Bublé* comenzó a entonar *Have yourself a Merry Little Christmas*.

Ian y Elena avanzaron hacia Olivia, como hicieron los demás padres con sus respectivos hijos. Miguel y su madre se los unieron.

Su sobrina abrió una caja que contenía una bolsa de deporte donde había guardado un par de patines rosas de

Hello Kitty con la posibilidad de reemplazar las ruedas por una cuchilla para el hielo, añadida en la bolsa y tapada por un corcho. El artífice había sido su hermano, a quien ella le había relatado la tarde del parque privado con *Bruno* y con Ian.

La niña abrazó los patines con ilusión y procedió a desenvolver el siguiente presente, de Carmen: una casita de muñecas de estilo victoriano, beis con el tejado rojo, vacía para que la decorara a su gusto y placer. Olivia ahogó una exclamación de júbilo.

Después, tocó el turno de abrir el regalo de su profesor. La niña tuvo que levantarse, pues era enorme: un oso polar blanco inmaculado, sentado, con una dulce expresión dibujada en el hocico y una bufanda rosa alrededor del cuello. Su sobrina emitió un grito y se arrojó al peluche, derrumbándose ambos hacia adelante.

Los cuatro adultos se rieron y aplaudieron.

Olivia, pues, cogió su último presente y, al desenvolverlo, se paralizó. Era la muñeca, sujeta con alambres transparentes a una vitrina de plástico.

El corazón de Elena se suspendió.

—Oli, ¿no te gusta? —se inquietó ella, agachándose con cuidado por el vestido—. Le escribimos a Papá Noel y que nos lo cambie por lo que tú quieras, ¿vale? —agregó con un deje de decepción.

Entonces, la niña alzó sus preciosos ojos acuosos por las lágrimas y se arrojó a su cuello con fuerza, con *Mariquita Pérez* en una mano y besando a Elena por toda

su cara. Las dos cayeron al suelo entre carcajadas dichasas.

–Feliz... Navidad, cariño... –le deseó a su sobrina de manera irregular por la emoción.

Olivia se alejó y se dispuso a jugar con otros niños.

Ella se incorporó con la ayuda de Miguel, pero trastabilló. Las piernas le fallaron. Tenía que salir de allí...

Y corrió sin rumbo hasta que el frío exterior se coló por sus huesos, aunque no lo sintió, y frenó en seco. Posó una mano en su pecho oprimido... Se estaba asfixiando.

Ian Gayre surgió frente a Elena. La observaba con gravedad.

A ella se le escapó un sollozo. Agachó la cabeza y tragó infinitas veces, pero el nudo de la garganta no desapareció.

Los brazos de aquel hombre se desplegaron en una clara invitación.

Su interior, pues, explotó al fin. Se lanzó a Ian, que la estrechó de inmediato contra su cuerpo, que la envolvió en su calidad, que le transmitió paz y consuelo.

–Llora, patito... Llora... Conmigo estás a salvo... –le susurró él mientras le acariciaba la espalda y el pelo.

Elena obedeció, clavándole las uñas en el pecho, retorciéndole la camisa y la corbata. Fue a retirarse, pero ese ángel no se lo permitió, sino que la abrazó con más fuerza.

Sí. Ian Gayre era su ángel salvador.

–No estoy triste –confesó ella cuando se serenó–. No es

tristeza lo que me ha hecho llorar, sino la felicidad de ver a Olivia disfrutar por primera vez de la Navidad y disfrutar yo después de tanto tiempo... –Se apartó y respiró hondo. Y se echó a reír–. Te he estropeado la ropa. –Lo señaló con el dedo índice.

Ian se encogió de hombros y sonrió. Le entregó un pañuelo para que se secara la cara, que agradeció en silencio.

–Solo es ropa, patito. –Le ofreció la mano–. ¿Te apetece bailar?

Elena enarcó una ceja, sorprendida, y asintió.

En el salón, Olivia se acercó a ellos con esfuerzo, pero en actitud solemne. Llevaba la bolsa de los patines colgada de un brazo, la muñeca en una mano, tiraba con la otra del peluche a su espalda y empujaba la casita con las piernas.

Sofía avisó a un sirviente para que ayudara a la niña.

–Ahora toca el chocolate caliente, tesoro –le dijo la señora Gayre a Olivia antes de besarle la cabeza y guiarla junto al resto de los niños a la sala de juegos.

En ese instante *All I want for Christmas*, interpretado por una voz femenina, animó a los invitados a que se movieran al ritmo del alegre villancico.

Lucy la agarró por la cintura.

–¡Demuéstrame lo que sabes, Elena! –Tiró de ella hacia la pista que se había creado en un segundo.

–¡No! –profirió Elena, aterrorizada. Procuró retroceder, en vano porque su hermano e Ian la empujaron hacia su

amiga sin admitir ninguno de los tres una negativa.

Ruborizada, pero con la música resonando poderosa en su corazón, se dejó trasladar hasta el centro. Le gustaba mucho bailar y se sabía la canción, pero hacía tanto que no bailaba, ni cantaba, que tuvo miedo de ridiculizarse.

Sin embargo, varios compañeros de Lucy la acompañaron y la incitaron a desmelenarse. Por supuesto que no se desmelenó, era demasiado tímida para eso, aunque sí comenzó a agitar todo el cuerpo hasta que la vergüenza cedió a las ganas de desconectar.

Y bailó y cantó, feliz. Su amiga le guiñó un ojo y ella la correspondió con picardía.

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó solícito su ángel salvador, a voces para que lo escuchara bien.

–¡Sorpréndeme! –le gritó.

Él le mostró una cómica sonrisa. Desapareció y a los pocos minutos se presentó con un elegante vaso de cristal grueso en la base, un tercio lleno de un líquido amarillento.

Elena estiró el cuello y aleteó las fosas nasales. Automáticamente, se echó hacia atrás y se cubrió la nariz.

–¡Huele fatal! –Realizó una mueca de repulsión.

Ian ocultó una carcajada, sin éxito.

–*Highland Park*, el whisky más antiguo de la destilería escocesa –le explicó en la oreja–. Me dijiste que te sorprendiera. –La contempló, risueño.

–Sí, sorprenderme, no emborracharme –le contestó, intentando adoptar una postura seria–. Prefiero champán.

–Lo sé. –Descubrió una copa de champán que tenía escondida a la espalda–. El whisky es para mí, solo uno, que tengo que conducir.

Ella aceptó el champán con rubor en las mejillas y siguió bailando con Lucy y con algunas mujeres más.

Tiempo más tarde, Miguel la avisó de que se marchaban, Carmen y Olivia, también. La niña se había dormido y su hermano madrugaba al día siguiente.

–Claro, vámonos –accedió Elena de inmediato.

–No –negó Miguel con una sonrisa–. He hablado con Ian. Te irás con él cuando tú quieras, pero no ahora. Quédate y disfruta, que falta te hace bailar. –Se irguió en toda su estatura–: Estás un poco oxidada, Elenita.

Ella le golpeó el brazo, fingiendo enfado por sus palabras, y se despidió de su madre y de su sobrina en la puerta principal, donde los esperaba el chófer de los señores Gayre.

–A las ocho salimos para el aeropuerto –le comunicó su hermano antes de irse.

De madrugada, Ian y Elena regresaron a la ciudad en el *Jaguar*, ella dormida en el asiento del copiloto, con los zapatos de tacón en el regazo y las piernas inclinadas hacia la palanca de marchas automáticas, justo donde el antebrazo de él reposaba, relajado.

Aparcaron en el sótano del palacete. Ian se colgó la cartera de Elena en la muñeca y la tomó en brazos. Ella gimió al apoyar la cabeza en el hueco de su hombro. Haciendo malabarismos, él sacó las llaves del bolsito y

abrió el apartamento con cuidado de no despertar a nadie. Depositó a Elena en la cama y la cubrió con el edredón. A continuación, le retiró algunos mechones del rostro, la contempló un largo minuto y la besó en la frente.

O, por lo menos, eso fue lo que soñó ella...

CAPÍTULO 7

Escríbeme cuando aterrices en Madrid, por favor –le pidió ella.

Miguel le dedicó una triste sonrisa.

–Vive, Ele –le susurró–. Siente y vive como si fuera la primera vez, y estoy convencido de que así es... –La besó en la frente–. Os dejó en buenas manos.

Elena lo abrazó, incapaz de seguir hablando, junto a Olivia, que aferrada la pierna de su tío sin querer soltarlo, apenas también.

Su madre y ellas esperaron a que embarcara. Elena aupó a la niña en el regazo. Ambas, llorando, lo despidieron agitando la mano.

Regresaron a casa en taxi.

Estaba cansada por los últimos acontecimientos y se tumbó en el sofá con Olivia. Se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos, eran las cinco de la tarde.

–Hola, cariño –le dijo Carmen, que se acomodó a su lado y le ofreció un plato de galletas de vainilla–. Necesitabas dormir, ¿eh? –bromeó.

Ella se sentó, se restregó los ojos y se comió una galleta.

–¿Dónde está Oli? –quiso saber entre bocados.

–Está con Ian y con *Bruno* patinando. Ha venido a desearnos Felices Fiestas, pero no te has enterado. – Sonrió con dulzura–. ¿Por qué no te duchas, te pones guapa y te vas con ellos? Hoy es Navidad. Yo voy a preparar un bizcocho de chocolate y natillas.

Elena se terminó las galletas, somnolienta, y se levantó. Obedeció a su madre y salió a la calle con la copia de la llave que Ian le había proporcionado para poder entrar en el parque privado donde se hallaba la pista de hielo.

Allan estaba en la acera.

–Feliz Navidad, señora Robledo. –Se tocó la gorra.

–Feliz Navidad, señor McCraig.

Descendió la pequeña escalinata de un saltito que le arrancó risas al portero y también a ella. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y respiró el aire de Edimburgo, frío, pero que se le antojó delicioso. Los farolillos de las calles alumbraban el recorrido, pues ya era de noche. Las tiendas y los grandes almacenes estaban cerrados porque era veinticinco de diciembre, aunque algunas cafeterías se encontraban abiertas al público.

Cruzó el paso de cebra y se introdujo en el mágico parque. Caminó despacio, tarareando villancicos ingleses,

abstraída en la repentina felicidad que la invadía. Alcanzó la pista de hielo, llena de niños y padres patinando y haciéndose numerosas fotos para el recuerdo.

Bruno percibió su aroma y corrió hacia Elena.

—¡Hola, precioso! —Se inclinó y le acarició el cuello y detrás de las orejas. El perro relinchó, gustoso—. ¿Dónde están?

El animal brincó y ladró hacia el lago.

Cuando ella los localizó, se sentó sobre la hierba con *Bruno* a sus pies y les saludó con la mano. Ian sostenía a Olivia en alto, jugaba a lanzarla hacia el cielo. La niña se reía sin cesar. Elena sonrió ante la imagen, sonrió con un aleteo en el estómago porque le encantaba ver a su sobrina feliz y, reconoció en el fondo de su ser, saber que aquel ángel salvador que era ese escocés influía en tal dicha.

—¡Feliz Navidad! —exclamó Ian, dejándose caer en la hierba.

—Feliz Navidad —correspondió ella, abrazando a su sobrina.

Los dos se desprendieron de los patines y se calzaron con sus respectivas zapatillas, *converse* ambos.

—¿Qué tal la siestecita? —inquirió él, divertido.

—Bien. —Emitió una carcajada—. Me teníais que haber avisado —se quejó al tiempo que le hacía cosquillas a Olivia.

—¿Y perderme cómo babeabas? ¡Ni hablar! —Se incorporó.

–¡Oh! ¡Yo no babeo! –exclamó, de pronto, pasmada por el comentario.

–Oli, ¿mamá babea? –le dijo a la niña.

Olivia miró a Elena y movió la cabeza en gesto afirmativo.

Ella se puso en pie de un salto y colocó los puños en la cintura. Frunció el ceño.

–Yo no babeo –negó, tajante–. Estáis muy, pero que muy, equivocados –bufó, indignada.

–Y también roncas –añadió él, arqueando las cejas.

Elena desencajó la mandíbula y observó a profesor y a alumna, totalmente incrédula. Entornó los ojos y avanzó un paso, amenazante.

–Babeo y ronco, ¿eh? –Sonrió con malicia.

La niña tiró de la chaqueta de Ian, que la aupó en sus brazos, y salieron disparados por el parque entre carcajadas.

–¡Ahora veréis, tunantes! ¡Vamos, *Bruno*! –El perro y Elena corrieron tras ellos, con el sonido de fondo de las risas de los tres y de los ladridos jubilosos del animal.

No los alcanzó porque Ian era demasiado rápido. Y no le importó en absoluto mancharse las botas y las medias por culpa de algunos charcos que había en el césped. Jugaron y disfrutaron un buen rato más. Pensó en que seguramente Tomás, Ángel y Teresa los contemplaban desde las estrellas y sintió paz.

A las nueve, volvieron al apartamento. Él y *Bruno* se quedaron a cenar y se fueron a medianoche, prometiendo

verse al día siguiente para retomar las clases.

–Me gusta ese chico –opinó Carmen mientras limpiaba los platos.

–Se porta muy bien con Olivia –convino ella, sin mirarla, y de repente agitada.

–Elena.

–¿Qué, mamá? –suspiró. Guardó una jarra llena de agua en el frigorífico.

–Ian Gayre es la bendición que estabas esperando. –Se acercó y la besó en el pelo–. No lo pierdas. –La dejó sola.

Su sobrina y su madre se acostaron enseguida.

Elena, en cambio, se metió en el dormitorio y se sentó en el suelo al lado de las cajas sin colocar. Las contempló largos minutos hasta que el sueño la venció.

Por la mañana, recibió una llamada del móvil de su casero.

–Hola, Donald –le dijo en inglés al descolgar–. Feliz Navidad.

–*Hola, Elena, igualmente* –contestó y carraspeó–. *¿Qué tal estáis?*

–Muy bien. Olivia se ha ido con mi madre de compras. Yo estoy recogiendo un poco. –Apuró el café que se estaba bebiendo.

–*Te llamaba por dos cosas.*

–Sí, dime.

–*Ian se ha tenido que ir de viaje a la sede de Berlín. No sé si sabes que tenemos dos sedes más, una en Estocolmo y otra en Berlín* –le explicó el señor Gayre.

–Sí, me lo contó Lucy. –Dejó la taza en la pila–. ¿Ha pasado algo? –se preocupó.

–Asuntos de negocios, tranquila. La cuestión es que se queda Bruno solo. ¿A ti te importaría cuidar del perro hasta que vuelva? Es que ha venido mi hija con su familia a pasar unos días por Nochevieja y mi yerno es alérgico a los perros.

–Por supuesto, no hay ningún problema –accedió al instante y sin dudar.

–Le diré que te escriba o te llame para explicarte las comidas y las salidas de Bruno, aunque supongo que lo hará cuando tenga un momento libre porque hoy le tocaba clase con Oli. Gracias, Elena.

–De nada, lo haremos encantadas. Tu hijo se porta muy bien con nosotras, Donald, es lo menos que podemos hacer.

Escuchó cómo su casero gruñía.

Ella parpadeó, confusa. ¿Había gruñido?

–El otro motivo de mi llamada es para preguntarte si ya te has decidido con tus estudios sobre Decoración. Puedes trabajar con nosotros un tiempo –le sugirió el señor Gayre.

–¿Trabajar con vosotros? –Arrugó la frente, pensativa, y se sentó en un taburete en torno a la barra americana–. Soy contable, Donald, no decoradora y mucho menos arquitecto.

–Podrías estar un tiempo con nosotros a media jornada, como un ayudante en prácticas. Observarías el

trabajo de todos los departamentos y así podrías decidir qué te gusta más.

¿Trabajar en Gayre's Style?

–Pero...

–¿Pero? –la incitó su casero a hablar.

–No puedo dejar a Olivia sola todo el día. Te lo agradezco, pero debo declinar la oferta. Gracias, de verdad.

–Sabía que dirías eso. –Emitió una risita–. Tráetela o bien contrata una niñera. Yo te puedo proporcionar algunos nombres. De hecho, una sobrina de Lucy está buscando trabajo y es buena con los niños. ¿Te supone eso algún problema económico?

Elena sonrió.

–El dinero no es problema, créeme.

Aunque ella no había asimilado aún que contaban con más de tres millones de euros en el banco. Y la verdad era que no se había acordado de ello hasta ese instante. Habían comprado suficiente ropa para llenar los dos armarios. Habían amueblado entero el piso. Pero ella lo había hecho sin pensar en que la cifra exacta eran tres millones y medio de euros... Le asustaba el número. ¡Tenía más ceros ahora que en toda su vida! Y había vivido muy bien.

–Entonces, Elena, ¿qué me dices?

–Tengo que pensarlo. –Tamborileó los dedos en la encimera.

–Muy bien. Te dejo, Elena. Dale un beso a Oli de mi

parte, y a tu madre.

–Se los daré. –Sonrió–. Adiós, Donald. –Y colgó.

Al minuto, su teléfono vibró y la pantalla se iluminó con un mensaje procedente de un teléfono desconocido:

Hola, Elena. Soy Ian. Estoy en Berlín. Siento no haberos avisado antes, pero ha surgido un problema con un cliente y he tenido que viajar inmediatamente. Estaré unos días aquí. Sé que dijiste que querías una rutina para Olivia y de verdad que siento interrumpirla unos días, pero no he podido seguir retrasando el viaje. Os lo compensaré a la vuelta, lo prometo.

Frunció el ceño. ¿Que no había podido seguir retrasando el viaje? ¿Qué significaba eso?

Se tapó la boca al adivinar la respuesta. Y se sintió mal, muy mal...

La culpa era suya. No debía haber sido tan dura con él, sino agradecerle el esfuerzo gratuito que estaba haciendo durante cuatro horas diarias de lunes a viernes desde hacía más de un mes, sabiendo Elena, como sabía por Lucy, que viajaba mucho porque era el dueño de las dos sedes, además de su puesto en Edimburgo.

Tecléo la respuesta:

Ian, por supuesto que no pasa nada. No te disculpes porque he sido una tonta. Lo siento, Ian. Nos vemos a la vuelta. Y por Bruno no te

preocupes, lo cuidaremos muy bien.

A los pocos segundos, le llegó el aviso de un nuevo *whatsapp*.

IAN: *¿Por qué dices eso?*

ELENA: *Te exigí disciplina diaria porque creía que para ti era un juego y a la mínima oportunidad nos ibas a dejar tiradas. Lucy me contó que viajabas mucho, me lo dijo antes de que empezases a darle clases a Olivia. Por eso no me fiaba.*

IAN: *Nunca ha sido un juego para mí.*

Elena suspiró, acelerada debido al malestar que sentía.

ELENA: *Lo sé. Lo siento...*

IAN: *¿Desde cuándo sabes que esto no es juego para mí?, ¿desde hoy y porque te he dicho que ya no podía seguir retrasando más el viaje a Berlín?*

ELENA: *Sí...*

Envió el último mensaje con el corazón en un puño.

IAN: *Te agradezco la sinceridad. Tengo que trabajar. Dale un beso a Oli.*

Ian se desconectó.

Ella expulsó el aire que había retenido de forma pesada y lenta. Se sentó en el sofá con los ojos clavados en el

móvil sin saber qué hacer.

Así la encontraron su madre y su sobrina en la misma posición y suspirando.

–¿Qué te pasa, Elena? –la interrogó Carmen cuando la niña se fue a su habitación a jugar con sus regalos de Papá Noel.

–Nada, mamá.

–¿Nada? –Arqueó las cejas. No la creía un ápice, por lo que le arrebató el teléfono de las manos—. ¿Has discutido con Álvaro?

Elena negó con la cabeza.

–Con Ian –afirmó su madre tras leer la corta conversación del *whatsapp*—. Es normal que esté dolido. No es agradable que desconfíen de uno.

–Es que no entiendo por qué se ha enfadado. No le he mentado –se justificó. Se incorporó y paseó por el salón, pues el enojo poseyó cada fibra de su ser a una velocidad alarmante—. ¿Me explicas qué hace un arquitecto impartiendo clases a una niña de seis años? Es lógico que en un principio no me fiara de él.

–En un principio –repitió Carmen, detrás de ella–, porque ahora sí te fías de él, ¿no?

–¡Claro que me fío de él, mamá! –Levantó los brazos y comenzó a gesticular como si estuviera demente, mirando nada en particular—. Ian ha demostrado ser una buena persona, cariñosa y atenta con Olivia, además de muy responsable.

–¿*Ha demostrado*? ¿Es que lo has puesto a prueba,

hija? –la reprendió y chasqueó la lengua.

–Siempre tiene una sonrisa en la cara –continuó. Ignoró a su madre y recorrió el apartamento centrada por completo en las imágenes que su mente estaba evocando de los últimos dos meses en Edimburgo en ese momento, escenas protagonizadas por Ian Gayre–. Siempre tiene una palabra o un gesto de ánimo. Siempre aparece cuando más lo necesito. Siempre hace reír a Olivia...

–Es el hombre más atractivo que has conocido en tu vida.

–Sí –asintió–, Ian es el hombre más... ¡¿Qué?! –Se detuvo de golpe. Sus mejillas ardieron sobremanera. Su cuerpo tembló de rabia–. ¿Se puede saber qué tontería acabas de decir, mamá, por favor? –Se cruzó de brazos en actitud defensiva.

–Hija, si es guapo, es guapo, él no tiene la culpa. –Se encogió de hombros con indiferencia, como si hubiera dicho algo tan obvio como que el sol sale de día y la luna de noche.

Su móvil vibró en la mano de Carmen, la cual ojeó la pantalla y soltó una melodiosa carcajada.

–Ay, hija... –Suspiró y le entregó el teléfono–. Creo que tienes un perro al que cuidar. Será mejor que no lo hagas esperar. –Se encaminó hacia la cocina.

Era un mensaje de Ian, que no una conversación de *whatsapp*, ¡y en inglés, no en español!

Elena, Bruno come tres veces al día. Lo sacó a

pasear dos veces, pero si lo haces una vez, basta y sobra. Déjale abierta la puerta del jardín, pero no de las habitaciones porque le encanta sacar la ropa de los armarios y mordisquearla. Llegaré el día 31 por la mañana. Gracias por cuidar de él. He hablado con Allan, pídele una copia de la llave de mi casa. El código del ascensor es 3010. Dale un beso a Oli.

Increíble...

El enfado aumentó a un límite indescriptible.

Nada de *hola*, ni *otro beso para ti, Elena*, no, solo para Olivia.

Genial, pensó, abriendo la puerta del piso, malhumorada era decir poco.

El señor McCraig le proporcionó un juego de llaves en la recepción del edificio.

En cuanto entró en el ático, *Bruno* se aproximó a ella, muy contento. Tal recibimiento le templó los nervios. Buscó la comida: un saco de pienso guardado en uno de los armarios de la cocina. En el interior había un vaso de plástico. Lo llenó y salió al jardín. Al lado de la caseta estaba el comedero. Vertió el pienso y esperó a que *Bruno* se lo terminara.

Observó la casa. Estaba recogida, muy bien cuidada y olía a un ambientador suave con aroma de limón. Seguramente acudía una persona a limpiar. La vida profesional de Ian, los viajes, ahora también las clases de

su sobrina, impedían que dedicase el suficiente tiempo para dejar el apartamento tan impecable. Hasta en eso era perfecto...

El treinta de diciembre por la noche, Elena subió a *Bruno* al ático después del paseo tras haber cenado. En realidad, se lo había llevado a casa los cuatro días que lo había cuidado, pues le había dado mucha pena dejarlo solo excepto en las comidas. Olivia lo había tratado como si fuera otro peluche de su propiedad y a Carmen le encantaban los animales tanto como a ella, por lo que había sido una idea muy bien acogida.

Al entrar, el característico aroma a regaliz rojo la obligó a parpadear, confusa. ¿No debía oler a limón?

El perro corrió hacia las habitaciones.

—¡Ven aquí, *Bruno*! No puedes entrar ahí —le previno desde el comedor.

El animal obedeció, brincando, queriendo jugar.

Elena ocultó un bostezo.

—Vale, pero un ratito, que es muy tarde —concedió, rascándole las orejas antes de entrar en el jardín.

Cogió la pelota amarilla de goma y se la tiró. Se sentó en la hamaca. Estaba muy cansada. Una cosa era lidiar con una niña, por muy buena que fuera, otra distinta con una madre y con una niña, y otra muy diferente con una madre, con una niña y con un perro. Le faltaban horas de sueño...

Bruno le llevó el juguete a los pies. Ella se lo lanzó de

nuevo y se recostó tras descalzarse. Se hizo un ovillo. Sus pesados párpados ganaron la batalla y se durmió.

Un ladrido la despertó.

Se restregó los ojos para espabilarse. Comprobó el reloj de su móvil. Solo habían sido veinte minutos, pero necesitaba urgentemente su cama, por lo que se incorporó y cogió sus *converse*. Se adentró en el interior del piso aún descalza.

Un momento...

Arrugó la frente. ¿Dónde estaba el perro?

Desorbitó los ojos al descubrir la puerta abierta de la habitación de Ian. ¡Ay, Dios! Él le había pedido que cerrara los cuartos. Rezó para que el animal no hubiera destrozado nada.

Corrió hacia allí.

—¡Bruno!

Sus pies frenaron en seco al entrar en el dormitorio.

Las zapatillas se le cayeron al suelo.

Se le cortó la respiración y su corazón frenó en seco.

—Elena...

Ahí estaba el perro, sí, pero también estaba Ian, frente a ella, desnudo salvo por una toalla corta y beis anidada a las caderas. Los ojos de Elena ascendieron desde las piernas fibrosas, el vientre plano, los músculos del abdomen definidos en relieve de una forma exquisitamente suave, los pectorales sutilmente marcados y salpicados por gotitas de agua, los brazos fuertes, los hombros anchos, los cabellos empapados y revueltos, los

labios entreabiertos rodeados por la perfecta barba que mantenía, los pómulos teñidos de un ligero rubor, los ojos... ¡Los ojos estaban abiertos en demasía!

—¡Perdón! —chilló ella, tapándose la cara—. ¡Lo siento! Yo... Yo... Subí a *Bruno* y... Me quedé dormida en la hamaca... Perdona, yo... —Suspiró, muy agitada—. Como me dijiste que no dejara las puertas abiertas, me desperté y al ver la puerta de tu habitación abierta yo... —No se entendía ni ella misma—. Fui a cerrar y... ¡No sabía que estabas aquí! Creía... Creía que llegabas mañana...

—¡No, *Bruno*! —exclamó él.

—¿Qué pasa? —se asustó Elena y en un acto reflejo retiró los dedos del rostro.

Fue un error garrafal...

Justo en ese momento el perro, juguetón, tiró de la toalla hasta arrebatarársela al dueño, que se cubrió la entrepierna con las dos manos de inmediato.

—¡Joder! —masculló Ian en inglés.

La vergüenza los inundó a ambos. Se sonrojaron a la par.

Ella giró sobre sus talones y salió disparada del ático como si la persiguiera una jauría de monos asesinos. Y no paró hasta que alcanzó su casa y cerró de un portazo. Se apoyó en la puerta y se deslizó hacia el suelo, donde respiró hondo repetidas veces para serenarse.

Entonces, sus hombros se convulsionaron y estalló en carcajadas.

Su sobrina y su madre se acercaron, creyendo que se

había vuelto loca, pero enseguida se contagiaron de su buen humor.

Olivia se tumbó en el sofá para ver la televisión.

—¿Y de qué te ríes, si se puede saber? —le preguntó Carmen, sentada a su lado.

—Nada, que *Bruno* se ha puesto a jugar con la toalla de Ian —le contestó sin perder la diversión— y se la ha quitado de un tirón. ¡Menuda cara se le ha quedado!

Al asimilar lo que acababa de decir, palideció.

—¿Y qué hacías tú con Ian en toalla? —inquirió su madre con una sonrisa de pura satisfacción.

—Yo... —Frunció el ceño y se levantó—. No es lo que crees —farfulló.

Carmen también se incorporó.

—Te iba a sugerir que te dieras un baño con unas sales minerales que he comprado esta mañana, pero, claro —elevó las cejas—, te habrás duchado arriba.

—¡No! —exclamó Elena con la mandíbula desencajada—. ¡Por supuesto que no!

—Ya. —Se dio la vuelta y anduvo hacia la cocina—. ¿Dónde están tus zapatillas, cariño?, ¿en el baño de Ian a lo mejor?

Evidentemente, no respondió, sino que se enfureció y se metió en el servicio, porque, eso sí, ahora necesitaba una ducha, pero de agua fría, pues su piel ardía sin explicación coherente.

Al día siguiente, por la tarde, las tres se fueron a pasear por las bellas calles de la capital escocesa. Entraron en

una cafetería donde se encontraron a Lucy Irwing acompañada por unos amigos.

—¡Qué agradable sorpresa! —le dijo su amiga después de abrazarse a modo de saludo—. Iba a llamarte ahora mismo, Elena. He organizado una fiesta en mi casa por Nochevieja, gente joven, ya sabes. —Realizó un coqueto mohín con sus labios fucsias—. A algunos los conoces de casa de los señores Gayre.

—No puedo, Lucy. Olivia y mi madre...

—Tu hija y tu madre —la interrumpió Carmen con dulzura— nos vamos a pasar toda la noche viendo películas Disney, ¿verdad, tesoro?

Su sobrina asintió de manera efusiva.

¿Otra fiesta en tan poco tiempo?

—No sé... —vaciló, pensando en Tomás.

Su madre y Olivia se apartaron para permitirles intimidad.

Lucy se preocupó.

—¿Qué pasa, Elena?

Ella agachó la cabeza.

—No creo que sea buena idea, Lucy.

—¿El qué, divertirte en Nochevieja? —Le elevó la barbilla con suavidad. Sonreía, cariñosa—. ¿Cuándo fue la última vez que saliste en Nochevieja?

—Hace seis años —confesó sin asomo de dudas en un susurro.

—Vale. Contéstame a esto con franqueza... ¿No crees que sea buena idea porque no te apetece, porque no eres

de salir, aunque déjame que lo dude, querida, o... –levantó el dedo índice–, o no crees que sea buena idea porque piensas que no deberías hacerlo por Tomás?

Al escucharla, Elena recordó la conversación que había mantenido con su hermano mayor en la mansión de Donald y de Sofía. Miguel había insistido en que ella había estado los últimos nueve años viviendo por y para los demás sin anteponer sus sueños a nadie. Y estaba en lo cierto. Primero lo había hecho por su padre, segundo por su marido.

Pero Tomás ya no estaba.

Tomás no estaba...

Iba a recibir un nuevo año sin él...

Y lo peor de todo era que no se sentía mal por ello.

¡Era una persona horrible!, se acusó a sí misma en su interior, y comenzó a respirar con dificultad.

–Elena –la llamó Lucy en la lejanía, alarmada–. Por favor, Elena, vuelve a mí...

–No sé, Lucy. Luego te escribo si voy. Perdona. –Se despidió–. Mamá, vámonos a casa.

–Pero si acabamos de salir –se quejó Carmen.

–Por favor... –le suplicó.

Su madre la comprendió y regresaron al apartamento en silencio.

Esa vez, no destrozó nada ni lloró, sino que se tumbó en la cama, sintiéndose la peor esposa del mundo, la peor... Se hizo un ovillo y abrazó la almohada contra el pecho.

Su madre y su sobrina golpearon su puerta, pero las ignoró y, por lo tanto, no respondió. Al rato volvieron a intentarlo y sucedió más de lo mismo.

Entonces, el colchón se hundió en el lateral contrario, provocando que Elena se moviera en esa dirección por inercia.

Y despertó del trance.

Ian Gayre, sentado sobre el edredón, sonreía con una ceja enarcada y una expresión que reflejaba satisfacción. Sostenía unas *converse* que le resultaron muy familiares.

Iba vestido, ¡todo un logro!

Los dos recordaron sin palabras lo acontecido en el ático y se echaron a reír.

—Siento lo de ayer —se disculpó ella. Apoyó la espalda en el cabecero de la cama. Estiró las piernas y con los pies rozó sin querer los muslos de él—. *Bruno* se quedó aquí con nosotras. Como me dijiste que venías el treinta y uno por la mañana, decidí subirlo después del paseo. Me puse a jugar con él, pero me quedé dormida. Y cuando me desperté vi que la puerta de tu habitación estaba abierta. No se me ocurrió que habías vuelto. —Se encogió de hombros.

Y se carcajearon otra vez.

—Yo también lo siento —convino Ian—. En realidad, ya tenía el vuelo para el treinta y uno, pero lo adelanté. —La miró, serio, directo e intenso—. Echaba de menos Edimburgo.

Elena estrujó la almohada y flexionó las piernas en un

acto inconsciente.

–¿No vas a la fiesta de Lucy? –quiso saber él después de carraspear y removerse en el sitio, inquieto.

Ella sonrió, convencida de que su amiga le había pedido a Ian que salvara a Elena de un posible ataque de ansiedad. No necesitaba averiguarlo, lo sabía. Y agradeció al cielo el haber conocido a Lucy Irwing.

–No sé si debería –admitió Elena, ahora sin sonreír–. Me siento fatal, Ian –declaró en un hilo de voz–. Me siento fatal porque estoy disfrutando de mi vida sin pensar en Tomás.

Ian contuvo el aliento. Las zapatillas cayeron al suelo con un golpe seco.

Ella dirigió sus ojos a los de él. El verde gastado con motitas marrones que los caracterizaba se había oscurecido. En ese momento, se percató de lo bonitos que eran. Tan profundos, tan penetrantes, tan embrujadores... Se quedó embobada. La hipnotizaron.

Elena se acercó, se arrodilló frente a ese hombre y apoyó las manos en sus hombros. Un débil sonrojo se adueñó del rostro de Ian, que la abrazó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo tan lento y pausado que ella no se dio cuenta. Solo sintió que una familiar protección la arropaba, una calidez que, reconoció al segundo, había extrañado en los últimos cinco días.

Su agitada respiración se entremezcló con la de él...

La distancia se acortó y...

Olivia irrumpió en la estancia y la magia se desvaneció.

Se levantaron del lecho, aturdidos por igual.

La niña, boquiabierta, observó primero a su tía y luego a su profesor. Y, sonriendo al instante, se marchó sin cerrar la puerta.

¡Había estado a punto de besar a Ian! ¡Dios mío!

Él murmuró algo inteligible y se fue.

A ella le costó un esfuerzo indefinible reaccionar.

Y, para calmarse, telefoneó a Lucy.

—*¡Elena!*

—Perdóname, Lucy —se disculpó, en verdad acongojada—. Debes pensar que soy una loca. Ya van dos las veces que he huido de ti.

Su amiga se rió con suavidad.

—*Te perdono si te animas y vienes a mi fiesta, ¿qué me dices, querida mía?*

Una voz en su interior gritó: *¡sí!*

—Hablo con mi hermano y te mando un mensaje, ¿vale?

—*Vale* —contestó Lucy en un tono de incompreensión total.

La colgó y llamó a Miguel.

—*¡Ele!* —saludó su hermano, muy alegre—. *Ya era hora de escuchar tu voz, guapa* —la reprendió con fingido enojo.

—Yo tampoco he oído la tuya, guapo —lo rebatió, ocultando la risa.

No supo por qué, pero estaba contenta, los nervios habían desaparecido.

—*Pues que sepas que me gusta tu voz de hoy* —comentó

su hermano—. *¿Ha pasado algo digno de celebrar?*

—Es que... Te llamaba porque... —Se mordió la lengua y arrancó—. Lucy celebra Nochevieja en su casa.

—*¿Una fiesta?*

—Sí y yo no sé si...

—*Ahora mismo* —la interrumpió Miguel— *te vas a ir a los grandes almacenes donde estuvimos el día veinticuatro y te vas a comprar un vestido rojo provocativo.*

—Odio el rojo —se negó en rotundo.

—*Pues fucsia.*

Elena arrugó la frente.

—Fucsia... —murmuró—. Podría ser.

—*Claro que podría ser. ¡Es Nochevieja! Es la noche en que todos los sueños pueden hacerse realidad. Es la noche más mágica del año, en la que las ilusiones son posibles.*

—¿Acaso eres filósofo y me acabo de enterar? —le preguntó, retóricamente, entre carcajadas.

—*Ja, ja, Elenita* —contestó, seco—. *Bueno, vete a comprar el vestido, sin rechistar. Manda una foto al grupo de whatsapp cuando estés arreglada. Y una última cosa...*

—¿Cuál? —Suspiró.

—No pienses, solo disfruta.

Ella respiró hondo.

—*Te he dicho que no pienses, Ele.* —La conocía mejor que nadie—. *¡Ah!*

—¿Sí? —pronunció con voz cantarina.

–Rízate el pelo.

–¿Que me rice el pelo? –No comprendió aquello.

–Estás más guapa con el pelo rizado.

–Pero, ¡si hace siglos que no me lo rizo! –No recordaba la última ocasión en que se había rizado el pelo.

–Por eso, Elenita, por eso... ¡Venga! Manda una foto. Dales un beso a mamá y a Olivia.

–Gracias por todo, Miguel. –Sonrió y colgó.

Adoraba a su hermano mayor, también a Álvaro, cada uno a su manera.

Le escribió un mensaje a Lucy para pedirle la dirección de su casa.

Su amiga contestó enseguida con la hora y el lugar exactos. Añadió, además, enigmática, que iba a ser una noche inolvidable.

Cuando su madre la vio aparecer en el salón, la abrazó entre lágrimas. Elena la correspondió del mismo modo.

–Bueno –anunció ella, que ladeó la cabeza y observó tanto a Carmen como a Olivia–, esta noche voy a ir un baile y no tengo nada que ponerme. ¿Nos vamos de compras?

Su sobrina aplaudió, entusiasmada.

–Tendremos que volar –expuso su madre, mostrándole el reloj de su muñeca.

Elena abrió los ojos con medida.

–Sí, que no me da tiempo. Tenemos dos horas. –Corrió hacia su cuarto a por el abrigo y el bolso.

Tres horas más tarde, con una hora de retraso porque

había sido imposible hacer todo a tiempo, se despedía de su familia para asistir a una fiesta de fin de año, con un aleteo en el estómago.

Su amiga vivía en una bonita casita de dos plantas en la zona moderna de la ciudad.

La música se escuchaba desde la calle.

–¡Aleluya! –Lucy tiró de ella hacia el interior.

Estaba muy guapa, de terciopelo negro.

Elena guardó el abrigo en un armario que había en la entrada.

–¡Me encanta tu vestido! –la obsequió su amiga.

Olivia y Carmen habían sido las culpables de que se lo comprara. Era fucsia, como le había aconsejado Miguel, sin mangas, de escote cuadrado revelando demasiada porción de piel para su gusto, ajustado hasta la cintura y de vuelo hasta la mitad de los muslos. Las medias y los tacones eran los mismos que había utilizado en Nochebuena, negros. Elegante y sofisticada con un toque de color que le estaba transmitiendo energía, aunque no la suficiente como para desinhibirse.

–Ven, que te voy presentando.

Atravesaron la vivienda atestada de gente que reía, bebía y bailaba, hacia el salón, donde había una mesa alargada al fondo con dos camareros que ofrecían comida y bebida y una televisión ultraplana en un lateral que retransmitía la noche de fin de año de Edimburgo.

Estuvo charlando con unos amigos de Lucy hasta que un olor a regaliz rojo la obligó a cerrar los ojos y a aspirar

dicho aroma con deleite.

El regaliz se intensificó, a su espalda...

Elena sonrió y elevó los párpados. Lentamente, se volteó y allí estaba...

Ian también sonreía, apoyado en el marco de la puerta de la estancia, despreocupado y seguro de sí mismo. La camisa blanca, abierta en el cuello y remangada en los codos, se tensaba en sus brazos. Los vaqueros claros que se pegaban a sus piernas y los zapatos de ante marrón y de lazada completaban su atuendo. El pelo estaba perfectamente peinado con la raya lateral.

Él le hizo un gesto con el dedo para que se aproximara.

No pienses, Elena, hoy no...

Ella se mordió el labio inferior, agachó la cabeza para ocultar el regocijo que se adueñó de su estómago al verlo, y caminó en su dirección. Ian se inclinó hacia adelante, la tomó de la mano, le acarició los cabellos rizados con la otra y su sonrisa se hizo más... Traviesa. La instó a girar sobre sí misma para luego atraerla hacia su cuerpo y moverse ambos al ritmo de *It's a beautiful day*, de Michael Bublé, que en ese momento amenizaba la fiesta.

Elena se rió mientras daba vueltas y hacía volar la falda del vestido. Él no paraba de sonreír y de contemplarla con unos preciosos ojos que brillaban en demasía gracias a los destellos de las luces de colores que colgaban del techo.

Esa canción cedió paso a otra y así hasta que apagaron la música y subieron el volumen del televisor a cinco minutos para la medianoche.

–Ven conmigo –le indicó Ian, guiándola hacia las escaleras.

Subieron al segundo piso y entraron en un despacho.

–¿Qué hacemos aquí? –preguntó ella, confusa.

–Ahora lo verás. –Le guiñó un ojo y se acercaron al ordenador que descansaba sobre un escritorio de madera oscura.

Elena ahogó un gritito cuando se fijó en la pantalla encendida. Una ventana abierta de internet emitía las campanadas...

–Le pedí a Lucy que nos dejara ver las campanadas aquí arriba –confesó él.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

–Y... –añadió Ian al sacar dos latas de uvas peladas de un cajón.

Elena emitió una carcajada entrecortada.

No se lo creía... ¿Aquello la estaba pasando de verdad?

–Pensé... –le explicó su ángel salvador, de repente, serio y nervioso, pues desviaba los ojos de un lado a otro—. Pensé que, ya que llevabas dos años sin celebrar la Navidad, y por consiguiente Nochevieja, y que además es la primera que pasas fuera de tu país y... Pensé que la tradición de las uvas ayudaría a sentirte como en casa. Las he comprado esta tarde. Son enlatadas, es lo único que he encontrado, perdona si no es lo que quieres, pero...

Ella lo interrumpió con un beso en la mejilla, de puntillas a pesar de los tacones.

–Gracias, Ian... –pronunció con la voz enrojecida.

Se miraron sin pestañear, Elena con el rostro ardiendo.

Una voz procedente del ordenador los despertó del trance.

Ian abrió las latas y tiró el líquido en el lavabo de un baño que había afuera del despacho, al fondo del pasillo. Regresó, además, con una botella de champán y dos copas de cristal.

—Esto lo he traído de mi casa. —Sonrió con satisfacción.

—¡Corre! —lo apremió ella, emocionada por las campanadas—. ¡Ya va a bajar la bola!

Él se rió y se posicionó a su lado, ambos frente a la pantalla. Cada uno cogió una lata y, concentrados, se comieron las uvas según iban sonando las campanadas. Elena terminó un segundo antes aunque sin tragar y con la boca repleta de uvas. Se colgó del cuello de Ian y lo abrazó.

—¡Feliz Año! —exclamó ella, masticando tan rápido como podía.

A él se le cayeron las uvas que no se había comido todavía y la alzó del suelo por la cintura. Elena pataleó en el aire, feliz.

—¡Gracias, Ian! —expresó con una indescriptible emoción en el pecho, abrazándolo con más fuerza.

Se separaron y brindaron por el nuevo año.

—Por Oli —dijo Ian, levantando su copa.

—Por Oli.

—Y por ti, Elena —agregó en un ronco susurro.

Tintinearón las copas y se bebieron el champán de un

trago.

Se acordó, entonces, de que tenía que haber metido algo de oro en la copa, pues eso traía suerte. Lo único que llevaba de oro era su alianza. Se la tocó de forma inconsciente.

—¿Vamos, patito?

Patito...

Ella elevó la cabeza.

Ian le ofrecía la mano. No sonreía. Elena, tampoco.

Un cuerda invisible la arrastró hacia ese hombre.

Y se dejó llevar hacia el nuevo año. Como decía el dicho: año nuevo, vida nueva, ¿no?

Fue una gran noche. Especial, mágica... La atesoraría en su alma y en su corazón el resto de su vida, estaba convencida de ello.

Bailaron y disfrutaron hasta el amanecer. Charlaron animadamente con los demás invitados de la fiesta. Juntos. No se alejaron el uno del otro en ningún momento. Elena se divirtió como hacía años no lo hacía.

Volvió a casa con él en el *Jaguar*. Ian la acompañó hasta la misma puerta de su casa y se despidieron con un beso en la mejilla entre carcajadas por un chiste que les había contado Lucy antes de irse.

Al día siguiente, se desperezó con una sonrisa, pero la alegría se desvaneció cuando sus ojos chocaron con las cajas que contenían los recuerdos de Tomás. Se deslizó hacia el suelo y destapó una. Respiró hondo y rozó con los dedos el álbum de su boda.

Lo abrió.

La tristeza reverberó en su cuerpo y se cubrió la boca para silenciar un sollozo.

Olivia y Carmen irrumpieron en la habitación.

—Hija, ¿qué...?

Su madre no terminó la frase, se sentó a su lado y la rodeó por los hombros. La niña se acomodó en su regazo. Lloraron en silencio mientras pasaban las páginas de una vida que ya no regresaría. Y debían mirar hacia el futuro sin desperdiciar el presente.

Sacaron todo.

Había varios marcos con fotografías. Su sobrina cogió uno en el que salían Tomás, Ángel y Teresa, embarazada, los tres riéndose sin posar. Fue un sábado de primavera, en concreto el día en que Olivia nació, el siete de mayo. Por eso se estaban riendo, porque su cuñada había roto aguas y se hallaban a una hora del hospital más cercano, sin cobertura en los móviles y con el coche sin batería. Elena había inmortalizado ese instante. Tomás y ella aún no mantenían una relación en esa época, pero la había invitado a comer con Ángel y con Teresa en el pueblo. También habían asistido Miguel y Lorena, aunque no salieron en la foto. Al final, cuando se habían calmado y asimilado que Teresa se había puesto de parto, se habían montado los seis en el todoterreno de su hermano, rezando para que la policía no los descubriera.

Olivia colocó el marco sobre la mesa del salón.

Por la noche, las tres cenaron en el sofá viendo *El rey*

león.

Cuando su madre y su sobrina se durmieron, buscó su móvil y le mandó un mensaje a Ian. Le apetecía hablar con él.

Hola.

Al instante, el profesor se conectó en el *Whatsapp*.

IAN: *Hola.*

ELENA: *¿Qué haces?*

IAN: *Fotos.*

Ella parpadeó, desorientada.

ELENA: *Son casi las dos de la madrugada.*

IAN: *La luz es perfecta y no hay nadie en las calles. Casi todo es perfecto.*

ELENA: *¿Casi todo?*

IAN: *Sí.*

ELENA: *¿Qué te falta?*

IAN: *Tú.*

El corazón se le disparó. Estuvo unos segundos pensando qué responder.

ELENA: *No sabía que te gustaba la fotografía.*

IAN: *Hay muchas cosas que no sabes. Te recuerdo que hasta hace seis días no te fiabas*

de mí. Pero cuando quieras puedes darme ese voto de confianza y conocerme un poco más.

ELENA: *¿Qué puedo hacer para que me perdones? Lo siento, Ian...*

IAN: *Puedes compensarme.*

ELENA: *¿Cómo?*

En realidad, Carmen tenía razón, era normal que él se hubiera sentido dolido.

IAN: *Ven conmigo.*

ELENA: *¿Ahora?*

IAN: *Mi cámara quiere conocerte.*

Elena emitió una carcajada.

ELENA: *¿Dónde estás?*

IAN: *Tienes una risa muy cantarina, ¿te lo habían dicho alguna vez?*

Ella, pues, abrió la puerta principal del apartamento.

Ahí estaba aquel hombre, apoyado en el marco, abrigado y con el gorro gris de lana, una cámara de fotos profesional en una mano y el móvil encendido en la otra. Su rostro estaba enrojecido por el frío. Había ido a buscarla.

Un aleteo invadió su estómago.

—¿No trabajas mañana? —le susurró Elena para no despertar a su familia.

–En *Gayre's Style*, el día dos de enero el estudio está cerrado. En Edimburgo, la Navidad ya ha terminado, pero mi padre decidió regalar el día de mañana a los empleados cuando mi abuelo falleció. Yo sí tengo que trabajar, como lo he hecho hoy, pero desde casa. –Sonrió con dulzura–. ¿Nos vamos, patito?

Ella le devolvió el gesto, se calzó, se abrigó y cerró sin hacer ruido.

–¿Las fotos de tu habitación las has hecho tú? –se interesó Elena una vez salieron a la calle.

Él asintió.

–Son preciosas, Ian –señaló, sincera.

–Me gusta mucho la fotografía.

–¿Adónde vamos?

–Es una sorpresa. –Le guiñó el ojo–. ¿Confías en mí?

–Confío en ti. –Su respiración acelerada ya no tenía vuelta atrás.

Ian enlazó una mano a la suya, los dos llevaban guantes, y corrieron calle abajo como meros diablillos a punto de hacer una trastada.

Un rato después, algo fatigados, se detuvieron frente una verja agujereada en un lateral. Parecía un jardín abandonado y estaba cubierto de nieve, por lo que sus pies se hundían a cada paso. A oscuras, entre árboles viejos, caminaron hasta la entrada de una especie de cueva, imperceptible para cualquiera que desconociera su existencia, pues estaba escondida y tapada por gruesas ramas. Ella no dejaba de sonreír, excitada por lo que él

estaba a punto de enseñarle. Conociéndolo, sería algo maravilloso, como el parque privado con el laberinto infantil y la pista de hielo.

Y no se equivocó.

Se trataba de una especie de fortaleza antigua, sin techo, derruida en su mayoría, aunque los restos de las paredes eran lo suficientemente altos como para casi duplicar el gran tamaño del propio Ian. La enorme luna y el cielo despejado y desprovisto de nubes iluminaban el lugar de tal modo que no necesitaban más, creándose sombras en las cuatro esquinas de la fortaleza.

Elena avanzó por el suelo irregular de tierra, como pequeños montículos cubiertos de nieve, y observó, extasiada, todo a su alrededor. Se agachó y, en un arrebato, introdujo las manos en la nieve y se levantó de un salto, provocando que llovieran copos sobre ella que le hicieron cosquillas en el rostro. Desplegó los brazos en cruz y cerró los ojos, girando sobre sí misma en varias vueltas seguidas y lentas. Edimburgo era mágica.

Sin que Elena se percatara, Ian la tomó varias fotos en ese momento. Luego, examinó la imagen en la pantalla de la cámara digital y sonrió despacio, admirando la belleza de esa mujer, la felicidad de su inocente rostro, su dulce sonrisa que hacía resplandecer una ciudad entera...

Y ella no sabía lo preciosa que en verdad era. Precisamente, eso la convertía en la mujer más hermosa que había conocido él en su vida.

CAPÍTULO 8

Se sentaron sobre un montículo de nieve en el centro de la fortaleza. Apoyaron la espalda en una piedra.

–Cuéntame –le pidió Ian con la cámara en las manos–, ¿has pensado en trabajar con nosotros?

–Pues... –Arrugó la frente–. ¿Cómo sabes eso?

Él carraspeó y se colocó el dispositivo en la cara para hacer una foto al lugar.

–Claro –dijo Elena–, te lo habrá comentado tu padre.

–Creo que sería buena idea. –La miró–. Podrías ser mi ayudante.

Ella se echó a reír.

–¿Y en qué se supone que te iba a ayudar? –le preguntó, sin perder la diversión–, ¿en cómo presentar un balance de resultados, por poner un ejemplo?

–Siempre podrías trabajar en el departamento de Contabilidad. –Sonrió.

Elena agachó la cabeza.

–¿He dicho algo malo? –se preocupó Ian. Acortó la distancia que los separaba. Las piernas de ambos se rozaron.

–No es eso.

–¿Tomás era contable como tú? –susurró, enlazando la mano libre con la de ella.

–No –contestó, observando el gesto, sintiendo una extraña paz en su interior–. Tomás era abogado. Trabajaba con mi hermano Miguel en un bufete. Yo estaba con mi padre.

–¿No te gustaba lo que hacías? –adivinó él, que apoyó la cámara con cuidado en el regazo.

–Nunca me gustó –reconoció–. Mi padre tiene una empresa de exportaciones. La creó él mismo antes de que naciera Miguel. Y le ha ido muy bien. No es muy grande, pero funciona a las mil maravillas. Quiso que Miguel se dedicara a ello, pero se negó, le gustaba Derecho. Luego, le tocó el turno a mi otro hermano, Álvaro, pero también se negó, estudió Periodismo. –Suspiró y dirigió la vista hacia las estrellas–. No entró en mi cabeza negarme. Me matriculé en *Administración y Dirección de Empresas*. Estudié muy duro y saqué buenas notas para que mi padre se sintiera orgulloso de mí. Al mes de terminar la carrera, me incorporé a su plantilla. Trabajé allí hasta que se murió Tomás. Cinco años.

–¿Lo dejaste?

–No, exactamente. –Chasqueó la lengua–. Unos días

después del entierro, le presenté mi dimisión a mi padre, pero no la aceptó. Me dijo que estuviera el tiempo que necesitase sin trabajar y que volviera cuando me encontrase mejor. –Respiró hondo–. Llegó agosto –cruzó las piernas a la altura de los tobillos–, nos vinimos a Edimburgo dos semanas de vacaciones y... –Se detuvo, un nudo en la garganta le impidió continuar.

–Decidisteis vivir aquí –concluyó él por ella–, lo que significaba dejar de trabajar con tu padre.

–Me dijo... –Ahogó un sollozo–. Me dijo que iba a tirar mi vida por la borda... –Se cubrió la boca. Ian la abrazó por los hombros. Elena se acomodó en su pecho y se dejó reconfortar–. Me dijo que iba a cometer un error... Que iba a fracasar... –Las lágrimas bañaron sus mejillas–. Me dijo que, si me montaba en el avión, no me molestara en regresar..., porque él no iba a..., a estar ahí para apoyarme..., porque iba a fracasar... –repitió lo último en un hilo de voz.

Él gruñó y la apretó con fuerza contra su cuerpo, notando los temblores del suyo.

–A veces, los padres se equivocan y dicen cosas que no sienten porque les da miedo que sus hijos alcen el vuelo y se independicen.

–No podía seguir allí, Ian. No podía... Todo me recordaba a Tomás, todo... –Respiró hondo otra vez–. Mi padre no lo entiende... Solo quiere a su maldita empresa. –Se alejó un poco, pero sin perder el contacto, y se limpió de un manotazo los ojos, furiosa por culpa de Fernando–.

¿Y no entiende...? ¿Por qué no se para a pensar en qué es lo que yo quiero? –preguntó, retóricamente, inhalando aire con dificultad por el llanto—. ¡Si ni siquiera se ha molestado en ver alguno de mis cuadros! –escupió, dolida—. ¡Nunca lo ha hecho!

Ian, que la sostenía por la cintura, arqueó las cejas.

–¿Pintas?

Ella se encogió de hombros y recostó la cabeza en su pecho con total naturalidad.

–Me gustaba más dibujar. Me gustaba más el lápiz que el pincel.

–Hablas en pasado –afirmó Ian, subiéndola sin esfuerzo a su regazo, donde Elena se hizo un ovillo y suspiró de un modo irregular—. ¿Ya no te gusta?

–Hace dos años que no dibujo ni pinto.

–¿Qué pasó hace dos años?

–Aborté.

Ian Gayre se quedó rígido.

–Han sido tres abortos en los dos años que estuve casada –aclaró ella en voz apenas audible—. En la luna de miel, Tomás me dijo que quería ser padre y a mí me encantan los niños. Ahora que lo pienso... –murmuró—, quizá no tenía que ser madre porque Tomás no estaba destinado a ser padre. Supongo que las casualidades no existen. Mi último aborto fue la mañana del accidente.

Silencio.

–Lo siento mucho, Elena... –pronunció, ronco, eternos minutos después.

–Solo llevamos dos meses en Edimburgo, poco tiempo, pero, ¿sabes qué, Ian? –Levantó la cabeza y lo miró, sonriendo—. No me arrepiento de habernos mudado. Creo que ha sido la mejor decisión que he tomado en toda mi vida. Lo siento aquí. –Posó una mano a la altura del corazón de él.

Ian la observó a los ojos con intensidad.

–¿Sabes tú una cosa, Elena? –susurró, muy cerca de su rostro—. No volverás a sufrir más.

–Eso no lo sabes... –Suspiró, entrecortada, por el sentimiento que escondía aquella frase.

–Te equivocas, lo sé, porque conmigo estás a salvo. Lo siento aquí. –Descansó una mano sobre la de Elena.

Dios mío...

¿Quién era ese ángel?

Ella lo abrazó por el cuello y cerró los ojos.

–Eres un ángel, Ian. Mi ángel salvador.

Él la correspondió con inmensa ternura y con el corazón tan apresurado como el suyo.

Regresaron al palacete cogidos de la mano.

Elena se durmió después de dejar su viejo cuaderno de dibujo sobre la mesita de noche.

Y fue lo primero que vio al despertar a la mañana siguiente.

Antes de comer, Lucy la telefoneó.

–*Necesito ayuda urgente, querida* –le dijo su amiga a modo de saludo.

–Cuenta conmigo, ¿qué necesitas? –Estaba tumbada en

la cama.

El cuaderno descansaba ahora abierto a sus pies.

–*Necesito un vestido de gala. ¿Me ayudarías a elegir uno?*

–Sí, claro. ¿Nos vemos en... –observó el reloj del móvil–, una hora en los grandes almacenes?

–*¡Perfecto!* –exclamó Lucy en un grito.

Carmen y Olivia la acompañaron, pero se dirigieron a la sección infantil y luego se marcharon al apartamento sin esperarla por si decidía tomar un café con su amiga.

Elena ayudó a Lucy a encontrar el traje perfecto: un espectacular vestido largo de color negro, con la falda voluminosa de tul y el corpiño bordado. Era palabra de honor y el escote tenía forma de corazón. Iba a estar guapísima, aunque no le contó para qué era.

–Si tú tuvieras que asistir a una gala, ¿qué vestido elegirías? –quiso saber su amiga mientras le cobraban la compra–. ¿Alguno te gusta?

Sus ojos sobrevolaron el espacio hasta toparse con el vestido largo de satén plateado que se había probado a petición de Ian el día de Nochebuena. Sus pies se activaron sin recibir órdenes hasta que pudo rozarlo con los dedos. Era magnífico... Sin embargo, el único que había era dos tallas mayor a la suya. Lo habrían vendido. Sintió un aguijonazo de pesar, aunque, claro, ¿para qué querría ella ese vestido?

–Interesante elección –murmuró Lucy a su lado.

–Es precioso... –suspiró, extasiada–. ¿Por qué dices que

es una interesante elección?

—Porque los colores que las escocesas solemos elegir para asistir a una gala suelen ser el negro, el azul marino, el berenjena, el granate, el rojo... Colores oscuros o intensos, nunca claros, ni lisos y tampoco ajustados. —Se encogió de hombros—. Las escocesas nos ajustamos a diario para ir a trabajar, para salir a bailar, para ir de compras... —enumeró con los dedos—, pero no en las fiestas de alto copete. Preferimos los volúmenes, los encajes, la pomposidad, la exageración... —Sonrió—. Así somos nosotras, creemos que de esa forma nos salimos de la rutina. —Soltó una carcajada sonora, como si se riera de sí misma.

Elena se contagió de su buen humor.

—Entonces, si yo fuera a tu gala, ¿tendría que mirar en dirección contraria a este vestido? —le preguntó ella en un tono recreado.

—Precisamente porque eres tú, deberías ir con este vestido. —La contempló de un modo enigmático—. Eres diferente, ya te lo dije el día que te conocí. —Se colgó de su brazo—. ¿Nos tomamos un café? Me guardan el vestido mientras tanto, para no cargar con ello.

Elena asintió.

Cuando llegó a casa un rato más tarde, estaba Ian en la portería hablando con Allan. Se le aceleró el corazón sin poder evitarlo. Llevaba un traje y una corbata azules.

No se dedicaron una sonrisa. Algo había cambiado. No supo si a bien o a mal, pero ya no eran los mismos desde

la noche anterior en la fortaleza.

–Hola, Elena.

–Creía que no trabajabas hoy –articuló de carrerilla.

–Reunión urgente de última hora –declaró él con la frente arrugada.

–¿Ha salido algo mal? –Avanzó despacio hacia el ascensor junto a Ian.

–Amber se ha ido de vacaciones y hasta el día cinco no vuelve, que es justo cuando tenemos que presentar un proyecto –le explicó antes de pulsar el botón del ascensor.

La estirada decoradora... La señorita Amber O'Paradise.

–¿No hay más decoradores disponibles?

Estaban los dos de perfil, esperando el elevador.

–Sí, pero es que ese proyecto es de Amber. Ninguno se atreve a tocarlo –masculló, apretando la mandíbula–. Y me ha llamado hoy el cliente para decirme que quiere cambios... –gruñó–. ¡Hoy! –Alzó los brazos, enojado–. ¡A tres días de presentar el proyecto! No puedo hacerlo solo porque tengo trabajo acumulado. Y Amber no me coge el maldito teléfono, ¡joder! –añadió el insulto en inglés.

Se metieron en el ascensor.

Él se apoyó despreocupadamente en una pared y se cruzó de brazos, con los ojos fijos en el suelo.

–¿Puedo ayudarte yo? –se ofreció Elena, dispuesta a hacer lo que fuera para que se relajara. Odió verlo así. Ese no era Ian, su ángel de persistente expresión divertida.

Él la observó, dubitativo, pero negó con la cabeza.

–Gracias, Elena, pero no sería una buena idea.

–¿Por qué? –No comprendió a qué se refería.

–Porque lo que no le ha gustado al cliente ha sido cómo se lo hemos presentado. El dichoso italiano dice que no quiere papeles a ordenador, sino a mano. Tendrías que dibujar a mano, Elena, y sé que no puedes. Gracias de todas formas.

Ella hundió los hombros.

El elevador se detuvo en la planta número ocho, la suya.

–Lo siento mucho, Ian –susurró, acongojada, y las puertas se cerraron.

Elena entró en su apartamento con la mirada perdida. Ian la necesitaba y ella...

–¿Qué pasa, hija? –Se acercó su madre.

–Nada. Voy a darme un baño.

–Estoy preparando la cena.

–No tengo hambre, mamá. –Caminó hacia su habitación. Tiró el bolso a la cama y suspiró.

–Tú siempre tienes hambre –rebató Carmen al surgir frente a Elena con los puños en la cintura–. Dime qué ha pasado, porque sé que algo ha pasado.

Ella, entonces, observó su viejo cuaderno de dibujo abierto encima del edredón. Su madre la imitó.

–Ian ha tenido un problema con un proyecto –le expuso Elena–. Tiene que modificarlo entero porque el cliente lo quiere dibujado a mano, no a ordenador, y para el día cinco. No puede hacerlo solo y la única persona que podría ayudarlo está de vacaciones y no le responde a las

llamadas.

Carmen sonrió con dulzura, cogió el cuaderno y se lo tendió.

–La vida está llena de segundas oportunidades, cariño. –Le besó la frente–. No desaproveches un solo segundo, Elena, porque corres el riesgo de arrepentirte cuando ya sea demasiado tarde. –Anduvo hacia la puerta.

–Mamá... –la llamó en un hilo de voz–, soy una cobarde... –Se sentó en el borde del colchón como si una horrible carga se instalara en sus hombros, una carga contra la que su interior luchaba por hacerla desaparecer.

–No, tesoro. –Se unió a ella y la rodeó por los hombros–. Eres humana. Y todos los humanos tenemos miedos que nos paralizan. Solo hay que hallar el atisbo de luz que nos haga vencerlos y aferrarnos a ello.

–¿Cómo venzo el miedo? –Las lágrimas se agolparon en sus ojos–. No me atrevo a coger un lápiz...

–¡Uy! –Se incorporó–. ¡Voy a darte ahora mismo la solución! –Salió del cuarto.

Elena desencajó la mandíbula. ¡Su madre estaba loca!

–Cierra los ojos –le ordenó su madre desde el umbral de la puerta.

–Mamá... –la reprendió.

–Cierra los ojos –repitió con voz cantarina.

Ella chasqueó la lengua y obedeció.

Al segundo escaso, notó cómo unas manos le colocaban algo entre los dedos que no sujetaban su viejo cuaderno.

Elevó los párpados y descubrió que se trataba del lapicero rosa de Olivia. Automáticamente, se echó a reír.

Carmen sonrió y le acarició la mejilla.

—¿Ves como no es tan difícil? —le dijo su madre en voz baja. Y la dejó sola.

Se bañó, se puso el pijama y se tumbó sobre las sábanas con el lápiz en una mano y con el cuaderno abierto en la otra. Su mente divagó sin rumbo hasta que sus dedos se movieron hacia el lienzo. Apoyó el lápiz rosa sobre el papel rugoso.

—No es tan difícil... —pronunció en alto.

Pero, sí, era muy difícil.

Quería ayudar a su ángel salvador... Se lo debía.

Decidida, se levantó. Su madre y su sobrina estaban ya dormidas en la habitación de la niña, por lo que, en calcetines por encima de las mallas negras, una camiseta blanca de manga larga y ajustada hasta el trasero, sin hacer ruido y con el cuaderno y el lápiz en una mano, salió al descansillo y pulsó el botón del ascensor, que se abrió enseguida. Marcó el código del ático: 3010.

Tocó el timbre de la casa y esperó con las manos en la espalda.

Escuchó a *Bruno* aproximarse y olfatear. Y ladró. Después, unos pasos cada vez más fuertes... Ian surgió tras la puerta.

—¿Ha ocurrido algo? —se preocupó él—. ¿Estáis bien?

Elena inhaló aire y lo expulsó, temblorosa.

—Voy a ayudarte —anunció ella, valiente—, pero antes

tienes que ayudarme tú a mí. –Le mostró el cuaderno y el lápiz. Las lágrimas amenazaron de nuevo con explotar. Tragó saliva—. Yo no... –Agachó la cabeza.

Ian le elevó la barbilla. Sonreía. La agarró del brazo y la guió suavemente hacia el interior del piso.

–No sé por qué he venido, Ian. Yo... –Nerviosa, se apartó y retrocedió—. No sé ni qué hora es... Y tú tienes mucho trabajo... –Se giró, ofreciéndole la espalda, mirando hacia la cocina—. Y encima yo vengo con mis tonterías... –Apretó el cuaderno.

–El trabajo puede esperar –le musitó al oído, estaba casi pegado a su espalda—. Tú eres más importante que todo eso, Elena, así que no vuelvas a repetirme que tus cosas son una tontería, porque no hay nada en ti que sea una tontería, ¿queda claro? Nada –añadió con dureza.

Elena se sobresaltó.

–Y ahora... –concluyó él, colocándose enfrente. Llevaba una camiseta blanca de manga corta, tensada por los brazos cruzados al pecho, y unos pantalones holgados negros que descansaban sobre sus caderas hasta sus pies descalzos. Su pelo estaba revuelto hacia arriba en algunos puntos, como si se hubiera tirado de los mechones en un segundo de frustración—. Ahora nos vamos a sentar y te voy a enseñar a dibujar –le ordenó con voz aterciopela, muy serio.

Ella asintió sin dudar. Lo siguió hacia el despacho de la habitación.

El olor a regaliz era muy intenso, más que nunca.

Buscó con los ojos hasta que encontró una caja abierta de regalices sobre la cama. Había hojas de gran tamaño esparcidas por el suelo. Menudo desorden...

–Siéntate, voy a por un taburete de la cocina –le avisó Ian.

Unos minutos después, él se acomodaba detrás de Elena con las piernas alrededor de las suyas, por completo adherido a ella. Se inclinó y la tomó de la mano que sostenía el lápiz. De repente, el ambiente se caldeó a una temperatura asfixiante.

–Respira que te vas a desmayar, patito –le aconsejó entre risas al percatarse de su estado agitado—. Tengo regalices de sobra para los dos, no te preocupes que puedes comer cuantos quieras.

¡El muy rufián sabía perfectamente que su aroma la perturbaba!

–No estoy bailando ni patinando –articuló Elena con fingido enojo y en voz baja–, así que no soy ningún patito.

–Eres *mi* patito –le susurró en la sien en un tono áspero, recalcando el adjetivo posesivo con un énfasis que ella no pasó por alto—. Y ahora, patito, déjate llevar...

¡Oh, por Dios!

Abrió los párpados sobremanera. Carraspeó y se obligó a concentrarse.

Ian Gayre condujo las dos manos acopladas hacia el lienzo. El lápiz empezó a trazar una línea ascendente. Ella ahogó un sollozo de alivio... Su cuerpo entero vibró de

excitación. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Oh! —exclamó, gozosa.

Se mordió el labio inferior y, en efecto, se dejó llevar por la maravillosa sensación que había experimentado desde niña al dibujar.

Su ángel salvador también sonrió y la soltó enseguida, aunque no se alejó un milímetro, sino que permaneció pegado a su espalda, apreciando el inocente calor que Elena desprendía, y todo ello sin que ella se percatara, pues, pensó él, acababa de reencontrarse consigo misma.

Tiempo después, no supo cuándo, Elena estiró los músculos de la espalda a la vez que emitía un suave bostezo.

Lo había terminado... ¡Había terminado su primer dibujo desde hacía cinco años y medio! ¡Había conseguido dibujar desde hacía dos años!

Analizó el lienzo con detenimiento y lo arrancó del cuaderno. Había retratado a Ian, desde los cabellos en desorden hasta la mitad del pecho, con Olivia abrazándolo por el cuello, ambos mirándose, sonrientes, porque así eran esos dos: siempre alegres.

Suspiró, feliz, y se incorporó para buscar al culpable de que aquel milagro hubiera sucedido. Y no había sido difícil, ¡todo lo contrario! Sus dedos habían recordado lo que ella creía haber olvidado con una habilidad asombrosa, la misma que formaba parte de su esencia, la misma que no pensaba seguir escondiendo tras el miedo, un miedo que se había desvanecido por completo.

Encontró a Ian dormido en uno de los sofás. Llevaba gafas de contacto puestas... Nunca se hubiera imaginado que usara lentes. Eran de diseño, de pasta fina negra. Y le sentaban muy bien. Incluso dormido con gafas era atractivo.

Tenía un brazo estirado hacia el suelo donde había unas hojas esparcidas, seguramente se le habrían caído por el cansancio, y el otro flexionado detrás de la nuca, las dos piernas separadas y relajadas a lo largo y una expresión risueña atravesaba su semblante. ¿Qué estaría soñando?

Se arrodilló y recogió el desbarajuste. Luego, lo contempló unos segundos. Se inclinó sobre ese pecho musculoso. Sonrió y suspiró.

—Mi ángel... —susurró, retirándole un mechón que le caía encima de la cicatriz de la ceja.

Ella posó el dibujo sobre la mesa baja que tenía al lado. Se levantó y se fue a su casa.

Al día siguiente se despertó tarareando.

—¡Buenos días! —saludó a su familia. Se acercó a su sobrina y la elevó en el aire. La niña se carcajeó—. Creo que alguien tiene... —Y se dedicó a hacerle cosquillas.

—Mmm... —murmuró su madre—. Qué contenta has amanecido, cariño...

—Sí —asintió y besó a Olivia en la mejilla. La dejó en el sofá—. ¿No hay demasiado silencio aquí?

Realizó un mohín travieso con los labios, corrió a la habitación de su sobrina y encendió la radio de *Hello Kitty* que la había comprado cuando habían amueblado el

apartamento. Buscó una emisora de música y subió el volumen. Y bailó. Alzó los brazos y saltó al ritmo del *pop* inglés que sonaba en ese momento.

Olivia se unió a Elena con una sonrisa pletórica en su preciosa carita. Carmen, en cambio, permaneció en el pasillo con una mueca de incredulidad y el teléfono en una mano en alto. Tía y sobrina, de la mano y agitando sus cuerpos al son de la música, fueron al otro dormitorio y se subieron a la cama de matrimonio, donde continuaron divirtiéndose, necesitadas ambas de ello. Elena se sabía la canción, por lo que también cantaba tan alto como se oía en la radio, y ya era decir.

De repente, apareció *Bruno*, que, muy contento, comenzó a girar sobre sí mismo entre brincos y ladridos. Ella y la niña se echaron a reír, trastabillaron y cayeron sobre el colchón, pero se levantaron y siguieron saltando.

Entonces, los ojos de Elena tropezaron con los de un intruso... Ian Gayre, que, cruzado de brazos y recostado en el marco, enarcaba una ceja y mostraba su deslumbrante dentadura con picardía. Ella, por la sorpresa, se detuvo de golpe y se tapó la boca con las manos para silenciar un grito, muerta de vergüenza. Se chocó con su sobrina y acabaron las dos en el suelo. Olivia se puso en pie y corrió hacia su profesor, que la aupó y la besó con cariño.

Elena se incorporó y apagó la música. Se peinó los cabellos en un vano intento por parecer presentable.

—No sabía que el patito tampoco supiera cantar —

bromeó él.

–¡Oh! –exclamó ella, que acto seguido agarró una almohada y se la lanzó a la cara sin previo aviso.

El tiempo se paralizó.

La almohada descendió a la tarima. Ian, con el ceño fruncido, bajó a la niña, que huyó, y, amenazante, cogió un cojín de los pies del lecho.

Elena anduvo despacio hacia el pasillo con un aleteo en el estómago. ¡Quería asesinarla!

–No se te ocurra –lo advirtió ella, apuntándolo con el dedo índice a la vez que retrocedía y una sonrisa vibraba en sus labios.

–No, ¿eh?

Pero no la obedeció, sino que se vengó.

Elena lo sorteó a tiempo, se quedó el cojín y salió disparada hacia el salón. Echó el brazo hacia atrás y se lo arrojó.

Olivia y *Bruno* botaban a su alrededor, emocionados por el juego.

Unas manos la apresaron por la cintura y la elevaron.

–¡Ay! –chilló ella por el susto, pues no se lo esperaba, pero sin dejar de reír ni de patalear.

–Te vas a enterar, patito, conmigo no se juega. –Y procedió a hacerle cosquillas.

–¡No! ¡Por favor! –le suplicó entre carcajadas.

Ian se tropezó y se desplomaron en el sofá con los cuerpos enredados.

–Menos mal que lo he grabado –anunció Carmen,

meneando la cabeza como si fuera una demente y trasteando con el teléfono de Elena—, si no, Miguel jamás me hubiera creído...

—¡No, mamá! —Se incorporó con rapidez, pero no llegó a tiempo.

Su madre había enviado el video al grupo de *whatsapp* de sus hermanos...

Los presentes, menos ella que se había ruborizado como un pimiento rojo recién asado, estallaron en risas. Obviamente, recibió mensajes sarcásticos de Álvaro y aplausos por parte de Miguel. Ambos se enzarzaron en una discusión, como de costumbre. Elena se desconectó y respiró hondo.

—¿Te quedas a comer, Ian? —lo invitó Carmen.

—Gracias, pero no puedo. Tengo que hacer un recado. — Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta—. Por cierto, Elena.

Ella lo miró, abochornada por su comportamiento. ¿Qué demonios la había poseído hacía un instante?

—Venía a preguntarte si seguía en pie tu ayuda con el proyecto que te comenté —añadió él. La contemplaba aún con diversión.

—Sí, sí —asintió y se acercó para despedirse.

—Había pensado —bajó la voz— que, como tenemos dos días y hay mucho por hacer, os trasladarais a mi casa hasta entonces. Así podría darle las clases a Oli mientras tú dibujas. —Adoptó una actitud seria.

—¿A...? ¿A tu...? ¿A tu casa? —consiguió articular—.

¿Dormir juntos? –Desorbitó los ojos—. Quiero decir...
¿Dormir allí?

–Allí lo tengo todo, incluido el tablero –arqueó las cejas–, y mi casa es mucho más grande que este apartamento. Hay jardín y tu madre y Oli...

–¡Uy! No. –Carmen se metió en la conversación sin remordimiento alguno—. Te lo agradezco, Ian –le aseguró, preparando el horno–, pero Olivia y yo nos quedamos aquí. Además, no le vendrían mal unas vacaciones a mi nieta. No ha dejado las clases desde hace dos meses, ¿no? Y así disfrutamos la una de la otra, que el día siete vuelo a Madrid, ¿verdad, tesoro? –agregó hacia Olivia.

La niña movió la cabeza en un gesto afirmativo.

Elena gruñó y colocó los puños en la cintura.

–No creo que sea necesario que yo... –Carraspeó, de repente, se había puesto muy nerviosa—. Que yo duerma contigo..., quiero decir –se corrigió de nuevo, desviando los ojos a un lado–, en tu casa.

–No voy a ir al estudio hasta el día cinco. –Ian tampoco la miró y arrugó la frente—. Bueno, era solo una sugerencia para que descansaras sin necesidad de salir de una casa, bajar en un ascensor y meterte en otra casa. –Abrió la puerta—. ¿Quedamos dentro de dos horas? Si te parece bien, claro.

¿Se había enfadado?

Ella se mordió la lengua.

¿Y se podía saber por qué se enfadaba?

–Sí –contestó Elena, seca.

–Bien –asintió él y salió al rellano–. Adiós, Oli. Adiós, Carmen. –Cerró tras de sí.

–Qué facilidad tienes para enfadar a ese muchacho, Elena –la reprendió su madre, autoritaria, lanzándole chispas venenosas por los ojos–. Lo único que ha hecho ha sido agradecerte la ayuda que vas a prestarle, y encima pensar en Olivia para que tu hija no pierda clases. –Golpeó el suelo con el pie de forma insistente–. ¿No me dijiste tú que él solo no podía hacer el proyecto y mucho menos en tres días? ¡Ay, Elena! –Elevó los brazos hacia el techo–. Ese muchacho es un tesoro, ¡cuándo te darás cuenta! Mira el video, hija, mira el video... –farfulló y se fue.

Carmen estaba en lo cierto, pero, pensar que dormirían bajo el mismo techo durante tres días completos y a solas... Se le entrecortaba la respiración, se le formaba un grueso nudo en el estómago y se le erguía la piel.

A la hora señalada y con una bolsa pequeña de viaje, tocó el timbre del ático.

Ian abrió enseguida y le permitió el paso. Vestía unos vaqueros rotos y una camiseta gris de manga larga ligeramente pegada a los brazos. Estaba descalzo.

–¿Y eso? –quiso saber él, señalando con la cabeza su equipaje. No sonreía.

–Acepto tu ofrecimiento, si sigue en pie –respondió ella con la frente arrugada.

No estaba convencida de la decisión que había tomado,

pero Carmen había acertado de pleno en sus palabras: Ian Gayre siempre estaba cuando más lo necesitaban. Ahora que la situación era a la inversa, Elena no podía correr en dirección contraria.

–Sigue en pie –afirmó él–. Te enseñé tu habitación, aunque ya sabes cuál es. –Le indicó con una mano que precediera el camino hacia el dormitorio.

Se instaló en el cuarto donde había dormido Olivia el fin de semana que se habían quedado con el apartamento vacío. Guardó su ropa en los cajones de la cómoda que había a la izquierda y se quitó las zapatillas. También llevaba vaqueros, por lo que no se cambió. Se encerró en el baño que había enfrente y se recogió el pelo en dos trenzas de raíz, como había hecho miles de veces cuando dibujaba. Respiró hondo.

En el despacho, sentados cada uno en una banqueta bien alejados entre sí, Ian le explicó en qué consistía el proyecto para que se situara en el contexto. Luego, le mostró los planos que ella debía dibujar a mano. *Bruno* estaba tumbado en la cama.

–Siento decírtelo, Ian, pero el italiano tiene razón. – Alzó una de las hojas–. Esto es muy frío, incluso aburrido. Y se trata de la restauración de una mansión perteneciente a un antepasado del cliente, construida en el siglo XVIII, ¿no? Yo veo esto y no me llega al corazón. – Meneó la cabeza–. Y tiene que llegarle al corazón.

–¿Qué propones?

–¿Es muy importante el proyecto? Quiero decir,

prestigiosa y económicamente hablando –lo interrogó Elena para pensar en la estrategia.

–Sí. –Suspiró con pesar. Flexionó una pierna en el asiento y se impulsó para rodar sobre sí mismo, pues era giratorio. Ella ocultó una carcajada ante tal gesto totalmente espontáneo—. Si le gusta esto, significaría ampliar el estudio a una nueva sede, aunque no es definitivo.

–O sea que es prioritario. De acuerdo. –Inhaló aire y lo expulsó con suavidad—. Para empezar, hay que cambiar de papel. Mira. –Cogió su viejo cuaderno de dibujo y se lo ofreció para que palpara la textura de los lienzos—. ¿Notas la diferencia? También huele diferente. El lienzo es... – Bajó los párpados y aspiró el aroma del cuaderno—. Añoranza, pasado, historia, colores tierra apagados, recuerdos, infancia... –Abrió los ojos—. Y los planos son lisos, rectos, modernos, que valdrían por ejemplo para... – Se quedó pensativa, dándose golpecitos en el mentón, y observó las fotografías que había colgadas en la pared—. Ya sé. ¿Conoces el hotel *Marqués de Riscal*?

Él sonrió, gratamente sorprendido por el razonamiento de Elena, y asintió.

–Pues es para edificios tipo ese hotel, pero, si el italiano quiere el proyecto entregado a mano, lo primero es comprar otro tipo de papel. Y podría hacerlo a carboncillo. –Lo miró, expectante.

–¿Qué más?

A continuación y durante una hora, estuvieron

maquinando el plan para que el proyecto resultara perfecto de cara al cliente y *Gayre's Style* recibiera el correspondiente premio, en especial Ian Gayre. Luego, salieron a la calle para comprar lienzos finos en cuanto a grosor, amarillentos y de textura rugosa aunque no en exceso, carboncillo, lápices de colores, un borrador y un cuaderno para hacer bocetos.

Cuando regresaron, se cambiaron con ropa más cómoda. Ella se tumbó en la alfombra de la habitación y esparció las herramientas de trabajo. Se apoyó en los codos y procedió, concentrada, seria y dispuesta, a que su ángel salvador causara sensación al italiano.

Él se acomodó en un taburete frente al tablero inclinado, se ajustó las lentes a la nariz y accionó un mando.

Una música clásica se apoderó de la atmósfera en un momento, suave y relajante. Había unos altavoces en las cuatro esquinas del techo.

—¿Te molesta? —se interesó Ian.

Elena alzó el rostro, sonrió y negó con la cabeza.

—Me gusta mucho —contestó ella, refiriéndose a la música.

—A mí, también —convino aquel hombre, observándola con intensidad.

Notó cómo sus mejillas empezaban a encenderse, por lo que decidió centrarse en el trabajo, que bastante era...

A medianoche, Elena analizó los dibujos que había terminado. Chasqueó la lengua. Necesitaba ir más rápido.

–Descansa un poco –le aconsejó Ian, caminando hacia el pasillo–. Voy a preparar algo de cenar, que se nos ha echado el tiempo encima sin darnos cuenta de la hora. ¿Qué te apetece?

–Cualquier cosa fría estará bien. –Realizó un aspaviento, inmersa en los lienzos.

Un rato más tarde, él tiraba de su brazo.

–Tienes que comer, Elena, ya seguiremos después.

–Es que hay una sombra que... –Intentó retroceder, pero de nada le sirvió, porque la cogió en brazos entre carcajadas como si fuera una niña.

–Venga, patito. –La sentó en el sofá, frente al cual había dos bandejas de mimbre oscuras con un sándwich cada una, agua y servilletas de tela blancas sobre la mesa baja–. A comer. –Se acomodó a su lado y encendió la televisión.

Naturalidad y paz. Eso fue lo que respiró ella, como si se conocieran de toda la vida, como si fuera lo más normal del mundo que Elena cenara descalza junto a un hombre que no era Tomás. Y no pensó que estuviera mal, todo lo contrario, sintió que estaba donde debía estar.

Al día siguiente, cuando se despertó, desorientada, se dirigió al baño trastabillando con sus pies, pues sus párpados no querían recibir la nueva jornada. Se lavó la cara con agua fría y con su jabón especial hidratante y a continuación, los dientes.

La casa estaba en silencio sepulcral. En la isla de la cocina, había un plato con galletas, cruasanes, magdalenas

y trozos de bizcocho.

Una nota reposaba sobre el borde de la porcelana:

*Buenos días, compañera de piso temporal.
Espero que hayas dormido bien. No sé lo que te gusta, así que he comprado un poco de todo. Hay pan para tostadas en el armario de la izquierda. Estoy en una reunión en el estudio. No sé cuánto tardaré. Estás en tu casa, patito.*

Ian

Soltó una risita por su apodo y se preparó el café.

Tras desayunar, bajó un ratito a su apartamento para ver a su madre y a su sobrina.

Ian llegó a la hora de comer, justo cuando ella, en vaqueros, camiseta y calcetines, preparaba una tortilla española de patatas y una ensalada de acompañamiento. Se había soltado el pelo y se había ajustado una diadema roja en la cabeza, aunque el flequillo se empeñaba en danzar al libre albedrío por su frente.

—¡Qué bien huele!

Elena se sobresaltó, pues no lo había escuchado entrar.

—Hola. —Sonrió él.

—Hola —correspondió ella. Experimentó un inmenso placer al verlo en traje entallado y corbata acudir a casa después del trabajo.

Por supuesto, no era su casa y tampoco una escena cotidiana como si ellos fueran una pareja. Inconscientemente, se acarició la alianza.

Ian se fijó y se le borró la alegría del rostro.

Aquello la inquietó. El ambiente se tornó tenso.

Y se acordó de las patatas al fuego...

—¡No! —se lamentó Elena. Quitó la sartén de la vitrocerámica—. Se me han quemado...

—Déjame a mí. —Se desprendió de la chaqueta y se remangó la camisa por encima de las muñecas—. Siéntate, yo termino.

No era una orden, pero lo pareció, aunque no se quejó, sino que obedeció con el molesto aleteo en el estómago importunándola.

Comieron en silencio. Luego, él se cambió de ropa y continuaron con el proyecto, en esa ocasión sin música clásica.

Un rato más tarde, Ian lanzó las gafas al tablero y masculló una incoherencia en inglés.

—¿Qué te pasa? —se preocupó ella, que se levantó de la alfombra y se acercó a él.

—Nada. —Frunció el ceño—. Tengo que seguir, si no te importa.

Elena arqueó las cejas con asombro por la sequedad que empleó en el tono de voz. Cabizbaja, incómoda, regresó a su lugar.

Ian se calzó las *converse* verdes oscuras y salió del ático de un portazo. El perro miró cómo se iba, pero no se movió del lado de ella.

Al cabo de unos minutos, recibió una llamada de su casero.

–Hola, Donald –respondió en inglés al descolgar.

–*Hola, Elena* –saludó el señor Gayre, seco.

¿Habría discutido con Ian?

–¿Qué...? ¿Qué tal está Sofía? –titubeó Elena.

–*Bien.*

–¿Pasa algo? Te noto... Raro.

–*Perdona... Es el trabajo. Cuéntame cómo vais con el proyecto.*

–Todavía queda mucho. Espero no defraudaros, Donald. –Balanceó los pies en el aire, pues seguía sobre la alfombra, y apoyó la cabeza en un brazo flexionado—. Creo que el italiano quedará satisfecho, pero, te aviso, no se parece a nada a lo que habéis hecho hasta ahora. A lo mejor no te gusta.

–*A Ian le gusta, puedes estar tranquila, y, por consiguiente, a mí.*

Un regocijo la invadió.

–Gracias, Donald.

–*¿Qué tal te manejas con Ian?, ¿se porta bien?*

Un rubor le tiñó las mejillas.

–Yo... Sí, sí. –Se levantó—. Se porta... Se porta bien, muy bien –añadió en un susurro.

–*No lo dices muy convencida...* –gruñó su casero.

¡Gruñó! ¡Ay, Dios!

–Por favor, Donald, Ian es maravilloso, de verdad –le aseguró ella. Temía que el señor Gayre discutiera con su hijo, más por su culpa—. Tanto con Olivia como conmigo. En realidad... –Hundió los hombros—. No sé qué he hecho

para merecerme a un ángel como él...

Desorbitó los ojos al percatarse de lo que acababa de decir.

–No es ningún ángel y tú tampoco eres un diablillo, Elena –le dijo Donald con dulzura–. Ian hace todo lo que hace porque quiere. No busques una razón lógica porque a veces no existe. –Carraspeó–. Tengo que colgar. Ánimo con los dibujos.

–Gracias, Donald. –Suspiró y colgó.

Dejó el teléfono en el suelo y se dirigió al sofá. Encendió la televisión y se recostó en los mullidos y deliciosos cojines. Se durmió.

Cuando se despertó, estaba en la cama. Anocheecía. Una luz tenue se colaba por el hueco de la puerta. Caminó hacia el pasillo. Estaba realmente descansada. Ese colchón era fantástico, aunque no recordaba haberse acostado en él. Se asomó hacia el dormitorio principal.

Ian estaba sentado en el taburete con los codos en el tablero. Se restregaba los ojos con una mano y con la otra se despeinaba los cabellos en un acto reflejo. Las gafas se encontraban en la mesa y tenía un lapicero negro detrás de la oreja. Elena sonrió.

Estaba agotado, pobrecito, pensó ella, mientras sus pies se accionaban por sí solos hacia aquel hombre. Se situó a su espalda y posó las manos en esos hombros tan anchos. Él se quedó rígido, pero solo un momento. En cuanto ella comenzó a masajearlo para deshacer la tensión, Ian se relajó y gimió, agradecido.

Le frotó los hombros, el cuello y toda la espalda una y otra vez. Era fuerte y poseía una musculatura digna de admirar y palpar con embeleso. Desprendía mucho calor, tanto que Elena se obligó a silenciar un suspiro irregular. Continuó hacia el cinturón que sujetaba sus pantalones en las caderas y ascendió por los costados.

Aquel hombre era impresionante...

Y por tal pensamiento, se detuvo de golpe. Se alejó y se acomodó sobre la alfombra para empezar a dibujar, aunque al principio le costó, pues sus manos hormigueaban y vibraban sin control.

Ninguno comentó nada.

Horas después, Ian se estiró a su lado con la mirada hacia el techo, cruzó los brazos en la nuca y cerró los ojos. Pronto, su pausada respiración le indicó que se había relajado por completo.

Ella soltó el carboncillo, retiró los lienzos y se tumbó de perfil. Estiró una mano y le rozó la mejilla con las yemas de los dedos. Él se sobresaltó, pero no se despertó, sino que se giró, descansó una mano en la cintura de Elena y la atrajo hacia su cuerpo. Las piernas de los dos se entrelazaron. Elena respiró hondo, apreciando el irregular latido del corazón de Ian, idéntico al suyo, y cerró los ojos. Estaba demasiado a gusto como para molestarse en retirarse.

Gracias a que *Bruno* empezó a ladrar, el sueño se interrumpió. Ellos se observaron, aturdidos, un instante y al siguiente se separaron. El reloj marcaba las cinco de la

mañana. ¡Dios mío! La reunión con el italiano era a las once y aún faltaban cosas. Él acarició las orejas del animal y prosiguieron con el trabajo.

A las diez y media, salían del ático hacia el sótano. Ian se peinaba los húmedos cabellos con las manos mientras hacía malabarismos para que no se le cayera la carpeta propia de un arquitecto, y Elena masticaba un cruasán a la vez que se subía la cremallera de sus botines planos. Se había arreglado y pintado con esmero. Telefoneó a su madre para contarle que había decidido acompañarlo, por si al cliente le surgiera alguna duda relacionada con los dibujos en sí. Carmen les había deseado suerte y Olivia les había lanzado un beso a través del auricular.

Estacionaron el *Jaguar* en el aparcamiento de *Gayre's Style* y subieron directamente hacia la última planta tras activar él el código en el ascensor.

Acelerada, ella no se fijó en nada. Estaba muy, pero que muy, nerviosa. Ian, en cambio, parecía tranquilo y sosegado, o al menos eso fue lo que demostró.

Entraron en la Sala de Juntas. Había una gran mesa ovalada en la que él apoyó la carpeta. Sillas de piel la rodeaban.

Donald se reunió con ellos.

–Ya están aquí, Lucy los acompaña –les informó el señor Gayre, grave, en inglés–. Buena suerte, muchachos. –Presidió la mesa, al fondo.

Ian se ajustó la corbata. Ella suspiró, trémula, y se mordió el labio inferior.

—No desfallezcas ahora, patito —le susurró él en español, sonriendo—. Pase lo que pase has hecho un trabajo increíble. Si Agnelli no se enamora de tus dibujos, es que es idiota, cosa que es verdad, por cierto.

Elena sonrió con suavidad, aunque no comprendió sus últimas palabras.

Lucy Irwing surgió en la estancia junto a tres hombres: morenos de tez y de pelo, ojos negros como una horrible tormenta, altos, delgados y de la edad de Miguel, treinta y muchos. Y esos tres invitados eran hermanos, o por lo menos familiares, pues se asemejaban bastante, aunque no en la boca. Uno de ellos poseía los labios carnosos, los otros dos, no. Su amiga le guiñó un ojo y se marchó.

—Señor Gayre —le dijo el de la boca gruesa a Donald con una sonrisa—. Siempre es un placer. —Utilizaba un inglés perfecto. Se estrecharon las manos.

—Agnelli —correspondió el señor Gayre—, permíteme presentarte a la señora Elena Robledo, nuestra nueva adquisición en el estudio.

El señor Agnelli dirigió sus fríos ojos hacia ella y se aproximó. Le tendió la mano, que ella aceptó, y le besó los nudillos.

—Es un verdadero placer conocerla, *bella* Elena. —La escrutó de forma implacable como si fuera una fruta a punto de ser devorada.

—Igualmente —pronunció Elena en un hilo de voz.

Ese italiano la turbaba de un modo nada agradable.

En ese momento, una mano tiró de su cintura hacia

atrás, protegiéndola de Agnelli. Era su ángel...

–Stefano –gruñó Ian–, ¿empezamos? –No la soltó, sino que la apretó.

Stefano Agnelli se fijó en el gesto y sonrió, entornando su gélida mirada.

Eran rivales, pensó sin atisbo de dudas.

–Claro –accedió el italiano antes de sentarse en una de las sillas de piel.

Una hora y media después, la reunión concluyó por parte de *Gayre's Style*.

Elena había permanecido al lado de su ángel. No le había estorbado y había mostrado los lienzos que él había estado explicando.

Ahora le tocaba el turno al cliente...

El señor Agnelli observó a los otros dos hombres que lo acompañaban y luego, a Donald, el cual se había mantenido callado todo el tiempo, permitiéndole a su hijo el protagonismo que merecía.

–¿Quién ha hecho esto? –preguntó Stefano con un dibujo cualquiera en el aire.

–La señora Robledo –contestó Ian, cruzado de brazos y con el ceño fruncido. Recalcó la palabra *señora*, aunque ella no supo el motivo.

El italiano la contempló de la misma manera que al principio, de hecho, no había dejado de devorarla en los noventa minutos, haciéndola sentir muy incómoda.

–¿Está en la plantilla? –quiso saber Agnelli.

–Elena no está en venta, Stefano –lo amenazó él.

Elena se asustó.

El señor Gayre se levantó, enfadado hacia su hijo.

Agnelli emitió una risita y se incorporó.

–Mañana les diré mi decisión. Ha sido un placer, *bella* Elena –añadió, pero no dirigiéndose a ella, sino a su rival.

Los tres italianos se marcharon con Donald.

Ian y Elena se miraron un instante. Él estaba furioso.

–Vamos, Elena, te llevo a casa –le ordenó. Guardó los lienzos en la carpeta.

–Puedo... Puedo coger un taxi, tú tienes que...

–He dicho que te llevo a casa –la cortó, seco.

Ella asintió. No comprendía lo que ocurría.

Regresaron al ático y se dispuso a guardar sus pertenencias en su pequeña bolsa de viaje, pero escuchó a Ian hacer demasiado ruido en el despacho. Se acercó y lo vio, agitado, recogiendo los planos del tablero de malos modos.

–¿Ian? –Dubitativa, le agarró el brazo.

Él se detuvo, de pronto, y la observó. Comprimía la mandíbula con excesiva fuerza.

–¿Qué te pasa? –quiso saber Elena.

–Nada –contestó con la voz afilada.

–Entonces, ¿por qué estás así? –Su estómago se revolucionó.

Nunca había visto tal tenebrosidad en esos ojos verdes, tal poder. Con Agnelli se había alarmado y hasta asqueado, pero ahora con Ian... Todo lo contrario...

–Será mejor que te acompañe a tu casa –le susurró él,

ronco, grave, antes de contemplarle los labios apenas un segundo.

Y ese segundo se grabó a fuego en su interior...

CAPÍTULO 9

A media tarde de aquel extraño día, Elena estaba con Olivia en sus brazos tumbadas en el sofá cuando la pantalla de su móvil se iluminó. Era un mensaje de Ian Gayre.

Toc-toc.

Se apartó de su sobrina y anduvo hacia la puerta del apartamento. Carmen y la niña la siguieron.

Y abrió.

Había una caja alargada de color blanco con un enorme lazo azul.

–¿Y esto? –la interrogó su madre.

–No tengo idea. –Se agachó y cogió el paquete.

Las tres se sentaron en torno a la mesa del comedor. Olivia movió el lazo y descubrieron una nota doblada.

Está noche se celebra una gala en el hotel

Scotsman para entregar un premio al mejor empresario joven del año y soy uno de los candidatos. La mañana de Nochebuena me pediste que te ayudara a escoger un vestido para la fiesta de mis padres. Elegí cinco. Uno de ellos era largo. Fue verlo y pensé en ti con él acompañándome a la gala. Y cuando te lo probaste, estabas tan hermosa que lo compré ese mismo día. No quiero agobiarte ni que te sientas presionada, pero sería un gran honor para mí asistir a la gala con tu mano sobre mi brazo. Si quieres, tómatelo como un regalo por haberme ayudado con el proyecto de Agnelli. Si aceptas, te esperaré en la calle a las nueve. Si no apareces, lo entenderé. Ian.

—¡Madre mía! —exclamó Carmen al destapar la caja.

Entre su sobrina y su madre sacaron el vestido de satén plateado que se había probado ella la mañana de Nochebuena. Además, había una capa de terciopelo negra con capucha y unos zapatos y un bolsito sin asa, a juego los dos con el fajín de lentejuelas del vestido.

Elena no podía moverse ni articular palabra. Tampoco respiraba.

—Lo que yo decía, ese muchacho es un tesoro —declaró Carmen, admirando el fajín.

Olivia corrió a su cuarto y regresó con un libro de cuentos. Señaló un dibujo de la portada: una princesa, y la

apuntó a ella con el dedo.

¿Debía asistir?

Se levantó del asiento y se encerró en el dormitorio. Se sentó frente a la ventana, con la espalda apoyada en el lateral de la cama. Una lluvia débil, pero persistente, asolaba la ciudad.

Su teléfono vibró en su mano, pues no lo había soltado. Era un mensaje privado de su hermano mayor:

No pienses.

Elena se rió y salió de la estancia. Desde el pasillo se fijó en su madre, que tenía su propio móvil entre los dedos. Estaba hablando con Miguel, no le cupo ninguna duda. Carmen le sonrió y ladeó la cabeza hacia el vestido estirado en el sofá. Un aleteo invadió su estómago.

Y procedió a arreglarse como toda una princesa de cuento.

Su madre le recogió el pelo en un moño bajo y desenfadado. El flequillo resbalaba, informal, por su frente hacia la oreja y rozaba sus pestañas. Se maquilló suave en los ojos, pero fuerte en la boca a petición de Olivia, que había elegido un pintalabios rojo intenso. A continuación, le tocó el turno al vestido y por último, a los zapatos.

–Dios mío... –articuló Carmen en un hilo de voz.

Contempló su reflejo en el espejo del armario al escuchar a su madre y entreabrió la boca, incrédula por la visión. ¿En verdad era ella?

–Estás... Estás... –Carmen sollozó.

Olivia brincó a su alrededor con una radiante sonrisa.

Elena parpadeó para borrar las incesantes lágrimas que amenazaban con estropearle la mascarilla de las pestañas.

–Toma, cariño. –Más calmada, Carmen la ayudó con la capa de terciopelo y le entregó el bolsito ovalado y de lentejuelas oscuras que destellaban discontinuas por las luces del apartamento—. Disfruta, tesoro, te lo mereces. – La abrazó con infinito amor.

Ella se agachó con cuidado para recibir el beso sonoro de la niña.

Cuando salió del palacete, fue a descender la escalinata que conducía a la acera, pero algo la paralizó...

Ian Gayre, apoyado en la puerta del *Jaguar*, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, los brazos al pecho y la cabeza hacia un lado, la esperaba con el ceño fruncido.

Y, como si la hubiera sentido, dirigió sus ojos hacia donde estaba Elena. Su mirada se tornó fiera, una violenta mirada que disparó su corazón. Aquel extraño escocés se incorporó y caminó hacia ella, intimidante, sublime e impresionante en su esmoquin entallado, el hombre más atractivo que había visto en su vida...

Él se paró al pie de la escalera y extendió una mano que Elena aceptó, estremecida por un sinfín de agudas sensaciones que estaban invadiendo su interior. Al descender, la cola del vestido acarició el suelo emitiendo un delicado frufnú.

Ian le abrió la puerta del copiloto y ella se sentó. Luego, él se acomodó en su lugar, pero no arrancó, sino que sacó una cajita negra de la chaqueta.

–Esto es para ti.

Elena la destapó y ahogó un grito. Unos pendientes de diminutos diamantes engarzados en oro blanco y siguiendo la forma de una curva alargada la dejaron sin palabras... Eran de estilo antiguo, sencillos, pero deslumbrantes.

–¿Me permites? –se ofreció Ian, quitándole la cajita.

Ella, autómatamente, se inclinó para concederle mejor acceso a sus orejas, cubiertas en parte por el recogido. Con una suavidad y una delicadeza que le erizó la piel y la ruborizó, él realizó la tarea.

Se observaron el uno al otro a escasos milímetros de distancia. El verdor de esos ojos se endiabló, un verdor clavado en sus labios rojos entreabiertos.

Ambos suspiraron pesadamente.

Y partieron rumbo al hotel *Scotsman*.

Se detuvieron frente a una alfombra roja que empezaba en el bordillo y que se perdía en el interior del majestuoso edificio. A ambos lados, había cámaras de televisión, reporteros y fotógrafos.

–Espera aquí –le indicó él antes de salir del *Jaguar*.

Un hombre uniformado del hotel se aproximó a Elena, pero su acompañante le hizo un gesto muy sutil para que retrocediera. A continuación, y tras ajustarse la chaqueta, Ian la ayudó a salir como todo buen caballero.

Numerosos flashes la cegaron por un momento y se asustó. Él se percató de inmediato, la protegió con su cuerpo y la guió hacia el edificio, ignorando a los periodistas que gritaban su nombre en un barullo de voces.

En la recepción, ella lo obligó a frenar y examinó, impactada, los grandiosos paneles de roble, los soberbios pilares de mármol y la maravillosa decoración de los altísimos techos.

–Es... Es... –Pero no pudo articular.

Su acompañante tiró de su mano entre carcajadas hacia la magnífica escalera de mármol italiano que conducía hacia los pisos superiores. Se recogió la falda con recato, pues debía tener cuidado con la sensual abertura del vestido. Subieron a la entreplanta donde había dos ascensores antiguos, de oro envejecido y sin cristales, y un empleado de librea que, en cuanto los vio, llamó al elevador y esperó con las puertas abiertas a que se aparearan en el lujoso, amplísimo y restaurado interior.

Ascendieron y alcanzaron la gran sala en la cual se estaba celebrando la gala. Ian le desabrochó la capa desde atrás y le retiró la tela. Elena oyó cómo él contenía el aliento. Ella ocultó una sonrisa, viró el rostro y lo miró.

–Estás impresionante, Elena –le susurró aquel atractivo escocés–. Voy a ser la envidia de todos, patito. –Le guiñó un ojo con picardía.

Elena emitió una carcajada espontánea y se colgó del brazo que la ofreció.

Durante un buen rato, se mezclaron entre las elegantes personas invitadas, incluidos Donald y Sofía, que la agasajaron en halagos hasta la saciedad. Su acompañante no se separó de ella en ningún momento hasta que Lucy Irving, sofisticada y muy guapa, apareció a su lado.

—¡Hola! —Se abrazaron con cariño.

Un camarero les sirvió dos copas de champán que aceptaron, encantadas.

—Vaya acompañante traes, ¿no? —apuntó su amiga, codeándola.

—No te hagas la sorprendida —le contestó Elena, sonriendo—. Sabías que Ian me había comprado el vestido y también que me invitaría a la gala, o si no —entrecerró los ojos, fingió enfadarse—, ¿por qué me preguntaste el otro día que cuál sería el vestido que yo elegiría si asistiera a una fiesta como esta?

Lucy se rió, traviesa.

—Que sepas que Amber está rabiosa contigo, querida —le comunicó con regocijo.

—¿Por qué? No me conoce de nada —bufó, indignada.

—Has venido con Ian, eso ya significa que te ha añadido a su lista negra y, créeme, Elena, la lista es extensa. —Realizó un travieso mohín.

—¿Qué significa eso? —quiso saber ella, arrugando la frente.

—Amber O'Paradise está obsesionada con Ian. Es buena como profesional, pero en el fondo es una bruja. Tiene a todo el departamento acorralado, hace lo que quiere y,

como es la jefa de Decoración, nadie se mete con ella. El señor Gayre no la soporta y su esposa menos aún. –Se inclinó para que nadie la oyera–: Porque ha intentado cazar a Ian con malas tretas. Ni siquiera les gusta cómo trabaja.

Elena arqueó las cejas.

–¿Y no se han replanteado echarla?

–No, porque Amber ha demostrado ser buena en su trabajo y tiene muchos contactos que vienen bien para el estudio –se encogió de hombros–, contactos de posibles clientes, no de cosas raras. *Gayre's Styles* es puro –aclaró y se irguió con orgullo–. Además, se ha encargado de decirle a más de uno, a mí incluida –se señaló a sí misma–, que, si alguna vez la despiden, se encargará de hundir el estudio.

–¡Qué mala! –exclamó, incrédula, desorbitando los ojos–. ¿Puede hacer eso?

–Amber proviene de una familia aristocrática muy importante, supongo que puede hacerlo, sí.

–Pues a mí me daría igual, yo la echaría a la calle y buscaría a otra persona para el puesto. –Se cruzó de brazos. Su repugnancia hacia la señorita O'Paradise se incrementó–. Si Donald no la soporta, no entiendo qué hace en *Gayre's Style*.

–¿Te acuerdas de los tres departamentos que te comenté que había creado Ian? –le preguntó su amiga–. El señor Gayre no se mete en ellos, son exclusivos de Ian. Ian es el único que podría echarla y ya te digo yo que no

la va a echar porque es buena profesional.

En ese momento, Elena recordó en la mente la conversación que había mantenido por teléfono con su casero justo antes de conocerlo en persona, tanto a Donald como a Amber. El señor Gayre le había hablado bien de la decoradora. Era extraño que ahora Lucy le confesara lo contrario.

–Atención, por favor –pronunció una voz masculina a través de un micrófono–. Si no les importa tomar asiento, enseguida comenzaremos la gala. Las doncellas les indicarán a cada uno su lugar. Gracias.

–Bueno, luego te veo –se despidió Lucy, sonriendo hacia un punto por encima de su hombro.

Una mano cálida y suave se posó en su espalda desnuda. Dio un respingo y se giró. Ian sonreía, radiante. Ella se dejó guiar a la segunda fila de sillas que había frente a un podio. La escoltó hasta el centro, donde estaban los señores Gayre. Su acompañante le besó los nudillos sin perder de vista sus ojos y se fue.

–Ian tiene que estar con los demás candidatos en la primera fila –le explicó Sofía–. Por cierto, muy bonitos tus pendientes, ¿verdad, Donald?

Donald miró primero a Elena y seguidamente a su esposa, a quien sonrió, enigmático.

–Sí –asintió el señor Gayre–, muy bonitos.

–Gracias. –Se ruborizó.

Ian se acomodó no muy lejos de ella, pero los invitados se repartieron por el espacio y no pudo verlo más.

Sobre un estrado y delante de un telón rojo, un hombre de mediana edad llevó a cabo un discurso sobre la juventud emprendedora que hacía posible que el mundo creciera económica y personalmente. Después, una mujer se unió al presentador y nombró uno a uno a los candidatos, diez en total, entre los que se hallaba Stefano Agnelli, cosa que la sorprendió.

—Y ahora, sin más dilación —anunció el hombre mientras una azafata le entregaba un sobre cerrado y el premio, que consistía en la figura de oro de un niño que sostenía la bola del mundo en sus manos—, procedamos con el resultado. Y *El niño* al mejor empresario joven del año es para... —Le cedió el sobre a su compañera para crear más expectación.

Sofía y Elena se tomaron de la mano, atacadas de los nervios. Desconocía la trayectoria de Ian, tan solo lo que su amiga le había relatado, pero deseaba que su ángel salvador recibiera el premio. Si en el trabajo era igual de bueno que con Olivia y con ella, no le extrañaba en absoluto que resaltara ante a cualquiera.

—¡Ian Gayre, de *Gayre's Style*! —enunció la mujer del sobre.

—¡Mi hijo! —gritó la señora Gayre, abrazando a Elena con entusiasmo.

La estancia prorrumpió en aplausos y vítores. Saltaron flashes.

Ella, con un inmenso y extraño orgullo perforándole el alma, contempló cómo Ian Gayre se levantaba despacio,

serio, y se acercaba al estrado. Anduvo resuelto y confiado, aristocrático, seductor y gallardo. Les estrechó la mano a los presentadores de la gala y recogió el premio. Se acercó al micrófono y sonrió.

Y Elena, literalmente, se mareó en el acto.

–Muchas gracias –dijo él cuando la sala acalló las voces, sin discurso y observando a los presentes–. Quisiera darles la enhorabuena a los demás candidatos porque si están ahí sentados ya es un logro bien merecido.

Los invitados aplaudieron de nuevo. Ella sonrió.

–Este premio –continuó el ganador– significa luz y esperanza para el mañana –miró a Elena–, porque no importa el tiempo que tengas que esperar para conseguir lo que quieres, aunque creas que no sepas lo que quieres, si sigues tus instintos y tu corazón, obtendrás tu recompensa. No os asustéis con esta vena filosófica que me ha dado. –Los presentes se rieron–. Por supuesto, me estoy refiriendo al mundo empresarial. El dinero es necesario, pero no lo es todo. Hay que luchar día a día y no desfallecer, no nos debemos negar ni siquiera al miedo de cometer errores, porque los cometeremos, nos caeremos, pero eso nos ayudará a levantarnos y a salvar los obstáculos para crecer y crecer. Este premio es de todos los que conforman *Gayre's Style* desde sus inicios, los que siguen y los que se han ido. Muchas gracias. – Alzó el galardón y se bajó del estrado.

Los asistentes se pusieron en pie. Algunos silbaron, exaltados, otros gritaron alabanzas, pero ella no se

inmutó, permaneció con el corazón aprisionado en un puño, asimilando el discurso que acababa de escuchar. ¿Qué escondía el discurso?

Los invitados se acercaron a Ian Gayre, formando una masa a su alrededor. Elena retrocedió y salió de allí sin saber adónde dirigirse, pero tenía que huir. Se recogió la falda y caminó deprisa hacia el elevador.

Sin embargo, antes de tocarlo, algo en torno a su brazo se lo impidió. Se giró.

Ian... La contemplaba..., furioso.

—No puedo... —señaló ella en un hilo de voz—. No puedo... —Su pecho bramaba.

—¿De qué tienes miedo? —le exigió él, que la adhirió a su cuerpo al instante sin contemplaciones.

Elena se sujetó a las solapas de su chaqueta para no caerse, y no precisamente por el movimiento... Las respiraciones se entremezclaron.

—Yo...

—¿De sentir otra vez? —insistió Ian, chirriando los dientes—, ¿o de darte cuenta de que ya estás sintiendo otra vez y eso te asusta?

—Sí... —admitió en un tono tan bajo que apenas se oyó.

—Te diré una cosa, Elena. —Inhaló aire con fuerza—. Ahora te voy a soltar. Tienes dos opciones. Una: huir a tu preciada torre aislada del mundo. Y dos: quedarte conmigo y dejarme que cuide de ti, porque es lo que más deseo desde que te vi por primera vez en el quiosco de helados, Elena, cuidar de ti.

Y lo hizo. La soltó y se alejó hacia la fiesta.

Lo observó, agitada, hasta que desapareció de su vista, justo cuando un sentimiento de vacío la invadió.

–Ian...

Fue a buscarlo.

Sí, reconoció, quería que Ian Gayre la cuidase, nadie más, solo él...

–¡Elena! –Lucy la paró—. Van a...

–¿Has visto a Ian? –la cortó, grave.

–Iba hacia allí. –Apuntó con el dedo hacia un punto al fondo, al lado del podio—. ¿Estás bien? –Frunció el ceño.

No contestó, sino que prosiguió, más corriendo que andando, hacia el estrado.

Pero no había nadie. Se asomó detrás del telón rojo y halló una puerta entreabierta. Despacio, salió a lo que parecía una terraza. Vacía.

Entonces, unas manos rodearon su cintura desde atrás, un olor a regaliz la cegó, una familiar calidez la envolvió. Elena se dejó caer hacia el pecho de su ángel y enterró la nariz en su cuello al tiempo que, lentamente, recostaba los brazos sobre los de él.

–Buena elección, patito –le susurró Ian antes de besarle la frente.

–Qué le voy a hacer... –suspiró—, me encanta el regaliz rojo.

Él se rió y la apretó un instante, tierno.

La música de una orquesta clásica invadió el espacio.

–¿Vamos a por una copa? –sugirió Ian.

Ella se incorporó y le dedicó una sonrisa tímida.

–Mientras que no sea *Highland Park*... –Posó los puños en la cintura.

Él emitió una carcajada tan espontánea que la contagió.

–Vamos, patito, veamos qué bien se te da bailar un vals.

–¿Un vals? –repitió, abriendo los ojos sobremanera.

Ian tiró de su mano y regresaron a la gala.

–Voy a por champán, esperadme aquí –les dijo él a Elena y a Lucy al reunirse con un grupo de personas en el que estaba la secretaria.

Un hombre invitó a su amiga a bailar, por lo que se quedó sola, pero no le importó.

–Vaya... Ya era hora de verla sola, *bella* Elena –pronunció una voz en inglés marcado.

Ese acento...

Ella se volteó y se sobresaltó, aunque no lo demostró, sino que se irguió, valiente.

Stefano Agnelli, de esmoquin como el resto de los invitados masculinos, la contemplaba con un siniestro brillo en los ojos.

–Buenas noches, señor Agnelli –le saludó Elena con perfecta educación–. Lamento que no haya ganado el premio.

–¿De verdad lo lamenta? –Acortó la distancia y la sujetó por el costado.

Ella procuró retroceder, pero el italiano no se lo permitió. Además, era tan alto como Ian, por lo que tuvo

que elevar la cabeza, molesta e inquieta.

–Solo pretendía ser cortés, señor Agnelli. Suélteme, no querrá que monte una escena. –Entornó los ojos.

–No, claro que no –la condujo hacia la pista que habían formado donde previamente estaban las sillas–, por eso bailarás conmigo, *bella* Elena –le ordenó, tuteándola, y le apretó la cintura con dedos afilados–. Tenemos negocios que atender.

–Yo no tengo nada de qué hablar con usted. –Se removi6. Buscó a su ángel salvador con la mirada por todas partes, sin éxito.

–Si quieres que acepte el proyecto de tu jefe –la colocó en posición y comenzaron a deslizarse por la pista, o más bien obligándola a bailar–, tendrás que cenar conmigo una noche.

–¿Qué? Ni hablar –se negó, tajante.

–¿Sabes lo que significa para *Gayre's Style* que yo acepte el proyecto? –Arqueó las cejas–. Muchísimo dinero, *bella* Elena, y tengo entendido que Ian quiere abrir una sede en Florencia. Sin mí, no puede hacerlo. ¿Vas a negarle a tu..., amado jefe la posibilidad de que crezca aún más la que será su empresa mañana? –Sonrió, satisfecho.

De repente, alguien la separó de Agnelli.

Era Ian, que a continuación se interpuso entre Stefano y Elena.

–Te advertí de que te mantuvieras alejado –señaló su acompañante con tal frialdad que ella se estremeció.

Menos mal que la pista estaba atestada y la orquesta

entonaba muy alto, porque nadie les prestaba atención, cosa que agradeció.

–Solo estábamos bailando, Ian –contestó el italiano, examinando a Elena con lujuria.

Ian gruñó y avanzó hacia Agnelli, amenazante. Ella lo sujetó del brazo, pero él no se amilanó, como tampoco lo hizo el italiano, el cual estiró el cuello sin mostrar miedo ninguno.

–Ian, vámonos... –le suplicó Elena–. Estoy bien. –Fingió una sonrisa alegre.

Ian la miró, escéptico. Después, se dirigió a Agnelli.

–Elena está fuera de tu alcance, estás avisado –lo amenazó y se giró con ella.

–Creo que del tuyo también, Ian –rebatió el italiano–. Me he fijado en que lleva alianza.

Ambos se quedaron rígidos.

Agnelli se acercó.

–Una cena, nada más, y el proyecto es tuyo.

–Encárgaselo a otro, Agnelli –contestó él al segundo, bien erguido.

–Mi oferta seguirá en pie un tiempo, aunque no eternamente, *bella* Elena. –Le lanzó un beso y se fue.

–¿Ian? –lo llamó.

–Te dije que me esperaras –declaró Ian más enojado que nunca.

–Y te esperé, pero...

–Dime la verdad, Elena. –Se cruzó de brazos, rotundo.

Elena suspiró pesadamente.

–Me ha dicho que sin su dinero no podrás abrir la sede en Florencia, que es lo que tú quieres, y que, si ceno con él, firmará el contrato con *Gayre's Style* –confesó, pues de nada servía mentirle.

Él le elevó la barbilla con suavidad.

–No necesito su dinero para abrir la sede en Florencia porque no hace falta que lo haga ahora, Elena –pronunció en voz lo suficientemente alta como para que solo lo escuchara ella–. Mantente alejada de Stefano Agnelli.

Elena se sujetó a sus brazos. Ian la sostuvo por la espalda desnuda, a la que prodigó de caricias aterciopeladas que le hirvieron la sangre.

–No os lleváis bien –declaró ella en un áspero jadeo.

–Nos conocimos en la universidad. –La condujo hacia un camarero que servía champán.

–¿Es arquitecto? –preguntó, incrédula–. ¿Y por qué te manda a ti que le hagas la restauración de su casa?

–No terminó la carrera. –Cogió dos copas y le ofreció una–. Era muy mal estudiante. En realidad, sobornaba a los profesores con el dinero de su padre para que lo aprobaran sin necesidad de hacer exámenes o prácticas. –Dio un sorbo a su copa–. Yo lo descubrí, se lo conté al decano y lo expulsaron, a él y a los profesores corruptos.

–Y se vengó –adivinó Elena.

–Sí. –Se bebió el champán de un trago y pidió más al camarero–. Utilizó a Amber para intentar hundir *Gayre's Style*.

Ella lo contempló, pasmada ante la noticia.

–La madre de Amber es italiana, es prima del padre de Stefano –le relató él–. Cuando se enteró de que Amber trabajaba conmigo –arrugó la frente–, se puso en contacto con ella para que intentara cazarme, que nos casáramos y que luego nos divorciáramos para que él se quedara con el dinero que supuestamente obtendría ella de mí por el divorcio.

–¡Dios mío! –Se cubrió la boca. Recordó la conversación con Lucy al inicio de la gala.

–Amber no lo intentó, porque también lo descubrí a tiempo.

–¿Qué quieres decir? –lo interrogó Elena antes de beber un poco de champán.

–Amber empezó a coquetear conmigo justo cuando Stefano le propuso a mi padre un proyecto de remodelación de su empresa. No me fiaba –se encogió de hombros–, así que un día la seguí y la descubrí con él.

–¿Ellos a ti te vieron? –Posó una mano en su brazo de forma inconsciente.

–No. Hablé con Amber y desistió. Es buena como decoradora, de verdad que sí. –Asintió él–. Si no, la hubiera despedido. Stefano Agnelli es corrupto, Elena. –La observó con fijeza–. No te acerques a él.

–No lo haré. –Le sonrió.

La melodía de un vals inundó el espacio.

–¿Bailamos, patito? –La tensión de su semblante se esfumó.

Ella amplió su sonrisa, sonrojada, y le entregó el

champán a un sirviente que pasaba por la estancia con una bandeja con copas vacías. Ian la guió al centro de la pista. Apoyó una palma en la parte baja de su espalda, con la otra mano sujetó la suya derecha y la atrajo hacia su cuerpo. Se unieron al resto de parejas y Elena se dejó llevar por las maravillosas sensaciones que estaba sintiendo gracias a ese hombre, gracias a su ángel...

De madrugada, la acompañó hasta su casa.

—Gracias por esta noche, Ian. —Tímida, se alzó de puntillas y le besó la mejilla, rasposa por la corta barba.

Él, sonriendo, le besó los nudillos de ambas manos.

—¿Cuándo se va tu madre, pasado mañana? —se interesó Ian antes de marcharse.

—Sí, a mediodía.

—Os llevo yo al aeropuerto —señaló, autoritario.

Ella enarcó una ceja.

—¿Es que no sabes hablar sin ordenar? —inquirió sin ocultar el regocijo de su interior.

Él soltó una carcajada y se dirigió al ascensor.

—Dulces sueños, patito.

Al día siguiente, a la hora de comer y después de que su sobrina abriera los regalos de los Reyes Magos, Olivia, Carmen y Elena acudieron a *Gayre's Style* para que su madre se despidiera de Lucy, de Donald y de Sofía. Había telefoneado a su casero para comentárselo y el señor Gayre había aceptado, complacido.

Su amiga las recibió en la recepción y las condujo hacia

el despacho de Donald, donde ya estaba esperándolas junto a su esposa.

—¡Vaya hija tienes, Carmen! —la obsequió Sofía dando una palmada en el aire—. Todo el mundo me preguntó que quién era la hermosa mujer que acompañaba a mi hijo.

—Enhorabuena por el premio de Ian —correspondió su madre de igual modo.

La niña se acercó a Elena y, tras arrugar su frente y mover sus hombros, tiró de su camiseta y señaló a los señores Gayre.

—Ian está arriba —contestó Sofía tras entender a la perfección lo que Olivia quería transmitir.

—Yo tengo trabajo por hacer —comentó Donald, acomodándose en su gran silla de piel—. ¿Por qué no vais al despacho de Ian para que la pequeña Olivia lo vea? —sugirió.

—Carmen y yo nos vamos a tomar un café —anunció la señora Gayre, colgándose del brazo de la susodicha, que se rió, misteriosa, y ambas salieron hacia el ascensor.

¿Otra encerrona?, pensó ella, aunque ya no enfadada, pues el aleteo del estómago se acrecentó gratamente.

Lucy le susurró al oído el código para acceder a la planta de Ian. Elena y su sobrina se montaron en el elevador.

Nada más abrirse las puertas, casi se chocaron con el propio Ian.

—¡Hola! —saludó él, que aupó a Olivia en sus brazos, luego se inclinó y besó a Elena en la mejilla.

Ella creyó marearse un ápice.

—¿Y esta visita?

—Mi madre quería despedirse de tus padres —le explicó Elena con el rostro tan encendido que no lo miró al hablar—. Se han ido tu madre y la mía a una cafetería. Olivia quería verte.

—¿Solo Olivia? —Sonrió, travieso.

Ella le golpeó el hombro con fingido enojo. Él se echó a reír y se dirigieron al despacho, situado al final de un corto pasillo que había a continuación de la Sala de Juntas, totalmente opuesto al de Donald. Era más que evidente que a Ian Gayre le apasionaba el estilo antiguo, aunque no por ello ostentoso, ni mucho menos, sino sencillo y a la par especial. Y era enorme. Al fondo y a la izquierda, estaba el tablero inclinado propio de un arquitecto, debajo de la ventana, con planos desordenados y un taburete giratorio.

Justo cuando se sentaron en un sofá existente en la pared de la derecha, frente a una bonita mesa de madera que había sobre una alfombra, todo en marrón oscuro, Amber O'Paradise entró sin anunciarse, ni pedir permiso.

—Ian, he... —Se detuvo al percatarse de que no estaba solo—. Buenos días —saludó, altiva como era esa asquerosa modelo.

Sin embargo, después de la conversación de la gala sobre Amber, se mantuvo alerta y ni siquiera contestó ni por educación, tampoco Olivia, pues su sobrina ya entendía muchas palabras en inglés, como eran los

saludos, por ejemplo.

Una horrible sensación que no reconocía la poseyó al ver a su ángel salvador aproximarse a la decoradora.

Y la señorita O'Paradise se percató de ello, porque sonrió con malicia y se proyectó hacia él de un modo demasiado..., íntimo.

Elena comenzó a transpirar...

—Ya tengo listo el nuevo apartamento del que te hablé ayer, Ian —le dijo la decoradora en su odioso acento irlandés.

Él ojeó los papeles que traía la mujer consigo y asintió.

—¿Quieres echar un vistazo, Elena? —le propuso Ian en un inglés rápido, ofreciéndole la carpeta.

Aquella sugerencia la sorprendió a ella y enfureció a la bruja.

Elena, sonriendo, radiante, avanzó y cogió los papeles.

—Ella no tiene idea de decoración —escupió, de pronto, la señorita O'Paradise.

La niña se posición delante de Elena y se cruzó de brazos como si se preparase para defenderla. No había comprendido la frase de Amber, pero sí el tono que utilizó y no le gustó nada a juzgar por su enfadada carita.

—Eso lo decidiré yo, Amber —la reprendió Ian, grave—. Después de todo, fue ella la que rediseñó el proyecto de Agnelli y tú, no.

La odiosa decoradora dio un respingo y salió escopetada.

Él la ignoró y sacó unos folios de uno de los cajones

del precioso escritorio de madera vieja y unos lapiceros de colores.

–¿Te apetece dibujar, Oli? –le sugirió Ian a la niña, que asintió, se sentó sobre la alfombra y obedeció, muy concentrada—. Siéntate, Elena. –Le indicó la silla de piel sin brazos de detrás del escritorio.

–¿Y tú? –Se acomodó en el mullido asiento, que se le antojó muy agradable.

–Estoy bien. –Sonrió y se colocó a su lado, inclinado hacia ella. Abrió la carpeta—. Se trata de un apartamento de corte moderno que ya está restaurado, pero vacío en cuanto muebles. El cliente nos ha pedido un dossier para decidir si nos elige o no para decorarlo.

–Amber tiene razón, no sé nada de decoración. – Suspiró, agitada por la proximidad.

–Nada más explicarte el proyecto de Angelli, me demostraste en cinco minutos que tienes más idea que los decoradores que he conocido y conozco, y he conocido muchos. Y tu manera de presentárselo fue brillante. La primera impresión en esta profesión es crucial.

Elena se sonrojó por tal halago.

–Y –agregó él en su oído– me encantaría que trabajaras conmigo.

Ella se giró tan deprisa que casi se cayó de no ser por Ian, quien la sujetó a tiempo por la cintura.

–Esta silla no tiene brazos –masculló Elena. Intentó controlar su estado, en vano.

–¿Y no te parece genial? –Sus ojos verdes brillaron con

diversión.

Ella carraspeó y él la soltó, aunque excesivamente despacio.

–No sé, Ian –comentó Elena, volviendo a los papeles de la señorita O'Paradise–, desde luego, entregarle al cliente un montón de hojas encuadernadas repletas de fotos... –Chasqueó la lengua–. No me parece apropiado, en todo caso que no se note que se han sacado de internet.

–¿Qué propones? –Se acuclilló.

–Primero, ordenarlo todo por apartados: la cocina, el salón, la biblioteca... –le indicó pasando los papeles de uno en uno–, y que cada sala tenga su propio cuaderno aparte, la primera hoja de cada uno sería el aspecto del apartado entero decorado y luego, cada mueble por separado detallado con la información básica: precio, tamaño, color, el nombre de la tienda donde está disponible... No sé si me entiendes.

Ian parecía asombrado.

–¿Y dibujarías?

–Lo presentaría en acuarelas o lápices negros sobre fondo blanco. El carboncillo no me pega para esto. –Realizó una mueca, pensativa–. O la misma fotografía, pero...

–Pero silueteando las figuras y retocándolas para ofrecer mejor aspecto y clara profesionalidad –concluyó por ella, comprendiéndola a la perfección.

–Exacto.

–¿Lo quieres hacer tú? Te pagaría, no lo dudes.

–¡Ni hablar! –exclamó Elena, incorporándose de un salto–. No vuelvo a quitarle un proyecto a Amber. Si tu decoradora –recalcó con énfasis el adjetivo posesivo sin percatarse de que lo hacía– es tan buena como me aseguró tu padre, no necesitáis mis servicios. Además, mi manera de trabajar con el proyecto de Agnelli no corresponde a la filosofía de *Gayre's Style*.

–¿Mi decoradora? –repitió él. Se levantó, se cruzó de brazos y recostó las caderas en el escritorio, frente a Elena.

–Bueno –desvió los ojos y le dio la espalda–, trabaja para ti, es tu decoradora.

–Es la jefa del departamento de «Decoración de Interiores» –aclaró–. No es mi decoradora. ¿Estás celosa, patito? –Ocultó una carcajada.

Su sobrina se rió, pues no se había perdido ningún detalle de la conversación.

–¡Oh! –Ella se resistió a admitir tal tontería con los puños en los costados y el rostro en llamas–. ¿Por qué iba a estar celosa?

–No sé, dímelo tú. –Se encogió de hombros, despreocupado y vanidoso.

–Olivia, nos vamos –le dijo furiosa a la niña.

Olivia meneó la cabeza y la ignoró.

–Olivia, venga –insistió.

–Oli no quiere irse –señaló Ian sin perder su sonrisa de satisfacción–. Tú, en cambio, deberías irte, sí, pero al baño a refrescarte un poco. Te has puesto colorada.

–Yo no me he puesto colorada –mintió, pero obedeció.

Se encerró en el servicio y respiró hondo repetidas veces para calmarse. Se apoyó en el lavabo y se refrescó la nuca. Cuando incorporó la cabeza, emitió un gritito del susto que se llevó al verlo a su espalda a través del espejo. Y ya no sonreía...

–No te he escuchado entrar. Y creo que estoy en el baño de mujeres –lo reprendió, dirigiendo los ojos a cualquier cosa que no fuera él, y enojada todavía por su culpa.

Ian la abrazó por la cintura, pausado, pero firme. Elena observó el reflejo de la estampa que ofrecían y los latidos de su corazón se incrementaron y se intensificaron. Esa mirada verde estaban rasgando su piel.

–Eres preciosa, Elena –le susurró al oído mientras le acariciaba el estómago por encima del jersey–, pero cuando te pones colorada, que suele ser bastante a menudo, eres más hermosa aún.

Me voy a asfixiar, ¡por Dios!

–Quiero que trabajes conmigo –agregó Ian, que se separó lentamente–. Creo que tienes muy buenas ideas. Empezarías siendo mi ayudante y harías siempre lo que te gusta, que es dibujar y pintar. Una sobrina de Lucy cuidaría a Olivia por las mañanas y por las tardes, yo le impartiría sus clases. Piénsatelo. –Y se fue.

Ella expulsó el aire que había retenido.

¿Trabajar con Ian Gayre?

Cuando salió del servicio, se despidieron de él, quien

besó a las dos por igual y delante de la recepcionista de esa planta sin importarle lo más mínimo que lo presenciara.

Por la noche, tras la cena, la niña se tumbó en el sofá para leer su libro de cuentos de las princesas Disney. Elena y Carmen se sentaron alrededor de la mesa del comedor.

–Gracias por venir, mamá. –La abrazó con fuerza.

–Vendré para primavera, por el cumple de Oli, ¿vale? – Se limpió una lágrima que le cayó por su bello rostro.

Su madre era la mujer más guapa del mundo, así lo sentía ella.

–Claro que sí, y las veces que quieras.

–Te he visto muy callada esta tarde –le comentó Carmen, más calmada, tomándola de las manos–. ¿Ha pasado algo con Ian?

–Me ha ofrecido trabajar como su ayudante –le informó y arrugó la frente.

–Me parece una buenísima idea, cariño. –Le dio un suave apretón–. Aunque me sorprende que no hayas empezado ya a estudiar *Decoración*, era lo que querías, ¿no? Creía que Donald y Lucy te habían proporcionado información sobre unos cursos de una escuela muy buena.

–Es que no sé si quiero estudiar cuidando de Olivia. Sé que tenemos mucho dinero, mamá, pero no me gusta depender de ello. –Suspiró–. Me han venido bien estos meses sin trabajar, no te lo niego. Olivia me necesitaba y yo he estado un poco perdida sin saber qué quería hacer.

–Hablas en pasado –apuntó su madre con una sonrisa.

–Me gustó mucho sentirme útil con el proyecto del señor Agnelli –confesó Elena, tímida.

–Y también te gustó volver a dibujar, ¿verdad? –Le acarició la mejilla.

–¡Sentí alivio! –Sonrió, soñadora–. No te lo imaginas, mamá... Fue como... Como... –Pensó las palabras acertadas–. Como...

–Como volver a nacer –adivinó Carmen.

–Sí –asintió ella.

–Y todo fue gracias a Ian, hija.

Elena movió la cabeza en gesto afirmativo, despacio, mientras recordaba cómo su ángel salvador le había enseñado a dibujar...

–Cariño, Miguel y yo vinimos a Edimburgo por él.

Aquella confesión la dejó boquiabierta.

–¿Cómo? –la instó Elena a que se explicara.

–Ian se puso en contacto con tu hermano. Le mandó un email adjuntándole un código que correspondía a un billete de ida y vuelta abierto, para mí, con la posibilidad de elegir la fecha que yo quisiera, y en primera clase. – Las lágrimas bañaban su sabio rostro, sabio y feliz–. Miguel y yo hablamos y pensé que la Navidad completa sería la mejor opción. Tu hermano se compró uno para venir a verte conmigo. Y por eso vinimos, cariño.

Dios mío...

–Yo... Yo le dije que... –Se le formó un nudo en el estómago.

–Le dijiste que no sabías si celebrar la Navidad por Olivia porque te daba miedo contravenir los deseos de Ángel, de Teresa y de Tomás –concluyó su madre–. Y también le dijiste que me necesitabas porque yo sabría qué hacer para ayudarte.

–¿Cómo sabes eso? –pronunció en un hilo de voz.

–Porque hablé con él cuando le mandó el billete de avión a Miguel. –Se limpió la cara con un clínex que llevaba guardado en el bolsillo de la rebeca–. Le pedí a tu hermano que me pasara su teléfono para agradecersele. Ese muchacho odia los halagos –agregó y se rió con suavidad–. Me sorprendió que Ian supiera tantas cosas sobre ti, pero, después de colgar el teléfono, comprendí por qué te habías abierto a él con tanta facilidad. Es... –Gesticuló con las manos, abriéndolas y cerrándolas–. ¡Es como un peluche!

Ella estalló en carcajadas.

–¡Dan ganas de achucharlo todo el tiempo! –insistió Carmen.

Elena respiró hondo y se levantó.

–¿Mamá, podrías...? –Señaló a Olivia.

–Vete tranquila. –Sonrió y asintió.

Sin detenerse a calzarse, en calcetines, mallas y camiseta, como de costumbre, subió al ático. Tocó el timbre.

Ian abrió y frunció el ceño. Llevaba las gafas puestas y el pelo revuelto.

Ella se mordió el labio.

–¿Molesto?

–Tú nunca molestas, patito. –Sonrió con dulzura y le permitió pasar.

Burno se acercó a saludar, contento y dichoso como siempre. Le acarició las orejas y el perro se fue al jardín.

–¿Podemos hablar? –quiso saber Elena.

–Claro. ¿Quieres un café o...?

–No –lo cortó ella, tímida y nerviosa por lo que estaba a punto de hacer.

Se quedaron en el recibidor.

–Ian, yo... –Inhaló aire y lo expulsó con fuerza. No se atrevía.

–Me estás asustando, Elena –se impacientó él, moviendo el pie descalzo contra el suelo, cada vez con mayor insistencia por la agitación que Elena transmitía.

Entonces, ella se puso de puntillas y lo abrazó por el cuello.

Ian no tardó ni un segundo en responder, pues enseguida le rodeó la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Permanecieron así un maravilloso momento hasta que ese ángel caído del cielo se separó, se agachó y la cogió en brazos.

Se acomodaron en el sofá central. Elena se hizo un ovillo en su regazo y comenzó a jugar con la camiseta de él.

–Gracias, Ian –comenzó en voz baja–. Gracias por darme el mejor regalo de Navidad... Gracias por traer a mi madre a Edimburgo y sin que yo te lo pidiera, porque lo

necesitaba y lo que has hecho... Yo... Gracias... –Tragó saliva, entrecortada.

–Elena, no...

–Déjame acabar –le pidió–. Y sí, quiero trabajar contigo.

Notó cómo se le aceleraba el pulso a ambos.

–¿Cuándo quieres empezar?

–¿Cuándo quieres que empiece? –le contestó ella con ese característico regocijo que le cosquilleaba el estómago en presencia de Ian Gayre.

–Mañana hablaré con Lucy para que conozcas a su sobrina. Se llama Elizabeth, tiene veinte años y le encantan los niños. Oli y ella se van a llevar muy bien.

Elena le besó la mejilla de manera más prolongada a lo habitual. Se ruborizó, pero le encantó besarlo.

–Elena... –susurró, ronco.

–¿Sí?

–No soy de piedra –subrayó, molesto.

Ella tampoco lo era, por lo que se incorporó.

–¿Estabas trabajando? –se interesó Elena, quitándose una invisible motita de polvo de las mallas.

–Sí. –Se levantó–. ¿Quieres empezar a ejercer como mi ayudante? –Le guiñó el ojo.

Se encaminaron hacia el dormitorio.

Y se petrificó.

El primer dibujo que hizo tras dos años incapaz de coger un lápiz, en el que había retratado a Ian y a Olivia, estaba enmarcado y colgado encima del cabecero de la

cama. Era muy pequeño en comparación a toda la estancia, pero verlo allí... Sonrió, embelesada. Ian Gayre era extraordinario.

–¿Empezamos, jefe?

Estuvo gran parte de la noche ayudándolo con el proyecto de la señorita O'Paradise. Cuando se le cerraron los ojos por el cansancio, él la cargó hasta su apartamento entre risas por su parte y gruñidos incoherentes por parte de ella debido al sueño.

Al día siguiente, Ian las recogió en la puerta del palacete y las llevó al aeropuerto en el *Jaguar*, trajeado porque venía directo del estudio.

–Gracias, mamá –le dijo Elena a Carmen entre lágrimas.

Olivia también lloraba y le apretaba la pierna a su abuela de una forma desconsolada.

–Cuídalas, Ian –le pidió su madre antes de abrazarlo—. Volveré cuando menos os lo esperéis, mis niñas.

Él retrocedió para permitirles intimidad.

–Elena, por favor, haz caso a tu corazón, no a lo que diga tu cabeza, ¿de acuerdo? –Sonrió Carmen, tan triste como las otras.

Ella asintió, consumida por el llanto.

–Te voy..., a echar..., muchísimo de menos, mamá...

Se abrazaron las tres juntas por última vez.

Elena y su sobrina esperaron a que Carmen pasara el control de la aduana y desapareciera de su vista.

La niña corrió a los brazos de Ian, que la aupó y le

entregó el consuelo que necesitaba. Ella, en cambio, anduvo en su dirección como si le pesaran los pies, cabizbaja e infinitamente triste. Su ángel salvador le elevó la barbilla y le secó las lágrimas con los dedos de la mano libre, pues con el otro brazo sujetaba a Olivia. La rodeó por los hombros. Elena escondió el rostro en su pecho y, aferrada a él y a su sobrina, se desahogó.

Ese día Ian no volvió a *Gayre's Style*.

Se fueron los tres al ático.

Vieron *El rey león* una y otra vez hasta que la niña se quedó dormida en los brazos de Elena, que también lo hizo en los de su ángel, y él sobre el sofá, con *Bruno* a sus pies.

CAPÍTULO 10

Se despertó en la cama de Ian. Escuchó risas y se acercó al pasillo.

Olivia corría por el salón, chillando mientras su profesor jugaba a perseguirla. En un momento, él pisó un cojín que había en el suelo y, como iba descalzo, se escurrió y se cayó recibiendo un golpe seco, además de aterrizar con una postura ridícula.

Elena no quiso evitarlo y estalló en carcajadas, delatando su presencia.

Entonces, los dos fueron a por ella, que, aún somnolienta, gritó y caminó tan deprisa como pudo de vuelta al dormitorio. Acabaron los tres sobre el colchón, Elena debajo de Ian y con las piernas de ambos enredadas.

Su sobrina salió detrás de *Bruno* hacia el jardín.

La alegría, pues, se desvaneció...

–Estoy horrible –le susurró ella, tímida, con el corazón a punto de explotarle del pecho–. No me mires, por favor.
–Se cubrió la cara con las manos.

Él se las retiró y se las colocó por encima de la cabeza, lo que la obligó a arquearse y a gemir...

¡Ella jamás gemía! Nunca había gemido, ni siquiera con Tomás...

Automáticamente, la mirada de Ian se tornó tenebrosa y demasiado aguda.

–¿Hoy no vas al estudio? –le preguntó Elena, acelerada, en un tono apenas audible, pues le resultó imposible encontrar su voz.

–¿Quieres que me vaya? –le respondió él, ronco.

–No... –confesó ella, que lo observó, anhelante sin darse cuenta.

Ian se inclinó y entrelazó los dedos a los suyos. Esos ojos verdes descendieron a sus labios. Los dos tragaron saliva.

–Elena...

–Ian...

Pero no sucedió nada porque Olivia apareció. Y Elena lo agradeció, pues, de repente, se le habían olvidado muchas cosas, por ejemplo, cómo comportarse delante de un hombre, aunque más concretamente delante de Ian Gayre, el cual se desplomó en la cama y simuló dormirse. Ella no era tonta y supo que necesitaba unos minutos para serenarse, igual que la propia Elena, con la diferencia de que la niña requería atención y era su sobrina, no la de él,

por lo que se llevó a Olivia al salón y preparó el desayuno.

Inhaló oxígeno sin cesar. No conseguía relajarse. Encendió la cafetera y colocó cruasanes y magdalenas en un plato. Cuando llenó la bandeja y la taza de café, se dirigió al salón.

Ian surgió poco después vestido de traje y corbata. Se peinaba con los dedos el pelo húmedo por la ducha.

–Creía que no... –comenzó ella, pero se calló.

¿Se iba por lo que había pasado entre ellos?

Elena se abrazó las piernas en un acto reflejo.

–Me ha llamado Agnelli –le explicó él, apenas sin mirarla–. Quiere reunirse conmigo. Accederá a que hagamos el proyecto con una condición.

–¿Cuál? –se interesó ella. Se incorporó y se aproximó.

–No me la ha dicho. Tengo que irme. –Anduvo hacia la puerta.

Olivia se despidió con la mano. Estaba en la terraza con el perro.

–Ian... Siento lo de antes...

–Yo, también –convino Ian, de espaldas–, no volverá a suceder. No creo que tarde mucho. –Y se fue.

La relación entre ellos se tornó tirante.

Cuando él regresó de la reunión, comieron los tres en perpetuo silencio. Luego, Ian se cambió el traje por unos vaqueros gastados y una camiseta, se sentó con la niña en la hamaca del jardín y retomaron las clases mientras se columpiaban con suavidad.

Por la noche, Olivia se acostó en el cuarto de invitados y los dos adultos continuaron con el proyecto de decoración de Amber.

A la una de la madrugada, hicieron un receso.

—Será mejor que te vayas a dormir —le aconsejó él, estirando los músculos de los brazos.

Elena estaba tumbada en el suelo y se levantó, agotada, pero lo hizo tan rápido que se mareó. Ian la sujetó al instante, asustado.

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido solo un segundo. Gracias. —Sonrojada, se separó.

El problema vino al entrar en la habitación y ver a la niña en el centro del colchón con las extremidades en cruz. Le dio pena moverla por si la despertaba, por lo que decidió probar a dormir en el salón.

Él no se percató de la presencia de ella hasta que se sentó en el sofá.

—Hola —le saludó Elena, seria.

Odiaba que no le sonriera, que no la mirara...

—Hola —respondió Ian. Se acomodó en la otra punta. Los pies descalzos de ambos casi se rozaban—. ¿Oli se ha adueñado de la cama? —Recostó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —Se incorporó sobre el codo flexionado.

—Porque esta mañana he amanecido con ella encima de mí.

Los dos se rieron con suavidad.

–¿Ian?

–¿Elena? –La miró al fin.

–¿Estás enfadado conmigo? –se atrevió a preguntar.

Tarde o temprano tendrían que hablar.

–No.

–Entonces... –Se sentó sobre sus talones–. ¿Por qué estás tan...?

–¿Tan...? –Alzó las cejas y también se sentó.

–Tan lejos de mí...

Él la observó un eterno momento sin pestañear.

–Porque cada vez me cuesta más... –confesó Ian en voz muy baja–. Cada vez me cuesta más controlarme, Elena. Y después de lo de esta mañana... –Se revolvió el pelo, frustrado, y se frotó la cara–. Y no sé si debería decirte esto, porque no sé si tú...

–Yo... –lo interrumpió ella. Desvió los ojos a un punto infinito en el suelo, a lo lejos. Su corazón cabalgaba a gran velocidad y temió que se precipitara hacia las alturas–. No sé cómo comportarme... Me siento rara. Yo nunca... –Tragó saliva–. Nunca me había sentido así... –Gesticuló mientras hablaba–. Ni siquiera con Tomás... Solo hace ocho meses que se murió y me siento culpable...

–¿Culpable por qué? –quiso saber él.

Elena se puso en pie de un salto y paseó de un lado a otro por el espacio con la mente perdida en sus pensamientos y en la incongruencia de sus sentimientos.

–Me siento culpable porque nunca me había sentido

así, ni siquiera estando con él –repitió ella, que movía los brazos como si estuviera poseída–. ¿Sabes la cantidad de veces que me abrazó Tomás en cinco años? ¿Sabes la cantidad de veces que me consoló en los dos últimos años? Pues... –Paró y respiró hondo. Cerró los párpados con fuerza–. Ninguna de esa veces sentí el alivio que siento cuando estoy contigo... Es como si me diera cuenta, ahora que se ha ido, que él no era lo que yo necesitaba, que yo no..., que yo no... –Apretó los puños, desquiciada.

–Elena...

–¿Cómo es posible que él me dijera que lo dejara todo y me dedicara al arte, a la decoración, que persiguiera mis sueños, que me apoyaría siempre, pero que yo no lograra terminar un solo cuadro desde que empecé la relación? Llevaba cinco años sin terminar un dibujo y los dos últimos sin poder coger un lapicero siquiera... Y, de repente –lo apuntó con el dedo índice–, tú me sostienes la mano y... –Se tiró del pelo con saña–. Me da pánico –reconoció con lágrimas en los ojos–. Estoy aterrada porque yo quiero a Tomás, lo querré siempre, pero...

–¿Pero? –le susurró a su espalda.

–Pero pienso en ti constantemente, Ian –declaró ella, alivia al pronunciarlo en alto, aunque turbada por las consecuencias que aquello pudiera provocarla–. No sé cómo actuar... Esto es nuevo para mí, yo no sé...

–Solo siente, Elena... –Sus manos la rodearon por la cintura lentamente y la pegaron a su cuerpo–. Solo siente... ¿Confías en mí?

–Yo... –Se le entrecortó la respiración.

Jamás había estado tan nerviosa, tan expectante y con tanto calor abrasándola, jamás...

–¿Confías en mí? –repitió Ian, retirándole los cabellos del cuello.

–Tengo miedo... –Cerró los párpados y suspiró, trémula.

–¿De qué tienes miedo? –Le acarició la piel con sus labios húmedos.

–Ay, Dios... –pronunció en un jadeo involuntario.

–Vamos, patito... –Le rozó la oreja con la nariz—. Dime de qué tienes miedo.

–Mmm... –gimió Elena con la mente en blanco. Abrió los ojos de golpe y se puso rígida—. Lo siento...

–No, Elena, nunca me pidas perdón por gemir. –Resbaló las manos por sus costados, arriba y abajo, mientras sus labios se dedicaban a inspeccionarle el cuello—. Dime de qué tienes miedo...

–Así... Así no puedo..., pensar... –Ladeó la cabeza para recibir más y más...

De repente, él frenó los mimos. Elena despertó del trance.

–Ahora, dímelo –le exigió Ian al apartarse a una gran distancia.

Ella se giró.

–No me entiendo ni yo... No sé cómo comportarme con un hombre, Ian. –Frunció el ceño—. Solo he estado con Tomás en toda mi vida y... Y él y yo... –Su rostro se

volvió rojo intenso, lo supo por lo caliente que lo notaba—. Y... No sé cómo actuar, yo no... —Frustrada, se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso de agua fría, que bebió de un trago.

Él la siguió con el semblante cruzado por la gravedad.

—Tengo miedo de tocarte y que me guste... —continuó Elena. Lo observó, mordiéndose el labio inferior y retorciéndose los dedos en el regazo—. Porque me encanta abrazarte, porque te miro y me gusta lo veo... —Suspiró con la respiración intermitente—. Me gusta —lo analizó de los pies a la cabeza—, muchísimo lo que veo —recalcó con énfasis—, pero también me gusta lo que me haces sentir, me asusta, pero me gusta. Y me da miedo perderme... No sé si estoy preparada para... Para...

Ian se acercó y le acunó las mejillas entre la manos. Se las acarició, al igual que la barbilla, la boca...

Ella se humedeció los labios en un acto inconsciente. Chupó la punta de los dedos de él, un acto que les arrancó un resoplido irregular, un resoplido que la obligó a sujetarse a sus brazos porque sus piernas se convirtieron en gelatina.

—No sabrás si estás preparada —le susurró Ian—, si no lo intentas. —Se inclinó—. Ahora voy a besarte, Elena, porque a mí también me gusta muchísimo lo que veo. Eres preciosa... Eres la mujer más hermosa que he visto y conocido en mi vida... Y no te quiero asustar, pero yo también tengo miedo.

—¿Tú? —Lo contempló, embriagada por el fiero verdor

de su mirada.

–Sí. –Sonrió con ternura–. Temo que, si me acerco mucho, huyas de mí.

–Jamás podría huir de ti, Ian... –Respiró hondo–. Puedo irme, pero volvería, porque contigo me siento... –Tragó–. En casa.

La boca de su ángel rozó la suya.

Elena dio un brinco.

–¿Y si no me acuerdo? –inquirió ella, aterrada–. ¿Y si no lo hago bien? ¿Y si...?

–¿Quieres que me detenga? No quiero hacerlo –reconoció él, rudo, apretando la mandíbula–, pero lo haría. –La soltó y reculó.

–No –respondió al instante–. No hagas eso. Yo... –Se tapó los labios con una mano temblorosa.

–¿No haga el qué?

–No te distancies, Ian, por favor... –Avanzó–. No te alejes de mí, por favor... –Tragó saliva de nuevo–. No sé cómo hacerlo... –admitió y desvió los ojos, avergonzada.

–Entonces, déjame a mí, patito. –La atrajo hacia su cuerpo–. Tú solo siente... –La tomó por la nuca con las dos manos–. Tú solo déjate llevar... Conmigo estás a salvo...

Y la besó.

¡Oh, Dios mío!

La liberación que experimentó en cuanto esos labios se posaron sobre los suyos fue de tal magnitud que por un momento se suspendió, su corazón frenó en seco y se le

extinguió el oxígeno. Y también le ocurrió a él.

Pero solo por un momento...

–¿Sigues..., sin..., acordarte? –quiso saber Ian con una mirada tan anhelante que la hizo flaquear.

–Sí... Necesito más..., para..., recordar... –Lo agarró por el cuello sin vergüenza, ni timidez.

Fue Elena quien lo besó en esa ocasión, más prolongada que la vez anterior...

Les pesaban a ambos los párpados.

–¿Más? –le preguntó él, acariciándole el labio inferior con el pulgar, sin perderlo de vista, mordiéndose el suyo propio, conteniendo las inmensas ganas que tenía de besarla y besarla y besarla y no parar jamás...

Ese gesto la derritió. Movi6 la cabeza afirmativa y lentamente, muy, pero que muy, despacio, prendada como estaba por ese ángel.

Ian la abrazó por las caderas, la pegó a él y, al fin, la devoró...

Ella lo correspondió sin dudar, sin dulzura, ni ternura, sino con pasión, con una incontrolable pasión que desconocía tuviera en su interior. Su cuerpo entero se relajó, se transformó en cenizas.

Al escucharla, Ian gruñó y le engulló los labios. Abrieron la boca al mismo tiempo. Sus lenguas iniciaron, pues, una danza tan sensual que se estrecharon el uno contra el otro, se movieron y se chocaron con la nevera. Se dieron cuenta en ese instante, gracias a ese beso tan hambriento, que ya eran incapaces de reprimirse por más

tiempo. Ahora que se habían probado, les resultó inadmisible despegarse.

Las manos de él vagaron posesivas por sus costados, descendieron por la curva de su cintura, donde le hundió los dedos y gruñó de nuevo... Inflamaron su vientre plano... Se deslizaron por sus caderas hacia la parte baja de su espalda, en la cual estrujaron la camiseta un segundo, y...

Ian se separó de golpe. Se apoyó en la isla, frente a Elena. La observó, furioso. Los dos respiraban acelerados y de manera discontinua. Sus bocas estaban hinchadas y deliciosamente magulladas.

Ella clavó los ojos en sus labios y gimió... Echó hacia atrás la cabeza y lo miró, entregada, agonizante, suplicante...

Él no lo resistió un segundo más. Elena tampoco... Y se encontraron a medio camino.

Ian la elevó del suelo. Ella le ciñó la estrecha cintura con las piernas. Él la sostuvo por debajo del trasero sin llegar a tocárselo. Giraron. La sentó en la encimera. Las caderas colisionaron entre sí. Elena lo tiró de los cabellos, impotente, revolviéndoselos con rabia porque besarle no la aliviaba, necesitaba más, mucho más... Ian le respondía de igual modo, con violenta urgencia, sin tomar aire, sin dejar de emitir sonidos ininteligibles, como si hubieran esperado toda una vida a tocarse, a acariciarse, a besarse... Y no era suficiente...

Nunca había sentido esa exigencia, esa urgencia...

Nunca había sentido ese deseo de arrancarse la ropa. Nunca había sentido que su piel se calcinara, mucho menos a tal extrema velocidad. Nunca había sentido el cielo en su boca. Nunca había sentido nada comparable...

Jamás.

Ni ella ni él.

El besó se ralentizó, se tornó suave, pero atrevido. Los dientes de Ian le mordieron el labio a Elena. Un gemido trémulo escapó de su boca.

—¿Lo he... —emitió ella en voz baja, sin miedo—, lo he hecho..., bien?

Él respiró hondo y apoyó la frente en la suya.

—Demasiado bien, patito, lo has hecho demasiado bien...

Elena suspiró y escondió el rostro en su clavícula, donde percibió su pulso discontinuo.

—No voy... —pronunció su ángel, aturdido—, a dejarte escapar... Eres mía, Elena, solo mía... —Le hundió los dedos en las caderas, comprimiéndolas contra las suyas—. Pero todavía no lo sabes.

La cogió en brazos sin esfuerzo y la transportó a la cama. A continuación, se tumbó a su lado, la atrajo hacia su calidez y se durmieron, aunque tardaron porque estaban tan excitados física y psicológicamente que se negaron a ser atrapados por el sueño.

Al día siguiente, Elena se despertó con Olivia y con *Bruno* a sus pies. La niña estaba tumbada boca abajo,

coloreaba un cuaderno de dibujos de princesas y balanceaba sus piecitos en el aire.

Ella estiró un brazo y le revolvió los rizos. Se giró y descubrió en la sábana una nota:

Llegaré tarde, patito. Tengo reunión a las seis y se puede alargar. Recuperaré la clase con Oli el fin de semana. Te he dejado el juego de llaves que tiene Allan en la encimera. Ian.

Sonrió. Recordó el beso y se sonrojó sobremanera. Se tapó la cara con la almohada y ahogó un grito de felicidad. Un estremecimiento la sobrevino y tembló. Su estómago aleteó, frenético.

Ian era... Increíble...

Tía y sobrina desayunaron en la cocina. Luego, se llevaron al perro a su apartamento. Nada más abrir la puerta, el dulce aroma floral de Carmen las entristeció. Su madre ya no estaba... Una lágrima descendió por su mejilla. Las dos suspiraron con pesar. La echaban muchísimo de menos y solo hacía dos días que se había marchado. Su madre...

Se ducharon y se vistieron. Pasearon a *Bruno* y regresaron al ático con una pequeña bolsa repleta de ropa para varios días. No lo hizo adrede, no lo pensó. Su sobrina se llevó el peluche gigante y a *Mariquita Pérez*, pues no se separaba de ellos desde que Papá Noel se los había regalado.

A medianoche, Ian cerraba la puerta del piso a su

espalda. El perro se acercó despacio a saludarle. Le rascó las orejas, cansado. Estaba agotado. La reunión había sido larga e intensa.

Vio a Elena y a Olivia dormidas en el sofá mientras se aflojaba el nudo de la corbata en el recibidor. Colgó el abrigo en el perchero y caminó en silencio hacia ellas. Sonrió.

La imagen de esa preciosa mujer protegiendo a esa adorable niña en sueños lo impactó. Estaban de perfil a él. Olivia tenía una pierna sobre la cadera de su mamá y una manita relajada sobre su corazón. La tenue luz de la lámpara de pie les iluminaba con suavidad el rostro.

Nunca había visto nada más hermoso que aquella estampa.

Cogió la cámara de fotos y disparó.

Se despertó sobresaltada de madrugada, a oscuras en la habitación. Olía a regaliz rojo. Había tenido una pesadilla horrible. Había soñado que su ángel sufría un accidente de tráfico y que ella no llegaba a tiempo de salvarlo.

Se levantó y comprobó que su sobrina estuviera bien. Dormía tranquila. Le besó la frente y le ajustó el edredón, pues se había destapado.

En el pasillo, se abrazó a sí misma. Un escalofrío desagradable recorrió su espina dorsal, aún sintiendo la sensación de aquella horrible visión.

Una luz proveniente del jardín activó sus pies en esa dirección.

Ian estaba sentado en la hamaca con un portátil en el regazo. Elena se apoyó en el marco de la cristalera abierta y suspiró, asustada por si el sueño se hacía realidad.

Él la escuchó y la miró. La sonrisa que poseía su atractivo semblante se le borró para ser remplazada por la preocupación al percatarse de su inquieto estado. Cerró el ordenador y lo dejó a un lado. Acudió a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Ian en voz baja, conteniendo el aliento.

Elena lo abrazó por la cintura y respiró hondo. La paz la invadió.

—Te he echado de menos...

Era verdad. Lo había extrañado mucho y acababa de darse cuenta.

Él la correspondió enseguida y expulsó el aire que había retenido. Elena no era la única que se asustaba...

—Es muy tarde, deberías estar durmiendo —le aconsejó Ian, acariciándole los cabellos.

—Tú, también. —Elevó el rostro y lo observó.

Su ángel le sostuvo el rostro entre las manos y acortó la distancia, pero con el tiempo suficiente para que ella se retirara si quisiera.

No lo hizo.

El tierno beso que Elena recibió la estremeció. Se separaron y de la mano se fueron a la cama. La pesadilla no regresó.

A la mañana siguiente, se desperezó atontada, pero descansada. Parpadeó hasta enfocar la vista. Amanecía. Él

estaba de perfil en el colchón con la cabeza recostada en un brazo flexionado. Sonreía.

–Eres preciosa, Elena –le susurró, ahora serio.

Ian se inclinó, apresándole la cintura por encima del edredón, y le besó la nariz con suavidad, después las mejillas, una tras otra. Ella bajó los párpados. Y también se los besó, al igual que las pestañas, las cejas, la frente, la barbilla, el cuello...

Elena se movió, incapaz de permanecer quieta, hasta pegarse a su cuerpo. Enlazaron las piernas. Y siguió besándola por todas partes menos en los labios.

Se detuvo.

Ella alzó los párpados con un esfuerzo sobrehumano y lo miró. Acercó una mano y le acarició la cicatriz de la ceja. Su ángel cerró los ojos, la adhirió completamente a él y la besó... En la boca. Elena gimió, embrujada, lo abrazó por la nuca, rozándole los mechones con los dedos, y se dejó llevar por las profundas emociones que estaba sintiendo.

Ian deslizó la mano hacia sus caderas y las apretó con fuerza. Ella, pues, se arqueó, buscándolo... Pero aquel escocés la empujó hacia la cama.

–Tengo que ir al estudio. –Se alejó de Elena muy despacio. Arrastró los dedos por su piel cubierta por la camiseta y salió del lecho.

Ella suspiró, trémula. Se tocó los labios que ardían como una llamarada de fuego incandescente.

Él se metió en el baño que había en esa habitación, en

la pared de la chimenea, en el lado en que había dormido Elena, la cual se levantó y se dirigió allí. Abrió, silenciosa, y se asomó.

Ian, en calzoncillos, estaba lavándose los dientes, de perfil a ella, al fondo, donde existían dos lavabos.

Su corazón se aceleró con crueldad. Era la segunda vez que lo veía con tan poca ropa... El pijama se encontraba tirado en el suelo en una esquina. Ian Gayre poseía un cuerpo pecaminoso hasta más allá de los límites. Ahogó una exclamación, pero lo hizo demasiado tarde, pues él la oyó y la descubrió fisgoneando.

Ian se enjuagó la boca, se secó los restos con una toalla y caminó, seguro y decidido, hacia ella. Esos músculos que se tensaban a cada movimiento la hipnotizaron... Esa piel bronceada... Ese fino vello que le cubría el pecho y descendía hasta perderse en la cinturilla de la tela blanca que escondía su *privacidad*...

Una lenta y seductora sonrisa se dibujó en el atractivo rostro de aquel hombre tan impresionante, y a continuación... ¡Le cerró la puerta en las narices!

Elena se quedó boquiabierta. Escuchó la ducha.

Malhumorada, farfullando incoherencias, se fue a la cocina y preparó café para dos. El muy tunante sabía el efecto que la causaba, y más después del primer beso...

El primer beso...

Pensó en Tomás. Recordó los besos que había compartido con su marido en los cinco años que habían estado juntos. Nunca había sentido con Tomás lo que

sentía cuando Ian la besaba, la acariciaba, incluso la miraba. Esa paz, esa protección, esa confianza que le profesaba su ángel, esa sensación de saberse segura entre sus brazos, jamás la había experimentado con su marido ni al principio de la relación.

¿Eso qué significaba?

La angustia la invadió. La realidad se tornó cada vez más clara, más reveladora, y, por tanto, cruel...

Unas manos le rodearon la cintura por detrás. Ella se sobresaltó y se apartó, asustada. Ian la observaba con el ceño fruncido sin comprender su reacción. A Elena se le formó un nudo en la garganta que amenazaba con explotar en cualquier instante.

Él avanzó.

Ella reculó.

—¿Qué pasa? —quiso saber Ian.

—Nada, yo... —Tragó y corrió hacia el servicio, donde echó el pestillo y se desplomó en el suelo. Flexionó las piernas y las abrazó. Ocultó la cabeza en las rodillas.

—Elena —le pidió Ian a través de la puerta—, por favor, ábreme.

—No —contestó.

—Ábreme —repitió con dulzura.

Era una orden sí, pero no lo pareció.

—No puedo, Ian... —pronunció en un hilo de voz.

Él respiró hondo de forma sonora.

El cuerpo de Elena se sacudió, violento y angustiado.

—Dijiste que jamás podrías huir de mí... —susurró Ian en

un tono que revelaba dolor.

Ella sofocó un sollozo al escucharlo. Se incorporó y giró el picaporte.

Su ángel estaba recostado en el marco, cabizbajo, con el semblante cruzado por la derrota.

Las lágrimas bañaron las mejillas de Elena, la cual se puso de puntillas y lo besó en la rasposa mejilla. Con él estaba a salvo, lo sabía, pero le costaba tanto entender lo que la estaba sucediendo...

—Pasa un buen día —le dedicó ella con una sonrisa que pretendía fingir tranquilidad.

Sin embargo, Ian la contempló con fiereza, la abrazó por las caderas y se apoderó de sus labios con una exigencia enloquecedora. Un segundo. Un segundo arrollador...

—No me importa el tiempo que he de esperar para que te des cuenta de lo hermosa que eres —señaló él con la voz ronca por el deseo que los envolvía y poseía a partes iguales—, de la energía, la inocencia, la pasión y la belleza que hay en ti y que tú te empeñas en anular. Pero lo harás, llegará el día en que te des cuenta. Y, cuando eso ocurra, brillarás mucho más de lo que brillas ahora, y a mí ya me ciegas. —La soltó y se fue.

Dios mío...

Olivia le agarró la pierna, somnolienta. Elena se obligó a serenarse porque corría el riesgo de estallar de excitación...

Esa tarde, Lucy la telefoneó.

–*¿No tendrás por casualidad algo que contarme, querida?* –la interrogó su amiga en un tono pícaro a través de la línea.

¿Lo sabía?

Su expresión se tornó grave. Lo último que deseaba era que, lo que fuera que tuvieran, se mantuviera de momento en secreto. Ni siquiera sabía cómo actuar delante de él, como para encima actuar con público.

–No sé por qué lo dices –simuló ella no comprenderla.

–*No sé, querida, tal vez porque Ian me acaba de decir que llame a mi sobrina para que sea la niñera de Olivia. ¡Qué bien que vayas a trabajar aquí!* –gritó, efusiva.

Elena se rió.

–Si te soy sincera –murmuró ella–, no se si será buena idea... Llevo un par de días trabajando con Ian en un proyecto de Amber. Y ya es el segundo, después del de Agnelli.

–*Por eso está tan enfadada...*

–El día en que se despidió mi madre de vosotros, Oli y yo subimos a ver a Ian a su despacho. Apareció Amber con una carpeta que contenía información de un proyecto. Ian me preguntó si quería echarle un vistazo.

–*¿Delante de ella?* –exclamó Lucy, incrédula.

–No te imaginas cómo se puso... –Se carcajeó con deleite.

–*Me lo imagino.* –La imitó–. *¿Y es el proyecto con el que estáis?*

–Sí. Me ofreció trabajar como su ayudante y acepté.

–¿La ayudante de Amber? ¡Ni se te ocurra!

Elena se volvió a reír.

–¡No, Lucy! La ayudante de Ian –aclaró.

–*De Ian* –repitió su amiga.

–Sí, ¿qué pasa? –Se sentó en uno de los taburetes de la isla.

–*Nada, nada...*

–¿Lucy Irwing?

–¿*Elena Robledo*?

–¡Habla! –la reprendió ella, enojada por el misterio de la secretaria.

–*Si hablo, ¿me prometes no escapar?*

–¿Adónde voy a ir? –bufó.

–*A encerrarte bajo cien candados* –suspiró su amiga, seria.

Elena la entendió.

–Habla, Lucy, por favor –le rogó, con el aleteo en el estómago, aunque sin sonreír–. No tengas miedo, no me iré.

–*Elena...* –Pero Lucy se detuvo.

–Me estás poniendo nerviosa... –farfulló. Tamborileaba los dedos en la encimera.

–*Me parece genial que trabajes aquí. Ian es un gran arquitecto y tiene una paciencia asombrosa cuando trata con los empleados. Es muy educado, correcto y un jefe al que alabamos todos, sin excepción.*

–¿Pero? –aventuró ella.

–*No hay peros.*

Elena arqueó las cejas.

–No es eso lo que ibas a decirme, ¿verdad?

–No –admitió su amiga–, *pero todavía no estás preparada para oírlo.* –Suspiró–. *Ahora tengo que colgar. ¿Te parece bien venir mañana al estudio a conocer a mi sobrina? Ya he hablado con ella. Ian me ha dicho que le hagas la entrevista en su despacho.*

–No le voy a hacer ninguna entrevista. –Chasqueó la lengua, divertida–. Si es tu sobrina y además me la recomendó Ian, por algo será.

Lucy emitió una risita.

–¿A mediodía?

–A mediodía, estaremos allí –concluyó ella–. ¡Nos vemos!

Colgaron.

En ese instante, escuchó el cerrojo de la puerta: Ian no tardaría en entrar.

Y los nervios crecieron hasta el infinito...

Como una auténtica colegiala, se echó un vistazo a sí misma para estar presentable.

No, no lo estaba. No quitarse el pijama en todo el día tenía ventajas de comodidad, pero no de estética. Y por una razón que se la antojó inexplicable, sintió el impulso de correr a la habitación y cambiarse, pero no pudo.

Olivia salió disparada a los brazos de su profesor, que la elevó en el aire y le hizo cosquillas.

–Hola, Oli –le dijo él a la niña con una inmensa sonrisa.

Por Dios... Eran las ocho y seguía tan guapo como por la mañana... ¡Y qué guapo era!

Elena se mordió el labio inferior para mitigar un gemido. Con traje, con vaqueros, con el cabello perfectamente peinado o revuelto, con *converse*, descalzo, en pijama, en calzoncillos... No importaba, Ian Gayre era soberbio.

En calzoncillos...

Sus mejillas se acalararon al recordar la escena del baño. Era perfecto...

Ian bajó a su sobrina al suelo, que salió al jardín con *Bruno*. Giró la cabeza en su dirección. La miró. Le dedicó una sonrisa traviesa.

—¿Tú no me vas a saludar? —Se aproximó a ella lentamente.

Elena retrocedió y arrugó la frente. Él continuó hasta que la acorraló entre la isla y su cuerpo, un cuerpo que desprendía un intenso aroma a regaliz. Ian apoyó las manos a ambos lados de Elena y se inclinó.

—Hola, patito. —Le besó la nariz.

Estaban muy cerca.

—Ho... Hola —contestó ella y carraspeó seguidamente.

—¿Hoy también me has echado de menos? —le susurró al oído.

—Olivia... —Apuntó con el dedo hacia la terraza—. No quiero que ella...

Él se incorporó y tiró de su brazo. Elena se recostó en el frigorífico, escondida, pues estaba en un rincón desde

el cual no se veía el jardín.

—Oli está jugando con *Bruno* —señaló su ángel, rodeando su cintura con las dos manos.

Ella se sujetó a las solapas de su chaqueta. El corazón se le disparó.

—Ian... —pronunció con la voz ronca—. ¿Tú me...? ¿Me has echado de menos? —se atrevió a preguntar, con el estómago apresado en un puño invisible.

Ian dejó de sonreír. Sus ojos verdes se endiablaron.

—¿Tú qué crees, Elena?

Y la besó.

Posó los labios entreabiertos sobre los de Elena, y ambos creyeron morir de agonía... Lo correspondió con la misma ternura que él le estaba demostrando, una ternura que los excitó por igual.

—Creo... —le dijo Ian entre osados y húmedos mordiscos a su boca—, que debería... Cambiarme...

—Sí... —gimió ella. Se arqueó—. Yo tengo... Tengo que bañar a..., a Oli...

—Joder... —pronunció en inglés—. Me encantas, Elena...

Y se besaron de nuevo. Elena le cercó el cuello con los brazos y profundizó el beso con ansia. Él le acarició los costados, arriba y abajo, una y otra vez, enardeciéndola... ¿Qué poder tenía ese hombre para embriagarla de deseo a tal magnitud? Solo habían pasado dos días desde que se habían besado por primera vez y deseaba que Ian...

Deseo. Puro deseo.

Sí, reconoció a pleno pulmón, lo deseaba, y, lo que era

peor aún, lo deseaba como a nadie, ni siquiera como a Tomás...

Paró de golpe, horrorizada ante tal pensamiento.

Ian la observó, al principio aturdido, luego enfadado. Se alejó de ella y se dirigió al dormitorio, donde se encerró de un portazo.

Enfadado era poco decir...

Para serenarse y dejar la mente en blanco, Elena llenó la bañera del servicio existente enfrente del cuarto de invitados y la cargó de mucha espuma.

—¡Oli! —la llamó cuando hubo terminado—. ¡Oli! ¡Al baño, venga!

Olivia apareció en cuestión de segundos con el perro a su espalda. Arrastraba el gigantesco peluche.

Bruno se tumbó en el suelo mientras ella bañaba a la niña. Ya era mayor para hacerlo sola, pero prefería quedarse con su sobrina que coincidir con ese escocés que le había arrebatado hasta la cordura, por lo que recostó la espalda en el mármol y suspiró.

Entonces, Olivia la salpicó de agua y de jabón.

Elena se sobresaltó y observó a su sobrina, que sonreía, juguetona.

—Así que, esas tenemos, ¿eh? —la amenazó ella antes de echarle agua.

Y la niña se defendió, lo que provocó que Elena terminara con la camiseta empapada y el suelo repleto de agua. El perro saltaba y ladraba. Ella estalló en carcajadas.

–Anda, tunanta –la alzó y la sacó de la bañera–, por hoy es suficiente.

Cogió una toalla doblada debajo del lavabo y la secó haciéndole cosquillas. En un arrebato de amor, la ciñó contra su cuerpo y le dio un mordisquito en el cuello. Olivia se rió sin control, retorciéndose.

Elena se incorporó y examinó su reflejo en el espejo. Estaba hecha un desastre y así no podía salir del baño. Se desprendió de los calcetines, de las mallas y de la camiseta. Extendió la ropa en el borde del mármol.

–Voy a por algo seco.

Salió al pasillo y se chocó contra algo, algo duro pero flexible, algo que olía a regaliz rojo...

–¡Oh! –exclamó ella, paralizada.

Ian la había sujetado por la cintura en un acto reflejo, también petrificado por la escena...

–Ay, Dios... –gimió Elena, abochornada y colorada a más no poder.

Él le contempló la boca con tal violencia que ella jadeó sin remedio.

–Oli –llamó Ian a la niña–, ponte el pijama. Enseguida va mamá a hacerte la cena.

Su sobrina obedeció y desapareció.

–Ian...

–Tú y yo vamos a hablar ahora mismo, Elena. –El tono ronco y tajante no admitía una negativa. La cogió en vilo y se metieron en su habitación. La soltó de malas maneras. Agarró una camiseta del armario y se la lanzó–.

No quiero volver a verte en ropa interior, ¿queda claro?

Elena se colocó la camiseta a una velocidad supersónica.

—No ha sido deliberado —gruñó ella, tirando del bajo de la prenda, que le alcanzaba la mitad de los muslos.

—¡No soy de piedra, maldita sea! —profirió Ian, rabioso.

—¡Yo, tampoco!

—Pues, perdona que te lo diga —escupió con desagrado, cruzándose de brazos—, lo escondes muy bien.

—¡Eso no es verdad! —Apretó los puños a los costados.

Él se situó a escasos milímetros de distancia. Elena tuvo que levantar la cabeza para no perder de vista esos ojos verdes que la estaban magnetizando por enésima vez...

—¿Y por qué demonios —pronunció Ian con voz afilada, respirando como un mar embravecido— te has detenido antes en la cocina? ¿Por qué esta mañana has huido de mí?

—¡Porque soy una maldita cobarde! —Las lágrimas amenazaron llanto.

—No te creo. —Se inclinó—. Una mujer cobarde no se entrega a un beso como lo haces tú, Elena —añadió en un tono enrojecido, sin dejar de comerle los labios con la mirada—. Una mujer cobarde no gime en mis brazos, no me espía a escondidas y mucho menos me mira como me miras tú. Tú no eres cobarde, Elena. —Chirrió los dientes.

—Ian...

Lo observó, hechizada por el poder que él emanaba,

por un poder que la incitaba a pensar cosas que jamás había pensado, a sentir cosas que jamás había sentido.

–Si... –suspiró Ian, devastado. Hundió los hombros—. Si algo te importo, demuéstramelo. No vuelvas a huir de mí, Elena. No lo vuelvas a hacer, por favor... –Se le quebró la garganta—. Me matas cuando lo haces... –Agachó la cabeza y retrocedió—. Yo solo quiero abrazarte, consolarte, acariciarte, cuidarte, protegerte, besarte, hacerte sonreír, porque adoro tu sonrisa...

–Ian... –Se cubrió la boca con una mano temblorosa. Se le partió el corazón por verlo así, rendido, y por su culpa—. Ian... –Le acarició el rostro—. Enséñame... –Se apoyó en su pecho, se puso de puntillas y le besó la boca con dulzura. Su ángel se sobresaltó, pero no se retiró—. Enséñame a enfrentarme al miedo... Solo tengo uno. –Acunó su cara—. Tengo miedo de perderme, porque te deseo de un modo que jamás he deseado a nadie, ni siquiera a Tomás, porque nunca he sentido lo que siento estando contigo, Ian, nunca... Y esta mañana me asusté. –Se apartó y agachó la cabeza—. Me asusté porque me di cuenta de que mi primer beso había sido contigo, no con Tomás... –Las lágrimas se derramaron sin contención—. Y quiero más... Lo quiero todo... –Elevó los tímidos y acuosos ojos hacia él—. Pero contigo... Quiero que me lo enseñes todo, Ian.

Ian Gayre permaneció en suspenso. Asimilaba las palabras que acababa de emitir esa mujer, la más hermosa del mundo... Lo tenía encandilado. Por ella, sería capaz de

conquistar el universo entero.

–No será fácil –murmuró él, al fin, después de un eterno momento callado–. Tendrás que confiar en mí. –Entrelazó los dedos de una mano a los de Elena–. Yo también lo quiero todo, Elena, todo contigo. –Le elevó la barbilla y la contempló, anhelante–. Jamás he deseado a una mujer como te deseo a ti. Jamás –recalcó con rudeza.

–¿Contigo estoy a salvo? –Le suplicó con los ojos aún en llanto mudo.

–Conmigo estás a salvo, Elena.

La besó. La besó con infinita ternura. Ella le arrojó los brazos al cuello. Ian la levantó por la cintura y la recostó en la puerta de la habitación. Un cuerpo se empujaba contra el otro, no supieron cuál de los dos... Y tampoco les importó.

–Déjame..., cuidarte... –articuló su ángel entre besos húmedos cargados de sensualidad.

–Ian... –gimió, con el interior revolucionado sin sentido, curvándose, exigiendo más.

–Repítelo... –le ordenó. Resbaló las manos hacia su trasero–. Di mi nombre otra vez, Elena... –Le apresó las nalgas contra sus caderas.

La ternura desapareció. Un desconocido placer los agitó por igual.

–Ian... –jadeó Elena, embrujada, al borde de un acantilado al que necesitaba lanzarse...

–Apenas hace dos días que nos besamos por primera vez... –Le chupó el labio inferior–. Pero... Ya estoy loco,

Elena... Es tu inocencia lo que me tiene cautivado desde que te conocí... –Rodó la boca hacia su cuello y lo lamió como todo un maestro—. Porque no tienes idea... –Resopló contra su piel y le mordió la barbilla—. De lo hermosa que eres... Podría mirarte todo el día... Y no me saciaría... –Subió las manos por dentro de la camiseta, abrasándola—. Tocarte me hace arder en un fuego mágico, Elena, un fuego del que no me quiero desprender... Quiero quemarme... Constantemente...

–Ian...

Los labios de él se apoderaron de los suyos de manera lenta, pero resuelta, erótica y prohibida, a la vez que las manos de ella le tiraban del pelo y se pegaba todo lo que podía contra su cuerpo. Ian le acarició la espalda, los costados y paró debajo de los senos.

–¿Sientes miedo ahora? –quiso saber su ángel en un áspero resuello.

–No... –respondió con los ojos cerrados. Procuró tomar aire, pero estaba tan excitada que le resultaba imposible.

–No te quiero asustar... –confesó él—, pero no quiero detenerme, Elena. Depende de ti.

–Ian...

No le dio tiempo a decir nada, pues, de repente, la bajó al suelo y la soltó bruscamente, haciéndola trastabillar.

Al instante, la puerta la golpeó y Olivia entró en la estancia.

Ian se encerró en el baño a una rapidez asombrosa. Elena se restregó la cara para espabilarse y respiró hondo.

La niña se tocó el estómago. Tenía hambre.

–Sí... –suspiró ella de manera sonora—. Vamos, cariño.

Se encaminó hacia la cocina y su sobrina, al jardín con *Bruno*. Y debido a que el corazón latía exaltado, los alimentos que sacó de la nevera se le cayeron al suelo. Los huevos se rompieron y se manchó la tarima.

–Mierda...

Se agachó para recoger el estropicio, pero unas manos se lo impidieron al sujetar las suyas.

–Déjame a mí –le indicó él—. Yo haré la cena y limpiaré esto.

Elena lo miró a los ojos y no pudo evitar morderse el labio inferior para silenciar un gemido. Ian inhaló aire con fuerza al fijarse en el gesto.

–Elena...

–Ian...

–Ponte un pantalón..., por favor –le ordenó él, que desvió la vista, frunció el ceño y luego se incorporó, ayudándola a ella a hacer lo mismo.

–Claro, perdona... –murmuró, avergonzada, pasando por su lado.

–No lo entiendes. –La agarró del brazo y la observó, fiero, sabiendo que Elena no lo había comprendido—. Te quiero vestida porque tus interminables piernas me trastornan, unas piernas que hace un momento me abrazaban el cuerpo. Y todavía me queman el cuerpo como si estuvieran a mi alrededor. –Chirrió los dientes—. Y no quiero perder la cabeza delante de una niña de seis

años, porque, si sigo viéndote de esta guisa, la perderé, te arrastraré a la cama y no te dejaré salir de allí el resto de tu vida.

Dios mío... Ella contuvo el aliento.

–Ian...

–Joder, Elena –gruñó en inglés, exasperado, y se alejó.

Elena obedeció, aunque no se cambió la camiseta que llevaba, olía a él...

Cenaron en perpetua mudez.

Esa noche, durmió con Olivia, ninguno de los dos comentó nada al respecto. De hecho, no volvieron a hablar. Ian se enclaustró en el despacho, alegó que tenía trabajo acumulado. Ella solo asintió.

Y al día siguiente, no salió del dormitorio hasta que no escuchó que se marchaba al estudio. Estaba tan agitada que apenas había dormido más de tres horas. Y precisamente por su nerviosismo no se sentía cansada, todo lo contrario, su corazón parecía querer cabalgar con salvaje libertad.

A las doce, tal cual habían quedado con Lucy, se presentaron Olivia y Elena en *Gayre's Style*. Su amiga ascendió con ellas al despacho de Ian Gayre.

Fue verlo sentado en la silla de piel, concentrado, aislado del mundo, escribiendo anotaciones en un plano, tan, pero tan atractivo, que se chocó con Lucy, pues esta se había parado en la puerta.

–Uy... Perdón –se disculpó ella, sonrojada.

Lucy entornó los ojos, como si pretendiera leerle la

mente.

La niña se acercó a su profesor para saludarle.

–Hola, preciosa –correspondió él con una sonrisa y le besó la cabeza.

Y miró a Elena.

La tensión la invadió. Su ángel oscuro la repasó de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies. Se detuvo en las piernas, cubiertas por medias tupidas azul marino. Consiguió alterarla y prender sus mejillas sin control posible.

Su amiga carraspeó. Ocultaba una risita.

–¿Hago pasar a mi sobrina? –sugirió Lucy.

–Sí –respondió él, escueto.

Elizabeth resultó un encanto absoluto. Era una chica de veinte años, más alta que ella, rubia natural como su tía Lucy, educada hasta el extremo y con una expresión de pura bondad en su relleno rostro. Olivia y Elizabeth congeniaron enseguida. Su amiga las condujo a una sala para que se conocieran mejor. Ian y Elena se quedaron a solas.

–¿Cuándo empiezo? –quiso saber ella, sin moverse de la puerta cerrada a su espalda.

–Ya tengo el contrato, solo tienes que firmarlo. –Le entregó unos papeles grapados.

Elena, entonces, se sentó en el sofá, se quitó el abrigo y dejó el bolso sobre la alfombra. A continuación, procedió a leer.

–No pienso aceptar este contrato. –Se puso en pie.

–¿Qué problema hay? –le preguntó él. Se levantó también de su silla de piel.

–No pienso trabajar media jornada por tres mil libras. – Se cruzó de brazos–. ¿Te has vuelto loco? Ningún jefe ofrece un sueldo así.

–Yo, sí. –Sonrió, divertido, apoyando las caderas en el escritorio.

–No pienso hacerlo. –Avanzó, alucinada–. Pero, ¿si lo único que voy a hacer va a ser dibujar! Lo hago gratis, bastante estás haciendo por nosotras. –Negó con la cabeza.

–Harás más que dibujar, Elena. –Abrió las piernas, la rodeó con las manos y la atrajo hacia su cuerpo.

Por un segundo se paralizó, pero al instante se removió, inquieta y acelerada por el maldito olor a regaliz que turbaba sus sentidos.

–Suéltame –le exigió, enojada más consigo misma que con él–. Tu despacho es transparente, Ian, si viene... Si Olivia...

–Te contaré un secreto, Elena –le susurró al oído, antes de retirarle el pelo del cuello–. Sé hacer magia. –Tocó uno de los dos pequeños interruptores de la mesa que había en un lateral. La nitidez del cristal, pues, se volvió casi blanquecina, no del todo–. Y escucha esto. –Pulsó otro y se oyó el chasquido del cerrojo de la puerta–. Nosotros sí podemos ver lo de afuera –le besó la oreja–, pero no al revés. Confías en mí? –La sujetó por la nuca.

–Trabajaré gratis. –Elena suspiró, discontinua.

–Estoy dispuesto a negociar...

CAPÍTULO 11

Elena quedó con Elizabeth en que la llamaría para comunicarle cuándo empezaría a cuidar de Olivia. Se negó a firmar el contrato como ayudante de Ian Gayre, por lo que le pidió a la chica que esperara unos días, pero que el puesto de niñera era suyo.

Esa noche, tras acostar a su sobrina en la cama, pues se dormido en el sofá, decidió encarar a su futuro jefe.

—Necesito hablar contigo, Ian —le pidió desde el umbral de la puerta de su cuarto. No lo miró. Él se incorporó del taburete, pero ella levantó una mano para detenerlo—. A esta distancia estamos bien. —Se ruborizó.

Aquel escocés ocultó una sonrisa y fingió seriedad.

—Te escucho. —Introdujo las manos en los bolsillos del vaquero.

—Quiero negociar mi contrato —expresó Elena casi en un gruñido.

–Creo que ya llegamos a un acuerdo. –Arqueó las cejas y sonrió.

–No. –Se cruzó de brazos. Frunció el ceño–. Tú llegaste a un acuerdo. Yo, no.

Ian avanzó un paso.

–¡Estate quieto! –Retrocedió ella, alarmada.

–Vas a despertar a Oli –continuó él, ignorando la orden–, al menos, cierra. –Estiró un brazo por encima del hombro de Elena y empujó suavemente la puerta hasta que se cerró, para después rozarle adrede la piel.

–¡Ya basta! –lo regañó, enfadada–. Si estás cerca no puedo pensar, por favor.

Ian asintió. Intentaba esconder el regocijo, sin éxito, y se apartó, pero no mucho.

–Trabajaré gratis a cambio de tus clases con Olivia –le anunció de forma tajante, golpeando el suelo con el pie.

–Doy clases a Olivia porque quiero, Elena, ya lo hablamos. –Se sentó en el borde del colchón y unió las piernas a la altura de los tobillos.

–Vale, y yo dibujo porque quiero, ya te lo dije esta mañana –gruñó ahora, incapaz de mantenerse serena.

–Pero es que no solo vas a dibujar, vas a ser mi ayudante, ¿sabes en qué consiste trabajar para mí? –Ella negó con la cabeza–. En obedecer mis normas, y no estás empezando muy bien que digamos. –Chasqueó la lengua, divertido.

¡Ese hombre era imposible!

–No me importa, Ian, quiero trabajar. No es por el

dinero... –Sulfurada, dejó caer los hombros—. ¿Por qué tú sí puedes decidir trabajar gratis y yo, no?

Él soltó una carcajada.

–Lo siento, Elena, pero no voy a ceder en esto. –Se incorporó y avanzó de nuevo—. Quiero que trabajes conmigo porque eres un diamante en bruto, pero en ti queda la decisión.

–No pienso cobrar tres mil libras. En cinco años con mi padre, no gané tanto dinero.

–¿Por qué no? –Le elevó la barbilla con los dedos y escrutó su rostro, grave—. Te lo mereces, Elena. ¿Tú has visto tus propios dibujos?, ¿verlos de verdad? Tienes un don. Y las tres mil libras en comparación a tu don no valen nada, porque tu mano, Elena, es única.

Tras escuchar aquello, el enfado desapareció.

Elena se derritió... ¿Cómo podía existir una persona tan buena? ¿De verdad se lo merecía?

–Lo pensaré. –Se retiró.

–Mientras lo piensas –le tendió la carpeta del proyecto de Amber–, ¿te importaría seguir con esto?

–Claro. –Asintió con sinceridad y se dispuso a dibujar sobre la alfombra después de recogerse el pelo, como hacía siempre.

Un rato más tarde, colocó los papeles ya terminados en su orden correspondiente. Se los entregó a Ian, que estaba modificando unos planos en el tablero, el cual se interponía entre ellos, cosa que agradeció. Su ángel se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz.

–¿Pasa algo? –se preocupó ella.

–Estoy cansado. Ayer no dormí bien.

Ya somos dos, pensó.

–Vete a descansar –le aconsejó Elena–. Es muy tarde y mañana trabajas.

–No puedo, tengo que hacer esto. –Se ajustó las lentes y continuó.

–Ian...

Ian la miró.

–Mañana volveremos a casa Olivia y yo. –Agachó la cabeza–. Gracias por todo.

–¿No te gusta estar aquí? –quiso saber él–. *Bruno* y *Oli* se han vuelto inseparables.

–No me... –Carraspeó y se giró–. No me parece bien vivir contigo.

Escuchó cómo Ian inhalaba aire con fuerza y se cambiaba de posición.

–¿No te parece bien o te da miedo vivir conmigo? –la corrigió, situándose enfrente.

–Puede ser –reconoció ella y realizó un mohín con los labios, nerviosa.

–Elena, si es por lo que pasó ayer...

–No es eso, Ian. –Lo observó, frunciendo el ceño. Era incapaz de entenderse a sí misma–. Yo... Estoy muy a gusto aquí... –Paseó por la estancia–. Me encanta este apartamento, pero me parece que... No sé... –Alzó los brazos al techo, desesperada.

–Quiero que os quedéis –declaró, cortante.

Elena se enfadó.

–Las cosas no funcionan dando órdenes y esperando que se cumplan –inquirió.

–Me gusta llegar a casa y veros aquí... –le susurró su ángel. Se encogió de hombros.

Ay, Dios...

Su corazón frenó en seco.

–He vivido solo desde que me mudé a Madrid para estudiar *Arquitectura*. Te aseguro que me encanta mi intimidad –afirmó él con la cabeza–, pero desde que pusisteis un pie en esta casa...

Ella quiso correr, abrazarlo y besarlo hasta el fin de sus días, pero se contuvo.

–Adoro a Oli –prosiguió Ian, que sonrió con dulzura–. Y tú... –Se le borró la sonrisa y se le oscurecieron los ojos–. No te imaginas –acortó la distancia que los separaba– lo que me gusta irme a dormir y que mi almohada y las sábanas huelan a flores silvestres, a ti... –No la tocó–. Pero lo que me gusta aún más –añadió con una ligera aspereza en la voz– es despertarme y que tu preciosa cara sea lo primero que vea, Elena.

–Ian... –gimió y se tapó la boca al instante.

Él le retiró las manos lentamente y entrelazó los dedos a los suyos.

–Quédate conmigo, Elena, por favor... –le suplicó, acariciándole los nudillos.

Elena se mordió el labio y suspiró, temblorosa. Era tan tierno...

–El piso seguirá siendo vuestro –enunció Ian–. Así podrás contar con un lugar al que huir cuando yo te asuste. –Sonrió con tristeza.

Ella se puso de puntillas y le besó los labios en un acto que no planeó. Él la abrazó y la correspondió despacio, saboreándola durante un llameante momento que la dejó tiritando.

–¿Seguro, Ian? No sé si será buena idea... –titubeó.

–Seguro, patito. –Acunó sus mejillas y la besó con una inmensa suavidad–. Y ahora... –La cogió en brazos–. A dormir. –La tumbó en la cama y le besó la nariz–. Dulces sueños, patito. –La arropó y se marchó al despacho.

Sería muy fácil acostumbrarse a vivir así: feliz...

Elena se hizo un ovillo en dirección a su ángel. Contemplándolo con embeleso fue cómo se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, mientras Ian estaba en el estudio, Olivia y ella decidieron hacer cajas de mudanza. Parecía mentira que tras casi tres meses hubieran acumulando tanto, pues llenaron ocho en total. Su sobrina estaba emocionada por la idea, así se lo transmitió.

Cuando lo colocó todo, sus pertenencias en el nuevo cuarto de la niña, pues no osaría invadir el armario de aquel escocés, varias horas más tarde, telefoneó a Miguel para contarle que se cambiaban de piso, evidentemente excluyó la razón por la cual había dado ese paso, porque ni la propia Elena lo sabía.

–*La verdad es que Olivia lo quiere mucho* –comentó su

hermano—. *Mamá y yo ya te digo que nos quedamos alucinados de la confianza que hay entre ellos. ¿Y cómo has decidido eso? —preguntó, escéptico—. ¿Estás saliendo con él? Te aclaro, por si no lo sabes, que antes de vivir en pareja hay que salir, preferiblemente durante un tiempo. Y tú llevas tres meses allí, así que más claro, agua, Ele.*

—¡Miguel! —le gritó, sonrojada.

—*Tan poco es tan raro lo que he dicho —se quejó—. Es guapo, listo, atento, adora a Olivia y está enamorado de ti —agregó de sopetón.*

Un puño invisible golpeó su estómago.

—¿Se puede saber qué clase de tonterías se te pasan por la cabeza? —Arrugó la frente.

—*Mamá también lo piensa. Y Álvaro. Y Lorena.*

—Esto es increíble... —masculló ella antes de sentarse en el sofá. La niña jugaba con *Mariquita Pérez* en el jardín—. ¿Acaso mi vida sentimental es el chisme de la familia?

—*Ah, o sea que admites que estás con él.*

—¡Ya basta, Miguel! —Se levantó de un salto—. No sé de dónde te has sacado eso, pero ya te digo que Ian no está enamorado de mí —bufó, incrédula.

—*Tenemos la prueba.*

—¿De qué estás hablando?

—*¿Es que no ves las noticias? —la regañó Miguel—. Ian y tú salís en la revista «Hello» de esta semana. Hay un reportaje sobre la gala a la que asististeis. Y, por cierto, ¡ibas sensacional! ¡Hasta mis hijos dijeron que su tía era guay!*

Elena se rió por el último comentario.

–Ian no me ha dicho nada. –Cogió su portátil y lo encendió. Se acomodó sobre unos cojines. Abrió una ventana de internet y accedió a la web de la revista *Hello*–. ¡Dios mío! –exclamó sin dar crédito.

En el gigante *banner* de la web aparecían Ian y Elena como la noticia más importante.

–¿Lo estás viendo ahora? –quiso saber su hermano.

–Sí, espera... –Entró en la información.

–Sabes que la revista «Hello» se vende en Madrid. ¡Ahm! Y también salís en «Hola». Pertenece al mismo propietario, por lo que las noticias más relevantes las publican también en «Hola»...

Pero ella ya no lo escuchaba. Estaba completa y absolutamente impactada.

El periodista escribió halagos y más halagos hacia Ian Gayre, hacia su carrera profesional y hacia sus logros. Y en todas las fotos publicadas, que eran unas cuantas, excepto en las del discurso, salía junto a Elena, bien abrazados, bien bailando, pero siempre sonriendo con complicidad. ¡Incluso en un párrafo describían el atuendo de ella!

Una imagen en concreto llamó su atención: Elena estaba riéndose de algo con Lucy, a quien se la veía de espaldas; Ian, a la izquierda, con las manos en los bolsillos del pantalón del esmoquin, la observaba con unos ojos y una sonrisa que en ese momento le provocó un inquietante escalofrío.

–*¿Estás ahí?* –la interrumpió Miguel.

–Sí... –pronunció en un hilo de voz, con la mano apoyada a la altura del corazón–. Tomás nunca me miró así... –musitó.

–*No, Elena, Tomás nunca te miró así* –corroboró su hermano, grave.

Ella se despertó del trance.

–Miguel... –Una presión se adueñó de su pecho–. Nos hemos besado...

Silencio.

–¿Miguel?

Más silencio...

–Miguel, dime algo, por favor...

–*Elena, te has enamorado de Ian* –afirmó sin atisbo de dudas.

Y Elena lo colgó de inmediato.

Justo en ese instante, Ian Gayre hacía acto de presencia.

–Hola –le dijo al acercarse a ella y besarla en la frente–. Hola, cariño –saludó a Olivia.

Pero Elena, en lugar de corresponderlo, se encaminó a toda prisa al baño del dormitorio y se encerró. En esa ocasión, él no la molestó, ni intentó hablar con ella.

Y pasaron largos minutos hasta que decidió salir. Se puso el pijama en la habitación de su sobrina y se metió en la cama con la niña ya dormida.

Así actuó, sin cruzar una sola palabra con Ian. Lo evitó cuanto pudo y durante varios días...

Su mente estuvo en blanco.

Su comportamiento fue autómeta.
Su boca permaneció sellada.
Su alma... ¡Ay, su alma!
Su alma se resquebrajó...

Dos semanas transcurrieron, aún sin trabajar, aún sin hablar con él, aún sin responder los incesantes mensajes y las llamadas perdidas de Miguel. Aún sin reaccionar.

Se despertó un viernes como cada mañana. Se dirigió a la cocina a preparar el desayuno de Olivia. Estaba tostando el pan cuando Ian apareció en vaqueros y camiseta con la niña en brazos.

—Prepara las maletas —le ordenó él antes de llevarse a la niña al jardín.

Elena... Reaccionó al fin.

Se le formó un grueso nudo en la garganta y se fue a la habitación. Farfulló incoherencias mientras intentaba no llorar, en vano. ¿Ni siquiera le permitía tomarse el café antes de echarlas a la calle? Bueno, no a la calle, pero como si lo fuera.

Olivia, sonriente, se reunió con ella. Se balanceó sobre sus pies y dio una palmada en el aire.

—Vamos, Oli. —La tomó de la mano y se arrodilló—. No debimos quedarnos. Lo siento, cariño. —Se limpió las lágrimas.

Su sobrina se sobresaltó y salió corriendo de la estancia. Elena continuó sacando todas sus pertenencias y depositándolas sobre la cama deshecha.

–¿Qué estás haciendo? –le exigió Ian desde el umbral de la puerta. Estaba furioso.

–Lo que me has dicho –respondió sin detenerse.

–¡Vaya! Por fin abres la boca –masculló, irónico—. ¿Qué estás haciendo, Elena? –repitió, agarrándola del brazo, en un tono que no admitía una negativa.

Ella se separó de un empujón.

–Hacer las maletas, Ian.

–Tú no estás haciendo las maletas. –Apretó la mandíbula—. Estás huyendo, ¡maldita sea!

–¡Estoy haciendo lo que me has dicho! –le gritó con las mejillas mojadas irremediablemente—. ¡Me has dicho que nos vayamos y eso estoy haciendo! ¡Eso no es huir! ¡Es obedecer tus condenadas órdenes!

Elena se cubrió la cara, arrepentida por tales palabras. ¿Desde cuándo perdía los estribos? Jamás le había contestado ni gritado a nadie, por lo menos no en serio. ¿Qué le estaba pasando?, se cuestionó, aterrada. Y se respondió al instante, pero no lo quería reconocer. Y no lo admitió.

Él respiró hondo.

–Te he dicho que hagas las maletas porque nos vamos los tres de vacaciones, así que –la apuntó con el dedo—, por una vez haz algo sin desconfiar, ni dudar de mí, ¿entendido? –Y se fue de un portazo.

¿De vacaciones?

–¿Adónde vamos? –se interesó ella cuando lo alcanzó en el salón, pero la ignoró adrede—. ¡Ian!

Ian se volteó.

–Haz las maletas –chirrió los dientes, armándose de paciencia.

Elena se envaró y colocó los puños en las caderas.

–No me muevo de aquí hasta que no me digas adónde vamos. –Entrecerró los ojos.

–Te vas a mover, si no quieres que te mueva yo –sentenció él con la voz afilada. Se inclinó sobre ella para intimidarla.

Elena se ruborizó, quiso chillar de frustración.

–Te doy tres segundos, Elena. Uno...

Ella no se inmutó.

–Dos...

Irguió el mentón, desafiante como nunca.

–Tres... –Ian se agachó y la cargó en su hombro como si fuera un saco de patatas.

Se petrificó por la conmoción que experimentó.

¡Ese hombre era un troglodita!, un troglodita peligroso que la arrojó a la cama sin miramientos.

–Prepara las maletas, es la última vez que te lo digo –dictó él–. Nos vamos a las tres de la tarde.

Y Elena no salió del cuarto hasta las tres, eso sí, la cara de malas pulgas que tenía no varió, sobre todo cuando su sobrina se empeñó en llevarse, además de la muñeca, el peluche gigante. Ian accedió sin reparos a que el oso polar viajara con ellos.

–¡Cómo nos vamos a llevar esto! –exclamó ella, neurótica perdida–. ¡Es enorme!

—Ya basta, Elena —le contestó él, con una tranquilidad pasmosa—. Si Olivia quiere, el peluche viene con nosotros. No estorba.

Elena no cabía en sí de la cólera que inundaba sus venas. Se vio obligada a acatar otra orden más del maldito profesor.

El chófer de Donald los esperaba en la acera. Allan se despidió de ellos con una sonrisa tras desearles un bonito viaje.

El *Range Rover* entró en el aeropuerto de Edimburgo por un camino desconocido. Ian estuvo todo el paseo con el móvil en la mano, envió mensajes o correos electrónicos, inmerso en su mundo profesional. Se detuvieron en una pista de aterrizaje privada donde había un avión pequeño de color blanco con el logotipo de *Gayre's Style*.

Ella se quedó boquiabierta. ¿Adónde diantres iban?

Dos azafatas les dieron la bienvenida al final de la escalera que ascendía al avión.

—Buenas tardes. Señora. Señorita. Señor Gayre —les dijeron las mujeres.

Elena puso un pie en el interior y se paralizó en el acto.

¿Irían a Estocolmo? ¿Irían a Berlín?

El característico aleteo de su estómago surgió más poderoso que nunca.

Ella y su sobrina se sentaron, la una enfrente de la otra, en unos sillones inmensos junto a las ventanillas. Si estiraban las piernas, ni siquiera se rozaban. Él se

acomodó al lado de Olivia y el peluche gigante, al de Elena.

–Buenas tardes, señor Gayre y compañía. –El piloto acudió a Ian y se estrecharon la mano—. Cuando quiera, despegamos.

–Ya estamos, señor O'Brian. –Asintió.

–Muy bien. –La miró a ella—. ¿Necesitan algo usted o su hija, señora? Ahora vendrá una azafata con mantas y almohadas, aunque si lo desean, después del despegue, pueden descansar en la habitación o en el salón, como lo prefieran. –Señaló una puerta al fondo del avión.

Elena movió la cabeza de forma afirmativa, incapaz de articular.

¡Era un avión privado!

Respiró hondo y observó la pista a través del cristal.

Tanto Olivia como su profesor permanecieron las tres horas que duró el viaje con los ojos cerrados.

Y cuando bajaron del avión...

¡Oh, Dios! ¡Estaban en Viena!

Un todoterreno de la marca *Mercedes* azul metalizado se encontraba estacionado cerca del avión. La niña y ella siguieron a Ian hacia el coche. Había una silla especial para Olivia. Él se encargó de sentar a su sobrina y seguidamente le abrió la puerta del copiloto a Elena, sin mirarla.

–Dormid, si queréis –les indicó Ian mientras ajustaba los espejos retrovisores—. Tardaremos unas tres horas, más o menos, en llegar. –Arrancó el motor.

¿En llegar adónde?

Pero no se lo preguntó, sino que respiró hondo y procuró relajarse, aunque le resultó imposible.

Tendrás que confiar en mí, recordó las palabras de su ángel.

¿Cómo podía confiar en él si no confiaba en sí misma?

Déjame cuidarte...

Conmigo estás a salvo...

Dijiste que nunca podrías huir de mí...

Cuando lo haces, me matas...

Fue el trayecto más largo de su vida.

A las diez de la noche, salían de la autovía para introducirse en una carretera de un solo carril repleta de curvas, de subidas y de bajadas. Atravesaron montaña y pueblos con nombres austriacos y alemanes. El último cartel decía *Hallstatt*. Ian conducía sabedor de esas tierras, extrañas y desconocidas para ella, mucho más para Olivia.

Finalmente, ralentizó el motor frente a una verja, alejada de la población, aislada sobre una pequeña colina. Cogió un mandó de la guantera y lo pulsó. La cerca se abrió y prosiguieron por un camino de tierra durante menos de un minuto.

Apagó el todoterreno en un parking techado y abierto. Había una moto plateada *BMW* a la izquierda.

–Hemos llegado –anunció él antes de apearse del coche.

La niña se había dormido, por lo que Ian la cargó en

brazos sin despertarla. Anduvieron hasta una puerta, que a su vez conducía a una escalera estrecha y larga. Otra puerta. Él sacó un llavero del bolsillo del pantalón y abrió.

El corazón de Elena se extinguió.

–Dios mío... –articuló en un hilo de voz.

Era una verdadera cabaña encantada. ¡Preciosa!

Estaban en el salón, en cuyo centro, y ocupando la mayoría del espacio, se disponían un sofá ancho y un *chaise longue*, oscuros, repletos de cojines y acomodados con mantas rojas, todo sobre una alfombra mullida de pelo color crema. Al fondo, existían dos ventanas cubiertas por cortinas rojas y una puerta entre ellas, donde se encontraba el coqueto recibidor, con perchero y paragüero en un mismo mueble. No había televisión, aunque sí una mini-cadena en una estantería a la izquierda, colgada encima de una cómoda.

La chimenea de piedra, encendida, en la pared de la derecha desprendía un calor embrujador. Se trataba de la única iluminación del lugar. Dos sillones de orejas con reposo para los pies la flanqueaban, preparados para sentarse y devorar libros en ellos.

El aroma del lugar era delicioso. Suspiró. Sus párpados se cerraron un instante. Olía a...

Una mujer mayor, de pelo blanco y corto, de baja estatura y rellenita en la tripa, se acercó a ellos.

–¡Cuánto me alegro de verte, muchacho! –dijo la señora mayor, en alemán, con una sincera sonrisa, mientras se secaba las manos con un trapo.

–No hacía falta que nos hicieras la cena, Anne, sabes que soy buen cocinero. –Le guiñó un ojo a la mujer.

–Ya lo sé –asintió Anne.

–Te presento a Elena. –Señaló a Elena con la mano que tenía libre y añadió en español–: Se llama Anne, es el ama de llaves.

Ella sonrió a la señora mayor.

–Es un placer, Anne –pronunció Elena en perfecto alemán, pues se desenvolvía bastante bien, gracias a que lo había estudiado desde los tres años de edad–. Huele de maravilla –la obsequió con una sonrisa–. Me temo que estoy hambrienta. –Realizó una mueca de disculpa.

En realidad, no pretendía hablar tanto, pero algo en su interior la incitó a hacerlo, primero porque la expresión del ama de llaves era de cariño y le transmitió familiaridad de inmediato a través de sus cálidos ojos marrones, y segundo porque sabía que Ian se sorprendería al escucharla en otro idioma que no fuera el suyo propio o el inglés.

Anne la achuchó, literalmente.

–Pues espera y verás –le contestó la señora mayor–, que, si huele bien, mejor sabrá. –Se rió, gozosa–. Deshaced las maletas y relajaos, que en un ratito pequeño estará lista la cena. –Desapareció.

–Te mostraré las habitaciones –le indicó él, que giró a la derecha y ascendió por una escalera de madera, la cual conducía a la segunda y última planta, sin contar con el parking.

El techo era bajo, pero no demasiado, y abuhardillado. Contó seis puertas: dos a cada lado, que correspondían a dos dormitorios y a dos baños privados que poseían un segundo acceso desde esas mismas habitaciones, según le informó Ian, y otras dos puertas frente a la escalera. Todo era de madera. Maravilloso. Una cabaña de cuento de hadas...

Él abrió una de las dos puertas de enfrente. Encendió la luz, que consistía en bombillas acopladas a pequeños candelabros de pared, y posó a Olivia en una inmensa cama con dosel. La arropó con una manta y le besó la frente en un acto reflejo que derritió a Elena, aunque no lo demostró.

—Esta habitación comunica con un baño que a su vez comunica con otra habitación —le explicó Ian en voz baja—. Subiré las maletas. —Y se fue.

Era una estancia sencilla pero entrañable, sin más muebles que una cómoda a la izquierda de la puerta, dos alfombras a los pies del lecho, una a cada lado, y dos mesitas de noche.

Suspiró y procedió a quitarle las botas, la falda y el jersey a su sobrina. La dejó en camiseta y leotardos y la metió entre las sábanas. Le besó la cabeza y apagó las luces menos la lamparita de una mesita de noche. La abrigó bien con el edredón y salió al descansillo.

Él llegaba en ese momento con el equipaje.

—No quiero hacer ruido —le dijo ella, ruborizada por lo que la afectaba su proximidad, a pesar de estar bastante

alejados emocionalmente—. Deja las maletas aquí, ya me ocupo yo. Gracias.

Ian gruñó y obedeció. Después, se alejó escaleras abajo.

Elena agachó la cabeza y hundió los hombros, abatida.

Su móvil vibró en el bolsillo del vaquero. Lo sacó. Al ver quién estaba llamando desconectó el teléfono. Apagado estaba mejor. No podía hablar con su hermano... No podía hablar con su ángel... No podía hablar consigo misma...

A la mañana siguiente, Olivia la despertó zarandeándola.

—Hola, cariño. —Se restregó los ojos.

Un inmenso sol se filtraba a través de las claras cortinas naranjas de la estancia. La niña saltó de la cama y corrió hacia la única ventana, perpendicular al lecho. Apuntó con el dedo hacia la cortina. Ella se incorporó, caminó, somnolienta, y descorrió la tela.

Y el sueño desapareció de su cuerpo de golpe.

—Madre mía... Pero, ¿dónde estamos? —exclamó, fascinada ante tanta belleza.

Casitas blancas y amarillas con tejados grises, gran parte de ellos nevados, componían lo que parecía un pueblecito que se extendía frente a la orilla de un grandioso lago. En el otro borde del agua se alzaban unas extraordinarias montañas de un intenso verde y en cuyas cimas se atisbaba nieve.

Su mente evocó la imagen de su madre leyéndole un

cuento antes de dormir.

Sí, lo que escuchaba relatar a Carmen lo estaba viendo ahora mismo con sus propios ojos.

Olivia se colgó de su pierna, igual de trastornada. A Elena se le formó un nudo en la garganta.

Bajaron a desayunar en pijama y calcetines gruesos que tapaban sus pies. La cocina se hallaba a la derecha de la escalera. Estaba construida en forma de *U*, aunque la parte que daba al salón era continuación de la encimera, pero dispuesta para comer, con cuatro taburetes. Una pequeña mesita cuadrada con cuatro sillas se situaba en el centro. El azul claro y el beis la incitaban a recordar su niñez.

–Buenos días, ¿qué tal habéis dormido? –les saludó Anne en alemán, con una sonrisa.

Su sobrina agitó una mano, aunque, obviamente no entendió nada.

–Pero si la pequeñita se ha despertado. –La señora mayor se agachó con esfuerzo y besó a Olivia–. ¡Qué bonita eres!

–Oli, esta señora se llama Anne, es el ama de llaves –le tradujo al español–. Y acaba de decirte lo bonita que eres.

La niña asintió y sonrió a la mujer. La besó en la mejilla como agradecimiento.

–Ian aún no ha vuelto, pero el desayuno ya está –anunció Anne, incorporándose–. Sentaos y os lo sirvo.

Volvió a traducirle a su sobrina y se acomodaron en la barra, acostumbradas como estaban del ático.

–Me sorprendió mucho que Ian viniera, y más aún que

lo hiciera acompañado –le comentó la señora mayor. Apoyó los codos en la encimera, a su lado.

–¿Por qué? –quiso saber ella antes de morder la tostada de mermelada de moras.

–Porque siempre ha venido solo, poquísimo tiempo, pero solo, y eso que dice que esta casa parece mágica, pero ese muchacho es un adicto al trabajo. Se la regalaron sus padres cuando finalizó *Arquitectura*.

–Menudo regalo... –silbó, atónita.

–Esa familia tiene mucho dinero. –Balanceó un dedo en el aire–. Pero es que ese muchacho se lo merece todo. ¿Sabías que la rechazó?

En realidad, Elena no sabía absolutamente nada, pero fingió lo contrario.

–Dijo que no la quería –continuó Anne–, que se la regalaran a sus hermanas o se la quedaran ellos para vacaciones de invierno. Donald y Sofía se negaron, claro. –Enarcó las cejas–. Entonces, Ian alcanzó un acuerdo con su padre: si conseguía aumentar los ingresos de *Gayre's Style* en el primer año desde que él comenzara a trabajar allí, la aceptaría. ¿Y sabes qué pasó?

–No –negó ella, sin pestañear, muy atenta a la historia.

–Pasó que los triplicó. –Sonrió con satisfacción–. Esta casa –abarcó el espacio con los brazos– es solo una cuarta parte del dinero que el estudio de Donald facturó ese primer año de Ian.

–¿Cuándo suele venir? –Se cruzó de brazos en la encimera.

–Nada más que un fin de semana antes de Navidad. Solo disfruta de esta casa tres días al año y sin compañía, pero el año pasado vino en agosto. –El ama de llaves arrugó la frente–. Se quedó una semana. Y no trabajó. Siempre trae su ordenador y sus papeles. –Chasqueó la lengua–. Pero esa vez, no, igual que ahora. Estuvo siete días aquí en agosto sin hacer nada, excepto pasear, pasear y pasear. Aquí en *Hallstatt* decimos que cuando un hombre pasea mucho es que necesita pensar.

Elena la observó sin comprender.

La mujer sonrió.

–Ian paseó –murmuró Anne con la mirada perdida en el infinito–, es decir, pensó. El fin de semana previo a Navidad no vino, me llamó para decirme que no podía abandonar Edimburgo, pero resulta que viene ahora, en febrero, acompañado por una mujer y una niña. –Ladeó la cabeza y la miró con fijeza–. Y, ¿sabes qué ha ido a hacer nada más despertarse?

–Pasear... –adivinó en un suspiro angustioso.

–Exacto.

La señora mayor regresó a sus quehaceres.

Pasear...

Ayudó a Olivia a vestirse y se fueron a dar una vuelta, a pasear...

Descendieron la colina donde estaba anclada la casa por un sendero con restos de nieve en algunos tramos, charcos por los copos ya derretidos en otros. Su sobrina brincaba y tarareaba, feliz.

A medida que se aproximaban al pueblo, a *Hallstatt*, se maravillaban más y más. Aquello era muy bonito, bien diferente a todo lo que habían conocido hasta ahora, que era bastante poco, pues la niña solo había viajado a la playa mediterránea con sus padres y ella apenas había salido de España, menos en su luna de miel, a Italia.

Al final del camino se encontraba la calle principal, empedrada, como el resto de la aldea. Caminaron de la mano hasta la plaza. La niña se soltó y corrió hacia la fuente central, donde se sentó en el borde de piedra y balanceó sus pies. Elena se acomodó a su lado y fingió estar alegre, sonrió.

Había dos grupos de turistas haciéndose fotos. Las fachadas de las casas estaban cubiertas de enredaderas y de flores de intensos colores que la incitaron a pensar en dibujar.

Llevaba sin dibujar dos semanas...

Escucharon el ruido de una moto, pero no se inmutaron.

—Madre mía... —dijo una mujer en alemán—. ¿Has visto a ese hombre?

—¡Es guapísimo! —convino otra.

Su corazón incrementó los latidos. Viró la cabeza por encima del hombro y lo vio.

En ese momento, Ian Gayre se apeaba de la moto plateada que ella había visto la noche anterior. Ya se había quitado el casco. Se sacudió los cabellos sin cuidado y buscó con la mirada por el espacio hasta que las

descubrió.

Rápidamente, Elena se volteó y frunció el ceño.

–Hola, cariño –saludó Ian a la niña, la cual lo abrazó con fuerza–. Hola, Elena.

Ella movió la cabeza, sonrojada. Esa voz debía estar prohibida...

–¿La has visto? –inquirió la mujer de antes en alemán–. A mí me viene ese hombre a saludar y te aseguro que no hago lo que ha hecho esa –añadió, refiriéndose a Elena–. ¿Qué se creerá esa muñequita? –exclamó con desprecio–. Y extranjera, nada menos...

Se mordió la lengua y suspiró, molesta.

–Sí –señaló la otra–, ¡qué desperdicio! Un hombre así debería estar vetado para una mujer como esa.

Elena se levantó de un salto y se alejó, furiosa. Si permanecía unos segundos más escuchando a esas pelanduscas, acabaría en el calabozo.

–Espera. –Él la retuvo del brazo–. ¿Vamos a casa?

–Somos tres –declaró ella con voz temblorosa–. Has venido en moto.

–No pasa nada, le dejo mi casco a Oli. Serán diez minutos a lo sumo y en montaña, no en carretera. Venga, Anne ya tiene la comida preparada. –Se apartó y alzó a su sobrina.

Cuando Elena pasó cerca de las dos marujonas, les sacó la lengua con tanto descaro que se sobresaltaron. Y sonrió, satisfecha. Era una posibilidad que no se mereciera a un hombre tan guapo y bueno como su ángel,

pero eso solo lo podía decidir ella, nadie más.

Ian fue el primero en sentarse en la moto, luego colocó a Olivia delante de él y por último Elena traspasó una pierna y...

Sus caderas chocaron contra las suyas. Un súbito calor le recorrió el cuerpo, irguiéndole la piel, y se paralizó. Ian le agarró las manos y las envolvió en su cintura. El sonrojo, pues, se incrementó a límites insospechados.

Arrancó y regresaron a la cabaña despacio.

Las piernas le fallaron cuando descendió al suelo y a punto estuvo de caerse, pero su ángel salvador, tan atento, se adelantó y la sostuvo por el costado, pegándola a su cuerpo sólido y cálido.

–Oh... –suspiró, entrecortada.

Ambos se observaron el uno al otro un mágico instante...

–¡Ya está lista la comida! –les gritó el ama de llaves desde una ventana del salón.

Se separaron como si se hubieran quemado. Y a partir de ahí, el resto del día ni siquiera se cruzaron, pues ella se encerró en la habitación, se tumbó en la cama y se echó a llorar durante horas.

Lucy la telefoneó después de cenar.

–Hola –musitó Elena, sin ánimos de nada.

–¡Uy! ¡Vaya voz!

–No me encuentro bien. –Cosa que era cierta. Se sentía frágil, insegura, desorientada y, lo que era peor, débil, muy débil.

–¿Elena?

–Dime. –Se sorbió la nariz.

–¿Has estado llorando? –se preocupó su amiga.

–No –mintió–, creo que estoy resfriada.

–Ya... –No se lo creyó ni por un segundo–. *Bueno, pues te lo cuento rápido y te dejo descansar, ¿vale?*

–¿El qué? –Extrañada, se incorporó del colchón.

–*Es que estoy llamando a Ian, pero no me responde y como sé que está contigo, pues te lo comento a ti. Ya hablé con mi sobrina. Dice Elizabeth que no hay ningún problema, que cuando volváis a Edimburgo, la aviséis, no importa, esperará.*

–¿Tú como sabes que no estamos en Edimburgo? – Arrugó la frente. ¿A qué venía todo eso?

–*Hombre... Me lo ha dicho él, que os ibais a su casa de Hallstatt por un tiempo.*

–¿Có-Có-Cómo? –tartamudeó.

–*Dios mío!* –exclamó–. *¡No lo sabes!*

–Explícate –la exigió sin miramientos.

Lucy no dijo nada.

–¿Lucy! Dime ahora mismo todo lo que te ha dicho Ian, palabra por palabra.

Su amiga respiró hondo con pesadez.

–*Lo siento, Elena, he metido la pata. Será mejor que hables con él.*

¡Y colgó!

Elena salió de la estancia y buscó al susodicho, pero no estaba. Anne le explicó que aún no había regresado desde

que se marchó por la tarde.

Le mandó un mensaje a Lucy:

Por favor, dímelo, Lucy. Ayer lo único que él me dijo fue que hiciera el equipaje. Nada más...

Su amiga le respondió de inmediato:

Cuéntamelo tú primero. Y no me mientas, que te conozco...

Sabía a que se refería, por lo que decidió llamarla.

–*Soy toda oídos, querida* –le anunció Lucy a modo de saludo.

–El día que mi madre se fue –comenzó ella después de suspirar– nos quedamos a dormir en casa de Ian. Cuando me desperté por la mañana, Olivia y él estaban jugando. Bueno... Acabamos los dos en una postura un poco... –Sus mejillas ardieron.

–*¡Lo sabía!* –gritó, eufórica.

–Tranquila, que no... Olivia nos interrumpió. Yo le pedí perdón, le dije que no teníamos que haber llegado a... Estuvimos a punto de besarnos. –Cerró la mano libre en un puño–. Y no me pareció bien. Ian se enfadó. –Le dolió recordarlo del mismo modo que le dolía la situación actual–. Por la noche, hablé con él. –Suspiró de nuevo. Se quedó callada.

–*Os besasteis.*

–Sí...

–*¿Cómo es posible que después de tanto tiempo sin un hombre, beses a otro y me lo cuentes como...* –pensó las

palabras adecuadas—, *como si te hubieras tragado un papel? ¿Es por Tomás?* —pronunció con delicadeza.

—Porque... —desistió Elena—. Sí y no.

—*No me estoy enterando de nada, querida.*

—Fue increíble, Lucy, increíble... ¡Jamás había sentido algo así! Ni siquiera con Tomás...

—*¿Ese es el problema?*

—Me di cuenta de muchas cosas con ese beso... —reconoció en un hilo de voz—, pero lo peor fue cuando hablé con mi hermano hace dos semanas...

—*¿Con Miguel?* —se interesó su amiga.

—Le conté que Ian y yo nos habíamos besado y... —Se le formó un grueso nudo en la garganta—. Dijo que yo estaba enamorada de él.

Silencio.

—Y yo... —continuó ella con los ojos repletos de lágrimas—. Y yo huí, Lucy. Le dije a Ian que nunca podría huir de él, pero lo hice...

—*Ahora comprendo muchas cosas...* —murmuró—. *Ahora comprendo el comportamiento de Ian y su decisión de irse a Hallstatt.*

—¿Por qué dices eso?

—*Ian Gayre nunca se enfada, siempre es sonrisas, bromas y alegrías. Siempre* —recalcó su amiga con énfasis—. *Y las últimas dos semanas ha estado serio y abstraído. El señor Gayre lo regañó en más de una ocasión porque no prestaba atención a las reuniones, ni a nada de lo que le decían. Y, de repente, el jueves, Ian*

anunció a su padre que se iba contigo y con Olivia a Hallstatt por un tiempo, que necesitaba aislarse de todo. Claro, de todo menos de vosotras...

–¿No dijo más?

–No. –Chasqueó la lengua–. *El señor Gayre se alegró por ello. Ian nunca se ha tomado vacaciones y lleva doce años trabajando con su padre. En agosto, sí, una semana, pero eso no cuenta.*

–¿Nunca? ¿Nunca, nunca? –preguntó Elena, pasmada–. ¡Por Dios, son doce años!

–*Pues sí, de repente, ha decidido tener vacaciones... Está claro que es por ti, Elena.*

–Yo...

–*Háblame, Elena.*

–Es que me siento horrible, Lucy... –explotó. Se retorció la camiseta en el regazo. Se sentó en el suelo, alejada por completo de la cama donde dormía su sobrina–. Me he dado cuenta de que..., de que... –Una angustia atroz se adueñó de su estómago–. Me he dado cuenta de que nunca he amado a Tomás...

Silencio.

–Me ha abrazado cinco años –musitó ella, ensimismada en sus intensas emociones–, me ha besado cinco años, me ha acariciado cinco años, me ha sostenido la mano cinco años... Y nunca me he sentido como me siento cuando Ian hace lo mismo. Nunca, Lucy... –Se le escapó un sollozo–. ¿Te imaginas lo que significa darse cuenta de algo así? ¿Te lo imaginas, Lucy? No me merezco nada... Soy la

peor esposa y la peor viuda...

–Elena, para –le ordenó de malos modos–. Ya basta. Ya me harté, no puedes continuar. Y me vas a escuchar. – Suspiró, sonora–. Tú nunca has amado a Tomás, lo has querido mucho, muchísimo, y lo seguirás haciendo porque eres buena, Elena, eres muy buena, pero no te enamoraste de él. Y no pasa nada. No pasa nada –repitió, despacio.

–Nunca me miró como me mira Ian... –recordó la foto de la gala–. Ian...

–Yo no sé cómo te miraba Tomás, pero sí sé cómo lo hace Ian y te aseguro que la gran mayoría de las personas desearía que sus parejas las miraran como te mira Ian –declaró Lucy con suavidad–. Y por supuesto que te lo mereces. Te mereces vivir, amar, sonreír, reír...

–Por eso huí, Lucy. –Se limpió las lágrimas del rostro con los dedos–. Y no soporto estar así... Pero es que me siento culpable, siento como si hubiera engañado a Tomás, como si los cinco años que estuve con él no valieran... Como si no me mereciera ser feliz. Tomás está muerto, Lucy.

–¿Por qué no hablas con Ian?

–Porque no puedo...

–Porque no quieres –la corrigió su amiga–, que es bien distinto. ¿Cuál es el problema? Elena, ¡Ian ha estado trabajando desde hace doce años sin vacaciones! Se desvive por Olivia y por ti. Necesitáis hablar. Todo está en tu cabeza y él necesitaba saberlo. Díselo.

–Ya hemos hablado de mis miedos. Le pedí que me enseñara a enfrentarlos, pero... No puedo, Lucy... –Dejó caer la cabeza, derrotada.

–Pues tendrás que poder si quieres ser feliz y si no quieres que Ian sufra más, porque está sufriendo, Elena. ¿Sabes por qué lo sé? Porque las dos veces que has huido de mí, he sufrido y mucho –confesó con la voz rasgada–. ¿Qué es lo que te da miedo?

Silencio.

–Elena, ¿qué es lo que te impide dejarte llevar por lo que sientes?

–El primer y único hombre que he besado en mi vida fue Tomás, hasta ahora. Yo nunca... –Suspiró por enésima vez con el corazón oprimido en un puño.

–¿Dónde está Ian? –quiso saber su amiga después de suspirar también.

–No lo sé... No he vuelto a verlo desde la comida.

–Habla con él.

Se despidieron.

No obedeció a Lucy, sino que, como una cobarde, se metió en la cama.

Al día siguiente, tampoco se cruzó con él, ni en el desayuno, ni en la comida, ni en la cena... Había desaparecido. Y no le extrañó. El sentimiento de culpabilidad aumentó. No solo se sentía mal hacia Tomás, sino también hacia Ian, sobre todo hacia Ian...

Cuatro días más tarde, Olivia se enfadó con ella, no por algo en concreto, directamente se despertó de malas

pulgas. Elena le habló, pero la niña la ignoró y no quiso ir al pueblo, ni pasear por la naturaleza. Le había preguntado en infinitas ocasiones si le sucedía algo y la respuesta había sido siempre la misma: la miraba, enfadada, y huía en dirección opuesta.

Transcurrida una semana más, la situación con su sobrina empeoró.

–Venga, Olivia, a comer.

Pero Olivia no se movió de la alfombra del salón. Estaba peinando a la muñeca.

–Olivia, por favor. –Se armó de paciencia.

Tampoco reaccionó, por lo que cogió el plato y se sentó en el sofá.

–Abre la boca. –Le ofreció una cucharada de sopa de tomate.

Su sobrina giró la cabeza. La rechazó.

–Olivia, hay que comer. –Arrugó la frente—. Tienes seis años, ya eres mayorcita –la reprendió, con el enfado aumentando.

La niña se levantó y subió a la segunda planta.

–¡Olivia! –Se incorporó de un salto—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Olivia se encerró de un portazo en la habitación.

–¡Olivia! –gritó desde la escalera.

–No te preocupes, Elena –le aconsejó Anne desde la cocina, en alemán, pues no hablaba otro idioma y, aunque no había entendido sus palabras en español, sí había presenciado la escena y había entendido lo ocurrido—. Ya

comerá cuando tenga hambre.

—No sé qué le pasa a esta niña... —masculló, molesta.

—¿Por qué no vas a despejarte? Aquí anochece muy rápido y te vendrá bien. —Sonrió con cariño—. Yo cuidaré de Olivia.

Tras tres jornadas sin pisar la calle, no le pareció mala la idea del ama de llaves, por lo que se puso el abrigo, el gorro y los guantes y salió al exterior.

Descendió el sendero que alcanzaba *Hallstatt* y se introdujo en las calles de ese precioso pueblecito. Sin embargo, no vio nada. Sus ojos estaban cegados por las lágrimas, pero no lloró. Furiosa porque su vida estaba sufriendo otro revés, encima aislada de todo y de todos, vagó sin rumbo hasta bien entrada la noche.

Decidió parar y sentarse en uno de los bancos de la plaza.

Olivia la odiaba, sin causa lógica que supiera.

Ian no se presenciaba por...

Un momento...

Enfocó los ojos hacia un punto al frente: la cristalera de un bar.

Ahí estaba él, en la barra de ese local, con una cerveza en la mano.

Entonces, una rubia despampanante apoyó una mano en su nuca y se inclinó..

CAPÍTULO 12

No se quedó a ver cómo continuaba aquella escena romántica.

Un temblor incontrolable poseyó su cuerpo y la incitó a correr, correr y correr hasta llegar a la cabaña. Entró y subió a la segunda planta. Se metió en una habitación cualquiera. Se apoyó en la madera y se deslizó hacia el suelo lentamente.

El ama de llaves llamó con insistencia.

—Elena, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

Sus ojos estaban desorbitados. Su corazón no latía. Su respiración se había parado.

Elena iba a explotar de un momento a otro.

Pero se contuvo. Inhaló aire con fuerza y lo expulsó, pausado. Repitió el gesto. Lo repitió de nuevo. Lo repitió otra vez. Y más...

Escuchó a Anne desaparecer en la lejanía.

Respiró hondo.

No. No lo iba a hacer... No iba a llorar. ¡No!

Su cuerpo se estremeció con violencia. La rabia la cegó.

Dos horas estuvo controlando el aliento.

Entonces, el sonido de la puerta principal de la casa al abrirse la instó a levantarse. Salió al descansillo, a oscuras, descendió la escalera y se cruzó de brazos.

Ian colgó el abrigo en el perchero y se dio la vuelta.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó ella en un tono tan tranquilo y frío que hasta se sorprendió a sí misma.

Él introdujo las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y frunció el ceño. Se balanceó un poco. Elena entornó la mirada... ¡Estaba borracho!

—¿Por qué estamos aquí? —inquirió ella por segunda vez.

—Me voy a dormir. Buenas noches. —Pasó por su lado.

Un horrible olor a perfume barato de mujer aniquiló su corazón. Se cubrió los labios y tragó saliva. ¿Dónde estaba el regaliz? ¡¿Dónde?!

Caminó hasta el sofá y se tumbó. Se abrazó las rodillas. Los temblores crecieron.

No durmió. El amanecer saludó con Elena en la misma posición, los ojos perdidos.

A las seis y media de la mañana, Ian bajó duchado y vestido a desayunar. Ella se incorporó. No sentía los músculos, entumecidos.

—Buenos días —le dijo Elena con la voz ronca. Se apoyó

en la barra.

Él se sobresaltó.

—¿Qué haces despierta a estas horas? Es demasiado pronto. —Se giró y procedió a prepararse el café. Tenía el pelo revuelto y mojado y su rostro aún poseía huellas de sueño.

—También lo es para ti —le contestó ella—. ¿Dónde has estado estos días?

—¿Acaso te importa? —rebatió, irónico, dándole la espalda.

Elena se acercó y lo tiró del brazo.

—¿Por qué estamos aquí? —Era la tercera ocasión en que le exigía una respuesta a tal cuestión.

Ian se separó y apretó la mandíbula.

—Tendrás que descubrirlo tú misma, Elena.

Ella sonrió con tristeza mientras meneaba la cabeza.

—No hacía falta traerme a Austria, bastaba Edimburgo, bastaba el ático, bastaba el estudio. —Aplaudió—. Felicidades. Ya lo he descubierto. Ahora, ¿podemos volver? Quiero irme de aquí. —Chirrió los dientes.

Los celos y la ira se mezclaban en su pecho y le desgarraban las entrañas. Y el dolor, un afilado dolor le rompía el corazón.

—Te equivocas —rebatió él, que aleteaba las fosas nasales—. En Edimburgo, en el ático y en el estudio salías huyendo, pero aquí, no. Aquí no puedes escapar. —La apuntó con un dedo. Arrugaba la frente con dureza.

—¿De qué diantres estás hablando? —Realizó una mueca,

sin comprender.

—De aquí no nos movemos hasta que yo lo estime oportuno.

—¡Tú no eres nadie para ordenarme nada, Ian! —estalló Elena, fuera de sí—. ¡Me quiero ir! ¡No quiero seguir aquí! ¡No voy a continuar aquí encerrada mientras tú...! —Se contuvo, incendiada por la cólera que abrasaba sus venas.

—¿Mientras yo, qué? —Avanzó hacia ella—. ¿Mientras yo espero y espero hasta que reacciones?, ¿mientras yo me paso todo el santo día afuera para que no te sientas presionada con mi presencia?, ¿mientras yo renuncio a mi vida por ti? ¡Es la segunda vez que me cojo vacaciones en doce años, Elena! ¡Doce malditos años! ¡Y las dos veces han sido por ti! —gritó, sacudiendo los brazos de manera frenética.

—¡Y una mierda, Ian! ¿Por eso estabas ayer con esa rubia?, ¿por eso? —Lo empujó con fuerza, aunque no le sirvió de nada porque no se inmutó.

Ian parpadeó, perplejo.

—¿Qué estás diciendo? —quiso saber él más calmado.

—¡Te vi! —Las lágrimas explotaron sin remedio—. ¡Te vi! No te atrevas a negarlo. Estabas en el bar de la plaza. ¡Llegaste borracho y apestando a mujer! —Retrocedió, asustada por el dolor que le impedía respirar con normalidad.

—¿Me espiaste? —emitió en un hilo de voz.

—No. —Se sonrojó, avergonzada, aunque sin disminuir el enfado—. Estaba dando un paseo y te vi por casualidad.

–Esto es increíble... –farfulló Ian. Se paseó por la estancia de un lado a otro, revolviéndose el pelo—. Hace tres semanas que ni siquiera me miras a la cara, que no me hablas, salvo para gritarme o para discutir, como ahora. – La apuntó con el dedo índice y se detuvo—. Y lo he aceptado, Elena. Pensé que necesitabas tiempo para asimilar lo que nos estaba pasando. Llevo estas tres semanas echándome a un lado, permitiéndote el aire que pareces necesitar siempre que tú y yo nos ponemos serios. Te traigo aquí y continuas sin hablarme y sin mirarme, ¡y encima me recriminas que estuve con una rubia anoche! ¡No he hecho nada, joder, absolutamente nada! –exclamó, furioso.

–¡Te vi! –repitió. Se secaba el rostro de malas maneras.

–¡Tres semanas, Elena! ¡Llevas tres semanas huyendo de mí –alzó los brazos al techo– y, de repente, te molesta que una rubia se me acerque!

Elena se tapó la cara con las manos.

¿Cómo habían podido alcanzar ese punto?

–No hice nada, Elena –articuló él en un susurro roto también por el dolor—. No he estado con ninguna mujer desde que te conocí en el quiosco de helados en agosto. – La contempló fijamente, con los ojos brillantes—. Y si de verdad me viste anoche, sabrías que lo que te estoy diciendo es cierto. Esa rubia se me insinuó, pero me retiré. Si no me quieres creer, es tu problema. –Y añadió en voz muy baja–: no sería la primera vez que no te fiaras de mí, ¡claro! –soltó una risita carente de humor–, si es que

alguna vez lo has hecho...

–¿Y por qué llegaste borracho? ¿Por qué olías a otra mujer? –le exigió, trémula.

Un grito desgarrador los paralizó a ambos.

Olivia, con la muñeca en una mano, en pijama y descalza, los observaba, aterrada.

–Oli...

Ella avanzó, pero la niña tiró a *Mariquita Pérez* al suelo y corrió disparada escaleras arriba, emitiendo agudos sollozos. Un pánico feroz la poseyó.

–Olivia... –Subió tras su sobrina.

Había echado el cerrojo.

–Ven por aquí –le dijo Ian, entrando en la habitación de al lado–. El baño está comunicado.

Gracias a Dios que aquello era cierto... Se le había olvidado.

Olivia estaba acurrucada en un rincón. Lloraba sobre el peluche gigante.

–Cariño... –Se agachó Elena a sus pies.

La niña se asustó y se escondió debajo de la cama.

Él también lo intentó, pero los esfuerzos, la dulzura y la paciencia que transmitió fueron en balde.

A Elena se le desgarró el corazón. Se levantó, quitó el cerrojo y salió al descansillo. Ian la siguió.

–Primero Tomás... –murmuró ella para sí misma, con la mirada perdida–. Y ahora Olivia...

Él se quedó sin aliento al escucharla.

¿Tomás y Olivia?, pensó Ian, ¿y yo?, ¿qué soy yo para

ti, Elena?

Se acabó. Ya no podía seguir así. Era un completo estúpido al haber atisbo alguna esperanza para con esa mujer que había vuelto su mundo del revés. Se marchó de la cabaña con un nudo en la garganta y el corazón roto en mil pedazos.

Al día siguiente, Elena se despertó en el sofá, donde había dormido un par de horas. Escuchó hablar al ama de llaves. Dirigió sus ojos a la cocina y la vio con Olivia. Se acercó despacio.

–Hola –sonrió ella al arrodillarse.

Pero la niña no se inmutó.

–Oli..., ¿puedo hablar contigo? –insistió Elena con dulzura.

Su sobrina la ignoró.

Ella se cubrió la boca, temblorosa, y se incorporó. Anne la agarró del brazo y la llevó a las escaleras.

–No está enfadada –le explicó la señora mayor, frotándole la piel por encima del jersey–, está triste, pero se la pasará, Elena. Tiene seis años. La discusión entre Ian y tú no la comprende. Para Olivia veros así fue un duro golpe. Y para que sane, ambos tenéis que sanar, Elena. – Le dio un ligero apretón–. Ian no ha vuelto desde anoche y... –Desvió la mirada, nerviosa–. No quiero meterme...

–¿Qué pasa? –se preocupó–. Anne, por favor, dime qué pasa.

–Os oí, Elena –declaró, compungida–. Lo siento, pero

os oí. No entendí nada porque ya sabes que no sé español, pero los gritos son idioma universal. Y también le vi la cara a ese muchacho cuando salió de aquí. Elena, ¿quién es Tomás?

—Tomás es... —Se rozó la alianza. Anne se fijó en el gesto—. Tomás fue mi marido. Murió el año pasado.

—Ahora lo entiendo... —musitó la señora mayor, separándose.

—¿Por qué me preguntas por Tomás? ¿Ian ha hablado contigo?

—Te pregunto por Tomás porque anoche, cuando Olivia se asustó, tú nombraste a la niña y también dijiste otro nombre, *Tomás*.

—Claro, pero... —Se retorció los dedos, nerviosa, con un mal presagio rondando su interior—. Pero porque primero se fue Tomás y ayer sentí que Olivia también.

¡Oh, Dios!

—No sé qué ha pasado entre vosotros, pero es evidente que algo muy fuerte os une —señaló Anne, inquieta—. Creo que Ian anoche pudo malinterpretar tus palabras.

No...

Comenzó a llorar.

—No, cariño —Anne la abrazó con ternura—, tranquila... Tranquila... —Permaneció en silencio unos segundos y agregó—: Habla con él, Elena. Debéis solucionar lo de anoche, tanto por esa preciosa niña como por vosotros. — Le acarició la mejilla y la dejó sola.

Pero su ángel salvador no apareció.

Elena permaneció en el salón, inmóvil sobre el sofá. Observaba la puerta principal de la casa sin pestañear. Sin embargo, nada sucedió.

A la mañana siguiente, intentó un nuevo acercamiento con su sobrina, pero recibió más de lo mismo. Y repitió el proceso de la jornada anterior: esperar a Ian Gayre, sin éxito...

Tres días transcurrieron sin noticias de Ian y sin cambios en Olivia.

La alegría, las bromas y las sonrisas desaparecieron. El cariño, la ternura, el alivio, la felicidad que había empezado a experimentar desde que se habían mudado a Edimburgo fueron reemplazados por el peor tormento que había sentido en su vida. Había sufrido por la muerte de su marido, y continuaría echándolo de menos, siempre lo querría, pero, por desgracia, el vacío de su ángel y el rechazo de su sobrina eran aún peor...

Ella había provocado tal situación, había alejado a Ian y había herido a Olivia.

Telefonó a Miguel de madrugada.

Su hermano descolgó, pero no dijo nada.

—Miguel... —pronunció antes de estallar en llanto mudo, pero desconsolado—. Te... te necesito...

Miguel expulsó aire de forma sonora.

—Llevo un mes llamándote, escribiéndote... Y, de repente, me llamas a las tres de la madrugada y llorando... —Tenía la voz ronca debido a la emoción.

–Lo siento... –suspiró, entrecortada–. De verdad que lo siento... Por favor, Miguel, fui una tonta. Me asusté por lo que me dijiste y... Lo siento...

–*Tranquila, Ele. Me estás asustando tú a mí ahora... Cuéntame qué ha ocurrido. No es normal que estés así por lo que te dije* –le pidió su hermano con suavidad.

–Yo... Yo... Ian y yo discutimos... Olivia nos escuchó y... Ella no... –Respiró hondo repetidas veces para calmarse, pero no lo consiguió–. Él tampoco... ¡Lo he estropeado todo, Miguel! ¡Todo!

–*Elena, te voy a decir una cosa que va a sonar fuerte, pero en esta vida todo se puede solucionar menos la muerte.*

¡Toma ya!

Aquello le arrancó de golpe las lágrimas. Y soltó una carcajada, primero de incredulidad y al final de diversión. Contagió a Miguel y estuvieron un rato sin parar de reír.

–¿Te das cuenta de lo que me has dicho? –le preguntó Elena, secándose el rostro con una sonrisa.

–*Sabes que no soy sutil.*

–Ya, ya... No me lo jures... –pronunció, sarcástica–. Te recuerdo que la última vez que no fuiste sutil me dijiste que me había enamorado de Ian.

El bombeo de su corazón se acrecentó ante sus propias palabras.

Le relató a su hermano la situación que estaba viviendo.

–*Los niños son complicados, Ele* –le aseguró Miguel–.

Anne tiene razón. Primero deberías hablar con Ian. ¿Por qué no lo has hecho todavía?

–Hace cuatro días que no lo veo.

–Espera, espera... ¿Lo estás esperando?

–Claro –asintió ella.

–Joder, Elenita.... –la regañó–. ¿Eres tú quien la ha pifiado y encima esperas que él acuda a ti para resolverlo? Vamos, a ver, ¿no tienes dos piernas y dos pies? Eres tú quien tiene que ir a buscarlo, no esperar a que venga él.

–Pero no se dónde está...

–¿No dices que estás en un pueblo pequeño?, ¿y que no se ha presentado en casa desde hace cuatro días? Digo yo que habrá tenido que dormir en algún sitio, ¿no? En ese pueblo habrá...

–¡Hoteles! –concluyó Elena por Miguel, de repente, optimista–. ¡Gracias! ¡Adiós!

Y colgó.

Se calzó las botas y se abrigó. No había tiempo que perder. Habló con Anne para que se quedara a cuidar de Olivia y para que le diera la información que necesitaba.

–En la misma plaza hay una pensión –le informó la señora mayor, somnolienta, pues la había despertado.

Al salir al exterior, el frío le cortó la respiración un segundo. Se ajustó el gorro de lana y emprendió la marcha hacia *Hallstatt*. Encontró el edificio enseguida, pues estaba muy bien señalizado. En la diminuta recepción, preguntó por Ian Gayre.

– Habitación veinte, última planta, última puerta –le contestó, seco, un hombre mayor, en alemán.

Subió las escaleras hasta el cuarto piso con los nervios impidiéndole tomar aire con normalidad.

Golpeó suavemente.

Nada.

Golpeó más fuerte.

Se retorció las manos.

Unos pasos se hicieron más cercanos.

Y...

–¿Elena?

En calzoncillos y camiseta blancos, descalzo, el pelo revuelto y dos bolsas oscuras debajo de sus castigados ojos, se presentó Ian ante ella.

–Ian, yo...

–¿Olivia está bien? –quiso saber él, frunciendo el ceño.

–No... –suspiró, agachando la cabeza–. No lo está... Y tú... Y yo...

De pronto, Ian la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó con fuerza. Cerró la puerta de un puntapié.

–Ian... –sollozó. Le clavó las uñas en la espalda–. ¡Lo siento! ¡Vuelve a casa! ¡Vuelve conmigo! ¡No lo soporto!

–¿Qué me haces, patito? –murmuró él para sus adentros y respiró hondo, la cogió en brazos y la sentó en una cama deshecha.

Elena se quitó el abrigo, el gorro y los guantes.

–Lo siento, Ian...

Su ángel le limpió las lágrimas con dedos suaves y

pacientes, aunque no pudo terminar, pues ella se arrojó a él, incapaz de permanecer un segundo más lejos de su calor.

–Perdóname, por favor... Te necesito... –Elevó el rostro–. Yo...

Ian le acarició los cabellos y le besó la cabeza. Ella le contó lo ocurrido con la niña mientras su ángel la escuchaba sin interrumpir y sin dejar de abrazarla, aunque algo había cambiado, y no precisamente a bien...

–Por favor, vuelve a casa, Ian, por favor... –le suplicó.

La observó un eterno momento y, al fin, asintió.

–Con una condición, Elena.

–La que quieras.

–Solucionaremos lo de Olivia, después volveremos a Edimburgo y... –Se separó y se incorporó–. Luego, Olivia y tú viviréis en vuestro apartamento, no conmigo. Ha sido un error venir aquí. Fue un completo error... –Se restregó la cara con las manos–. Necesito tiempo, Elena.

Dios mío...

¡Se lo merecía por tonta y por cobarde!

Y el terror la invadió.

Ian metió sus pertenencias en una mochila, que se cargó Elena a la espalda, y regresaron en la moto a la cabaña.

Ella no podía dormir con su sobrina y tampoco deseaba ensuciar una nueva habitación, de hecho, no tenía ganas de dormir a pesar de las horas que eran, pero lo que no quería de ningún modo era que él se enterara de que

llevaba cuatro días instalada en el salón.

–¿No subes? –le preguntó Ian.

–Me tomaré un vaso de leche –le mintió—. Buenas noches, Ian, y... Gracias. –Se sonrojó.

–Buenas noches, Elena. –Se fue.

La casa estaba a oscuras salvo por la luz de la luna que se filtraba a través de las ventanas y la chimenea casi apagada. Era escasa, pero suficiente, no requería más. Ian había regresado y eso era lo único que importaba en ese momento. Se acurrucó en el sofá y le envió un mensaje al móvil:

Lo siento, Ian... Tendrás todo el tiempo del mundo. Te esperaré.

No recibió respuesta.

Y eso dolió... Dolió mucho...

A la mañana siguiente, Anne despertó a Elena antes de que él bajara a desayunar.

–Gracias, Anne –murmuró, tambaleándose hacia la cocina.

Tampoco había conciliado el sueño.

–No me gusta el cansancio que tienes en el cuerpo, Elena. –Arrugó la frente—. No es bueno. Has estado cinco días en el salón y...

–Buenos días –saludó Ian, recién duchado.

Estaba serio y apenas la miró, pero a ella le aleteó el estómago con gozo al verlo allí, no solo por lo atractivo que era, sino porque había vuelto a casa.

Bebieron café y comieron tostadas en silencio.

Elena estaba agitada, ya no sentía culpabilidad por Tomás. Hacía nueve meses que su marido se había ido, pero ella, no.

Ella, no.

Y, por fin, observando a su ángel salvador sin que él se percatara, comprendió que debía seguir hacia adelante, que Lucy, Miguel y su madre tenían razón.

Su sobrina entró en la estancia y se paralizó. Ian se levantó del taburete y se arrodilló en el suelo a una distancia bastante considerable para que la niña no se asustara.

Entonces, Elena contempló sin aliento cómo Olivia se acercaba a su profesor con las lágrimas surcándole su precioso rostro adormilado y ocultaba su cabecita en su cuello. Ella ahogó un sollozo cuando él abrazó a la niña con un inmenso amor, parpadeando también por la emoción, aunque pretendiera fingir lo contrario.

Sin embargo, la niña se mostró sin cambios para con Elena. Fue su ángel quien vistió a Olivia. Se marcharon los tres a pasear, pero su sobrina solo iba de la mano de Ian, o en sus brazos, y, por supuesto, tampoco próxima a ella.

La situación era horrible, una situación que se prolongó durante una semana más, hasta que él se despertó de madrugada en busca de un vaso de agua a la cocina y la descubrió en el sofá.

—Elena. —La zarandeó con suavidad.

–Mmm... –Abrió los ojos lentamente.

–¿Me puedes explicar qué haces aquí? –inquirió, enojado.

Elena se puso en pie de un salto.

–Nada, yo... Me quedé dormida.

Ian entrecerró los ojos y se colocó frente a ella.

–¿Cuánto tiempo llevas durmiendo en el sofá? Y no te molestes en mentirme –sentenció con voz afilada.

–Te he dicho que...

–Hay dos habitaciones más –le recordó. Comprimió la mandíbula.

–No quiero ensuciar ninguna, Ian. –Se golpeó la pierna con un puño, distraída, mientras hablaba–. Bastante he hecho ya –desvió la mirada– como para encima darle más trabajo a Anne. Yo...

–A veces quiero estrangularte –masculló, con un ligero rubor en los pómulos– para que reacciones.

Ella desorbitó los ojos.

–Pero –añadió él, observándola con los ojos oscurecidos, el enfado había desaparecido–, otras veces... –Suspiró y chasqueó la lengua–. Vamos. –Se acercó a la escalera.

Elena no se movió. Su pulso se había acelerado. ¿Qué acababa de pasar?

–Elena, ¿vienes o te subo en brazos?

Ella ocultó una risita.

No está todo perdido, se animó en su interior.

Obedeció, aunque, cuando Ian abrió la puerta de su

propio dormitorio, Elena se detuvo en el umbral. ¿Iban a dormir juntos? El corazón se le disparó a una velocidad alarmante.

–Yo me quedaré en el sillón –anunció él como si le hubiera leído el pensamiento.

¡Esa habitación era impresionante!

En realidad, se parecía bastante a la otra, pero la de Ian era de mayor tamaño, poseía un balcón y un pequeño saloncito a la derecha, frente a una chimenea levemente encendida, que componía la única luz de la estancia.

–Ian... –Se aproximó, pero su ángel, por desgracia, reculó.

–No te acerques a mí, Elena. Te dije... –Se revolvió el pelo, frustrado–. Te dije que necesitaba tiempo y lo dije muy en serio. Por favor, métete en la cama y duérmete. – Se giró y se encerró en el baño, del que no salió.

Elena se recostó sobre la almohada y el intenso aroma del regaliz rojo la derritió. No le costó atrapar el sueño, pero lo hizo con las lágrimas mojando la sábana y oprimiendo su pecho.

Un par de días más tarde, la situación se tornó grave...

Olivia no supo que ella se había trasladado al dormitorio de su profesor hasta que la vio salir de allí con él. La niña decidió, pues, reaccionar al fin: recogió las pertenencias de Elena y se las tiró a los pies con saña.

–¡Olivia! –la regañó Ian, muy serio.

Pero la niña lo ignoró, cogió una camiseta con botones y se la lanzó a la cara.

–¡Ay! –exclamó ella, tocándose la frente.

Se miró los dedos. Tenía sangre. Ahogó un sollozo, no porque se hubiera hecho daño, pues apenas había sido un pellizco, sino por el odio que le transmitió Olivia a través de sus ojos, y corrió escaleras abajo. Sin saber adónde dirigirse, abrió lo primero que encontró: la puerta que conducía al garaje. Se metió en el todoterreno, se tumbó en los asientos traseros y lloró.

Él apareció unos minutos más tarde.

–Elena... –Suspiró con tristeza. Se acomodó a su lado, pero no la tocó.

–Todo esto es por mi culpa –pronunció Elena, con la mirada perdida–. ¿Sabías que Olivia es el vivo retrato de Tomás?

Ian se tensó.

–Pero cuando la miro –sonrió ella–, no veo a Tomás, veo a Olivia. Nunca lo he visto a él. Nunca me dio miedo mirarla después de que Tomás se muriera. Tampoco sentí que con ella tendría una parte de él. Para mí siempre fue Olivia. Para mí es Olivia. Y para mí siempre será Olivia.

Lo dijo con tanta tranquilidad, que su interior respiró paz.

–Cuando se asustó –continuó Elena–, sentí que la perdía como había perdido a Tomás. El único consuelo que tenía eras tú, Ian, y eso que contigo también la he fastidiado... –Se incorporó y lo contempló, angustiada. Él estaba muy serio, pero sus ojos eran penetrantes–. Lo único que me ha ayudado a tirar hacia adelante has sido

tú, Ian, ni siquiera mi hermano Miguel, ni mi madre, ni Olivia, sino tú. –Alzó una mano y le acarició la mejilla rasposa–. Y no te quiero perder. Quiero estar siempre en tus brazos. Y sé que necesitas tiempo. –Se sentó pegada a él por completo–. No me importa cuánto he de esperar, Ian, pero no me alejes de ti. Sin ti, estoy perdida...

Una lágrima descendió por el rostro de Elena, lágrima que su ángel besó inmediatamente con una exquisita dulzura.

–El otro día, cuando dijiste... –comenzó él. Respiró hondo y agachó la cabeza. No la rozaba, pero tampoco se retiraba de su contacto–. Creí que yo no te importaba nada, Elena –articuló en un hilo de voz–. Nombraste a Tomás y a Olivia, pero a mí, no. Y como estábamos distanciados... Pensé que no era nada para ti. Y todavía lo sigo pensando.

–Ian, tú... –Se ruborizó.

–No digas nada, Elena. –Se apartó de ella y se bajó del coche–. Yo solo he sido tu pañuelo, nada más –agregó, ronco, de espaldas.

–¡Eso no es cierto!

–Siempre huyes de mí.

–No confías en mí... –declaró apenas sin voz.

–Me lo has puesto muy difícil, Elena.

Y se fue.

A Elena se le ocurrió cambiar de estrategia. Decidió, pues, esconder el desconsuelo y armarse de paciencia y de valor. Debía conquistar a una niña y a un hombre. Y lo

haría, no importase lo que costase.

Utilizó su cuaderno viejo de dibujo para pintar un retrato de Olivia.

Por la noche, se lo dejó en el descansillo de la segunda planta para que fuera lo primero que viera al despertarse. Era muy coqueta y le gustaría el dibujo sin lugar a dudas.

Y cuando escuchó ruido una hora más tarde, se acercó a la puerta del dormitorio de Ian, pues continuaba durmiendo allí, y abrió una rendija para espiar. Su sobrina sonrió, extasiada, al analizar su propio retrato.

Sin embargo, cuando Elena bajó a desayunar, instantes después, Olivia avanzó en su dirección y le rompió el lienzo en su cara. Ian la reprendió, pero no sirvió de nada. ¿A qué venía esa actitud?, se cuestionó, mortificada, ¿tan mal lo había hecho?

Al día siguiente, ocurrió lo mismo y así sucesivamente hasta que transcurrida una semana más decidió encararla.

Olivia descubrió un nuevo dibujo y sonrió, dichosa.

—Te pillé —la acusó ella al salir del escondite—. Sabía que te gustaban mis dibujos.

La niña la miró, boquiabierta, se ruborizó, elevó el mentón y se fue sin soltar el retrato.

Elena sonrió.

Poco a poco, se animó, poco a poco...

Y ahora que se añadía un tanto, decidió probar suerte con Ian.

La rutina diaria para dormir era la misma: cuando ella entraba en la habitación, él se encerraba en el baño y ya

no lo veía más, aunque sí dejaba huellas en el sillón de la estancia de haber estado allí. No la sorprendía que su ángel tuviera ojeras, porque las tenía, y no por ello era menos atractivo, ni mucho menos, sino que lo hacía más adorable.

Durante la jornada, se intercambiaban las frases de rigor y salían a caminar los tres juntos en silencio. En realidad, la única que trataba de crear conversación era Anne.

Elena estuvo escribiéndose mensajes con Lucy. Le contó todo sin omitir detalles y le pidió consejo. Su amiga, extrovertida al máximo, le indicó que utilizara el arma más importante que Dios le había entregado: su cuerpo. Evidentemente, se negó, por lo que Lucy le dio un par de consejos sencillos.

Y uno de ellos lo llevó a cabo esa noche...

Se retiró pronto a la cama. Ian se encerró en el servicio nada más notar su presencia, como ya era una costumbre. Ella fingió dormirse. Media hora más tarde, él se sentó en el sillón. Elena esperó un poco más, abrió los ojos y se incorporó. Sin hacer ruido, se aproximó a su ángel y se sentó a sus pies.

–Ian.

Él se sobresaltó y frunció el ceño.

–Deberías dormir –gruñó Ian. Se removió, incómodo, en el asiento debido a la distancia casi inexistente que los separaba.

–No puedo dormir. –Adoptó una actitud seria, fingida,

claro, porque en el fondo deseaba sonreír, hipnotizada por su aroma a regaliz rojo.

Él la observó un instante y chirrió los dientes.

–Te traeré un vaso de leche, eso me ayudaba a mí cuando era pequeño. –Y se escabulló antes de que ella pudiera protestar.

Respiró hondo, molesta. Se levantó y esperó a que regresara.

–Aquí tienes. –Le ofreció la taza caliente.

Elena la sujetó, rozándole, sin querer, los dedos.

Y la chispa surgió...

Ella se mordió el labio inferior en un acto inconsciente, acto que provocó que el verdor de los ojos de su ángel se intensificara.

Piensa en algo, piensa en algo, piensa en algo, se repitió en su interior.

Se bebió la leche de un trago y le devolvió la taza. Se metió entre las sábanas y bajó los párpados.

–Ian.

–Elena –pronunció, irritado.

–No puedo dormir.

–Ni siquiera lo has intentado –masculló.

–Cuéntame algo, por favor... –Fue lo primero que se le ocurrió decir mientras contemplaba el dosel del lecho.

Por un momento, aquel escocés se quedó traspuesto.

–Cuenta tú, pero ovejas. Hasta mañana, Elena –zanjó la conversación.

Pero no desistió.

Cada noche, sin importarle esperar horas, pues Ian no era ningún tonto y se olía que algo estaba tramando, pues tardaba más en salir del baño, Elena lo importunaba para que reaccionara.

Y lo hacía, solo que una de esas noches se marchó del dormitorio...

La cabaña estaba en silencio y a oscuras. Eran las dos de la madrugada.

Ian se dirigió al salón y se sentó en el sofá, cruzado de brazos.

–Ian, ¿estás...?

–Elena –la interrumpió, poniéndose en pie al segundo–. Por favor, duérmete –le ordenó, sin ocultar su agitación.

Ella hundió los hombros. ¿Qué demonios estaba haciendo? El ridículo.

Obedeció con la tristeza devorándola a pasos agigantados.

Por la mañana, cuando se estaba preparando el café, apareció Olivia en los brazos de su profesor para desayunar. Él dejó a la niña en un taburete y se acercó a la encimera donde estaban los bollos recién hechos por Anne, la cual se dedicó a atender a su sobrina.

Elena retrocedió para coger el azúcar y se chocó con Ian, que gruñó y se apartó de ella como si se hubieran electrocutado.

–Perdón –se disculpó Elena, ruborizada por la vergüenza.

Y, a los dos segundos, volvieron a colisionar en el

mismo punto, solo que, en esa ocasión, la empujó. Y también ocurrió una tercera y hasta una cuarta vez.

—¡Ya basta! —explotó él, autoritario. Dejó a las presentes mudas y pasmadas—. ¡Basta ya de juegos, Elena, no soy ningún idiota, joder! —Elevó los brazos en un ruego silencioso y salió escopetado de la casa dando un portazo.

A ella se le formó un nudo en la garganta que estalló sin percatarse de ello.

Dios mío...

Agachó la cabeza, cogió el abrigo y también se marchó, pero, en lugar de pasear, rodeó la cabaña y se sentó sobre la hierba. Flexionó las piernas y se abrazó las rodillas. Las lágrimas le humedecieron las mejillas, aunque no emitió ningún ruido. Tragó, tragó y tragó con la esperanza de relajarse, pero fue en vano.

Escuchó unas pisadas. Viró la cara y descubrió a Olivia a unos metros de distancia. La niña estaba en pijama, pero se había calzado las botas y se había puesto el abrigo. En una de sus manitas portaba el cuaderno viejo de dibujo de Elena y en la otra, un lapicero rosa. Su sobrina se aproximó despacio con expresión grave, suspiró y le entregó las cosas. Luego, dio media vuelta y se marchó.

Ella observó las herramientas de dibujo. Respiró hondo y abrió el cuaderno.

Y, como si hubiera sido poseída, deslizó el lápiz una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez... Hasta que terminó los lienzos. Todos.

Cuando eso sucedió, se petrificó.

¡Había agotado el cuaderno!

El ama de llaves se acomodó con esfuerzo a su lado. Caía ya la noche.

—¿Son tuyos? —se interesó Anne al sostener el libro de lienzos en alto.

Ambas miraron los dibujos.

El corazón de Elena frenó en seco al percatarse de que no eran retratos en sí, pues cada papel estaba lleno de dibujos. Los ojos de Ian, la boca de Ian, las miradas de Ian, la nariz de Ian, los cabellos revueltos de Ian, las sonrisas de Ian, Ian y Olivia jugando, Ian y Olivia abrazados, Ian y Olivia riendo, Ian y Olivia de la mano, Ian y *Bruno*...

La señora mayor sonrió con los ojos brillando, parpadeantes.

—Será mejor que entremos —le aconsejó Anne con una sabia sonrisa.

Y entraron.

Él no estaba y la niña ya se había ido a dormir. Se despidió del ama de llaves y descansó en el sofá. Cerró los ojos y abrazó el cuaderno contra el pecho.

A la mañana siguiente, se despertó, desorientada, con un intenso aroma a regaliz rojo flotando a su alrededor. Estaba en la cama de su ángel. Sin embargo, el sillón de la habitación no tenía huellas de ningún tipo, sino que se hallaba impoluto.

Se vistió y bajó a desayunar. Estaban todos allí.

Murmuró un saludo, sin mirar a aquel escocés que tanto la intimidaba, y se preparó el café. Cuando se lo fue a echar en una taza, algo le tiró de la camiseta.

Olivia...

Olivia agitó su mano para que se agacharon. Ella obedeció.

Entonces, su sobrina le besó la mejilla.

Y se le cayó la cafetera de cristal al suelo.

—¡Perdón! —exclamó Elena. Recogió los trozos de cristal. Y se cortó—. ¡Ay! —se quejó antes de chuparse la herida.

—Déjame ver —le pidió su ángel con suavidad. Le sujetó la mano. Observó el corte, superficial, pero largo—. Ven, te curaré. —Se incorporó y la arrastró consigo hasta el servicio de su habitación, en la planta superior.

Ese baño era otra preciosidad, pero con una peculiaridad añadida: uno se transportaba al siglo XIX. Había una bañera antigua en el centro, como las que usaban los aristócratas y que las doncellas llenaban con cubos de agua que previamente calentaban en los fogones de las cocinas de las grandes mansiones. Los lavabos, anchos y enfrentados, se habían diseñado como si fueran palanganas de porcelana y dispuestos sobre muebles, donde se guardaban las toallas, el papel higiénico y poco más. Al lado, descansaban dos taburetes forrados en tela suave y acolchados. Y encima de los lavabos, estaban colgados dos espejos ovalados de gran tamaño. No existía ducha y el váter estaba separado por un biombo de

bambú. Era de color crema y oro.

Ian le indicó que se sentara en uno de los taburetes. Luego, rebuscó en un mueble y sacó un botiquín. Se arrodilló a sus pies, quedando ambos con los ojos a la misma altura, y procedió a limpiar la herida.

—Ay... —Dio un respingo al notar escozor.

Él continuó con dulzura, una dulzura que la embrujó. A continuación, le pegó un apósito transparente al dedo.

—Ya está. —Pero no la soltó.

Y la miró.

Observó sus ojos y seguidamente sus labios, que ella entreabrió al instante, pues se quedó sin oxígeno.

Su ángel alzó la mano libre y le acarició el labio inferior con las yemas de los dedos.

Elena gimió sin poder controlarse, y debido a ello su rostro se incendió.

—Elena... —suspiró, trémulo, tan afectado como ella—. Yo... —Pero se retiró y la dejó sola.

Ese día, no salió de la habitación salvo para comer. Buscó su viejo cuaderno de dibujo y no lo encontró. No lo hubiera podido utilizar, pues lo había terminado, pero lo último que deseaba era que Ian lo descubriera... Pensaría que estaba loca, y ya lo que le faltaba para hacer más el ridículo...

A la mañana siguiente, su sobrina también le saludó con beso.

—Había pensado en ir a comprar algo al pueblo, una bola mágica, por ejemplo —comentó Elena en el salón al

tiempo que se abrochaba el abrigo. Se dirigió a la niña aunque no la nombró, pues necesitaba ir despacio.

Él la miró, serio. Hacía tanto que no sonreía... Y al pensar en eso, un pinchazo le invadió las entrañas.

Su sobrina se levantó y se calzó las botas.

—¿Quieres venir? —le preguntó ella. Fingió no dar importancia al hecho, aunque cuando Olivia asintió quiso gritar de alegría.

Y no pasó por alto que Ian carraspeará.

—Pues, vamos. —Abrió la puerta y salieron las dos.

En una de las calles empedradas de *Hallstatt*, hallaron una pequeña tienda sin visitantes. Vendían muñecos de madera hechos a mano, los típicos recuerdos del pueblo para los turistas y bolas mágicas, esas que contenían una maqueta en miniatura del lugar y que al sacudirla espolvoreaba copos de nieve de mentira.

Estuvieron buscando la bola mágica perfecta y la encontraron, una muy grande y con una ruedecilla que al girarla entonaba una dulce melodía. La eligió su sobrina. La compraron y caminaron hasta la plaza donde se asentaron en el poyete de la fuente.

Y, para sorpresa de Elena, su ángel las recogió en la moto. Ninguno dijo nada.

Al aparcar en el garaje de la casa, la niña enlazó una mano a la de ella. Elena contempló a Ian con lágrimas en los ojos. Él asintió en un suspiro de alivio.

Un problema menos, pensó ella, porque quedaba el otro...

Esa noche, fueron los dos quienes acostaron a Olivia. Y cuando la arroparon, su sobrina los tomó de una mano a cada uno y los unió.

Ian y Elena se miraron, mudos por la sorpresa. Besaron a la niña en el rostro ya adormecido y salieron de la habitación en silencio en dirección a la otra.

Ella entró en el baño para cambiarse de ropa. Cuando se estaba lavando los dientes, él le pidió permiso para hacer lo mismo. Parecía la típica escena doméstica de un matrimonio consumado, de personas con una confianza extrema, con la particularidad de que, a través de los espejos enfrentados, las chispas que prendían los dos caldeó el ambiente hasta tal punto de verse obligada a refrescarse la cara y la nuca. Ese calor resultó insoportable...

Al incorporarse, se sobresaltó y posó una mano en el corazón de manera inconsciente.

Ian estaba a su espalda, abrasándola con los ojos. Levantó un brazo y le rodeó la cintura lentamente.

El pecho de Elena recibió una descarga.

—Anoche dormí contigo, Elena —le confesó él en un tono áspero, seductor—. Anoche te abracé mientras dormías porque ya no aguantaba más. Ya no soportaba seguir rechazándote, porque sé que lo has intentado y déjame decirte que no eres muy sutil.

—Ian... —No pudo articular más.

—Tienes calor, Elena, ¿a que sí? —le susurró al oído, provocador.

Se había hecho un moño en lo alto para dormir. Su cuello al completo quedaba expuesto, cuello que Ian examinó con deleite como si quisiera comérselo.

Y lo devoró...

Ian emitió un aullido lastimero y ronco, la estrechó contra su cuerpo y engulló su cuello con una boca diestra y extremadamente erótica...

Al primer contacto, ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los párpados.

–Ian... –gimió. Respiraba tan acelerada que ni siquiera se escuchó a sí misma—. Ian...

Él siguió besándole la piel de la nuca mientras le acariciaba el costado con la mano libre, descendía hasta el principio de los muslos y la introducía debajo de la camiseta. Le lamió la mandíbula, después la oreja...

–Oh, Dios... –Elena desorbitó los ojos y se incorporó de golpe.

Pero Ian, con la mirada turbia, avanzó y acopló las caderas a las de ella. La mano que le rodeaba la cintura se movió hacia su vientre, donde se detuvo, presionó y automáticamente Elena se arqueó.

–Vamos a bailar, patito.

Él alcanzó el sujetador con la otra mano y silueteó el borde con las yemas de los dedos a un ritmo tan candente que ella se mareó, se le nubló la vista y tuvo que apoyar su peso en su diabólico ángel porque las piernas se debilitaron sin remedio.

–Ian... –Lo observó a través del espejo.

–Como sigas llamándome así... –Frunció el ceño, atormentado, regañándola sin éxito.

–Ian... –lo desafió. Se sintió poderosa.

Ian no tardó ni un segundo en responder, pues apretó la mandíbula con fuerza, la giró, violento, y se apoderó de sus labios como un animal, pero un animal versado en la seducción.

Ambos jadearon al unísono en cuanto se probaron...

¡Cuánto se habían echado de menos!

Él le estrujó el trasero, se lo moldeó a placer. Ella tiró de su camiseta en el pecho, gimió sin control. De pronto, Ian se paró de golpe, se sacó la tela por la cabeza y volvió a besarla.

–Tócame... Elena... Por favor... –le suplicó su ángel entre húmedos besos.

Obedeció. Posó las manos en su piel y se le cortó el aliento. Desprendía tal calor magnético, abrumador, que le nubló los sentidos. Poseía una musculatura sutilmente definida que la elevó a lo más alto, a las estrellas del firmamento...

Lo analizó a través del tacto: el abdomen..., los pectorales..., los hombros..., los brazos... Todo suave, embrujador... ¡Era perfecto!

El profesor, ¡el maestro!, le acarició la piel de la cintura, subió hasta el pecho por entre los senos y le rasgó la camiseta desde el escote.

El tiempo se detuvo.

–Elena, yo... –Parpadeó, desorientado—. Lo siento, soy

un bruto, yo...

Y, justo en ese instante, alguien golpeó la puerta a trompicones, alguien que entró al segundo escaso, pero no se apartaron un ápice, permanecieron en suspenso, observaban la escena que se filmaba ante ellos: Olivia, dando traspiés por el sueño, con los ojos cerrados por completo, se acercó al lavabo que había libre, bebió agua del grifo y salió como si nada.

Ian y Elena comenzaron a convulsionar los hombros hasta estallar en carcajadas.

La pasión se evaporó, pero la diversión regresó a sus vidas, o por lo menos al cálido verdor de la mirada de su ángel, ¡y cuánto lo había extrañado!

Él le recogió la camiseta del suelo a ella y se la puso como si fuera una niña, un gesto que la embriagó. Sonrió. Aspiró el aroma a regaliz. Ian se fijó y le guiñó el ojo.

Algo tímidos por lo ocurrido debido a la fogosidad que hacía nada habían experimentado, mantuvieron una distancia prudencial. No se rozaron de nuevo, ni intercambiaron palabras. Él se sentó en el sofá y Elena se tumbó en la cama.

Y se miraron... Se miraron hasta que el sueño los atrapó.

Al día siguiente, despertó sola y con ganas de charlar con su sobrina. Había llegado el momento de volver a la realidad. Si Olivia estaba dispuesta, le pediría a Ian regresar a Edimburgo. La única manera para demostrarle a su ángel salvador que podía confiar en ella era viviendo

el día a día juntos, aunque le costara un esfuerzo sobrehumano despedirse de *Hallstatt*.

Y la niña aceptó.

Ian y Elena estuvieron toda la jornada lanzándose miradas de soslayo, vigilándose cada instante, aunque procuraban simular que no estaban pendientes el uno del otro, una estupidez. No sonrieron, pero el viento había virado favorablemente. Así lo sintieron los dos. Así lo sintió Anne.

Cuando se fueron a dormir, ella, nerviosa, se sentó en la cama.

–Necesito volver, Ian.

Él la contempló desde la chimenea encendida, con la barbilla apoyada en la mano, pensativo y tan grave que se asustó.

–¿I...? ¿Ian? –pronunció, dubitativa.

–De acuerdo. Mañana volveremos a Edimburgo. –Se recostó en el sillón, de espaldas a Elena.

¿Qué significaba eso?

CAPÍTULO 13

Aterrizaron en Edimburgo a las nueve. Seis horas de viaje completamente silenciosas, incómodas, horribles... ¿Qué había pasado hacía veinticuatro horas?

Los señores Gayre los estaban esperando en el aeropuerto con *Bruno*.

Olivia corrió a su encuentro, los abrazó y los besó a los tres.

—¿Te gustó *Hallstatt*? —le preguntó Sofía a Elena, que se colgó de su brazo mientras caminaban hacia la calle, donde estaba aparcado el *Range Rover* de Donald, sin chófer.

—Es precioso, Sofía —convino, aunque sin mucho entusiasmo.

Habían ocurrido demasiadas cosas en *Hallstatt*, demasiadas cosas en el último mes y medio, y no eran precisamente buenas, sobre todo porque el viento, que ella

creyó que había virado favorablemente, parecía haberse estancado. Y no lo comprendía.

Alcanzaron el palacete y se despidieron de los señores Gayre con la promesa de comer juntos pronto.

El problema, o, mejor dicho, dilema, se presentó cuando se montaron en el ascensor: ¿qué debía hacer? Ian le había dicho que, cuando regresaran, Olivia y Elena se mudarán a su apartamento porque él necesitaba tiempo, pero, las cosas habían cambiado, ¿o no?

Ian respondió por ella marcando el código del ático.

En cuanto entraron, la niña y el perro corrieron al jardín. Él se dirigió hacia el dormitorio con el ceño fruncido. Ella no se movió. Permaneció en la misma posición hasta que Ian, descalzo, apareció de nuevo en el recibidor.

Y se detuvo. La miró.

Elena no supo si estaba enfadado, molesto... Agachó la cabeza.

—No me quiero ir... —confesó ella en un hilo de voz.

—Joder, Elena... —Tiró de su brazo con fuerza y la abrazó—. ¡Ni yo quiero que te vayas, maldita sea!

Elena ahogó un sollozo de felicidad y lo correspondió.

—Estaba aterrado —reconoció él, acariciándole la espalda con suma ternura—. Desde que me dijiste ayer que querías volver... —Suspiró. Expulsó la preocupación—. Eres tan imprevisible que nunca sé qué piensas o cómo vas a actuar.

—Quería venir —se separó para alzar los ojos y poder

observarlo al hablar—, porque quiero demostrarte que no voy a huir más, Ian. Y allí en *Hallstatt* no puedo hacerlo. Tú mismo lo dijiste, pero —desvió la mirada—, estabas tan serio ayer y hoy tan callado... Ni siquiera me has mirado una sola vez. —Se ruborizó.

—Solo por esto que has dicho ahora —murmuró como si lo hiciera para sus adentros—, después de todo, ir a *Hallstatt* no ha sido un error.

Ella no comprendió qué querían decir sus palabras.

—Elena... —Se apartó un par de pasos—. Olivia puede vernos. Hablaremos cuando se acueste. —Se dirigió a la isla—. Voy a encargarme una pizza a domicilio para cenar. ¿Ingredientes? —Sonrió con picardía.

¡Sonrió!

Elena creyó que se caería redonda al suelo por tal belleza. ¡Qué guapo era! ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta hacía poco?

Escribió a sus hermanos y a su madre para avisarlos de que había finalizado el viaje. Luego, los tres cenaron en el sofá viendo *El rey león*. La niña no se cansaba de reproducirla y los dos adultos la habían convertido ya en su película preferida, aunque ninguno lo supiera, o sí lo sabían, pero no quisieron decirlo en voz alta.

Cuando su sobrina se durmió, él la trasladó a la habitación.

—Tengo que atender unos e-mails —le comunicó Ian—. Date un baño cargado de espuma mientras me esperas. —Se inclinó y le besó la mejilla—. Voy a tardar.

Ella suspiró, irregular, se mordió el labio y lo observó caminar hacia el jardín con el portátil debajo del brazo.

Se preparó la bañera, no la de Olivia, sino la de su ángel. No echó el pestillo, aunque sí cerró la puerta. Se desnudó y dejó la ropa en el suelo en un rincón. A continuación, se introdujo en el agua caliente y suspiró, gozosa. Hacía muchísimo tiempo que no se daba un baño, mucho menos uno relajante. Bajó los párpados y recostó la cabeza en el borde del mármol para no mojarse el pelo.

Entonces, el aroma a regaliz rojo se filtró por sus fosas nasales y unos dedos comenzaron a masajearle las sienes.

—Mmm... —gimió.

Él le peinó los cabellos. Acarició mechón por mechón desde la raíz hasta las puntas una y otra vez. Después, le silueteó sus cejas con dedos suaves, sus párpados, sus pestañas, su nariz, sus mejillas, su boca, su mandíbula, su cuello, su escote...

Elena se sobresaltó. Ian paró. Se miraron.

Esos ojos verdes, a escasos milímetros de distancia, se habían endemoniado. Oscuro e intenso, la sostuvo por la nuca, calándola de espuma, y le lamió el labio inferior.

Ella se deshizo de placer...

—¿Tú no..., tenías..., que trabajar? —le susurró Elena, entrecortada.

—Y tengo que trabajar —respondió él en el mismo tono—, pero no me he podido resistir. Te deseo tanto, Elena... —La besó con la boca abierta y húmeda—. Saber que estabas aquí... —Gruñó—. ¿Qué me haces, patito? —Apoyó la frente

en la suya—. Estás en mis pensamientos constantemente... Sueño contigo despierto... —Se separó de golpe y retrocedió hasta la puerta.

Ella tuvo que sujetarse a la bañera para no caerse hacia adelante.

Ian se fue sin despedirse.

El baño se terminó.

Al día siguiente, despertó sola y sin rastros de haber dormido acompañada. Él no estaba.

En la cocina encontró una nota:

Buenos días, patito. Comemos juntos. El chófer irá a buscaros a mediodía.

Elena sonrió. *Ese hombre y sus órdenes*, pensó, feliz.

Puso varias lavadoras, tendió y recogió las maletas. Las guardó debajo de la cama de la niña. Vistió a su sobrina, se arregló ella con esmero, aunque sencilla como de costumbre, y esperaron en la portería a la hora señalada.

—Ya no hace tanto frío —comentó Allan—. La primavera se acerca. Pasen un bonito día.

—Igualmente, señor McCraig.

Era cierto. Como habían llegado a Edimburgo la noche anterior sin saber qué iba a pasar con sus vidas, qué iba a ocurrir entre ellos, no se había percatado de que la nieve había desaparecido y de que la ciudad respiraba más color. Los árboles desnudos habían empezado a florecer, las calles estaban desprovistas de restos de hojas marrones y, aunque llovía, el aire no helaba los huesos con tanto

ímpetu como a principios de febrero.

En el recibidor del edificio de *Gayre's Style*, la mujer que atendía las visitas se aproximó a recibirlas con una sonrisa radiante.

–Buenos días, señora Robledo, señorita –les saludó.

La niña agitó su mano.

–Buenos días –correspondió Elena.

–Me han dado esto para usted, señora. –Le entregó una nota doblada–. De la señorita Irwing.

–Gracias.

Sube a mi planta, querida. Yo te acompañaré a ver a Ian.

Tía y sobrina se dirigieron al ascensor y pulsaron la tecla de la planta de Lucy, la penúltima. En cuanto las puertas se abrieron, su amiga se arrojó a su cuello.

–¡Oh, cuántas ganas tenía de veros! –Besó a la niña con fuerza.

Elena y Olivia se echaron a reír.

–Bueno, bueno... –Lucy tiró de su brazo y las guió hacia el despacho del señor Gayre. La niña corrió a los brazos de Donald–. Tenemos que hablar, ¿no? –Realizó un mohín con los labios y añadió en voz baja–: Ian sonríe. ¿No tendrás tú nada que ver con eso?

Ella se ruborizó.

–Creo que sí, pero...

–Te llamo esta semana y nos tomamos un café –la interrumpió su amiga. Señaló al señor Gayre con la

cabeza disimuladamente.

Elena asintió y Lucy se marchó.

De repente, el olor a regaliz le aceleró las pulsaciones. Se giró al instante y lo vio.

Muy cerca, casi tocándose, estaba su ángel salvador, el cual la repasó de los pies a la cabeza y, al alcanzar sus labios, esa mirada verde chispeó, la enloqueció. Ella tuvo que obligarse a silenciar un gemido.

Aquel escocés, vestido de traje entallado color gris marengo, camisa blanca y corbata verde oscura, peinado a la perfección con la raya lateral, estaba tan atractivo que le cortó el aliento.

—Respira, patito, que te vas a desmayar —le susurró al oído entre risas.

Elena parpadeó y reuló unos pasos.

Ian dejó unos planos enrollados en la mesa de su padre.

—Ya está terminado, papá —anunció él.

—¿Ya? —exclamó Donald, bajando a Olivia al suelo, con una expresión de pura estupefacción—. Pero si llegaste anoche...

—Eso no importa. Revísalo, a ver qué te parece. —Elevó a la niña, que lo abrazó entusiasmada por el cuello—. Nos vamos a comer. Hasta luego, papá.

Pero el señor Gayre no reaccionó.

—¿Qué era eso? —quiso saber ella de camino al ascensor.

—Un nuevo proyecto.

Subieron al ático a por el abrigo de Ian y salieron del estudio.

–¿Cuánto se tarda en hacer un proyecto como ese? –lo interrogó Elena, cuyos ojos se entornaron, escéptica.

–Depende.

–Ian. –Se detuvo en la acera. La lluvia le mojó el pelo, pero no le importó. Colocó los brazos en jarras—. ¿Has estado toda la noche trabajando?

Él abrió un paraguas y la cubrió.

–Sí. No pasa nada, ya dormiré.

Elena se sintió mal. Habían estado más de un mes en *Hallstatt* y no lo había visto trabajar, ni con el ordenador, ni con planos, nada.

Ian analizó su estado y la rodeó por los hombros sin soltar la mano de su sobrina, que se resguardaba bajo su propio paraguas de princesas.

–Venga, patito, que me muero de hambre. –La arrastró consigo hasta un restaurante italiano que había en la esquina.

Sin embargo, esa noche también durmió sola y, lo que era peor aún, no volvieron a verse. Tampoco le escribió una nota.

Dos días después, ella se plantó en *Gayre's Style* sin avisar a nadie. Le pidió a Lucy que cuidara un momento de Olivia mientras hablaba con él. Su amiga le dijo el código para acceder al último piso y se llevó a la niña para permitirles la intimidad que necesitaban.

Elena anduvo por el pasillo que conducía al despacho de Ian Gayre con la suficiente energía como para ser escuchada en todo Reino Unido. Frunció el ceño y abrió

la puerta.

Él ni siquiera se percató de su presencia, estaba abstraído por completo, con las gafas de contacto en su nariz, modificaba unos planos.

–Ian Gayre –pronunció.

Ian se sobresaltó y la miró.

Elena se quedó petrificada por las ojeras, los ojos enrojecidos y la tez pálida de su ángel salvador, en ese momento su ángel agotado en extremo. El enfado se esfumó y prácticamente corrió hacia él, que estaba sentado en su magnífica silla de piel. Le acarició el rostro.

–La única persona que me llama por mi nombre y mi apellido es mi madre y solo lo hace cuando va a regañarme –suspiró Ian como si expulsara una pesada carga. Se quitó las lentes y se restregó los ojos.

–¿Por qué no vienes a casa y te relajas? –le preguntó ella en un hilo de voz–. No me gusta verte así. –Sufrió un pinchazo en el pecho–. Necesitas descansar, por favor, Ian.

Él la observó una eternidad. Luego, tan rápido que Elena no pudo evitarlo, la tomó de la cintura y la sentó en su regazo. Ella profirió un grito del susto y se agarró a las solapas de su chaqueta oscura. El bolso cayó al suelo. Entonces, los cristales se blanquearon y un chasquido a lo lejos le indicó que estaban encerrados y resguardados de posibles cotillas.

–Ian, no puedes seguir sin dormir. –Se sonrojó por la cercanía–. Vente conmigo, necesitas descansar.

–Créeme que prefiero irme a casa contigo –le acarició la nariz con la suya, se inclinó y cerró los párpados–, pero tengo que terminar unas cosas que no puedo demorar. –Le besó las comisuras de la boca.

–Ian... –articuló, agitada–. ¿Te puedo..., ayudar yo? –Se humedeció los labios en un acto reflejo que Ian no pasó por alto.

–Sí, puedes –respiró hondo, clavándole los ojos en su boca–, pero no quiero.

Elena parpadeó, confundida. ¿No se suponía que sería su ayudante?

–No quiero –le aclaró él y le hundió los dedos en su cintura–, porque si estoy contigo a solas no voy a poder trabajar –apretó la mandíbula–, exactamente igual que ahora. Y esto es urgente.

Su corazón acrecentó los latidos a un ritmo vertiginoso.

–¿Cuándo lo tienes que entregar? –se interesó ella. Ascendió las manos hacia su nuca, incapaz de mantenerse quieta. Le tiró suavemente del pelo, acercándolo.

–Elena... –se inclinó–, mañana... –Gruñó y la besó con ardor.

¡Oh, Dios!, pensó Elena, ¡cómo besa! ¡Debería ser un pecado besar así!

Ella jadeó y lo correspondió de igual modo. Fue lento, muy lento. Enseguida, abrió los labios y permitió que la lengua de Ian encontrara la suya. Y lo hizo. Y la rozó apenas casi nada con delicados y seductores toques, excitándola, mostrándole la fruta prohibida sin llegar a

entregársela, solo la tentó.

Elena lo atrajo más hacia su cuerpo, refunfuñó porque quería más, mucho más... Él le quitó el abrigo despacio y la elevó en el aire. Ella se sentó a horcajadas. Nunca habían llegado tan lejos, pero no se asustó, sino que, atrevida y siguiendo sus instintos, se curvó y empezó una danza, chocó las caderas contra las suyas de manera sensual, muy, pero que muy, sensual...

—¡Para! —exclamó Ian, de pronto en inglés, y añadió en español, entrecortado—: No hagas eso otra vez... O explotaré al segundo, te lo aseguro... —La contempló con fiereza.

Elena sonrió con travesura y se irguió, lo que provocó que su ángel resoplara sin contención.

—Tenías razón —le dijo ella al incorporarse con las piernas flácidas, aunque no lo demostró—, que la silla no tenga brazos es genial... —Recogió el bolso y el abrigo. Caminó hacia la puerta, pero, como estaba cerrada, se giró y lo miró, sugerente—. No puedo salir —Se humedeció la boca adrede.

Él permaneció una eternidad observándola con la frente arrugada y la cabeza recostada en el asiento, como si decidiera qué hacer con Elena.

—Ian... —Se impacientó ella. Perdió parte de su valentía ante tal escrutinio.

Aquel escocés se levantó, introdujo una mano en el bolsillo del pantalón y se dirigió adonde estaba Elena, interesante y cautivador, una pose que le incrementó la

potencia de los latidos del corazón.

Ella, al ver que Ian no se detenía, reuló hasta golpearse el trasero con el cristal. Él estiró la mano libre por encima de su hombro izquierdo.

–Te voy a decir algo, patito, y será mejor que no lo olvides en el futuro –le susurró con la voz aterciopelada, acariciando su pelo a medida que hablaba–. Conmigo, no se juega.

Era una amenaza en toda regla, pero Elena no se amilanó, sino que lo encaró, elevó el mentón y sonrió.

Sonó el chasquido del cerrojo al abrirse.

–Todavía no eres mi jefe –le recordó ella, acortando la distancia. Subió las manos por su musculoso pecho hasta la corbata, cuyo nudo oprimió ligeramente–. Así que no recibo órdenes de nadie, señor Gayre.

Unos tacones resonaron aproximándose, pero Ian no se inmutó.

–Eres mía, Elena –masculló, furioso.

–Aún no, Ian. –Se acaloró al asimilar el verdadero y doble significado de sus propias palabras.

Él entrecerró su implacable mirada.

–No por mucho tiempo, patito.

¡Dios mío!

Se cubrió la boca al instante para silenciar un gemido.

¿Había un horno en la sala?, se cuestionó a sí misma porque su piel se estaba calcinando... La de ambos, en realidad, aunque Ian no lo manifestara, pero, en su interior, estaba igual de perturbado.

La magia se rompió de inmediato, pues alguien llamó a la puerta con insistencia.

—¿Ian? —pronunció una voz femenina.

—Un momento —contestó él, ronco, en inglés, y añadió en español, dirigiéndose a Elena—: Hasta que no termine el proyecto que tengo entre manos, no nos veremos. Luego, hablaremos, y después... —Pero no terminó, sino que se separó y abrió la puerta. Y tampoco hizo falta el resto de la frase.

—Ian, venía a... —La señorita O'Paradise se interrumpió al verla a ella allí, examinó la estancia y estiró el cuello—. Es urgente —rumió, molesta y sin ocultarlo.

—Ya me iba —anunció Elena en inglés, con el cuerpo sin responder, aturdida, acelerada y anhelante.

—Te acompaño al ascensor —le indicó su ángel en español. La agarró del codo—. Ahora vuelvo, Amber —añadió en inglés.

Y eso hizo. Y no la soltó hasta que no la metió en el elevador con sus propias manos.

—Te advertí de que conmigo no se jugaba, Elena. —Ian se agachó y le rozó los labios con los suyos en una llameante caricia—. Disfruta del día sin mí, yo ya te aseguro que no podré... —Carraspeó y se fue.

No supo cómo consiguió reunirse con Olivia y con Lucy sin tropezar por el camino.

Tía y sobrina se despidieron de su amiga y regresaron al ático.

El día fue pesado y transcurrió tan parsimonioso que

creyó que jamás finalizaría. Se durmió en el sofá tras rezar para que su ángel volviera a casa pronto y descansara, que lo requería. Y despertó en el mismo lugar.

A media mañana, telefoneó a Lucy y quedaron para tomar el café que habían prometido.

La niña se llevó la muñeca para jugar.

—Ya me contarás lo succulento en otro momento. —
Sonrió su amiga, revolviéndole los rizos a Olivia.

—¿Qué tal está Ian? —quiso saber Elena, preocupada.

—Ian es una máquina, querida. —Dio un sorbo a su taza—. Lo que no ha trabajado en un mes y medio lo está haciendo en esta semana.

—No me gusta. —Negó con la cabeza—. Todavía no ha dormido en casa y hace cinco días que volvimos de *Hallstatt*.

—Tranquila —le apretó la mano—, esta tarde tiene la reunión del último proyecto que requería urgencia. Y mañana es sábado.

Ella suspiró, resignada, y bebió de su café.

—El señor Gayre está desquiciado —le relató Lucy—, porque los proyectos que está haciendo Ian son parte del trabajo de Amber. —Arrugó la frente—. Esa mujer no ha hecho nada mientras estabais en *Hallstatt*.

Elena gruñó.

—Bueno, al menos me consuela que el lunes me incorporaré al estudio —anunció ella.

—¿De verdad? —se interesó su amiga con una súbita y sincera alegría.

–Sí, por eso quería hablar contigo. Llama a tu sobrina Elizabeth, a ver si puede cuidar de Oli desde el lunes.

–¡Claro! –Asintió, entusiasmada.

–Por cierto –se inclinó sobre la mesa–, ¿se necesita ropa especial?

–En realidad, no creo que tú la necesites, serás la ayudante personal de Ian. –Le guiñó el ojo, coqueta.

–¡Lo digo en serio! –exclamó Elena, ruborizada.

–Vale, vale... –Levantó las manos en son de paz–. Deberías hablarlo con él. Yo soy secretaria y todas las secretarias vamos iguales: traje de chaqueta y falda grises o negros y camisas blancas. Amber, por ejemplo, va como quiere –agregó en un tono sombrío–. Las demás van parecidas a nosotras. Háblalo con Ian, de verdad. –Movié la cabeza de arriba a abajo.

–Otra cosa... ¿Alguien sabe que voy a trabajar en *Gayre's Style*?

–A mí nadie me ha comentado nada y yo no he querido decírselo a nadie –negó Lucy–, aunque...

–¿Aunque, qué? –Arqueó las cejas.

–Ayer os descubrió Amber, ¿a que sí?

–Sí... –Frunció el ceño–. Espera. ¿Cómo que *nos descubrió*?

–El único enemigo que tendrás en el estudio es Amber O'Paradise, ya lo sabes, y también sabes que nadie la soporta y la temen al mismo tiempo. –Elevó el dedo índice en el aire–. Sin embargo, lo que no sabes es que hay un grupito de tres ambiciosas que la secundan. Y son

muy cotillas.

–Ayer Amber fue al despacho de Ian cuando estaba yo.

–Por eso te lo preguntaba antes. –Su amiga dio otro sorbo al café–. Amber se lo contó a ese odioso grupito y...

–¿Y? –la apremió ella a que hablara, con el corazón en un puño.

–Y hoy se ha empezado a correr la voz entre los empleados de que tú eres la trepadora que pretende cazar a Ian, la culpable de que Ian no haya trabajado en un mes y medio.

A Elena se le desencajó la mandíbula.

–¿Él lo sabe, Lucy?

–No, tampoco el señor Gayre. Y te aseguro que cuando se lo cuente...

–¡No! –gritó ella, sobresaltando al resto de la cafetería, incluida a su sobrina–. Por favor, Lucy –la tomó de las manos–, en tres días empiezo a trabajar en *Gayre's Style* y lo último que necesito es que se acrecienta lo mal que piensan de mí si tú vas con el cuento a Ian y a Donald.

–Pero...

–No –zanjó Elena. Se recostó en la silla–. Si Ian se entera, a lo mejor no se queda de brazos cruzados al respecto. Tampoco quiero incomodarlo, ni a él, ni a su padre. Y la culpa es solo de Amber que ha sido quien ha abierto la boca en primer lugar. Y, seamos sinceras, Lucy, entro a trabajar ahí por Ian. Estudié *Empresas*, Lucy, economía, no arte, ni *Arquitectura*, ni nada que haga *Gayre's Style* –resopló–. Soy la enchufada...

En ese momento, los cinco años que estuvo trabajando en la empresa de su padre surgieron en su mente con fuerza. Ninguno de sus compañeros había entablado amistad con ella. Elena lo había intentado, pero le habían cerrado los círculos. La habían tratado con respeto y con educación, pero porque era la hija del jefe.

Cuando le había explicado a Tomás, dolida, cómo respondían sus compañeros, su marido le había restado importancia, había alegado que al trabajo solo se iba a trabajar, que no necesitaba a nadie más en su vida excepto a su familia, Tomás incluido.

¿Sucedería lo mismo ahora? Si se desahogaba con Ian, ¿su ángel salvador actuaría del mismo modo que su marido? ¿Y se sentiría ella tan vacía en el estudio como en la oficina de Fernando?

—Sí —convino Lucy—, lo haces por Ian, pero el señor Gayre está fascinado con el proyecto del señor Agnelli. —Sonrió con cariño—. Se lo ha mostrado a todo el mundo. Dice que tienes unas manos mágicas.

—¿Los empleados saben que fui yo quien hizo los dibujos en carboncillo para Agnelli?

—No —emitió una risita—, eso se lo ha callado Amber.

—Podíamos apodarla de alguna manera —sugirió ella, pensativa, golpeándose la barbilla.

—¡Vale! Pero, ¿cómo?

La niña apoyó a *Mariquita Pérez* en su regazo y las miró. A continuación, cogió una servilleta de papel y el bolígrafo de la secretaria, que siempre llevaba consigo

sujeto a una agenda. Dibujó una serpiente y la mostró a las dos amigas con una ceja enarcada, como si fuera totalmente obvio el apodo.

Ambas adultas estallaron en carcajadas.

Se terminaron el café y se despidieron.

La conversación con Lucy creó unos nervios que hasta el momento no había experimentado en cuanto a su nuevo empleo. Además, debía hablarlo con Ian, pues estaba decidida. Quería ayudarlo, necesitaba ayudarlo, tanto por sentirse útil como por ofrecerle un apoyo y que él consiguiera así más tiempo libre, al menos cuando los proyectos de *Gayre's Style* fueran urgentes e importantes.

Al entrar en el ático, un intenso aroma a regaliz rojo le arrancó una sonrisa. La niña se dirigió al jardín con *Bruno*. Ella, en cambio, buscó al propietario de ese indiscutible olor.

Y lo encontró.

Elena se recostó en el marco de la puerta del dormitorio. Él estaba tumbado en la cama, vestido, con los brazos en cruz, los zapatos puestos sobresaliendo del colchón y los ojos cerrados. Avanzó y sonrió. Le acarició el rostro. Estaba profundamente dormido.

Y procedió a la tarea más difícil que había llevado a cabo en su vida: desnudar a un hombre, y no uno cualquiera, sino a Ian Gayre, pues era muy alto y musculoso, lo que significaba que le iba a costar un esfuerzo increíble moverlo.

Empezó por los zapatos de ante y lazada marrones,

elegantes, preciosos. Siguió con los calcetines y ascendió a la corbata. Luego, desabotonó la camisa.

–Ay, Dios... –articuló ella en un hilo de voz. Tragó saliva.

Había sido una mala, una muy mala, idea...

Retiró la tela, rozando la piel de su ángel y quemándose por el contacto. Fue a tocarlo, en trance, pero él se removió y Elena quedó en suspenso. Expulsó el aire que había retenido y arrugó la frente, obligándose a concentrarse. Molesta consigo misma, continuó con la tarea. Quiso aplaudir cuando consiguió sacarle la camisa y la chaqueta.

Sin embargo, surgió un nuevo problema al alcanzar al cinturón. No pudo evitarlo, se acaloró como un pimiento rojo asado.

No puede ser tan complicado, se reprendió.

Pero, sí, lo fue.

Un sofocante sudor se adueñó de su cuerpo y se incrementó al fijarse en la cremallera del pantalón.

–Ay, madre... –gimió, lastimera.

Se acercó a los pies de Ian y de un fuerte tirón le deshizo de ellos. Y, al instante, él se colocó boca abajo, descansó la cabeza en la almohada y flexionó los brazos debajo de la misma. Aquel escocés era el pecado personificado... Extraordinario... ¿Cómo alguien tan atractivo y tan bueno como él se había fijado en ella? ¿Se lo merecía? No pudo evitar cuestionárselo.

Lo tapó con los extremos del edredón y se dedicó a

hacer la cena.

Esa noche durmió con su sobrina, pues no quería perturbarlo.

Al día siguiente, contenta y sin saber la razón, mientras cocinaba espaguetis con una salsa de quesos especial, receta de su madre, activó la lista de reproducción de su móvil, canciones españolas de su época de la universidad. Y entonó la letra.

Cuando empezó la quinta canción, llenó dos platos de espaguetis, pero, al voltearse con la cacerola en la mano, se llevó tal susto que chilló y se le cayó la comida.

Ian, descalzo, en calzoncillos, el pelo revuelto y huellas de sueño en el rostro, la miraba, sonriendo, divertido, y cruzado de brazos.

—Eres muy asustadiza —reiteró él entre risas. Se agachó para recoger la cacerola, que, por suerte, estaba intacta.

Elena posó una palma a la altura del corazón, corazón que no se ralentizó por culpa de la visión espectacular del torso de Ian Gayre. Sus ojos se desorbitaron al incorporarse él, muy cerca de ella. Y, para mayor inconveniente, Ian se humedeció los labios y mostró su perfecta dentadura con clara satisfacción.

—¿Te importaría...? —empezó Elena, que retrocedió, temblorosa, frunció el ceño y desvió los ojos—. ¿Te importaría vestirte?

—¿Por qué? —Avanzó, embrujador—. ¿Tienes algún problema en que vaya así por casa?

—¡Sabes que sí! —exclamó ella. Colocó una mano en el

pecho de Ian para detenerlo—. ¡Para!

Él la abrazó con fuerza por la cintura, estrujándola contra su gloriosa anatomía.

—Ian, por favor... —le suplicó.

—Bésame, patito, y te dejo en paz —le susurró, ronco, posesivo y sin rastro ya de diversión.

—Olivia...

—Olivia está con *Bruno* en su cuarto. Solo un beso...

Elena gimió, elevó el rostro y lo besó.

Pero no fue solo un beso, pues ambos deseaban infinitamente más. La pasión que escondían se desató. Ian la agarró por la nuca para que no se apartara de él, claro que no pensaba hacerlo, ¡ni en sueños!

Se olvidaron de todo...

Ian se adueñó de su boca con tal fervor que Elena rozó el cielo y sollozó, le rogó más... Él gruñó, ladeó la cabeza y profundizó el beso. La alzó en vilo por el trasero y la sentó en la encimera. Ella jadeó, le clavó los talones en las nalgas y se pegó cuanto pudo a sus caderas. Ian volvió a gruñir, resbaló las manos por sus costados, sobre la camiseta, hacia...

—¡Dios mío! —gritó alguien en español, interrumpiéndolos.

Se detuvieron, aturcidos, con los labios húmedos e hinchados, el pelo desaliñado y el corazón desbocado.

Sofía Gayre los observaba, boquiabierta, totalmente fuera de sí. Sostenía un juego de llaves en la mano que aterrizó en el suelo con un golpe seco, golpe que los

regresó a la realidad de forma brusca.

Elena se bajó de un salto y se dirigió a la nevera para servirse un vaso de agua helada, atacada por haber sido descubierta en tal postura, en tal actitud, y por la madre de Ian, para mayor vergüenza, una vergüenza que la impedía respirar con normalidad.

—Te he dicho mil veces que no uses la copia que te hice de las llaves a tu antojo, mamá —la increpó él, tapado por la isla. Se cruzó de brazos, ruborizado, y arrugó la frente.

La señora Gayre no reaccionaba y ella temblaba tanto que tropezó y se vertió el agua en la camiseta.

—¡Oh! —exclamó Elena, paralizada, al sentir el frío del líquido impregnar su piel.

Su ángel la miró. El verdor de sus ojos se oscureció sin límites. Ella se había mojado justo en el pecho y la camiseta era tan fina que el sujetador blanco de encaje se descubrió al instante. Se cubrió con las manos.

—Yo... —Sus mejillas ardían de manera incontrolable—. Voy a... Voy a... —Y se fue.

Pensó en encerrarse hasta que Sofía se marchara, pero decidió que lo mejor sería enfrentar la situación con madurez y valentía. Se cambió por un jersey oscuro de cuello alto y salió al pasillo.

—¡Mamá! —la increpó él.

—¡Ay, hijo, pero si es que es muy gracioso! —La señora Gayre se reía.

Estaban en el salón, de pie. Ian desprendía chispas venenosas por los ojos y Sofía se doblaba debido a las

carcajadas.

–Ya vale –regañó él a Sofía. Se acercó a Elena.

Ella retrocedió y escapó de su alcance. Ian gruñó, enfadado por su actitud.

–Vale... –suspiró la señora Gayre–. Perdonad. –Respiró hondo–. Bueno –añadió, calmada–, no es por nada –levantó las palmas–, pero vivís con una niña de seis años.

–Lo siento... –se disculpó Elena, avergonzada. Se retorció los dedos en la espalda.

–¿No crees que deberías vestirte, hijo? –le sugirió Sofía con una pícara sonrisa.

–Ahora vuelvo –masculló él antes de desaparecer por el pasillo.

Ella lo observó, hipnotizada. La señora Gayre carraspeó.

Después del incómodo momento, charlaron un rato los tres. Sofía se quedó con Olivia jugando hasta que a media tarde se marchó.

Elena huyó de Ian el resto del día.

–¿Se puede saber qué te pasa? –inquirió él, en la cocina, con los codos apoyados en la encimera.

–Tu madre tiene razón –le contestó. Cortaba verduras con excesiva saña–. Nos hemos olvidado de Oli y eso no me gusta, así que déjame tranquila, Ian. –Lo apuntó con el cuchillo.

Su ángel sonrió, divertido, y reuló con las manos en alto.

Cuando su sobrina se durmió, Ian se reunió con ella en

el jardín. Se sentó en la hamaca, en el otro extremo al de Elena.

–He estado pensando –le dijo ella. Se rodeó las piernas–. Quiero empezar a trabajar el lunes, si te parece bien.

–Claro que sí. –Sonrió, se inclinó y la obligó a recostarse. Atrapó su pie, lo colocó sobre su regazo y comenzó a masajearlo–. Tengo el contrato aquí esperando tu firma.

–He hablado con Lucy esta mañana. Elizabeth vendrá a las ocho para quedarse con Oli. –Respiró hondo. La paz invadió su ser.

–Muy bien. –Le acarició entre los dedos.

Ella dio un brinco.

–Ian, ¿necesito comprar..., ropa especial para trabajar? –se atrevió a preguntar.

–No, Elena. –Negó despacio con la cabeza–. Eres perfecta, no cambies ni siquiera tu vestuario.

Elena lo miró. El aleteo del estómago se hizo presente.

–¿Aunque me plante en vaqueros? –insistió ella. Lo golpeó con el pie, traviesa.

–¡Mejor! –exclamó él, haciéndole suaves cosquillas. Elena se echó a reír–. En vaqueros se te marca ese culo tan... –ladeó la cabeza–, tan jugoso que tienes, patito.

–¡Ay! –Se incorporó entre carcajadas–. ¡Para, Ian! –le gritó por las cosquillas, que se volvieron menos suaves. Se retorció–. ¡Ay! ¡Paraaaa! –Se desternilló de risa, sin contención–. ¡No! ¡Nooooo!

–Tienes muchas cosquillas, Elena, es bueno saberlo. – Se rió con los ojos brillantes–. No grites, patito. –Tiró de sus piernas y se tumbó encima, aunque con cuidado de no aplastarla.

Las carcajadas se desvanecieron poco a poco.

–Me encanta cuando te ríes... –confesó Ian, ahora muy serio.

–Ian...

–Elena...

Ella se tornó grave. Recordó las vacaciones en *Hallstatt*.

–¿Qué ocurre? –se preocupó él. Se levantó y la ayudó a su vez.

–Ian, lo siento... –declaró con el corazón en la mano, contemplándolo, arrepentida–. Siento mucho haberme alejado de ti antes de irnos a *Hallstatt*.

Ian suspiró y la abrazó. Elena lo correspondió con la cara descansando en su pecho.

–Me di cuenta de algo que... –prosiguió ella. Tragó el nudo que se le formó en la garganta–. Estaba hablando con Miguel y me dijo que salíamos en la revista *Hello*. Un periodista escribió un reportaje sobre la gala. Yo no lo había visto.

–Pensaba contártelo, pero... –Respiró profundamente–. Cuando me acerqué a ti... No pude.

–Estuve viendo las fotos. –Se incorporó, pero no se apartó. Lo observó con fijeza y con las lágrimas a punto de mojarle las mejillas–. Y nos vi a los dos y... –Agachó

la cabeza—. Pensé en Tomás... Él no... Yo no... —Comenzó a llorar en silencio—. Y vi que tú...

Ese ángel tan atento y cariñoso le elevó la barbilla suavemente y le acarició el rostro.

—¿Yo, qué? —susurró él.

—Hay una foto en la que estoy hablando con Lucy. Tú estás al lado, mirándome. —La timidez se adueñó de su ser—. Tomás nunca me miró así, nunca... Y me asusté.

Ian la acunó en su regazo un maravilloso minuto, le frotó la espalda y el pelo con mimo.

—Ven conmigo —le pidió él—, quiero enseñarte algo.

Lo siguió hasta su dormitorio. Ian abrió un cajón de la mesita de noche y sacó un sobre grande y blanco. Se lo entregó. Elena lo aceptó con manos temblorosas. Lo abrió.

Su corazón dejó de latir.

En el interior estaba esa foto, pero modificada. Estaba ampliada y era en blanco y negro. Todo menos ellos dos estaba difuminado como si fuera un sueño, creando así una imagen tan bonita que se le escapó un sollozo de los labios.

—El periodista se puso en contacto conmigo y me envió las fotos por correo electrónico —le explicó él, con las manos en los bolsillos traseros del vaquero. Un delicioso rubor le teñía los pómulos—. Yo la retoqué y la imprimí. Quise regalártela ese día, que fuéramos juntos a elegir un marco.

—Es increíble... —Avanzó, se puso de puntillas y lo besó

en la boca con dulzura—. Eres increíble —se corrigió—. No he conocido a nadie como tú, Ian. Y... —Examinó la fotografía—. Nunca he estado enamorada de Tomás —confesó al fin.

Ian Gayre se petrificó.

—Y me di cuenta cuando vi esta foto, Ian. Por eso me asusté. —Suspiró, trémula—. Porque me sentí culpable. —Posó el papel y el sobre en el edredón y caminó por la habitación sumida en sus pensamientos, en sus sentimientos...—. Darse cuenta de algo así... ¡Puf! —Se restregó la cara—. He estado cinco años con una persona a la que creía amar, pero resulta que a los pocos meses de su muerte empiezo a sentir cosas por alguien que no es él, cosas que jamás he sentido... —Se paró, cabizbaja—. Y ver esa foto... —Inhaló aire con fuerza y lo expulsó lentamente.

—¿Por qué huiste de mí? —quiso saber su ángel, a su espalda—. ¿Por qué no te refugiaste en mí, Elena? ¿Por qué no confiaste en mí? —Le dolía todavía.

Ella se dio la vuelta. La imagen de Ian, atormentado, la impactó.

—Los remordimientos me quemaron, Ian. —Las lágrimas salieron a borbotones de sus ojos—. Me sentí muy culpable... Y comprendí muchas cosas de mi relación con Tomás, cosas que, de repente, se aclararon, problemas que... —Se sonrojó—. Y creí que no merecía recibir lo que vi en la foto...

—¿El qué, Elena?, ¿que un hombre te mire como te miro

yo? –Se enfureció—. ¿No te mereces eso? ¿No te mereces ser feliz?

Elena negó con la cabeza, incapaz de responder con palabras.

Él gruñó y la envolvió entre su calor, posesivo. Después, la alzó en brazos y se sentaron en la cama apoyados en el cabecero, uno al lado del otro.

–Has dicho problemas –recalcó Ian.

–Problemas... Íntimos. –Se avergonzó, fue inevitable—. Nunca se lo he contado a nadie. –Tragó saliva—. Y otros problemas. –Suspiró—. Cuando empecé a salir con Tomás, dejé de tener amigas. Me centré en él. –Se encogió de hombros—. Supongo que esas cosas pasan.

–No, Elena –la contempló, seguro de sí mismo—, esas cosas pasan si esas amigas no son en realidad amigas, sino compañeras de juerga, o si tu novio te prohíbe verlas y tú se lo consientes.

–No, Tomás nunca... –Arrugó la frente.

–¿Qué pasa, Elena? –La tomó de las manos y la incitó a que hablara.

–Bueno, es que acabo de recordar cuando mi amiga Blanca se distanció de mí.

–Cuéntamelo –le rogó él en un tono suave y delicado.

–Conocí a Blanca en la universidad –comenzó ella. Se giró y se recostó sobre su cuerpo. Ian la rodeó por la cintura y le besó los cabellos—. Enseguida nos hicimos amigas. Nos contábamos todo. Estábamos siempre juntas. –Sonrió, nostálgica—. Ella tenía novio desde los dieciséis

años, se llamaba Luis. –Respiró hondo profundamente–. En segundo de carrera, nos cambiaron de turno. Estábamos por la tarde en primero y solicitamos las clases por las mañanas a partir de segundo. Nos las concedieron. Y conocimos a tres chicas más. Hicimos un grupo de estudio que poco a poco se fue convirtiendo en un grupo de amigas.

»Una tarde, hace cuatro años ya, Blanca me llamó llorando. –Bajó el tono de voz sin pretenderlo–. Luis y ella habían roto. Llevaban un tiempo mal –aclaró–. Le dije que iría a su casa. Ella me necesitaba. Y fui, no lo dudé. Estuve con Blanca hasta bien tarde. Tenía silenciado el móvil en el bolso y no me enteré de las llamadas de mi padre y de Tomás.

–¿Habías quedado con ellos?

–Había quedado a cenar con Tomás. Se me olvidó.

–Se enfadó –pronosticó su ángel en un susurro.

–Cuando Blanca se quedó dormida, me fui. Salí a la calle y ojeé el teléfono de camino a la parada del autobús. Tenía veinte llamadas perdidas. –Alzó las manos y las dejó caer. Él entrelazó los dedos a los suyos–. Todas de Tomás y de mi padre. Llamé primero a mi padre. Me gritó que regresara a casa, que Tomás estaba allí desquiciado. Era cierto. Estaba desquiciado...

Ian se quedó rígido.

Elena le acarició el dorso de las manos para tranquilizarlo.

–Les conté lo que pasó –continuó ella en un tono

apagado.

–No lo entendieron.

–No... Esa fue mi primera discusión con Tomás. Les dije que Blanca me necesitaba y que se me olvidó la cena. Les pedí perdón por haber descuidado el móvil.

–¿Qué te dijeron? –la interrogó él con los labios sobre su sien, depositando castos, pero tiernos, besos en su tez.

–Que ya era mayorcita para andar con jueguecitos de niñas, que ya era una mujer adulta y que tenía un novio al que debía responder, un novio que además me sacaba once años y, por tanto, yo debía actuar con madurez, cosa que según ellos no hacía. –Realizó un aspaviento–. La cena era en un restaurante donde había reservado Tomás un mes antes por la cola que había. Me hicieron sentir muy mal, Ian... –Suspiró de forma sonora–. Tomás se fue enfadado. Al día siguiente, me presenté en su casa para pedirle perdón otra vez. Y me llamó Blanca justo cuando estaba con él. La colgué.

–Ahí empezó a distanciarse –adivinó, sin atisbo de dudas con su voz profunda.

–Mi relación con Tomás se volvió más seria.

–No te entiendo –declaró Ian, extrañado por su frase–. Todas las relaciones se supone que son serias.

–A partir de ahí, lo veía a diario. Los primeros meses, quedábamos los fines de semana, aunque no todos. Él trabajaba mucho. Y esa discusión nos unió.

Permanecieron en silencio unos minutos.

–¿Dejaste de salir con tus amigas desde esa discusión, o

fue en otro momento? –quiso saber él.

–Sí, desde la discusión.

–¿Por qué? –La soltó despacio.

Elena lo miró y frunció el ceño.

–Ya te lo he dicho, Ian. Empecé a salir más con Tomás. Me centré en él. Eso lo hacen todas las parejas.

Ian se cruzó de brazos.

–¿Y tu padre qué hizo?

–Nada, hablamos también al día siguiente de la discusión. Yo nunca había tenido novio, nunca había estado con nadie. –Agachó la cabeza.

–Elena, ¿tu padre te aconsejó sobre tu relación? –Entornó los ojos, incrédulo.

–Sí. –Asintió apenas sin voz—. No entiendo tu interrogatorio, Ian.

–Perdóname –se disculpó él en un suspiro cargado de impotencia—. Es que... Creo que no te das cuenta de algo, Elena.

–¿De qué? –se preocupó.

–Nada, déjalo. –Flexionó los brazos detrás de la nuca y observó el dosel.

–Habla, por favor. –Se acercó más.

–No te centraste en Tomás, Elena –declaró Ian sin fijar la vista en ella, sino en el techo, convencido de sus propias palabras—. Tomás te centró en él, que es bien distinto. Y tu padre lo secundó.

Los cinco años de su relación con Tomás pasaron por su mente en un sinfín de imágenes. Y algo más... El

recuerdo de la conversación que había mantenido con Miguel en Nochebuena en casa de los señores Gayre.

El amor hace a uno egoísta...

–Lo siento, Elena –se disculpó él–. No debí haberte dicho eso. Olvídalo. –Se levantó del colchón y salió de la habitación.

–Ian. –Lo alcanzó en el salón.

Estaba enfadado y paseaba sin rumbo por la sala, revolviéndose el pelo.

–No puedes decirme eso y marcharte –le recriminó Elena con un nudo inmenso en las entrañas, que le causaba escalofríos.

–Es que no... –Se frotó el rostro. Frenó sus pasos–. ¿Te acuerdas de cuando me contaste que tu padre no aceptó el hecho de que te mudaras a Edimburgo?

Ella asintió con el corazón en un puño.

–Lo que le pasa a tu padre es que te quiere como su marioneta particular, Elena, lo ha hecho siempre. –La apuntó con el dedo índice–. Me dijiste que habías estudiado *Empresas* por él. Te metiste a trabajar en su empresa por él. Y, además –alzó las manos al techo–, te da consejos sobre cómo tienes que comportarte con Tomás. ¿Acaso no lo ves? Siempre has hecho lo que él ha querido. Siempre.

Eso era cierto. Y Elena se había percatado de ello el mismo día en que habían discutido antes de mudarse a Escocia. Se lo había dicho a su madre y a Miguel, también a Ian. Su padre ni siquiera se había molestado en

interesarse por lo que en verdad le gustaba: su arte, sus cuadros, sus dibujos... ¿Lo haría Fernando algún día? ¿La llamaría? ¿Le pediría perdón?

–Pero hay algo que no entiendo... –murmuró él, pensativo–. ¿Qué pinta Tomás en la vida de tu padre? –Se cuestionó a sí mismo. Gesticulaba a la vez que hablaba–. Un padre tan posesivo no incitaría a su hija a que se centrara en su novio si... –Gruñó, desesperado–. ¿Por qué tu padre aceptaba a Tomás sin titubear?, ¿por qué te arrastró hacia él? No lo entiendo... –repitió. Estrujó los puños a los costados y con los ojos perdidos en un punto infinito.

Ella se retorció los dedos. No le gustaba ver a su ángel enojado y mucho menos por culpa de su relación con Tomás, o por Fernando, un padre que la había rechazado cuando había decidido emprender el vuelo lejos de su lado, en lugar de haberla apoyado, la había echado de su casa.

–Ian, por favor, no te enfades –pronunció Elena, estremecida–. Te necesito...

Entonces, Ian, con el ceño arrugado a más no poder, se aproximó a ella y la abrazó como nunca antes lo había hecho, la envolvió entre sus brazos con inmenso cariño, un cariño que destruyó las barreras que flanqueaban su alma.

–Eres tan buena, Elena... Y tan inocente... –susurró–. ¿Cómo puedes decir que no te mereces ser feliz? ¿Cómo puedes creerte tal cosa? –preguntó, retórico. Y añadió en

un tono rudo—: Ninguno se molestó en que terminaras un cuadro, o volvieras a dibujar. Ni tu padre ni Tomás.

Ya no había grietas.

Ya no había culpabilidad.

Ya no había dolor.

—Ian... —emitió Elena entre lágrimas de felicidad—. Ya no me da miedo perderme —confesó, aliviada—. Contigo no tengo miedo. No me importa lo que pase. Me abrazas, me besas, me acaricias, me miras... Y siento que estoy...

—A salvo —concluyó él, separándose un poco, hipnotizado por ella, hipnotizándola a ella...

Se contemplaron el uno al otro con una urgente emoción que los abstraía de la realidad.

Ella tragó, extasiada por aquel verdor.

Ian le mimó las húmedas mejillas.

—¿Qué viste en la foto? —quiso saber su ángel salvador.

—Lo que he esperado toda mi vida... A ti.

CAPÍTULO 14

Jan se inclinó y posó sus labios sobre los de Elena de manera delicada, incluso frágil. Estaba muy nervioso, reconoció para sus adentros. Esa mujer lo tenía subyugado a la belleza pura de su increíble corazón. Le había robado el alma.

Y fue tal el alivio que ambos sintieron por ese pequeño toque que jadearon al unísono.

Se separaron de golpe, impactados, sin aliento...

Él la cogió en brazos y la transportó al dormitorio sin dejar de mirarse. La chimenea encendida creaba un halo de luces y sombras seductoras, fascinantes...

—Recemos para que Olivia no nos interrumpa —la bajó al suelo donde se hallaba la alfombra y cerró la puerta—, porque esta vez —regresó a ella— no pienso detenerme, Elena. Esta vez te haré mía. —La sujetó por la nuca—. Y no habrá vuelta atrás. —Y la besó.

Elena se agarró a sus brazos y lo correspondió.

Se besaron despacio, un maravilloso momento, disfrutando los dos de las sensaciones que se habían apoderado de ellos, porque ya no pensaban. No existía el miedo, ni las dudas, ni el dolor. Ese instante quedó suspendido en el tiempo. Nada importó, ni el pasado, ni el presente, ni siquiera lo que estaba por venir, excepto Ian y Elena.

Entreabrieron los labios. Él le succionó el superior, luego el inferior. Se los mordió. Ella gimió, escuchando el latido de dos fieros corazones que galoparon a la par hacia el firmamento sin posibilidad de retorno. Se puso de puntillas y lo abrazó por el cuello lentamente. Su ángel salvador la rodeó por la cintura y ladeó la cabeza. El beso se intensificó, aunque no se aceleró. Ninguno tenía prisa. Las lenguas se encontraron en el mismo punto y danzaron en un cortejo que los aguijoneó por igual.

Él la apretó contra su anatomía, le rozó la curvada cintura con deleite, arrastró los dedos, la inflamó en cada porción de piel cubierta por la camiseta. Posesivo, decidido. Ascendió a las axilas, al escote... Y no paró hasta sostenerle los cabellos en la nuca. Tiró, suave, pero firme. Elena gimió de nuevo y arqueó el cuello. Ian le besó la mejilla, la sien... Descendió hacia la oreja, a la que dedicó húmedas y candentes caricias.

–Ian... –pronunció en un ronco susurro.

Su ángel dirigió los labios a su cuello. Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza. Y se curvó por segunda

vez. Los párpados le pesaban tanto que no se molestó en alzarlos.

Ian le soltó el pelo, contempló la boca hinchada, relajada, enrojecida y succulenta de ella y la devoró. La pasión los engulló en un abismo desconocido, pero poderosamente sugestivo. Y se entregaron el uno al otro con arrojo. Las respiraciones se incrementaron a un ritmo enloquecedor. Se abrasaron, envolviendo sus cuerpos con ansia.

Él resbaló las manos hacia su trasero y se lo moldeó. Gruñó como un animal que acababa de cazar a su presa, demostrando cuánto le gustaba, demasiado... Las caderas chocaron, chocaron y chocaron entre sí hasta que ambos cayeron a la cama.

Se contemplaron, sorprendidos y agitados. Ian estaba con medio cuerpo encima del suyo. La cercó por la cintura con el brazo y la elevó. Elena voló hasta quedar en la mitad del colchón. Y, sin aguantar un segundo más la falta de contacto de sus deliciosos labios, él la besó otra vez. Arrolló su boca. Y ella, la suya. Se acunaron el rostro con las manos y se besaron con fervor. Se proyectaron hacia adelante y hacia atrás. Emitían ruidos ininteligibles porque la fiebre los había consumido.

Elena le acarició el pecho y el abdomen, palpó sus músculos y se impacientó. Sujetó el borde de su camiseta y tiró de la tela hasta que Ian se la sacó por la cabeza. Fue tocar su piel y creyó morir de agonía... Le recorrió con las manos cada rincón, cada relieve, extasiada en mayor

medida al avanzar en la exploración, la más perturbadora de su existencia.

Él introdujo los dedos debajo de su camiseta y le mimó el ombligo. Ella se removió, intranquila, elevó una pierna y le abrazó la cadera, atrayéndolo hacia su intimidad. Su ángel jadeó... Y le subió la camiseta muy despacio mientras su boca descendía hacia su vientre plano y trazaba un reguero de besos temerarios, mezclados con mordiscos, hasta su cuello.

–Ian... –Echó la cabeza hacia atrás y dejó caer los brazos sobre el edredón.

Él la despojó de la tela, que lanzó sin miramientos al suelo, y prosiguió con los labios hasta su hombro. Cuando sus dientes le retiraron la tira del sujetador, se quedó sin aire.

La mano de Ian vagó hasta el botón del vaquero que llevaba Elena, sin dejar de besarle el escote hacia el otro hombro, que también desnudó con los dientes... Le desabrochó el pantalón y le rozó el borde de la ropa interior. Metió los dedos por dentro del vaquero, los guió hacia su trasero, que estrujó a placer lánguidamente.

Se observaron un instante.

Y se encontraron a mitad de camino... Se besaron, hambrientos...

La cadencia viró. Uno al otro se deshicieron de los pantalones con premura, deseando tocarse sin barrera alguna, deseando hallar bálsamo, pero no era suficiente porque sus instintos demandaban más, mucho más...

En ropa interior, ella le enroscó las piernas en la cintura y le clavó los talones en las nalgas. Ian empujó en un acto inconsciente... Y gimieron por la súbita oleada de placer que sintieron.

—Necesito... Verte... —pronunció él entre besos ardientes antes de levantarse y arrastrarla consigo.

De rodillas, sin distancia que los separara, Ian le quitó el sujetador. Elena se ruborizó y se cubrió el pecho. Desvió los ojos, avergonzada. Él sonrió y con una ternura abrumadora le alzó la barbilla, le acarició las mejillas y la besó hasta que ella se relajó y lo abrazó por el cuello. En cuanto sus senos rozaron los suaves pectorales de Ian, los dos resoplaron... Y profundizaron el beso. Las lenguas bailaron sin rumbo, pero juntas.

En un arrebató de pasión, sus dentaduras se golpearon, lo que provocó que pararan. Él, cuya mirada turbia de deseo competía con la suya, posó las manos en las caderas de Elena y fue ascendiendo hasta alcanzar sus senos. Agachó la cabeza y depositó un húmedo beso sobre uno de sus pechos. Cerró los labios sobre el pezón y succionó...

Aquello los trastornó aún más.

Ni él ni ella habían experimentado nada parecido hasta el momento.

—¡Ian! —gritó, tirándolo del pelo.

—Eres preciosa, Elena... —susurró, áspero, antes de devorar el otro seno—. Tu piel es preciosa... Es tan suave... Tan dulce...

La tumbó en la cama, se adueñó de su boca y le retiró lentamente el resto de ropa que le quedaba. Luego, se quitó los calzoncillos y se acomodó entre sus piernas.

Ella desorbitó los ojos al verlo desnudo por completo, al sentirlo tan grande, tan caliente, tan preparado...

Y se asustó. La rigidez la poseyó.

Ian se percató al instante y la miró.

–Elena...

Elena viró la cara. Los recuerdos se apoderaron de ella, recuerdos de su funesta intimidad con Tomás.

–Elena, háblame... –imploró Ian.

–Yo... Es que... Siempre me... Me dolió... –reconoció entre lágrimas.

Él, preocupado al extremo, le besó la frente de forma prolongada, luego cada lágrima hasta secar su hermoso rostro, conteniendo las ganas que en ese momento le entraron de decirle unas cuantas cosas a Tomás si lo tuviera delante.

–Mírame –le pidió su ángel con suavidad.

Elena obedeció, temblorosa.

–No voy a hacerte daño, te lo prometo –le aseguró Ian, vehemente en sus palabras–. Confía en mí, por favor... – Se le rompió la voz–. Solo déjate llevar... Solo siente...

Ella cerró los ojos y respiró hondo, entrecortada. El miedo desapareció.

Él la besó con una dulzura asfixiante, la besó sin descanso hasta que Elena gimió, debilitada, y se entregó a esos labios afrodisíacos. La pasión se avivó a un límite

que no admitió vuelta atrás, ni tampoco lo quisieron. Entonces, Ian movió los labios por su cuello, por su escote, dibujó un trazo de exquisitos besos hacia su pecho, lo lamió, lo mordisqueó, lo chupó, adoró su tez...

Ella no respiraba, imposible...

Y cuando la mano posesiva de su ángel se deslizó hacia su intimidad...

Dios mío...

Elena gritó, embriagada por tales caricias, por ese hombre, por la magia que la envolvía en un remolino de despiadado goce... ¿Dónde había estado Ian Gayre toda su vida?

–Ian... –Le retiró la mano y pegó sus caderas a las suyas.

–Elena... –jadeó con los párpados entornados.

Entrelazaron los dedos por encima de la cabeza de ella.

–Por favor... –le suplicó Elena, agonizante.

–¿Estás..., segura? –le costó lo impensable detenerse, pero por esa mujer sería capaz de hacer cualquier cosa.

Ella asintió y tragó con dificultad. Lo deseaba tanto...

–Contigo..., estoy a salvo... –Lo besó en los labios, tentadoramente dulce...

Aquella inocencia lo desarmó. La penetró, despacio, todo lo cuidadoso que pudo, mientras Elena lo acogía en su interior sin reservas, sin titubear, sin recelo... Sin dolor.

Confiaba en él, pensó Ian, loco por ella.

–Oh, Ian... –sollozó Elena.

–Elena...

Ella se sacudió y lo instó a que incrementaran el ritmo. Él no se hizo de rogar... Se besaron, enfebrecidos, y se dejaron llevar. Buscaron su merecido paraíso, un paraíso del que no regresarían jamás.

Elena era suya.

Ian era suyo.

Elena despertó con un intenso calor a su alrededor. Abrió los ojos y fue a desperezarse, pero un bloque de hierro en torno a su cuerpo se lo impidió.

Ian, dormido, le abrazaba el cuello con un brazo y las caderas con el otro, posesivo. Las piernas estaban enredadas y sus cuerpos desnudos, totalmente adheridos.

Sonrió. Se mordió el labio inferior para no gritar de pura dicha. Se giró, cuidadosa. Su ángel frunció el ceño en sueños, la apretó contra su cuerpo, como si no admitiera que se apartara, algo que la hizo silenciar una risita. ¡Hasta dormido daba órdenes!

Había sido tan atento, tan cariñoso, tan tierno, pero también tan ardiente, tan apasionado, tan entregado... Ian Gayre era un maestro en toda regla, un maestro que le había mostrado un nuevo mundo por explorar.

Cuando ambos habían alcanzado el éxtasis, él la había atraído hacia su calidez, ella se había hecho un ovillo, la había cubierto con las sábanas y se habían quedado dormidos.

Y su cuerpo... ¡Por Dios! Su cuerpo era glorioso...

En ese momento, alguien golpeó la puerta de la

habitación con suavidad.

Se deshizo del abrazo con ligero esfuerzo, se puso la camiseta y los vaqueros del día anterior, que estaban esparcidos por el suelo en desorden, y salió al pasillo.

–Hola, cariño –le dijo a su sobrina.

Olivia, somnolienta, la rodeó por la cintura, suspirando.

–Ven, vamos a lavarnos esa carita. –La llevó al baño y la aupó para sentarla al lado del lavabo. Cogió una toalla, la mojó y se la pasó por su bonito rostro—. ¿Quieres desayunar?

–Yo también tengo hambre –pronunció una voz ronca desde el pasillo.

El corazón de Elena se disparó.

La niña saltó y corrió hacia Ian, que la alzó y la besó en la cabeza.

–Buenos días, cariño –le saludó él y la bajó al suelo.

Se quedaron solos.

Los recuerdos de lo sucedido entre ellos la golpeó con fuerza en el estómago. Observó a aquel hombre acercándose a ella despacio, en calzoncillos, seguro de sí mismo... La envolvió por la cintura entre sus brazos y respiró hondo en su pelo.

–Buenos días, patito.

Sus labios le rozaron la sien, las mejillas, la nariz... La sostuvo por la nuca y la besó en la boca. Apenas fue un toque corto y escaso, pero ella ahogó un gemido y cerró los ojos, embrujada por la pasión que escondía esa promesa muda...

–¿Por qué no te duchas y yo le preparo el desayuno a Oli? –le preguntó su ángel, acariciándole el cuello con los dedos, distraído.

–Sí... –suspiró ella, sin oxígeno apenas.

Le costó un esfuerzo sobrehumano, pero se alejó de Ian. Cogió un vestido, medias y ropa interior del cuarto de Olivia, pues todas sus pertenencias estaban ahí. Dejó la ropa sobre la cama deshecha de su ángel y accionó la ducha. Cerró la mampara y disfrutó del agua caliente sobre la cabeza.

Unos minutos más tarde, cuando se había aclarado el pelo, unas manos la tomaron por las caderas y la pegaron a un cuerpo sólido, duro y flexible, un cuerpo tremendamente excitado...

–¡Ian! –gritó sin remedio, con la respiración presta al desmayo.

–Me ha dado envidia la ducha, patito. –La volteó, veloz, y la elevó por el trasero.

Elena se sujetó a él, sofocada y con la piel erizada. Y gimió.

–El agua recorre cada centímetro de tu piel –añadió Ian en su oído– y eso es lo que yo quiero... A todas horas... En todas partes...

–Ian... –le imploró antes de acortar la distancia de sus rostros, tirando de su nuca.

Su ángel oscuro la miraba, penetrante y decidido, a través de ese verdor endiabrado que tanto la aturdió. Esos ojos la hacían imaginar cosas muy, pero que muy,

prohibidas, cosas que nunca había deseado, mucho menos vivido.

Y la besó. La besó, fogoso, rudo, violento y salvaje, sin permitirle inhalar aire, sin permitirle absolutamente nada que no fuera gozar de sus labios, disfrutar de las indescriptibles sensaciones que le prodigaba la mágica boca de aquel soberbio escocés.

Ella respondió del mismo modo.

Lo deseaba con fiereza... La deseaba con fiereza...

—Ayer fui delicado, Elena. —La apoyó contra los azulejos, debajo del chorro del agua—. Hoy no quiero serlo. —Y la penetró de un solo empujón.

Elena dejó de respirar al instante debido a la impresión de sentirlo dentro en toda su gloria, sin dolor. La segunda vez que no sentía dolor... La segunda vez que hacía el amor con Ian... La segunda vez que se sentía hermosa en su vida... Y se movió sin reparos, sin vergüenza, sin pudor. Le ofreció todo cuanto tenía. Se entregó con plenitud...

Él gruñó y aceleró el ritmo. La sostuvo con fuerza, le clavó los dedos en las nalgas, nubló sus cinco sentidos, la cegó de pasión, una pasión desconocida, pero deliciosa, pecaminosa, fascinante...

Jadeos... Gemidos... Alientos entremezclados... Corazones desbocados...

Ian pensó que aquello no era normal, solo la había probado una vez y no podía mantenerse alejado de su calor, de su belleza, porque era preciosa, pero lo era aún

más cuando se dejaba llevar, cuando confiaba en él... Jamás se saciaría de ella, jamás se cansaría de mirarla, de tocarla, de acariciarla, de besarla, de escucharla decir su nombre, de oír sus gemidos, de beber de su inocencia...

Y culminaron a la vez, urgentes y salvajes.

Elena le acarició la nuca, sonriendo, mientras recuperaba el aliento. Su ángel, aturdido como nunca le había ocurrido, tomó una gran bocanada de aire y lo expulsó de forma ruidosa.

Escucharon a lo lejos el timbre de la puerta principal.

Deprisa, cerraron el grifo y se secaron por separado. Ella corrió a la cama desnuda y sin darse cuenta. Él pasó por su lado y le dio un cachete en el trasero.

—¡Oye! —Elena se sobresaltó y se frotó la piel, que la picaba, aunque de un modo interesante.

Ian se giró y le guiñó un ojo, pícaro y travieso, como Dios lo trajo al mundo, revolviéndose el pelo con una toalla pequeña. Ella se sonrojó y meneó la cabeza para obligarse a centrarse. Tenían visita.

Se vistió y cepilló los húmedos cabellos más rápido que en toda su vida. Salió al pasillo delante de él, cuyas manos no paraban de hacerle cosquillas por todas partes.

—Ian... —lo reprendió, entre risas. Se retorció para huir.

Ian también se reía, pero no se detuvo.

—Para, por favor... —Lo empujó al llegar al salón.

Y se petrificó. Él la imitó.

—Mamá... —pronunció Elena. Se tapó la boca, alucinada por ver a Carmen arrodillada junto a Olivia en el

recibidor. Había dos maletas al lado del perchero.

Su madre se incorporó y sonrió.

Pero la tristeza que asomó en sus sabios ojos le indicó que algo no andaba bien.

Se aproximó despacio.

—Mamá... —La abrazó con el corazón en un puño—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí?

Carmen se emocionó.

—¿Es que una madre no puede visitar a su hija y a su nieta a las que no ve desde hace casi tres meses? —Se limpió las lágrimas—. Hola, muchacho —saludó a Ian. Lo besó en la mejilla con cariño.

—Hola, Carmen —correspondió él, sonriente.

—No sabía que estuvierais viviendo aquí —comentó su madre con las manos en la cintura. Observó a la pareja en cuestión, supuestamente adultos, con las cejas levantadas, sin rastro de enfado.

—Sí, es que... —balbuceó Elena. Se acaloró irremediabilmente—. En realidad, desde que te fuiste...

—¡Oh, cariño! —Carmen la atrajo hacia su cuerpo y la estrechó, fuerte—. ¿Y todavía tenéis el apartamento? —quiso saber, seria.

—Sí, ¿por qué? —asintió ella. Frunció el ceño.

—¿Sería mucho inconveniente que me quedara una temporada?

Elena desorbitó los ojos. ¿Qué demonios estaba pasando? *¿Una temporada?*

—Por supuesto que no, mamá, eso no se cuestiona —la

regañó ella, cruzándose de brazos.

Ian soltó una carcajada que contagió a los presentes y relajó el ambiente.

Comieron poco después, pues era domingo y habían amanecido tarde. Luego, acompañó a su madre al piso mientras su ángel cuidaba de la niña.

La casa estaba un poco fría, pero en cuanto encendió la calefacción, como era pequeña, se caldeó muy rápido. La ayudó a deshacer el equipaje. Carmen se acomodó en la habitación de Elena, pues la cama era de matrimonio, la de Olivia, no.

—¿Qué ha pasado, mamá?

Se sentaron en el borde del colchón.

—Nos hemos divorciado, hija —confesó, cabizbaja. Lloraba en silencio.

Aquello frenó los latidos de su corazón. Cogió las manos de su madre y se las apretó.

—¿Ha sido por mi culpa? —se atrevió ella a preguntar.

—¡Claro que no! —exclamó Carmen, levantándose de un salto. Caminó hacia la ventana y se recostó en el cristal con la mirada perdida en el exterior, lluvioso incesante—. Tu padre no es quién yo creía que era. Y esto no viene desde la discusión que tuvisteis, pero, desde que Olivia y tú os mudasteis a Edimburgo, me he dado cuenta de ciertas cosas... —Se limpió el rostro lentamente—. Cosas que no he visto porque he estado ciega, o que sí he visto y me negaba a creer. Y no me refiero a infidelidad. Tanto tu padre como yo nos hemos respetado siempre en ese

aspecto. Lo he amado con toda mi alma –se le turbó la voz– y lo haré toda mi vida, pero no puedo, hija... No podía permanecer un segundo más a su lado.

Elena se incorporó y la abrazó.

–Lo siento, mamá –pronunció con un nudo en la garganta–. De verdad que lo siento...

Su madre se dio la vuelta.

–No quiero que esto te impida reconciliarte con él, si es lo que deseas, ¿de acuerdo?

–Mamá –arrugó la frente–, papá y yo no tenemos nada de qué hablar. –Se volteó y se sentó en la cama. Suspiró–. Yo también me he dado cuenta de muchas cosas en relación a papá, en realidad, desde que discutí con él, pero anoche me resultó todo bastante claro... –Agachó la cabeza y no pudo evitar sonreír, embelesada.

–¿Y no tendrá nada que ver en ello cierto muchacho guapo y atento que comparte techo contigo? –Realizó un mohín juguetón.

Ambas se rieron con suavidad.

–Mamá, me siento... –Alzó las manos–. Me siento feliz. Me siento...

–Amada –concluyó Carmen por ella.

Elena adoptó una actitud grave de inmediato.

¿Amada? ¿Ian Gayre la amaba?

Imposible.

Un hombre como él jamás se fijaría en una mujer como ella. Físicamente, era evidente que sí, pensó, de pronto acalorada tras recordar los últimos acontecimientos, pero,

¿enamorado de Elena? No. Imposible. Aquel escocés era demasiado bueno como para ser verdad. Ella arrastraba un pasado y un presente complicados, sin resolver.

–Mamá, creo que nunca estuve enamorada de Tomás.

–¿Lo crees, o lo sabes? –Arqueó las cejas.

Elena miró a su madre sin comprender la pregunta.

–Yo lo supe cuando te casaste, tesoro. –Carmen le acarició el rostro–. Estuvimos nueve meses preparando la boda tú y yo. –Sonrió con tristeza–. No brillabas, cariño. –Le retiró un mechón detrás de la oreja–. Y me di cuenta el día de la boda, cuando te vestí. Sonreías, claro, pero no me deslumbrabas. Y solo te he visto deslumbrar cuando dibujas y cuando Ian está presente. –Le besó la mejilla de forma sonora, haciéndola reír, como cuando era pequeña.

–Me voy a trasladar aquí, mamá. –Se incorporó.

–¡De eso nada! –negó su madre con la cabeza. La empujó hacia la salida–. Tú te vas a quedar con ese muchacho y Olivia se vendrá conmigo cuando quiera. Además, ahora necesito descansar.

–Voy a empezar a trabajar mañana –le anunció ella en el recibidor.

–¿De verdad? –sonrió Carmen, contenta, aunque no plenamente–. Me alegro mucho, cariño. Me quedaré con Olivia.

–En realidad, he contratado a una niñera –le explicó, también sonriendo–. Elizabeth, una sobrina de Lucy. Vendrá a las ocho de lunes a viernes y cuidará de Oli hasta que termine de trabajar.

–Muy bien, hija. –Asintió–. Luego, subiré a cenar con vosotros.

Elena se dirigió al ático.

La alegría se le borró de la cara y una profunda congoja se adueñó de su interior.

Ian estaba haciendo fotos a su sobrina en el jardín, que jugaba con *Bruno*. Se reunió con ellos y se sentó en la hamaca. Él la observó, muy serio, y se acomodó a su lado.

–Se han divorciado –le dijo ella en voz baja con los ojos perdidos y acuosos.

–Lo siento mucho, Elena. –La abrazó por los hombros y le besó la sien.

Elena se apoyó en su hombro y suspiró.

–Yo lo siento por mi madre, Ian –confesó ella–, pero por él... –Chasqueó la lengua–. Una parte de mí no quiere verlo... Pero necesito decirle... –Tragó saliva–. Necesito preguntarle por qué... –Se detuvo, incapaz de continuar.

Su ángel dejó la cámara en el suelo y le ofreció el consuelo que anhelaba.

–Lo harás cuando estés preparada, patito.

–Soy una cobarde, Ian. –Elena sollozó–. ¡Lo llamaría ahora! –exclamó, rabiosa–. ¿Primero, yo y ahora, mi madre? ¿Qué pretende actuando así? ¿Por qué nos hace daño?

La niña acudió a ella, se subió a su regazo y la abrazó. A Elena se le oprimió el pecho y correspondió a Olivia. Le acarició los rizos.

–Eres humana, Elena –la corrigió él–. Todas las

personas necesitamos tiempo.

—¿Por qué nos dará tanto miedo hablar? —murmuró ella, con más de un sentido—. Con un sencillo gesto es suficiente, pero también nos da miedo expresarnos. Hace siete meses que no sé nada de él. Yo tampoco lo he intentado y de momento no quiero hacerlo.

Permanecieron callados, tan solo el sonido de las tres respiraciones pausadas rompía el silencio, un silencio cómodo, triste, pero agradable.

—Bueno, señoritas —Ian se levantó y sonrió, divertido—, ¿nos vamos?

Tía y sobrina lo imitaron y entraron en el salón.

—Creo que aquí se necesita chocolate y muchos regalices y conozco la tienda perfecta. —Les guiñó el ojo y fue a por la niña con simulada amenaza.

Su sobrina gritó, feliz, y huyó a la cocina. Él cazó a Olivia y la alzó en el aire como si fuera un avión. Después, los dos observaron a Elena, enigmáticos.

—¿Vamos a por mamá? —sugirió Ian con los ojos entrecerrados.

—¡No! —profirió ella antes de correr en dirección contraria. Se escurrió por ir descalza.

Y no le sirvió de nada. Él la atrapó y cayeron los tres en la cama. A continuación, su ángel salvador se dedicó a hacer cosquillas a tía y sobrina por igual, que estallaron en carcajadas discontinuas. Olivia consiguió escaparse, huyó de la habitación.

—¡Para, Ian! —le suplicó ella cuando se quedaron a

solas, aunque con la puerta abierta.

Ian se acomodó entre sus piernas al instante, la tomó de las manos y entrelazaron los dedos por encima de su cabeza. La risa se esfumó.

—¿Aún quieres empezar a trabajar mañana? —le susurró él. Le irguió la piel con su aliento, muy cerca de sus labios.

—¡Ian! —lo regañó, con fingido enado—. Olivia está a dos metros, ¡haz el favor! —Pero no sonó convencida.

—Te voy a decir una cosa, Elena —le rozó la nariz con la suya—, Olivia tiene seis años, pero no es tonta y si...

La niña aporreó la puerta en ese momento. Elena empujó a Ian hasta que consiguió apartarlo. Su sobrina los miraba, enfurruñada, mientras movía las manos para señalarse a sí misma. Estaba vestida con el abrigo y la bufanda. Se dio varios golpecitos en la muñeca, como metiéndoles prisa, y se fue, bufando.

—¿Lo ves? —le dijo Ian a su espalda—. Ya lo sabe, ¿o crees que entraría como si nada? —Se colocó frente a ella—. No es tonta.

—Pero no me gusta que... Y si...

¿Y si aquello, lo que fuera que tuvieran, salía mal?, ¿qué pasaría con Olivia?

Pero, por desgracia, ya era tarde para replantearse esas cuestiones porque la niña quería a los tres Gayre con locura. Y si saliese mal, Elena jamás le prohibiría verlos.

—¿Qué estás pensando? —inquirió él, que escudriñaba su preocupada expresión.

–Nada –mintió y suspiró–. Vámonos. –Lo rodeó y salió.

Compraron chocolate y regalices. Sin embargo, ella no comentó nada, se abstrajo por completo de la realidad.

Dos horas más tarde, Carmen cenó con ellos en el ático y se quedó hasta que la niña se durmió. Su madre prometió estar al día siguiente a las ocho para conocer a la niñera. Luego, Elena se retiró al baño para ponerse el pijama y prepararse para ir a dormir.

Cuando se estaba lavando la cara, quitándose el maquillaje, su ángel la abrazó por la cintura desde atrás y la observó a través del espejo. Una lenta sonrisa se dibujó en su atractivo semblante.

–Sé que haces esto todos los días antes de dormir – señaló él en voz baja–, pero es la primera vez que te veo.

Ella emitió una risita y prosiguió aplicándose la crema especial para la cara.

–No es nada del otro mundo, Ian, es algo soso y sin estética precisamente porque me muestro como soy, con mis imperfecciones –musitó, cerró los ojos y se masajéo la piel hasta que absorbió la loción.

–Te equivocas –la corrigió, serio–, es una de las cosas más hermosas que haces al día.

Elena dio un respingo.

–Ian, ¿qué...? –Pero no pudo terminar la frase porque Ian la giró en ese instante.

–Quitarte la pintura de la cara –le acarició las mejillas, la sostenía por la nuca– es hermoso porque lo haces tú.

No hay nada de sencillo en ti, Elena –se inclinó–, ni soso, y donde tú ves imperfecciones yo veo belleza, porque eres preciosa. Tú no lo sabes porque no te lo quieres creer, pero lo eres. Eres preciosa. –Suspiró. Se incrementó el poderoso latir de ambos corazones–. Y te lo repetiré infinitas veces hasta que te lo creas, y te aseguro que no me voy a cansar nunca. Elena –le alzó la barbilla–, eres preciosa...

La besó.

¡Oh, Dios!

Ojalá esto salga bien, porque si no, voy a acabar escaldada, pensó, trémula entre sus brazos y embriaga por sus besos húmedos y ardientes.

Él la levantó del suelo sin dejar de besarla con dulzura y la transportó a la cama. Se tumbó encima y la desnudó lentamente. No existía un hombre más maravilloso que Ian Gayre...

La besó por todo el cuerpo, la acarició en cada rincón, la mimó durante eternos minutos, la condujo al cielo y le hizo el amor con tal ternura que ella lloró al alcanzar el paraíso.

Y cumplió su promesa. La llamó *preciosa* en roncros susurros hasta que no pudo seguir hablando más, hasta que se derrumbó sobre Elena, extasiado tanto como ella. Se retiró a un lado, se metieron entre las sábanas y, con los cuerpos enredados todavía agitados por la pasión, se durmieron.

Su ángel la despertó horas después entre delicados

besos en el rostro que le causaron cosquillas.

–Buenos días, preciosa –le dijo él con una deslumbrante sonrisa.

Elena suspiró profundamente.

–Buenos días... –Se ruborizó, tímida.

Estaban desnudos y abrazados.

–¿Preparada para tu primer día?

–¡Oh! –exclamó ella, sobresaltada–. ¡Se me había olvidado! –Se escapó de su agarre y corrió hacia el baño–. ¿Qué hora es?

–Aún es pronto. Dentro de media hora salimos.

–¡Media hora! –gritó, incrédula–. ¡Necesito más de media hora! –Comenzó a cepillarse los dientes.

Escuchó una carcajada. Seguidamente, apareció Ian en todo su esplendor, sin modestia, ni decencia. La mano de ella se paralizó.

–¡Vístete! –le gruñó ella con jabón en la boca.

–¿Y tú, no? –Se cruzó de brazos, sonrió, seductor, y la repasó de los pies a la cabeza con claro descaro.

Elena, entonces, se percató de que estaba igual que Ian. Desorbitó los ojos, buscó una toalla y se cubrió, haciendo malabarismos por el pudor que la invadió.

–¿No crees que es un poco tarde para eso? –inquirió él. Ocultaba en vano el regocijo.

Ella se enfureció, se aclaró la boca, cogió otra toalla y se la arrojó a la cara. Bufó, indignada, al entrar de nuevo en el dormitorio. Sin embargo, el aleteo de su estómago le provocó una risita de dicha.

Una vez arreglados, desayunaron los dos en la isla. Olivia estaba en el salón viendo la televisión con el peluche gigante a un lado, la muñeca al otro y el perro a sus pies. Elizabeth y Carmen llegaron a la vez.

Se despidieron de todos y bajaron al sótano, donde el impresionante *Jaguar* los esperaba.

–Espera –le pidió Elena al detenerse–. No es buena idea que aparezca contigo. –Negó con la cabeza, pues recordó la conversación con Lucy.

–No me voy a esconder. –Le abrió la puerta del copiloto–. Y tú, tampoco, pero, si quieres, en el trabajo mantendremos una distancia de seguridad. –Fingió seriedad, pero no lo consiguió.

–¡Ian! –Lo golpeó en el brazo–. Esto no es gracioso. Soy una enchufada y no quiero que piensen...

Lo que ya piensan, pensó, molesta.

–No, patito –le acarició la barbilla con los nudillos–, no eres una enchufada. Si no tuvieras ese mágico don en tus manos, no te hubiera propuesto trabajar en el estudio. –La sujetó por la nuca y se inclinó–. Sí te hubiera ofrecido lo de probar en los departamentos de *Gayre's Style* como ya hice para que vieras lo que te gustaba más y así ayudarte a decidirte, pero no me importa. –Se le oscureció la mirada–. Y nadie se atreverá a insultarte –apretó la mandíbula un segundo–, mucho menos a tocarte, Elena.

Y la besó. La besó un instante, rudo y violento. La disolvió...

La soltó y esperó a que se sentara en el coche.

Ella no supo cómo respondieron sus piernas, porque se quedó sin aliento.

Desde el parking del estudio, subieron a la última planta del edificio.

Elena estaba muy nerviosa. Quería hacerlo bien. Le daba miedo meter la pata. En ese momento, recordó que no había traído sus herramientas de dibujo, se le habían olvidado con las prisas. Bueno, por ser el primer día utilizaría los lapiceros de Ian. Y también debía...

Sus pensamientos se interrumpieron en cuanto entraron en el despacho. Enfrente del escritorio habían colocado una coqueta mesa de madera vieja a juego con los demás muebles y un taburete rotatorio de piel.

—¿No debería estar en otro sitio? —preguntó Elena, en el fondo deseosa de abrazarlo con fuerza y agradecerle tal detalle—. Creía que el jefe estaba solo en su despacho.

—Me parecía una tontería alejarte de aquí cuando vamos a trabajar juntos en la mayoría de los proyectos. —Dejó los abrigos y el bolso de ella en el perchero del fondo, en una esquina detrás del sofá—. Además —frunció el ceño—, deberías inspeccionar tu mesa. —Se dirigió a la suya.

Elena obedeció. Se sentó en el taburete y abrió uno a uno los cajones del escritorio. Ahogó una exclamación. Se tapó la boca mientras sacaba una agenda, bolígrafos de colores, una libreta de anotaciones, varios cuadernos de lienzos, distintos en tamaño y en tipo de papel, y un estuche rectangular de madera. Lápices y más lápices, carboncillos, acuarelas, pinceles... Todo nuevo a estrenar.

–¡Ian! –Ya no pudo aguantarse las ganas, corrió hacia él y lo besó en la mejilla de forma sonora–. ¡Gracias!

Su ángel salvador se levantó de la silla de piel, entre risas, y se permitió mimar, encantado, como un niño pequeño, abrazándola a su vez por la cintura.

–Así que es verdad... –pronunció una voz masculina en inglés.

Ella se separó de golpe. Cuando vio a Donald en la puerta, soltó el aire que había retenido por el susto y su cara ardió sobremanera irremediablemente.

Padre e hijo se carcajearon por su reacción.

–Venía a desearte un primer día estupendo –le explicó el señor Gayre, que se acercó y la tomó de las manos.

–Ha empezado muy bien –contestó Elena, observando a Ian, embelesada–. Ya veremos cómo continúa –añadió en un murmullo, de repente angustiada por la serpiente y su grupito de cotorras.

–Ian es muy bueno como arquitecto y como jefe. Aprenderás mucho de él –señaló Donald, orgulloso de su hijo, un hijo que arrugó la frente y se ruborizó–. Bueno, os dejo trabajar. –La besó en la mejilla y se fue.

–Te cuento un poco cómo trabajamos aquí, ¿te parece? –le indicó su ángel antes de relatarle al completo lo que hacía *Gayre's Style*.

–¿Qué quieres que haga ahora? –se ofreció ella–. ¿Quieres un café? –sugirió, arqueando las cejas–. ¿No hacen eso los ayudantes?

Él sonrió y asintió.

–Hay varias cafeterías –le informó Ian–. ¿Quieres que te haga un recorrido? Así te presento a...

–¡No! –exclamó, demasiado rápido.

–¿Pasa algo, Elena? –La miró, escéptico.

–¿Te molesta si el recorrido me lo hace Lucy? –No se le ocurrió otra cosa.

–No hay problema. –Frunció el ceño.

Elena así lo hizo.

Su amiga y ella se abrazaron con entusiasmo al verse.

–La verdad es que es una pena que estemos en pisos diferentes –se quejó Lucy. Realizó una mueca dramática–. Pero no importa.

–Me ha dicho Ian que hay varias cafeterías. Iba a por un café para los dos.

–Te acompaño, querida. –Se colgó de su brazo y se encaminaron hacia la escalera, junto al elevador. Subieron a la entreplanta–. Hay cinco cafeterías. Te voy a llevar a la que van los jefes de departamento, el señor Gayre y también Ian.

Abrieron una puerta. Anduvieron por un corto pasillo con cuadros de edificios en las paredes hasta otra puerta: la cafetería. Era una cocina de estilo rural, en forma de L, con una ventana rectangular al fondo y cuyas vistas de la ciudad la extasiaron.

–Qué bonito...

–Sí, ¿verdad? –convino su amiga. Admiraba también la belleza de Edimburgo.

Prepararon cuatro cafés, dos para cada una.

–Vaya, vaya... –dijo alguien en inglés.

Ambas se giraron de inmediato.

Amber O'Paradise y tres mujeres, que dedujo constituían el grupo de reptiles de la serpiente, estaban frente a ellas.

–Os presento a la nueva adquisición de Ian –les informó la decoradora a las otras, bien estirada. Sonreía con malicia–. Ya os dije que no tenía desperdicio.

El grupo se rió.

Elena quiso sacarle los ojos, pero se contuvo. ¿A qué demonios había venido eso de que era la *nueva* adquisición? Se aproximó y sonrió.

–Hola. Soy Elena, la ayudante del señor Gayre –recalcó con énfasis su cargo y el apellido de Ian–. Encantada de conoceros.

Las cuatro resoplaron.

–A mí no me engañas, mosquita muerta. –Amber la apuntó con el dedo–. Tarde o temprano se cansará de ti y tú y esa niña os largaréis de su vida.

–Quizá –le contestó Lucy, cruzada de brazos–, ella al menos habrá estado con Ian. ¿Puedes decir tú lo mismo, Amber?

–*Señorita O'Paradise* para ti, secretaria –la corrigió, colérica.

–A los únicos a los que respondo y debo respeto es a los señores Gayre y a Ian, y a los demás, si se lo merecen. –No se amilanó–. Vamos, Elena –añadió en español–, dejemos a los reptiles.

Las dos cogieron una bandeja para los cafés y se marcharon. Se echaron a reír mientras salían a la escalera.

—¡La odio! —exclamó su amiga entre carcajadas—. ¡El apodo que le puso Olivia es genial!

—Gracias, Lucy. —La abrazó—. Nos vemos luego.

Ella subió y Lucy bajó. Introdujo el código del ascensor en la puerta que accedía a la planta de su ángel, y ahora la suya, y se dirigió al despacho. No pudo evitar recordar las palabras de Amber: *nueva adquisición...*

Y debido a ello, estuvo el resto de su jornada laboral seria y abstraída.

A la hora del almuerzo, Ian pidió comida italiana para quedarse en el despacho. Donald y su amiga se unieron al almuerzo. Luego, continuaron trabajando en silencio.

—En cinco minutos nos vamos —le anunció él antes de desaparecer de su vista.

Unos segundos más tarde, el móvil de Elena vibró. Era su casero, o sea, el señor Gayre. Extrañada, descolgó.

—¿Donald?

—*Hola, Elena, ¿qué tal tu primer día?* —se interesó.

—Pues... Bien, ya te lo he dicho antes.

No entendía qué hacía su casero llamándola por teléfono cuando estaban en el mismo edificio.

—*Sí, pero, lo siento, Elena* —se tornó grave—, *no te creo. ¿Ha pasado algo?*

Ella suspiró, nerviosa, sin retirar los ojos del pasillo por si volvía Ian.

—Es que... Nada, Donald, déjalo. Está todo bien.

–Elena, confía en mí. Mantendré mis labios sellados si ese es tu problema –le aseguró, tajante.

–Es más una pregunta personal... –Retorció los dedos en el regazo. Estaba sentada en el taburete y comenzó a dar vueltas despacio—. ¿Ian ha tenido más ayudantes?

–Nunca, ¿por qué? –contestó enseguida.

–¿Y..., y...? –Sus mejillas ardieron en exceso—. ¿Ha mantenido alguna relación con..., con alguien de aquí?

Silencio.

–¿Do...? ¿Donald? –titubeó—. Perdona, no debí...

–No, Elena. Nunca ha estado con ninguna del trabajo. ¿Por qué me lo preguntas?

–¿Ian ha tenido muchas novias?

Su casero soltó una carcajada esporádica.

Elena se avergonzó.

–Perdona, Elena –se disculpó—. *Nosotros no hemos conocido a ninguna. ¿Tienes miedo? Si te sirve de consuelo, eres la primera mujer que trae a casa. Estáis viviendo con él, ¿no?*

–Todavía no estoy segura de que vivir juntos sea una buena idea... –declaró en un hilo de voz con el estómago cerrado en un puño.

–Eso no lo sabrás si no lo intentas, ¿no crees?

Eso mismo le había dicho su ángel, siempre tan atento.

–Gracias, Donald. Estoy esperando a Ian para irnos.

–Nos vemos mañana, Elena. Dale un beso a Oli de mi parte.

Colgó.

Ian entró en el despacho un minuto después.

–¿Nos vamos?

–Claro –accedió ella, sin sonreír.

Recogieron, se abrigaron y se fueron al ático, callados.

Olivia los recibió, feliz de verlos. Elena la achuchó haciéndole cosquillas.

–Cuánto te he echado de menos, cariño –le dijo a su sobrina, arrodillada en el suelo.

–¿Qué tal el primer día, tesoro? –se interesó su madre.

Despidieron a Elizabeth, el profesor retomó las clases con su alumna en el jardín y Carmen y ella se acomodaron entorno a la isla de la cocina. A continuación, Elena le relató su encuentro con la serpiente y su séquito y las cosas que le había contado Lucy días atrás.

Su madre sirvió unas galletas de chocolate que había horneado e infusión relajante para ambas.

–Lo único que puedo decirte es que confíes en Ian. Estás aquí, hija –abarcó el espacio con las manos–, en su casa. No creo que seas una nueva adquisición. –Dio un sorbo a su taza–. Lo que le pasa a esa decoradora es que lo quiere para ella. Y no me trago que sea por amor. Ya intentó cazarlo, ¿no?

–Supongo que me ha sorprendido. –Se encogió de hombros–. En realidad, sé muy poco de él, mamá –añadió, ligeramente apenada.

–¿Y qué quieres saber?, ¿sus ligues pasados? –Carmen le elevó la barbilla–. Eso no es necesario. ¿Cómo crees

que se siente con respecto a Tomás? –Enarcó las cejas.

–No lo había pensado... –musitó. Dirigió sus ojos hacia él, que en ese momento le estaba explicando matemáticas a Olivia.

–Mira, hija, ese muchacho lleva mucho tiempo detrás de ti, digas lo que digas. –Chasqueó la lengua—. Ahora que por fin tú te has decidido a darle una oportunidad, no lo estropees por una vida pasada que al fin y al cabo es eso, pasado. O, ¿acaso lo has visto con alguna mujer?

Ella negó con la cabeza.

–Te voy a dar un consejo, cariño –agregó su madre. Se levantó y adoptó una expresión de tristeza absoluta—. Sé sincera desde el principio. Cuéntale lo de Amber. A veces por querer ocultar algo por miedo se consigue justo lo contrario, porque al fin la verdad siempre sale a la luz y no como uno quisiera. –Se le rompió la voz—. Estoy cansada. Me voy a casa. –Le besó la frente y se marchó.

Elena se quedó confusa. ¿Por qué había dicho eso Carmen? ¿Se refería a su padre?

Telefoneó a Miguel.

–*Hola, Ele* –saludó su hermano más serio de lo normal.

–Hola, Miguel. ¿Te pasa algo?

–*No, ¿por qué?* –contestó, seco.

–Tienes la voz rara. ¿Es por el divorcio? –se atrevió ella a preguntar—. ¿Por qué no me lo contasteis?

Miguel suspiró pesadamente.

–*No sabía cómo hacerlo, Elena. Es bastante complicada la situación.*

–¿Qué quieres decir?

–*Yo les redacté los papeles a petición de mamá. No debería haberlo hecho, porque soy una parte implicada al ser su hijo.* –Permaneció unos segundos callado—. *Mamá no tiene dinero, Elena.*

–¡¿Cómo?! –exclamó, furiosa.

Ian y Olivia la escucharon.

–*Papá está endeudado.*

–Pero... –Caminó por la cocina sin rumbo, pensativa—. He trabajado con él cinco años, Miguel, ¡cinco años! –Golpeó la isla con el puño—. Papá no está endeudado –bufó.

–*El banco embargó la casa. Es un hecho, Elena.*

–¿Mamá lo sabe?

–*Lo descubrió ella* –contestó, con un tono de reserva.

–Explícamelo todo, Miguel –le exigió con dureza.

Su hermano respiró hondo de forma sonora.

–*Cuando mamá llegó a Madrid después de Navidad, discutieron. No sé qué se dijeron porque no nos lo han contado. Al día siguiente, mamá me pidió que preparara los documentos del divorcio. Hablé con papá y él también estuvo de acuerdo. Yo tardé a posta, por si se reconciliaban. ¡Llevan cuarenta años juntos, joder!* – profirió, impotente, y respiró hondo de nuevo para serenarse—. *Un día, se presentó mamá en el bufete. Estaba muy disgustada. Había discutido otra vez con papá. Le entregué la carpeta con los papeles. Fue cuando me dijo que papá estaba endeudado.*

–No me puedo creer algo así... ¡Yo trabaja con él, Miguel! –Se apuntó a sí misma–. ¡Yo!

–*Lo siento, Elena...*

–¿Qué ha pasado con la empresa?

–*Ahora es propiedad del banco, como la casa y todo los que estaba a nombre de los dos.*

–¿Y papá?

–*Papá está en casa de los abuelos.*

–¿Qué va a pasar con él? –se interesó ella–. ¿Va a arrastrar a mamá? –preguntó en un hilo de voz.

–*No, a nadie más que a él mismo. Tiene un abogado que es quien se encarga de eso. A mí ni siquiera me lo pidió.*

Elena inhaló aire con fuerza y lo expulsó despacio.

–*Elena...*

–¿Qué pasa? –se impacientó al notarlo indeciso.

Silencio.

–¡Miguel!

–*No te lo he querido contar antes para no alarmarte.*

–¡Habla de una vez! –le gritó Elena.

–*Hace un mes, robaron en el bufete –confesó su hermano–. Todos los archivos que estaban a nombre de Tomás han desaparecido.*

CAPÍTULO 15

Elena no daba crédito. Se despidió de Miguel y colgó.

—¿Qué ocurre, Elena? —se preocupó Ian. Se sacaba la corbata por el cuello.

La niña estaba en el jardín con *Bruno* haciendo unos ejercicios de matemáticas.

—No lo sé, Ian... —murmuró, ensimismada—. No tengo idea...

—Cuéntame qué te ha dicho tu hermano —le pidió. La cogió de las manos.

—Aquí no, no quiero que Olivia lo oiga.

Él la condujo al dormitorio. Se sentaron en la cama. A continuación, le relató la conversación que había mantenido con su hermano.

—¿Crees que puede estar relacionado? —le preguntó ella, agitada.

Ian se levantó y se quitó la chaqueta, que colgó de una

percha del armario. Se desabotonó el cuello de la camisa, pensativo. Elena flexionó las piernas y se las rodeó.

—Es mucha casualidad —comenzó él, con las manos sobre las caderas y los ojos fijos en el suelo— que tu madre descubra lo de las deudas de tu padre y después roben los archivos de Tomás del bufete. ¿Hacía algo más aparte de su trabajo en el bufete? —quiso saber.

Ella agachó la cabeza.

—En realidad, sabía muy poco de él... —confesó Elena—. Cuando Tomás murió, Olivia y yo estuvimos en casa un tiempo sin salir, dos meses, quizá algo más. Álvaro me propuso acudir a un psicólogo. —Se incorporó y paseó despacio por el espacio. Recordó aquel episodio de dolor que experimentó tras el accidente de su marido—. Y me aconsejó un doctor muy bueno.

Ian se recostó en la pared y se cruzó de brazos, atento por completo.

—Pasados unos días —continuó ella—, el psicólogo me dijo que formalizara los papeles de Olivia. Hablé con Miguel para que se encargara él de la adopción. Y me puso al corriente de mi situación económica. El seguro de la casa supuestamente pagaba la hipoteca.

—¿Supuestamente? —repitió él, arrugando la frente.

—Sí —lo miró y asintió—, supuestamente. Resulta que no teníamos hipoteca. El piso lo había pagado Tomás cuando realizamos la compra. Yo creía que teníamos hipoteca.

—¿No te lo dijo?

—Me dijo que él se encargaría de todo. —Se encogió de

hombros—. Ahora sé que fui una tonta. —Se giró, avergonzada.

—No, Elena. —La abrazó por los hombros y le besó la cabeza—. Confiabas en él. No es tu culpa que él te ocultara cosas. A lo mejor lo hizo por protegerte.

—Miguel también me contó más cosas... —Se dio la vuelta y lo observó con fijeza—. Los padres de Tomás y de Ángel murieron hace mucho. La herencia se la repartieron entre los dos. Ángel se quedó con dinero y Tomás, con pisos. Tomás vendió las propiedades y guardó el dinero. Tiempo después, decidió invertirlo en bolsa. Cuando murió, yo heredé esas acciones. Miguel se encargó de venderlas. Entre los ahorros, el dinero de las acciones y el dinero que saqué por la venta de los dos coches que teníamos, me presenté en Edimburgo con casi tres millones y medio de euros en la cuenta.

—¿Teníais muchos ahorros?

—En realidad, no. —Negó con la cabeza—. Los gastos de la casa eran grandes y nuestros sueldos modestos, la verdad. —Alzó las cejas y sonrió, sin alegría.

—Tomás era muy inteligente —afirmó Ian, sorprendido y a la vez desconfiado—. ¿Tu hermano te dijo por qué no te contó nada Tomás de vuestra situación financiera?

—¡Qué va! Miguel creía que yo lo sabía.

—Espera —levantó un dedo en el aire y entrecerró los ojos—, ¿Miguel sí lo sabía, pero tú, no? Eras su mujer.

—Miguel se enteró de todo esto unos meses antes del accidente —contestó Elena en un suspiro.

–¿Te has enterado de más cosas después del accidente?
–la interrogó con suavidad.

–No. –Se sentó sobre la alfombra y apoyó la espalda en la columna del dosel–. No quise el dinero, Ian. No lo quise...

Su ángel se acomodó a su lado y la atrajo hacia su regazo.

–Mis padres siempre me han educado en que el dinero no lo es todo –dijo ella, vehemente–. Y hemos vivido muy bien, pero yo me gané cada céntimo en la empresa, te lo aseguro. Llegaba la primera, salía la última y trabajaba la mayoría de los fines de semana. Y no era la que más ganaba –admitió sin rencor–. Nunca hemos tenido doncellas como vosotros, pero no nos ha faltado de nada. Mis hermanos y yo hemos ido a escuelas inglesas privadas desde los tres años. La universidad también fue privada. Me he comprado todo lo que he querido y mis hermanos, también. Los tres hemos demostrado que no se nos caen los anillos y que una vida buena hay que labrársela día a día.

Ian sonrió, orgulloso de aquella mujer.

–Eso te honra, patito. –La apretó contra su cuerpo un instante.

–Lo que quiero decir –añadió Elena, con las mejillas ardiendo por el halago recibido– es que mi intención al venirme a Edimburgo era estudiar, pero trabajar a la vez, no gastarme el dinero de Tomás. No sabía qué hacer con respecto a Olivia, porque no la quería dejar al cuidado de

ningún extraño, ni inscribirla en un colegio porque ni habla ni sabe inglés. Decidí esperar a aclimatarnos. Luego, tampoco me decidía con lo que quería estudiar. – Se encogió de hombros.

–Hasta hoy que empezaste a trabajar conmigo. –La tomó por las mejillas y la besó con tal dulzura que ella gimió con deleite.

–Ian... –Se separó con gran esfuerzo, posando las manos en su pecho, maravillándose por esos músculos—. Estamos... –La besó otra vez, más prolongado, más húmedo—. Hablando... Y así... –La besó de nuevo, ahora succionando uno a uno sus labios lentamente. Una exquisita tortura...—. No puedo pensar... –concluyó en un suspiro.

–No quiero que pienses, patito... –La colocó a horcajadas.

–Olivia... –Cerró los párpados.

–Olivia está con la tarea y le he mandado bastante. –Le acarició el cuello con los dedos—. Esto es solo un beso...

La devoró con ardor. Elena lo correspondió, lánguida, apresada en su poder, extasiada por esa seductora boca que le atontaba el entendimiento y la hacía flotar.

Sin darse cuenta, sus manos desabrocharon varios botones de la camisa hecha a medida de Ian, las alojó en su abdomen y subió poco a poco hasta su cuello, que cercó y tiró de sus mechones, notando cómo ambos se desarmaban de placer. Las de él se introdujeron por dentro del vestido y ascendieron por los costados.

–Ian... –articuló ella, pegándose más a sus caderas.

–Ya es muy tarde –anunció su ángel. Sonreía como un brujo–. Es hora de ponerse el pijama, patito. –Sus manos deshicieron el camino hecho y, despacio, le retiraron el vestido por la cabeza.

–Esto no es solo..., un beso, Ian...

Definitivamente, no, aquello no era solo un beso...

Ian dirigió los labios a su cuello. Se lo mordisqueó un ápice, causándola un delicioso temblor que se inició en sus pies y reverberó hasta el último pelo de su cabeza. Y gimió.

–Contigo nunca es solo un beso, Elena...

Él le lamió el cuello desde detrás de la oreja hasta el escote mientras le envolvía la cintura y la obligaba a moverse. Y resopló cuando ella obedeció.

Y se detuvieron de golpe.

–Tienes razón... –susurró su ángel oscuro con la mirada vidriosa. Contemplaba los labios hinchados de Elena como si fueran una tentación de la que estaba ansioso por pecar, cosa que era cierta. Pero debían parar–. No podemos hacer esto ahora... –Inhaló aire y lo expulsó con fuerza–. Tenemos una niña de seis años que encima está aquí al lado. –Frunció el ceño, frustrado–. No me puedo controlar...

Elena, de repente, sonrió. Una intensa emoción se adueñó de su pecho.

Tenemos una niña de seis años...

–¿Qué pasa? –quiso saber él, confuso por su gesto.

Ella se inclinó y lo besó con infinita ternura. Después, se levantó, feliz, se puso el pijama y preparó la cena. Y no dejó de sonreír como una auténtica bobalicona hasta que se fueron a dormir.

Ian le preguntó en varias ocasiones que qué la ocurría, que estaba muy rara, pero Elena le aseguraba que nada, que no se preocupara, que todo estaba muy bien. No quería decírselo, no fuera que se asustara, pues acababan de iniciar lo que fuera que había entre ellos. Era evidente que esas palabras habían salido de su boca sin percatarse de que las pronunciaba. Y, cuando algo así sucedía, significaba que era el corazón el que hablaba.

A la mañana siguiente, encaró una nueva jornada laboral con otro humor al del día anterior. Los recuerdos de su altercado con Amber no la disgustaron y estuvo dibujando todo el tiempo a la par que tarareaba. Él, además, la miraba, divertido, y la escuchaba atento, serio, cautivado por ella.

No obstante, esa comodidad se interrumpió cuando terminaron de trabajar y regresaron al ático.

Carmen estaba con Olivia y con la sobrina de Lucy. La niñera se despidió y ella se llevó a su madre a la cocina.

—Estuve hablando con Miguel —le anunció Elena sin rodeos.

Carmen dio un respingo, muda.

—¿Cómo no me contaste que no tienes dinero? —quiso saber. Se cruzó de brazos—. He sacado dinero para...

—¡¿Qué?! ¡Ni hablar! —gritó su madre, colérica, un

instante antes de dirigirse a la puerta.

–Mamá. –La siguió–. Me da igual lo que me digas, ya está hecho. –Sacó un sobre del bolso donde tenía el dinero que había retirado del banco para su madre.

–¡No quiero tu dinero! –se negó Carmen en redondo–. Fue un error venir aquí porque no lo hice por limosna, jamás se me hubiera ocurrido –añadió con lágrimas furiosas en los ojos y se fue de un portazo.

Ella permaneció rígida, alucinada, con los ojos desorbitados por la reacción de su madre.

Unos brazos la rodearon y la voltearon.

–No se lo tengas en cuenta –le aconsejó Ian–. Yo he intentado hacer eso muchas veces con mi padre con proyectos de Estocolmo y de Berlín, que son los que manejo yo solo, y te aseguro que también se ha enfadado tanto o más que tu madre. –Sonrió y le acarició la mejilla.

–Pero...

–Déjala tranquila. –Adoptó una actitud de gravedad absoluta–. Debe ser duro para un padre tener que aceptar dinero de sus hijos, y más en la situación que atraviesa tu madre ahora con el divorcio.

Elena asintió, no tenía otra opción. Guardó el sobre en la mesita de noche de la habitación.

Sin embargo, para su disgusto e incertidumbre, transcurrieron tres días sin noticias de Carmen. Al cuarto día, no lo aguantó más y aporreó la puerta del apartamento con insistencia hasta que su madre abriera.

Y lo hizo.

Se observaron un instante con los ojos acuosos y se abrazaron con fuerza. Estallaron en llanto. Cuando se calmaron, se sentaron en el sofá.

–Hija, perdóname, pero... No puedo aceptarlo. Entiéndeme, yo...

–Te entiendo, mamá. –Sonrió ella, con cariño–. Pero te lo vas a quedar. No necesito tanto dinero, mamá. Ahora trabajo. –Ladeó la cabeza, divertida.

Carmen se echó a reír.

–Cuéntame qué tal el trabajo.

Y así, volvieron a ser la madre y la hija que habían sido siempre. Lo sucedido y esos cuatro días quedaron relegados a una mota de polvo que se disolvió en el aire en cuanto se reunieron.

Esa noche, Carmen se quedó a dormir con Olivia en el ático.

Elena se estaba desmaquillando en el baño cuando aquel escocés que tanto la azoraba con su mera presencia se unió a ella, en pijama, apoyó los codos en el lavabo y la contempló, atento. Elena se rió, como siempre, pues su ángel hacía a diario lo mismo: mirar cómo se limpiaba la cara y se echaba la crema. Luego, se iban juntos a la cama.

–¿Sabes algo de tu hermano? –se interesó él al abrazarla por la cintura entre las sábanas.

Ella se hizo un ovillo y suspiró.

–No sabe nada de mi padre –respondió en un segundo suspiro, angustioso al pensar en tal suceso sin resolver–.

Y tampoco hay noticias de la denuncia del robo.

–No te preocupes. –Le besó los cabellos con cariño–. Se solucionará todo, ya lo verás.

–Es que no me cuadra que mi padre endeudara. He estado cinco años trabajando para él. Creía que la empresa iba bien.

–Elena, si necesitas cualquier cosa, lo que sea, dímelo.

–Es que no me cuadra, Ian, no me cuadra... –repitió, cerrando los ojos.

–A mí tampoco me cuadran muchas cosas, patito –murmuró para sus adentros antes de vencerse por el sueño.

A la mañana siguiente, Elena se despertó entre suaves caricias. Ronroneó, gozosa. Elevó los párpados, aunque no del todo debido al fuego que se estaba apoderando de su cuerpo, y descubrió al profesor, ¡al maestro!, de perfil sobre ella, besándole los senos con los labios y con la lengua mientras una de sus manos descendía hacia su intimidad. Elena abrió las piernas en un acto instintivo y gimió. Se arqueó, se ofreció...

–Tu madre se ha llevado a Olivia al parque –le susurró Ian, ronco, sin dejar de acariciarla–. Estamos solos.

–Ian... –Se retorció.

–Mi dulce Elena... –musitó él, silueteando el núcleo de su placer sin descanso, insistente–. Mi inocente Elena... Tan entregada... –Mordió su labio inferior.

–Confío..., en..., ti... –articuló sin aliento.

¡Oh, Señor!, pensó Ian, impactado por sus palabras, pero más por su inocencia, que lo conducía a la locura cada segundo del día, estuviera despierto o dormido.

La miró con los ojos entornados y desorientados por el deseo, subió la mano hacia su cadera y se tumbó. Tiró de ella para que lo siguiera. Y obedeció, hipnotizada. Se sentó a horcajadas sobre él, despacio, acogiéndolo en su interior...

Elena recostó las manos en sus musculosos y cálidos pectorales y proyectó hacia atrás la cabeza. Su piel se erizó por completo. Se movió de manera lánguida y seductora. Jadeaba, presa del deseo... Ian aulló, lastimero como un muerto de sed, al verla tan desinhibida y se incorporó. Sentado, la sujetó por el trasero y comenzó a guiar, no soportaba perder el control, mucho menos en relación a esa mujer.

Ella quiso reírse por su arretrato dominante, pero él actuó más rápido... Le devoró los pechos en ese instante. Los lamió... Los mordió... Primero, uno... Después, el otro... Y vuelta a empezar. Lo hizo con tanto frenesí que Elena gritó.

—¡Ian!

Su ángel oscuro la agarró del pelo y la observó, feroz. La embestía cada vez más apremiante, más salvaje...

—Mírame —le ordenó en un tono apenas audible.

Ella acató el mandato con un esfuerzo indescriptible. El ardor que la poseía la impedía mantener los párpados alzados.

–Ian...

Estaban a punto de alcanzar el cielo, cada vez más frenéticos, más sudorosos, más urgentes... Llevaban cinco días sin tocarse, ¡una eternidad!

–Elena... –jadeó—. Eres... Mía...

Y culminaron. Un éxtasis poderoso y despiadado los engulló.

Dios mío...

Les costó recuperarse.

Ian se dejó caer en el colchón con una Elena sobrecogida entre sus brazos.

–¿Siempre es así? –se atrevió a preguntar ella. Procuraba controlar su exaltada respiración—. ¿Siempre es tan..., intenso?

–No –contestó de inmediato. Por supuesto que no, pensó. Estuvo a punto de decirle a su patito que aquella cuestión era estúpida, pero se lo guardó para sus adentros—. Solo contigo, Elena. –Le besó los cabellos—. Solo contigo...

–Eso me pasa a mí... –suspiró—. Ian.

Él la miró.

–Ya te echo de menos... –confesó Elena con las mejillas acaloradas antes de morderse el labio inferior con picardía.

–Joder... –gruñó en inglés—. Y yo, patito –agregó en español, rodaron en el lecho y le apresó las manos por encima de la cabeza—. Y no hemos hecho más que empezar...

La llamarada de la pasión se avivó de nuevo, o, mejor dicho, se acrecentó, y no se sofocó hasta bien entrada la mañana de ese sábado, aunque extinguirse jamás se extinguiría entre ellos. Habían desperdiciado demasiado tiempo como para perder un minuto más, sobre todo un minuto a solas en el que nadie los interrumpiera. Y, aún así, no se saciaban.

Aquel escocés era sublime, soberbio, orgulloso, posesivo, muy, pero que muy, posesivo... Y un experto... Un experto que sabía perfectamente dónde tocarla, cómo hacerla gritar, cuándo derretirla, ya fuera con la sonrisa de dios todopoderoso que mostraba siempre que ella pronunciaba su nombre, o con sus manos... ¡Oh, sus manos!

¿Eso era normal?, se replanteó.

Tomás y Elena habían hecho el amor por primera vez en su noche de bodas. Su marido la había respetado en su noviazgo. Y fue horrible... Tomás había sido muy atento y cariñoso, pero no le había podido evitar el dolor. El problema llegó cuando ella se dio cuenta de que le seguía doliendo. Y se culpó. Se agobió y se culpó.

Pidió cita en el ginecólogo y le contó al médico sus miedos y sus incertidumbres. El ginecólogo le confirmó que algunas mujeres sufrían molestias al principio y que con la práctica desaparecían, que el cuerpo tenía que acostumbrarse al hombre y que debía relajarse. Pero su caso no fue así. A su marido nunca se lo dijo y Elena alcanzó el punto de respirar aliviada cuando Tomás

llegaba tarde de trabajar, que solía ser bastante a menudo. Y si a eso se le añadían los tres abortos...

Sin embargo, con Ian... Con Ian era otro mundo paralelo. Se abstraída de todo, se sentía hermosa, poderosa... La tocaba y quería más... La besaba y quería más... La abrazaba y quería más... La envolvía en su calor y quería más... La miraba y quería más... La conducía al cielo y quería más... Quería mucho más, lo quería todo, pero con él...

Se ducharon entre bromas, risas y cosquillas, ¡muchas cosquillas!, y se vistieron, relajados. Una deliciosa rutina se había instaurado en la vida de ambos, sobre todo en la de ella, cuya alma sin grietas comenzaba a respirar con normalidad. Y se lo debía a su ángel salvador.

Por la tarde, después de comer con Carmen en un restaurante francés, Olivia, Ian y Elena decidieron disfrutar de la tregua que les había concedido la meteorología aquel día, pues un sol radiante se instaló, alto y enérgico, en un cielo despejado en su mayoría. Fueron al parque con *Bruno*. El lago ya no estaba helado y los cañones y la carpa habían sido recogidos con la inminente llegada de la primavera.

Él se había llevado la cámara y estuvo haciendo fotos las dos horas que permanecieron allí. Un momento en que se despistó, ella se la arrebató de las manos, apuntó y disparó, pero Ian se había tapado la cara a tiempo para no salir.

—¡No! —profirió Elena, disgustada.

–No me gusta salir en las fotos. –Se encogió de hombros.

–¿Por qué? –Se sentaron sobre la hierba.

–Me gusta hacerlas. –Se la quitó.

–¿Y las de la gala? ¿No te pasó el periodista las fotos? –se interesó ella. Analizaba su serio semblante, extrañada por su reacción.

–Sí... –contestó, con la mirada perdida—. Y en la única foto que imprimí y retoqué salgo de perfil.

–Tiene que haber una razón, Ian. –Se arrodilló, frente a él, el cual estaba con las piernas flexionadas debajo del trasero—. Puedes contármelo. No me iré a ninguna parte –agregó en un susurro.

Entonces, Ian la miró. Un tormento totalmente desconocido surgió en su atractivo rostro.

–Si te lo digo, creerás que soy un pretencioso –murmuró Ian, que agachó la cabeza, avergonzado.

–Primero, dímelo y luego, déjame a mí decidir si eres o no un pretencioso. –Sonrió con ternura.

Él respiró hondo.

–No me gusta salir en las fotos porque me recuerdan lo que soy. Elena, he estado con muchas mujeres –declaró, tranquilo, mientras jugueteaba con la hierba a sus pies–, pero ellas no han estado conmigo por mi personalidad, ninguna se molestaba en conocerme. Han estado conmigo por mi físico y por mi dinero. Solo querían cenar en los mejores restaurantes –chirrió los dientes–, ir a los clubes de moda, asistir a fiestas privadas y llevarse a la cama al

soltero Ian Gayre.

Elena permaneció con el corazón en suspenso. Lo escuchaba y sentía la amargura que encerraba su tono de voz.

—Todas me decían lo guapo y lo importante que era. Llegó un momento en que me cansé. Llegó un momento — aclaró con el ceño fruncido— en que las utilicé a ellas para mi propia satisfacción. No debería decirte esto... —Desvió los ojos.

—Háblame, por favor —le pidió, asombrada por el relato. No era agradable oír de su boca sus numerosas conquistas, pero necesitaba saber el resto.

Era la primera vez que Ian se abría plenamente a ella. Siempre había sido Elena la que había acudido a él con sus problemas y con sus miedos. Ahora le tocaba a su ángel y ella estaba más que dispuesta a ofrecerle los brazos, o el hombro, si hiciera falta, por lo que se tragó la oleada de celos y esperó a que prosiguiera.

—Aquí en Edimburgo, me conoce mucha gente —señaló Ian en voz baja—. Yo... —Se revolvió el pelo, tímido—. He conseguido algún que otro logro en mi carrera profesional y he salido en alguna que otra revista.

Elena silenció una risita ante su modestia, algo que le encantaba de él y cada día más.

—Hace tiempo que no salgo con mis amigos —continuó Ian—. Hablamos por teléfono bastante a menudo, pero la mayoría están casados, otros tienen un bebé... Es complicado juntarse. Antes de las bodas, salíamos los

fines de semana, todos, sin excepción.

–Y ligabas.

–Sí. –Asintió, serio—. Siempre se me acercaba alguna chica para hacerse una foto conmigo. A los dos minutos, esa foto rulaba en las redes sociales. Al principio no me importaba, pero dejó de gustarme. Empecé a odiarlo. Estaba con ellas un par de semanas y me cansaba. Enseguida intentaban...

–Cazarte –concluyó por él.

Ian la miró y afirmó con la cabeza.

–Y todas me decían lo mismo, que qué guapo era, que qué importante era... –Arqueó las cejas—. Por mi parte era atracción física, por la de ellas, interés. Por eso tengo la cicatriz.

Ella parpadeó, aturdida.

–Mi cara estaba en todas partes... Y la odié. Sentí asco de mí mismo... –Apretó la mandíbula con fuerza y recordó—: Estaba en la habitación. Tenía un vaso de agua en la mano. En un arrebató, lo lancé contra la chimenea. Se rompió. Un trozo me rebotó en la ceja y me quedó la cicatriz. No lo hice a posta.

Permanecieron unos segundos callados.

–Ian –le acarició la cicatriz, sonreía—, si te sirve de consuelo, yo no sabía quién eras. –Se sonrojó—. Y, sinceramente, nunca me pareciste feo –bromeó. Realizó una mueca cómica con los labios que les hizo reír a los dos—. Te guste o no, eres muy guapo, Ian, pero, ¿sabes cuándo me fijé en lo guapo que eres, Ian, guapo de

verdad? La primera vez que hablamos por *whatsapp*, cuando te fuiste a Berlín y me escribiste para que cuidase de *Bruno*.

–Pero si discutimos... –Arrugó la frente, confuso–. Y no fue cara a cara.

–Lo sé. –Sonrió. Agachó la cabeza con timidez–. Cuando te desconectaste de la conversación, me quedé pensando en todo lo que habías hecho hasta el momento por nosotras, en tus sonrisas, en tu apoyo, en Olivia, en mí... Ahí me di cuenta de lo maravilloso que eres. Ahí me di cuenta de lo guapo que eres de verdad, mucho más allá de tu físico. Y, créeme, eres el hombre más guapo que he conocido en mi vida... –suspiró, sin aliento.

Él le elevó la barbilla con los dedos. El tiempo se detuvo un precioso momento. Entonces, sonó un chasquido. Ian había levantado el brazo y les había tomado una foto sin que ella se percatara.

Y, a partir de ahí, Ian Gayre volvió a posar ante una cámara sin miedo, ni recelo.

Y así, comenzaron una nueva semana. Pasaron un fin de semana distraído y apacible.

Sin embargo, lo bueno solía durar poco y, cuando se sentaron en sus respectivos asientos para trabajar el lunes, recibieron la visita del señor Agnelli acompañado por la señorita O'Paradise.

Elena estaba dibujando una mecedora para un nuevo proyecto de decoración cuando unos tacones familiares aproximándose la interrumpieron. Alzó la mirada hacia la

cristalera y la vio. Pero fue Stefano quien provocó que se le cayera el lápiz al papel. Ian frunció el ceño al fijarse en su agitación y se incorporó de la silla de piel. Ella lo imitó.

–Siempre es un placer volver a verte, *bella* Elena. – Entró en el despacho y fue directamente a Elena a saludarle, le cogió la mano sin permiso y le besó los nudillos.

Ella palideció y se soltó despacio. Ese italiano le incrementaba las pulsaciones, y no precisamente de forma agradable.

–Buenos días, señor Agnelli –correspondió Elena, cortés y seria.

Amber sonrió con satisfacción, demasiado cerca de su ángel.

–No hemos quedado hoy –pronunció Ian sin ocultar su irritación.

–Bueno –contestó Agnelli, que se giró y lo observó–, han llegado a mis oídos que habías contratado una ayudante y he creído conveniente venir e interesarme en cómo va el proyecto.

Ella recordó que el italiano había accedido a que llevasen a cabo la restauración de su mansión con una condición, condición que Elena desconocía.

–Vamos a la sala de reuniones –le indicó su ángel con la mano.

–¿Por qué no podemos hacerlo aquí? –sugirió Stefano, contemplándola a ella con lujuria–. Así tu ayudante está

presente, después de todo, ¿no fuiste tú, *bella* Elena, quien dibujó los bocetos del interior?

La serpiente golpeó con los dedos una carpeta que portaba en la mano.

Un mal presentimiento turbó a Elena.

Ian comprimió la mandíbula con fuerza y accedió.

Agnelli y Amber se acomodaron en el sofá. Ella permaneció de pie en el otro extremo de la mesa baja, en la cual desenrolló su jefe varios planos.

—No —le dijo el italiano—. Prefiero ver la parte de la decoración. —Sonrió. Entornó los ojos.

La señorita O'Paradise emitió una risita maliciosa y abrió la carpeta. Su ángel gruñó. Elena, en cambio, se quedó estupefacta al ver sus diseños con marcas de agua a nombre de Amber O'Paradise. ¿Qué demonios significaba eso? ¡Eran suyos!

—Pero, ¿qué...? ¡Son míos! —espetó ella, furiosa.

—Vaya, vaya... —musitó Agnelli. Se puso en pie—. Parece que alguien no ha sido sincero contigo, *bella* Elena. —Dirigió una mirada perversa a su rival, porque eso eran aquellos dos hombres, rivales.

Elena también lo miró, pero cruzada de brazos a la espera de una merecida explicación.

Pero él no dijo nada. Su semblante pronosticaba una terrible tormenta a punto de estallar.

—Fuera, Agnelli —le ordenó Ian de malos modos.

—Yo te lo puedo explicar, *bella* Elena...

—¡Fuera! —insistió él, rabioso. Respiraba con dificultad.

Los presentes se sobresaltaron. Amber, nerviosa y carente de alegría, salió escopetada tirando del brazo al italiano. Stefano se enojó, pero no intentó nada.

Los primos desaparecieron por el ascensor.

–Explícame qué significa lo que acabo de ver –le exigió ella, a pesar de que su cuerpo tembló por la voz autoritaria de su supuesto ángel salvador.

–Continúa con lo que estabas haciendo, Elena. –Se sentó en su silla de piel.

–Ian, te he dicho...

–Elena –la cortó y se levantó–. Continúa con lo que estabas haciendo –repitió con la voz afilada.

–No. –Elevó la barbilla, desafiante–. De aquí no me muevo hasta que no me expliques lo que pasa.

Ian suspiró, contenido, y asintió. Se paseó por la estancia, revolviéndose el pelo.

–Agnelli accedió a que yo hiciera el proyecto con una condición –comenzó él–. Te quiere a ti, Elena. –La apuntó con el dedo–. Me dijo que no pararía hasta conseguirte si te negabas a cenar con él, pero... –Se detuvo y dejó caer los hombros.

–¿Pero? –Se aproximó.

–Le contesté que no, que él no te pondría un dedo encima. –Chirrió los dientes y se irguió, orgulloso y firme en sus palabras–. Aceptó, con una condición.

–Que mis diseños se los agenciara Amber a cambio de no acercarse a mí.

–No solo eso. Él exige cuándo, dónde, cómo y por qué

con el proyecto. Si un domingo de madrugada quiere algo, me lo pedirá y se lo entregaré, aunque todavía no ha hecho nada de eso –musitó, pensativo y desconfiado.

–¿Por qué aceptaste el proyecto? –Le recriminó con lágrimas en los ojos–. ¡Gracias a ese proyecto retomé el dibujo! ¡Sabes lo que me costó!

–Lo siento, Elena... –La contempló, afligido–. Stefano es corrupto, ya te lo dije. Me obligó a aceptar el proyecto y a firmar un documento por el cual reconocía que los diseños eran de Amber.

–¿Cómo que te obligó? –quiso saber Elena, más calmada.

–Se alejaría de ti, si yo acatase lo que él me pedía.

–Chantaje... –Acortó la distancia y lo agarró de las manos. Los dos las tenían frías–. No me importa. No tengo miedo, Ian. Cancela el proyecto, rompe el documento. ¿O acaso es tan importante que construyas la sede en Florencia? –añadió. Se apartó, dolida.

–No, Elena. –La sostuvo por los hombros–. No se te ocurra pensar algo así... –Tragó, angustiado–. Tú eres mucho más importante que todo eso, pero, lo conozco, sé que Stefano es capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere. Y ahora te quiere a ti.

Ella reculó.

–Cenaré con él.

–¡No! –exclamó Ian–. No lo harás.

–Si todo esto es por una cena, cenaré con él, Ian, ya soy mayorcita –bufó con las mejillas mojadas y ardiendo.

–No lo entiendes... –masculló–. Primero será una cena, luego te pedirá más. Te chantajeará a ti también.

–Ian... –Respiró hondo profundamente y se sentó en el sofá–. ¿No hay otra manera?

–El proyecto durará unos meses y todo habrá terminado. –Se acomodó a su lado, pero no la rozó.

–¿Todo esto es porque lo echaron de la facultad? –Le recorrió un escalofrío que la obligó a abrazarse a sí misma.

–Lo siento, Elena... –Se incorporó–. Sé lo que esos dibujos significan para ti, porque para mí también tienen un significado muy especial. Fue la primera vez que confiaste en mí, que viniste a mí por tu propio pie... –Agachó la cabeza–. Pero prefiero que se los queden Amber y Stefano a que alguien te haga daño. Lo siento.

Y se marchó del despacho.

Y no regresó hasta que finalizó la jornada laboral de Elena. Condujo al ático en silencio, impartió clases a Olivia en el jardín y después se encerró a trabajar en el dormitorio.

Esa noche no la observó desmaquillarse.

Al despertar a la mañana siguiente, descubrió una nota en la almohada de Ian:

El chófer te recogerá a las ocho. Ian.

Elena se enfadó. ¿Cuántas veces le había pedido que confiara en él?, ¿y ahora él no confiaba en ella? Todo el mundo huía, pensó, acertada. Estaba claro que Ian Gayre

lo hacía desapareciendo. Así se lo demostró en *Hallstatt* y así se lo estaba demostrando ahora.

Pero lo que le dolió en ese instante fue darse cuenta de algo: él no le había contado nada, sino que las explicaciones de lo sucedido habían llegado cuando Agnelli lo había acorralado. Gracias a Stefano, Elena había descubierto la verdad.

Son solo unos dibujos, se dijo a sí misma sin convicción.

No, no eran solo unos dibujos...

Por Ian, había vuelto a dibujar.

Por Ian, había realizado los diseños de Agnelli.

Por Ian, y solo por Ian había respirado, sentido y vivido de nuevo.

Y, por Ian, le arrebataría los dibujos a Amber, costara lo que costase.

Decidida y resuelta, llegó al estudio y comenzó a trabajar. Su jefe estaba en una reunión, le había escrito en un papel que ese día se verían directamente en casa.

A media mañana, escribió un mensaje a Lucy para que subiera a tomarse un café con ella, pero en el despacho de Ian, no fuera que la serpiente y su grupito las interrumpieran en la cafetería.

—Hola, querida —le saludó su amiga con una radiante sonrisa.

Elena no sonrió.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Lucy. Se dirigieron al sofá.

–¿Cómo podría conseguir información sobre Stefano Agnelli? –le preguntó ella–. Toda clase de información.

–Tenemos un archivo con datos básicos sobre los clientes. –Entornó los ojos–. ¿Qué tipo de información buscas?

Elena se dejó caer en el respaldo pesadamente.

–Está chantajeando a Ian, Lucy. Tengo que pararlo.

–¡¿Qué?! –exclamó en inglés, incorporándose de golpe, furiosa.

–¡Calla! –Tiró de su brazo–. Ian y Stefano se conocen desde la universidad. Agnelli fue expulsado porque Ian descubrió que sobornaba a los profesores y lo destapó. Desde entonces, ha intentado vengarse de él. ¿Sabías que Amber es prima lejana de Stefano? Son familia. Las madres de los dos son primas-hermanas.

La expresión de incredulidad de su amiga le arrancó una carcajada.

–Claro... –murmuró Lucy, inmersa en sus pensamientos–. Por eso siempre es ella quien lo recibe.

–¿Te acuerdas de cuándo Amber empezó a trabajar aquí?

–Sí.

–¿Recuerdas cuándo Stefano contrató por primera vez a *Gayre's Style* para un proyecto? –Arqueó las cejas–. Fue poco después de que Amber entrara al estudio como decoradora. Me lo dijo Ian.

Su amiga desorbitó los ojos.

–Nadie lo sabe, Elena –señaló, cruzó los tobillos y

ladeó las piernas—, ni siquiera el señor Gayre.

—Ian no quiso que nadie lo supiera. —Negó con la cabeza varias veces—. Stefano contrató a Ian para vengarse de él. Me dijiste que Amber intentó cazar a Ian, que por eso los señores Gayre no la soportaban.

Lucy no cabía en sí del asombro.

—Elena, ¿me estás diciendo que esa serpiente intentó cazar a Ian por venganza de Stefano, que Ian se enteró y que no la despidió?

Ella asintió.

—Ian dice que, justo cuando Stefano contrató los servicios de *Gayre's Style*, Amber empezó a coquetear con él. Un día, la espío porque no se fiaba y la descubrió con Stefano. Habló con ella y le exigió explicaciones. —Realizó un aspaviento—. Amber confesó y le suplicó que no la despidiera, que le concediera otra oportunidad. Ian lo hizo y rechazó el proyecto de Stefano, rompió el contrato.

—Y ya no apareció hasta que vosotras os mudaseis a Edimburgo. —Permaneció unos segundos en silencio—. Elena, aquí todo el mundo sabe que Ian por las tardes imparte clases a Olivia. El proyecto de Stefano, el de tus dibujos, comenzó poco después de que Olivia iniciara las clases. ¿No lo entiendes?

—Amber está detrás de todo... —musitó Elena con el ceño fruncido—. Es el único nexo entre Ian y Stefano. —Se levantó y paseó por la estancia. Se daba golpecitos en el mentón—. Hay más, Lucy. —Paró y la miró.

–El chantaje de Ian –adivinó. Se acercó a ella.

Elena le relató la actual situación del proyecto del italiano, incluido lo referente a los dibujos y la discusión con su ángel.

–Qué casualidad, ¿no? –comentó Lucy.

–¿Qué quieres decir?

–Amber se fue de vacaciones justo cuando Stefano le exigió a Ian que rehiciera el proyecto entero en cinco días. Tú lo ayudaste. Amber lo dejó solo a posta.

–Pero Amber no sabe que me gusta dibujar –contestó ella, extrañada–. Es demasiado enrevesado para esa serpiente.

Últimamente no cuadraba nada en la vida de Elena.

–Me dijiste que Amber posee influencias, contactos, y que, si un día la despedían, hundiría *Gayre's Style*. A lo mejor son las influencias de Stefano –declaró ella, muy seria–. Tengo un mal presentimiento, Lucy. –Se sentó de nuevo en el sofá, apoyó la barbilla en los nudillos y los codos en las rodillas.

Su amiga la imitó.

–Tengo la sensación de que Amber no entró a trabajar en *Gayre's Style* por su currículum –susurró Elena, entornando la mirada–. ¿Eso se puede comprobar?

–Lo haré, no te preocupes –asintió, solemne.

–Dice Ian que es buena. –Frunció los labios un segundo–. Pero, según tú, no hace nada y lo poco que yo he visto de ella, te lo prometo, Lucy –meneó la cabeza–, lo haría mejor Olivia y tiene seis años.

Ambas suspiraron sonoramente al unísono. No habían probado el café y se había quedado frío.

Telefonó a su madre para avisarla de que llegaría tarde, que tenía que hacer unos recados con Lucy, pues a las tres y media, cuando estaba recogiendo para irse al ático, su amiga subió al despacho de Ian para pedirle que esperara hasta las cinco.

Continuó haciendo más dibujos hasta la hora pactada. Su amiga y ella se encaminaron a un bar unas calles lejos del estudio. Estaba atestado de gente, así lo prefirió Lucy.

—No te vas a creer lo que he averiguado —enunció su amiga tras acomodarse las dos en los únicos taburetes libres que había en la barra.

Un camarero les sirvió dos cerveza.

—Me metí en los archivos —expuso Lucy después de dar un sorbo a la bebida—. Encontré el currículum de Amber. Lo que pone de sus estudios es cierto. Tiene el título de Decoradora de Interiores, pero... ¿Cuántos años crees que tiene Amber?

—No sé. —Se encogió de hombros—. ¿Como yo? ¿Veintisiete, veintiocho?

—Tiene treinta y cinco.

—¡Qué bien se conserva! —silbó ella, alucinada.

—Nunca terminó el colegio. —Sonrió, enigmática.

Elena bebió cerveza.

—Si no acabas el colegio o el instituto, en el caso de que termines en un instituto, no puedes cursar una carrera universitaria —comentó ella, arrugando la frente—. Que yo

sepa, eso es así en cualquier lugar.

–Correcto, querida. –Asintió–. Amber es hija de una familia aristócrata de gran influencia. Su familia por parte de su padre es como los señores Gayre, pero los señores Gayre no poseen ningún título nobiliario.

–¿Todavía existen esas cosas? –preguntó, antes de terminar la bebida y pedir otra.

–En algunos sitios, sí. En realidad, solo sirven para codearse con gente del *Jet Set*, aunque ya te digo que los Gayre lo hacen sin contar con títulos como los O'Paradise, que son irlandeses afincados en Escocia desde hace generaciones.

El camarero les sirvió otra cerveza a cada una.

–Los O'Paradise se dedican a organizar obras benéficas y ese tipo de cosas –prosiguió su amiga–. Amber estudió en un colegio privado. La echaron por sus malas calificaciones. Repetía curso continuamente. No terminó. Su padre decidió meterla en las obras benéficas. Y, ¡de repente! –chasqueó los dedos–, unos años después estudia *Decoración de Interiores* en la mejor escuela de arte de Edimburgo y con la mejor calificación de la promoción.

–Lucy, no me lo trago, lo siento. –Negó con la cabeza. Su amiga sonrió.

–Resulta que le pagaron la carrera, querida. Un anónimo sobornó al director de la escuela para que Amber O'Paradise obtuviera el título. ¿Te suena? –Enarcó las cejas y dio un largo trago a su bebida.

Ella entreabrió los labios poco a poco.

–¿Stefano Agnelli?

–Stefano Agnelli. –Asintió Lucy.

–¿Se puede saber cómo has averiguado todo eso?

–Decidí mirar primero en internet cuando leí el nombre completo de Amber en el currículum. Ya sabía que provenía de una familia aristócrata, pero *Google* me facilitó toda la información. Ahí fue donde descubrí la edad real de Amber. Me fijé en las fechas de cuando estudió *Decoración* y me resultó extraño. –Bebió más cerveza–. En internet pone que ella entró en la escuela de arte nada más terminar el colegio y en su currículum, no. En su currículum data la fecha real.

Las dos soltaron una carcajada.

–Se me ocurrió llamar al colegio. La directora me habló de Amber sin ningún reparo –continuó su amiga, regocijada en la historia–. Me dijo que jamás se olvidaría de ella porque era un diablo, la peor alumna que han tenido jamás. Luego, telefoneé a la escuela de arte. El director es otro a cuando Amber supuestamente estudió, es el antiguo jefe de estudios. Cuando Amber se graduó, el jefe de estudios lo descubrió y amenazó con denunciar al director. Pero no hizo falta denunciarlo, el director se despidió por su propio pie.

–No entiendo por qué te ha contado eso –la señaló con la mano–, no te conoce de nada.

–He llamado de parte de Ian Gayre.

–¿Qué?! –profirió Elena, que se incorporó de un salto–. ¡Me va a matar!

–Tranquila, querida. –Le guiñó un ojo–. Siempre llamamos para pedir referencias. No le ha sorprendido.

Ella expulsó el aire retenido con infinito alivio.

–¿Y de Stefano has encontrado algo? –quiso saber Elena al sentarse otra vez.

–Todavía no. –Realizó su coqueto y característico mohín con sus labios rojos–. Los datos que tenemos en el estudio consisten básicamente en su teléfono, su dirección de casa, su nacionalidad y poco más. En internet aparece como un mujeriego y del brazo siempre de una modelo. Va a muchas fiestas, tanto en Italia como en Inglaterra. Es un soltero codiciado.

–Pues a mí no me gusta nada –confesó ella. Sentía el estómago revuelto al recordar su rostro.

–A mí, tampoco –gruñó Lucy–, mucho menos después de lo que os está haciendo.

–Tengo que cenar con él. –Estaba decidida.

–¿Estás loca? –expresó, sin dar crédito a lo que escuchaba–. Si Ian te ha dicho que no es limpio, ¡ni se te ocurra acercarte a él! Bastante está haciendo Ian para que no te toque.

–No lo entiendes, Lucy. A mí Amber me da igual y Stefano, también. –Golpeó la barra con violencia–. Pero Ian, no. Si ceno con Stefano, lo dejará en paz. Ian obtendrá mis diseños. Fin de la historia.

–No cuentes conmigo para eso, Elena –sentenció con gravedad–. Estoy de acuerdo con Ian. Es un proyecto que en unos meses se finalizará y asunto concluido.

–Y después, ¿qué? –inquirió Elena–. ¿Crees que después de saber cómo es Stefano, se va a quedar de brazos cruzados con respecto a Ian? Sabe que Ian hará lo imposible para que no se me acerque. Después de ese proyecto, habrá otro, Lucy. Ya lo intentó una vez cuando Amber entró a trabajar en *Gayre's Style*, y lo está haciendo ahora. ¿Sigues pensando que no debería cenar con él?

–Sí. –Asintió–. No se te ocurra cenar con él –añadió, rotunda–. Además, dices que Amber no te importa, pero es la única conexión entre Ian y Stefano. Elena, ¿no te das cuenta? –Enarcó las cejas–. Lo que tienes que conseguir es que Ian despida a Amber.

Terminaron la cerveza en silencio y salieron a la calle. Ya era de noche.

–Cuéntale a Ian lo de Amber, hazlo y no lo retrases –le aconsejó su amiga.

Pero no lo hizo, se le ocurrió algo mejor.

De camino al ático, telefoneó a Miguel. Le contó todo a su hermano.

–¿Tú podrías conseguir información sobre Stefano Agnelli? –lo interrogó ella.

–*Podría, pero me va a llevar unos días. Es italiano y mis influencias no alcanzan tanto, Ele* –respondió Miguel.

–Tengo que chantajearlo con algo para que deje en paz a Ian, Stefano es...

Pero no pudo terminar la frase, pues un hombre le cortó el paso.

–Miguel tengo que colgar, te llamo mañana, ¿de acuerdo?

–*Elena, ¿qué...?*

Colgó y alzó el rostro hacia el propio Stefano Agnelli.

–*Bella Elena, ¡qué maravilloso placer encontrarte!* – dijo el italiano en inglés. Sonreía, prepotente.

–Disculpe, pero me esperan. –Lo rodeó para continuar.

–Estudié en Madrid, Elena –señaló en español, aunque con un marcado acento–. Entiendo tu idioma mejor de lo que crees.

Elena se sobresaltó.

–¿No te lo ha contado Ian? –Se colocó frente a ella y se ajustó la corbata al cuello con una fría elegancia.

–Sí. –Se irguió, agitada por su presencia.

–¿Qué tal le sienta a Ian que sigas llevando la alianza?
–Le levantó la mano derecha.

Elena retrocedió al instante. ¿Que *siga* llevando la alianza? ¡¿Cómo lo sabía?!

Agnelli se rió, seguro de sí mismo.

–Parece que no eres tan tonta, al fin y al cabo – prosiguió en español, cruzado de brazos–. ¿Te interesa hacer un trato? Ian no tiene por qué enterarse.

–Yo no hago tratos con personas como usted –escupió y se giró.

El italiano la agarró del brazo y apretó.

–Escucha bien, *bella* Elena. –Se inclinó y entrecerró los ojos–. Dependerá de ti que Ian pague o no por lo que me hizo. Cena conmigo una noche, Elena. Solo eso. Y os

dejaré en paz a los dos.

Ella, con el corazón a un ritmo enloquecedor, observó a Stefano largo rato.

—¿Quién me garantiza que cumplirá su palabra? —inquirió Elena, sin amilanarse.

—Te lo redactaré por escrito, si eso es lo que te impide aceptar mi propuesta. —La soltó, pero no se movió.

—Necesito pensarlo. —Carraspeó.

—Te doy una semana, *bella* Elena —se dirigió al borde de la acera donde había un coche negro esperándolo—, no más.

Elena alcanzó el ático con el cuerpo a punto de estallar de los nervios. Solo era una cena con el odioso italiano, pero, si lo hacía, ¿ocurriría lo que había dicho Ian?, ¿después querría más y los chantajearía con más?

Tendría que confiar en la palabra del sucio Agnelli.

La decisión estaba tomada.

CAPÍTULO 16

Ian, en vaqueros, camiseta y descalzo, la escrutó cruzado de brazos.

–¿Sabes qué hora es? –inquirió él con la frente arrugada—. Hace rato que pasó la cena, Elena. Es tardísimo. ¿Dónde estabas?

–No, yo... –Parpadeó, pues aún estaba pensando en Agnelli.

–Elena.

Ella guardó el abrigo y el bolso en el ropero. Se dirigió al dormitorio a cambiarse. Ian la siguió hecho una furia.

–Elena, te he hecho una pregunta.

–No, Ian. –Se giró y lo encaró—. Me has exigido una respuesta, no me has hecho ninguna pregunta. –Se quitó los zapatos y entró en el baño.

–¿Dónde has estado? –le preguntó más relajado, pero en un tono autoritario.

–Llamé a mi madre para...

–Ya sé que llamaste a tu madre. –Se apoyó en el lavabo, a su lado—. ¿Por qué no me llamaste a mí?

–¿Igual que me has llamado tú hoy para interesarte por mí? –rebatíó, con los puños en la cintura. Arrugaba la frente tanto o más que él.

–Te dejé una nota. Dos, en realidad. –Agitó dos dedos en el aire.

–Sí, dos malditas notas. Discutimos ayer y te largas del despacho sin darme ninguna explicación. –Alzó los brazos, gesticulando a la vez que hablaba—. No me hablaste el resto del día. Me despierto y ya te habías ido a trabajar. Y llego y tampoco estás. ¿Y te molesta que yo hoy llame a mi madre y no a ti? ¿Sabes lo mal que me siento por lo que te está haciendo Stefano? ¿Lo sabes, Ian? Pero me siento aún peor porque me pides que confíe en ti –agachó la cabeza–, pero tú no lo haces en mí, me has excluido. –Salió del servicio.

–Claro que confío en ti, Elena –suspiró su ángel. Se acercó por detrás y la rodeó por las caderas.

Elena se soltó y se dio la vuelta. No quería alejarse de su contacto, lo necesitaba más que nunca, sobre todo por el encuentro con el italiano, pero se contuvo.

–No lo haces –negó ella y chasqueó la lengua—. ¿Por qué demonios no me lo contaste? ¿Por qué me lo ocultaste? –Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

Él se revolvió el pelo al tiempo que se aproximaba de nuevo hacia Elena.

–Ian, por favor... –Levantó una mano para frenarlo mientras retrocedía.

Su cuerpo vibró incesante, su piel se irguió, su corazón se disparó a un ritmo impresionante. No podía enfadarse con su ángel salvador, ¡era imposible! Pero tenían que hablar, ella debía controlar sus emociones, aunque sus sentidos solo poseían una única dirección: Ian Gayre.

–No me rechaces, patito... –continuó él en su avance hasta acorralarla contra la pared–. Confío en ti, pero... –La sujetó por la nuca.

Elena tragó saliva. El intenso aroma a regaliz la aguijoneó y sus párpados se cerraron un instante.

–Tuve miedo a que al contártelo huyeras de mí... –confesó Ian en un hilo de voz–. Por ese proyecto me pediste ayuda para empezar a dibujar otra vez. Sé que esos dibujos significan mucho para ti, por eso me dio miedo decirte lo que había hecho. Elena –le acarició las mejillas–, conmigo no volverás a sufrir, y estar cerca de Stefano te dañará, lo sé. Y no quiero que te toque, ¡ni siquiera que te mire!

Ella lo contempló sin aliento. Su ángel era sincero, el intenso verdor de sus ojos así lo demostraba.

–Pero fuiste tú quien huyó de mí... –declaró Elena. Desvió la mirada–. Me lo contaste y te fuiste, Ian... –Se le formó un nudo en el estómago–. Yo solo... –Respiró hondo, irregular tanto por la cercanía como por el tema de sus diseños–. Solo quiero ayudarte. Los dibujos no me importan, Ian, me importas tú. –Lo observó con el

corazón en un puño—. Con esos dibujos volví a dibujar, sí, pero fue gracias a ti. Y si me pides que me distancie de Stefano, lo haré, porque confío en ti... Pero, dímelo —tiró de su camiseta en el pecho—, ¡háblame! No me alejes cuando algo te preocupe, por favor... —Dejó caer los brazos, derrotada—. No me apartes a un lado. Yo no...

La interrumpió con un beso dulce, muy dulce, demasiado dulce...

—Ian... —Se agarró a sus hombros, se puso de puntillas y lo besó de igual modo, incapaz de permanecer un segundo más quieta y un segundo más en modo racional—. No te alejes... De mí... Nunca...

Ian gruñó y la estrechó contra su cuerpo.

—Perdóname, Elena. —Descendió las manos a su trasero—. No volveré a alejarme... —La besó un instante como un rudo y un salvaje—. Tú también me importas, patito, más de lo que crees...

Ella contuvo la respiración.

Él marcó su cuadrada mandíbula con fuerza.

¡Qué guapo es!, pensó.

Y se abandonaron a los labios y a los brazos del otro.

La realidad se desvaneció.

Ian la alzó por el trasero. Elena lo envolvió con las piernas. Sus caderas chocaron una y otra vez, buscaban el placer que ambos necesitaban, se rozaban sin pudor por encima de la ropa.

—Ian... —gimió—. No tengo..., fuerzas...

—No las necesitas, patito, me tienes a mí.

¡Oh, Dios!, pensó ella.

Él le engulló la boca, le aplastó las nalgas con una mano, le arrugó la seda del vestido y, con la otra en su cuello, la obligó a ladear la cabeza y a no retroceder. Ella se abandonó al maestro. Lo correspondió con la misma urgencia, con el mismo desenfreno.

–Déjame a mí... Yo te sostengo, patito... No necesitas nada más..., salvo a mí... –le susurró entre mordiscos que le daba en el cuello.

–Sí, Ian... Solo a ti...

Su ángel oscuro, sin dejar de besarla con avidez, dirigió las manos a sus medias y las rompió de un tirón. El sonido de la tela al rajarse la excitó aún más de lo que ya estaba. Las siguieron la ropa interior. Luego, se desabrochó el cinturón y el pantalón con premura, gruñendo como un animal desesperado, y la penetró de un solo impulso.

El poco aliento que le restaba a Elena se le escindió de golpe.

Ian jadeó, estremecido, y escondió el rostro en su clavícula, un gesto que esclavizó su corazón...

–Elena... –Le silueteó la oreja con los labios. La atormentaba con su alterada respiración, que alteraba todavía más la de ella.

Elena se arqueó, desquiciada y enajenada por el calor que ese escocés la provocaba, un calor febril que los obligó a mecerse de manera rabiosa, con egoísmo. Se codiciaban el uno al otro.

–Solo..., siente..., patito... –Incorporó la cara y la contempló con los ojos turbios por el deseo—. Dios, Elena... –Apresó sus cabellos en dos puños y tiró. Ella curvó el cuello, experimentaba una espiral sin sentido de infinito goce—. Si pudieras mirarte ahora mismo a través de mis ojos... –Resopló y devoró su tez con los labios, con la lengua y con los dientes justo debajo de su oreja.

–¡Ian! –gritó, a punto de morir de placer.

Elena, descontrolada, levantó los brazos y arañó la pared con las uñas. Ian regresó a su trasero, le hundió los dedos con saña, apuró las embestidas y, al instante escaso, alcanzaron el éxtasis.

A él se le doblaron las rodillas y aterrizaron en el suelo. Se abrazaron con los cuerpos palpitantes. Se besaron con languidez. Su ángel oscuro siguió moviéndose dentro de ella un poco más, arrancándole más gemidos a Elena, jadeando el propio Ian... Eran incapaces de parar, de apartarse, de hacer cualquier cosa excepto sentirse el uno al otro.

Las respiraciones comenzaron a ralentizarse. Él la elevó con cuidado de no hacerle daño, la cogió en brazos y la transportó al servicio, donde la sentó en el borde de la bañera.

A Elena le vibraba tanto el cuerpo que no podía mantenerse quieta. Ian se percató y sonrió. A continuación, llenó la bañera de agua y de jabón.

–Ven aquí, patito.

La tomó de las manos y la incorporó. La desnudó

lentamente. La besaba en cada porción de piel que iba descubriendo. Le quitó las horquillas del pelo y la volvió a alzar en el aire para meterla en la bañera.

Por favor..., pensó ella, hechizada por tal cariño, ruborizada al extremo, *esto es un sueño del que no me quiero despertar...*

–Voy a prepararte algo de cenar –anunció su ángel antes de desaparecer.

Elena se escurrió adrede e introdujo la cabeza en el agua. Soltó un chillido amortiguado y salió a la superficie.

Se puso el pijama, cogió una toalla y se sacudió el pelo. Se estaba desenredando los cabellos cuando unas manos le arrebataron el peine y tomaron el control. Con una suavidad mágica, aquel escocés le cepilló los mojados mechones. Luego, depositó un beso suave y prolongado en su cuello y la llevó a la cama.

Había una bandeja con un sándwich frío y un refresco de naranja. Ian se sentó con la espalda recostada en el cabecero y abrió las piernas. Con esa sonrisa que causaba tantos estragos en ella, emocionales y físicos, le indicó que se acomodara en su regazo. Elena así lo hizo. Deliciosamente asediada por ese cuerpo flexible y cálido, degustó la mejor cena de su vida.

–Ian... –le dijo cuando terminó la bebida. Apartó la bandeja en la mesita de noche. Se giró y lo miró, indecisa–. Tengo que contarte algo. –Se mordió el labio.

Él frunció el ceño.

–¿Qué pasa? –se preocupó.

–Verás...

Le relató todo lo que Lucy había averiguado sobre Amber y Stefano.

Ian se levantó y paseó por la habitación, pensativo, con los ojos entornados.

–¿Por qué habéis hecho eso? –se interesó él.

–Porque nos hemos puesto a hablar –agachó la cabeza– y nos hemos dado cuenta de que había cosas que no encajaban. No sé –se encogió de hombros–, tuve un mal presentimiento.

Su ángel se arrodilló a su lado, sobre el suelo, y sonrió.

–Eres increíble, Elena. –Le pellizcó la nariz.

Ella desplegó los brazos. Ian se sentó en el colchón y la abrazó.

–¿Qué vas a hacer? –quiso saber Elena. Bajó los párpados, cansada.

–De momento, esperar. –Se tumbaron y entrelazaron las piernas–. Hasta que no termine el proyecto de Stefano no haré nada.

–Hay más... –suspiró–. Cuando venía a casa me he cruzado con Stefano.

Él se quedó un rígido un momento.

–Creo que me seguía porque su coche estaba aparcando en la acera –declaró ella–. Me ha dicho que cene con él y nos dejará en paz.

–Elena, no voy a discutir otra vez por lo mismo. –Se alejó y observó el dosel.

–Me ha dicho que me redactará un documento en el que

garantizará que cumplirá su palabra.

–¡Qué! –exclamó, furioso, incorporándose de golpe–. ¿Acaso te estás replanteando cenar con él?

–Ian, por favor, cálmate. –Acortó la distancia y lo abrazó por la cintura.

–Elena... –gruñó, pero la correspondió.

–Deberías hablar con tu padre, Ian. –Lo contempló a los ojos–. Amber ha estado diciendo en su departamento que si alguna vez la despiden del estudio moverá sus influencias para destruirlo.

–Amber no es una mala decoradora...

Elena se soltó y bufó, indignada.

–Ian, yo no tengo idea de decorar –colocó las manos en las caderas– y lo hice mejor que ella. A mí no se me ocurriría nunca entregarle a un cliente fotos descargadas tal cual de internet. –Golpeó la alfombra con el pie de forma insistente.

Su ángel se rió.

–Supongo que tienes razón. –La rodeó por las caderas y la besó en la frente–. Pero no tiene que ser tan mala si todos los clientes que tenemos en «Decoración de Interiores» han sido por ella, ¿no?

–¿Cómo que todos? ¿Cómo los ha conseguido? –preguntó ella. Frunció el ceño.

–Cuando Amber entró a trabajar –comenzó él, acariciándole los cabellos–, lo hizo como la ayudante del jefe de Decoración. Poco después, los clientes dejaron de repetir. Amber ayudó. Dijo que conocía a gente interesada

en contratarnos. Y ganamos más clientes.

–¿Qué pasó con el jefe? –lo interrogó con los ojos cerrados.

–Descubrí un día a Amber llorando. Dijo que la acosaba.

Elena dio un respingo y lo observó, desconfiada.

–No me digas más... –señaló ella con una sonrisa–. Lo pillaste con las manos en la masa.

–¿Cómo lo sabes? –Arrugó la frente.

–Ian –ladeó la cabeza–, eres muy ingenuo. –Chasqueó la lengua–. ¿No te das cuenta? –Retrocedió y juntó las manos en alto–. Amber es una trepadora. Me apuesto lo que quieras a que todos los clientes que tenéis en «Decoración» son amigos del señor O'Paradise.

Él se cruzó de brazos.

–¡Y eso que eres el número doce en el ranking de la revista *Forbes*! –bromeó Elena.

–¿Me estás llamando tonto, patito? –Sonrió, radiante, y avanzó hacia ella con fingida amenaza.

Elena ahogó un grito y salió corriendo hacia el baño, pero no tuvo tiempo de cerrar, Ian la atrapó, la levantó del suelo y empezó a hacerle cosquillas. Ella pataleó y se retorció.

–¡Ian!

–Baja la voz –le dijo entre carcajadas y sin detenerse–, que Olivia se va a despertar.

–¡Para! ¡Nooooo!

La lanzó al colchón y se tumbó sobre su cuerpo, el más

exquisito del mundo, pensó Ian.

–Ay, patito, patito, patito... –suspiró, teatral. Le sostuvo las manos por encima de su cabeza—. ¿Cuándo aprenderás a que conmigo no se juega? –La besó en el cuello, provocándole más cosquillas.

Sin embargo, la diversión y las carcajadas no tardaron en ser reemplazadas por la pasión, una innegable pasión...

Al día siguiente, la joven pareja acudió a trabajar entre besos y más besos, risas y más risas. En cuanto entraron en el ascensor de *Gayre's Style*, él la atrajo hacia su cuerpo y se apoderó de su cuello. Entremezclaba húmedos besos con pequeños mordiscos que la hicieron chillar en más de una ocasión. Y cuando eso ocurría, Ian paraba debido a las carcajadas.

–Eres una montañita de puntitos débiles, patito. –Le besó la mejilla sonoramente y se separaron.

Alcanzaron la planta correspondiente. Su ángel le permitió salir en primer lugar del elevador. Y, al hacerlo, recibió un pícaro pellizco en el trasero. Elena dio un respingo, sus mejillas ya ardían en exceso por su culpa y se controló por la recepcionista, que hacía las veces de secretaria del señor Ian Gayre.

Iniciaron la jornada repletos de felicidad. No obstante, la visita de la serpiente viró los humos.

–Aquí tienes –le indicó Amber a su jefe en inglés—. Ya está terminado. –Le tendió una carpeta—. He quedado con el cliente esta tarde para entregarle el nuevo diseño. –

Sonrió sin ocultar su embeleso por él.

–Te acompañaré. ¿A qué hora es? –le contestó Ian, más reservado de lo habitual.

–Bueno... –La decoradora se paralizó–. No hace falta, Ian. Siempre lo he hecho yo sola y lo hago bien.

–No lo dudo. –Se incorporó y la acompañó a la puerta, o, mejor dicho, zanjó la visita–. ¿A qué hora es la reunión, Amber?

–En realidad... Aún no he formalizado nada –titubeó. Se retorció los dedos, colorada a más no poder.

–Perfecto. Cuando la formalices me avisas. Hasta luego, Amber. –Cerró la puerta en sus narices.

La señorita O'Paradise se marchó corriendo, literalmente.

–No tenías que haber hecho eso –lo reprendió Elena, apuntándolo con un lapicero en la mano–. Ahora se preguntará a qué ha venido tu actitud. La has puesto nerviosa, Ian.

–Eso quería. –Asintió y regresó a la silla de piel–. ¿Te importa si esta tarde cancelo las clases con Olivia? –Cogió el teléfono que había en la mesa y marcó un número–. ¿Puedes subir un momento, por favor? –solicitó a alguien a través del auricular–. Gracias. –Colgó.

Ella permaneció a la espera de ver aparecer una nueva visita en el despacho.

Fue Lucy.

–¡Hola! –le saludó su amiga con una sonrisa.

Se abrazaron.

–¿Qué necesitas, Ian? –le preguntó Lucy en español, por respeto a Elena.

–Solo me fío de ti, Lucy. –Arrugó la frente—. Necesito una lista de todos los clientes de «Decoración de Interiores» desde que Amber empezó a trabajar aquí.

Su amiga arqueó las cejas, sorprendida.

–Se lo has contado –le afirmó Lucy a ella.

Elena asintió.

–Creemos –señaló ella, acercándose— que esos clientes son amigos de su familia.

–Entonces, también investigaré si guardan relación con los O'Paradise –anunció Lucy, seria—. Os dejo trabajar.

–Gracias, Lucy –le obsequió Ian con una sonrisa que no alcanzó sus claros ojos.

Su amiga los dejó solos.

–¿Qué te pasa, Ian? –se preocupó Elena. Apoyó las caderas en el escritorio, a pocos centímetros de él.

Ian se quitó las gafas y se frotó la barba. Se recostó en el asiento.

–No entiendo cómo no me he dado cuenta antes, lo ciego que he estado... –murmuró su ángel.

–Tu problema es que eres demasiado bueno, Ian. –Se colocó a su espalda y procedió a masajearle el cuello.

–Es la segunda vez que me das un masaje –pronunció él en un susurro, relajado por completo y entregado a sus manos.

–Sí... –Sonrió nostálgica.

–Pero el primero duró poco –se quejó y emitió una

risita.

–Pues porque... –Se sonrojó sobremanera–. Porque tú... Porque... –Rodeó la silla para seguir trabajando, pero Ian la agarró del brazo.

–Me acariciaste la cara –apuntó él, mirándola, penetrante.

–¿Qué? –No comprendió sus palabras.

–Esa noche, me tumbé a tu lado mientras tú dibujabas en la alfombra, Elena. Creíste que estaba dormido y me acariciaste la cara. Y cuando me regalaste tu primer dibujo, me acariciaste la cicatriz. –Permaneció unos segundos callado–. Yo estaba en el sofá. Me acariciaste la cicatriz con el dedo –repitió con voz profunda y aterciopelada–, dijiste *mi ángel* y me dejaste el dibujo hecho a lápiz rosa en la mesa. Luego, te fuiste.

Ella se cubrió la boca al instante con la mano libre.

–Pero tú estabas... Estabas dormido... –pronunció Elena, pasmada y tremendamente agitada en su interior.

–¿Sabes cuánto tiempo estuve soñando con esa caricia, Elena? –inquirió Ian con rudeza, pegándola a su cuerpo–. Aún sigo haciéndolo... Llevo mucho tiempo esperándote, Elena –confesó–. Mucho tiempo. –La besó, rápido y violento.

Y se apartó de forma tan brusca que Elena trastabilló.

Dios mío... ¿Qué significaba eso?

El resto de la mañana fue silenciosa e incómoda hasta la hora del almuerzo. Lucy ya tenía la lista de los clientes de Amber.

–Todos, sin excepción, son amigos íntimos del padre de Amber –anunció su amiga–. Y no meros conocidos, sino íntimos.

–Por eso dijo ella que si la despedían hundiría *Gayre's Style*. ¡Normal! –bufó ella antes de beber agua–. Si se va Amber, se van todos.

Él no contestó. Le agradeció a la secretaria la información y se dedicó a uno de los proyectos que tenía pendientes, sin comer. Elena no quiso agobiarlo y prefirió no hablar del tema. Era obvio que su ángel se culpaba por no haber descubierto antes la treta de la decoradora.

Por la tarde, ella regresó con el chófer al ático.

–¿Qué tal, hija? ¿Ian no viene? –le saludó su madre al entrar.

–Hola, mamá. –La besó en la mejilla–. Tenía que terminar unas cosas. –Besó también a Olivia–. Hoy no hay clase, pero me ha dicho Ian que repases lo que te explicó ayer, ¿vale?

La niña asintió y obedeció.

–¿Qué tal tú, mamá? –Se descalzó y se sentó en el sofá con Carmen–. ¿Sabes algo de papá?

–Estuvimos hablando el otro día –comentó su madre con la tristeza cruzándole el semblante–. Me pidió perdón.

Elena se sorprendió y parpadeó, confusa.

–Papá nunca pide perdón.

–Cualquiera que esté en la situación de tu padre termina pidiendo perdón –masculló Carmen tras suspirar.

–No lo crees.

–No es a mí a quien tiene que pedir perdón, hija. Y lo siento mucho, pero es demasiado lo que ha hecho. Demasiado. –Chasqueó la lengua y desvió la mirada hacia el suelo.

–¿Qué es lo que ha hecho, mamá? –Posó una mano sobre la suya—. Por favor, dímelo.

Su madre la observó un eterno momento. Se incorporó.

–Estoy cansada, hija. Nos vemos mañana. –Y se fue sin esperar una respuesta.

Ella sacó el móvil del bolso. Tenía un mensaje de Miguel. Lo telefoneó al instante.

–*Me dejaste anoche con la palabra en la boca, guapa* – la regañó su hermano nada más descolgar.

Elena se tumbó en el sofá y cerró los ojos. Le contó el encuentro con Stefano Agnelli.

–*Pues no te va a gustar lo que me han contado...* –la avisó Miguel.

–Me dijiste ayer que ibas a necesitar varios días. –Se incorporó—. ¿Ya has averiguado algo?

–*He hecho un par de llamadas esta mañana. Me han pasado por correo electrónico datos bastante curiosos de ese personaje. Es toda una pieza, ¿eh?*

–¿Por qué lo dices?

–*Tienes varias denuncias por soborno. Los profesores de Arquitectura y el director de la escuela de Edimburgo no son los únicos. Y no solo eso...* –Añadió con gravedad–: *No te acerques a él, Ele. Ian tiene razón.*

–Habla de una vez, Miguel. –Se exasperó.

–Trabaja en la empresa de su padre. Es una empresa de nuevas tecnologías. No las fabrican, pero actúan como intermediarios, asesoran sobre nuevos productos, etcétera. A través de la empresa compran y venden de todo y por toda Europa. Tienen la sede principal en Milán, pero hay una más pequeña en Edimburgo. Se llama como su apellido: Agnelli.

–¿Una empresa de nuevas tecnologías proporciona tanto dinero?

–Sí, pero es que, además, son como la familia de Ian, ricos de cuna. Y les va muy bien. La cuestión es que todas sus secretarias duran en el cargo como mucho tres meses.

–¿Por qué?

–El abogado que me ha pasado esta información me ha dicho que, desde que Stefano Agnelli adquirió el puesto de Director General, ha recibido denuncias de acoso por parte de sus secretarias. Pero esas denuncias terminan archivadas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

–¿De acoso? –se asustó ella, su corazón se aceleró—. Dios mío...

–Sí. Y todas las denuncias son archivadas por las influencias del padre. Ese tío es poderoso y corrupto. Tiene comprados a dos jueces y varios policías de Milán.

–¿Cómo podríamos desenmascararlo?

–¿Tú? –exclamó su hermano con la voz aguda—. ¡Tú, nada! ¡Haz el favor, Elena! Mantente al margen. Ese tío no quiere solo una cena contigo. Y no hace falta ser muy listo para saberlo. Hubo un lío una vez, el único lío que

salió en la prensa.

–¿Qué pasó?

–*Eso me lo ha contado Álvaro. Como es periodista de investigación, se me ocurrió preguntarle también.*

–Gracias, Miguel. –Sonrió–. A ver si llamo a Álvaro.

–*No estaría mal, guapa, que luego soy yo quien recibe las broncas porque no lo llamas* –la reprendió en broma.

–Y, ¿qué te dijo Álvaro?

–*Que la prensa ha intentado investigar a Agnelli en más de una ocasión* –respondió su hermano–. *Y fue porque una de las empleadas de Agnelli presenció al hijo coaccionando a su secretaria y se lo contó a un amigo suyo que era periodista. Como Agnelli es bastante importante en Italia, sobre todo el padre, el periodista investigó, entrevistó a la secretaria acosada y lo publicó.*

–Déjame adivinar... –Realizó un aspaviento con la mano–. Despidieron al periodista, o cerraron la redacción, una de dos.

–*Las dos cosas, pero la noticia salió a la luz. Cuando la familia Agnelli lo descubrió, se organizó un gran revuelo en Milán. Las acciones de la empresa descendieron en picado. Eso fue hace doce años, poco después de ser expulsado de la facultad de Arquitectura de Madrid.*

–¿Cómo se recuperaron? –Estaba completamente intrigada.

–*Mandaron a Stefano a Edimburgo. Fue cuando crearon la sede allí.*

–Pero has dicho que las denuncias continuaron. –
Frunció el ceño.

–*Las denuncias en Edimburgo sí continuaron, pero en Milán, no, Elena* –aclaró Miguel–. *Aquí en Edimburgo es el propio Stefano quien soborna a los policías y a los jueces. Su padre se cabreó.*

–¿Qué quieres decir?

–*Que Stefano Agnelli está solo en Inglaterra, Ele. El padre perdió mucho dinero por la noticia del periodista. Y parece ser que se negó a seguir limpiando su mierda.*

–Eso significa que se le puede pillar, Miguel. Si ya no cuenta con las influencias de su padre, ¡es perfecto! –
exclamó Elena, contenta.

–*Para el carro, guapa* –la advirtió su hermano–. *No me gusta lo que estás pensando...* –farfulló–. *Te conozco.*

–Lo que estoy pensando es en hablar con Álvaro y preguntarle si estaría dispuesto a investigar a Agnelli. –
Sonrió con satisfacción.

Silencio.

–¿Miguel?

–*¡Me parece una idea genial, Ele!* –convino del mismo modo.

Ella soltó una carcajada.

–*Pero, de verdad* –la previno Miguel por enésima vez–, *ni se te ocurra cenar con él. De hecho, ni se te ocurra quedarte a solas con Stefano Agnelli.*

–¿Sabes algo de papá? –quiso saber Elena, arrugando la frente–. Me ha dicho mamá que la llamó el otro día para

pedir perdón.

–Ha estado en el bufete hace un rato –contestó con la voz contenida–. Quería invitarme a comer. Y lo más curioso es que me ha preguntado por ti.

Ella arqueó las cejas, incrédula.

–¿Preguntado por mí, o criticarme a mí?

–Preguntado –afirmó–. Yo no le he dicho nada de Ian, pero ha visto las fotos de la gala. Y se imagina que estás con él. Sabe quién es. Y me ha extrañado, la verdad.

–¿Aquí todo el mundo sabía quién era la familia Gayre menos yo? –inquirió Elena.

–Esa es la cuestión, que papá y mamá no lo sabían. En realidad, solo Lorena, y Álvaro y yo porque buscamos información. –Suspiró–. Supongo que se está arrepintiendo y se preocupa por ti.

–Permíteme dudarlo, Miguel –ironizó y se dirigió a la cocina a servirse un vaso de agua.

–Ya, yo tampoco me lo trago. –Chasqueó la lengua–. Bueno, tengo que dejarte. Tengo que preparar un juicio.

–Gracias, Miguel. Dale un beso a Lorena y a los niños.

–Tú, también a Olivia y a mamá. Y recuerdos a Ian.

Y colgaron.

¿Qué hacía su padre interesándose por ella? ¿Siete meses sin tener noticias y ahora se molestaba en informarse sobre Ian porque la había visto en unas fotos con él?

Preparó la cena de Olivia y después la acostó.

Se tumbó en el sofá a esperar a su ángel y se quedó

dormida sin darse cuenta. A medianoche, el ruido de la puerta la despertó. Abrió los ojos y vio a Ian colgando el abrigo en el perchero. Elena caminó, somnolienta, hacia él y lo abrazó por la cintura.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella, preocupada.

Ian inhaló aire y lo expulsó con fuerza.

—Vengo de casa de mis padres. —La cogió de la mano y se encaminaron al dormitorio.

Elena se sentó en la cama y observó cómo se desnudaba, extasiada por tal belleza y tal poder que emanaba esa soberbia anatomía. En calzoncillos, se derrumbó sobre el edredón, apoyó la cabeza en el regazo de ella y le acarició despreocupadamente la pierna. Elena le peinó los cabellos revueltos con los dedos, encantada por tenerlo entre sus brazos.

—Le pedí al guardia de seguridad del estudio que me avisara cuando Amber saliera —comenzó él—. La seguí. Al final, no me avisó de la supuesta reunión. Estaba con Stefano en una cafetería. Discutían. No pude escuchar nada.

—¿Se lo has contado a tu padre?

—Siento no haberte avisado. —Le besó la tripa con cariño, distraído.

—No pasa nada. —Sonrió con dulzura—. Continúa.

—Se lo he contado todo a mis padres. —Levantó la cabeza. Clavó la mirada en el infinito, pensativo—. Mi padre la quiere despedir. Lo he convencido para que espere. Quien la puede despedir soy yo, no él. Así lo

estipuló mi padre cuando se crearon los tres departamentos, entre los que se encuentra «Decoración de Interiores». Dice que respetará mi decisión.

–Ian.

La miró con fijeza.

–¿No crees que si rompes el contrato con Stefano y despedes a Amber se solucionará todo? –propuso ella con suavidad.

–Sí, pero el contrato con Stefano posee un par de cláusulas –musitó. Se tumbó con la cabeza en la almohada y Elena lo hizo sobre su pecho—. Si nosotros decidimos romper el contrato hay que indemnizar a Stefano. Es mucho dinero. Y la otra cláusula es que si nos retrasamos del tiempo estipulado también tenemos que indemnizarlo.

–Lo único que quiere es tu dinero. Ese italiano es asqueroso –masculló. Chirrió los dientes.

–Lo es. –Le dio un ligero apretón en la cintura—. Pero también es listo, me tiene bien amarrado.

–¿Cómo pudiste aceptar un contrato así, Ian? –Se incorporó un poco y descansó la barbilla en su pecho.

Ian la contempló con los ojos endiablados propios del deseo...

–Porque no quiero que te haga daño –respondió su ángel antes de inclinarse y besarla con ternura en los labios.

Ella suspiró, acelerada y con el corazón desbocado.

–¿Tienes miedo de que me haga lo mismo que a sus secretarias? –indagó Elena.

–¿Cómo sabes eso? –se interesó, con el ceño fruncido.

–Me lo ha contado mi hermano.

Le relató la conversación de Miguel con pelos y señales, incluido lo de su padre y lo que había pensado ella sobre Álvaro.

Se metieron entre las sábanas y se colocaron de perfil, uno frente al otro.

–Sí, Elena, es por lo de las secretarias –señaló él.

–¿Cuándo acabarás el proyecto de Stefano?

–Se supone que en noviembre.

–¡Noviembre! –silbó ella–. ¡Puf!

–No quiero seguir hablando más de Stefano –zanjó de pronto. La envolvió por las caderas y acortó la distancia que los separaba, acoplándose entre sus piernas–. En realidad –le subió la camiseta y se la sacó por la cabeza, despeinándola–, no quiero seguir hablando, patito.

¡Oh, Dios!

Elena lo abrazó con las piernas y le acarició el rostro con manos temblorosas.

–Yo, tampoco...

Pero en lugar de besarla en los labios, lo hizo en la barbilla... En el cuello... En el escote... Le retiró el sujetador y le besó los senos con deleite, embriagándola... La tripa... El ombligo...

–Ian... –gimió, extasiada. Cerró los párpados porque le pesaban sobremanera.

Ian le quitó las mallas del pijama tan despacio que ella creyó fundirse en polvo. Siguió con el resto de su ropa

interior. Calcinaba cada centímetro de su piel con esas manos posesivas que tanto la quemaban y la guiaban hacia las estrellas.

Y sus labios bajaron y bajaron y...

—¡Ian! —gritó cuando esa boca decidida y húmeda le rozó el interior de los muslos.

Y no se detuvo...

Elena se retorció, incapaz de controlar esas desconocidas sensaciones que estaba experimentando, ¡que jamás había experimentado en su vida! Ese hombre, ¡esos labios despiadados!, la transportaron al mismísimo infierno.

—Ian... No puedo...

Él paró, se deshizo de los calzoncillos y lánguidamente se unió a ella, que se arqueó y se ofreció por completo, no solo con su cuerpo, sino también con su alma.

—Te dije que no quería seguir hablando... —le susurró él, con la voz áspera, autoritario—. Elena... —jadeó y comenzó a moverse en su interior a un ritmo candente.

Ambos perdieron la razón, presos de sus instintos más oscuros. El poderoso deseo que sentían por el otro los deslumbró. Los cegó esa pasión incontrolable que pugnaba por estallar cuando permitían que sus cuerpos hablasen por medio de caricias.

Agudo. Angustioso. Impresionante...

No variaron el ritmo en ningún momento. Y cuando alcanzaron la cima del placer, se quedaron unos segundos sin respiración, mirándose con estupor.

Después, Ian se tumbó a su lado mientras recuperaban el aliento. Habían hecho el amor con tanta intensidad que habían enmudecido.

La abrazó, los cubrió con el edredón y cerraron los ojos.

Pero ninguno se durmió. Sus corazones siguieron galopando, frenéticos, un buen rato más hasta que el sueño los venció.

Elena se despertó el sábado con ganas de bailar. Olivia estaba en el salón con *Bruno*, *Mariquita Pérez* y el peluche gigante. Ian había ido a la mansión del siglo XVIII que estaban restaurando de Agnelli porque el dichoso italiano lo había llamado por teléfono.

Activó la lista de reproducción de música del móvil, subió el volumen al máximo y comenzó a mecerse al ritmo de *Alejandro Sanz*, exagerando adrede para hacer reír a la niña.

–Lo que va en el viento es lo más seguro, no lo dudéis...
–cantó en alto.

Su sobrina sonrió y empezó a saltar sobre el sofá.

–Que se aferra al tiempo y se queda eterno en el corazón...

La cogió de las manos y bailaron juntas.

–Quedará la música, es nuestra verdad...

En el segundo estribillo de la canción, Olivia señaló la puerta con la mano.

Su ángel acababa de entrar y, en cuanto las vio, sonrió,

radiante.

Ella se giró y bailó hacia él con los brazos hacia el techo y agitando los pies y las caderas al son de *Alejandro*, uno de sus artistas favoritos.

Aquel escocés la contempló, entre sorprendido y maravillado, a medida que se acercaba. Elena se sintió poderosa. Lo rodeó despacio mientras un aleteo le contraía el estómago.

–*Quedará la música...*

De repente, él la tomó de la mano y de la cintura y bailó con ella, guiándola.

–¿Hay algo que no sepa hacer bien, señor Gayre? – anotó Elena, acalorada por la proximidad y por lo bien que Ian se movía.

Él soltó una carcajada y le besó la frente.

–Dímelo tú, patito –le susurró al oído–, ¿hay algo que no sepa hacer bien?

–¡Oh! –exclamó. Lo empujó entre risas.

Momentos como aquellos, los tres divirtiéndose juntos, quedarían guardados en su memoria para siempre. Y se aferró a ellos, pues la vida seguía adelante. Existían problemas e incertidumbres, pero, si estaban juntos y unidos, no importaban. Los afrontarían. Así de optimista se había levantado y nada ni nadie les estropearía el fin de semana.

Lucy la telefoneó a la hora de comer.

–*¿Tienes algún ratito para mí, querida? ¿Me invitáis a un café en vuestra casa?*

Sonrió.

–Por supuesto –convino ella–. ¿Te vienes luego?

–*Allí estaré en un ratito.*

A las cinco, su amiga se presentó en el ático. Carmen también estaba allí.

–Esta noche he quedado con unos amigos en un club. ¿Os apuntáis? –les preguntó Lucy–. Será divertido.

Elena miró a Ian, después a su madre y luego a su amiga. Los tres sonreían.

–No sé... –dudó ella–. Olivia...

–Olivia se viene esta noche a dormir conmigo, ¿verdad, cielo? –se adelantó Carmen, dirigiéndose a la niña, que asintió, encantada.

–Si te apetece, vamos –comentó su ángel.

Al fin, aceptó.

A las once de la noche salían del edificio en el *Jaguar* hacia el club *True*, un distinguido club escocés de clase social alta con aparcacoches. Un hombre de uniforme que había en la puerta reconoció a Ian de inmediato y les indicó que entraran por una cortina de terciopelo.

Era de una sola planta, pero muy espacioso y de techos altos. A la izquierda, existía una pista llena de gente bailando con copas en la mano y unos apartados con sofás y mesitas redondas para los que prefirieran tan solo escuchar la música y charlar. A la derecha, había unas escaleras que descendían a los baños. Y en el centro, se hallaba la barra, donde encontraron a Lucy.

Tacones milimétricos, cabellos sueltos y alborotados

con elegancia, minifaldas, blusas o vestidos de diseño poblaban el ambiente femenino del local. De hecho, Elena parecía ser la única mujer en pantalones, aunque eran ajustados y estrechos y resaltaban sus curvas de una manera que volvía loco a su ángel, así se lo había repetido varias veces desde que la había visto arreglada antes de salir de casa. Además, llevaba una camiseta de seda azul brillante, sin mangas y con escote en uve en la espalda. Se había alisado el pelo y se lo había recogido en una coleta alta y tirante. Se había puesto sus tacones negros de salón y una chaqueta de cuero estilo roquera.

Ian no se quedaba atrás... Se había arreglado con unos vaqueros oscuros ligeramente deshilachados en los talones, y que le hacían un trasero de escándalo, unas camisa de rayas muy finas y claras en un tono azul oscuro y remangada por debajo de los codos, sus zapatos de lazada y ante marrones, que tanto le gustaban a ella, y una chaqueta de piel con hebillas. Aquel hombre podía disfrazarse de payaso en una gala benéfica que seguiría siendo el más atractivo del lugar.

Y, para su desgracia, no fue la única que lo pensó. En cuanto se acercaron a su amiga, tres mujeres rodearon al famoso Ian Gayre. Los obligaron a separarse.

Elena se enojó y se cruzó de brazos.

–Si no quieres que pase eso, marca territorio, querida – le aconsejó Lucy–. Estás empeñada en que nadie os vea juntos y no entiendo la razón.

–Puede haber alguien del estudio y no me apetece que

la gente piense lo que dijo Amber –contestó ella. Entornó los ojos—. No quiero que... –Añadió, cabizbaja—: No quiero que lo estropeen.

Su amiga le sonrió con cariño.

–Nadie lo va a estropear, a no ser que vosotros dos lo permitáis, Elena.

–¿Sabes? –dijo. Observaba a su ángel con las mejillas arreboladas—. No puedo evitar cuestionarme qué es lo que ha visto en mí. Es tan bueno, tan paciente, tan cariñoso, tan inteligente, tan guapo, tan bromista, tan alegre... – Suspiró, entrecortada—. Lo veo con Olivia y me encanta... Me sonrío y, ¡te juro que me derribo! –Abrió las manos en alto. Ambas se rieron—. Me mira con esos ojos tan intensos y te prometo que pierdo el conocimiento... –Se mordió el labio para ahogar un repentino gemido—. ¡Y está siempre haciéndome cosquillas! –Soltó una carcajada.

–No sé a qué estás esperando, querida. –La empujó hacia él.

Elena se acercó despacio, con el corazón disparado sin retorno posible. Se coló entre dos de las tres mujeres, las cuales protestaron por la intromisión, y no se detuvo hasta estar pegada a Ian por completo. Él enarcó una ceja. Ella apoyó las manos en su pecho y las fue subiendo lentamente a medida que se alzaba de puntillas. Lo abrazó por el cuello y lo besó con tal suavidad que se estremecieron los dos.

La correspondió tras un segundo paralizado.

–Creía que no querías que nadie nos viera –le recordó su ángel con los ojos velados por el apetito que sentía siempre hacia esa mujer, la más imprevisible de todas, la mejor, sin lugar a dudas.

–He cambiado de opinión. –Observó sus labios entreabiertos, apreciando cómo se le erguía su propia piel porque necesitaba emborracharse de ellos–. No me gusta que toquen lo que es mío.

La mirada de Ian se incendió. Esos ojos verdes estallaron cual volcán en erupción.

–¿Soy tuyo, Elena?

Elena afirmó con la cabeza. Se inclinó.

–Dímelo –le exigió él, estrujándole las caderas con fuerza contra las suyas.

–Eres mío, Ian –respondió ella, decidida y segura como nunca lo había estado.

La besó con violencia, pero solo unos segundos, pues estaban en un club. Y esos dos segundos fueron suficientes para dejarla flotando en el cielo el resto de la noche.

Aquel beso y la constante mano de su ángel en la parte baja de su espalda, en su cintura, en su muslo o en su cadera, consiguieron ahuyentar a las pelanduscas que lo examinaban y babeaban sin pudor.

En un momento que se acercaron a la barra a pedir una copa, pues el grupo de amigos con los que estaban prefería bailar a sentarse en los sofás, alguien la empujó hacia atrás con brusquedad. Al instante, Amber

O'Paradise se interpuso entre los dos.

–¡Qué bueno verte aquí, Ian! –exclamó la decoradora, demasiado cerca.

Ian no sonrió.

–Hola, Amber –contestó, cortés, y le tendió la mano a Elena por encima del hombro de la serpiente.

Ella la aceptó y permitió que él la abrazara. La decoradora respiró, contenida.

–Espero que Stefano no te entretuviera mucho esta mañana –comentó Amber. Pestañeaba en señal de coqueto absoluto.

Él besó la sien de Elena y negó con la cabeza.

–Hay cosas peores, Amber.

–Stefano puede resultar bastante desagradable –declaró la señorita O'Paradise con una sonrisa de triunfo.

Una sutil amenaza en toda regla.

–Si no te importa –la cortó Ian–, estamos con unos amigos. Nos vemos en el estudio, Amber. –Se giró con Elena entre sus brazos.

Ninguno comentó nada, aunque la alegría se esfumó.

Un rato después, ella se encaminó hacia los servicios. Cuando terminó en el baño, se topó con el mismísimo Stefano Agnelli, vestido de un modo informal. La esperaba recostado en la pared con una pierna flexionada.

Elena levantó el mentón para no demostrar la repentina agitación que sufrió en su interior. ¿Qué hacía ese hombre ahí?

–Por fin te veo sola, *bella* Elena –expresó el italiano en

español. Sonreía.

–¿Qué quiere, señor Agnelli?

–Ya lo sabes. –Se acercó a ella–. Una respuesta.

–Lo lamento, pero no voy a cenar con usted, ni ahora ni nunca. –Se dio la vuelta.

–Tendrás que hacerlo, si no quieres que te robe a Ian.

Elena lo encaró.

–Si le pone un dedo encima –lo apuntó con el dedo–, si se le ocurre estropear el contrato que tiene con él, si lo absorbe por cualquier cosa relacionada con el proyecto, o si se le pasa por la mente tocarme –entrecerró los ojos–, sacaré a la luz su verdadera faceta, señor Agnelli, o, mejor dicho, señor Acosador.

La mirada de Agnelli se tornó tan gélida que pareció inhumana.

–No saldrá nada a la luz de mí porque no hay denuncias y tampoco pruebas que me incriminen de nada, ni siquiera existe un periodista en este mundo capaz de retarme –le contestó el italiano con gélida tranquilidad.

Un terrible escalofrío recorrió su cuerpo.

–Sí que lo hay –susurró ella, aterrada y procurando no demostrarlo–. Y si se le ocurre...

Stefano la agarró del brazo con crueldad.

–Si no cenas conmigo, Elena, acabaré con Ian. Te doy un mes, no más. –Se alejó bruscamente–. Ese mes empezó hoy. Verás de lo que soy capaz... Así aprenderéis los dos que a mí nadie me toca, ni me reta, mucho menos me provoca. –Y se fue.

Elena posó una mano a la altura de su corazón desbocado.

Cuando consiguió serenarse, buscó a Ian y le pidió regresar a casa, alegó que no estaba acostumbrada a beber alcohol y que la única copa que se había tomado la estaba afectando.

Su ángel, ignorante de la situación, obedeció de inmediato.

Regresaron al ático en perpetuo silencio.

–Elena, ¿seguro que...?

–Me duele la cabeza –lo interrumpió, sin mirarlo.

No la creyó, pero no insistió.

Ella esperó a que la respiración de Ian manifestase que estaba dormido. A continuación, cogió el móvil y desde el jardín escribió un mensaje a su hermano Álvaro:

Necesito hablar contigo. Es urgente.

A los cinco segundos, Álvaro la telefoneó.

–*Son las cinco de la madrugada...* –se quejó su hermano con voz somnolienta.

–Lo siento, Álvaro. No puede esperar a mañana.

–*¿Qué pasa?*

–*¿Te interesaría un trabajito?*

–*Depende del tipo de trabajito* –contestó Álvaro, despierto por completo.

–Stefano Agnelli.

Escuchó a su hermano emitir una risita de satisfacción.

–*Cuenta conmigo, Elenita.*

CAPÍTULO 17

Desde el incidente con Stefano Agnelli en el club *True*, transcurrió una semana larga, tediosa y monótona. No importaba a qué hora o en qué momento, Agnelli telefoneaba a Ian para mandarlo a la mansión por alguna tontería de la restauración. Debido a ello, Elena todavía no había coincidido con él excepto para dormir. Y tampoco se enteraba porque, cuando su ángel se metía en la cama, ella ya estaba soñando. Lo mismo ocurría cuando amanecía. Era más que evidente que el asqueroso italiano estaba cumpliendo su palabra. Se habían intercambiado mensajes cortos en el *whatsapp* y llamadas telefónicas breves y escasas, pero nada más.

Siete días de incertidumbres...

Elena se encontraba en una encrucijada. Álvaro le había comentado que no había hallado más información de Agnelli que lo que ya sabían. Y que, para conseguirla,

debía ir a Edimburgo e infiltrarse en la empresa de Stefano, pero, ¿qué sabía su hermano sobre nuevas tecnologías? Era periodista de investigación y no sería la primera vez que adoptase un nombre falso, una profesión falsa, un currículum falso. Manejaba el inglés a la perfección, como Miguel y como ella. Y la única manera de no hacer eso era encontrar a las secretarias acosadas.

Por ello, su hermano mediano le había pedido un poco más de tiempo. Álvaro aseguraba que esas cosas llevaban semanas, incluso meses, y que se estaba dando toda la prisa del mundo. Sin embargo, Elena estaba desquiciada. Si permanecía un día más sin ver a Ian, sin mirarlo, sin escuchar su voz... Se volvería loca, si no lo estaba ya.

Entonces, el domingo se le ocurrió algo. Llamó a su casero.

—*¿Elena?*

—*¿Do...? ¿Donald?* —Por un segundo creyó que era la voz de Ian.

—Sí, soy yo —contestó en inglés, como de costumbre—. *¿Qué tal estáis?*

—Bien, bien... Quería saber si me puedes decir la dirección de la mansión de Stefano Agnelli, la que está restaurando Ian.

—*¿Por qué?* —quiso saber el señor Gayre, seco y cortante.

Ella dio un respingo.

—Quiero ir a verlo.

Escuchó cómo su casero expulsaba aire.

–*No, Elena. Quédate en casa. No vayas allí* –le respondió, tajante.

–Donald, por favor... –le suplicó. Se retorció los dedos–. Solo quiero verlo...

El señor Gayre se rió con suavidad.

–*Es mejor que lo llames por teléfono.*

Elena suspiró, derrotada.

–Está bien. Gracias, Donald. Perdona por haberte molestado.

–*Tú nunca me molestas, Elena. Dale un beso a Oli y dile que la echo mucho de menos.*

–Está bien. –Sonrió–. Adiós, Donald. –Colgó.

Obedeció, pues no tenía otra opción más que resignarse. Habló con Lucy, pero hasta el lunes no podía obtener la dirección postal porque estaba en los archivos de *Gayre's Style*, por lo que decidió mantenerse despierta costase lo que costase hasta que su ángel apareciera.

Después de cuatro cafés, se rindió en el sofá. A las seis de la mañana, sus ojos se cerraron, agradecidos al fin por descansar. Y cuando los abrió, una hora más tarde, continuaba en el mismo sitio, sin noticias de Ian, ni rastro de que hubiera pasado por casa.

Se duchó y se vistió para ir a trabajar. Desayunó con su madre en el ático.

–No has dormido nada –comentó Carmen antes de terminarse la tostada.

–Lo echo tanto de menos... –Recogió los platos–. Me preocupa más dónde ha pasado la noche. Todavía no ha

venido. Y lo he llamado. No me lo ha cogido, pero me acaba de escribir un mensaje. –Se rascó la frente, pensativa–. Dice que nos veremos para comer.

–Eso es bueno, ¿no?

–No sé, mamá. –Suspiró y se encaminó hacia el recibidor a por el abrigo y el bolso–. Sigo pensando que si cenara con Stefano todo se solucionaría.

Le había relatado a su madre los últimos acontecimientos hacía un par de días.

–Álvaro tiene razón –opinó Carmen–. Espera un poco, cariño. –Le besó la mejilla y le abrió la puerta–. Ya te dijo tu hermano que no se pueden conseguir pruebas en dos días.

–Es que no hay tiempo, mamá. –Frunció el ceño, exasperada–. ¿Tú has visto a Ian esta semana? ¿Lo has visto? –inquirió–. ¿Cuánto tiempo va a estar así?, ¿hasta noviembre que acabe la obra?, ¿y después, qué?

–Tranquilízate, hija. –La abrazó por los hombros, pero ella estaba rígida y furiosa.

–Me voy a trabajar. –Se marchó.

Ese día, en lugar de subir directamente a su mesa, decidió presentarse en el despacho de Donald.

–¿Has visto a Ian? –le preguntó Elena. Había omitido los saludos.

El señor Gayre se incorporó de la silla y se aproximó. Estaba más serio de lo habitual.

–Se acaba de ir –asintió Donald, grave.

Ella dejó caer los brazos.

–Ayer hubo un problema con el proyecto –le informó el señor Gayre–. La madrugada del sábado, cuando Ian se fue a casa, alguien entró en la mansión y destruyó los avances de la restauración.

–¡¿Qué?! –Desorbitó los ojos.

Lucy la oyó y se reunió con ellos.

–El lunes pasado –le explicó Donald, gesticulando–, Ian decidió contratar más trabajadores a espaldas de Agnelli para acelerar el proyecto y que, en vez de terminarse en noviembre, finalicen las obras en un par de meses como máximo.

–Hay una gran diferencia, entonces –asintió su amiga.

–Sí. Y en una semana habían adelantado bastante.

–Ha sido Agnelli –masculló Elena, rabiosa.

–Eso creemos –convino el señor Gayre, que colocó las manos a la espalda–, porque esa mansión está repleta de cámaras de seguridad y vigilantes. Nadie podría Burlarla.

–Pero no se puede demostrar –negó ella en un suspiro de frustración–. Agnelli lo negaría.

–Ya lo ha negado –anunció Donald con la frente arrugada–. Ian y él discutieron ayer. La situación se ha complicado.

–¿Qué quieres decir? –se preocupó Elena. Lo sujetó del brazo, asustada.

–Pues que los supuestos gamberros no solo destrozaron las obras, sino también los materiales.

Lucy y ella ahogaron un grito y se taparon la boca al unísono.

–Eso significa tener que hacer un nuevo pedido – agregó el señor Gayre.

–Y más tiempo... –adivinó Elena. Se frotaba el rostro.

–Agnelli ha sobornado a los trabajadores extra que contrató Ian. –Chirrió los dientes–. En noviembre, el proyecto no estará acabado.

–¡A la mierda el proyecto! –profirió ella en español, colérica, moviendo los brazos sin parar. Cambió al inglés por respeto a Donald–. Yo le pagaré la indemnización a Agnelli. No me importa. Tengo...

–Elena. –El señor Gayre sonrió con tristeza–. Por eso no hay problema. Tenemos nosotros de sobra para indemnizarlo, pero Ian no quiere. Dice que él mismo será un restaurador más con tal de terminar el proyecto en noviembre.

–Quiero la dirección de la mansión y la quiero ahora – le ordenó Elena sin miramientos.

–Claro, el chófer te llevará –asintió Donald sin dudar. Cogió papel y bolígrafo para apuntarle la dirección.

Ella se marchó sin despedirse de ninguno de los dos y con el cuerpo temblando de ira.

La mansión del siglo XVIII, perteneciente a un antepasado de Stefano Agnelli, se ubicaba a cincuenta minutos en coche del centro de Edimburgo. ¡Cincuenta minutos! ¿Esa era la paliza que sufría su ángel a diario desde hacía nueve días?

Ni siquiera se fijó en la belleza del edificio, o en la preciosa naturaleza que lo cercaba. El *Range Rover* se

detuvo a pocos metros de la puerta principal. Elena se bajó y anduvo, decidida, hasta que escuchó su voz...

Iba dispuesta a regañarlo, a zarandearlo, a hacerle entrar en razón de cualquier modo, pero fue verlo y se le formó tal nudo en la garganta que le impidió cumplir tales insensateces.

Estaba de espaldas a ella charlando con uno de los obreros. Iba en vaqueros, *converse*, camisa, jersey y chaqueta.

—Ian... —Frenó sus pies y soltó el bolso sin importarle que se manchara con el plástico sucio que recubría el mármol italiano del suelo.

Él se giró y la miró. El agotamiento y el desvelo se reflejaban en su atractivo semblante.

—Ian... —repitió.

Y su respiración se aceleró cuando Ian Gayre le sonrió.

Corrió hacia su ángel salvador obviando el público presente. Él desplegó los brazos y esperó a que se arrojara a ellos. Y lo hizo. Se apretó con fuerza contra su cuerpo, aterrorizada por perderlo. Aquel orgulloso escocés la correspondió de igual modo.

—¿Qué haces aquí, Elena? —le preguntó. No se separaron un ápice.

Elena se puso de puntillas, escondió la cara en su cuello y aspiró el inconfundible aroma a regaliz rojo.

—Calla —le reclamó ella en un ronco susurro—. Solo abrázame...

Ian se echó a reír, la alzó en vilo y se encerraron en una

sala fría, pero vacía de personas, aunque no de herramientas. La sujetó por la nuca y la besó en la boca entreabierta con urgencia. Elena gimió al instante. Él le apresó el pelo en un puño, apremiándola a ladear la cabeza y a arquear el cuello. Se aplastaron el uno al otro con un frenesí angustioso.

Se besaban como si llevaran décadas sin verse. Se incendiaban sin rozar piel, pero sí ropa, pues las manos de ambos viajaban por el cuerpo del otro sin ningún recato, exigentes y convulsas a la par, miedosos ellos dos de que en cualquier momento los obligasen a alejarse de nuevo y quisieran aprovechar un mínimo instante juntos. Sus labios se deleitaban en el febril beso que estaban compartiendo, un beso que no era suficiente, un beso que prometía algo mucho más fuerte e indescriptible que el propio deseo.

—Te he echado de menos, patito... —Le acarició la nariz con la suya mientras la envolvía por la cintura. Los latidos de sus corazones se ralentizaron poco a poco.

—Cancélalo, por favor... —le suplicó con amargura—. Tu padre me lo ha contado todo.

—Ya está recogido el estropicio y...

Ella se apartó de golpe.

—Cancélalo, Ian. No me importa lo que intente. — Arrugó la frente.

—¿Has venido para eso? —inquirió él—. No hay discusión.

—Pues indemnízalo. ¡Dale el dinero! Dice tu padre que

podéis hacerlo y, si no, yo tengo...

–¡No! –vociferó Ian. Retrocedía como si Elena fuera una demente que contara con una enfermedad contagiosa.

–No lo entiendes, Ian. –Negó despacio–. Después de este proyecto, vendrá otro y luego, otro más. No se detendrá ante nada. Y te mantendrá bajo su chantaje hasta cuando quiera, tal como llevas desde hace dos domingos. –Lo apuntó con el dedo índice–. Hallará la manera de acabar contigo, de separarnos... –Las lágrimas acudieron a sus ojos con un inminente propósito.

–Eso nunca. –Cerró los puños a los costados–. Dame tiempo, por favor.

–No hay tiempo. –Respiró hondo profundamente–. No lo hay.

–¿No confías en mí? –pronunció él, con un deje de incredulidad en su voz.

–Claro que lo hago. –Se acercó y lo tomó de las manos–. Te confiaría mi vida, la de mi madre y la de Olivia. –Sonrió–. Te confiaría el mundo entero, señor Gayre. –Se ruborizó, contemplándolo, embelesada–. Pero no hay tiempo porque Stefano lo consume a su antojo. Nos consume a ti y a mí, ¿no te das cuenta? Por favor, Ian...

–Elena. –Le acarició las mejillas–. Solo es hasta noviembre. Y hasta entonces, encontraremos la manera de frenarlo.

–Seguirá machacándote hasta exprimirte –se dirigió a la puerta de la sala–, o, si no, ya me lo dirás, Ian. –Y se fue.

Se marchó, dolida e irritada.

Si en una semana Stefano Agnelli había conseguido robarle a su ángel horas de sueño y de vida, destrozar el proyecto, romper los materiales, sobornar a los trabajadores e inquietar a Elena, ¿qué demonios iba a hacer hasta noviembre?!

Cuando llegó al estudio, buscó a Amber en la cafetería y le pidió el teléfono privado de Stefano. La asquerosa decoradora se lo dio de inmediato y con una expresión en su rostro de tal triunfo que ella dudó en si estaba haciendo lo correcto.

Pero, sí. Dependía de Elena que Agnelli desapareciera de la vida de Ian.

Lo haría.

Y lo llamó.

–*Agnelli* –contestó él, frío.

Ella inhaló aire con fuerza y lo expulsó lentamente.

–Acepto –dijo Elena sin más, en español.

Silencio.

–Con una condición –añadió.

–¿*Cuál?*

–Dejará tranquilo a Ian a partir de ahora mismo, eso incluye los sobornos a los obreros. Y después de nuestra cena, no volverá siquiera a mirarnos a ninguno de los dos ni nada relacionado con Ian o conmigo –sentenció rotunda en la voz–. Yo decidiré cuándo será la cena.

–*De eso nada, bella Elena.* –Chasqueó la lengua–. *La cena será cuándo, cómo y dónde yo diga. Te mandaré un*

mensaje.

–Lo quiero por escrito.

–*Lo tendrás.* –Y colgó.

Horas más tarde, entraba en el ático con una congoja apesándole el corazón. Su madre le contó que Ian había llegado a casa a media mañana y se había quedado dormido en la habitación.

Al día siguiente, la normalidad retornó a sus vidas.

El asqueroso italiano parecía mantener su promesa de no interrumpir, o perjudicar, el trabajo y el proyecto de Ian Gayre. Sin embargo, la desazón se había adueñado de ella en el momento en que había aceptado la cena con Stefano y a escondidas de su ángel.

Carmen le había aconsejado en una ocasión que siempre mantuviera la sinceridad desde el principio, pero Elena no podía contárselo bajo ninguna circunstancia, independientemente de las posibles consecuencias. Y rezaba para que él no lo descubriera, mucho menos que, en el caso de que sí se enterase, no la odiase...

El problema surgió una semana después, una semana sin noticias de Agnelli, una semana sin llamadas de Álvaro, una semana en la que apenas había rozado a Ian, una semana cargada de silencio, de nervios y de seriedad.

–¿Me vas a decir qué demonios te pasa? –quiso saber Ian.

Ella estaba sentada en la cama, dibujaba.

Era lunes por la noche. Olivia ya estaba dormida.

–Nada –respondió Elena sin mirarlo.

Él le arrebató los bocetos de la mano.

—¿Qué pasa, Elena? Háblame, por favor.

—Nada. —Arrugó la frente, recuperó los papeles y se encaminó hacia el salón—. Tengo que terminar estos diseños hoy porque voy retrasada.

—Lo estás haciendo otra vez. —La observó, furioso, cruzado de brazos.

—No hago nada, Ian, nada. —Se acomodó en el sofá.

Sabía a lo que se refería con esas palabras. Y no era cierto. No estaba huyendo.

—Estuve ocho días sin veros a Oli y a ti, ¡ocho días, joder! Y ahora que por fin teníamos una semana relajada sin el idiota de Agnelli merodeando, ¡has estado distante, seria y sin hablar! —exclamó Ian, revolviéndose el pelo—. Me estás ocultando algo, Elena. Dime qué es.

Ella sintió un pinchazo en las entrañas. Quiso decirle la verdad, quiso contarle que había hecho un trato con Stefano, quiso abrazarlo, quiso besarlo... Pero se contuvo. No podía tocarlo si lo estaba engañando, aunque fuera por una buena causa. Y tampoco podía mirarlo porque se delataría. Habían transcurrido siete días apartados.

—No entiendo por qué me pides explicaciones —le dijo Elena con fingida serenidad—. Yo a ti, como bien dices, no te vi tampoco en ocho días y no te pedí cuentas.

—Sí que lo hiciste —contestó él—. Y luego te marchaste enfadada. Te pedí tiempo para el proyecto y te enfadaste. Eso es lo que hace una pareja, pedirse explicaciones, discutir y hacer las paces, que es lo que estoy intentando

yo ahora.

—¿Me puedes responder a algo? —Entrecerró los ojos y soltó las herramientas de dibujo—. ¿Somos una pareja, Ian? Porque yo lo único que veo es que pretendemos ser una familia y no lo somos. ¡No sé qué somos!

—¡Vaya! Hasta hace un par de semanas, no querías que nadie supiera lo nuestro y resulta que ahora no te acercas a mí porque no sabes lo que tenemos.

Ella se incorporó y posó las manos en la cintura.

La conversación había virado de rumbo.

—¿Acaso lo sabes tú? —inquirió Elena—. ¿Qué tenemos, Ian? —Lo señaló a él y luego a sí misma—. Te lo diré yo. Vivimos bajo el mismo techo, pero mis cosas todavía siguen en el cuarto de Olivia. ¿Te has parado a pensar en que a lo mejor yo estoy esperando a que me invites a compartir tu armario? Si de verdad fuéramos una pareja, actuaríamos como una pareja, Ian.

—¿Ese es el problema?, ¿qué no se me ha ocurrido ofrecerte mis cajones? —Respiró hondo, pero no se calmó, había perdido su admirable paciencia—. ¿Y a ti no se te ha ocurrido pensar que si no te he ofrecido mis cajones todavía es porque tengo la sensación de que vas a salir huyendo, de que así te presiono? ¡Porque nunca sé cómo vas a actuar, joder! Desde que te conocí —suspiró—, no he hecho otra cosa que esperarte, Elena, esperar a que te acercaras a mí, ¿y sabes por qué? Porque las pocas veces que yo he entrado en tu espacio, has corrido en dirección contraria.

–Esto es increíble... –farfulló. Se dirigió a la cocina—. Te prometí no huir más. Y no lo he hecho más, pero sigues sin confiar en mí. –Se sirvió un vaso de agua fría y se lo bebió de un trago.

–Elena –pronunció, autoritario.

Ella lo miró.

–¿Sabes cuál es el verdadero problema? –le preguntó Ian, de repente con una tristeza atroz en el verdor de sus ojos—. Eres tú quien no confía en ti misma.

–¡Menuda tontería! –bufó.

–¿Ah, sí? –Arqueó las cejas y se cruzó de brazos—. Tal vez no hayamos nombrado lo nuestro. Perdona si no me he dado cuenta de que necesitabas un nombre –ironizó sin ocultar el enojo—, pero no te atrevas a decirme que si no te he dejado mis cajones es porque yo no creo en nosotros, cuando tú sigues llevando el anillo de Tomás.

Silencio.

–¿Sabes cómo nombro yo a lo nuestro? –añadió él en voz baja—. *Elena*. Así lo nombro: *Elena*. No necesito clichés, no necesito nada más que a ti. –Apretó la mandíbula—. Y si no te he ofrecido los cajones, repito, es porque me aterra el hecho de perderte, me aterra muchas cosas... ¿No te das cuenta? –Acortó la distancia y levantó la mano derecha de la Elena—. Todavía no eres mía y, sinceramente, no sé si algún día lo serás. –Le acarició la alianza y desapareció de su vista.

Ella no respiraba.

Observó el anillo largo rato.

Llegó el fin de semana y la situación continuaba exactamente igual. Ian y Elena no se dedicaban una mirada, un saludo... Ambos estaban tristes, ambos estaban angustiados, ambos no paraban de pensar en lo sucedido, en las palabras cargadas de gran significado que se habían intercambiado. Ella sabía que él no le estaba concediendo tiempo, sino que se estaba concediendo tiempo a sí mismo.

Esa vez había sido distinta. Esa vez no bastaría una simple disculpa. Esa vez debía sincerarse, porque su mente, su corazón y su alma gritaban un nombre: Ian Gayre.

Pero Elena no podía acercarse a Ian hasta que no cenara con Agnelli. Solo entonces, y tras cerciorarse de que el italiano cumpliría su promesa, hablaría con su ángel y le confesaría lo que ya reconocía: que lo amaba...

Lo amaba con locura. Lo amaba como nunca antes había amado a nadie. Lo amaba de tal forma que se desbordaba solo con pensar en él. Lo amaba desde el día en que lo conoció en el quiosco de helados. Y ahora lo sabía. No se imaginaba un solo día del resto de su vida sin Ian Gayre, su divertido escocés con aroma a regaliz rojo.

Y el anillo se lo quitaría, pero con Ian presente. Deseaba que él fuera quien se lo retirara del dedo. Lo necesitaba, como necesitaba a su ángel para respirar.

El domingo comieron en casa de los señores Gayre.

Sofía le pidió tomarse un café a solas las dos en otra

salita de la casa.

–Stefano y Amber os están distanciando –afirmó la señora Gayre en un tono crispado.

Ella agachó la cabeza como respuesta.

–Elena, no lo permitas. –La tomó de la mano y se la apretó–. No permitas que dos indeseables destrocen algo que ha costado tanto tejer.

Elena ya no lo soportó más y estalló en lágrimas.

Sofía la abrazó con ternura por los hombros.

–Sería tan sencillo despedir a Amber y romper el contrato con Stefano... –murmuró ella, limpiándose las mejillas.

–Lo sería, sí –ratificó la señora Gayre–, pero Ian lo conoce y sabe que ese idiota no se quedará de brazos cruzados. Hemos intentado hacerle entrar en razón, pero mi hijo no escucha. Dice que cuando acabe el proyecto pondrá fin a todo.

–Hay que pararlo –se puso en pie, decidida– y sé la manera.

Sofía la observó detenidamente.

–Estás pensando en aceptar la cena –musitó la señora Gayre.

–Ya lo he hecho. Hace una semana. Estoy esperando a que se ponga en contacto conmigo. Ian no debe enterarse. Si Ian... –Se retorció las manos.

–Ian se enterará. –Frunció el ceño–. Pero... –Chasqueó la lengua y sonrió–. Estoy de acuerdo contigo, Elena. Yo también cenaría con el enemigo si osara perturbar a mi

Donald.

–Estoy asustada... –reconoció Elena en un hilo de voz.

–¿Temes que Stefano te haga daño? –se preocupó Sofía. Se colocó frente a ella.

–Me da pánico que Ian esté en lo cierto, que una cena no baste, que yo meta la pata y que embrolle aún más la situación. Tengo miedo de no ser capaz de proteger a Ian, Sofía... –añadió en un suspiro discontinuo.

–Lo amas –aseveró la señora Gayre con los ojos acuosos por la emoción de tal afirmación.

Elena asintió, pues las palabras se le atascaron en la garganta.

–Qué curioso es el destino –comentó Sofía con aire soñador.

–¿Por qué lo dices? –preguntó, extrañada.

–Es curioso que te hayas enamorado de Ian.

–No te entiendo, Sofía. –Arrugó la frente.

La señora Gayre la miró, igual sin comprender.

–¿No lo sabes todavía? A estas alturas supuse que ya te lo habría dicho, pero es evidente que he supuesto mal. – Sonrió, enigmática.

–Saber, ¿qué? –Comenzó a impacientarse.

–Tengo entendido que tu marido se llamaba Tomás. Y el nombre completo de Ian es Ian Thomas Gayre, en honor a su abuelo, el padre de Donald.

Aquello le cortó el aliento.

Dios mío...

Se cubrió la boca con dedos temblorosos.

–¿Por qué no me lo ha dicho? –susurró ella, atónita.

–Bueno –Sofía se encogió de hombros–, al fin y al cabo es solo un nombre, ¿no?

No, no era solo un nombre... Y, sí, el destino era muy, pero que muy, curioso...

Esa noche, cuando la niña se durmió, Elena buscó a Ian, que estaba en el despacho de la habitación modificando unos planos. Se sentó en el borde de la cama.

–¿Cuándo pensabas decirme que *Thomas* es tu segundo nombre? –le dijo ella en voz baja.

Él la contempló una eternidad con una expresión indescifrable.

–Nunca –respondió Ian al fin. Se levantó y se aproximó–. Y mi madre no tenía por qué habértelo dicho. Les pedí que no lo hicieran –gruñó. Apretaba los puños a los costados.

–¿Por qué? –Alzó el rostro hacia Ian.

–Porque ese nombre te recordaría a tu marido y quería que cuando me miraras lo hicieras pensando en mí, que nada te recordara tu vida pasada.

–Ian... –Un sollozo trémulo escapó de sus labios.

Entonces, aquel escocés aterrizó en sus pies.

–Te amo, Elena... –Apoyó la cabeza en sus piernas temblorosas–. Siento decírtelo, porque corro el riesgo de que huyas de mí, pero ya no puedo más... Te amo. –La miró con lágrimas en sus intensos y preciosos ojos verdes–. Te amo, patito...

Elena se arrojó a sus brazos y lo derribó a la alfombra

por la sorpresa. Él la acogió en su regazo, estrujándola con fuerza. La acunó contra su pecho. Ella se sintió protegida y segura. Y, lo más importante... Amada.

–Quítamelo, por favor... –le suplicó Elena al separarse un poco–. No lo quiero, solo te quiero a ti, Ian, solo a ti...

–Le ofreció la mano derecha–. Por favor... No voy a huir más, Ian, por favor...

–¿Estás segura?

–Nunca he estado más segura en mi vida –pronunció ella, ronca–. Necesito que lo hagas tú. Mi ángel salvador... Mi Ian...

Su ángel se sentó con ella sobre sus piernas. Sin dejar de observarla con infinito amor, le retiró el anillo despacio del dedo anular. Elena se miró la marca más clara que el tono de su tez y sonrió. No sentía que algo le faltaba, todo lo contrario, acababa de desvanecerse la pesada carga que portaba sobre su pecho desde hacía años. Liberación, alivio, gratitud y amor, pero no un amor renovado, sino el único amor.

–Te compraré uno –anunció él, fiero en su expresión, áspero en su voz–. Te compraré el más hermoso que existe para...

Ella posó una mano sobre sus labios, silenciándolo.

–No quiero un anillo. –Negó con la cabeza–. No lo necesito. Te quiero a ti, Ian, solo a ti. Y te necesito a ti... – Le acarició los ruborizados pómulos.

Permanecieron mirándose una eternidad con los ojos de los dos deslumbrando la estancia de tanto como brillaban.

Elena se inclinó y depositó un beso casto y prolongado en su boca.

Aquel delicado roce los prendió al instante, los asfixió.

–Yo tampoco preciso clichés –le aseguró ella–, ni nombres, porque no me importa cómo te llames. Yo solo necesito un lugar donde estar a salvo y ese lugar eres tú, Ian. –Apoyó una mano en el corazón de Ian.

Él contuvo el aliento.

–Perdóname por haberme distanciado... –declaró Elena, cabizbaja–. Perdóname por haber mantenido el anillo... Tenía miedo. Y lo seguiré teniendo –confesó–. Amber dijo... Dijo que yo era tu nueva adquisición... Dijo que no tardarías en cansarte de Olivia y de mí y que luego vendría otra.

Ian la sujetó por la nuca y le elevó el rostro.

–Jamás has sido una nueva adquisición –señaló él, rudo. Chirrió los dientes–. Y nunca me cansaré de ti, o de Olivia. Porque os adoro, Elena. –Relajó la expresión–. Te amo... –La besó–. Te amo... –La besó otra vez–. Te amo... –La besó de nuevo.

–Ian... –gimió. Cerró los párpados.

–Te amo, Elena. –La rodeó por la cintura y la tumbó sobre la alfombra.

Se reunió con ella al instante, acoplándose entre sus piernas y sosteniéndose sobre los codos para no aplastarla, pero Elena quería ser aplastada, anhelaba sentir su peso y resguardarse en su tibieza, por lo que lo atrajo hacia su cuerpo, le hundió los talones en el trasero y las

uñas en la espalda.

Ella no había pronunciado las palabras mágicas, porque no podía articular. Oírse las a Ian... Que aquel hombre la amara... ¿Le estaba pasando de verdad? ¿Era un sueño? ¿Se despertaría algún día?

Las manos de Elena recorrieron su torso en dirección descendente hacia el borde de la camiseta de su magnífico ángel, que retiró despacio. No perdió un solo segundo en acariciar esa cálida piel que la había cautivado para el resto de sus días.

Él la observó con los ojos entornados y los labios separados, hinchados y enrojecidos por los besos, unos labios húmedos que se apoderaron de los suyos de inmediato y sin resuello, unos labios posesivos que capturaron los suyos con ímpetu.

Y se derritió... Gimió, agonizante. No dejaba de tocarlo.

Ian la desnudó, se quitó la ropa que le quedaba y la penetró lentamente. Se adueñó no solo de su cuerpo, sino también de su alma, como siempre...

Afligidos e intensos, se entregaron el uno al otro, derribando la última barrera que les restaba, porque, ahora sí que sí, se demostraron el verdadero amor que se profesaban y que había nacido en un sencillo quiosco de helados.

Aquel hombre jadeó y escondió el rostro en el hueco de su cuello. Elena lo acunó y se arqueó. El ritmo no varió, las embestidas fueron largas, agudas, intensas... Pero sí

variaron las emociones... Se incrementaron hasta traspasar límites inalcanzables. Y sus más profundos sentimientos los desbordaron al alcanzar el éxtasis.

Ella gritó su nombre.

Él gritó su nombre.

Se quedaron dormidos en esa posición. Acabaron agotados y sin intención alguna de alejarse, aún se necesitaban y durante una bendita inmortalidad continuaron expresándose del único modo que sabían: a través de su incuestionable pasión...

Al día siguiente, Elena se dirigió a la habitación de Olivia para escoger un vestido para trabajar y se topó con que no estaban sus cosas por ninguna parte. Le preguntó a la niña, pero su sobrina tampoco sabía nada.

En ese momento, agachada como estaba en el suelo del pasillo frente a Olivia, una mano le tapó los ojos, obstaculizó su visión, y otra la ayudó a incorporarse, la giró y la guió despacio por la casa.

—¿Preparada? —le susurró Ian al oído, irguiéndole la piel.

—Ian, ¿qué...?

Pero no terminó la frase. Su ángel quitó la mano. Y ella sollozó...

Estaban frente al armario abierto de par en par de Ian Gayre.

Toda su ropa estaba colgada junto a la de suya, y no separada, sino entremezclada, sus camisetas, su ropa

interior y sus pijamas en los cajones, sus vestidos en las perchas, sus zapatos, sus zapatillas y demás, en su apartado correspondiente junto con las pertenencias de él.

–Gracias, Ian... –articuló en voz apenas audible.

Se arrodilló en el suelo. Su ángel la abrazó por detrás.

–Si alguna vez te agobias, hazme una señal –le pidió Ian antes de besarle la mejilla con dulzura–, escóndeme una corbata, por ejemplo.

Elena estalló en carcajadas.

–¿Sabes una cosa, señor Gayre? –Se volteó y le enroscó los brazos en el cuello. Él sonreía–. A lo mejor me confundo de pijama. –Realizó un mohín seductor con los labios–. A lo mejor ahora que compartimos todo, decido utilizar tu ropa.

Los ojos de Ian refulgieron de travesura un segundo antes de hacerle cosquillas.

–¡No! –chilló ella. Huyó de su agarre, con su ángel persiguiéndola sin descanso.

Ese día llegaron al estudio cogidos de la mano. La recepcionista que hacía las veces de secretaria de él, parpadeó, impactada, por la imagen que ofrecían, pero no comentó nada.

A las once, Elena decidió ir a por un café con Lucy.

–¿Y esa sonrisita de bobalicona? –quiso saber su amiga. La codeó en el costado.

–Nada. –Se rió sin poder evitarlo.

Estaba literalmente flotando...

–Me ama... –declaró ella al fin, con las mejillas

arreboladas, tímida.

–¡Te lo ha dicho! –exclamó Lucy. La abrazó—. ¡Cuánto me alegro!

Le relató lo sucedido la noche anterior. Su amiga se emocionó y se encargó de demostrárselo besándola en la mejilla infinitas veces de forma sonora, como una hermana mayor dichosa y feliz por su hermana pequeña.

Se terminaron los cafés y prometieron comer juntas.

Cuando Elena alcanzó el despacho, descubrió a Ian y a Amber de pie hablando, aunque más bien parecían discutir. No supo si debía entrar, pero justo él le hizo un gesto para que lo hiciera.

–No me puedes despedir porque esa española te haya mentado –escupió la serpiente, apuntándola a ella con desprecio.

Ian rodeó a Elena por los hombros.

–*Elena*, Amber, y no ha mentado, cosa que no puede decirse de ti –contestó él. Tenía las cejas arqueadas.

La decoradora se ruborizó.

–¡Yo no he mentado! –chilló, colérica.

–Sí, lo has hecho –rebatía Ian, sereno, sin perturbarse por tal reacción–. He pedido referencias de ti. En la escuela, aseguran que un anónimo te pagó el título. No fuiste a clases, ni te examinaste. Lo siento, Amber, pero aquí quiero profesionales. Y tú –sonrió con frialdad– no lo eres. Recoge tus cosas. –Se separó y se dirigió a su silla de piel–. Además, no tardará tu sustituto –añadió sin mirarla siquiera.

Amber salió escopetada de allí y se cruzó con un desconocido en el ascensor. Tanto la serpiente como el hombre se dedicaron una mirada letal. ¿Se conocían?

El desconocido golpeó la puerta abierta del despacho. Pues sí. Resultó que ese extraño, un hombre de unos cuarenta años, canas en las sienes, ojos azules y expresión recta, pero modesta, era el anterior jefe del departamento de «Decoración de Interiores». Y no la sorprendió.

—Señor MacBradies. —Ian le estrechó la mano—. Pase, por favor.

—Buenos días, señor Gayre —correspondió. Se estiró la chaqueta del traje.

Ella ocultó una risita, pues el señor MacBradies estaba nervioso.

—Le presento a mi ayudante, Elena Robledo —anunció su ángel con una sonrisa divertida—. Posee un extraordinario don con las manos.

Elena se sonrojó hasta el extremo por el significado oculto de sus palabras.

El decorador se acercó y se saludaron de igual manera. A continuación, ella regresó a sus quehaceres mientras los dos hombres se acomodaban en el sofá.

—Me gustaría pedirle perdón, Patrick —comenzó Ian—. Fue un error despedirlo. Usted tenía razón. Amber era una trepadora y, aunque me he dado cuenta tarde, ¿le interesaría volver a su antiguo puesto? Le ofrezco el doble de sueldo que antes.

Tanto Elena como el señor MacBradies se paralizaron.

–Señor Gayre, yo... –Se incorporó y se ajustó el nudo de la corbata–. Acepto el empleo, pero con el anterior sueldo. Solo deseo que se me respete.

–Por supuesto –convino su jefe, que también se puso en pie–. ¿Empieza mañana?

El decorador asintió y se despidió de ellos.

–Eres muy bueno, Ian. –Ella se aproximó y lo abrazó por el cuello.

–Es lo menos que podía hacer. Además –la sujetó por la cintura–, lo he llamado también por otra razón, pero ya lo averiguarás a su debido tiempo. –Sonrió, misterioso, y le besó la nariz.

Continuaron trabajando hasta las cuatro, hora en la que se marcharon al ático para que el profesor impartiera clases a Olivia.

–Este fin de semana te tengo una sorpresa –la avisó su ángel mientras preparaban la cena–. A solas –aclaró, acalorando a Elena–. ¿Podría ser?

–Ha... Hablaré con..., con mi madre –contestó, tartamuda por el ardor sofocante que la estaba invadiendo a pasos agigantados.

Él se echó a reír y le pellizcó el trasero.

Cenaron viendo *El rey león*, como hacía tiempo no disfrutaban los tres simplemente de su compañía. Tía y sobrina se quedaron dormidas en el sofá. Ian las transportó a sus respectivas camas con el corazón henchido de ternura. Las amaba con locura, a las dos. Y las protegería con su vida eternamente.

Ahora que Amber se había ido, pensó él, restaban dos problemas más: Stefano Agnelli y Fernando Robledo. Pero poco a poco, se animó mientras abrazaba a esa preciosa mujer y enterraba la nariz en sus cabellos con aroma a flores silvestres.

–Ha estado otra vez aquí preguntando por ti –se quejó Miguel a través del teléfono.

–¿Qué quiere? –masculló Elena.

Estaba sentada en la cama con el perro a sus pies.

Ian y Olivia estudiaban inglés en el jardín.

–Según él, saber cómo te van las cosas.

–¿Y según tú? –Un mal presentimiento se adueñó de su respiración, incrementó sus pulsaciones de un modo desagradable.

Su hermano inhaló aire y lo expulsó con fuerza.

–Me cuesta creerlo, pero... –Chasqueó la lengua–. *Creo que quiere tu dinero, Elena.*

–¿Mi...? ¿Has dicho mi dinero? –articuló.

–Me refiero al de Ian, no al tuyo.

–No te entiendo, Miguel. –Se frotó el rostro con pesadez.

–Me ha estado haciendo preguntas sobre Ian.

–¿Y tú qué le has dicho?

–Que si quiere saber algo sobre ti, te llame y te pregunte directamente.

–No quiero hablar con él. –Se negó, desconfiada–. Si es cierto lo del dinero, menos aún. Mi dinero es de mamá, no

de papá. Y sé que no debería participar en su disputa, pero mamá me ha apoyado cuando estaba perdida, me ha abrazado, ha llorado conmigo, ha soportado mis ataques de ansiedad... Él, no. Él me echó de su lado. Mi sitio está con mamá. Y ahora que es ella quien me necesita a mí, no la voy a fallar.

–Estoy de acuerdo contigo, Ele –convino con suavidad–. Álvaro es de la misma opinión. Por cierto, ¿tienes noticias de Agnelli?

Silencio.

–Elena.

Silencio.

–¡Elena! No se te habrá ocurrido hacer ninguna locura... –inquirió Miguel.

–Yo no he hecho nada... Todavía.

–¿Qué significa eso?

–No sé nada de Álvaro. –Se sulfuró. Caminaba por el dormitorio sin rumbo fijo.

–Elena, por favor, dime que no has aceptado la cena con el italiano.

Justo en ese momento le pitó el móvil por otra llamada entrante.

¡Era Agnelli!

–Miguel, tengo que dejarte. –Y le colgó–. ¿Sí? –dijo, altiva.

–Bella Elena.

–No le he dado permiso para telefonarme.

Stefano se rió, frío y distante.

–*Cenamos este sábado* –le comunicó el italiano.

–No puedo el sábado. –Recordó, entonces, la sorpresa de Ian–. Tendrá que ser entresemana. Y todavía no me ha enviado el documento redactado y firmado de que cumplirá su palabra.

–*Cenarás el sábado, si sabes lo que le conviene a Ian* –gruñó–. *Te enviaré un mensaje con los datos.* –Cortó la llamada.

¡Dios mío! ¿Qué iba a hacer ahora?

Necesitaba hablar con Sofía.

Al día siguiente, le pidió a Lucy el número de móvil de la señora Gayre. Su amiga no la cuestionó, pero le extrañó que no hubiera recurrido a Ian para tal menester.

A la hora del café, llamó a Sofía. Quedaron en verse por la tarde en una terraza de la zona moderna de la ciudad. Y eso hicieron.

–Necesito ayuda, Sofía –confesó ella, grave–. Cenaré con Stefano este sábado, pero tengo un problema.

–Ian –adivinó la señora Gayre sin asomo de dudas.

–Sí. –Asintió–. Ian quiere darme una sorpresa ese día y me pidió que hablara con mi madre para que cuidase de Olivia.

–Pues... –Pensativa, se golpeó el mentón–. Necesitamos una excusa. Puedo cubrirte, pero Donald tendrá que saberlo, por lo que pueda pasar. No me fío de Stefano.

–Donald va a prohibirme hacer tal cosa –afirmó, tajante, con el ceño fruncido.

–Yo hablaré con él. Donald y yo te pondremos

vigilancia. –La cogió de la mano y se la apretó para infundarle ánimos, aunque no le sirvió de nada por lo nerviosa que se sentía.

Elena al fin accedió a su petición.

El señor Gayre se reunió con ellas media hora más tarde. No le gustó nada el plan, pero nada... Sin embargo, entendió su preocupación hacia Ian.

–Irás en uno de nuestros coches –le ordenó Donald–. Diga lo que diga Agnelli, irás por tu cuenta a la cita y volverás por tu cuenta. El chófer que te acompañará llevará un localizador de GPS por precaución, no te preocupes.

En ese instante, se le detuvo el corazón y palideció.

–Tranquila, Elena –le aseguró Sofía. Sonreía, a pesar de que la alegría no alcanzaba su clara mirada–. Solo es por protección, no significa que te vaya a suceder nada malo. Ian cenará el sábado en casa con nosotros, a solas. Me inventaré cualquier excusa.

Y así, ella atacada sin remedio y fingiendo una serenidad que no poseía, llegó el fatídico sábado. Lo peor de todo era el aleteo furioso de su estómago. Un constante pinchazo en su pecho la obligó a rezar una plegaria para que la cena con Stefano se desarrollara sin incidentes ni consecuencias.

A las siete, la señora Gayre telefoneó a su hijo como estaba previsto.

–Tengo que irme, patito. –Se calzó las *converse*–. Ha habido un problema en casa de mis padres y mi madre

está histérica.

Ay, Dios..., pensó Elena, sintiéndose cada vez peor, con unas horribles ganas de vomitar.

—La sorpresa se retrasa —añadió Ian antes de besarla en la frente—. Intentaré volver pronto. —Sonrió. Sin embargo, se percató de su estado—. ¿Estás bien?

—Sí, sí... —mintió. Lo empujó hacia la puerta.

—¿Seguro? Tienes mala cara. Me puedo quedar, le digo a mi madre que...

—¡No! —exclamó con excesivo ímpetu.

Él se detuvo y arrugó el ceño.

—¿Seguro que está todo bien? —insistió Ian.

—¡Claro! —Se puso de puntillas, lo besó en los labios y cerró, prácticamente lo echó de su propia casa.

Suspiró, entrecortada. Respiró hondo repetidas veces para serenarse un poco antes de empezar a arreglarse. En media hora, uno de los coches de los señores Gayre la recogería en la puerta del palacete. Habían quedado en un restaurante que ella desconocía, pero que, según Donald y Sofía, estaba siempre atestado de gente, lo que sería bueno porque así no se sentiría sola si ocurriese algo malo.

Sin embargo, cuando entró en el restaurante y le indicó al camarero que tenía una mesa reservada a nombre del italiano, en lugar de conducirla a una mesa como al resto de los comensales, la llevaron a la puerta trasera del edificio.

Ahí sí se asustó.

Era un callejón lóbrego y solitario.

—¿Nos vamos, *bella* Elena? —Agnelli apareció a su lado.

—Creía que...

—Ya sé lo que creías. —Sonrió con satisfacción—. Una mujer tan hermosa como tú no puede estar a la vista de los demás. Disfrutaré a solas contigo de una maravillosa cena. —Le ofreció el brazo.

Elena retrocedió.

—¿Adónde vamos? —le exigió ella. Temblaba, muerta de miedo.

—Tranquila. —Señaló con la mano un coche con las lunas tintadas al fondo del callejón—. Vamos a mi casa a cenar, pero, claro —alzó las cejas—, aún estás a tiempo de decidir si cenas conmigo o no. Tic-tac, *bella* Elena, tic-tac...

Ella levantó la barbilla y asintió.

El coche de Stefano los condujo a una casa extraña. Sí, extraña, porque poseía el mismo frío y lujurioso atractivo del italiano: ostentosa, de techos altos, columnas de mármol y colores grises y negros por todas partes. Oscuridad... Y peligro.

Un sirviente los guió hacia un comedor. La mesa era enorme, ovalada y tenía, por lo que pudo contar rápidamente, doce sillas altas a cada lado más las dos que presidían en los extremos. Estaba preparada para dos comensales.

Una doncella esperaba regia en una esquina a que se sentaran.

–El documento –le ordenó Elena.

El italiano hizo un gesto con la cabeza a uno de sus sirvientes apostado en la puerta. El hombre uniformado desapareció y surgió de nuevo con una carpeta que le tendió a ella.

Elena leyó con atención y comprobó que todo fuera correcto, incluida la firma de Stefano.

–Bueno, cuéntame algo que no sepa de ti –le pidió Stefano cuando les sirvieron el vino.

–No me gustan las serpientes –siseó ella antes de probar la bebida.

El italiano soltó una carcajada.

–¿Lo dices por mí? –se inclinó sobre Elena–, ¿acaso soy una serpiente a tus ojos, *bella* Elena? Porque, para mí, tú eres la criatura más hermosa del planeta. –Ladeó la cabeza–. Ian sí sabe elegir, tengo que reconocerle el mérito. Y por lo que veo, ya no hay anillo en tu mano. Vais en serio, ¿no? –Arqueó las cejas.

Ella sintió su piel erizada.

–Sé lo que hizo –anunció Elena. Lo empujó con suavidad–. Sé que sobornó al director de la escuela de arte de Edimburgo para que Amber pudiera introducirse en *Gayre's Style* e intentase cazar a Ian. Y sé más cosas. –Entornó los ojos–. Lo sé todo.

Stefano suspiró, teatral, y la observó, relajado, unos segundos.

–No me gusta hablar de negocios cuando como, *bella* Elena.

Ella se negó a cenar. Permaneció con los brazos cruzados al pecho durante la hora restante, una hora larga, silenciosa e incómoda, en la que los únicos sonidos que rompían la gélida e inquietante armonía eran los cubiertos del asqueroso italiano y la respiración urgida de la propia Elena.

—No me extraña que estés tan delgada —comentó Stefano. Se recostó en el asiento con la copa de vino en la mano y una expresión de satisfacción en la cara—. No has comido nada. ¿O acaso te pongo nerviosa?

—Usted dijo una cena y la cena se ha terminado. —Se incorporó—. Quiero volver a mi casa.

El sirviente de antes se acercó a Stefano y le susurró algo en el oído.

—Y volverás —corroboró el italiano, que ocultó una sonrisa y se incorporó—. Un coche te espera afuera

¿Y ya está?, pensó ella, desconfiada. ¿Tanto para eso?

La acompañó hacia la puerta principal y la abrió.

Automáticamente, Elena desorbitó los ojos.

CAPÍTULO 18

Ian Gayre no podía creerse lo que estaba viendo. Estaba sufriendo una conmoción, literalmente.

—¡Dijiste que esto quedaría entre tú y yo! —le gritó Elena a Agnelli.

Stefano sonrió, satisfecho.

—Eso lo dije la segunda vez que te pedí cenar conmigo, *bella* Elena —contestó. Introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón de traje—. Esta vez, ni tú ni yo acordamos nada de eso o, si no me crees, léete bien el documento que he firmado. —La empujó hacia la calle y cerró la puerta en sus narices.

Ella giró sobre sus talones.

Su ángel... Dios mío... Su ángel la miraba con tal dolor en su atractivo semblante que Elena ahogó una exclamación de pánico.

—Ian, yo... Puedo explicártelo, yo...

–Sube al coche, Elena –le ordenó él con la voz afilada antes de meterse en el *Jaguar* sin esperarla.

A ella se le formó un nudo en la garganta, aunque no tan grueso como el que tenía Ian. Tragó saliva y le obedeció.

Entraron en el ático en perfecto silencio hasta que él cerró a sus espaldas con tal portazo que le heló la sangre. Ella, temblorosa, le entregó la hoja firmada por el italiano. Ian la cogió, la leyó y desapareció de su vista. Otro portazo reverberó en el cuerpo de Elena a los dos segundos.

Telefoneó a Sofía.

–*¡Elena! ¡Dios mío! ¿Dónde estás?* –profirió la señora Gayre, aterrada–. *Acaba de llegar el chófer sin ti. Dice que no estabas en el restaurante.*

–Estoy bien, Sofía. Estoy en casa –dijo en voz baja, escondida en la cocina–. Yo... –Las lágrimas explotaron al fin.

–*¿Qué ocurre, Elena? Me estás asustando.* –Chasqueó la lengua.

–Cené con Stefano en su casa y... Cuando le dije que me quería ir, él... –Apretó la mano en un puño contra la boca–. Ian...

–*¡Oh, Dios mío! Ian estaba allí.*

–Sí... –Se deslizó hacia el suelo y se abrazó las piernas.

–*Cuando Ian llegó a casa, lo llamó Agnelli para que acudiera a su casa para entregarle unas cosas del proyecto* –le explicó la señora Gayre–. *Como*

supuestamente tú estabas en el restaurante, no nos preocupamos. ¡Lo hizo aposta! –vociferó, furiosa–. ¿Dónde está Ian?

–Está... Él... –Tragó–. Se ha encerrado en la habitación. No me... Él... No puedo perderlo, Sofía... –Lloró sin emitir ruido ninguno.

–Ay, cielo... –suspiró Sofía–. *Ian solo se ha enfadado dos veces en su vida. Era pequeño. Se encerró durante días en su habitación.*

–¿Qué puedo hacer?

–*Nada... Esperar a que se tranquilice, cariño.*

Esa noche, no se atrevió a entrar en el cuarto, aunque no durmió. Se sentó en el pasillo y no dejó de observar la puerta por si escuchaba o veía algún indicio de que su ángel reaccionara.

A las siete, Ian salió de la habitación. Reparó en ella, pero solo un segundo. Se había duchado y cambiado de ropa. Y las diminutas manchas debajo de sus profundos ojos revelaban que sufría el mismo estado de ella.

Aquel escocés pasó por su lado y se dirigió a la puerta. Elena fue tras él.

–Ian, por favor, escúchame...

Pero se fue.

Ella corrió a la cama, se tumbó, abrazó la almohada que olía a regaliz rojo y se desahogó...

Olivia la encontró en esa posición, aunque sin llorar, a media mañana. La niña tiró de su brazo para que le dijera lo que ocurría.

–Nada, cariño. –Se restregó la cara y sonrió. Simulaba que todo estaba bien—. Ian se ha ido a dar un paseo. Luego viene.

Su sobrina no la creyó, pues la miró con seriedad y señaló a *Bruno*, que estaba a su derecha. Olivia no era ninguna tonta. Desde que se habían mudado al ático, siempre que Ian se marchaba a caminar lo hacía con el perro y con la niña, nunca solo.

–¿Hija? –Su madre entró en el dormitorio.

Su sobrina salió con *Bruno* al jardín, desconfiada, pero las dejó solas, que era lo importante.

–Mamá... –pronunció Elena, que se arrojó a los brazos de Carmen y le relató lo acontecido.

–¡Tú te has vuelto loca! –se enfureció su madre tras apartarse de ella—. ¡Te ha podido pasar algo! ¡No me extraña que Ian no quiera verte!

En ese momento, Olivia emitió un grito. Las había oído.

Elena y Carmen la miraron, paralizadas.

La niña sollozó y retrocedió despacio.

Un horrible presentimiento le agujoneó el pecho.

–Oli, cariño...

La niña se volteó, abrió la puerta principal del apartamento y se marchó de un portazo.

–¡No! –exclamó ella. Corrió, descalza, detrás de Olivia—. ¡Llama a Allan, mamá! ¡Que no deje salir a Olivia del edificio!

Su madre obedeció de inmediato.

El ascensor ya estaba bajando cuando alcanzó el descansillo de esa planta, por lo que se dirigió a las escaleras y descendió con tanta urgencia que a punto estuvo de caerse dos veces.

No había ni rastro de Allan en la portería, pero sí vio a la niña a punto de alcanzar la acera. Corrió todo lo que pudo.

—¡Olivia!

Su sobrina viró la cabeza en su dirección.

—¡OLIVIA! —chilló Elena justo cuando un coche frenaba en seco, derrapando.

La niña, asustada, se detuvo en mitad de la calzada al ver el automóvil, que no consiguió parar a tiempo... Chocó contra Olivia. La niña se cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con el asfalto.

El frío se instaló en su cuerpo.

—Dios mío...

Tomó a su hija en brazos, inconsciente. La gente se agolpó a su alrededor.

—¡Dios mío! —prorrumpieron varias personas.

—No, por favor... Olivia... —La meció contra su pecho. Añadió en inglés—: ¡Una ambulancia! —gritó, histérica.

—Ya viene una en camino, señora —le aseguró alguien.

—¡Elena! —Su madre se reunió con ellas, llorando—. Olivia... —Acarició a la niña con manos temblorosas.

Olivia tenía una brecha en la nuca que sangraba sin control. Carmen la taponó con el pañuelo que llevaba en el cuello. Apenas unos segundos después, Elena se

montaba en la ambulancia con su hija postrada en una camilla. Le habían puesto una vía en el brazo y le insuflaban oxígeno por la nariz y por la boca.

En cuanto alcanzaron el hospital, una enfermera le indicó que debía esperar en una salita hasta recibir noticias. Le entregó, además, un formulario para que rellenara por posibles pruebas que le harían a la niña en caso de que las necesitase.

Su madre surgió unos minutos después en taxi.

–Toma, estás descalza. –Le dio las *converse*.

Se calzó como una autómatas.

–Mamá, si a Oli... –Se cubrió la boca. Vibraba de miedo.

–He llamado a Ian, pero no me coge el teléfono –le explicó Carmen–. He avisado a Donald y a Sofía.

Se sentaron en unas sillas.

Una hora más tarde, los señores Gayre entraban en la estancia. Sofía la abrazó.

–Familiares de Olivia Solar –pronunció el médico.

–Yo soy su madre. –Se acercó.

–Su hija está bien, tan solo un hombro dislocado y le dolerá la cabeza cuando despierte.

Ella emitió un sollozo de alivio.

–Está dormida –continuó el doctor–. Si va todo bien, en veinticuatro horas podrá irse a casa. –Sonrió.

–Quiero verla.

–Una enfermera la acompañará en unos minutos a ver a su hija –contestó el médico antes de marcharse.

Los señores Gayre y su madre respiraron, aliviados.

Condujeron a Elena por un pasillo hacia un apartado cerrado. Apoyó las manos y la frente en el cristal. Y observó a su hija. No estaba entubada, pero le habían colocado oxígeno en la nariz. Las lágrimas bañaron sus mejillas mientras su cuerpo se convulsionaba. Si le hubiera pasado algo...

De repente, una mano cálida y protectora se posó en su hombro. Se giró.

–Ian...

Su ángel salvador la atrajo hacia su cuerpo y la estrechó con fuerza. Ella le clavó las uñas y lloró. Expulsó el terror que había vivido. Él la consoló sin recelo hasta que se calmó. Ian no podía hablar, un grueso nudo en la garganta se lo impedía. Una lágrima silenciosa descendió por su rostro.

Así transcurrió el resto del día hasta que Olivia se despertó. Su ángel salvador se había ido a por cafés para todos. Elena entró en el apartado, se sentó en la cama, a un lado de la niña, y sonrió.

Su hija parpadeó, confusa y somnolienta por el sedante que le habían suministrado por vena. Luego, frunció el ceño y se llevó una mano a la nuca.

–Me duele –dijo Olivia.

–Sí, cariño –Elena se incorporó–, es que te has...

Dios mío...

Enmudeció.

–Aquí traigo tu café –anunció Ian al reunirse con

ellas—. ¡Oli! ¡Te has despertado! –Se aproximó a la niña y le besó la frente.

–Hola, papá –pronunció en inglés, sonriente, feliz, a pesar de su palidez.

La reacción de aquel escocés fue peor que la de Elena. El café aterrizó en el suelo y le manchó las zapatillas.

–Tengo sed... –se quejó su hija.

Pero ninguno se inmutó.

El médico entró en ese instante y les pidió que esperasen afuera para poder auscultarla. Ellos obedecieron como si fueran autómatas hacia la sala de espera.

–¿Hija? –Carmen se preocupó—. ¿Qué pasa? ¿Olivia está bien?

Donald y Sofía le preguntaron lo mismo a Ian.

–Habla... –afirmaron los dos al unísono.

Se observaron el uno al otro y una lenta sonrisa se dibujó en sus caras. Se abrazaron al instante entre lágrimas y risas entrecortadas. Los demás creyeron que se habían vuelto locos.

–¿Se puede saber que ha sucedido? –se impacientó su madre con la frente arrugada.

–Mamá –la tomó de las manos–, Olivia ha dicho que tenía sed.

–¿Y eso es motivo de...? ¡Oh, Dios mío! –exclamó Carmen, que se tapó la boca—. ¡Oh, Dios mío! –repitió, incrédula y a la vez maravillada.

Los señores Gayre reaccionaron del mismo modo que su madre.

Después, Ian y Elena charlaron con el doctor. Le contaron sobre la mudez que había sufrido la niña en los últimos meses. El médico les aconsejó que actuaran con normalidad, por si acaso su hija se asustaba y dejaba de hablar de nuevo.

Al día siguiente, tras pasar la noche en el hospital, pues ninguno quiso alejarse de Olivia, recibieron el alta y regresaron a casa.

—¡*Bruno*! —saludó la niña al perro, que movió la cola frenéticamente al verla.

Ella se dirigió a la cocina y empezó a preparar la comida de su hija. Estaba bien, pero llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo por la luxación que tenía en el hombro. Según el doctor, en una semana la revisaría y seguramente se lo quitaría.

Su ángel jugó con Olivia y con *Bruno* durante un rato. Almorzaron los tres en perfecto silencio. Luego, la niña se tumbó en el sofá con el perro a sus pies, Ian se encerró en la habitación y Elena recogió y limpió los platos.

Transcurrió el resto del día sin verlo...

Llamó a su puerta para preguntarle si quería cenar, pero él alegó que no tenía hambre. Ella se entristeció y el miedo a perderlo se incrementó, le devoraba las entrañas. Cabizbaja, le preparó un sándwich a su hija y se quedó con Olivia y con el perro en el salón.

—La abuela dijo que vendría a buscarme a las diez —le informó su hija—. Voy a ponerme el pijama y a darle una cosa a papá.

Todavía alucinaba al escucharla hablar... ¡Era increíble!
Se sentó en la hamaca de la terraza y se meció hasta que el timbre sonó.

–He venido a buscarla –le explicó Carmen–. Creo que Ian y tú tenéis una conversación pendiente. –Le acarició la barbilla–. Buena suerte, cariño. –Le guiñó el ojo.

–Dulces sueños, mamá –le deseó la niña antes de besarla en la mejilla.

–¿Quieres que te arrope?

Su hija negó con la cabeza. Y se marcharon con *Bruno*, pues Olivia no podía estar sin su mejor amigo un solo segundo.

Elena dirigió sus ojos hacia el pasillo. La puerta del cuarto de Ian estaba entornada. La luz se filtraba a través del hueco. Su pulso se aceleró. Una sombra iba y venía por el resquicio con demasiada rapidez.

Había llegado el momento.

Avanzó y se detuvo en el umbral. Asomó la cabeza. Él paseaba de un lado a otro por el espacio, con una mano se revolvía los cabellos, desesperado, y en la otra sujetaba... ¡Su viejo cuaderno de dibujo!

–¿Ian? –Entró.

–Dime qué significa esto, Elena. –Le tendió el cuaderno abierto–. ¡Dímelo! –exclamó.

Ella lo cogió. Entonces, su mente recordó. Había rellenado todos los lienzos con imágenes de su ángel salvador, partes de su rostro, escenas cotidianas junto a Olivia y a *Bruno*, cuando habían estado en *Hallstatt*.

–Creía que lo había perdido... –murmuró Elena.

–Dime qué significa esto –le exigió con una mirada atormentada y vidriosa. Chirriaba los dientes y comprimía la mandíbula como si estuviera a punto de estallar.

–Yo...

–Me mientes –la cortó Ian, enumerando con los dedos–, me ocultas cosas, huyes de mí, me alejas, te pones en peligro... ¡Pero me encuentro tu cuaderno lleno de dibujos sobre mí! –Alzó los brazos al techo–. No entiendo por qué...

–¡Porque te amo! –le gritó ella entre lágrimas–. ¡Porque te amo! –repitió en el mismo tono.

Él se silenció de golpe.

–Porque te amo, Ian... –Cayó de rodillas al suelo–. Por eso te mentí, por eso te oculté la cena con Stefano, por eso le pedí ayuda a tus padres... ¡Porque te amo! ¡Porque no soporto que alguien te haga daño! –Se levantó y lo observó, furiosa. Lo apuntaba con el cuaderno–. Si está en mi mano protegerte, lo haré. –Avanzó despacio a él–. Si está en mi mano impedir que alguien te toque, lo haré. Porque nadie se mete contigo si yo puedo evitarlo. Porque nadie te toca si yo puedo evitarlo.

Aquel escocés retrocedió, trastabillando, mientras Elena continuaba aproximándose, amenazante.

–A partir de ahora, afrontaremos las cosas juntos, Ian, ¿está claro? –prosiguió ella–. Decidiremos juntos. Caminaremos juntos. –Se detuvieron porque él se chocó contra la pared a su espalda–. Yo soy así. Esto es lo que

hay, Ian. Nadie –entrecerró los ojos–, óyeme bien, ¡nadie te alejará de mí! –Se irguió y se cruzó de brazos–. ¡Y si me da la gana dibujarte en un cuaderno entero, lo haré! ¿Queda claro?

Ian contempló a aquella preciosa mujer con un profundo orgullo, satisfacción, admiración y adoración. Tan hermosa... Con sus mejillas arreboladas, sus oscuros mechones despeinados volando libres por su rostro y por sus hombros, su nariz respingona y decidida, sus expresivos ojos que no admitían negativa, ni aunque el mundo se extinguiera, el delicioso mohín de sus perfilados y tentadores labios, su barbilla pequeña, pero obstinada, su respiración agitada al borde del abismo... Indomable. Así era su mujer... Indomable.

Y reaccionó al fin: sonrió.

Elena suspiró, aliviada, y explotó en llanto.

–Oh, Ian... –se le quebró la voz.

–Patito... –La abrazó con ternura, derretido como estaba por ella–. No llores, mi amor. –Le acarició los mechones.

–Lo siento... –Soltó el cuaderno y le rodeó la cintura. Le arrugaba la camiseta entre los dedos–. Siento mucho haberte mentido... Te amo, Ian... –le dijo entre sollozos–. No me odies... No volveré a mentirte, ni a ocultarte algo. No me odies...

–Elena –la sostuvo por la nuca y la obligó a mirarlo–, jamás podría odiarte. Te amo, Elena. –Le besó la frente–. Te amo... –Le besó los párpados–. Te amo... –Le besó las mejillas–. Te amo... –Le besó la nariz–. Te amo... –Le

besó la barbilla—. Te amo, patito, te amo...

—Yo también te amo, Ian... Yo, también...

Y la besó en los labios.

Se fundieron en un abrazo tan ardiente que creyeron estar sobrevolando el firmamento. La sensación era extraordinaria, electrizante, abrumadora y poderosa.

Ahora que ambos se habían sincerado, ya nada los retenía, ni los frenaba. No importaban los problemas. Estaban juntos. Se amaban. Se correspondían con la misma indescriptible intensidad.

Hicieron el amor como si no existiera un mañana, un pasado, o incluso el presente. El tiempo se congeló. Se desnudaron sin prisas, se besaron sin parar a inhalar aire, se rozaron sin pudor...

Se arrodillaron en la cama. Ian se posicionó detrás de Elena, entre sus piernas, con el pecho pegado a su espalda. Ella alzó los brazos y le rodeó el cuello, curvándose. Giró la cabeza y escondió el rostro en el hueco de su clavícula. Él posó una mano en su cadera y otra en su vientre para incitarla a moverse a medida que la penetraba lánguidamente.

Y así estuvieron amándose hasta el amanecer...

Elena, cruzada en el colchón, arropada a medias por la arrugada sábana, con un seno y una pierna al descubierto, los brazos por encima de su cabeza, al igual que sus alborotados cabellos, la cabeza ladeada mostrando su precioso cuello, los labios entreabiertos e hinchados por

los besos, las mejillas coloradas y los ojos entrecerrados por la pasión compartida, fue fotografía por Ian.

Ella se mordió el labio inferior y le dedicó tal mirada indecente que su ángel emitió un jadeo y disparó con manos temblorosas.

—Eres hermosa, Elena. Déjame inmortalizarte... —le susurró en su oído. Le erizó la piel... Caminaba alrededor de la cama, la captaba desde todos los ángulos.

Elena se colocó de perfil y sonrió, embelesada, al ver a aquel apasionado escocés completamente desnudo salvo por la cámara. Él sí que era hermoso, pensó, ¡más que hermoso, era perfecto!

Después, ella se sentó y, traviesa, flexionó los brazos detrás de la nuca, echó hacia atrás la cabeza y se arqueó. Estiró los músculos, provocando así que la seda se deslizara hacia su vientre. Ian volvió a jadear...

A continuación, se tumbó apoyada en los codos y la barbilla en los nudillos y le lanzó un beso en el aire. Él jadeó otra vez...

Y, por último, se dio la vuelta sobre las sábanas, levantó las piernas y se acarició a sí misma desde los pies hasta los muslos. Primero, una y luego, la otra, como si simulara subirse las medias de forma insinuante.

—Joder... —gimió Ian en inglés. Dejó la cámara en la mesita de noche y se tumbó sobre Elena.

—¡Ah, no, señor Gayre! —Escapó de su agarre y se dirigió al armario—. ¡Estoy famélica! —Sacó una camisa de su ángel del armario y se la abotonó hasta el inicio del

pecho. Aspiró el aroma a regaliz y sonrió, dichosa.

Él se rió y se puso los calzoncillos.

–Vamos, patito, que no quiero que te desmayes.

–De verdad que estoy hambrienta, Ian. –Se colgó de su brazo y salieron al pasillo.

Ian la sentó sobre la isla. Ella balanceó los pies mientras lo observaba concentrado preparando el desayuno: huevos revueltos, *bacon* crujiente, tostadas, fruta fresca, zumo de naranjas y café.

Elena no había mentido, estaba famélica. Devoró la comida como si hubiera estado días sin probar bocado. Y suspiró, saciada. Sin embargo, se le revolvió el estómago.

–¡Puf! Creo que he comido demasiado... –se quejó. Se masajaba el estómago.

–Anda... –La elevó en brazos y la transportó al lecho—. Apenas has dejado que lo pruebe –añadió entre carcajadas.

–Ian... –Frunció el ceño. Se le borró el color del rostro—. Oh, Dios... –Corrió hacia el baño. Cerró la puerta tras de sí.

Y vomitó.

Entonces, él le sujetó el pelo en alto y le acarició la nuca hasta que terminó.

–¿Qué demonios haces tú aquí? –se molestó ella, sin fuerzas—. Esto no es... Vete, Ian. –Lo empujó. Se lavó la cara y los dientes.

–¿Te encuentras mejor? –quiso saber, muy serio.

–Sí –suspiró y caminó hasta la cama.

–Vamos a dormir, preciosa. –La atrajo hacia su cuerpo y, abrazados, se dejaron llevar por el merecido sueño.

Dos semanas después, el estómago de Elena se volvió a contraer en el desayuno. En realidad, no dejó de contraerse con determinados alimentos que ingería desde hacía quince días exactos, además de bostezar prácticamente la jornada entera, caer rendida en la cama temprano y notar el cuerpo extenuado y exhausto.

Esa mañana, no pudo ir a trabajar porque Ian se negó en rotundo.

–Cuando vuelva, iremos al médico –le ordenó su ángel–. Y me da igual lo que digas.

Ella asintió, derrotada, se tumbó sobre las sábanas y durmió casi el resto del día. Él no la despertó y se lo agradeció, pues hubiera sido incapaz de moverse un ápice siquiera.

Al día siguiente, le ocurrió más de lo mismo.

Y fueron al hospital.

Pero a Elena no le hacía falta que un médico la examinara para saber lo que la aquejaba. Estaba embarazada. Lo sabía. Y la experiencia había sido tan nefasta y traumática en el pasado que los malos recuerdos sufridos hicieron mella en ella. Un nuevo miedo se instaló en su interior y le anuló la alegría y las sonrisas.

El doctor le mandó unos análisis y una semana más tarde la confirmación le llegó por medio de una llamada telefónica. Una enfermera del laboratorio donde le

sacaron sangre le pidió que se presentara para recoger los resultados.

Lucy la acompañó.

–¿Qué dicen? –le preguntó su amiga en la acera, de vuelta a *Gayre's Style*.

Elena suspiró, estremecida.

–Pues... –Respiró hondo.

–¿Qué pasa, Elena? –La detuvo. La sujetó del brazo.

–Estoy embarazada. –Le entregó el sobre rectangular abierto.

Lucy sacó el papel doblado y lo leyó atentamente.

–Querida, una mera curiosidad... ¿Sabes en qué siglo vivimos? –Enarcó una ceja—. ¿Cómo no tomasteis precauciones?

–Ni siquiera lo hablamos... –Se ruborizó—. Y yo tampoco... ¡No sé! –exclamó, sulfurada—. No pienso en nada cuando estoy con él... –Hundió los hombros y emprendió la marcha.

–Espera, Elena. –La tomó de la mano y sonrió con dulzura—. ¿Es tan malo? Os amáis. Vale que ha sido muy rápido, pero...

–No lo entiendes, Lucy. –Las lágrimas se agolparon en sus ojos—. Aborté tres veces con Tomás. ¡Tres! –Levantó tres dedos en el aire—. No quiero hacerme ilusiones... –Paró, debido al nudo que obstaculizaba su garganta—. No puedo contárselo. ¿Qué pasará si él no lo quiere?, ¿y si se enfada?, ¿y si cree que he intentado cazarlo? –Un pánico atroz la invadió y palideció.

—Que no quieras contárselo todavía porque prefieras esperar, de acuerdo —adoptó una actitud seria—, pero, Ian te ama, Elena. Permítele la oportunidad de saberlo. ¿No fuiste tú quien dijo que no le ocultaría más cosas?

—Lucy... —Se limpió las mejillas húmedas—. Tengo miedo... Lo que más deseo en el mundo es formar una familia con Ian, pero, ¿y si esta vez tampoco sale bien?, ¿y si sufro otro aborto?

Su amiga la abrazó con fuerza.

—Nos besamos por primera vez el día ocho de enero, Lucy —murmuró Elena. Sonrió y clavó la vista en el infinito—. Estamos en abril. Tres meses... —Agachó la cabeza—. Y me da la sensación de haber estado con él toda mi vida, pero solo han sido tres meses... ¿No crees que es demasiado pronto? Me da pavor... —Apretó la mandíbula—. Me da pavor que por esto —se acarició el vientre plano— se vea obligado a quedarse conmigo. —La incertidumbre la asaltó—. Tres meses desde el primer beso y me quedo embarazada...

—Sí, no te lo voy a negar. —Lucy se colgó de su brazo de nuevo y retomaron la marcha—. Ha sido precipitado, pero yo lo veo de otro modo: intenso. ¿No te acuerdas de lo que te conté de mi marido? —Se rió, nostálgica—. Cinco meses después de conocernos, nos casamos. El amor no se puede medir en tiempo y en espacio, querida, solo en corazón.

—Me da miedo —repitió ella en un hilo de voz—. ¿Y si pierdo otro bebé? —suspiró, entrecortada y aterrada.

–Si eso ocurriera, ¿no te gustaría que Ian estuviera a tu lado?

Elena asintió.

–Pues díselo, no lo pospongas.

Pero era tan difícil...

Le pidió a su amiga que guardara los resultados porque de momento sería un secreto. Lucy obedeció a regañadientes.

–¿Qué tal los análisis? –le preguntó Ian en cuanto ella entró en el despacho. La besó en la frente.

–Nada –contestó Elena–, es un virus estomacal. Tengo que vigilar la alimentación y en unos días se me pasará, así que perfecto. –Fingió una sonrisa–. Voy a seguir trabajando. –Se sentó en su taburete y prosiguió.

Pilló a su ángel mirándola con escepticismo el resto de la jornada. Y, en cuanto llegaron al ático, ella se encerró en el baño con pestillo. No lo soportó, se deslizó hacia el suelo, se abrazó la tripa y lloró.

Otra vez, no, por favor..., rezó una plegaria, otra vez, no...

Cuando se hubo calmado, se preparó un baño cargado de espuma. Permaneció en remojo largo rato con la mente en blanco. Después, se metió en la cama y se durmió sin avisar a nadie. Necesitaba dejar de pensar y, para ello, el sueño era perfecto.

Por la mañana, se despertó descansada.

–Buenos días, patito. –Ian, ya vestido de traje y corbata, se acercó y la besó en los labios con infinita

ternura.

–Siento que ayer...

–No, mi amor. –Sonrió él con los ojos brillando, parpadeantes–. Han pasado muchas cosas en las últimas semanas. Tu cuerpo necesita reposar.

A Elena se le estrujó el corazón. Asintió, incapaz de articular palabra. Se duchó y se arregló sin ganas, apenas se maquilló. No estaba nerviosa, pero sí afligida, indecisa, aterrada tanto por un posible aborto como por la reacción de Ian al enterarse de que estaba embarazada.

Se dirigió a la cocina, donde estaba su madre preparando el desayuno. Su ángel bebía café y la niñera y Olivia veían la televisión en el salón.

Ella observó el plato de huevos revueltos y ahogó una arcada. Palideció.

–Cariño, cálzate antes y ahora desayunas –le aconsejó Carmen, que la empujó hacia el dormitorio.

Elena, en cuanto alcanzó el pasillo, corrió hacia el servicio y vomitó.

Alguien entró y cerró con suavidad.

Ella, sentada en el suelo en una postura ridícula, se limpió la boca con un trozo de papel higiénico. Temblaba y sudaba por el esfuerzo. Elevó la mirada. Su madre la observaba sonriendo con los ojos vidriosos por la emoción.

–Mamá... –Se le rompió la voz.

Carmen se agachó y la acunó contra su pecho como si fuera aún su niña pequeña.

–Tranquila, cariño... Tranquila... Oh, mi niña... –La besó en la cabeza hasta que se relajó.

–¿Cómo lo has sabido? –quiso saber Elena.

–Llevas dos semanas vomitando esporádicamente, cielo. ¿Un virus estomacal? –Se rió con dulzura. Se incorporaron–. Lávate los dientes y la cara y maquíllate si no quieres que tu cara de fantasma inquiete a Ian más de lo que ya está. No sé cree que sea un virus.

–¿Crees que lo sabe? –Su respiración de pronto se aceleró.

–Por muy inteligente que sea, cariño, es un hombre. –Negó con la cabeza–. De todas formas –profundizó las arrugas de su frente–, es muy protector contigo. Si no deseas que lo sepa aún, más te valdría sonreír más y pedir cita en el ginecólogo. Te recetará alguna pastilla para el estómago.

Obedeció a su madre en todo.

El médico la inspeccionó esa misma tarde. Aprovechó que Ian impartía clases a su hija. Lucy y Carmen la acompañaron.

–Bueno, parece todo normal, señorita Robledo –le informó el doctor al acomodarse frente a su escritorio. Escribió unas líneas en una hoja con el logotipo del hospital en la parte superior–. Es para que no sufra arcadas. Con una píldora al día será suficiente. –Le entregó el papel doblado–. En lo referido a los abortos, esperemos que todo salga bien. Y no por haber tenido tres, habrá un cuarto aborto, ¿de acuerdo? –Sonrió,

bonachón—. Ahora más que nunca debe cuidarse y mimarse. Le prepararé un plan de alimentación y se lo enviaré por correo electrónico. Cualquier duda, cuestión, lo que sea, no dude en llamarme. —Le tendió una tarjeta de visita con su nombre y su móvil personal—. Coja cita para la ecografía de las doce semanas.

—Gracias. —Aceptó el papel.

—Si no sé nada de usted —se incorporó—, la veré dentro de dos meses. Mi secretaria le dirá cuándo. —Le ofreció la mano, que ella estrechó—. Y si todo va bien, saldrá de cuentas a finales de diciembre. —Sonrió de nuevo—. Enhorabuena.

Las tres mujeres se marcharon de la consulta, serias y calladas. Y continuaron mudas todo el trayecto en taxi al ático. Parecía un velatorio, pero ni su amiga ni su madre se atrevían a decir algo, o a animarla de alguna manera.

El sábado amaneció sola.

Gracias a las pastillas que había comprado en la farmacia, no había vuelto a vomitar. Sin embargo, ese día su sentido del olfato comenzó a desarrollarse más aún.

El delicioso aroma a regaliz rojo la obligó a cerrar los ojos y a inspirar el maravilloso olor con deleite. Se levantó del lecho y caminó con una sonrisa en los labios. Se guiaba con los brazos desplegados en cruz por el espacio y avanzaba según su olfato, pues no elevó los párpados en ningún momento.

El regaliz era cada vez más intenso... Viró a la derecha

y estiró las manos hacia delante. Se lamió los labios. Ralentizó la velocidad hasta detenerse. Abrió los ojos.

—¡Dios mío! —exclamó, sin dar crédito a lo que veía.

Un sinfín de cajitas destapadas ocupaban la isla entera de la cocina. Los paquetes pequeños contenían diferentes tipos de regalices y sin repetirse una sola. De su boca brotó una melodiosa carcajada.

Entonces, unas manos rodearon su cintura, un cuerpo se pegó a su espalda y unos labios rozaron su oreja.

—Llevas tantos días triste y apagada que se me ocurrió endulzarte un poco, patito —le susurró su ángel—. Lo que no me esperaba era que lo olieras desde la habitación —comentó, divertido.

Elena emitió un sollozo de felicidad.

—Oh, Ian... —Se volteó, se puso de puntillas y lo abrazó por el cuello—. Gracias...

El dulce y sensual aroma de aquel maravilloso escocés se filtró por sus fosas nasales. El fuego la dominó.

—¿Dónde está Oli? —quiso saber ella. Se inclinó.

—Está con tu madre en el parque y...

No lo dejó terminar. No necesitaba saber más. Elena lo tomó por la nuca con fuerza y lo besó, ardiente y desenfrenada. Él no se lo esperaba y refuló con torpeza un par de pasos hasta chocarse contra la nevera.

Ella no paró. La impaciencia por sentir su piel, por tocarlo, besarlo y acariciarlo, la incitó a levantarle la camiseta.

—Elena... —aulló su ángel, lastimero, sin comprender

qué demonios la había poseído en un instante para actuar con tanto ímpetu.

Elena le sacó la prenda por la cabeza. Ian, paralizado, la observaba, aturdido, pero acelerado y con el verdor de sus ojos vidrioso por el deseo. Comenzó, pues, a besarlo y a lamerlo por el cuello, por el pecho... Mientras sus manos silueteaban cada contorno, cada relieve de su exquisita musculatura, notando el calor que desprendía. Ella se incendió, gimiendo por las ganas que tenía de devorarlo.

Elena se fue arrodillando poco a poco. Le desató el cinturón sin titubear. Su ángel oscuro y afligido contuvo el aliento. Ella alzó los ojos hacia los suyos, le desabrochó el vaquero lentamente y se lo bajó hasta los tobillos. Los calzoncillos prosiguieron el mismo camino.

El corazón de Elena se disparó. El poder era suyo y, ¡qué bien sentaba!

Se humedeció los labios despacio, seductora, hechizándolo... Le acarició la cara interna de los muslos sin perder de vista su penetrante y turbia mirada. Él se sobresaltó ante el roce. Elena deslizó las manos por sus atléticas piernas hasta atrapar su trasero y clavarle las uñas. Lo acercó a sus labios entreabiertos... Más... Y más... Y más...

Su ángel, atontado, soltó un jadeo moribundo.

Ian Gayre se mareó, literalmente... Se le nublaron los ojos y se le secó la garganta. Echó hacia atrás la cabeza y arqueó las caderas de forma inconsciente, buscaba el placer que tanto anhelaba y que solo lo encontraba en la

maravillosa boca de su mujer.

Oh, Dios..., pensó él, desorientado y perdido en el ardor incandescente que esa mágica criatura le prodigaba con la lengua, con los labios e incluso con los dientes.

Aquella mujer no era humana... ¡Era una diosa!

Y se dejó llevar hasta que no pudo resistirlo más... La agarró por las axilas y la levantó del suelo. Le arrancó la ropa... El pijama de Elena quedó destrozado en varios montones en la tarima. La elevó por el trasero, retiró las cajitas de regaliz a manotazos. Se cayó la mayoría y se esparció el dulce a sus pies. La sentó en la encimera y la penetró, rudo y urgente.

Ella gritó de placer.

No la besó, sino que la tumbó y guió los rápidos y feroces movimientos sujetando a Elena por las caderas, quien le apretó las nalgas con los talones y se aferró al otro extremo de la isla con las manos. Se curvó... Se retorció... Sollozó su nombre... Resopló él el de ella...

Y sucumbieron a la pasión...

Ian se derrumbó sobre Elena cuando aquello pasó.

–Te amo... –pronunciaron al unísono en un hilo de voz.

Y, de pronto, estallaron en carcajadas, irregulares por la agitación que todavía dominaba sus respiraciones.

Ella tomó un regaliz y se lo deslizó en la boca a su ángel.

–Mmm... –gimió él. Sus párpados se cerraron.

En ese momento, sonó el timbre.

Ambos se sobresaltaron. Se incorporaron, deprisa.

Elena, como Dios la trajo al mundo, salió disparada hacia el dormitorio. Ian la observó, divertido y embelesado a partes iguales, se vistió y abrió la puerta.

Eran Olivia y Carmen.

—¡Hala! —exclamó la niña, que señaló la cocina, sonriente.

A Ian se le borró el color del rostro.

Regalices y cajitas vacías se dispersaban en desorden por el suelo.

Elena apareció con unos vaqueros, una camiseta del revés, un calcetín azul y otro rojo, el pelo alborotado, los labios aún enrojecidos y el sensual rubor en sus mejillas que delataba lo que habían compartido hacía escasos minutos.

Carmen la observó, extrañada ante su aspecto.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Se examinó a sí misma—. ¡Ay, Dios! —exclamó, avergonzada a más no poder, y se encaminó de nuevo a la habitación para cambiarse.

Él agradeció en silencio que la madre de Elena no hiciera ningún comentario al respecto, y, si lo adivinó, no mostró indicios de ello.

Prepararon la comida para seis personas, pues Donald y Sofía se apuntaron en el último momento.

—Te veo muy guapa, Elena —la obsequió la señora Gayre cuando terminaron. Estaban recogiendo los platos—. Estás... No sé, diferente.

Su madre sonrió y le dedicó una significativa mirada a Sofía.

–¡Oh! –profirió la señora Gayre. Lo había presentido.

Aunque más bien gritó, pues el señor Gayre, Ian y Olivia acudieron a la cocina, asustados.

–¿Qué ha pasado? –se preocupó Donald.

Sofía observaba a Elena, incrédula, con la boca cubierta por las manos y los ojos desorbitados. Ella se impacientó, frunció el ceño y se dedicó a limpiar los platos con demasiado ímpetu, salpicándose sin importar mancharse de agua y jabón.

–¡Mamá! –la incitó su ángel.

–Na-Na-Nada... Nada, hijo. Es que... –Se le crispó la voz. Esos ojos claros se inundaron en lágrimas y se echó a reír. ¡Una loca!

Su madre la imitó.

La situación se tornó surrealista...

–Yo... Yo te... Yo te ayudo, cariño –articuló la señora Gayre al aproximarse a Elena.

Ambas se observaron un instante con una intensa emoción que les paralizó el corazón. Con las manos empapadas, se abrazaron, enternecidas, sin añadir una sola palabra.

Ian, la niña y el señor Gayre no comprendían absolutamente nada y desistieron en intentarlo.

–Deduzco que no lo sabe –afirmó Sofía en voz baja cuando los dos hombres se acomodaron en el sofá.

–Es que... –Se secó las manos con el trapo y suspiró.

A continuación, le confesó sus miedos y sus incertidumbres, tanto en lo relacionado con el bebé como

en la posible reacción con su novio. Las tres estaban sentadas en los taburetes de la isla. Bebían café.

–Voy a contarte algo, Elena. –Sonrió la señora Gayre–. Un día, en agosto, Ian vino a cenar a casa y me preguntó que cómo nos habíamos conocido Donald y yo. Me sorprendió, la verdad. –Arqueó las cejas–. Tres semanas después, nos dijo que se iba a *Hallstatt*, que necesitaba relajarse. Tanto su padre como yo nos quedamos helados. –Dio un sorbo al café–. Era la primera vez que Ian se cogía vacaciones desde que se metió en el estudio. Lo dejamos pasar, no indagamos, pues nos alegramos mucho de que desconectara del trabajo.

»Dos meses más tarde, comencé a notarlo raro. Estaba más nervioso de lo habitual. Se le escurrían los cubiertos en la mesa, se aflojaba el nudo de la corbata sin cesar, se quedaba mirando las musarañas, sonreía distraído... Y yo, ni corta ni perezosa –entrecerró la mirada con travesura–, se lo conté a Donald. Mi marido, entonces, me habló de ti. Me dijo que Ian había empezado a darle clases a una niña preciosa, que además era vecina de Ian. Un día, me interesé por vosotras y le pregunté a mi hijo. ¿Sabes cuál fue su reacción?

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

–¡Se puso como un tomate!

Las tres se rieron.

–Ahí, me dije, había algo –señaló Sofía antes de terminarse la bebida–. Luego, te conocí y me quedé impactada. –Mostró su dentadura perfecta de forma

radiante—. Me acuerdo como si fuera ayer... —Dirigió sus ojos a un punto infinito sin dejar de sonreír—. Entraste con un vestido azul, en medias y sin zapatos, con la mirada puesta en Olivia, una mirada de temor —aclaró con un dedo levantado en el aire—. Os abrazasteis. Ian se quedó paralizado, Elena. —La observó con ternura—. Y yo. —Se emocionó y se estrujó el vestido que llevaba en el pecho—. Os mirasteis de tal forma, él y tú, que el mundo pareció eclipsarse a vuestro alrededor... Y lo supe. —Asintió—. Supe que mi hijo se había enamorado perdidamente de ti. Y también supe que haría lo imposible por conquistarte, que no se frenaría ante nada.

Elena se limpió las lágrimas que descendieron sobre su rostro, apenas sin aliento.

—En toda mi vida solo he visto a dos hombres que miren así a una mujer —confesó la señora Gayre. La tomó de la mano—. Uno es mi padre y el otro es mi Donald. —Se rió con los ojos crispados—. Y no te imaginas cuánto me alegro de que te haya encontrado. No pienses que lo vuestro se remonta a solo tres meses atrás, porque no es verdad. —Negó con la cabeza—. Y si lo fuera, ¡qué importa! —Se encogió de hombros con coquetería—. Jamás había visto a mi hijo disfrutar de la vida como lo hace desde que os conoció a Olivia y a ti. No le niegues el derecho a saberlo, el derecho a querer protegerte de tus propios miedos, a proteger al bebé a tu lado, a caminar de la mano contigo en este momento tan importante, que además será el primero para los dos. No te lo niegues a ti

misma.

Las palabras de Sofía retumbaron en su pecho con poderío.

Esa noche hablaría con él. Sin embargo, algo se lo impidió...

A las once, recibió una llamada inesperada.

Ian y Elena estaban en el sofá, tumbados, medio adormilados. Veían una película que echaban en la televisión cuando su móvil vibró en la mesa. Ella se inclinó y se petrificó. Él la imitó, pero, en vez de sorprenderse, gruñó.

En la pantalla iluminada se leía *Papá* junto a una foto de Fernando Robledo.

Su padre...

Elena no reaccionó. Su corazón frenó en seco y su respiración se cortó de raíz.

La llamada se perdió y el móvil se apagó.

Al segundo, volvió a vibrar y a iluminarse.

Con manos temblorosas, descolgó.

Su ángel, furioso, se encerró en el dormitorio. ¿Qué le pasaba?

—*Elena... ¿Estás ahí?* —preguntó su padre a través de la línea.

Ella no respondió.

—*Te llamaba porque... Perdóname, hija...* —El tono sonaba desesperado—. *Cometí un error. No debí alejarme de ti. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero... Elena, mi niña del alma, perdona a tu padre... Perdona a tu padre*

que solo deseaba mantenerte a su lado.

A Elena se le formó un nudo en la garganta que la incapacitaba a pronunciar palabra alguna.

–Me merezco que no me hables –continuó Fernando–, que estés enfadada. Sé que tenía que haberte llamado antes, pero... –Chasqueó la lengua–. Me dolió que te separaras de nosotros, de mí... Has sido durante años mi mano derecha, hija. Creía que tu sueño era estar junto a mí... Tantos años enseñándote, tantos años ayudándote a ser la gran mujer que eres ahora, tantos años a mi lado, codo con codo... Entiende que me doliera.

–¿Que te doliera a ti? –escupió ella con desagrado–. Sabías perfectamente que mi sueño era el arte, no los números. –Chirrió los dientes. Empleó un tono aguantando el tormento y la rabia que le producía escucharlo–. Te dejé mi carta de renuncia cuando murió Tomás y no la aceptaste. –Las lágrimas descendían por su rostro sin control y sin remedio–. ¡Se murió mi marido! –le gritó. Se incorporó y anduvo por el espacio–. ¡Me diste la espalda! ¡Te pedí que aceptaras mi decisión! ¡Te he dedicado diez años, papá, diez malditos años!

–Elena...

–¡No! ¡Destruiste mis sueños! Sabías perfectamente que no estaba bien, que no me gustaba lo que hacía, que me amargaba. ¡Y no hiciste nada por remediarlo! ¡Te importaba una mierda –elevó la mano libre al techo–, con tal de que yo cumpliera tus órdenes!

–Yo nunca te ordené nada –gruñó Fernando–. Lo

hiciste porque quisiste.

–¡Mentira! ¡Me decías que mi deber era estar a tu lado, que Miguel y Álvaro no eran buenos hijos porque te habían dado la espalda! Sabías que yo jamás te defraudaría. Sabías que no me sentía bien si yo te veía mal. ¡Me manipulaste, papá! Y ahora lo sé. –Asintió con pesar–. Ahora sé que todas las cosas que me decías y tu forma de actuar conmigo siempre ha sido todo para manejarme a tu antojo. –Hundió los hombros–. Desde hace poco tiempo, pienso que si me casé con Tomás, que si tú aceptaste mi relación, era porque sacabas algo de provecho.

Silencio.

–¿Sabes una cosa, papá? Ya no me importa. –Se detuvo en el recibidor–. Soy feliz. Tengo una hija preciosa que me adora. Tengo a mi madre conmigo. Tengo dos hermanos que darían la vida por mí, a un metro o a cien mil kilómetros de distancia. Y tengo al hombre más maravilloso del mundo a mi lado, un hombre que me ama, que me cuida y que me protege como no lo ha hecho nadie hasta ahora, papá, nadie. No necesito más. –Y finalizó la llamada.

Se giró y se sobresaltó.

Ian y Olivia, cogidos de la mano, la observaban con gravedad desde el salón.

Entonces, Elena soltó un sollozo y se derrumbó en el suelo.

La niña corrió a ella y la abrazó con fuerza.

–No llores, mamá. –Le acarició la cabeza con ternura–.
No me gusta verte llorar.

Él se sentó junto a ambas. Frunía el ceño. Acomodó a Elena en su regazo. Su hija lo hizo en el de ella.

En ese momento, sonó el telefonillo de la casa.

Los tres se miraron, entrañados.

Ian descolgó.

–Sí... –dijo a través del auricular–. ¿Quién? –Se le cruzó el semblante–. Que suba. –Colgó de malas maneras.

–¿Quién es a estas horas? –preguntó Elena. Se puso en pie junto a la niña.

Pero su ángel no respondió, sino que permaneció de espaldas a ellas hasta que alguien golpeó la puerta. Abrió despacio, apretando la mandíbula. Jamás había visto a Ian así...

El invitado surgió ante sus ojos.

Elena se mareó.

Olivia se tapó la boca al instante. Desorbitó los ojos.

Fernando Robledo, que sujetaba una maleta en la mano, acababa de entrar en el ático.

CAPÍTULO 19

Hija... –Su padre soltó la maleta al lado del perchero y desplegó los brazos.

Elena, inconscientemente, posó una mano en su vientre aún plano.

–Oli, cariño –le dijo Ian a la niña al acercarse a las dos–, vámonos a dormir.

Su hija, reticente, obedeció.

–Sí, papá –contestó Olivia. Entrelazó una mano a la suya sin quitarle los ojos de encima a Fernando, unos ojos que destellaron odio y rencor, hasta que se perdieron por el pasillo.

–¿Papá? –repitió su padre, incrédulo–. ¿Hace cuánto que lo conoces? –la interrogó. Su mirada se entrecerró–. Qué rápido habéis reemplazado a Tomás, ¿no te parece?

–¿Qué haces aquí? –le exigió ella, cruzada de brazos.

–He hecho un camino muy largo, ¿podría sentarme al

menos? –Sonrió.

–¿Qué haces aquí? –repitió. Presintió que algo no andaba bien. No se fiaba—. ¿Por qué has estado preguntando por mí y por Ian? ¿Ahora, de repente, te acuerdas de que tienes una hija porque te has quedado en la calle y sin un céntimo, papá?

–A mí no me hables así. –Fernando se irguió en toda su estatura. Era más alto que ella y bastante robusto. De hecho, había engordado, sobre todo en la tripa y en el cuello.

–¡Contéstame! –gritó Elena. Ya no quedaba nada de la niña que se escondía solo agradecer a su padre.

–He venido a pedirte perdón –murmuró Fernando.

–No. –Negó con la cabeza—. Tú jamás pides perdón. – Lo apuntó con un dedo—. ¿Por qué estás aquí?

Permanecieron callados unos minutos eternos. Ella no cedía. Su padre no variaba su expresión de frialdad. ¿Quién demonios era ese hombre ahí plantado?

–Quiero que te vayas de aquí –sentenció Elena, que se acercó a la puerta y la abrió.

–No tengo lugar adonde ir –admitió. Comprimía la mandíbula con fuerza.

Ella cerró.

–El sofá te valdrá, pero, a primera hora, te quiero fuera de aquí. –Y lo dejó solo.

Ian la envolvió entre sus brazos en cuanto entró en el dormitorio.

–Ian... –Lo abrazó por la cintura. Suspiró, aliviada

porque su ángel salvador estaba a su lado—. No sé qué hace aquí. No entiendo a santo de qué...

—Tranquila, patito. —Le acarició los cabellos—. Ahora nos vamos a dormir y mañana hablaremos, ¿de acuerdo? Le he enviado un mensaje a tu madre para decirle que desayunaremos nosotros con ella en su casa, no al revés.

Elena asintió y se metieron en la cama. Él la rodeó con su protectora calidez. Bajó los párpados, pero no concilió el sueño. Un sinfín de cuestiones sin respuesta se adueñaron de su mente hasta que, al amanecer, Ian se despertó. Esperó a que se dirigiera al baño, entonces, salió del cuarto.

En el salón no había nadie, aunque sí encontró una nota:

*Lo siento, hija. Espero que puedas perdonarme.
Tu padre, que te adora.*

Aquella despedida le revolvió el estómago y corrió al servicio de la niña, donde vomitó. Recordó que al final no le había contado a su novio que estaba embarazada y, por desgracia, ahora la noticia tenía que esperar.

Sin ni siquiera calzarse, ella salió del ático y descendió por las escaleras una planta para hablar con su madre. La sorpresa que se llevó fue ver a Fernando con Carmen.

Discutían.

—¡Déjala en paz! —vociferó Elena a su padre—. ¡Lárgate de mi casa!

Fernando gruñó y obedeció.

–Explícame ahora mismo qué demonios hace papá en Edimburgo –le ordenó a su madre sin delicadeza, ni suavidad, la cual, en pijama y bata, hundió los hombros, su rostro transmitía angustia.

Al instante, alguien golpeó la puerta.

–¡Te he dicho que...! –comenzó ella, pero se detuvo–. Ian. Creía que eras...

Él entró sin esperar a que terminara la frase y cerró tras de sí. Miró a Carmen, muy serio, y se cruzó de brazos.

–Tiene que saberlo –le dijo Ian.

Su madre lo observó. Se retorció los dedos en el regazo. Se sentó en el sofá y respiró hondo pausadamente.

–¿Saber el qué? –se inquietó Elena. Miró a uno primero y luego, al otro. No entendía nada.

–Hija... –La voz de Carmen se tornó áspera–. Siéntate, por favor.

–Estoy bien de pie –contestó ella, suspicaz.

–Hace siete años –empezó su madre, con la mirada perdida en el suelo–, tu padre y tres amigos suyos decidieron montar un negocio. Compraron una finca a las afueras de Madrid. La idea era alquilarla a grandes empresarios, a gente rica, bien para vacaciones, bien para reuniones de trabajo, bien para fiestas... –Realizó un ademán–. No importaba el motivo. Pensaron que así ganarían mucho dinero. El préstamo del banco era muy grande y tu padre y yo tuvimos que firmar un documento en el que ofrecíamos nuestra casa como garantía, en el caso de que no pudiéramos pagar nuestra parte de la finca.

Silencio.

–Continúa –le exigió Elena, acercándose a Carmen, aunque mantuvo una distancia acorde con su estado mental y físico de desconfianza–. ¿Qué ocurrió?

–Hija, yo no... –Chasqueó la lengua–. Yo no lo sabía... Yo... Me enteré hace poco... Yo...

–Mamá –la cortó–. ¿Qué ocurrió? –repitió.

–Dos años después –suspiró, cada vez mas nerviosa, cada vez se removía más en el asiento–, el banco informó a tu padre de que nos embargarían la casa y las cuentas si no pagábamos lo que supuestamente debíamos. –Se levantó–. El negocio de la finca no funcionó. No la alquilaron una sola vez. –Se giró y observó las vistas de la ciudad a través de la cristalera–. Tu padre se las ingenió para que yo nunca me enterara de nada. A mí sí me decía que la finca se alquilaba, pero que de momento no íbamos a recibir dinero porque al principio todo costaba. Y lo creí.

–Pero mamá –se incorporó y se situó a su espalda–, la casa os la han embargado ahora, no hace cinco años.

–Porque tu padre consiguió el dinero a tiempo –declaró su madre.

–¿Cómo?

–Porque localizó a una persona para financiarle el préstamo. –Se dio la vuelta y la miró con una increíble tristeza–. Tomás.

–¿Tomás? –extrañada, Elena se acarició las barbilla–. ¿Qué pinta Tomás en todo esto?

Pero Carmen no pudo seguir hablando, se tapó la boca con una mano temblorosa y se derrumbó en una de las sillas del comedor.

—Cuando estabas en tu último año de carrera —continuó Ian, que hasta el momento había permanecido en un segundo plano—, Tomás le pidió a tu padre permiso para salir contigo.

—¿Tú...? —Lo apuntó con el dedo—. ¿Tú cómo sabes eso?

—¡Yo se lo conté! —exclamó su madre, en llanto—. La semana pasada se lo conté. Tu padre me llamó y no supe qué hacer...

—¡Que alguien me explique ahora mismo qué demonios está pasando! —vociferó ella, asustada y muy agitada, con sus mejillas ardiendo y su corazón en suspenso—. Ahora.

—Elena... —suspiró él—. Tomás le pidió a tu padre permiso para salir contigo antes de que te graduaras. Lo hizo porque sabía cómo era Fernando en lo referido a ti, eras intocable para todo el mundo excepto para tu padre. La principal razón fue porque Tomás te quería y deseaba iniciar una relación contigo. Tu padre se negó, le dijo que tú no serías de nadie a no ser que el susodicho poseyera en el banco la cifra numérica de diez millones de euros, lo que le faltaba por pagar del préstamo de la finca.

—Un momento...

Recordó lo que Miguel le había relatado sobre la herencia de su marido.

—Tomás no contaba con tanto, pero tenía lo suficiente

como para financiar a tu padre durante un tiempo –le explicó Ian–. Acordaron, entonces, que Tomás haría transferencias mensuales a tu padre para suplir su deuda con el banco. Pero ese dinero se vio interrumpido cuando Tomás murió. Lo heredaste tú todo, su esposa. Y tu padre dejó de recibirlo. Al producirse un fallecimiento, el banco detiene las acciones de la persona en cuestión, en este caso las transferencias.

–Espera... –Inhaló aire y lo expulsó repetidas veces. Paseaba por el espacio. Innumerables imágenes de su pasado revolotearon en su mente–. ¿Mi relación con Tomás fue una mentira? –pronunció Elena en un hilo de voz. Se sentó en el sofá, con los ojos desorbitados y una feroz angustia en su pecho y en su estómago–. Oh, Dios... –Corrió al baño y vomitó.

Su ángel salvador se arrodilló a su lado. Le sujetó el pelo y le masajeó la nuca hasta que las convulsiones desaparecieron. A continuación, le limpió el rostro con una toalla que humedeció previamente. La ayudó a ponerse en pie y regresaron al salón. Ella se dejó guiar, autómatamente.

–Fernando se enfadó mucho cuando decidiste mudarte a Edimburgo –declaró su madre. La observaba, presa del miedo, del dolor y de los remordimientos–. Fue por eso, hija, porque él dejó de recibir el dinero. El banco estuvo hasta diciembre mandándole avisos de que ya nos habían embargado la casa y de que debíamos desalojarla. – Avanzó hacia Elena y la tomó de las manos, frías como

témpanos de hielo.

–¿Cuándo lo supiste? –se atrevió a preguntar ella con voz apenas audible y las mejillas pálidas inundadas por lágrimas silenciosas.

–Después de Navidad, al volver a Madrid. –Agachó la cabeza y la soltó para abrazarse a sí misma–. Tu padre no sabía cuándo llegaba porque no se lo dije. –Frunció el ceño–. Estaba muy enfadada con él, Elena. En cuanto Ian me regaló el billete de avión, le pedí a tu padre que se viniera conmigo, que arreglara vuestra situación, que se disculpara, que lo solucionarais.

–Te dijo que no.

Carmen asintió.

–Es muy orgulloso –masculló su madre. Caminó hacia la cocina, donde apoyó las caderas en la barra americana–. Pero el orgullo lo ha llevado a nada... –Respiró hondo profundamente–. Cuando llegué a casa el día siete de enero, papá estaba desquiciado. Había destrozado el despacho. Gritaba incoherencias. Yo me asusté. Jamás lo había visto así... –Entornó los ojos, sumida en los recuerdos que contaba–. Me tiró un papel arrugado. Era una notificación del banco, lo del embargo. Me contó que la finca llevaba un tiempo sin prosperar. –Se rodeó a sí misma de nuevo para mitigar un escalofrío–. Me mintió. La finca nunca fue alquilada y él y sus amigos nunca obtuvieron un mísero euro.

–¿Y lo demás? ¿Cómo te enteraste de lo de Tomás? –
Se aproximó a Carmen.

Su madre miró a Ian Gayre. Elena la imitó.

—¿Ian? No entiendo nada... —se desesperó ella. Dejó caer los brazos a los costados.

Él acortó la distancia que los separaba y le acarició el rostro. Se lo secó con dedos suaves y cariñosos.

—Cuando me dijiste que habían entrado en el bufete de tu hermano y que la denuncia no avanzaba —le explicó él—, contraté a un detective privado. Había muchas cosas que no me cuadraban.

—Pero Miguel no me ha dicho nada... —musitó Elena.

—No quise que nadie lo supiera, Elena. —Sonrió con tristeza—. Me contaste muchas cosas de Fernando y de Tomás que no comprendía. La forma de actuar de tu padre hacia a ti, el modo en que te empujaba hacia Tomás... Que desaparecieran todos los documentos del bufete a nombre de tu marido... —La miró con fijeza—. Tuve un mal presentimiento. Y no deseaba alarmarte. También tenía miedo de que pensaras que te controlaba, de que huyeras de mí si te decía que estaba investigando... —Se encogió de hombros—. Si me equivocaba, si no había nada, ningún secreto, si todo eran casualidades, temí que te alejaras de mí, que te enfadaras tanto conmigo que desaparecieras de mi vida.

—Pero sí hubo algo. Fuiste tú quien lo descubrió.

—Sí. —Asintió su ángel salvador, sin alejarse un milímetro de ella—. Me telefoneó el detective a los pocos días. Me informó de que durante cinco años Tomás Solar, o sea tu marido, había realizado transferencias mensuales

con un importe de cincuenta mil euros a una cuenta particular de Fernando Robledo, tu padre. Tu madre ya estaba aquí, pero, como ella no te decía nada, me lo guardé para mí. No quise... –Retrocedió y se revolvió los cabellos–. Lo siento, Elena, no supe cómo actuar. Preferí callarme, esperar a que tu madre comentara algo, ¡lo que fuera!

–Tu padre me llamó la semana pasada –confesó Carmen–. Me interrogó sobre vosotros dos. Me enfadé. No soy ninguna tonta, hija. –Arrugó la frente y chasqueó la lengua–. Discutimos.

–Necesita dinero. Es eso, ¿verdad? –adivinó Elena sin asomo de dudas–. Por eso está aquí. Quiere el dinero de Tomás. Por eso se presentó en casa y me pidió perdón. Está desesperado... –Chirrió los dientes, furiosa.

–Sí –afirmó su madre–. El banco me llamó, hija. –Se acomodó en el sofá y cruzó las piernas–. Por eso tu padre se puso en contacto conmigo.

–¿Por qué? –Ella se sentó en el borde de la mesa baja.

Carmen alzó la vista hacia Ian y sonrió. Él no lo hizo, sino que se ruborizó.

–Un benefactor anónimo saldó mi deuda con el banco, Elena –contestó su madre con lágrimas en los ojos y una inmensa gratitud en su rostro.

Elena se incorporó y caminó hacia aquel extraordinario escocés.

–¿Tú? –le preguntó en un susurro.

Su ángel salvador desvió la mirada, cada vez más

colorado.

–Sí, hija –contestó Carmen–. Ian fue quien saldó mi deuda...

A ella se le formó un nudo en la garganta. Su cuerpo comenzó a temblar. Levantó las manos y le acunó la cara. Sonrió.

–¿Por qué? –articuló Elena con los labios.

–Porque te amo –respondió él al instante, grave y tajante–. Caminamos juntos, ¿recuerdas?

Ella se arrojó a su cuello con fuerza.

Ian expulsó el aire que había retenido. Jamás había pasado tanto miedo en toda su vida como en ese momento, al confesarle a su preciosa mujer lo que había hecho a sus espaldas, por su bien, sí, pero a escondidas.

–Espera... –señaló Elena al apartarse despacio–. Mamá –se acercó a Carmen–, tú sabías el acuerdo entre Tomás y papá antes de que hablastes con Ian. Por eso te divorciaste.

De repente, se desvanecieron los incesantes interrogantes en su mente.

–Sí, cariño. –Su madre se sorbió la nariz con delicadeza–. Lo siento mucho, hija... –Se le rompió la voz–. ¡Lo siento tanto!

–¡Mamá! –La abrazó entre lágrimas–. No, mamá, no has hecho nada malo.

–¡Estuve ciega! –Se soltó con brusquedad–. ¡Ciega! ¿Cómo una madre no es capaz de ver eso? ¡¿Cómo, hija?! –Alzó los brazos al techo, estallando en llanto de nuevo–. Sabía que no estabas enamorada de Tomás y permití que

te casaras con él. No me senté contigo, no hablé contigo. Me mantuve al margen. Tu infelicidad fue en parte por mi culpa.

—¡No! —exclamó Elena. Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo—. Mamá, Tomás me quería, no lo dudo. Lo que pasa es que yo no lo quería a él como debiera. No estaba enamorada de él. —Suspiró suavemente—. Y, ¿sabes qué? No lo culpo —reconoció. Se percató al instante de sus propias palabras—. No culpo a Tomás. No actuó bien, pero... Pero lo que de verdad me duele es saber que papá me vendió. —Se señaló a sí misma con la mano—. Eso sí me duele. —Sintió el corazón enjaulado, pugnando por escapar y latir con libertad, pero su padre se lo impedía—. Y me va a escuchar. Quiero que me lo diga a la cara. Y lo hará.

Salió del apartamento. Ignoró las advertencias de Ian y de Carmen. Se dirigió al ático y cogió el móvil. Telefonó a Fernando.

—Necesitamos hablar —le dijo Elena—. Ven a mi casa, donde está viviendo mamá. Te espero allí. —Y colgó sin permitirle responder.

—Elena. —Su novio se presentó en el ático junto con su madre—. No hagas ninguna tontería.

Ella se calzó las *converse*.

—Quedaos aquí con Olivia —les ordenó y se marchó de un seco portazo.

Entró en su antiguo apartamento, se detuvo en el recibidor y esperó a que el telefonillo sonase. El portero la

avisó de que Fernando Robledo subía hacia su casa.

Por extraño que pareciera, Elena estaba tranquila, pues lo que en realidad sentía era una fría serenidad. Y eso no era precisamente bueno...

Abrió a su padre.

—No es cierto que te arrepientas de las cosas que me dijiste antes de irme —declaró ella, con la barbilla erguida y una ceja enarcada—. Has venido por el dinero de Tomás.

—¡Ese dinero nunca fue tuyo! —le recriminó Fernando, colérico.

—Tienes razón. —Movi6 la cabeza en un gesto afirmativo—. Los cincuenta mil euros mensuales durante cinco años, más los tres millones y medio que heredé al morir Tomás, suman un total de... —calculó mentalmente y sin esfuerzo—, seis millones y medio de euros, lo que yo valgo para ti. Ese fue mi precio. Es curioso... —musitó. Se golpeó el mentón de forma teatral—. Creía que un hijo no tenía precio —recalcó con énfasis en las últimas tres palabras.

Su padre se sonrojó al instante, avergonzado por haber sido descubierto, aunque su postura regia y altiva demostraba que en su cuerpo no existía un ápice de remordimiento.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? —le censuró Elena. Frunció el ceño—. ¿Cómo pudiste venderme? Después de todo lo que he hecho por ti... —Realizó una mueca de desagrado—. Aparté mis sueños, ¡mi vida! —gesticuló—, por ti, papá. Estudié *Empresas* y trabajé contigo por ti.

Aparqué mis cuadros y mis dibujos por ti. Y no fue suficiente... ¡Estás enfermo! ¡El dinero te ha trastornado!

Fernando se echó a reír, se cruzó de brazos y balanceó su cuerpo con los pies.

—¿Sabes una cosa, Elena? Siempre has sido muy débil, igual que tu madre. Y Tomás también lo fue. El muy inútil se arrepintió el día antes de la boda —escupió. Caminaba por el salón sin rumbo fijo—. Me dijo que no podía casarse contigo engañada como te tenía. Pero yo jugaba con una carta a mi favor. —Alzó un dedo en el aire y lo agitó. Sonreía con satisfacción—. Le recordé el infierno que sufrió por haber perdido a sus padres. Le recordé lo miserable que había sido su vida. Y le recordé que tú eras su única luz, que no se le ocurriera perderte porque eras lo único bueno de su amarga vida.

A ella le vino a la mente la conversación que había mantenido con Miguel en Nochebuena. Su hermano le había confesado que, la noche antes de la boda, Tomás se había puesto en contacto con él, borracho, de madrugada. Tomás le había dicho que iba a cometer el peor error de su vida casándose con Elena, pero que ella era lo mejor que le había pasado y que no pensaba desaprovecharlo.

Dios mío... ¡Fernando lo manipuló!

Se cubrió la boca con las manos.

—¿Quién eres? —pronunció Elena en un hilo de voz.

Su padre acortó la distancia y la agarró de los brazos. La zarandeó.

—Todas las veces que Tomás te decía que persiguieras

tus sueños, que abandonarás tu trabajo conmigo –dijo Fernando, que chirrió los dientes un segundo–, yo ya lo sabía. Los remordimientos lo atormentaban, Elena. ¡Era un idiota, un débil como tú! –La soltó como si se hubiera quemado ante el contacto.

–No quiero volver a verte –decretó ella. Respiraba con dificultad–. Márchate de Edimburgo, ¡aléjate de nuestras vidas!

–Primero, quiero mi dinero –contestó su padre con los ojos entornados–. Después, me iré.

–No te lo daré.

–Lo harás. Salda mi deuda con el banco, como has hecho con mamá, o no me marcharé de aquí, no me alejaré de tu madre a más de dos pasos. No me conviertas en tu enemigo, Elena, no te conviene. –Aleteó las fosas nasales.

–¡Jamás! –Lágrimas rabiosas bañaron sus ardientes mejillas.

¿Quién demonios era ese hombre? ¿Y acababa de amenazarla?

–El robo del bufete lo hiciste tú –afirmó Elena. Lo observaba como si fuera un desconocido, pero un desconocido siniestro...

–Dame mi dinero o pídeselo a tu novio. –Sonrió con malicia. Estiró el cuello, prepotente y soberbio–. Cuatro millones de euros. Y me iré para no regresar nunca.

En ese momento, la puerta se abrió.

Ian, peligroso, caminó hacia Fernando, el cual se

encorvó ligeramente asustado.

—Salga de aquí ahora mismo —le ordenó su novio—. Tendrá su dinero mañana. Me pondré en contacto con usted.

—¡No! —profirió ella, agarrando a su ángel del brazo—. ¡No, Ian! ¡No quiero! ¡No se lo merece!

Su padre desapareció de su vista como un alma que huía del diablo.

—Vámonos a casa. —Ian la tomó del codo y la condujo hacia el ascensor.

—¡No quiero que le des nada! ¡No quiero! —Lo golpeó en el pecho. Expulsó la rabia y el dolor que la poseían en cada puñetazo sin fuerzas.

Él consintió que se desahogara, no se quejó, ni se movió, tan solo pulsó una tecla para que el elevador se detuviera entre las dos plantas del edificio donde se encontraban. Elena, entonces, estalló en llanto desconsolado.

Ian la abrazó, la estrujó contra su propio corazón cerrado en un puño. Era horrible enterarse de algo así. Que un padre hiciera eso a un hijo, encima al hijo que había dado todo por su progenitor sin esperar nada a cambio... Aquella preciosa mujer era un tesoro de valor incalculable. Fernando Robledo no se merecía siquiera mirarla.

No podía ahorrarle el sufrimiento a ella, por más que él lo anhelara. Y saldaría la deuda para apartarla de Fernando, para que Elena viviera al fin tranquila. Lo de

Carmen lo había hecho sin pensar, había actuado decidido porque tanto Carmen como Elena se habían convertido en dos personas indispensables en su vida, igual que Olivia. Por ellas sería capaz de hacer cualquier cosa. Y por el dinero no había problema, no porque fuera rico, que lo era, sino porque los asuntos materiales no tenían comparación con los asuntos del corazón.

Cuando Elena se calmó, él accionó de nuevo el elevador.

La guió hacia el dormitorio.

—Duérmete un rato —le aconsejó su ángel antes de besarle la frente y arroparla con ternura—. Descansa. Si me necesitas, llámame y vendré enseguida, ¿de acuerdo?

Ella cerró los ojos y asintió.

Consiguió conciliar el sueño un rato, o, mejor dicho, unas horas, pues cuando se despertó era entrada la noche. Se levantó de la cama y desentumeció los músculos. Se dirigió al baño y observó su pálido y demacrado reflejo a través del espejo.

Los recuerdos se agolparon en su mente de inmediato. Una lágrima descendió por su mejilla. Luego, otra... Y otra...

—Patito.

Elena giró medio cuerpo y descubrió a Ian apoyado en el marco de la puerta. Sonreía con dulzura y sus ojos brillaban con intensidad e infinito amor.

Su corazón se disparó.

—Estoy embarazada.

Lo expuso tal cual, sin un discurso, o una cena romántica previa. De golpe y porrazo, como diría su madre.

El tiempo se congeló, así como su respiración.

Entonces, él se echó a reír. Ella frunció el ceño.

—¿Lo sabías?

Su ángel la observó con expresión divertida.

—Bueno —se encogió de hombros—, vomitas desde hace tres semanas sin causa lógica, duermes como una marmota y bostezas cuando estás despierta. Y —levantó una mano en el aire para enfatizar— tu olfato se ha desarrollado una barbaridad. —Ladeó la cabeza, cómico—. Además, parece mentira que me conozcas. —Avanzó, despacio y seductor—. ¿No soy el número doce del ranking de *Forbes*? —Arqueó las cejas. Fingía altivez.

Elena emitió una carcajada.

—No es difícil de imaginar —prosiguió él, que posó las dos manos en las caderas de ella—. No nos cuidamos, Elena. Debí... —Adoptó una actitud de gravedad absoluta—. Quiero que sepas que siempre he tomado precauciones antes de estar contigo. Siento decirte esto, pero necesito que lo sepas.

Elena sintió comenzar a derretirse ante el significado que encerraban esas palabras.

—Ian, yo... —Le tembló la voz—. No te lo he dicho antes porque...

Su ángel la interrumpió con un beso en los labios.

—No me des explicaciones, Elena —negó él, solemne—.

Estás asustada –acertó sin dudar–. Pero, ¿sabes qué? – Sonrió y se arrodilló a sus pies–. No temas, patito. –Le alzó la camiseta y besó su vientre plano–. Conmigo estáis a salvo.

Ella sollozó de pura felicidad. El verdor de aquella mágica mirada era tan profundo y penetrante que le debilitó las piernas y cayó a su regazo. Se abrazaron.

–Sí... –suspiró Elena con los ojos cerrados–, contigo estamos a salvo...

Al día siguiente, se marcharon a trabajar en silencio. No habían hablado de su padre todavía, pero Ian, a media mañana, salió del despacho y no regresó hasta las cuatro de la tarde.

–¿Dónde has estado? –se interesó Elena. Se incorporó del taburete al verlo traspasar la puerta.

Él colgó la gabardina en el perchero y se aflojó el nudo de la corbata. Sus cabellos estaban revueltos. Mala señal...

–Tu padre acaba de coger un avión a Madrid. Me he asegurado de ello –anunció su novio, que introdujo las manos en los bolsillos del pantalón–. He saldado su deuda con el banco. Ya no te molestará más. –Se giró y observó, pensativo, el cielo a través de la ventana, un cielo encapotado, aunque todavía no había roto a llover.

Ella se acarició el vientre de forma inconsciente. Parecía estar viviendo una pesadilla...

–¿Podemos irnos a casa, por favor? –le pidió Elena, agitada sin saber por qué.

Ian sonrió, aunque sin alegría, y asintió.

En el ático, él y Olivia se acomodaron en el jardín para proceder con las clases. Ella, en cambio, cogió su móvil y telefoneó a su hermano Miguel desde la habitación.

—*¡Ele!* —le saludó Miguel, contento de escucharla—. *¿Qué tal todo? Estaba pensando en ti ahora mismo.*

—*¿Y eso?*

—*La policía ha encontrado a los ladrones del robo del bufete. Unos gamberros, que también robaron en otros pisos del edificio esa misma noche.*

Elena arqueó las cejas, sorprendida.

—*¿Quién te ha dicho eso?* —quiso saber ella.

—*Un agente de policía que acaba de irse.*

Elena inhaló aire y lo expulsó sonoramente.

—*¿Qué pasa, Elena?* —se preocupó su hermano.

—No han sido unos gamberros —respondió con tranquilidad—. Fue papá.

A continuación, le relató lo sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas.

Miguel, tal como esperaba, reaccionó con gritos, rabioso e incluso humillado.

—*¿Tomás nos traicionó?* —Estaba consternado—. *¿Tomás nos mintió? ¡Tomás te compró por diez millones de euros!*

—Miguel... —suspiró—. No le culpo.

—*¡¿Qué?!* —gritó, colérico.

—No le culpo —repitió—. No le culpo... Aunque te parezca raro, aunque no lo comprendas, no culpo a

Tomás. Tanto Tomás como yo fuimos los títeres de un hombre sin escrúpulos que jugó con nuestros sentimientos. El culpable es papá, no Tomás. Tomás me compró, sí, pero porque estaba enamorado de mí y no sabía cómo conseguirme de cara a papá. Porque él sí conocía a papá. Tú mismo dijiste que Tomás era muy inteligente y muy reservado. Y yo lo quería muchísimo... –Tragó saliva–. Y lo seguiré haciendo, Miguel. Nunca lo amé, pero lo quise. Y siempre me decía que me desvinculara de papá, que persiguiera mis sueños, que me dedicara al dibujo y a la pintura, que él me apoyaría.

–*Eso no es excusa* –la cortó Miguel, tajante, con la voz quebrada por el dolor.

–No, Miguel. –Se sentó en el suelo, recostó la espalda y la cabeza en la pared–. Pero no le guardo rencor.

–*¡No lo entiendo, Elena!*

–No lo amé, Miguel, nunca estuve enamorada de él. No le culpo. Y tampoco deberías culparlo tú. Tomás fue una marioneta, como yo –insistió–. Pero ya no más, Miguel, ya no más...

–*Lo siento, Elena, pero ahora mismo no siento nada bueno hacia Tomás. ¡Os presenté yo, joder! ¡Yo!*

–Escúchame –le ordenó en un tono ronco–, ni tú, ni mamá tenéis la culpa de lo que ocurrió. Quizá... –Respiró hondo profundamente y sonrió, nostálgica–. Quizá lo idealicé, Miguel. Confundí amor con admiración. Amo a Ian, lo amo con locura –declaró con una mano a la altura del corazón–. Esto que siento es amor, ¡amor! Con él no

soy capaz de controlarme... –Emitió una risita–. Miguel...

–¿Qué? –contestó, todavía enojado.

–Estoy embarazada... –Se tapó los labios temblorosos.

Silencio.

–¿Miguel?

Silencio.

–Miguel –lo llamó, impaciente.

Silencio.

–¡Miguel! –se desesperó.

Miguel colgó.

¡Colgó!

¡Ay, Dios!

Lo telefoneó de nuevo, pero el móvil de su hermano estaba apagado o fuera de cobertura. Insistió el resto de la tarde y por la noche hasta que se durmió. Se lo contó a Ian durante la cena y él no dejaba de sonreír. ¡Sonreír! ¡El mundo se había vuelto loco!

A la mañana siguiente, el timbre de la puerta la despertó. Se incorporó de golpe. Estaba sola en la cama, de hecho, el lado de su ángel estaba frío. Trastabillando aún por el sueño, salió al pasillo. Olivia la acompañó de la misma manera.

Abrió la puerta.

–¡Tío Mickey! –chilló su hija antes de lanzarse a las piernas de Miguel.

Sí, su hermano...

Tanto Miguel como ella se quedaron petrificados, aunque por razones bien diferentes. Su hermano

observaba a la niña con los ojos desorbitados.

–Oli... Olivia... –articuló Miguel.

Olivia se rió y salió disparada hacia el jardín con *Bruno*, al cual relató quién era el visitante con una adoración masticable.

Entonces, su hermano frunció el ceño, entró y cerró tras de sí.

–¿Cuándo pensabas decirme que Olivia habla? –inquirió, enojado—. ¡La niña habla, Elena! –exclamó alzando los brazos al techo.

–Miguel, yo... –La emoción se apoderó de su pecho. Sonrió y se arrojó a su cuello. Lloró de felicidad—. ¡Cuánto te he echado de menos!

Su hermano la correspondió de igual modo.

–No podía darte la enhorabuena por teléfono –le aseguró Miguel con lágrimas en los ojos—. ¿Estás bien? ¿Te duele algo? ¿Te sientes extraña? ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Cuándo nacerá? ¿De cuántas semanas estás?

Elena se carcajeó ante el nerviosismo del abogado.

–Todo está bien, de momento... Pero, cuéntame, ¿qué haces aquí?

Se acomodaron en los taburetes de la isla. Preparó café.

–Llamé a Ian anoche para decirle que cogería un avión a primera hora para Edimburgo –le explicó su hermano antes de beber un vaso de agua—. Quería que fuera una sorpresa, pero como no sé a qué hora sales de trabajar, ni nada, se me ocurrió preguntarle a él.

–Son las siete y media, Miguel. –Elevó las cejas,

divertida—. ¿Qué significa para ti coger un avión a primera hora de la mañana? —Sirvió el café en dos tazas.

—Ian me envió su propio avión. —Sonrió de forma pícaro.

Ella se mordió el labio inferior y se abrazó el vientre. Ian Gayre era extraordinario, y cada día más...

—He dejado la maleta en casa de mamá. Ha dicho que ahora subía —le informó Miguel antes de dar un sorbo al café—. Lo de Olivia...

Elena respiró hondo.

—La atropelló un coche —le confesó ella, seria—. Se golpeó la cabeza, pero, afortunadamente, solo se dislocó el hombro. —Entrelazó las manos encima de la encimera—. Al despertar, lo primero que hizo fue decir *me duele*; luego, cuando vio a Ian, *hola, papá y tengo sed*. —Sonrió—. Y ya no ha dejado de hablar. Los médicos nos aconsejaron que no comentáramos nada hacia ella, que actuáramos con normalidad —añadió en voz baja—, no fuera que se asustara y regresara la mudez.

—Madre mía... —Su hermano le apretó el brazo y sonrió con dulzura—. Me alegro mucho, Ele, por todo.

En ese instante, Ian entró en el ático.

—¡Papá! —Olivia lo besó en la cara, pues él se agachó para su característico y cariñoso saludo—. ¡Ha venido el tío Mickey!

Miguel le dirigió una significativa mirada a Elena y su sonrisa se ensanchó.

—Por todo —repitió su hermano en un susurro, sabiendo

ambos a qué se refería.

–Hola, Miguel. –Ian le tendió la mano.

–Gracias, Ian –dijo el abogado con sinceridad.

Ella, sonrojada como un pimiento asado a punto de estallar en el horno, se acercó a su ángel, se puso de puntillas y le besó la rasposa mejilla. Él la contempló con unos ojos oscuros y endiablados que prometían mucho más que un casto roce de labios en la cara.

Miguel carraspeó, incómodo, y la joven pareja, pues, regresó a la realidad.

Los tres días que estuvo su hermano en Edimburgo transformaron la ansiedad, que poseía a Elena desde el incidente con su padre y desde que supiese su estado de embarazo, en alegría, risas y bromas. Fernando quedó relegado al olvido.

Miguel y ella charlaron con su madre largo y tendido sobre el pasado, sobre el presente y sobre las expectativas del futuro. Su hermano se sentía traicionado por Tomás y seguramente tardaría en perdonarlo, pero estaba tranquilo porque veía a Elena feliz, la veía como cuando siendo una niña se dejaba llevar por un lapicero y dibujaba, dibujaba y dibujaba sin parar...

Y así se lo comentó en el aeropuerto cuando llegó la despedida.

–Ya te avisaré –le indicó Miguel–, pero cuenta con que en julio vendremos Lorena, los niños y yo a veros, ¿de acuerdo? No me perdería tu tripita por nada del mundo.

—¡Claro! —asintió ella, dichosa por tal noticia.

Se abrazaron los cuatro en cuadrilla. Carmen y Olivia lloraban, igual que Elena. No obstante, sus lágrimas, en esa ocasión, eran distintas. En diciembre, ella todavía no se había curado de sus heridas, de su tormento, y decirle adiós a su hermano había sido como desprenderse de una parte de su ser. Ahora, en cambio, le costaba, sí, pero estaba segura y a salvo. Y supo que el sentimiento era mutuo.

—Cuida de mamá, Ele —le susurró Miguel al oído—. Cualquiera cosa, ya sabes.

Elena lo besó con fervor en el rostro. Su hija se abrazó a su tío Mickey con desconsuelo.

Y se fue.

El chófer de los señores Gayre las esperaba aparcado en la acera y condujo hacia el palacete, donde se bajaron su madre y Olivia, y después, al estudio.

Ian no estaba en el despacho. No había podido acompañarlos al aeropuerto porque había surgido un problema con uno de los proyectos que tenía abiertos.

Ella se tomó un café con Lucy y le contó las buenas noticias.

—¡Eso es estupendo, querida! —Se alegró su amiga con fervor—. Y, ¿cómo te sientes?

—Llevo unos días con el estómago en su sitio. —Sonrió, agradecida por la milagrosa pastilla que le recetó el médico—. Lo cierto es que Ian y yo solo lo hablamos una vez. Con el lío de mi padre —realizó un aspaviento con la

mano—, la visita de mi hermano... —Resopló—. Tenemos que hablar con sus padres. Y, por supuesto, con Olivia. ¿Cómo crees que se lo tomará? —preguntó, inquieta ante la duda que la asaltó al pensar en ello.

—Esa niña te adora. A ti y a Ian. —Sonrió con cariño—. Le encantará tener un hermanito o una hermanita.

Se terminaron el café y cada una volvió a su puesto de trabajo.

No obtuvo noticias de su novio y había terminado los últimos bocetos, por lo que se recostó en el sofá con un cuaderno de lienzos y dejó volar su inspiración. Al cabo de un rato, se durmió.

Al abrir los ojos, se sobresaltó, pues no esperaba ver al jefe de «Decoración de Interiores» en el despacho. El señor MacBradies, o Patrick, como prefería que lo llamara, era la persona más educada y bonachona de *Gayre's Style*, y con diferencia. Además, era todo un profesional.

En ese instante, Patrick analizaba atentamente su cuaderno.

—Hola —le saludó Elena al ponerse en pie—. Perdona, no sé qué me ha pasado...

El decorador sonrió.

—¿Esto es tuyo, Elena? —se interesó.

—Son solo tonterías. —Se ruborizó y le quitó los dibujos con suavidad, pero con firmeza.

—Son increíbles —la obsequió el hombre al tiempo que afirmaba con la cabeza para enfatizar sus palabras—. ¿No

se los has enseñado a nadie?

–¿Yo? –preguntó, incrédula–. Claro que no. Solo son dibujos de una aficionada. –Cerró el cuaderno.

–No son solo dibujos de una aficionada –insistió Patrick–, es arte. Y muy bueno, por cierto. –Se cruzó de brazos y entrecerró la mirada–. ¿Te gustaría asistir a una exposición? Es de un inglés que pinta cuadros abstractos. Sé que no guarda relación con lo que tú haces, pero me gustaría que vinieras.

–¿Cuándo?

–El viernes de la semana que viene es la inauguración. A las ocho. Se servirá un aperitivo. Puedes venir acompañada del jefe. –Le guiñó un ojo.

Ella se acaloró, avergonzada. El día anterior, el decorador había pillado in fraganti a Elena y a Ian cogidos de la mano saliendo de la cafetería. Ninguno había comentado nada, pero era obvio y cada día, más evidente. La joven pareja procuraba no tocarse, no besarse o no abrazarse, pero había ocasiones, ¡la mayoría!, que les resultaba imposible no hacerlo, como si un imán les mantuviera siempre unidos.

–La galería se llama *MB*, está en la zona vieja de la ciudad. Es un edificio no muy grande, pero muy bonito y de estilo antiguo.

–Gracias. Allí estaré.

Patrick se marchó justo cuando apareció Ian.

–¡Hola! –exclamó ella, feliz, con un aleteo en el estómago.

Su ángel salvador sonrió, pícaro, y la besó en la frente.

—¿Nos vamos a casa, patito?

—Sí... —suspiró. Le contemplaba los labios como si se tratasen de un manjar.

Él se echó a reír al fijarse y se encaminaron hacia el ascensor.

Esa noche, Olivia se empeñó en dormir con ellos. Elena se enfurruñó.

Ian, que no era tonto, se percató y decidió bromear sobre el asunto.

—He creado un monstruo —le susurró al oído.

Ella estaba preparándose un baño cargado de espuma y se enfadó, pero porque se le erizó la piel por culpa de su tono seductor y porque le rozó la oreja con los labios, una caricia demasiado exquisita para su autocontrol.

—Déjame en paz. —Se giró. Arrugó la frente—. Voy a mimarme, si no te importa.

Él procuraba esconder la diversión, pero sus hombros se convulsionaban.

—¿Te enjabono la espalda, patito? —le preguntó.

—¡Oh! —Se le propulsaron los latidos de su corazón.

Ian estalló en carcajadas.

—¡Fuera de aquí! —le gritó Elena. Lo empujó, molesta, y echó el pestillo seguidamente.

Y a partir de ahí, la tensión sexual se incrementó los siguientes días de una forma insoportable. Ella no podía dejar de mirar a su ángel tentador, de suspirar cuando esos ojos claros coincidían con los suyos. Se quedaba

embozada en él en el trabajo, le costaba concentrarse con el incesante aroma a regaliz rojo inundándole las fosas nasales, penetrando en su piel, un olor que le recordaba la última vez que habían hecho el amor, en la cocina, con regalices por todas partes... ¡Hacía más de una semana!

¡Y no se reconocía! ¿Qué demonios le pasaba que era incapaz de dominarse?

Por las tardes, mientras Ian impartía clases a la niña, Elena se tumbaba en la hamaca del jardín y fingía leer un libro, cuando, en realidad, observaba extasiada a aquel escocés. Pero siempre la descubría y le dedicaba esa sonrisa que tanto la enardecía.

Por las noches, su hija había creado una nueva costumbre: dormir con ellos. Le encantaba acostarse con Olivia, no lo negaba, pero necesitaba cierta intimidad con su novio, aunque fueran cinco minutos... Echaba tanto de menos el contacto de Ian que comenzaba a asustarse. Aquello no era normal. Se irritaba consigo misma y también con él, porque no hacía absolutamente nada para variar la situación, todo lo contrario, se mantenía alejado adrede, enervándola y excitándola a la par.

Se lo comentó a Lucy y su amiga, después de reírse abiertamente para avergonzarla, le advirtió que quizá su estado de nervios era consecuencia del embarazo, que las hormonas se disparaban y el cuerpo de la mujer cambiaba por completo.

Elena pensó que estaba en lo cierto. Ella no podía asegurarlo porque nunca, en sus tres intentos fallidos con

Tomás, se había sentido tan rara, tan agitada, tan susceptible, tan fuera de sí, como si sus emociones tomaran vida propia.

Su madre, para mayor consternación, se había percatado de ello.

La mañana del viernes de la exposición de arte, Carmen preparó el desayuno en el ático, como cada día, salvo por la diferencia de que, al verla, sonrió de forma enigmática.

–Bueno –le propinó un leve codazo su madre–, esta noche salís, ¿no?

–Sí –contestó Elena. Frunció el ceño–. ¿Qué pasa, mamá? –Se exasperó.

–Nada, hija. –Emitió una risita–. Buenos días, Ian.

–Buenos días, Carmen –correspondió su ángel–. Hola, patito. –Surgió a su espalda y la besó en la sien.

Y gimió... Ella gimió por el dichoso aroma a regaliz rojo. Se cubrió los labios al instante, incrédula por su propia reacción.

Los presentes, solo los adultos porque Olivia estaba en el sofá, la miraron, divertidos.

Elena gruñó. ¡Si comía regaliz, se acabarían las tonterías! ¡Sí, señor!

Pero no. A media mañana, salió del estudio para comprar regalices en una tienda de dulces que había a la vuelta de la esquina. Los devoró con ansia y no se sació. ¡Estaba loca! El enfado alcanzó cotas extremas aquella jornada.

–Esta tarde –le dijo su novio, serio, desde la silla de

piel—, Olivia estará con tu madre. La inauguración es a las ocho, ¿no?

—Sí. —Asintió. Chirrió los dientes.

—¿Qué te pasa? —Se aproximó a ella—. Tienes... —Le rozó el labio inferior con un dedo que después se chupó—. ¿Azúcar?

Elena se ruborizó de inmediato y retrocedió. Se acomodó en su taburete y, con manos temblorosas, continuó haciendo bocetos.

—Por cierto —añadió Ian—, nos veremos directamente en la galería, ¿te importa?

Ella arrugó la frente.

—No, tranquilo —mintió—. ¿Por qué?

—Tengo reunión esta tarde a las seis y luego me quedaré con mi padre resolviendo unos problemas de una de las obras —comentó con los ojos clavados en un plano.

Elena suspiró, contenida. Intentó desechar las terribles preguntas que rondaron su mente. Sin éxito.

El chófer la llevó a casa a las cuatro. Ni siquiera pudo despedirse de su novio, pues, de repente, tenía una llamada urgente que atender justo cuando ella estaba recogiendo. Más malhumorada de lo que estaba al traspasar la puerta del ático era imposible. ¡Imposible!

Mascullando incoherencias, se duchó y se lavó el pelo. Una vez se lo alisó con el secador y se maquilló, su móvil vibró con un mensaje de Ian.

Toc-toc.

–Pero, ¿qué...?

El timbre de la puerta interrumpió su frase.

Se colocó una camisa de su ángel, que le alcanzaba los muslos, y, extrañada, anduvo hasta el recibidor. Observó por la mirilla. No había nadie. Abrió.

–¡Oh!

Vio una caja alargada en el suelo con un lazo azul pegado a la tapa y otras dos cajas más pequeñas al lado. Lo cogió todo y cerró.

Con dedos trémulas, procedió a desenvolver los regalos.

Un precioso vestido negro de seda, corto, con las mangas hasta las muñecas y sin escote la dejó boquiabierta. Unos zapatos de tacón fino y alto, de color verde manzana, llamativos, pero elegantes, con la punta redonda y abiertos en el talón, y un bolso estampado en ambos colores, a juego, completaban el conjunto.

Había una nota:

Empiezan las sorpresas...

El aleteo de su estómago se hizo presente con poderío.

Sacó el vestido, se incorporó y se lo colocó por encima. ¡Brillaba! Emitió un grito de júbilo y corrió al dormitorio a arreglarse.

El vestido se pegaba como un guante a su figura, aún esbelta y sin mostrar signos de embarazo. En ese momento, decidió mojarse de nuevo el pelo para rizárselo con el difusor. Recordó la fiesta de Nochevieja de Lucy,

cuando Ian le había acariciado los cabellos rizados. La había contemplado con tal deseo que ella supo que le había encantado el peinado.

¡Lo adoraba! ¡Era el mejor!

Sin embargo, a las ocho, ya preparada, con los pendientes que él le había regalado el día de la gala, desistió de seguir esperándolo. Parecía que sí iba a acudir sola a la galería. Descolgó de una percha una *blazer* larga y negra con hombreras y cuello rígido y cerró el ático con llave. Se despidió de su madre y de su hija, a quienes visitó antes de salir. La halagaron en exceso y le desearon una velada perfecta.

Y al pisar la acera... Ahí estaba.

Ian Gayre estaba recostado en el *Jaguar*. Iba de traje y corbata distintos a los de por la mañana y a juego con ella: pantalón y chaqueta negros, camisa blanca y corbata verde manzana. ¡Estaba impresionante!

Elena corrió hacia él. Sonrieron los dos. Y se besaron en mitad de la calle sin pudor. Su ángel oscuro le rodeó la cintura, posesivo, y la estrechó contra su cuerpo mientras le devoraba la boca. Ella lo correspondió de igual forma hasta que alguien carraspeó a su espalda. Se detuvieron de golpe, sonrojados ambos por tal espectáculo y por la promesa que escondían esos ardientes besos que acababan de compartir.

–Estás hermosa, Elena –susurró, ronco. La repasó de la cabeza a los pies y la ayudó a subir al coche. Cuando se acomodó en su lugar correspondiente, se inclinó y la besó

de nuevo. Carraspeó para centrarse, pues aquella preciosa mujer le había robado el aliento—. ¿Preparada para la noche que nos espera?

Elena se mordió el labio y asintió, ¡eufórica!

Él se rió y encendió el motor.

—Me gustan mucho esos pendientes, patito, pero más me gusta quien los lleva, muchísimo más...

¡Oh, sí! ¡Aquella noche prometía!

CAPÍTULO 20

Llegaron a la galería enseguida. Había fotógrafos y periodistas a ambos lados de una alfombra roja que se extendía desde el borde de la acera hasta perderse en el interior del edificio.

—No sabía que era tan importante la exposición — comentó Elena, nerviosa.

—El pintor es un escocés muy conocido y valorado aquí en la ciudad —le explicó Ian, que ralentizó el motor hasta parar—. Hoy inaugura su nueva colección y comienza una especie de gira por Europa, por eso hay tanto revuelo. Además, esta galería es bastante importante. Los artistas suplican exponer aquí, en *MB*, sus obras.

—¿De verdad?

—Así es. Espera. —Bajó del coche y la ayudó a descender.

—¡Es Ian Gayre! —gritó uno.

–¡Señor Gayre! –gritó otro–. ¡Miren aquí, por favor!
¿Es su novia?

Él sonrió y la rodeó por la cintura, pero, en lugar de obedecer a los reporteros o responder, se inclinó despacio hacia ella, quien se agarró a su brazo y posó la mano que cargaba el bolso en su musculoso pecho, y la besó delante de todos, apasionado... Algunos silbaron.

–¡Así se hace, señor Gayre! –se rió un hombre.

La joven pareja se separó entre carcajadas y entraron en la galería de la mano.

–¡Madre mía! –exclamó Elena al admirar, extasiada, el lugar–. Es precioso, Ian.

El pequeño y cuadrado palacio contaba con dos plantas abiertas, lo que significaba que se podía observar, desde donde estaban ellos, en la entrada, los cuadros que poblaban las altas paredes del edificio. La gente, joven en su mayoría, elegante y sofisticada, se dispersaba por el espacio tanto en el primer piso como en el segundo. Bebían champán y vino y comentaban el arte abstracto que se exponía. Había también un par de fotógrafos, lo supo por varios destellos que apreció.

Patrick MacBradies se acercó a saludarles.

–Es un placer que hayáis venido. –Les sonrió–. ¿Por qué no dais una vuelta? –los animó a que visitaran la colección.

Su caballero de brillante armadura le retiró la larga chaqueta con cuidado y se la colgó del brazo.

–Puedo llevarla yo –se ofreció ella con las mejillas

ardiendo.

–Lo sé, patito –le besó la nariz–, pero permíteme a mí. No quiero que nada te estorbe. –Le guiñó un ojo–. Estás preciosa.

Elena se mareó un segundo y silenció un gemido a tiempo de no hacer el ridículo. Se sonrieron con los ojos resplandecientes unos mágicos segundos absortos por completo de la realidad.

Una hora más tarde, el artista pidió silencio tras tintinear una copa, al fondo de la primera planta. El hombre, el cual rondaba los cuarenta años, de corta estatura y vestido de negro, pronunció un pequeño discurso y les agradeció la asistencia. A continuación, varios periodistas lo asaltaron a preguntas.

Una música agradable y relajante armonizó el ambiente.

–Elena –el señor MacBradies se reunió con ellos–. Me gustaría presentarte a alguien.

Un hombre de unos setenta y pocos años, canoso por completo, con la misma expresión bonachona que el decorador, a su lado, sonrió y le tendió la mano a ella.

–Es un placer, Elena –le dijo el nuevo con galantería antes de besarle los nudillos.

Elena sonrió y asintió.

–¿Cómo estás, muchacho? –le preguntó a Ian, palmeándole la espalda–. Me alegro de que abrieras los ojos con mi hijo, aunque tengo entendido –la miró a ella– que cierta belleza te ayudó.

Ian sonrió.

—Me merezco una reprimenda, lo reconozco —admitió él con sinceridad—. Elena, este señor es Gregor MacBradies, el padre de Patrick y propietario de la galería *MB*, además de un reputado crítico de arte y aclamado pintor en sus tiempos jóvenes —añadió con orgullo.

Los tres hombres se rieron por sus últimas palabras.

—Me halagas demasiado, Ian —se quejó Gregor, modesto.

—¿Qué pinta, señor MacBradies? —se interesó Elena.

—Llámame *Gregor*, por favor, que no soy tan viejo como aparento. —Realizó una mueca cómica—. Si quieres, te lo puedo mostrar.

—¿Ahora?

—Claro, si Ian te suelta unos minutos. —Se carcajeó.

Su ángel le besó la sien y obedeció al pintor con una sonrisa traviesa.

Gregor le ofreció el brazo a ella, que aceptó sin titubear, pues ese hombre le transmitía confianza, y se encaminaron hacia una cortina de terciopelo. Entraron en un apartado pequeño que parecía un almacén. Había cuadros cubiertos por sábanas viejas apoyados en las paredes, una mesa y una silla en el centro.

—Mira —le indicó Gregor. Destapó un lienzo sin enmarcar que estaba sobre el escritorio.

Se quedó boquiabierta. Era un boceto en carboncillo, un retrato de una mujer de mediana edad que ladeaba la cabeza hacia el hombro, al que observaba, con el pelo

recogido en un moño deshecho, sonreía soñadora.

–Es bellísima, Gregor –declaró Elena con la piel erizada. Se refería a la mujer.

–Es mi Maddy, la madre de Patrick, mi esposa –explicó en un tono crispado–. Murió el año pasado.

–Lo siento.

–No te preocupes, Elena, tú eres muy joven –sonrió con tristeza–, disfruta de lo que tienes ahora, no malgastes un segundo porque el tiempo no regresa, sino que pasa tan rápido que ni lo sientes.

Ella contuvo la emoción. Ese hombre ya se había ganado un trocito de su corazón. Y, sin pensar en lo que hacía, lo abrazó. Gregor se rió con suavidad y la correspondió como lo haría un padre adorable, justo lo que Elena no tenía...

–Me ha dicho Patrick que dibujas. ¿Te gustaría enseñarme algo? –le sugirió el hombre, señalándole la silla.

–¿Ahora? –preguntó. Parpadeó, confusa.

–No creo que Ian se moleste si tardamos un poco más. No me importa el qué, solo dibuja.

Ella suspiró, temblorosa, pues era la primera vez que haría tal cosa frente a un extraño, y se acomodó en el asiento. El señor MacBradies le dejó un lienzo en blanco. Elena cogió un lapicero negro de la mesa y su mente retrocedió unos meses atrás. Cerró los ojos, sonrió y recordó cuando su ángel salvador le había sostenido la mano derecha sobre su viejo cuaderno, recordó la

sensación de volver a pintar, recordó...

Escasos minutos después, le entregó el lienzo terminado, aunque era un boceto, al propietario de la galería. Había dibujado lo mismo que aquella noche inolvidable: Ian y Olivia se sonreían abrazados.

Gregor analizó la hoja con el ceño fruncido. Se golpeaba la barbilla, pensativo y concentrado. A continuación, la miró.

—¿Podrías hacerlo igual, pero más grande y más de uno, Elena? Digamos, ¿diez dibujos?

Elena se desorientó.

—¿Pe-Perdón? —tartamudeó. Se incorporó despacio.

—Mi hijo tenía razón. —Asintió, solemne—. Tienes un don, Elena, un don que merece ser explorado y admirado por todos: críticos, aficionados, apasionados del arte... —Sonrió—. ¿Te interesaría hacer una colección? Expondrías aquí, al lo menos la primera vez, porque te aseguro que vas a triunfar. Y te convertiría en mi discípula.

Su corazón se detuvo.

¿Exponer? ¿Hacer una colección? ¿Dibujar a nivel profesional?

¡Dios mío!

El señor MacBradies soltó una suave carcajada y se colgó de su brazo.

—Piénsatelo. —La condujo de vuelta a su acompañante—. Pasad una feliz velada —les dijo—. Tienes muy buen ojo, Ian, además de un gusto exquisito. —Y se fue.

Ella continuaba sin reaccionar. Sus ojos estaban

desorbitados y apenas podía respirar.

Ian, entonces, sonrió, la sostuvo por las mejillas, que acarició con dulzura, y la besó en los labios.

–¿Te apetece cenar, patito, y así celebramos tu inminente éxito? –sugirió él antes de guiñarle el ojo.

–¿Cómo...? –Pero no terminó, de repente, su mente se aclaró—. Has sido tú... –Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Fuiste tú quien habló con Patrick para que viera mis dibujos.

–Me declaro culpable de los cargos –señaló, serio. Le rasgó la piel por la intensidad con que la contemplaba.

–Ian... –pronunció en un susurro.

Le enroscó los brazos en la nuca, estiró el cuello y lo besó... Lo besó como si no existiera nadie a su alrededor... Lo besó, lenta y pausada, embriagada por aquel escocés que le había cambiado la vida... Él la correspondió con las manos en la parte baja de su espalda, le arrugaba el vestido apenas un ápice, conteniéndose, hechizado por su boca.

–Patito... –Apoyó la frente en la suya, los alientos acelerados se entremezclaron—. Más nos vale que nos tomemos un minuto... –Inhaló aire y lo expulsó de manera discontinua y suave. Le aplastó las caderas contra las suyas. La enloqueció, desmintiendo sus propias palabras por completo.

–Llévame a casa, por favor... –le suplicó en voz baja.

Ian la estudió unos segundos, apretó la mandíbula con fuerza y asintió. La cogió de la mano y la llevó deprisa

hasta la entrada del edificio. La ayudó a ponerse la chaqueta. Pidió a un hombre uniformado con el logotipo de la galería, apostado en la doble puerta abierta, que les trajeran el coche a la puerta. Segundos después, conducía hacia el parking del ático.

Aparcaron, descendieron del *Jaguar* a la vez y se encontraron a mitad de camino...

Se besaron, violentos y fogosos. Caminaron a trompicones para alcanzar el ascensor. Se tocaron por encima de la ropa sin rumbo, sin control, tremendamente agitados por la pasión que los devoraba a un límite inalcanzable para el resto del mundo.

En un momento, su ángel exaltado detuvo el elevador, la empujó contra la pared, le levantó el vestido hasta la cintura y le rompió las medias y la ropa interior. Le acarició su intimidad, dominante. La torturó, le turbó los sentidos, la razón... La condujo a la locura, mordiéndose él mismo su labio inferior y aún así no pudo evitar gruñir por tanto como le gustaba tocarla...

–Ian... –gimió, arrebatada. Alzó una pierna en torno a la cadera de Ian.

–Quería..., ser delicado... –jadeó mientras se desabrochaba el cinturón y luego, el pantalón–, pero me vuelves loco... –Se enterró profundamente en su interior de un solo empujón, sosteniéndola por el trasero y clavándole los dedos con inquina–. Dios, Elena...

Oscilaron frenéticos, salvajes, urgentes... No tenían suficiente. Y se besaron como unos indómitos por culpa

del impresionante calor que los poseía.

El acto fue rápido, rudo y fiero. Y, en cuanto culminaron, sin esperar un solo segundo, él accionó el ascensor. Se arregló la ropa, se agachó a sus pies y, con una ternura que la derritió por enésima vez en su vida, le quitó los tacones y las destrozadas medias, las cuales utilizó para vendarle los ojos a continuación.

–Ian, ¿qué...?

–Confía en mí, patito. –Le besó la nariz. Después, la elevó en sus brazos, abrió la puerta de casa y la bajó al suelo—. ¿Preparada para la última sorpresa? –le susurró al oído, provocándole cosquillas.

Ella emitió una risita nerviosa. Despacio, su ángel le retiró la venda.

–Ian... –Se tapó la boca.

Un sinfín de velas blancas poblaban el espacio por entero: en la isla de la cocina, en la mesa del comedor, en la mesa baja del salón, en la estantería de la biblioteca, en la mesita del jardín, sobre la alfombra...

En el suelo, formaban un sendero por el cual avanzó lentamente y descalza hacia el dormitorio principal, iluminado, también por la chimenea, la cual desprendía diminutos chispazos de madera quemada embrujadores. En la alfombra estaban los cojines de la cama preparados para tumbarse sobre ellos y dos cajitas, que, adivinó, eran regalices.

–¿Cuándo has hecho esto? –quiso saber Elena con las lágrimas a punto de escaparse.

–Me han ayudado. –La abrazó por detrás y la besó en la sien—. ¿Te gusta?

–Me encanta... –pronunció en un tono ronco. Su corazón galopaba la carrera más importante de su vida—. Nunca, Ian... –Tragó saliva—. Nunca me habían... –Sus mejillas se humedecieron de forma irremediable—. Nunca me habían hecho algo así. –Se giró y escondió el rostro en su cuello—. Me siento a salvo... –Suspiró, discontinua—. Te amo... Gracias por todo... Gracias por haberte cruzado en mi vida... Gracias por esperarme... Gracias por enamorarme... Gracias... –Se sonrojó—. Gracias por esto. –Lo tomó de una mano y la posó en su vientre todavía plano—. Siento que esta vez todo saldrá bien.

Ian creyó que iba a reventar de amor en ese mismo instante. Bastaba tan poco para hacerla feliz... Aquella preciosa mujer lo trastornaba con su inocencia, con su sencillez, lo cegaba, hasta lo intimidaba... ¡Iba a ser padre! Su patito le iba a dar un hijo... Dios mío, aún no se lo creía.

–¿Te parece mal? –se atrevió ella a preguntar.

Él frunció el ceño y la separó un poco. La observó, confuso.

–Solo llevamos tres meses juntos y... –Elena agachó la cabeza—. Esto es demasiado rápido, no quiero que te asustes. No quiero que te sientas obligado a estar conmigo... –Le arrugó las solapas de la chaqueta—. Si no es lo que deseas, por favor, dímelo.

Ian le levantó la barbilla con suavidad. No sonreía.

Ninguno sonreía.

—Mírame, Elena —señaló en un tono afilado—, mírame y dime si crees que yo permitiría que te alejaras de mí. Dímelo, Elena. Mírame y dímelo. —Chirrió los dientes.

—Ian... —Sonrió y le acarició su atractivo rostro. Hizo hincapié en la cicatriz de la ceja—. Mi ángel... Tú me rescataste de la oscuridad. Tú me devolviste la paz, el alivio y el amor que necesitaba. Tú me enseñaste a dibujar. Tú me encontraste cuando estaba perdida...

Aquel escocés tan posesivo y tan autoritario cerró los párpados y se dejó mimar como si fuera un niño grandullón. Ella le quitó la chaqueta y la corbata. Le desabrochó los primeros botones de la camisa. Él se la sacó del pantalón y se descalzó. Se tumbaron sobre los cojines, abrazados, y degustaron los regalices en perfecto silencio, un silencio roto únicamente por los pequeños troncos que ardían en la chimenea y los fieros corazones de ambos latiendo al unísono.

—¿Cuándo se lo diremos? —se interesó su ángel un rato después, medio adormilados—. Podemos ir a comer mañana a casa de mis padres.

—Primero se lo contamos a Olivia. —Suspiró. Sonreía, feliz—. ¿Cómo crees que se lo tomará?

La respuesta a esa pregunta llegó a las once de la mañana del día siguiente...

—¡Voy a tener un hermanito! —chilló su hija, loca de contenta. Brincaba en el aire con *Bruno*, que la imitaba moviendo el rabo de manera frenética.

Ian cogió a Olivia y la elevó como si fuera un avión.

—¡A por mamá! —gritó él.

—¡No! —Elena corrió en dirección contraria, pero, como era ya una costumbre, no consiguió escapar, incluso se dejó atrapar por el mejor hombre que había conocido jamás y a la mejor niña del mundo.

El siete de mayo, amanecieron nerviosos. Tanto Ian como Elena habían dormido unas pocas horas, pues habían pasado gran parte de la noche inflando globos y decorando el ático para que su hija, al despertar, comenzara a recibir sorpresas. Era su cumpleaños, el primero sin Ángel, ni Teresa, tenía que ser especial, o al lo menos intentarían que lo fuera.

Escucharon abrirse la puerta del cuarto de Olivia.

—¡Hala! —exclamó la niña.

La joven pareja salió al pasillo a hurtadillas.

Le habían escondido los regalos por todas partes: enseres para su muñeca, el libro de *El rey león*, los peluches de la película, cuentos de princesas Disney y un álbum de fotos, el regalo estrella.

En realidad, la idea del álbum había sido de su ángel. Se le había ocurrido crear un libro con imágenes de la niña desde que nació hasta la actualidad. Ella había buscado las fotos en las pertenencias de Olivia, los recuerdos que quedaban de su antigua vida metidos en una caja rectangular debajo del colchón, y él se había encargado de escanearlas, retocarlas e imprimirlas como

polaroid en una tienda especializada en ello. Luego, entre los dos, habían escogido un álbum rosa y lo habían diseñado por dentro: habían pegado las fotos con celo y habían añadido una frase escrita a mano y en color rosa en cada una.

Y lo encontró. Estaba oculto en la caseta del perro para simular que en el regalo también formaba parte *Bruno*, el mejor amigo de su hija.

Ian y Elena permanecieron en la puerta del jardín, observando su reacción.

—¿Qué es esto? —murmuró Olivia, sin percatarse de que la espiaban.

Ella se retorció los dedos en el regazo, nerviosa por la reacción de su niña. Él la rodeó por los hombros al percibir su tensión.

—Oh... —pronunció la niña al abrir el libro.

La primera imagen era del día en que nació. Salían Tomás, Ángel y Teresa, que acababa de romper aguas. Se trataba de la foto que Olivia tenía en la mesita de noche. Unos meses atrás, en Navidad, Elena, su madre y su hija desembalaron juntas las cajas que contenían los recuerdos de su marido y de sus cuñados. Había sido la niña quien había elegido esa foto para colocarla en el comedor de su antiguo apartamento. Cuando se habían mudado al ático, se la había llevado consigo. La besaba cada noche antes de acostarse.

Y eso fue lo que hizo en ese momento... Olivia besó la polaroid.

Ella silenció un sollozo. Su ángel la apretó contra su pecho.

La niña lloró en silencio mientras pasaba las páginas lentamente y acariciaba las imágenes con dedos temblorosos. Al alcanzar la última foto, su hija sonrió. Eran los cuatro: Ian, Elena, Olivia y *Bruno* en el parque privado donde su profesor había diseñado la pista de hielo y les había enseñado a patinar. Ninguno miraba a la cámara, a pesar de que había sido él quien la sostenía. Los tres estaban tirados en la hierba. La niña abrazaba al perro, *Bruno* tenía una pata encima del hombro de Olivia, señal de inconfundible respeto, y Elena se reía porque Ian le estaba haciendo cosquillas. Fue el día en que su ángel le había confesado la historia de la cicatriz, el día en que por fin Ian Gayre se había dejado fotografiar sin miedo.

Su hija alzó su precioso rostro. Caminó hacia ellos y los abrazó por las piernas.

–Gracias... –dijo con la voz crispada por la emoción.

–De nada, cariño –le contestó ella en el mismo tono. Se arrodilló.

–Quiero... Quiero verlos... Quiero ir a... –pronunció la niña, grave.

–¿Quieres ir al pueblo? –la ayudó Elena.

La niña asintió despacio.

Ian se agachó.

–Prepararé el viaje. –Les sonrió con ternura a las dos.

Quedaban un par de semanas para el primer aniversario del accidente, pero, ¿estaba preparada para volver a

España?

Quizá había llegado el momento de decir adiós.

Y llegó...

El día que se cumplía un año de la muerte de Tomás, de Ángel y de Teresa, el avión privado de *Gayre's Style* aterrizaba en el aeropuerto de Salamanca a las doce de la mañana. Llovía. Llovía de manera suave, pero insistente como justo un año atrás.

Madre e hija permanecían mudas y serias desde que se habían despertado a las siete. Habían hecho el equipaje para un par de días, por si acaso, pero ninguna deseaba quedarse. La intención era regresar a Edimburgo esa misma tarde.

Un coche de alquiler los esperaba en la pista a unos metros del avión.

—Puedo conducir yo, si quieres —le dijo Elena—, me conozco el camino de memoria.

Su ángel negó con la cabeza, le besó la mejilla y las ayudó a montar.

Media hora más tarde, entraban en el pueblo de Olivia...

La tristeza se adueñó de ambas a partes iguales. Ian detuvo el motor en la puerta del cementerio. Su hija bajó y esperó a que ella se decidiera a salir, pues tardó unos segundos en armarse de valor para hacerlo. La lluvia amainó.

—¿Os espero aquí? —preguntó él en voz baja.

—No —contestaron las dos al unísono, que lo abrazaron

cada una por un costado.

Ian sonrió, aupó a la niña, que se aferró a él con excesiva fuerza, y envolvió a Elena por los hombros con el otro brazo. Avanzaron hacia la tumba, la más nueva del lugar. Fría, solitaria... Los nombres estaban grabados sobre el mármol: Tomás Solar, Ángel Solar, Teresa Colta. No había escrito nada más, así lo había decidido ella. Odiaba esas frases que había en las lápidas, como odiaba dejar flores.

Elena se acercó y acarició el nombre de su marido. Sintió una suave brisa meciéndose en su rostro, balanceándole los mechones del flequillo por la frente. Cerró los párpados al instante. Un sol radiante y cálido, propio de la primavera española, se descubrió entre nubes grises. Los rayos iluminaron la tumba. Madre e hija sonrieron y miraron a Ian.

Aquello les regaló paz a los tres.

Y emprendieron un nuevo comienzo.

Se metieron en el coche y viajaron hacia Madrid, a su casa.

Elena, nada más abrir, respiró hondo. Ya no olía a Tomás y eso la entristeció un poco, aunque no lo demostró. Siempre lo querría, a pesar de lo sucedido, a pesar de cómo había transcurrido su relación con el que había sido su marido.

Contempló el apartamento desde la entrada, nostálgica. Allí había vivido más de dos años. Y sintió que debía despedirse de esa etapa.

–Hay que vender esta casa –declaró ella.

–Claro. –Ian se acercó y le besó la mejilla.

–Y lo que saquemos se lo daremos a mi madre.

Su novio sonrió y asintió.

Se marcharon y decidieron darle una sorpresa a Miguel. Se presentaron en el bufete sin haberlo avisado.

Su hermano se alegró muchísimo de verlos. Merendaron en una cafetería. Le contaron a qué habían venido y también los planes de la venta del piso.

–Yo me encargo –le aseguró su hermano–. Y cuando se venda, ingresaré el dinero en la cuenta de mamá.

–¿Y Álvaro? –quiso saber Elena.

–Está desaparecido. –Arqueó las cejas–. Me llamó el mes pasado para decirme que tenía que infiltrarse en una empresa por uno de sus reportajes de investigación y que no podía ponerse en contacto con nadie durante un tiempo. –Se encogió de hombros–. Ya lo conoces.

Le dijeron adiós a Miguel y se dirigieron a Barajas, pues Ian había telefoneado al piloto del avión para que los recogiera en el aeropuerto de Madrid y volar desde allí a Edimburgo. Cenaron durante el trayecto comida italiana, en especial para ella. Su ángel salvador conocía a la perfección sus gustos y sabía que era su favorita.

Mucho más animados, volvieron a su hogar.

Esa noche, cuando sus dos amores se durmieron, Elena cogió un cuaderno de lienzos en blanco y un lapicero negro nuevos y escribió su propia historia como solo ella sabía relatar. Su mente y su mano dibujaron más de veinte

bocetos sin parar. Los enumeró, pues seguían una cronología, y los guardó en una carpeta vacía que había encima del tablero inclinado de la habitación. Lo tituló: *Un nuevo comienzo*.

Al día siguiente, por la tarde, cuando se despertó, pues se había acostado de día, se acercó a la galería *MB* y preguntó por Gregor MacBradies. El padre de Patrick la recibió, encantado de verla otra vez. Elena le entregó la carpeta. Eran borradores, pero si le interesaban estaría dispuesta a preparar la exposición y convertirse en su discípula. Luego, tras charlar un rato con Gregor, regresó al ático.

Después de cenar, su móvil vibró. La llamaba un teléfono desconocido.

–¿Sí? –dijo en inglés al descolgar, sentada en el sofá.

–*Hola, soy Gregor* –le respondió un hombre en inglés.

Su corazón se disparó.

–¡Hola, Gregor!

–*Lamento las horas, pero no he podido avisarte antes* – se disculpó el pintor.

–No te preocupes. –Respiró hondo para serenarse. Se incorporó y caminó hacia la cocina. Su novio se rió, pues cada vez que ella se inquietaba se servía un vaso de agua fría y se lo bebía de un trago.

–*¿Cuándo quieres empezar?* –le preguntó Gregor.

–¿Empezar?

–*Sí, empezar tu exposición. Tus dibujos son maravillosos, Elena. Tu mano es extraordinaria y la*

historia que cuentas realmente me ha emocionado – declaró con sinceridad y admiración en el tono de voz–. *Pásate mañana por la galería y hablamos, ¿te parece?*

–Cl-Cl-Cl-Claro –articuló al fin.

–*Hasta mañana, Elena.*

–Hasta mañana, Gregor. –Colgó–. Dios mío... ¡AHHHHH! –chilló a la par que brincaba de pura satisfacción.

Olivia se acercó. Sonreía.

–¿Qué pasa, mamá?

–Cariño –respondió Ian, alzando a la niña en brazos–, mamá por fin ha cumplido su sueño.

–¿Y cuál es, papá?

Ian Gayre observó a su mujer, henchido de orgullo. Ella lloró...

–Mamá es una artista, Oli –contestó él. Bajó a la hija y se aproximó a Elena–. Te amo, Elena. –La sostuvo por la nuca y se inclinó–. Esto es solo el principio, patito.

Y la besó.

Y Elena colapsó de felicidad.

*

Tres meses después...

El día de la inauguración, Elena se despertó sola en la cama. Bueno... Sola, no. Había un paquete envuelto en papel azul brillante con un lazo del mismo color a su lado.

Se sentó con cuidado, pues su tripa oficialmente era una señora tripa de cinco meses, y acercó el regalo. Lo desenvolvió y quitó la tapa de la caja.

En el interior aguardaba un libro grande y cuadrado forrado en piel azul oscura. Las lágrimas se agolparon en sus ojos al instante. Con dedos temblorosos, rozó su nombre cosido en hilo plateado en la mitad inferior: Elena.

Lo abrió.

En la primera hoja había una carta escrita a mano y en español, cuya caligrafía era pequeña, inclinada y elegante, la caligrafía de Ian Gayre:

Hoy hace un año que te conocí... Ese día había dejado el coche en el estudio. No sé por qué, pero me apetecía regresar a casa caminando, nunca lo había hecho antes, me encanta conducir aunque solo sean diez minutos. Cuando pasaba por el quiosco de helados, te giraste y nos chocamos. Justo al mirarte a los ojos, eso mismos ojos que me recuerdan a la miel derretida, entendí que había sido el destino. Y me impactó tal hecho, sobre todo porque unas horas después te encontré en el portal, o, mejor dicho, te asaltó Bruno en el portal... Y el mismo flechazo que sentí yo por vosotras, también lo sintió Bruno, porque la reacción de Bruno frente a desconocidos es ignorarlos, y con vosotras

ocurrió lo contrario. Esa fue una segunda señal. La tercera llegó dos semanas más tarde.

Su corazón se detuvo de golpe.

Me llamó tu hermano Miguel para preguntarme si estaría interesado en alquilaros el mismo apartamento por un tiempo indefinido. Otra señal del destino... ¡Y ya van tres!

Se cubrió la boca, pasmada ante lo que leía.

Sí, patito, soy yo, tu casero... El edificio es mío, no de mis padres, y, por cierto, lo restauré yo. Siempre he sido yo tu casero, Elena. Por eso te hablaba en inglés, para que no reconocieras mi voz, aunque las pocas veces que he hablado en inglés delante de ti me daba pánico que me reconocieras, corrí el riesgo... Para explicártelo, tengo que ponerte en situación... Tras hablar con tu hermano, me marché una semana a Hallstatt, otra cosa que tampoco he hecho nunca... Me encanta ese lugar, me parece mágico, pero solo iba un fin de semana al año, sinceramente, sentía que allí me faltaba algo, por ello no lo he disfrutado más. Sin embargo, sentí la necesidad de ir, sentí la necesidad de aparcarme el trabajo, por primera vez en doce años, y pasear por esa maravillosa naturaleza que rodea el pueblecito de Hallstatt. Y durante siete días no hice otra

cosa que pensar en ti. Si el destino me había empujado a ti tres veces, yo haría lo imposible por empujarte a ti hacia mí, y no porque me parecieras la mujer más hermosa que había conocido en mi vida, no negaré que esto también influyó, sino por lo que tus ojos me transmitieron: estabas perdida. No sé explicarlo, Elena... Sencillamente, me propuse darte la mano, pero sin que te dieras cuenta, porque también percibí un fuerte carácter. Recuerda lo bien que me tratabas al principio...

Os mudasteis a Edimburgo el treinta de octubre (el día 30 del mes 10, es decir, 3010, ¿te suena este número? Es el código del ascensor...). Y me llamaste para avisarme de que vaciabas ya el piso. No te enfades mucho ahora conmigo, pero... Yo fui el culpable de que las tiendas te dijeran en el último momento que no tenían los muebles que habíais encargado.

Se quedó boquiabierta.

Nosotros trabajamos con varios establecimientos, uno de ellos es el local donde finalmente comprasteis los muebles ese sábado por la mañana, cuando conociste a mi padre, la mejor tienda de decoración de la ciudad, y una de las mejores en toda Inglaterra, por cierto. Y... otra cosa... En realidad, no pagasteis nada... Le pedí

a la dueña que fingiera que te cobraba, pero que me cobrara a mí de verdad.

—¡Qué! —exclamó, cada vez más alucinada.

Quería compensaros por haberos dejado la casa vacía. Te pusiste muy nerviosa cuando te sugerí que os hospedarais el fin de semana en el ático. Si te soy sincero, retrasé mi viaje. Volé a Estocolmo el sábado de madrugada, en vez de hacerlo el viernes. No pude evitarlo... Necesitaba verte... Y entré. Estabas dormida en el sofá. Te cogí en brazos y te llevé a la cama, igual que a Oli. No hice nada más, te lo prometo, salvo mirarte... La verdad es que suena bastante mal dicho de este modo...

Elena recordó, entonces, su primer amanecer en el ático. Se extrañó al despertarse en la cama. Esa fue la tercera vez en que había inhalado el inconfundible aroma a regaliz rojo del desconocido del quiosco de helados. Sonrió.

Y empezamos a hablar más por teléfono. Notaba que te relajabas. Las dos veces que coincidimos en tus vacaciones parecías enfadada conmigo, pero en el fondo te ponía nerviosa. Reconócelo, patito, soy irresistible...

Se echó a reír.

Conociste a mi padre porque le pedí que se acercara a comprobar que todo fuese bien en la tienda. Cuando tú y yo colgamos, lo llamé a él y le resumí en dos segundos lo esencial. No estuvo de acuerdo conmigo en que se hiciera pasar por mí, pero después me llamó y me habló maravillas de ti y de Oli, como también lo hizo Lucy cuando la conocisteis.

Luego, se me ocurrió ofrecerse como tutor de Oli. Tenía experiencia con los niños. Oli me gustaba mucho, me robó el corazón en el quiosco de helados. Además, era la excusa perfecta para verte. Cuál fue mi sorpresa cuando me expusiste la baja opinión que tenías de mí... Lo que significaba que debía armarme de paciencia, muchísima paciencia...

El día en que sufriste el ataque de ansiedad... Ese día, te abracé por primera vez. Y me hablaste de Tomás. Ese día, cuando abrazaste a Oli en el ático, supe que estaba perdida y completamente enamorado de ti, Elena. No me importaba cuánto tenía que esperar, lo haría, por ti lo haría. Y por ti lo hice.

¿Te acuerdas de la gala en la que gané el premio? ¿Te acuerdas de los pendientes que te regalé? Fueron el regalo de pedida que mi padre le hizo a mi madre. Y mi madre me los dio antes

de la gala. Me dijo que se los regalase a la mujer merecedora de robarme el corazón sin importar que saliera bien o mal, pero que no tuviera miedo a arriesgarme. Tu cara fue lo primero que me vino a la cabeza. No necesité pensármelo.

Elena, lo que te quiero decir con todo esto es que te amo. No puedo ofrecerte nada más que a mí mismo, espero que sea suficiente porque no tienes otra opción. Eres mía, Elena. Y yo soy tuyo, patito.

Y lo que esté por venir, sea bueno o malo, lo afrontaremos y lo disfrutaremos, caminamos juntos, ¿recuerdas? Esto me lo enseñaste tú.

Y como yo soy más de fotografiar que de escribir, este libro representa todo lo que siento por ti. Si alguna vez deseas huir, o te sientes perdida, ábrelo y recuérdanos...

Te amo, Elena.

Siempre tuyo,

Ian

Con lágrimas en los ojos, sobrecogida, pasó la hoja.

Dios mío...

El libro entero eran fotografías en blanco y negro. En la primera, ella estaba con los brazos en cruz, la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, sonreía, copos de nieve caían sobre su rostro. Fue la noche en que Ian la había

llevado a la fortaleza en ruinas.

Todas y cada una de las imágenes estaba ordenadas cronológicamente y ocupaban las páginas completas. Hubo una que le llamó especialmente la atención: Olivia y Elena abrazadas y dormidas en el sofá... ¿Cuándo la había tomado?

Estaba también la de la gala: él la miraba mientras ella hablaba con Lucy. Y el reportaje sensual que le hizo la noche en que Elena le había confesado que lo amaba... Se sonrojó al ver esas fotos, fotos que guardaría bajo cien candados, pues tenían una hija y un bebé en camino.

Había imágenes sobre su progreso de embarazada, salía su ángel besándole el vientre abultado, ella dibujando uno de sus cuadros para la exposición, Elena comiendo regalices, los dos besándose en la puerta de la galería *MB...*

Increíble... Todos los mejores momentos, los sencillos y los importantes, los había captado y plasmado en ese libro. Por Dios...

La última foto se convirtió en su favorita en cuanto la descubrió: era Ian con el pelo revuelto, mirando a la cámara con esa expresión divertida y seductora a la par que lo caracterizaba. Su corazón se aceleró de manera alarmante porque sabía que esa imagen se la había tomado exclusivamente por ella, era un regalo añadido, además del propio libro.

Se levantó con el álbum en el pecho y una sonrisa radiante en su cara inundada en lágrimas. Salió al pasillo

y se dirigió a la cocina, donde estaba él en pantalones de pijama y el torso al desnudo. Preparaba el desayuno.

–Buenos días, patito. –Sonrió. Observó el libro.

Ella se aproximó, se puso de puntillas y lo besó con dulzura. Se quedó abrazada a él una eternidad.

–¿Nerviosa? –le preguntó su ángel, acariciándole los mechones en la espalda.

–Ya, no. –Suspiró—. Contigo no estoy nerviosa, contigo estoy a salvo.

La cogió en brazos y la transportó al servicio. Le preparó un baño cargado de espuma como todo un caballero de brillante armadura.

–¿Tienes que ir ahora a la galería? –se interesó Ian al ayudarla a meterse en el agua caliente.

–No. Ya terminamos anoche de colocarlo todo. –Respiró hondo y se dejó mimar por su ángel, que comenzó a enjabonarla y a masajearle el cuerpo entero—. ¿Me puedes hacer un favor?

–Claro, patito, ¿qué necesitas?

–Mi móvil, por favor. Tengo que llamar un segundo a mi madre. –Ocultó una risita.

Su novio obedeció y le entregó el teléfono.

–Y es que tengo un poco de hambre –se quejó Elena—. ¿Te importaría...?

Él sonrió y le besó la cabeza.

–Por supuesto, patito, hoy es tu gran día. –Desapareció de su vista.

En ese momento, ella telefoneó a su casero...

Su supuesto casero descolgó, pero no dijo nada.

–Hola –le saludó Elena en inglés.

–*Hola, Elena* –respondió él con su voz aterciopelada, también en inglés.

–Escucha atentamente –comenzó, sin cambiar el idioma–. Elegí el día de hoy para la exposición porque hoy hace un año que nos conocimos y porque fuiste tú quien me enseñó a dibujar. No sé si triunfaré esta noche, mañana o nunca, lo que sí sé es que no me importa el resultado, no me importa que mi sueño se quede únicamente en esta noche. No me derrumbaré si no vendo ningún cuadro, no lo haré, porque nada de lo que ocurra me impedirá dejar de dibujar. Mi mano se mueve al compás de mi corazón y mi corazón late porque eres tú quien lo sostiene. Contigo estoy a salvo, ¿recuerdas?

Silencio.

Ian apareció en el baño con el móvil en la oreja. Avanzó despacio hacia ella con los ojos turbios por la emoción. Se arrodilló en el suelo.

–*Conmigo estás a salvo, patito* –le dijo a través del teléfono, a escasos milímetros de sus labios, y colgó.

Le quitó el móvil a Elena, posó una mano en su vientre abultado y la besó en los labios.

El padre de Patrick le había recomendado que llegara a la galería una hora después de inaugurar la exposición, que permitiera al público disfrutar de los dibujos sin que ella estuviese presente. Y no le quedó más remedio que

aceptar. Según Gregor, así se haría más de rogar, pues se había corrido la voz de que la nueva discípula del famoso pintor y propietario de la *Galería MB*, Gregor MacBradies, era Elena Robledo, la novia del arquitecto Ian Gayre, el mejor empresario joven del año y actual número doce del ranking de *Forbes*.

Eso intimidaba, intimidaba mucho, reconoció para sus adentros.

Su hermano Miguel, su cuñada Lorena y sus sobrinos, alojados en otro de los apartamentos del palacete que había sido desocupado recientemente, habían ampliado las vacaciones en Edimburgo para que coincidieran con la exposición. Olivia y Carmen irían juntas con los señores Gayre, que se habían ofrecido encantados en ir a recogerlas.

Su hija llevaba unos días viviendo con su abuela, pues a Ian se le había ocurrido hacer de la habitación de Olivia, como era tan grande, dos dormitorios en uno, para que el bebé contara con su propio espacio. Y se estaba encargando él mismo de la obra, aunque el diseño de los dos cuartos había sido también ideado por Elena y por Olivia.

Ella aún seguía siendo la ayudante de Ian Gayre en *Gayre's Style* y no tenía pensamiento en dimitir. Por las mañanas, trabajaba con el hombre al que amaba y por las tardes, dibujaba. Habían visitado Estocolmo y Berlín, pues lo habían acompañado en los viajes que había tenido que realizar. Ian, al fin, había decidido obedecer a su

padre. Había contratado a dos arquitectos, de importante reputación, profesionalidad y éxito, para que dirigieran las empresas sin que él tuviera que trasladarse cada poco tiempo a Suecia o a Alemania. Ian ya tenía una familia, era oficial, había adoptado a Olivia Solar como su hija y, aunque les encantaba a los tres viajar, de momento permanecerían en Edimburgo hasta que el bebé naciera.

Cuando terminó el mes de junio, las clases de su hija finalizaron. A principios de julio, Ian había llevado a la niña al colegio privado donde él había estudiado para que le hicieran la prueba de acceso. Olivia la había superado con creces, aunque debía practicar más el idioma, por lo que decidieron hablar en inglés cuando su hija estuviera presente, para ayudarla a aprender.

Además, hacía una semana que el proyecto de Stefano Agnelli había concluido. La mansión del siglo XVIII quedó perfectamente restaurada y decorada antes de la fecha pactada, pues el contrato era para noviembre y estaban en agosto. Ian había sido lo suficientemente inteligente, responsable y entregado a su trabajo como para terminar antes. El italiano había desaparecido de sus vidas para siempre, al igual que la señorita O'Paradise, a quien no habían vuelto a ver desde que fuese despedida.

La vida era perfecta.

Sin embargo, en ocasiones la perfección decidía esconderse...

–Tengo que ir al estudio –anunció su ángel, atractivo en su traje y corbata para la exposición. Iba de azul oscuro, a

juego con ella, pues ambos habían elegido su color favorito para que les transmitiera buenas vibraciones en esa noche tan especial.

—¿Ahora? —exclamó Elena, incrédula, aún sin vestir, pero sí maquillada y peinada.

—Me acaba de llamar el jefe de seguridad del estudio. Han detectado movimiento desconocido en las cámaras — le explicó. Se guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué ha pasado? —se asustó, caminando hacia la puerta principal.

—No lo sé —contestó él, con el ceño fruncido, claramente preocupado—. Si no llego a tiempo, ve sin mí.

—No —respondió, tajante. Se cruzó de brazos por encima de la tripa desnuda, pues estaba en ropa interior—. Te espero, no me importa la hora. Por favor, ten cuidado.

Ian sonrió, divertido por su reacción.

—Te amo, patito. —La besó en la frente, le acarició el abultado vientre y se fue.

Automáticamente, ella sintió un pinchazo en el estómago que le dificultó respirar con normalidad unos segundos. Inhaló aire y lo expulsó de forma lenta y pausada varias veces. Serían los nervios por la inauguración. Se esperaba mucho de Elena, aunque, mejor dicho, ella deseaba triunfar por su ángel salvador. Esa exposición era para él. Con esos dibujos Elena mostraba al mundo cuánto lo amaba, cuánto significaba aquel escocés, tanta para ella como para la niña. Madre e hija

habían preparado una sorpresa para Ian. Iba a ser una noche inolvidable, otra más añadida en sus corazones.

Se sirvió un vaso de agua helada en la cocina y se lo bebió de un trago. Se dirigió al dormitorio y se puso el precioso vestido azul de seda, suelto por debajo del pecho, sin mangas y con escote en forma de corazón. Lo cierto era que su figura apenas había cambiado, salvo por la señora tripa, claro. Su novio, su madre, su hija, su hermano, Sofía, Donald y su cuñada le repetían sin cesar que se notaba su estado si la miraban de perfil, pues de frente y de espaldas estaba igual. Según Carmen, eso solo significaba una cosa: esperaban un niño. Ellos habían preferido no saberlo. Deseaban conocerlo cuando naciera. Preferían la incertidumbre hasta dar a luz.

En ese instante, el bebé se agitó y acto seguido sonó el timbre.

Descalza, corrió cuanto pudo para recibir a su ángel.

Pero se equivocó...

No era Ian, sino Fernando Robledo, Amber O'Paradise y Stefano Agnelli.

–*Bella* Elena. –El asqueroso italiano entró en el ático sin ser invitado. Hablaba en inglés–. El embarazo te sienta muy bien. –La examinó, lujurioso.

Ella retrocedió.

–¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis entrado? –preguntó en español.

El portero no la había avisado, algo muy extraño. ¿Le habría pasado algo a Allan?

–Ian no es tan inteligente como creía –respondió Stefano en el mismo idioma. Se rió, desdeñoso–. El idiota tiene el mismo código del ascensor en su casa y en el estudio, ¿verdad, prima? –le dijo en inglés a la serpiente–. Será mejor que te calces, *bella* Elena, vamos a dar un paseo –añadió ahora en español.

–Yo no me muevo de aquí.

–Claro que lo harás. –La agarró del brazo y la empujó con suavidad hacia el pasillo–. Tienes un minuto.

Elena, sin aliento, se encerró en la habitación, cogió el móvil y telefoneó a Ian mientras se ponía las manoletas a juego con el vestido que había sobre la alfombra. Pero no recibió respuesta. Se metió en el baño y echó el pestillo. A la velocidad del rayo, le escribió un mensaje. A continuación, silenció el dispositivo y se lo escondió en el sujetador, justo en la parte en que la seda se plegaba y caía suelta.

Respiró hondo, se acarició el redondeado vientre y volvió al salón.

–¿Qué queréis? –les exigió ella. Miró a su padre–. ¿Más dinero, es eso?

–Es curioso lo que es capaz de hacer un padre por su hija, ¿verdad, *bella* Elena? –le comentó Agnelli.

Todos sonreían, excepto Elena.

Salieron a la calle y se metieron en el coche de lunas tintadas del italiano. El chófer condujo hasta la mansión del siglo XVIII.

Dios mío...

¿Qué pretendían?

La sentaron en una silla y la ataron de pies y manos.

—No me puedo creer que seas mi padre —escupió ella con un rencor masticable. Observaba, asqueada e incrédula, a Fernando.

Su padre sonreía, satisfecho, sin esconder el regocijo que sentía.

—*Bella* Elena. —Stefano se agachó y le acarició el muslo—. Sabes lo que queremos, ¿no?

—Dinero. —Tragó con dificultad. Se removió, inquieta, para alejarse de su contacto.

—El estúpido de tu padre quiere dinero —señaló Agnelli, gélido, sin importarle insultar a nadie—, mi prima es más estúpida aún y quiere a Ian. Yo, en cambio, solo te quiero a ti. Cuando Ian descubra que no estás, se va a volver loco, *bella* Elena —añadió. Entornó los ojos.

Elena, entonces, lo comprendió todo.

—Quieres ser Ian... —afirmó, sin ninguna duda—. Estás enfermo... —Realizó una mueca de repugnancia.

El italiano se incorporó y abarcó el espacio con las manos.

—¿Te gusta la casa que he construido para ti, mi *bella* Elena?

—¡Lo ha hecho Ian, no tú! —le gritó ella.

—Tranquilízate, *la mia vita* —le pidió Agnelli, acariciándole el rostro—, debes pensar en nuestro bebé, no te conviene realizar esfuerzos. Respira hondo.

Oh, Dios...

Las arcadas amenazaron, pero consiguió mitigarlas.

–¿Qué vais a hacer conmigo?

–Nada, *bella* Elena. –Le desató los pies y la ayudó a levantarse—. Ahora te mostraré nuestra habitación para que descanses antes de la cena.

¡Era un demente!

Subieron una grandiosa escalera de mármol y recorrieron varios pasillos. Aquella casa era un laberinto, un laberinto ostentoso y frío que parecía durar una angustiosa eternidad.

Entraron en un dormitorio tras girar varias veces tanto a la izquierda como a la derecha.

–Teníamos un trato –masculló ella.

–Un trato que terminó en el mismo segundo en que Ian finalizó el proyecto. –La miró. No sonreía.

–¿Qué quieres de mí? –le repitió Elena.

–Lo que llevo queriendo desde que te conocí. –Sus oscuros ojos se intensificaron hasta parecer inhumanos—. Solo a ti, *bella* Elena. –Le rozó los brazos con sus dedos carentes de un mínimo de tibieza hasta alcanzar el borde de la seda en el hombro—. Solo a ti...

CAPÍTULO 21

Elena no podía moverse, ni gritar, ni llorar. Sencillamente, no respiraba.

—Si te desato, ¿me arañarás? —le preguntó Agnelli, que se colocó a su espalda—. Eres tan hermosa... —murmuró, aspirando el aroma de su pelo—. No me extraña que Ian sea tan posesivo contigo.

Ella se mordió los labios con fuerza sin importar sangrarlos. Su cuerpo se quedó rígido y un sudor helado la recorrió desde los pies hasta la cabeza.

—¿Por qué ahora? —se atrevió Elena a articular—. ¿Por qué no lo hiciste cuando cenamos?

—Porque la venganza es un plato que se sirve en reposo y frío —contestó el italiano en un susurro mientras sus frías manos le quitaban la cuerda y las entrelazaba a las suyas—.

Ese día quise que hundir a Ian, que te abandonara, que sufriera, porque eres su punto débil, por si todavía no lo sabías, pero, claro –chasqueó la lengua–, no me imaginaba que te amara tanto como para perdonarte algo así. Yo, desde luego, no lo hubiera hecho.

Ella se sobresaltó, pero Stefano no se alejó, sino que tiró hasta pegarla a su cuerpo.

–Puedes tener a cualquiera, a todas tus secretarias – señaló Elena con la voz temblorosa y contenida–, ¿por qué yo?, ¿porque Ian me ama?, ¿por eso?

–Y tengo a mis secretarias, aunque te aseguro que tocarlas a ellas no es lo mismo que olerte a ti sin ni siquiera rozarte, *bella* Elena. Tienes algo que consigue embujarme... Ellas son ramera, tú, en cambio, eres una delicada flor inocente, débil, influenciable, sobre todo visto tu pasado. Y sí, también es por Ian –reconoció. Chirrió los dientes–. Va a pagar por lo que me hizo. Si yo te tengo a ti, él jamás te tocará porque no lo soportará...

–¿Cómo te pusiste en contacto con mi padre?

–Tengo mis contactos, *bella* Elena. –Le apretó las manos–. Nada más ver tu alianza, solo tuve que hacer un par de llamadas. El resto vino rodado, ¿no es así como se dice en España? –Sonrió, prepotente.

Ella se soltó bruscamente. Su mente recordaba y recordaba hasta que...

–Eso fue en la gala.

–Sí. –El italiano amplió su sonrisa–. ¿Quién crees que robó en el bufete de tu hermano?, ¿tu padre? –Enarcó una

ceja—. Te creía más lista. —Se cruzó de brazos.

Elena entreabrió la boca. Los gamberros que la policía había apresado habían sido contratados por Stefano Agnelli...

—Siempre has sido tú... —musitó ella—. ¡Yo no te he hecho nada!

—¡Sí lo has hecho! —le gritó Stefano de pronto. Avanzó, amenazante—. Te pedí cenar tres veces, Elena, ¡tres! A mí nadie me rechaza y mucho menos por Ian Gayre. —La agarró del brazo y le hundió los dedos sin delicadeza—. Tu padre no ha podido contigo, pero yo, sí.

—No lo entiendo... —murmuró Elena, pensativa—. Mi padre vino a pedirme dinero...

—El idiota de tu padre —farfulló antes de chasquear la lengua de nuevo— me exigió que cobrara su deuda con el banco, pero me negué, por supuesto. —Se encogió de hombros, altanero—. Y recurrió a ti sabiendo que Ian sí lo haría. Menudo padre tienes, *bella* Elena... —escupió con desagrado—. No te preocupes que te comprendo. Nuestros padres prefieren el dinero antes que a sus propios hijos. —El rencor cruzó su semblante, pero solo le duró un segundo.

Así que, ¿eso también? ¿Agnelli se estaba vengando también de su propio padre por haberlo abandonado en Edimburgo cuando aquella noticia de los acosos se había publicado en Milán?

—Pasaremos la noche aquí —anunció el italiano— y mañana te llevaré a tu casita. Llevarás mi olor

impregnado en tu piel. –Se relamió los labios y le clavó los uñas en la piel.

Ella ahogó un gemido de dolor y lo empujó, pero nada consiguió.

–¿Cómo crees que actuará él, *bella* Elena? –inquirió, melodioso. Le mostró una horrible dentadura perfecta—. No se atreverá a tocarte. Un hombre tan posesivo como Ian se asqueará de ti, eso tenlo por seguro. Y volverás a mí.

–¡No! –Le arañó la cara.

Stefano la soltó como si se hubiera quemado, rabioso. Elena aprovechó y se apartó cuanto pudo.

El italiano acortó la distancia al instante y la observó, lascivo. Estiró un brazo y le tomó un mechón entre los dedos. Ella fue a retirarse, pero Stefano se la adelantó, cercó su pelo en un puño y tiró con violencia.

Elena gritó y se vio obligada a arquear el cuello para evitar más dolor.

Entonces, se le ocurrió algo... Debía intentarlo. Pensó en su padre, en Tomás, recordó la noche en que su mejor amiga de la universidad, Blanca, había roto la relación con su novio. Ella se había olvidado de su cena con Tomás. Tanto Tomás como Fernando la hicieron sentir mal, muy mal, para conseguir un propósito concreto...

–Tienes razón... –pronunció Elena en un hilo de voz. Su corazón galopaba frenético y su aliento era irregular—. Mi padre y el tuyo...

Stefano detuvo el agarre, aunque no se alejó. Su

expresión se tornó menos fiera.

—No les importamos —continuó ella, más valiente. Apoyó las manos en las solapas de la chaqueta del italiano—. Y quiero que pague. —Comprimió la mandíbula—. Mi padre me arrastró a una vida que no quería. Y sigue haciéndome daño. —No mintió—. Yo... —Agachó la cabeza, exagerando su dramática actitud—. En realidad, Ian le dio el dinero sin tenerme en cuenta. Yo jamás le hubiera pagado la deuda, Stefano. —Frunció el ceño—. Nadie contó conmigo. —Alzó el rostro.

—Claro que no, *bella* Elena. —Le rozó el cuello, embobado en su piel.

Elena tragó saliva. Aquella caricia le había erizado la tez de forma tan desagradable que le sobrevino una arcada.

—Mi padre me abandonó cuando lo necesitaba —confesó Agnelli con los ojos crispados y en un tono reservado—. Y lo hizo por dinero. El tuyo te vendió por dinero. Mi *bella* Elena... —Recostó la frente en la suya—. Cuánto te comprendo...

—Stefano, por favor... —Le clavó las uñas en su pecho—. No me hagas daño tú, no podría soportarlo...

El italiano la abrazó con fuerza.

—Claro que no, *bella* Elena.

Ella quiso vomitarle encima. El olor de ese hombre la cegó y la repelió a partes iguales.

Piensa, se dijo, ¡piensa rápido!

—Tengo hambre —declaró Elena con una mueca.

Él sonrió. Pero la sonrisa no era lujuriosa, sino que estaba cargada de una aguda tristeza.

–Ponte cómoda, *la mia vita*. –La ayudó a sentarse en la cama–. Enseguida vuelvo. Estás embarazada y necesitas comer por dos. –Salió de la estancia.

–Ay, Dios... –Elena expulsó el aire que había retenido–. Este tío está enfermo... –Se levantó y paseó por la habitación sin rumbo fijo. Su mente lucubraba.

Se acercó a la puerta y abrió con cuidado. Se quitó los zapatos y comenzó a andar despacio por la alfombra mullida del suelo con los oídos alerta. El pasillo era estrecho, sin apenas luz, pues los farolillos alumbraban casi nada porque se distribuían muy separados entre sí.

Se topó con una bifurcación: tres caminos. Se acarició la señora tripa y giró a la derecha. Estaba completamente desorientada. Había puertas por todos lados...

Posó una palma a la altura de su corazón para serenarse, pues cada vez estaba más agitada. Odiaba la sensación que se estaba apoderando de ella. Tenía que salir de allí. Estaba atrapada y un sinfín de recuerdos de su pasado la aturdían...

–¡Oh! –exclamó al percatarse de que llevaba el móvil consigo.

Lo sacó del sujetador. No tenía cobertura... ¡Genial!

¿Dónde demonios estaba?

Apoyó las manos en la pared y descendió hacia el suelo. Se rodeó las piernas flexionadas. Las lágrimas amenazaron con estallar.

—¡Elena!

Ese grito a lo lejos la alarmó. Se incorporó de un salto. Continuó caminando. Volvió a girar, esa vez a la izquierda. La luz era la misma, la sensación era la misma... Se apretó la garganta, se estaba asfixiando.

Respiró hondo profundamente y cerró los ojos.

—Vamos, Elena —se animó—. Piensa en algo bonito... Piensa en tu ángel y en Oli...

—¡Elena!

Otra vez esa voz, pero más cercana.

Elena siguió, en esa ocasión corrió. Se sujetaba a las paredes, luchaba por no desfallecer. Ian... Olivia... *Bruno*... Su madre... Las imágenes del último año se agolparon en su mente.

Unas pisadas aproximándose la asustaron, trastabilló y se cayó de bruces. Silenció un gemido de dolor. El teléfono, por el impacto, se iluminó. Entonces, el suave aroma del regaliz rojo la sobresaltó.

—Ian... —Se puso en pie con esfuerzo y continuó andando tan rápido como los estremecimientos que padecía se lo permitían.

El aroma se intensificó.

—Patito...

Ella frenó en seco y giró la cabeza hacia la derecha, hacia otro cruce del laberinto.

—Ian... —sollozó.

Su ángel salvador estaba a solo unos pasos. Sostenía su propio móvil encendido en la mano. Elena se mareó y se

le aflojaron las piernas. Él avanzó y la envolvió entre brazos antes de que se desplomara. La estrujó con fuerza, con pavor. Estaba aterrado...

–Tenía tanto miedo... –articuló Ian con la voz rota–. ¿Estás bien? –Le palpó el cuerpo entero–. ¿Stefano te ha...?

–No. –Se sujetó a su chaqueta–. ¿Cómo me has encontrado? Ah, claro... Te envié un mensaje.

La sujetó por la cintura y emprendieron el camino. Guiaba él, se conocía la mansión de memoria de tanto como la había frecuentado al restaurarla.

–No me escribiste ningún mensaje, Elena. –Arrugó la frente–. Me llamaste, pero no me escribiste.

Ella también se extrañó.

–Llegué al estudio y comprobé las cámaras –le explicó Ian–, pero no vi nada. Regresé a casa, pero no estabas. No tuve que pensar mucho. –Gruñó–. El idiota de Agnelli huele fatal.

Elena se echó a reír.

–Localicé tu móvil por satélite –añadió él. Le mostró su teléfono con la aplicación de GPS abierta–. Te descargué y activé la aplicación cuando estuvimos en *Hallstatt* sin que tú te enteraras, por si te perdías. Como estabas enfadada, supuse que no querías pasear conmigo, y no me equivoqué. –Sonrió con picardía.

Ella también sonrió y se sostuvo a su brazo. Viraron a la izquierda y dieron a una escalera pequeña con un resquicio de luz al final.

–Ian, ¿saben que estás aquí?

–Sí. He burlado la seguridad. Stefano tendrá que comprar otra verja nueva. Vamos. –La alzó en el aire—. ¿Y tus zapatos?

–No sé. –Se agarró a su cuello.

La dejó en el suelo y abrió una puerta. Era un salón.

–Venga, patito, un poco más y... –Enlazó una mano a la suya y atravesaron la estancia, sortearon los muebles, hasta alcanzar el recibidor, a un lado de la gran escalinata de mármol que conducía al piso superior.

–No tan rápido, Ian –los sorprendió Stefano.

Amber y Fernando surgieron en la entrada y, como dos ridículos esbirros, se posicionaron en la puerta principal.

Ian situó a Elena a su espalda, sin soltarla, protegiéndola y con cuidado de no pisarla, pues iba descalza.

–Elena, me has decepcionado –musitó el italiano. Avanzaba con las manos en los bolsillos del pantalón—. Parece que has aprendido del mejor. –Observó con resentimiento a su padre—. De tal palo, tal astilla, ¿no es ese un refrán?

–¡Eso no es verdad! –gritó ella, que empujó a su novio por el impulso—. ¡Te he dado tu propia medicina, imbécil!

Fernando soltó una carcajada, lo siguió la decoradora. Agnelli, natural, se enfureció.

De pronto, las sirenas de la policía los interrumpieron. Las tres sabandijas se paralizaron. Ian y Elena se miraron sin comprender.

–¿Tú...?

Pero no pudo terminar la preguntar, pues, en ese momento, unos agentes derribaron la puerta, apuntando a los presentes con armas. Ella, por el susto de tal intromisión, levantó las manos al instante. Su ángel soltó una sonora carcajada y se las bajó.

–Anda, patito. –Le besó la cabeza–. ¿Avisaste a la policía?

–Qué va, yo no. ¿Y tú?

–Stefano Agnelli, queda usted detenido por acoso laboral a ocho mujeres, amenazas a dos periodistas, soborno, chantaje y fraude fiscal –enumeró un detective. Se acercó al italiano, por completo petrificado, y lo esposó–. Amber O'Paradise nos acompañará a comisaría –les ordenó a dos policías.

Su padre corrió hacia el exterior, pero una silueta cada vez más familiar le cortó el paso. Fernando reuló, incrédulo, y aterrizó sobre su trasero en el suelo.

–No tan rápido, papá –sentenció un hombre de cabellos rubios ceniza, alto y de ojos azules.

Elena salió disparada hacia el recién llegado con una radiante sonrisa, sin importarle el frío bajo sus pies. Su hermano Álvaro desplegó los brazos y esperó a que se arrojara a ellos. La elevó en el aire.

–¡Elenita! –La abrazó con inmenso cariño.

Ella, al fin, estalló en llanto, mezcla de felicidad, mezcla de alivio, mezcla de todo un poco.

–Tú llamaste a la policía –afirmó Elena–. La

investigación que estabas haciendo era sobre Stefano Agnelli, ¿verdad?

Álvaro asintió. Sonreía con timidez.

—Ha sido gracias a tu mensaje que llamé a la policía —le explicó su hermano.

—¿Cómo? —Ojeó su móvil y entró en la aplicación de los mensajes—. Claro... —murmuró—, eres mi primer contacto en la guía. Lo escribí tan rápido que te lo envié sin querer.

—Gracias a eso todo ha terminado —anunció Ian, a su lado.

—Ian Gayre —su hermano sonrió—, por fin nos conocemos. He oído hablar mucho de ti. Soy Álvaro.

Ambos se estrecharon la mano.

—Yo también he oído hablar mucho de ti —convino su novio—, algo sobre que te gustaban mucho las muñecas de tu hermana.

Álvaro se sonrojó, gruñó y le dedicó una mirada de odio a ella, la cual explotó en carcajadas por la broma y terminó por contagiar a su hermano.

—¿Qué sucederá con papá? —quiso saber Elena justo cuando un agente metía a Fernando esposado en el coche de policía.

—Lo investigarán —contestó Álvaro. Observaba a su padre de manera indiferente—. Está compinchado con Agnelli desde hace mucho, Elena. Y tendrá que rendir cuentas a la justicia, además de que papá y Agnelli fueron los que llevaron a cabo el robo del bufete de Miguel.

–¿Cómo averiguaste todo? –lo interrogó ella. Abrazó a su novio.

–En realidad, quien me proporcionó todos los datos relevantes fue el padre de Stefano –confesó su hermano antes de emitir una risita–. Ese hombre está harto de su hijo, os lo prometo.

Caminaron los tres hacia el *Jaguar*, aparcado en un lateral.

–¡Joder! –silbó Álvaro–. ¿Este coche es tuyo? ¡Es una pasada!

Ian sonrió, pícaro y orgulloso, y asintió.

Elena meneó la cabeza. Los hombres y los automóviles...

Su hermano se montó en la parte trasera y su novio la ayudó como su caballero que era.

–Volvamos a casa –señaló Ian tras arrancar el motor–. Tenemos una exposición a la que asistir, patito.

En el camino de regreso a la ciudad, pues la mansión estaba a las afueras, Álvaro les relató toda la investigación. Su hermano había volado a Milán para contactar con el periodista que había filtrado la noticia del acoso del italiano a la secretaria. Le había facilitado toda la información del caso y le había dado la dirección exacta del padre de Stefano. Le había costado un mes que el empresario lo recibiera, un mes que había empleado para buscar, hablar e interrogar a las demás mujeres, a policías, a cualquiera que hubiera estado dispuesto a abrir la boca en contra de Stefano.

Finalmente, el padre se había reunido con Álvaro y le había confesado los delitos de su hijo y también los sobornos que había llevado a cabo para mantener a jueces y a policías callados. Pero lo hizo a cambio de que solo se inculpara a Stefano. Su hermano había consentido a regañadientes. Era un periodista íntegro, pero, en realidad, estaba investigando por Elena, con lo cual había aceptado el trato.

Sin embargo, se necesitaban pruebas físicas además de testimonios, por lo que, había volado a Edimburgo y se había introducido en la empresa de Agnelli como parte de la seguridad del edificio. De ese modo, había tenido acceso a los videos de vigilancia. Había estado más de un mes hasta conseguir los que precisaba. En varios de ellos aparecían Fernando Robledo y Amber O'Paradise.

Casualidades de la vida, Álvaro iba camino de la comisaría para acudir a la cita con un detective, al que había llamado previamente para hablarle de Agnelli, el mismo que había detenido a las tres sanguijuelas, un hombre que llevaba años detrás Stefano, pero sin pruebas contundentes para arrestarlo, cuando había recibido el mensaje de ella. La policía había rastreado el número y los habían localizado en la mansión.

Por fin, todo había acabado...

Ian, Álvaro y Elena entraron en el ático como un vendaval. Su hermano se sentó en el sofá y ellos se desvistieron y se arreglaron de nuevo. Ella quemaría el vestido que había tocado el italiano, ¡eso seguro!

Gregor la telefoneó varias veces. Hacía dos horas que había comenzado la inauguración.

–Vamos, patito –la apremió su novio. Tiró de su brazo con suavidad.

–Ya eres una artista, Elenita –le dijo Álvaro con su característica seriedad–. Los artistas son excéntricos, nadie se sorprenderá por tu impuntualidad.

Elena no podía estar más nerviosa, era imposible...

Pero se equivocó porque, al llegar a la galería, la cantidad de reporteros y fotógrafos esperándola la paralizó.

–Ay, Dios... –gimió ella, atacada. Se retorció los dedos en el regazo.

Ian sonrió, infundiéndole paz.

–Es nuestra tercera alfombra roja, patito. –Le besó la nariz.

La ayudó a salir del *Jaguar* y, escoltada a ambos lados por su hermano y por su novio, caminó erguida hacia el interior.

De repente, los aplausos y los vítores resonaron en el espacio. Algunos elevaron sus copas en el aire a modo de brindis. Se le formó un nudo en la garganta, las piernas se le aflojaron. Pensó en que tenía que haberse calzado con sandalias planas, no con los preciosos y altísimos tacones que llevaba, regalo de su maravilloso novio para esa noche. Iba a parecer un patito mareado.

Un patito...

Elena giró la cabeza y miró a su ángel.

Él sonrió, deslumbrante, y descansó una mano en la parte baja de su espalda.

¡Qué guapo era! Aquella sonrisa y ese gesto de posesión le transmitieron paz y alivio.

Olivia corrió hacia ellos. Ian la aupó sin soltar a Elena. La niña los abrazó a los dos. Gregor también se los unió.

—Vaya horas, niña... —la regañó el pintor, aunque fingía estar enfadado—. Venga, empecemos ya. ¿Estás preparada?

—Sí, vamos. —Asintió—. ¿Oli? —Observó a su hija.

Ian las miró, arrugó la frente y bajó a Olivia al suelo. Elena le guiñó un ojo.

Madre e hija, de la mano, siguieron al señor MacBradies hacia el estrado, a la derecha, donde había un micrófono y un taburete alto. Acomodó a Olivia en el asiento y, tras colocarle una mano en los hombros a modo de abrazo, encendió el micro.

—Hola —saludó Elena en inglés.

Los presentes silenciaron sus voces y se posicionaron frente a ellas, ocupaban las dos plantas enteras. Era impresionante la gente que había. Ian, Lucy, su familia y los señores Gayre estaban en primera fila, a pocos metros de distancia. Su madre se sorbía la nariz, Sofía lloraba a moco tendido, igual que Lucy, Lorena y Miguel. ¡El grandullón de su hermano mayor era un sensiblero! Álvaro le dijo algo al oído que lo enfureció. Esos dos eran un caso aparte. Su ángel, en cambio, estaba muy serio, demasiado...

–Lamento el retraso –se disculpó ella, sonriente–. He sufrido un percance de última hora. –Se acarició la señora tripa y realizó un guiño que hizo reír a la audiencia–. En primer lugar, muchas gracias por asistir a mi primera exposición. Bueno... –miró a Olivia, que también la miró a su vez–, en realidad, a nuestra primera exposición –recalcó en plural–, porque *Un nuevo comienzo* no es solo mío, es de mi hija y de la persona que ha hecho posible precisamente este nuevo comienzo en nuestras vidas.

Respiró hondo. Las lágrimas la cegaron ligeramente. La niña la abrazó por la cintura y recostó su cabecita en su vientre abultado. Ella le mimó los rizos y continuó:

–Miguel, Álvaro, mamá, Sofía, Donald, Lucy... –Se cubrió los labios temblorosos unos segundos sin perder la sonrisa–. Gracias... Gracias de corazón. ¡Qué haríamos sin vosotros!

Los señores Gayre, su amiga y su familia estallaron en llanto. La sala volvió a reír.

–Hoy justo hace un año que mi hija y yo aterrizamos por primera vez en Edimburgo. Yo, viuda; ella, huérfana de padres. –Los presentes ahogaron exclamaciones–. Y, en nuestro primer día, un ángel descendió del cielo y nos rozó con sus alas. Ese ángel nos guió hacia la luz, nos enseñó a caminar y a enfrentar los obstáculos, nos protegió, nos cuidó, nos enamoró... –Sus mejillas ya estaban mojadas–. Nunca nos abandonó. En los peores momentos, no huyó. –Sonrió y se mordió el labio–. Gracias a ese ángel volvimos a reír, a soñar... –Se limpió

las lágrimas con recato—. No soltó nuestra mano en ningún momento. Nos ofreció un nuevo comienzo. —Contempló a su hija.

»Ese nuevo comienzo es lo que hemos expuesto hoy. Y hablo en plural porque... —Suspiró de forma sonora—. Estuve más de dos años sin poder coger un lapicero, sin poder dibujar... No era cuestión de inspiración —confesó con la voz marcada por la emoción—. Un día, ese ángel sostuvo mi mano, la apoyó en un lienzo en blanco, solo hizo eso, sostenerla, y, de repente, mis dedos se movieron otra vez. En ese momento, me di cuenta de que me había enamorado perdidamente de él. —Apretó a la niña.

Olivia se incorporó y se acercó al micrófono.

—Ese ángel es mi papá —pronunció su hija en inglés—. Papá, esto es tuyo. Te quiero mucho... —Se le quebró la voz.

La sala prorrumpió en aplausos.

Ian, con el rostro inundando en lágrimas, sonriendo, caminó despacio hacia ellas. La niña se arrojó a su cuello. Él la estrechó con una inmensa ternura.

—Yo también te quiero, cariño —le dijo a su hija en un tono ronco, también en inglés.

Olivia bajó al suelo y los dejó solos.

Ian observó a Elena un eterno y mágico momento. Después, la envolvió por las caderas, la atrajo hacia su cuerpo, sonrió pícaramente un instante y se apoderó de sus labios con una increíble pasión, proyectándola un poco hacia atrás. Ella se sujetó a sus hombros y lo

correspondió del mismo modo.

La gente silbó y vitoreó, provocando que se detuvieran y se rieran por la escena que estaban protagonizando. Él le limpió la cara con los dedos, igual que hizo Elena al mismo tiempo. Y se besaron de nuevo.

La inauguración fue un éxito rotundo.

Se vendieron todos los cuadros y encargaron varios de cada uno.

No podía ser más feliz, o eso creía ella...

En el ático, tras acostar a Olivia en el apartamento de su madre, pues su habitación seguía en obras, Ian y Elena se dirigieron al dormitorio entre besos dulces y picantes.

Sin embargo, cuando cruzaron la puerta, él se apartó de ella, sacó una bolsita de terciopelo azul oscura y se la entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó Elena. Frunció el ceño.

Ian estaba muy serio.

—Ábrelo y lo verás.

Ella obedeció, introdujo la mano en la bolsita y sacó su contenido. Automáticamente, se le cortó el aliento. Se trataba del medallón que él le había comprado a Sofía por Navidad.

—Pero creía que era para tu madre...

—Me dijiste que no querías un anillo, que no lo necesitabas. —Le colocó el relicario con suavidad, luego arrodilló una pierna en el suelo—. Pertenece...

—A una española que viajó hasta Edimburgo para rescatar a su amado —concluyó Elena. Sonreía,

emocionada, mientras acariciaba el medallón entre los dedos.

–Cásate conmigo, Elena.

Ella emitió una carcajada entrecortada.

–¡No haces más que dar órdenes! –se quejó entre risas y lágrimas.

Su ángel salvador la imitó. Se levantó y la abrazó.

–Pretendía ser romántico, patito. –Ladeó la cabeza y la contempló con su divertida sonrisa tan característica—. ¿Te casarás conmigo? –le susurró al oído, erizándole la piel.

–Eso depende.

Aquel atractivo escocés arrugó la frente.

–¿De qué depende?

–Me casaré contigo si... –Se separó y retrocedió, seductora—. ¡Si no me quitas más regalices! ¡Los terminas todos!

Ambos estallaron en carcajadas.

–Te compraré regalices cada día –avanzó lentamente hacia Elena, embrujador. Ella se chocó contra la pared. Él apoyó las manos por encima de sus hombros—. Te haré el amor cada noche. –Se inclinó—. Te llamaré preciosa cada segundo, ya sea con mi boca o con mis ojos. –Le rozó los labios con los suyos—. Te haré feliz. –Le sujetó la nuca con las dos manos—. Cuidaré de ti y de nuestros hijos. –La atrajo hacia su cuerpo—. Y te protegeré, patito, porque...

–Contigo estoy a salvo –susurró en un hilo de voz—. Sí, Ian Thomas Gayre, me casaré contigo.

Y sellaron su compromiso con un beso.

*

Casi tres meses después de la pedida de mano, el día treinta de octubre, Ian Thomas Gayre y Elena Robledo pronunciaban sus votos en la intimidad de la fortaleza en ruinas de Edimburgo, donde ella había sonreído feliz por primera vez, donde él la había fotografiado por primera vez.

Habían pedido permiso al Ayuntamiento, que se lo había concedido enseguida porque la familia Gayre era muy querida en Escocia, no solo a nivel personal, sino también profesional, benéfico y social.

Habían limpiado la fortaleza de yerbajos, la habían adecentado, habían homogeneizado la tierra del suelo y habían decorado el lugar de manera sencilla y romántica. Una alfombra de terciopelo blanco dividía el espacio en dos partes, salpicada por pétalos de flores silvestres que había esparcido Olivia, acompañada por *Bruno*, delante de la novia y del padrino, o, mejor dicho, padrinos, pues Elena les había pedido a sus dos hermanos que la acompañaran hasta el altar, que lo sentía mucho pero que no podía decantarse por uno, sino por los dos.

Tres filas de sillas forradas de la misma tela y color se habían colocado a ambos lados, donde se encontraban las personas más queridas de los novios: Donald y Sofía, las hermanas del novio con sus respectivas parejas e hijos,

Lucy junto a Álvaro, una curiosa pareja que prometía, Carmen, Miguel, Lorena y los niños, y los mejores amigos de Ian: Lucas y Carolina, un joven matrimonio, de Madrid como ella. Faltaba Colin, californiano, que no había podido asistir por problemas personales. Los tres, Ian, Lucas y Colin, habían estudiado *Arquitectura* en Madrid y, aunque se veían poco, se consideraban muy buenos amigos, a pesar de la distancia respondían como el primer día.

Elena se había comprado un sencillo vestido blanco inmaculado, de corte imperio que resaltaba con creces su octavo mes de embarazo, sin cola, mangas estrechas y ajustadas hasta las muñecas, sin bordados ni dibujos y un cuello rígido con un pequeño pico en el escote. Llevaba el medallón como única joya, que le alcanzaba la mitad del pecho y en cuyo interior había pegado una foto de Ian y otra de Olivia y *Bruno*.

Se había cortado el pelo a la misma altura a como lo tenía cuando había conocido a su novio hacía más de un año ya, por debajo de las axilas, se lo había rizado y se había colocado en la cabeza una fina corona de diminutas flores azules. Un abrigo de terciopelo blanco, largo y ceñido en el pecho, que la señora Gayre le había prestado encantada, completaba su atuendo. El futuro marido le había regalado los zapatos de novia: unas manolequinas de lentejuelas doradas.

Al verla aparecer al principio del paseillo, Ian Gayre, literalmente, dejó de respirar. La inocencia y la felicidad

que aquella mujer irradiaba, gracias a su preciosa sonrisa tímida, al delicioso y tímido rubor de sus mejillas y a sus expresivos ojos de miel derretida, lo eclipsaron en el acto. Una indescriptible emoción se apoderó de él. Al tomarlo ella de las manos fue cuando recuperó el aliento.

Elena se había quedado estupefacta... Tanto Miguel como Álvaro tuvieron que tirar de ella de manera discreta para que continuara. El atractivo de aquel escocés la deslumbró...

El novio, que la esperaba en el templete de piedra blanca, adornado con flores, que él mismo había construido en esos dos meses, vestía el clásico y tradicional atuendo escocés: un *kilt* de cuadros azul y verde recogido en la cintura con un ancho cinturón de piel, calcetines de lana negros hasta las rodillas, una camisa blanca, una corbata a juego con la falta escocesa y la típica chaqueta *Argyll* negra, de lana, con tres botones en cada manga y otro que cerraba la prenda en el estómago. Los cabellos, a petición de Elena, estaban... ¡revueltos!, ofreciendo así el toque travieso que tanto la enardecía. ¡Estaba soberbio, extraordinario, sublime!

Ian Thomas Gayre y Elena Robledo se dieron el sí quiero.

Aquel atractivo escocés, su marido, la cogió por la cintura, la inclinó hacia un lado, se agachó y la besó.

Los invitados aplaudieron entre lágrimas de felicidad.

A continuación, festejaron la boda en el ático. Habían guardado los muebles del comedor y del salón en el

almacén de *Gayre's Style* el día anterior. Ian, Elena y Olivia se habían encargado de la decoración: sencilla, blanca, llena de velas, de cintas y de pétalos. Sofía y Carmen fueron las cocineras. Comieron especialidades españolas y escocesas, bebieron vino español y whisky escocés. Rieron y lloraron, bailaron y jugaron.

Y por la noche, de madrugada, cuando se quedaron solos, la pasión los desbordó. Las ansias de sentirse piel con piel los enloqueció. Hicieron el amor en la bañera, envueltos en un mágico halo de vapor que los embrujó... Hicieron el amor frente al calor de la chimenea... Hicieron el amor al amanecer, entre sábanas...

Tras el nacimiento del bebé, en Navidad, volarían los cuatro rumbo a Viena y desde allí conducirían hasta *Hallstatt*, donde emprenderían otro nuevo comienzo en sus vidas, siempre con aroma a regaliz rojo...

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Gracias por confiar en mí al leer este libro, sin ti, esto no sería posible. Y estate atento, porque *El susurro de la acuarela* es la primera novela de una trilogía que publicaré a lo largo de este año (2017).

Si quieres saber más sobre mí o mi pluma, visítame en mi web: <https://elcodicedesofia.wordpress.com/>

Espero que te haya gustado, a mí me encantó escribirlo!!!

Un abrazo enorme!!!

Sofía